

ENVER HOXHA

LOS TITISTAS

ENVER HOXHA

LOS TITISTAS

Apuntes históricos

**INSTITUTO DE ESTUDIOS MARXISTA-LENINISTAS
ADJUNTO AL CC DEL PTA**

EDITORIA «8 NENTORI»
TIRANA, 1982



ENVER HOXHA

SOBREPONIENDOSE A LAS VIEJAS ENEMISTADES

A modo de introducción

Una breve mirada a la historia ■ La decisión de los comunistas albaneses de establecer lazos con el PCY ■ Los reyes y príncipes de Servia y Montenegro, principales culpables de las amargas relaciones entre el pueblo albanés y los pueblos servio, montenegrino, etc., en el pasado ■ Una de las más grandes injusticias de este siglo en Europa: en 1913 Albania es arbitrariamente dividida en dos ■ El genocidio gran-servio en las regiones albanesas de Yugoslavia, en el período entre las dos guerras ■ ¿Por qué los comunistas albaneses establecieron contactos con el PCY en la época de la Lucha de Liberación Nacional?

La decisión de los comunistas albaneses adoptada en el verano de 1941 de establecer lazos internacionalistas con el Partido Comunista de Yugoslavia mostraba la madurez que había alcanzado el movimiento comunista albanés de aquel tiempo. Los mejores representantes de los grupos comunistas habían comenzado desde 1939 la lucha contra los ocupantes fascistas. Del mismo modo que se sobreponían con valor y decisión a las disputas y divisiones existentes entre ellos y marchaban con convicción hacia la fundación del Partido Comunista de Albania, de igual modo, con valor y madurez, se sobreponían a las viejas enemistades y disputas surgidas

y a la profunda brecha creada durante siglos en las relaciones de nuestro país con los vecinos yugoslavos.

Es un hecho conocido, indiscutible y aceptado por todo el mundo que sería poco calificar de tristes a las relaciones entre nuestros dos países antes del 1941. En su conjunto contienen los más graves dramas y tragedias, repletos de agresiones, muertes y saqueos, envueltos en sangre y en crímenes; todo esto tenía lugar a plena luz del día en la «moderna» Europa, en el territorio y a expensas de los destinos de un pueblo pequeño pero valiente e indoblegable, del pueblo albanés.

La responsabilidad por este triste bagaje creado durante décadas enteras, no era de los pueblos, y sobre todo el pueblo albanés no ha tenido nunca y en ningún caso la culpa de ello. La culpa era de la política anexionista y antialbanesa de los reyes y príncipes de Servia y de Montenegro, de la política de violencia, expansionismo y genocidio que ellos, estimulados y apoyados abierta o solapadamente por las grandes potencias de aquel tiempo, habían seguido hacia el pueblo albanés y hacia las tierras albanesas.

Sin ninguna necesidad de que penetremos profundamente en la historia, es conocida por todos la nueva y gran tragedia que comenzó a representarse a costa del pueblo albanés, particularmente a partir de la segunda mitad del pasado siglo.

Cuando pareció evidente que el «enfermo del Bósforo» había caído en el lecho de muerte, crecieron rápidamente tanto las esperanzas y posibilidades de que el pueblo albanés obtuviera la independencia, que venía exigiendo con las armas durante siglos, como su lucha y sus esfuerzos por ver cuanto antes la luz de ese día. Pero, precisamente cuando se aproximaba para Albania el momento de liberarse del yugo de la dominación otomana, enemigos nuevos y brutales, con idénticos objetivos que los osmanlíes, pensaron que había llegado el momento de clavar sus garras sobre la pequeña Albania. Los reyes y los príncipes de Italia y Austria-Hungría, de Grecia y de Servia, de Montenegro y de Bulgaria se lanzaron a saquear todo lo que pudieran de lo que ellos

llamaban la «periferia del Imperio Otomano». Se trataba de un penoso y doloroso «pago» por parte de sus vecinos al valiente e indoblegable pueblo albanés, quien había derramado su sangre a ríos levantando un sólido muro contra el avance de las hordas otomanas hacia Europa. Era ésta la mayor prueba de ingratitud que podía darse a este pueblo, quien tanto en las batallas libradas por los pueblos vecinos frente a los ataques osmanos, como en sus movimientos e insurrecciones por obtener la libertad, había entregado a sus mejores hijos para que dieran la vida del mismo modo que si estuvieran defendiendo la libertad de su propio pueblo.

De manera especial las hordas serbias y montenegrinas, incitadas por las camarillas reaccionarias de la época, se lanzaron sobre las tierras albanesas asesinando, saqueando y destruyendo todo lo que encontraban a su paso. Las crónicas de entonces rebosan de acontecimientos estremecedores. Situado bajo el fuego de numerosos enemigos, que combatían unas veces cada uno por su propio interés y otras de común acuerdo para distribuirse después el botín, el pueblo albanés respondió a la nueva situación con lucha ininterrumpida. Pero las fuerzas estaban distribuidas de tal modo que, tras derramar ríos de sangre, la población albanesa se veía obligada a abandonar con dolor zonas enteras de su propio país en la frontera con Servia y Montenegro. Además de los miles de muertos y de las víctimas de la destrucción, decenas de miles de albaneses fueron expulsados de sus tierras y empujados hacia el Sur, o marcharon al exilio hacia Europa o Asia. Las crónicas dicen que a finales del pasado siglo, como resultado de la ocupación de las comarcas periféricas de Kosova por parte de Servia, de Montenegro y de Austria-Hungría, únicamente en el interior del vilayeto de Kosova y de Shkodra se establecieron alrededor de 300 mil albaneses expulsados violentamente.

Claro está, este genocidio sin precedentes, este peligro creciente que amenazaba a toda Albania, suscitaría el odio más profundo y pondría en pie a todo el país para hacer

frente tanto al osmanlí como «al *shkiá*¹ más negro que el osmanlí», como el pueblo llamaba a los ocupantes serbios en aquel período. La renombrada Liga Albanesa de Prizren se fundó y desarrolló su histórica e imborrable actividad precisamente en este grave momento, asumiendo el objetivo de luchar tanto por la conquista de la libertad y la independencia como por la defensa de la integridad del territorio nacional, por la defensa del legítimo derecho de un pueblo amenazado de exterminio.

¡Qué no hicieron los patriotas y el pueblo albanés para prevenir el peligro procedente del Norte! Estaban dispuestos a enterrar todo lo pasado y nunca faltaron los mensajes de amistad y buena vecindad a los pueblos hermanos serbio, montenegrino, macedonio y otros.

Pero el hecho es que la avidez de los chovinistas, de los monarcas y príncipes de los países vecinos no tenía límites y esto hizo que el peligro del Norte fuese cada vez más incontenible, más antialbanés. La más negra reacción europea los apoyaba. Servia, con la política que siguió, se transformó en símbolo del enemigo jurado en la conciencia del albanés amante de la libertad.

Ambas partes derramaron sangre a raudales; por las gargantas de las montañas y en nuestros campos dejaron sus huesos miles y miles de serbios, montenegrinos y otros, y, se entiende, sobre esta sangre no podía crecer la flor de la amistad; brotaría y crecería la espina del odio y la enemistad. Sólo que no eran los albaneses quienes derramaban su sangre en las tierras de Servia o Montenegro, no eran los albaneses quienes se lanzaban a sangre y fuego sobre los países y pueblos vecinos. Sucedió lo contrario. Los albaneses defendían sus tierras, sus hijos y mujeres, sus casas y sus bienes.

Esta situación se prolongó hasta 1912, año en que nuestra

1. Término utilizado por la población de Kosova y del resto de las regiones albanesas de Yugoslavia para referirse a los chovinistas serbios, montenegrinos y otros, y expresar el odio hacia su política opresora y explotadora sobre ella.

gran victoria —la Independencia de Albania— fue sucedida por una de las mayores injusticias de este siglo en Europa: Albania fue dividida en dos, Kosova y otras regiones albanesas fueron anexionadas por la fuerza a Yugoslavia. Por supuesto, dividir en dos un país y un pueblo, e incorporar artificialmente una de las mitades a otro cuerpo, no podía servir como «puente de reconciliación», de «amistad», de «hermandad».

Pero por si esto fuera poco, después de 1912-1913, la política antialbanesa de los Karadjordjević y de toda la reacción gran-servia sin escrúpulos, se intensificó en todas sus formas y direcciones. La política de exterminio, de discriminación y de desnacionalización de la población albanesa sometida a la dominación servia, fue seguida por los planes secretos de anexión del resto de Albania. El Tratado secreto de Londres de 1915, que dos años más tarde fue hecho público y denunciado por el gran Lenin, constituye otro nefasto testimonio de la permanente política antialbanesa no sólo de las grandes potencias reaccionarias de aquel tiempo, sino también del Estado yugoslavo de entonces, criatura del imperialismo. Ni siquiera la pública denuncia de este Tratado rapaz consiguió hacer palidecer o enrojecer al chovinismo gran-servio. Poco más tarde, Yugoslavia sancionó nuevamente *de jure* sus «derechos» sobre las tierras albanesas ocupadas y, con mayor celo aún, continuó por el camino de la desnacionalización de la población albanesa que había quedado bajo su dominio.

Al mismo tiempo se esforzaba por encontrar nuevos caminos para hacer realidad su viejo sueño de devorar a toda Albania. Fueron precisamente los reyes servios quienes respaldaron al Zogu fugitivo de Albania en junio de 1924, fueron ellos quienes le mantuvieron, le buscaron mercenarios, le proporcionaron de armas y tropas, y crearon todas las condiciones para que el futuro sátrapa llevara a cabo la contrarrevolución en Albania en diciembre de 1924. Como pago, Zogu les regaló inicialmente a los servios otras tierras albanesas como Vermosh y Shën Naumi, y con seguridad, con el tiempo les hubiese entregado toda Albania, si el gran juego de los grandes no hubiese echado definitivamente al rey pélele en el

regazo de la Italia fascista e introducido el país en el camino de la colonización fascista italiana.

Pero incluso después de esto, los gobiernos reaccionarios de Yugoslavia dominados por Serbia desarrollaron toda una triste historia, abierta y enmascarada, en relación con el Estado albanés.

Cuando los gobiernos reaccionarios serbios vieron que la carta de Zogu había pasado a manos de otros, pusieron en acción a sus agentes en el interior de nuestro país y a la emigración reaccionaria albanesa en Yugoslavia e hicieron toda clase de esfuerzos por crear en el seno de la monarquía albanesa una situación explosiva, de modo que, después, bajo el pretexto de una «insurrección» contra la tiranía zoguista, los agentes de los serbios reclamaran la ayuda de los mismos círculos serbios que años antes habían llevado a Zogu al poder.

Estos círculos chovinistas, siempre listos para una invasión de «ayuda», entrenaban y mantenían dispuestos regimientos enteros en torno a las fronteras de Albania. A la vanguardia de estos regimientos se agruparon mercenarios de horca y cuchillo, yugoslavos y no yugoslavos, quienes, vistiendo con todo esmero el traje nacional albanés, se lanzarían los primeros sobre las fronteras en el momento adecuado. Pero el hecho es que estos planes, a pesar de su esmero, quedaron en el papel. Esto sucedió así no sólo porque la Italia fascista y la reacción internacional que se encontraba tras ella no permitirían, como en efecto sucedió, por sus propios intereses, que la manzana albanesa enjugase la sed de los gran-serbios, sino también por el hecho de que los agentes y la propaganda serbia en Albania sólo podían encontrar terreno propicio entre unos cuantos elementos degenerados y sin ninguna clase de influencia, pero en absoluto entre amplias capas, y mucho menos en el pueblo. Serbia, a consecuencia de sus crueldades, hacía tiempo que se había transformado en sinónimo del mal en la conciencia del albanés.

La política desnacionalizadora que aplicaban los gran-serbios hacia Kosova y hacia la población albanesa de Montenegro y Macedonia hacía aún más profundo el odio y más

imposible cualquier seña de reconciliación. De 1913 en adelante el régimen chovinista de la burguesía gran-servia puso en funcionamiento los métodos y medios políticos, económicos, ideológicos y militares más inhumanos, con el fin de desnacionalizar y eslavizar los territorios albaneses anexionados. Sólo durante los años 1913-1927, por medio de la denominada «desnacionalización a través de la eliminación física», en Kosova y en las demás regiones albanesas de Yugoslavia fueron asesinados más de 200.000 albaneses, encarcelados decenas de miles y arrasadas poblaciones albanesas enteras. El fascismo, ascendente en la Europa de entonces, encontraba en los gran-servios unos dignos antecesores y compañeros de viaje. Stojadinović de Servia preparó junto con Mussolini el plan para el reparto de Albania¹.

Pero ni el bárbaro exterminio en masa, acompañado de otros medios igualmente bárbaros, como la «desnacionalización por medio de la reforma agraria colonizadora»², la «desnacionalización por medio de la expulsión»³, etc., etc., les daba a los gran-servios los resultados apetecidos. El sentimiento na-

1 Se trata de los regateos del ministro de Asuntos Exteriores de la Italia fascista, Ciano, con el primer ministro del reino Yugoslavo Stojadinović, quienes en las conversaciones bilaterales desarrolladas durante los años 1937-1939 tramaron planes para el desmembramiento y la ocupación de Albania.

2 Sobre la base de documentos y datos estadísticos incompletos, entre las dos guerras mundiales (1919-1941) se establecieron en Kosova por medio de la colonización más de 58.000 colonos servios y montenegrinos y se crearon más de 370 aldeas de colonos. (*Según la revista científica «Përparimi» (El progreso), nº 4 y 5, año 1970, nº 10, año 1971, y «Gjurmime albanologjike» (Investigaciones albanológicas) de 1972 publicadas en Prishtina.*)

Asimismo, según los informes del Directorio Superior de la Reforma Yugoslava, durante los años 1920-1940, sólo en algunas comarcas de Kosova y de Macedonia se arrebataron a los albaneses y se entregaron a los colonos, funcionarios, gendarmes, étniks y otros 381.245 hectáreas de tierra.

3 Durante los años 1913-1941, como consecuencia de la dominación y el terror gran-servio fueron expulsados violentamente de Kosova

cional albanés en Kosova y en otras regiones no se sofocaba ni con las balas ni con los incendios, pero además, y esto era lo peor para los gran-servios, la población albanesa que habitaba en sus propias tierras había crecido en mayor proporción que el elemento servio o montenegrino en estas mismas tierras.

Insaciables en su crueldad y encolerizados por la divisa de los albaneses: «morir antes que abandonar el país», los gran-servios pusieron en acción la «ciencia» del exterminio, la ideología y los métodos del pogrom. Precisamente a esta fase corresponden las obras inhumanas de los consumados gran-servios del tipo de Vaso Čubrilović, Atanasije Urošević y otros monstruos del mismo género del denominado Club Servio de la Cultura en Belgrado, negra criatura de la burguesía reaccionaria servia en los años 1937-1939 y desgraciadamente, como aprenderíamos mucho después, predecesor de las instituciones de idéntica plataforma en la Yugoslavia de 1945 en adelante. No es éste el lugar, ni tampoco el objetivo de mis notas, de detenerme largamente en los programas y teorías de exterminio de estos neomalthusianos, a quienes el régimen de Tito conservaría y elevaría a los más altos rangos de las instituciones científicas de la Yugoslavia «socialista». Quiero tan sólo subrayar que sobre la base de lo que aquéllos dejaron escrito, a la población albanesa se le ocasionó un nuevo e incalculable daño, y se profundizó aún más el abismo de rencores y enemistades que separaba hacía décadas al pueblo albanés por un lado, y a los pueblos servio, montenegrino, etc., por el otro.

La verdad es que en aquel tiempo nosotros ni conocíamos estas obras «científicas» y «plataformas» elaboradas y aprobadas, ni habíamos oído nada acerca de sus autores, pero eso sí, veíamos y oíamos con dolor su aplicación práctica. Además en las filas de nuestros grupos comunistas militaba entonces cierto número de camaradas de Kosova. Se trataba o bien de

y el resto de las tierras albanesas de Yugoslavia alrededor de 500 mil albaneses (la mayor parte a Turquía y el resto a Albania y otros países).

hijos de familias expulsadas, o de personas que habían logrado escapar secretamente de Kosova y habían llegado a la madre Albania para librarse de las persecuciones de los gran-servios, para cursar algún estudio o para buscar trabajo. Con los relatos y hechos estremecedores que nos revelaban los camaradas, el cuadro de las relaciones entre nuestros pueblos en general, y de la situación de Kosova en particular, se hacía para nosotros más completo.

Así nos encontró el año 1941, cuando proseguía en todo el país la resistencia de nuestro pueblo contra los ocupantes fascistas y se planteaba ante nosotros la necesidad urgente de fundar el Partido Comunista de Albania.

Es imaginable que entablar lazos con el Partido Comunista de Yugoslavia en una situación así no era una cosa fácil ni sencilla. Pero para nosotros, los comunistas, el problema estaba claro. Por principio, nosotros no podíamos relacionar de ningún modo el comunismo con el chovinismo, ni al Partido Comunista de Yugoslavia con la política chovinista y reaccionaria del gobierno yugoslavo hacia Albania.

La verdad es que tanto yo, como Vasil Shanto, Qemal Stafa y, después de una serie de vacilaciones, también Koço Tashko, que fuimos los iniciadores del establecimiento de lazos con el PCY, sabíamos muy poco, por no decir nada, sobre la vida, la actividad y la situación de este partido. Habíamos oído que había sido creado tras la Revolución Socialista de Octubre, que durante los 10 ó 15 primeros años de su vida había atravesado por una serie de peripecias, pugnas y fracciones, que algunos de sus cuadros habían sido criticados en varias ocasiones por el Komintern a causa de sus posiciones y su línea antimarxista, trotskista, nacionalista, etc., que en los últimos años se había reorganizado y, se decía, introducido en la línea correcta. No conocíamos a ninguno de sus dirigentes, incluso no sabíamos quiénes eran y cómo se llamaban, pero el hecho de que el Partido Comunista de Yugoslavia fuera miembro del Komintern, de que se hubiera pronunciado por la lucha abierta contra el peligro fascista y que después de abril de 1941, cuando capituló la monarquía yugoslava,

hubiera lanzado la consigna de levantar en torno suyo a todos los pueblos de Yugoslavia en lucha contra la ocupación nazi-fascista, nos impulsaba a establecer lazos con él como un partido hermano que combatía por una gran causa, la misma por la que combatíamos nosotros.

Como comunistas pensábamos y confiábamos en que el Partido Comunista de Yugoslavia, ya que se levantaba en lucha por una nueva Yugoslavia, rechazaría y liquidaría definitivamente también todo el bagaje de la vieja Yugoslavia y, por tanto, su chovinismo, su antiguo espíritu antialbanés brutal y sin escrúpulos. Por ello nosotros calificábamos el establecimiento de lazos con el PCY como una acción justa y madura por nuestra parte. Así pensábamos, y pensábamos correctamente.

Pero, como decía, esto era lo que nos correspondía a nosotros los comunistas. ¿Comprendería el pueblo este pensamiento y objetivo nuestro? ¿Nos secundaría en este paso que nos disponíamos a dar? Se debía rechazar todo un bagaje creado durante decenas y decenas de años, y, como señalaba líneas arriba, no se trataba de un bagaje creado simplemente por palabras o declaraciones, sino por los ríos de la sangre derramada, por las aldeas y ciudades destruidas, por los muchachos y muchachas segados en la flor de la juventud, por las madres sin hijos, por los albaneses lacerados hasta lo más hondo de su espíritu, de su espíritu inquebrantable, amante de la libertad y de la patria. Ahora les íbamos a decir: Nosotros, los comunistas albaneses, estableceremos lazos estrechos, fraternales, con el Partido Comunista de Yugoslavia, con el partido en cuyas filas militan serbios, montenegrinos, macedonios, croatas, eslovenos, bosniacos y otros.

Por lo que se ha dicho más arriba se entiende por qué el albanés ha mirado al servio con desconfianza. Pero nosotros estábamos decididos a dar este paso porque pensamos que así era como debía obrarse. Aunque nuestra gente no nos comprendiera al principio, pronto se convencería y nos comprendería.

Considerábamos naturales los lazos con el PCY, como la-

zos entre comunistas, entre hermanos de ideales comunes. Intercambiaríamos experiencia con ellos y nos ayudaríamos uno a otro en la sagrada lucha por la libertad y la independencia de nuestros países, resolveríamos correctamente con ellos, sobre la base del marxismo-leninismo, todo lo que de nefasto había legado la historia en las relaciones entre nuestros pueblos. Los pueblos son esencialmente amantes de la libertad. Especialmente el nuestro jamás ha molestado a los demás y ha respetado a los valientes y a los pueblos que han luchado contra los ocupantes. Ahora los pueblos de Yugoslavia luchaban contra el mismo enemigo, contra los nazi-fascistas extranjeros y los reaccionarios internos. Era por eso que estábamos convencidos de que nuestro buen pueblo nos comprendería y nos apoyaría. De este modo, con la acción que nos proponíamos emprender, dábamos el primer paso no sólo para eliminar cualquier posible obstáculo para la movilización de los pueblos de nuestros respectivos países en la lucha por la liberación, sino también el primer paso importante y verdadero hacia la eliminación de las injusticias históricas y el rechazo del bagaje de animosidades creadas en el pasado.

Nos propusimos esclarecer esto al pueblo albanés; decirle abiertamente nuestra opinión, y así lo hicimos. El pueblo nos comprendió, ese maravilloso pueblo nuestro al que jamás habían cegado los principios malsanos del chovinismo. Confiábamos, incluso teníamos la convicción, en que así pensaban y juzgaban también los camaradas yugoslavos. Por eso decidimos establecer lazos con ellos. El tiempo confirmaría en qué medida eran ellos verdaderamente marxista-leninistas, si pondrían en práctica lo que no ahorran en las declaraciones.

En el paso que dimos al decidir el establecimiento de lazos con el PCY en aquellos momentos, se nos presentaba, entre otras cosas, una gran dificultad, que requeriría grandes esfuerzos hacerle frente. Bajo la bota del fascismo y a favor de sus propios intereses se había «realizado» la idea de lo que se proclamaba ruidosamente como «liberación de las tierras albanesas del yugo servio», la formación de la «gran

Albania». No se puede ocultar que esta demagogia aturdió a mucha gente en Kosova y engañó también en Albania a algunos que se decían a sí mismos nacionalistas.

Naturalmente, nosotros no íbamos a caer ni caímos en este juego del fascismo, por tanto le dijimos al pueblo clara y exactamente: no debemos engañarnos con la «liberación» y la propaganda de este ocupante que se autoproclama «libertador» (!) pero que de hecho ha subyugado a toda Albania. De ningún modo esperamos que nuestros problemas, grandes o pequeños, vayan a ser resueltos por el más brutal enemigo de la libertad y la independencia de los pueblos, el nazi-fascismo, jamás podemos esperar el bien del fascismo que nos ha sumido en la más negra esclavitud, de quien siega las vidas de los mejores hijos e hijas del pueblo, de esa peste que se ha propuesto a sí misma destruir a la humanidad. Lucha sin cuartel, en todo momento y en cualquier lugar contra él, he aquí cuál es nuestra tarea inmediata.

Todo esto y otros problemas parecidos, lo discutimos en aquellos días del verano de 1941, cuando decidimos entablar lazos internacionistas con el Partido Comunista de Yugoslavia. Teníamos la convicción de que así aportábamos la necesaria contribución a la causa de la gran lucha contra el fascismo y a la realización, paralelamente a la lucha de liberación, de la revolución social, de la revolución que lo resolvería todo.

Así pensábamos nosotros y así decidimos obrar cumpliendo con ello una acción digna de comunistas verdaderos y maduros, de comunistas con la mente lúcida y el corazón limpio.

Ante nosotros estaba la práctica, la vida, la lucha. ¿Qué es lo que nos mostrarían?

La verdad es que el inicio de nuestras relaciones con el Partido Comunista de Yugoslavia fue un comienzo feliz y prometedor. Como relataré detalladamente más adelante, esto estaba relacionado con todo el período en que se encontraba entre nosotros el comunista internacionalista Miladin Popović, especialmente con el período en que aún no habían comen-

zado a venir a Albania los enviados de Tito. Pero, comenzando en marzo de 1943, cuando el primer enviado de Tito, Blažo Jovanović, formulara la primera pretensión absurda y antimarxista hacia nuestro Partido y durante los 5-6 años siguientes, paso a paso entraríamos en conflicto con la gente de Tito, nos enfrentaríamos con ella y nos opondríamos mutuamente. Estos 5-6 años fueron de conocimiento recíproco, un conocimiento que pasó a través de una dura lucha, enormemente difícil y compleja, a través de una lucha llena de trampas y complots tramados por la dirección yugoslava con el fin de someternos y de transformarnos en dóciles instrumentos suyos.

Todos los hechos, documentados, confirman que los dirigentes del PCY, con Tito a la cabeza, habían elaborado planes para someter al Partido Comunista de Albania, colocarle directamente bajo su dirección y, como consecuencia, que nuestra Lucha de Liberación Nacional se transformara en un apéndice de la suya. Habían pensado y planificado que con la liberación de Albania dispondrían de gente suya por todas partes y actuarían con Albania según su capricho en todos los sentidos, en lo político, económico, militar, organizativo y a nivel internacional. Naturalmente toda esta actividad se encubría con el ropaje de los objetivos comunes de la lucha de liberación nacional contra los ocupantes, bajo la dirección de dos partidos comunistas que estaban unidos como uña y carne con la Unión Soviética, con el Partido Bolchevique y con Stalin.

Los yugoslavos eran tan engreídos y se habían formado de sí mismos y de su lucha una opinión tan megalómana, que menospreciaban nuestra lucha, hasta llegar al punto de pensar que sin ellos no habría partido comunista en Albania ni lucha de liberación nacional. Este engreimiento hacía que la dirección yugoslava minimizara nuestra lucha y no se interesara por informarse y estudiar con realismo nuestras condiciones objetivas, la situación social, económica, la lucha de clases, los sostenes del ocupante, el glorioso pasado revolucionario del pueblo albanés. Eludía también este análisis a

causa de los seculares sentimientos y objetivos antialbaneses de los serbios y en general del expansionismo paneslavo. Idéntica posición ha mantenido la dirección yugoslava hacia los albaneses de Kosova, a quienes no sólo no ayudó a que tomaran parte debidamente en la lucha contra los ocupantes, sino que sabotó su lucha, los aterrorizó, los asesinó y los torturó siempre.

Toda la gente que Tito y la dirección del Partido Comunista de Yugoslavia enviaba junto a nosotros, pretendidamente para ayudarnos y para intercambiar experiencia, llegaba con planes preconcebidos, con «directivas» que nos dictaban y que nosotros debíamos aplicar, llegaban como «maestros» de la revolución y de la lucha de liberación nacional junto a los «aprendices». Su megalomanía y su arrogancia no tenían límites, comenzando por Blažo Jovanović, Vukmanović Tempo, Dušan Mugoša, Velimir Stoinić, Nijaz Dizdarević y terminando por los que vinieron después de la Liberación, Josip Djerdja, Savo Zlatić, Sergej Krajer, el general Kuprešanin y otros.

Con toda esta gente, desde los primeros contactos, hemos estado en oposición acerca de numerosas cuestiones de principio y hemos disputado con ella. Se entiende que, por nuestra parte, esto se hacía por cuestiones de trabajo y de manera camaraderil, porque juzgábamos incorrectas y fuera de lugar numerosas de sus opiniones y valoraciones, ya sea en relación con la situación en el ejército, con la organización del Partido, ya con la política del Partido, con el Frente, etc. Sin embargo ellos nos odiaban y, como se puso claramente de manifiesto por su actividad, estudiaban entre nosotros cuáles eran los elementos más adecuados que pudieran servirles a la realización de sus objetivos. Por tanto, la dirección yugoslava trabajaba con tiempo y había decidido limpiar las filas de nuestra dirección de todo aquel que estuviera en oposición a sus planes, con el objetivo de tener el camino libre.

Su lucha y sus esfuerzos antimarxistas y antialbaneses se hicieron más descarados y brutales especialmente después del II Pleno del CC del PCA celebrado en Berat en noviembre de 1944, y en todo el período desde la Liberación en adelante.

Resulta difícil, para aquellos que no han vivido especialmente el período hasta 1948, comprender e imaginarse con exactitud la lucha extraordinariamente complicada que tuvimos que librar contra los titistas en esos años. Debíamos descubrir la guerra subversiva que libraban contra nosotros quienes se presentaban como amigos y alardeaban de serlo, descubrir a los verdaderos y jurados enemigos no sólo de nuestro Partido y de nuestro pueblo, sino del marxismo-leninismo, de la teoría y la práctica de la revolución.

Acabábamos de entrar en el nuevo camino de la construcción de la sociedad socialista y, como es lógico, carecíamos de experiencia en este sentido. Era muy fácil equivocarse sin querer a causa del desconocimiento, y, aprovechándose de esto, los «amigos», intencionadamente, a conciencia, ofreciéndonos su «ayuda», su «experiencia», intentaban con todas sus fuerzas descaminarnos, introducirnos en senderos tortuosos y fatales. Con esfuerzos, desvelo y sacrificios deberíamos hacer frente, como en efecto hicimos, a este mal.

Era nuestro primer enfrentamiento con el revisionismo moderno. Pero también aquí nos faltaba la experiencia. El hecho de que tuviéramos, por así decirlo, «en casa» a estos enemigos venía a complicar aún más la lucha. Habíamos sido gravemente traicionados en la confianza que habíamos depositado en ellos, en nuestra honestidad comunista, en la sinceridad proletaria que habíamos observado hacia ellos. La telaraña titista estaba tendida por tanto incluso entre nuestras propias filas. Lo que Tito y su gente no podían lograr desde «fuera», lo conseguían sus agentes preparados con tiempo por Dušan Mugoša, Vukmanović Tempo y Velimir Stoinić y lanzados al ataque en el interior de nuestro más alto órgano dirigente, dentro de nuestro Buró Político. Debíamos por tanto descubrir, precisar y desbaratar el complot titista, en unas condiciones no ya de ausencia de unidad en nuestra dirección, sino de una aguda lucha que golpeaba desde fuera y desde dentro al cuerpo sano de nuestro Partido. Pero también esta lucha la llevamos a término y la coronamos con el éxito.

Por fortuna para el Partido, para la Patria y para el so-

cialismo en Albania, el complot titista fue desenmascarado y desbaratado precisamente cuando parecía que tenía todo en sus manos. Las relaciones entre nosotros y el Partido Comunista y la República Federativa Popular de Yugoslavia habían llegado a su momento más álgido. Las cartas de Stalin dirigidas al PC de Yugoslavia arrojaron luz sobre la vía y la actividad antimarxista y revisionista de la camarilla de Tito. Muchas de las cosas que Tito y compañía habían hecho y hacían contra nuestro Partido y nuestro país, aparecieron ahora ante nosotros claras como la luz del día. Los esfuerzos, las inquietudes, los errores y los aciertos de esa lucha habrían de transformarse en una gran escuela de elevación del nivel político e ideológico de los comunistas y de nuestro pueblo; en una experiencia colosal que habría de servirnos en las nuevas batallas que se nos impondrían en adelante y hasta el día de hoy, quemando incluso las últimas cartas que la agencia yugoslava guardaba para los mejores o peores días.

Sobre cómo desarrolló nuestro Partido esta grande y dura lucha con el fin de distinguir y golpear al revisionismo titista habla una historia entera. En numerosos documentos y materiales fundamentales de nuestro Partido correspondientes a aquel tiempo y a todo el período posterior, se ha analizado y generalizado todo el proceso dialéctico que va desde los primeros lazos hasta el momento en que interrumpimos de una vez y para siempre todo vínculo y relación con el Partido Comunista de Yugoslavia. Yo mismo, como participante directo en esta lucha desde sus primeros momentos, he retrocedido frecuentemente a aquel período. Las enseñanzas que hemos extraído de este período de enfrentamientos y de lucha de principios, en el terreno ideológico, político, económico, organizativo y hasta militar serán siempre actuales e inagotables. El pasado sirve siempre al presente y al futuro. Es por eso que ahora retornamos al período de 6-7 años en que tras el «destacado dirigente Tito» descubrimos al renegado consumado que fue Tito, cuando tras el «internacionalismo» suyo y de su gente descubrimos el nacionalismo y el chovinismo, cuando tras su «amistad» descubrimos las cadenas de una

nueva esclavitud, cuando tras su «comunismo» descubrimos la revisión del marxismo-leninismo en la teoría y en la práctica.

Después de esto, desarrollamos e hicimos avanzar de forma permanente la lucha que habíamos iniciado tiempo atrás contra los revisionistas yugoslavos, y no nos detuvimos ni retrocedimos ni en los años 50, cuando Jruschov y sus secuaces se lanzaron al camino de la traición y se abrazaron con Tito, ni en los 70, cuando Mao Tse-tung se arrodilló ante el viejo renegado de Belgrado. No retrocedimos ni nos detuvimos tampoco en 1981, cuando, tras los acontecimientos de Kosova, provocados por la bárbara opresión chovinista gran-servia, los herederos de Tito, para hacer frente a la situación en el interior de Yugoslavia y entre la opinión mundial, tramaron el complot más monstruoso con el fin de enturbiar la situación en Albania y derrocar a la sana dirección de nuestro Partido, tal como los titistas intentaron hacer en Berat, en noviembre de 1944, en vísperas de la liberación del país.

Durante cerca de 40 años los revisionistas yugoslavos se han equivocado y han fracasado en sus planes descarados y complots secretos contra Albania y todavía no les cabe en la cabeza que la fortaleza del Partido y de Albania socialista no se toma ni desde fuera con ejércitos, presiones y provocaciones de toda clase, ni desde dentro cualquiera que sea el calibre de sus agentes, a quienes han preparado y mantenido en la reserva durante más de 40 años o que han tomado prestados de la CIA, del KGB, del Intelligence Service o de otras agencias.

Nuestro Partido desarrolló y desarrollará siempre de forma consecuente la lucha ideológica contra los revisionistas yugoslavos, porque conoce bien su verdadero rostro de antimarxistas, de chovinistas y de agentes inveterados del imperialismo. Toda la historia de las relaciones entre nuestro Partido y la dirección yugoslava ha sido y continúa siendo la historia de los constantes complots de la camarilla titista para someter a nuestro Partido, para liquidar la independencia de nuestro país, la historia de la heroica resistencia del

Partido del Trabajo de Albania y de nuestro pueblo contra los diabólicos planes de esta camarilla, contra sus amenazas y chantajes sin fin.

Precisamente a ésta historia, de forma especial a su primer período, están dedicados estos apuntes míos.

Julio de 1982

I

DE LOS PRIMEROS CONTACTOS A LAS PRIMERAS DUDAS Y FRICCIONES

La primera carta de Tito, carta de los «consejos tardíos» ■ La verdad sobre la pretensión titista de que el PCA «ha sido creado por el PCY» ■ Zvetozar Vukmanović Tempo en Albania: «Tengo una idea en mente que incluye a Yugoslavia, Albania, Bulgaria y Grecia». Aspera disputa con Tempo en el verano de 1943. Koçi Xoxe, el primer «recluta» de Tempo ■ Tito pretende conservar los dominios de la vieja Yugoslavia. La cuestión de Istria y la cuestión de Kosova ■ La reunión de Bujan de diciembre de 1943 ■ Dušan Mugoša recorre de punta a punta la base y comienza el reclutamiento al servicio de los yugoslavos.

Nuestros primeros lazos con comunistas yugoslavos hablaban de un principio prometedor. En el otoño de 1941 se halló entre nosotros el comunista internacionalista montenegrino, Miladin Popović.

Había sido elegido secretario del recién creado Comité Regional para Kosova del PCY y en el verano de 1941, tras una acción en Mitrovica, fue arrestado por los fascistas y enviado a un campo de concentración en Albania. Eran los momentos en que nosotros, los representantes de los tres princi-

países grupos comunistas de Albania (el de Korça, el de Shkodra y el de «Los jóvenes»), habíamos llegado a un acuerdo de principio para la fundación del PC de Albania y, una de las primeras acciones comunes que emprendimos en aquel período para robustecer los lazos entre los grupos, fue la de liberar a Miladin Popović¹ de las garras del fascismo. Como he relatado con detalle en el libro de memorias *Cuando nació el Partido*, realizamos con éxito la acción y desde los primeros momentos de nuestro contacto con Miladin y de forma constante, vimos en él a un comunista templado, de espíritu activo y combativo, a un verdadero amigo de nuestro Partido y de nuestro pueblo, dispuesto a dar incluso la vida por hacer avanzar nuestra causa. Miladin Popović carecía de la experiencia de un dirigente de alto nivel, pero no le faltaba ni la determinación de aprender, ni la disposición para expresar su opinión con tacto y madurez, sin asomo de megalomanía, de ingerencia o de tendencia a imponerse a nosotros. Como es lógico, al conocer éstas y otras cualidades de Miladin crecía en nosotros el respeto por él y, por sí mismo, esto hacía que creciera también nuestro respeto por el Partido Comunista de Yugoslavia. Verdaderamente, hasta finales de 1942, no habíamos conocido a ninguno de los dirigentes del PCY ni habíamos tenido ninguna clase de contacto, directo o indirecto, con ellos, pero, como dije, al conocer a Miladin a veces nos decíamos unos a otros: Imaginad qué cuadros templados y

1 En cuanto los comunistas albaneses tomaron conocimiento de que Miladin Popović se encontraba en un campo de concentración en Albania, a propuesta del propio camarada Enver Hoxha, decidieron liberarlo. El camarada Enver Hoxha escribe en sus memorias: «Liberar del campo de concentración a un comunista y cuadro de otro partido comunista —les dije a los camaradas—, es una tarea internacionalista de la que no podemos ni debemos permanecer al margen.» Tras su liberación el camarada Enver Hoxha escribe: «Miladin está contento de encontrarse en el seno de los camaradas comunistas albaneses... Expresó su cariño y admiración por el hermano pueblo albanés... Era montenegrino, pero juzgaba y valoraba como comunista las virtudes de nuestro pueblo» (Enver Hoxha. *Cuando nació el Partido* (Memorias). 2ª ed. en albanés, págs. 118, 124. Tirana, 1982).

experimentados debe tener este partido, si en sus filas ha militado un comunista como Miladin Popović.

En este período se encontraba también entre nosotros Dušan Mugoša, a quien conocíamos un poco y de quien teníamos unas buenas primeras impresiones. Indiscutiblemente, Dušan no podía compararse con Miladin ni por su experiencia, ni por su madurez y sus aptitudes y, todavía menos, por sus cualidades organizativas o dirigentes. Pero nadie podía culparle por esto. Parecía un tipo decidido, activo y le gustaba ir a la base, a las regiones. Apenas se enteraba de que alguno de nuestros camaradas del Comité Central Provisional iba a partir para alguna región, Dušan solicitaba acompañarle «para conocer la base y familiarizarme con la lengua», como nos decía. Nosotros, entonces, no veíamos nada malo en estas «pasiones», por el contrario cumplíamos con satisfacción su deseo. A veces los camaradas nos informaban que allí donde iba tenía la manía de figurar, de hablar con motivo o sin él e incluso en los casos en que no le correspondía en absoluto abrir la boca; en Vlora nos confundió los consejos de liberación nacional con los soviets¹, pero no teníamos por qué desconfiar de él a causa de esto. «No da más de sí», pensábamos apoyándonos en la buena impresión que teníamos de él y nos esforzábamos por recomponer con cuidado lo que él descomponía con su precipitación, su temeridad y su sectarismo. Pero, como dije, permanecía muy poco tiempo entre nosotros, de modo que más nos inquietaba que a causa de su descuido cayera en manos del enemigo, antes que se nos llegara a pasar por las mientes que ocultaba alguna otra cosa detrás de sus acciones a menudo sorprendentes. En pocas palabras, hasta finales del año 1942 teníamos las mejores impresiones y opiniones

¹ En unos momentos en que la reacción acusaba al Movimiento de Liberación Nacional de estar vendido a los «rojos», Dušan Mugoša, apoyado con entusiasmo por Mehmet Shehu, lanzó la consigna de que los consejos de liberación nacional debían llamarse «soviets» como en la Unión Soviética. El CC del PCA la rechazó y dio la orden de que no se utilizara este término bajo ningún concepto, pues de lo contrario esto ayudaría a la propaganda enemiga.

tanto de los dos camaradas yugoslavos que se encontraban con nosotros, en especial de Miladin, como del PC de Yugoslavia.

Precisamente en aquellos momentos, nos llegó la noticia de que un enviado del CC del Partido Comunista de Yugoslavia había entrado en Albania y que pronto se uniría a nosotros. No conocíamos su nombre, sólo se nos decía que se trataba de un cuadro que venía directamente del estado mayor principal de la dirección yugoslava y que traía importantes informaciones para nuestro Partido. Esta noticia nos alegró porque, como explicaré más adelante, llevábamos 7 u 8 meses esperando respuesta, aunque no fuera a través de un delegado, al menos por cualquier otra vía posible, a la petición que a través de la dirección yugoslava habíamos hecho al Komintern de que reconociera a nuestro joven Partido Comunista. Adoptamos todas las medidas necesarias para garantizar a nuestro amigo un viaje lo menos peligroso posible y a finales de diciembre de 1942 llegó sano y salvo a Labinot (Elbasan) el delegado del CC del PCY. Se trataba de Blažo Jovanović.

La llegada a Albania de este delegado representó el primer contacto oficial entre la dirección de nuestro Partido y el propio Miladin Popović con la dirección del Partido Comunista de Yugoslavia. Desgraciadamente este primer contacto señala también el comienzo de las fricciones y enfrentamientos entre nuestros dos partidos.

¿Quién era, por tanto, y qué nos trajo el primer enviado de Tito, Blažo Jovanović?

La verdad sobre una pretensión absurda

En la Primera Conferencia Consultiva de Activistas del PCA, celebrada en abril de 1942*, habíamos decidido notificar

* Véase: *Historia del Partido del Trabajo de Albania*. 2ª ed. en español, págs. 85-88. Tirana, 1982.

al Komintern la fundación del Partido Comunista de Albania, los primeros resultados en la organización y fortalecimiento de sus filas y de su vida, así como las líneas generales de su programa de combate. Con este motivo planteábamos a la dirección del Komintern la petición de que el PCA fuera admitido como miembro de la Internacional Comunista y nuestro propósito de organizar, en un futuro próximo, la Primera Conferencia Nacional del PCA. Juzgamos que el mejor camino para comunicar estas decisiones y propuestas al Komintern era la dirección del PC de Yugoslavia y encargamos a los camaradas Vasil Shanto¹ y Dušan Mugoša que las llevaran al lugar en que se encontraba la dirección yugoslava. Al mismo tiempo expresábamos el deseo de que el CC del PCY, en la medida en que lo considerara posible, nos enviara un delegado para que tomara parte como invitado en la Primera Conferencia Nacional de nuestro Partido.

Dušan Mugoša estuvo a punto de saltar de alegría cuando le comunicamos la misión. Yo creí que lo que le alegraba más era el hecho de que se le diera la oportunidad de entrevistarse con los principales dirigentes de su partido y poder vanagloriarse a causa del difícil y peligroso viaje y de la elevada misión que le habíamos encomendado. En cuanto a Vasil Shanto, verdadero maestro en las actividades conspirativas, como siempre acogió la tarea todo tranquilo y lleno de seriedad y comenzó los preparativos para el viaje.

De modo que en mayo de aquel año enviamos a los camaradas a Yugoslavia y en julio, para sorpresa nuestra, Vasil Shanto volvió:

—¿Cómo? —le pregunté—. ¿Tan pronto cumplisteis la tarea?

—¡Sólo el principio! —nos dijo con calma—. Sólo pude

1 Uno de los dirigentes de los grupos comunistas, participante en la Reunión Fundacional del PCA. En la I Conferencia Nacional del Partido fue elegido candidato al CC del PCA. Cayó cerca de Shkodra en febrero de 1944 en un enfrentamiento con el enemigo. Héroe del pueblo.

cumplir la costumbre de nuestras montañas. Acompañé a Duqi,¹ sano y salvo, hasta que entramos en contacto con un destacamento de guerrilleros yugoslavos en Montenegro, y después de eso me dijo: «¡Vuélvete! Cumpliré la misión yo solo».

A pesar de que se trataba de un tipo muy ponderado, comprensivo y que no guardaba reservas, percibí cierta insatisfacción en su respuesta.

—Has hecho muy bien en volver —le dije dándole una palmada en el hombro—. Nosotros aquí tenemos todo el trabajo que quieras.

—De acuerdo, camarada Taras² —me dijo—, sólo que creo que cuando nuestro Comité Central me envió tenía previsto que sus importantes propuestas las llevara un comunista albanés...

Sentía que Vasil tenía razón, pero de cualquier modo no aprecié en la conducta de Dušan ninguna infracción grave. Pensé que había sido su manía de figurar, de asumir cargas «pesadas» y «especiales» (en definitiva en aquel caso concreto no era más que un simple correo), de hacer que la atención de aquéllos con los que se iba a entrevistar se concentrara exclusivamente sobre él, etc., lo que le había inducido a decir a Vasil Shanto «vuélvete». Más tarde me convencería de que tanto en este caso como en otros insólitos viajes suyos «a la base», así como en su prolongado «extravío», 5 ó 6 meses después de haber llegado al estado mayor de Tito, se encubrían negros objetivos y actividades, meditados y planificados cuidadosamente por él y por los que le habían enviado de misión junto a nosotros. Pero esto lo sabríamos y valoraríamos debidamente más tarde. Era todavía el principio, el tiempo en que aún no habíamos tenido la oportunidad de establecer lazos y contactos directos con la dirección del PC de Yugoslavia.

Y por fin, tras tantos meses de espera, el primer enviado

1 Seudónimo de Dušan Mugoša.

2 Uno de los seudónimos del camarada Enver Hoxha durante la Lucha de Liberación Nacional.

de la dirección yugoslava llegó y, a decir verdad, trajo consigo informaciones verdaderamente importantes y satisfactorias: El reconocimiento de nuestro Partido por el Komintern y las directrices del Comité Ejecutivo de la Internacional para nuestra Lucha de Liberación Nacional. Blažo Jovanović trajo además una carta de Tito para el Comité Central de nuestro Partido y la autorización como representante del CC del PCY en la Primera Conferencia Nacional del PCA; nos trajo también, si no me equivoco, uno o dos folletitos y, que duda cabe, a Dušan Mugoša.

Recibimos al amigo con todos los honores que pueden ofrecerse en las condiciones de la profunda clandestinidad y más aún teniendo en cuenta que el recibimiento fue en una humilde choza con el techo de encina, en Shmil,¹ Elbasan. Le hablamos camaraderilmente y en líneas generales de la marcha de los asuntos entre nosotros, del mismo modo que él nos habló de la situación del Partido y de la lucha en Yugoslavia y, especialmente, de la difícil situación en Montenegro.

Naturalmente, en esta ocasión le agradecemos de todo corazón los esfuerzos que había tenido que hacer, recorriendo un camino lleno de dificultades para llegar hasta nosotros, para cumplir aquella tarea internacionalista.

En la conversación parecía prudente y razonable y, a excepción de una pequeña fricción que tuvimos en los primeros días, todo lo demás marchaba normalmente. La fricción estaba relacionada con lo que Tito nos escribía y nos aconsejaba en su carta.

—La carta del camarada Tito —nos dijo Blažo dos o tres días después de su llegada— contiene orientaciones y consejos necesarios y de importancia para ustedes. Yo estoy al tanto y podemos discutir sobre ello.

—Sí —le respondí—, hemos leído la carta y hemos considerado cuidadosamente los consejos del camarada Tito, le estamos agradecidos por ellos. Pero, camarada Blažo, usted permanecerá aquí hasta que celebremos la Conferencia de

1 Aldea de la región de Elbasan.

nuestro Partido. Durante este tiempo usted mismo verá y conocerá mejor la marcha de nuestros asuntos y, se lo aseguro, no le quedará nada sin aclarar.

—Bien, bien —insistió Blažo—, pero se trata de las orientaciones y consejos del camarada Tito. ¿Están de acuerdo con ellos o no?! —preguntó después en un tono como si se estuviera dirigiendo a los cuadros que dependían de él. (Era comisario o comandante de una unidad guerrillera en Montenegro.)

De ningún modo deseaba que se rompiera la atmósfera amistosa, de modo que, sonriendo, sorteé el mal efecto de su pregunta y con tranquilidad le dije:

—Nuestro Partido, no sólo ahora que es joven aún, sino también en el futuro, escuchará siempre con cuidado y consideración las opiniones y consejos camaraderiles de los amigos. Esto, indiscutiblemente, vale también para la carta del camarada Tito. Pero, camarada Blažo, nosotros comprendemos las circunstancias y las condiciones en las que ha sido escrita esta carta. Como usted sabe, ha sido escrita a finales de septiembre, ha llegado a nosotros en diciembre y se refiere a los problemas que concernían a nuestro Partido antes de abril de 1942. Además se refiere a los problemas que nosotros mismos planteamos en la Primera Conferencia Consultiva de Activistas del Partido en el mes de abril y que, por medio de Dušan, pusimos en conocimiento de la dirección de su partido.

—Es decir, según ustedes, ¡el camarada Tito no ha hecho más que repetir lo que han planteado ustedes! —intervino Blažo disgustado.

—No he dicho eso. En los materiales que enviamos al Komintern mostrábamos cómo marchaban los asuntos aquí. Tito, juzgando sobre la base de ellos, nos da una serie de consejos. Nosotros le agradecemos la preocupación y el interés.

—¿Sólo para eso les sirve la carta? —preguntó Blažo en idéntico tono.

—Compréndanos bien, por favor —le dije—, estamos en enero de 1943 y se entiende que no hemos estado parados

desde abril de 1942. Por el contrario, nos hemos esforzado por solucionar correctamente no sólo los problemas de aquel período, sino también los que nos han surgido más tarde, y ahora, teniendo en cuenta las directrices del Komintern que usted nos acaba de traer, no podemos sino sentir satisfacción al comprobar que hemos obrado verdaderamente como debíamos.

En el resto de la conversación me detuve concretamente en lo que nos decía Tito en su carta, expliqué la marcha de los acontecimientos y, a decir verdad, Blažo nos escuchó y se convenció con lo que le dijimos. Sin más declaramos cerrado el asunto y durante años enteros no se planteó ocasión de mencionar la «primera carta» de Tito. Quizás no merecería la pena ni sacar a colación aquí aquella carta, pero el hecho de que la propaganda yugoslava la haya difundido más tarde elevándola a la categoría de «mensaje salvador», «notable contribución de Tito en favor de nuestro Partido y de la Lucha de Liberación Nacional albanesa», etc., etc., me obliga a detenerme nuevamente un poco en este documento calificado de notable.

Debo decir que la mejor valoración de la primera carta¹ de Tito no puede ser otra que denominarla «carta de los consejos tardíos». En concreto: en diciembre de 1942, cuando nos llegó la carta, Tito «aconsejaba» a nuestro Partido que ¡limpiara sus filas de los elementos grupistas y fraccionalistas que habían podido penetrar y ajustara las cuentas con ellos!

Como se sabe, ya en la Conferencia Consultiva de Abril del Partido y después en la Conferencia Extraordinaria del Partido en junio de 1942 (cuando es incluso posible que Tito no supiera que se había creado el PCA), nosotros habíamos finalizado consecuentemente esta tarea.

1 Esta carta se guarda en los Archivos Centrales del Partido (ACP). En el marco de su desenfadada propaganda antialbanesa, la propia dirección yugoslava ha publicado esta carta, entre otros materiales, en el denominado *Libro Blanco — Las Relaciones Yugoslavo-Albanesas*. Doc. no. 83. Belgrado, 1961.

¡Esfuércense por crear lazos con los representantes de los distintos grupos y corrientes ciudadanos y creen junto con ellos el Frente de Liberación Nacional! —era el otro consejo de Tito.

Pero, tanto en diciembre de 1942, cuando nos llegó la carta de Tito, como el 22 de septiembre de 1942, cuando él se sentó a escribirla, su «consejo» no podía producir entre nosotros más que sonrisas. Nosotros habíamos lanzado la consigna de unir al pueblo el 7 de abril de 1939 y el pueblo y la juventud se habían levantado en manifestaciones de protesta; en noviembre de 1941, el primer llamamiento oficial del Partido recién formado fue el de la unión del pueblo en la Lucha Antifascista, y más tarde había impartido directrices precisas y se habían alcanzado importantes resultados en este sentido. Es un hecho histórico conocido que el 16 de septiembre de 1942 habíamos organizado también la Conferencia de Peza, donde se echaron los fundamentos políticos y organizativos del Frente de Liberación Nacional y del futuro poder popular, habíamos elegido el Consejo Antifascista de Liberación Nacional y la organización del Frente se extendía y fortalecía de día en día (!).

Naturalmente no podíamos reprochar a Tito este desconocimiento de nuestra situación, pero tampoco a nosotros se nos podía culpar de no haber esperado sus consejos para resolver los asuntos. Por el contrario, nuestra culpa hubiese sido imperdonable únicamente en caso de que hubiésemos permanecido a la espera de las «orientaciones» de fuera.

Pero si la «orientación» sobre la cuestión del Frente y exactamente igual la de los consejos de liberación nacional nos hicieron sonreír, otra cosa más adelante provocó la hilaridad de los camaradas de la dirección y junto con nosotros de Miladin.

¡Deben ustedes desenmascarar ante los miembros del PCA al trotskista Zai Fundo, nos orientaba Tito desde Glamoć en septiembre de 1942, y notificarles que se trata de un descarado enemigo de la Internacional y del Partido!

Es como el que quiere enseñar a su padre a hacer hijos.

Al trotskista Fundo nosotros le habíamos desenmascarado como tal desde 1939, cuando llegó a Albania, y ya entonces habíamos ajustado definitivamente las cuentas con él*.

—Quizás Tito no ha sabido esto —pensamos inicialmente— y es por eso que nos ha escrito así.

Però enseguida nos acordamos: Nosotros le habíamos enviado a Tito la Resolución de la Reunión Fundacional del Partido y allí se calificaba abierta y claramente a Zai Fundo de «enemigo declarado de la clase». En su carta Tito nos decía que había leído la Resolución. ¿Entonces? ¿No había leído aquel párrafo? ¡¿O es que como tenía que decirnos algo, escribió lo primero que se le ocurrió?! ¡Asombroso! Pero todavía nos asombraríamos más con el problema Tito-Fundo en septiembre de 1944. Las fuerzas del Ejército de Liberación Nacional que combatían por la liberación de Albania del Norte hicieron prisionero a Zai Fundo, quien se encontraba con un grupo de bandidos con Gani Kryeziu y los ingleses al frente. Dimos la orden de que Fundo recibiera el castigo merecido. Entonces, inesperadamente, el mismo Tito y su gente que en 1942 nos daban el tardío consejo de ajustar las cuentas con Fundo, ahora salían en su defensa e incluso pedían que se lo entregáramos.

Sobre el modo en que obramos en esta ocasión ya he escrito en algún otro lugar y en el libro *Las tramas anglo-americanas en Albania*, ahora no es necesario que me extienda. Estábamos con la carta de 1942. Era igual de principio a fin, una carta de consejos excesivamente tardíos. Sólo al final, como de pasada, «ya que tratamos de esto», Tito nos hacía también esta petición: «La resolución que redacten en la Conferencia debe ser lo más breve posible... Así mismo enviennos los nombres de los nuevos miembros del Comité Central, con su historial, ya que debemos hacerlos llegar al Komintern»(?!).

Nos llamó la atención esta petición y nos preguntamos unos a otros qué necesidad tendría el Komintern de los his-

* Véase: Enver Hoxha. *Las tramas anglo-americanas en Albania*. Ed. en español, págs. 323-344. Tirana, 1982.

toriales de los miembros del CC del PCA, pero como no sabíamos explicárnoslo, encontramos una «justificación»: ¡Ya sabrá Tito lo que se hace! ¡Será ésta la orientación que tiene!

He aquí, pues, cómo era toda la carta de Tito que la propaganda yugoslava ensalza como ¡una «importante contribución» para que nuestro Partido siguiera una línea correcta! ¡Y esto como «argumento» a favor de su pretensión de que es a ellos a quienes el PCA debe su crecimiento! Pero la ceguera y los instintos chovinistas incontrolables les llevan al autodesenmascaramiento. Si tuvieran más sangre fría, incluso simplemente por su pretensión hostil, no deberían mencionar nunca esta carta.

Dicha carta es la prueba incontestable de que como mínimo hasta finales de 1942, fecha en que la recibimos, el Partido Comunista de Albania no recibió del CC del PCY ninguna ayuda, ninguna orientación. Al mismo tiempo prueba que incluso los «consejos» y «orientaciones» de finales de 1942 llegaron a Albania como los cuévanos después de la vendimia y que, como consecuencia, no tenían ningún valor.

Pero volvamos a los inicios del año 1943, a los días en que se encontraba entre nosotros Blažo Jovanović, y veamos la «contribución» que nos dio. Después de transmitirnos lo que le habían dicho, el hecho es que se mostró prudente y se mantuvo, por así decirlo, «apartado», con el fin de cumplir la última tarea para la que había sido enviado: saludar a la Primera Conferencia Nacional de nuestro Partido en nombre del CC del PCY. El mismo veía como estábamos empeñados en el trabajo y en la lucha, día y noche, veía los viajes que hacíamos de Elbasan a Tirana y viceversa jugándonos la cabeza, las asambleas y encuentros que organizábamos y, a decir verdad, en ningún caso nos manifestó señal alguna de insatisfacción. Naturalmente, había casos en los que tomaba parte también él en las conversaciones que manteníamos sobre este o aquel problema, nosotros mismos le preguntábamos sobre alguna de las cuestiones que íbamos a tratar en los informes de la Conferencia y él manifestaba abiertamente su

opinión. No brillaba por lo que decía y pronto me convencí de que, sobre todo acerca de los problemas de la organización, la dirección y la vida del partido en su conjunto, no sabía mucho. Es posible que esto fuera consecuencia de que se había ocupado fundamentalmente de problemas militares. En todo caso, durante todo el tiempo que permaneció hasta la Conferencia, Blažo se mantuvo dentro de sus competencias, no intentó imponernos nada, del mismo modo que no tenía nada que aportar cuando le preguntábamos. Brevemente, estuvo dos o tres meses junto a nosotros en relaciones normales, a menudo sin hacerse sentir en absoluto y de cualquier modo en una atmósfera amistosa.

Y he aquí que este mismo Blažo Jovanović se nos levanta en la Primera Conferencia Nacional¹ en medio de los delegados venidos de toda Albania y, de modo completamente inesperado, nos suelta esta joya:

—¡El Partido Comunista de Albania ha sido creado por los comunistas yugoslavos!

Aludía a Miladin Popović y a Dušan Mugoša.

Miladin Popović no permitió que la tremenda impresión ocasionada por esta declaración estúpida se prolongara mucho tiempo. Se levantó nada más terminar Blažo y dirigiéndose a él y a nosotros dijo:

—A nadie debe siquiera ocurrírsele —subrayó entre otras cosas Miladin— que el Partido Comunista de Albania lo hemos creado nosotros, dos camaradas del Partido Comunista de Yugoslavia. No, la verdad es que el Partido Comunista de Albania lo habéis creado vosotros mismos, los comunistas albaneses y, en caso de que deba hablarse de mi papel o del de cual-

1 Se celebró del 17 al 22 de marzo de 1943 en Labinot, cerca de Elbasan, y fue la primera conferencia del Partido. La cuestión de preparar al pueblo para la insurrección general y la organización de ésta ocupó el lugar principal en sus trabajos. Decidió la creación del Ejército de Liberación Nacional Albanés. Eligió al Comité Central del PCA, su Buró Político y al Secretario General del PCA, el camarada Enver Hoxha (Véase: *Historia del Partido del Trabajo de Albania*. 2ª ed. en español, págs. 106-117. Tirana, 1982).

quier otro extranjero, este papel no es otra cosa que lo que en las relaciones entre partidos hermanos se denomina ayuda y apoyo internacionalista, fraternal. Vuestro Partido Comunista lo habríais creado vosotros aunque no hubiésemos estado nosotros aquí, como de hecho lo hicisteis*.

Blažo Jovanović palideció tras esta enérgica declaración, arrugó el hocico, pero no abrió la boca ni en aquel momento ni en los pocos días que permaneció con nosotros una vez terminada la Conferencia.

Por nuestra parte, a pesar de la sorpresa y de la enormemente mala impresión que nos produjo su afirmación, no dimos importancia a una expresión así, que, como comunistas que éramos y tal como concebíamos las cosas, nos pareció tan sólo un lapsus casual, por eso ni siquiera consideramos razonable hurgar en el cómo y el por qué se le escapó a Blažo una cosa semejante. Ahora conocíamos tanto su capacidad como su naturaleza, y pensamos que este absurdo entraba en el cuadro de las expresiones y tesis disparatadas que de vez en cuando dejaba caer.

No obstante, se nos planteó una serie de interrogantes. Blažo llevaba más de dos meses entre nosotros, habíamos conversado con él tantas y tantas veces y, como dije, tuvimos incluso una fricción. ¿Cómo no había soltado esta plancha en estos dos meses y pico, sino precisamente en la Primera Conferencia del Partido?! Si hubiese sido una expresión, o un «pensamiento» que se le hubiese ocurrido simplemente a él «de forma repentina», lo más natural sería que hubiese surgido en una conversación o una fricción casual. Sin embargo él lo dijo no cuando hablaba o discutía en nombre propio, sino cuando nos saludaba en nombre del CC del PC de Yugoslavia. ¿Entonces cómo? ¿Se trataba, por tanto, de algo que se le escapó, o Blažo había sido encargado de soltarlo, incluso como si fuera algo casual, ante el foro principal de nuestro Partido?

Pero éstos no eran más que interrogantes surgidos en

* De las actas de la Primera Conferencia del PCA. ACP.

aquellos días y no teníamos razones ni ningún otro hecho que nos indujera a pensar que la expresión no era del propio Blažo. Tito no hacía la más lejana alusión en este sentido en la carta que he mencionado, el propio Blažo, tras la fulminante contrarréplica de Miladin, cerró la boca y nosotros lo dejamos sin más, con la confianza de que se trataba simplemente de un lapsus del delegado.

Rodaría el tiempo y llegaría el día en que nos convenríamos de que tanto la mala impresión como nuestros interrogantes de marzo de 1943 en torno a la afirmación de Blažo Jovanović no carecían de base. Llegaría por tanto el día en que Tito y su gente, de forma abierta y brutal, en el marco de tantas y tantas acusaciones y calumnias contra nosotros, inflarían una de sus pretensiones más absurdas y sin escrúpulos: la pretensión de que ¡el Partido Comunista de Albania habría sido creado por ellos, los yugoslavos!

Desde el momento en que se nos expresó abiertamente esta pretensión y hasta hoy no sólo hemos rechazado esta fabricación de los titistas con indignación, que es la única respuesta que merece semejante insensatez, sino que hemos explicado con prudencia y argumentos el porqué de las cosas y, sobre todo, hemos descubierto y denunciado los objetivos infames, megalómanos y hegemónicos que se ocultaban tras ella. Testimonian acerca de ello todos los documentos de nuestro Partido que se refieren a esta pretensión. Yo mismo, en una serie de discursos, informes y artículos y en mis notas he tratado ampliamente la verdad en torno a ella. Pero como el objeto principal de estos apuntes y recuerdos son nuestras relaciones con los titistas, considero razonable detenerme una vez más sobre la verdad en torno a esta pretensión. Lo hace aún más necesario el hecho de que, precisamente esta pretensión, ha servido a los titistas como base, como pilar central sobre el que se ha levantado toda su propaganda y su actividad antialbanesa.

En primer lugar la pretensión de los titistas de que ellos habrían creado el Partido Comunista de Albania no se tiene en pie desde el punto de vista teórico, de principios. En este

aspecto se trata de una burda y flagrante violación de las leyes del desarrollo en general y de los principios sobre los cuales nacen, se crean y fortalecen los partidos comunistas en particular.

Es sabido que el marxismo-leninismo siempre considera y valora como determinante y fundamental en el nacimiento y evolución de todo fenómeno, la causa interna, el factor interno. Jamás puede hacer excepción de esta ley el proceso de nacimiento y formación de un partido comunista, no podía hacer excepción por tanto el proceso de fundación de nuestro Partido Comunista. Si no hubiese existido el factor interno, el albanés, si no hubiesen existido y no hubiesen madurado nuestras condiciones internas, entonces no ya dos o diez, sino toda la dirección yugoslava que hubiese venido a Albania, no habrían podido crear aquí el partido comunista. De modo que el PCA no fue creado porque así se le antojó, o porque así lo decidió un tal Tito desde Yugoslavia, sino que se creó porque su nacimiento era reclamado como una necesidad por el pueblo albanés, por el movimiento comunista albanés que llevaba más de una década esforzándose por alcanzar esta resultante, lo reclamaba el momento histórico que atravesaba el país, lo reclamaba el pasado, el presente y el futuro de la propia Albania.*

Esto lo prueba también lo siguiente: si Tito y sus camaradas hubiesen sido tan «fuertes» y «capaces» como para crear «desde fuera» un partido comunista en Albania, ¿por qué no lo hicieron, supongamos, en 1935 o en 1937, en 1939 o en 1940?! ¿O es que sólo en 1941 «descubrieron» que en la frontera con Yugoslavia existía también Albania, que estaría esperando a que el «creador» Tito dijera «que sea el partido», del mismo modo que según la biblia esperaba el mundo a que el «gran creador» dijese «que sea la luz»?!

Si en este aspecto del problema cabe decir algo, no es culpa nuestra que sólo quepa la ironía. La lógica absurda de semejantes «creadores» no merece otra cosa.

* Véase: *Historia del Partido del Trabajo de Albania*. 2ª ed. en español, págs. 49-76. Tirana, 1982.

En este caso concreto la pretensión de los titistas no se viene abajo únicamente desde el punto de vista teórico. La propia **práctica** de la fundación del Partido Comunista de Albania es otro argumento más que se les estrella en la cara. Es verdaderamente grotesco, ya que los titistas por un lado plantean pomposamente la pretensión «gigante» de que el Partido Comunista de Albania «fue creado por ellos», mientras que por otro utilizan para ello un «argumento» liliputiense: el hecho de que en la Reunión Fundacional de nuestro Partido se encontraba y tomó parte también el comunista yugoslavo Miladin Popović y, como traductor y acompañante suyo, Dušan Mugoša.

Nuestro Partido no ha ocultado ni ha negado nunca la presencia de estos dos camaradas en la Reunión Fundacional y después de ella, del mismo modo que no ha negado ni ocultado ningún otro aspecto de su estancia y su trabajo en Albania. Son Tito y sus compadres quienes han ocultado y negado intencionadamente los aspectos principales acerca de este problema. Concretamente:

Primero, la dirección yugoslava ha pasado siempre en silencio sobre el hecho fundamental de que Miladin Popović **no fue enviado a Albania ni por Tito, ni por la dirección del PC de Yugoslavia**. El pasó a la clandestinidad en Kosova de las filas de los montenegrino-albaneses. En el verano de 1941 fue arrestado por los fascistas italianos y enviado a Albania, al campo de concentración de Peqin. Nosotros le liberamos con una acción y esto sucedió precisamente en los momentos en que nosotros, los representantes de los tres principales grupos comunistas, habíamos acordado reunirnos para fundar el Partido Comunista de Albania. Como he escrito detalladamente en el libro de memorias *Cuando nació el Partido*, en aquel período nosotros habíamos tomado la iniciativa de establecer lazos con el Partido Comunista de Yugoslavia y expresamos el deseo de que éste nos enviara un camarada para asistir al gran acontecimiento que teníamos ante nosotros y para ayudarnos en él. Ya que se dio el caso de que nosotros

liberamos a Miladin Popović y de que éste se encontraba en Albania, le pedimos que se quedara durante cierto tiempo entre nosotros como «mediador» imparcial. Después de ponernos de acuerdo con él, solicitamos para ello la autorización de la dirección del PC de Yugoslavia. Dicha autorización la trajo hacia finales de octubre de 1941 Dušan Mugoša, tras lo cual, Miladin Popović se ligó más estrechamente con nosotros y con nuestros asuntos y, en este marco, tomó parte también en la Reunión Fundacional.

Segundo, Miladin Popović no sólo no fue enviado junto a nosotros por el estado mayor de Tito, sino que tomó parte en nuestra Reunión Fundacional **sin ninguna orientación, directriz o instrucción**, etc., de la dirección yugoslava para que jugara «papel particular» alguno en este acontecimiento. Fuimos nosotros mismos, los comunistas albaneses participantes en la reunión, los que dirigimos y desarrollamos los trabajos de principio a fin, tal como nos enseñaba el marxismo-leninismo. No tuvimos allí ninguna clase de «orientaciones» o «instrucciones» del exterior, ni del partido yugoslavo, incluso tampoco del Partido Comunista de la Unión Soviética, ni de ningún otro partido. La propia propaganda antiálbana de los titistas nunca ha fabricado «documento» alguno, por lo menos hasta ahora, que «pruebe» lo contrario.

Entonces, ¿cómo podría ser creado un partido comunista por un miembro de otro partido, y con más razón cuando éste ni era enviado directo de él, ni poseía ninguna orientación o instrucción procedente del mismo?!

Esto sólo puede resolverlo la lógica de los titistas.

Tercero, el propio Miladin, como referí más arriba, y como confirmó durante toda su estancia en Albania, **jamás se ha investido a sí mismo de «méritos» que no le correspondían y que no le podían corresponder**. Por el contrario, él rechazaba con indignación y decisión toda alusión o zalamería astuta que pudieran hacerle los delegados de Tito con el fin de atribuirle un papel que no puede cumplir no ya una persona, sino tampoco un partido entero del exterior.

En pocas palabras, el Partido Comunista de Albania lo crearon sólo aquellos que podían y a quienes correspondía crearlo, los comunistas albaneses.

La pretensión de los yugoslavos en este asunto no es por tanto otra cosa que adjudicarse méritos innmerecidos.

Pero en la insistencia constante de los revisionistas de Belgrado de atribuirse un papel que no les corresponde, no debe verse simplemente una manía de jactancia, de notoriedad, para utilizar esto como una chatarra más en su pecho cubierto de condecoraciones de «grandes heroísmos». No, como confirmó toda una historia, ellos se adjudicaron a sí mismos el papel de «creadores» del PCA con el objetivo de que la «criatura» se comportara ante ellos como un niño ante sus padres, se educara y creciera en su espíritu, se transformara, pues, en un instrumento ciego y dócil al servicio del «partido *matka**»— el PC de Yugoslavia. Toda la historia de las relaciones del PCA con el PCY, particularmente comenzando por el verano de 1943 y hasta principios de 1948 y más tarde, es la historia de la lucha entre los objetivos, esfuerzos y complots subyugadores, esclavizadores del PCY y del Estado yugoslavo contra nuestro Partido y el nuevo Estado popular albanés, y la heroica decisión de la dirección de éstos últimos, no sólo de no someterse, sino de golpear frontalmente la traición sin un solo momento de descanso ni ninguna vacilación. Esto lo veremos más adelante.

Es este el momento de subrayar que, al igual que es absurda y carente de base la pretensión de los yugoslavos sobre el hecho de quién creó el PCA, lo es de igual modo la otra pretensión suya de que nuestro Partido le debería al PC de Yugoslavia su crecimiento, fortalecimiento y su línea durante los años de la Lucha de Liberación Nacional. Fundamentan también esta pretensión en el papel de sus enviados en Albania.

Como decía, hasta finales de 1942, ni la dirección del PCA, ni Miladin, ni ningún otro de nosotros, mantuvimos

* Servocroata en el original — madre.

ninguna clase de contacto, recibimos ninguna clase de carta u otro material procedente del PCY, incluso ni siquiera teníamos noticia alguna sobre lo que hacían los camaradas del partido hermano y cómo les marchaban las cosas.

De ningún modo quiero decir con esto que nos hubiese disgustado el hecho de que durante un año y pico no dieran señales de vida y no nos prestaran ninguna clase de ayuda. No, nosotros nos hacíamos cargo de las difíciles condiciones en las que debían luchar y les deseábamos y augurábamos de corazón que los asuntos les marchasen lo mejor posible para bien de los hermanos pueblos de Yugoslavia, para bien del Partido Comunista de Yugoslavia, para bien de la guerra de liberación de la coalición antifascista mundial. Obviamente, tampoco quiero decir que nosotros no sintiéramos necesidad de intercambiar experiencia con camaradas de ideal, con mayor razón cuando teníamos un partido joven, camaradas sin experiencia, y luchábamos en condiciones extraordinariamente difíciles.

Pero vamos, que no hagas nada y que pretendas haberlo hecho todo, como ocurrió en el caso concreto de la dirección del PCY, eso no lo hemos aceptado ni lo aceptaremos nunca.

Los pregoneros de Tito, para convencer a la gente acerca de «su contribución», nos mencionarían asimismo el papel de Blažo Jovanović especialmente en la Primera Conferencia Nacional del PCA. Es ésta también una pretensión que gente de corazón limpio y juicio sano no debería siquiera insinuar. Blažo Jovanović, a excepción de lo que dijo sobre la creación del PCA, no aportó ninguna otra «contribución» no ya para nosotros, sino tampoco para quienes le habían enviado.

Dé igual modo que cualquier otra cosa, el trabajo de preparación y desarrollo de la Primera Conferencia del Partido lo habíamos asumido y lo llevamos hasta el fin nosotros, los comunistas albaneses, ahora organizados en las filas de un partido que tenía algo más de un año de experiencia en el fuego de la lucha. Ya he escrito con detalle acerca del trabajo

que realizamos para celebrar esta Conferencia¹, de modo que no es necesario que repita aquí lo que ya se sabe. Quiero únicamente añadir algo: más tarde, pero sobre todo en la grave situación que nos creó la gente de Tito antes y durante el Pleno de Berat de noviembre de 1944, entre otras cosas me achacaron a mí, pero también a los demás, un «grave» error que habríamos permitido en la Primera Conferencia Nacional, a saber, ¡el procedimiento de elección del Comité Central del Partido!

¿Qué representa en sí mismo este «error» que se hipercolizó tanto que el enviado de Tito, Velimir Stoinić, nada más llegar a Albania a finales de agosto de 1944, nos lo esgrimía como si hubiésemos provocado quién sabe qué desastre?!

La verdad es que el modo en que obramos para las elecciones en la Primera Conferencia Nacional del PCA, especialmente teniendo en cuenta las condiciones de entonces, no representaba quién sabe qué error, y, lo que es más importante, no hubo ningún *parti pris** en el procedimiento que seguimos. Sólo que propusimos las candidaturas ante los delegados, no con los nombres, sino, por razones de clandestinidad, presentando los historiales. En ellos se señalaba que se propone a un camarada que tiene estas y aquellas virtudes o defectos, tiene tal pasado, tiene aptitud para esto, debilidades en estos sentidos, etc. Los delegados aprobaron las candidaturas que les parecieron mejores.

Esto, supongámoslo, podía ser incluso un procedimiento

1 En el libro *Cuando nació el Partido* (Memorias), el camarada Enver escribe entre otras cosas: «Nosotros habíamos planteado ya en la Reunión Fundacional del Partido la tarea de organizar esta Conferencia en el momento adecuado. Posteriormente había planteado en las reuniones de activistas del Partido la cuestión de realizar esta Conferencia... lo que fue acompañado del aumento de las acciones y de la actividad de combate en aldeas y ciudades, del crecimiento de las unidades guerrilleras, del fortalecimiento de los consejos de liberación nacional, de un trabajo político e ideológico con las amplias masas del pueblo mayor y más intenso, etc.».

* Francés en el original.

erróneo, pero a fin de cuentas se trataba de un asunto interno de nuestro Partido y nos venía impuesto por las condiciones de una profunda clandestinidad.

Lo que tenía importancia era que nosotros partíamos del principio de que todo comunista es un dirigente y pensábamos sinceramente que el no mencionar el nombre, sino las cualidades, era más democrático, dejaba menos posibilidades al juicio subjetivo. Así razonamos que era lo mejor y así lo hicimos. Al mismo tiempo reconocemos que no teníamos la necesaria experiencia en el procedimiento de elección de tan altos foros. Ni a nosotros, ni a Miladin se nos ocurrió que estuviéramos obrando mal. La única persona entre nosotros que tenía experiencia en esta cuestión era Blažo Jovanović, pero éste no nos dijo nada. Sin embargo, el tiempo aclararía que Tito y sus enviados se aferrarían a este «error», no porque les doliera la violación de las «reglas de procedimiento» por nuestra parte. La principal razón era otra: la forma clandestina en que realizamos las elecciones no satisfacía la exigencia de Tito de que se le enviaran los nombres y apellidos junto con los historiales de los miembros del Comité Central, tal como él quería.

Precisamente aquí, involuntariamente habíamos dado a Tito donde le dolía, y él, cuando más tarde envió a Stoinić a Albania, no olvidó encargarle que nos reprochara severamente por el «error» de marzo de 1943.

Las cosas llegaron a tal punto que, cuando Nako Spiru, Koçi Xoxe, Sejfulla Malëshova¹ y otros se unieron a Stoinić, este «error de procedimiento» ensombreció por completo el éxito indiscutible de la propia Conferencia. Como se sabe, la Conferencia fue correctamente organizada, los delegados fueron elegidos de acuerdo con todas las normas y mediante un procedimiento democrático, a pesar de las difíciles circunstan-

¹ Llegó a Albania a comienzos del verano de 1943. Abusando del hecho de que desde finales de 1924 había sido exilado político y había pasado la mayor parte de su exilio en la Unión Soviética, a su vuelta a Albania se presentaba como delegado del Komintern y pretendía que lo que él decía eran opiniones oficiales de Moscú.

cias existentes. El espíritu de los informes y las intervenciones fue más que sano, cada cual tenía derecho a levantarse, preguntar, intervenir, discutir, criticar y proponer.

Pero la acusación de Tito sobre el «procedimiento de las elecciones» corresponde a otro período sobre el que hablaré detalladamente más adelante. Aquí deseaba tan sólo subrayar la verdad de que, incluyendo la Primera Conferencia Nacional del PCA, por tanto hasta finales de marzo de 1943, la ayuda del CC del PCY hacia nuestro Partido fue por completo inexistente. Por supuesto, no habríamos siquiera mencionado una cosa semejante si Tito y su gente no hubieran pretendido y hecho grandes alardes de lo contrario.

El «embajador ambulante» de Tito tiende los hilos de la red por los Balcanes

Acabábamos de finalizar con éxito los trabajos de la Primera Conferencia Nacional y estábamos empeñados en el cumplimiento de las grandes tareas que ésta nos había encomendado. Los delegados habían partido hacia las regiones, los destacamentos y los batallones. De igual modo la mayor parte de los camaradas elegidos para el Comité Central y el Buró Político del Comité Central del Partido habían marchado a la base con el fin de dirigir directamente los asuntos, después de haber recibido las debidas instrucciones y orientaciones. Precisamente uno de aquellos días, cuando estaba trabajando sobre un material (creo que se trataba de la corrección final del texto de la Resolución de la Conferencia), inesperadamente y en circunstancias por completo desconocidas se nos vino encima en Labinot, Elbasan, un yugoslavo. Digo «se nos vino encima» no tanto por el hecho de que hasta este momento no sabíamos quién era, de dónde venía, por qué y a dónde se dirigía este individuo en aquellos difíciles tiempos, sino sobre todo por los quebraderos de cabeza, los enredos que

nos creó y por las acusaciones y trampas sin fin que nos fabricó, desde el momento en que le conocimos y durante años consecutivos después. Antialbanés y antimarxista de primera categoría, con una vena rabiosa de chovinista gran-servio, megalómano y brutal, de este modo se nos presentaría su figura tanto 3 ó 4 meses después de nuestro primer encuentro, como en el difícil otoño de aquel año y en 1945 y 1947. Este mafioso de la política (no me excedo en absoluto cuando le llamo así), tan «inesperadamente» como se nos metió en la dirección del Partido en la primavera y el verano de 1943 y sembró la semilla de la escisión y de la diversión, después de la Liberación de modo igualmente «inesperado» encontraría el modo de colarse y de imponer su dictado hasta en los órganos superiores de nuestro ejército. Pasarían los años, los asuntos tomarían el rumbo que tomaron y, cuando estaba totalmente olvidado para nosotros, de modo igualmente inesperado, como en marzo de 1943, nuevamente se nos aparecería en otra noche negra, sólo que esta vez a miles de kilómetros de Albania, en Moscú. Tarde, después de medianoche, sonaría lleno de alarma el timbre del teléfono y la voz de Anastas Mikoyan me notificaría que solicitaba un encuentro conmigo ; Svetozar Vukmanović Tempo*, el hombre de marzo de 1943!

Muy pronto me convencería de que su actitud desdeñosa y altanera del momento de la presentación no era consecuencia de que le hubiese hecho esperar (como decía, tenía entre manos un material). No, era así su propia naturaleza.

—Volviendo de Macedonia y las zonas griegas hacia Montenegro y Kosova, me enteré de que se encontraban aquí. Vamos a ver qué hacen estos albaneses, pensé, y decidí hacerles una breve visita —dijo engoladamente y esperó, al parecer, a que le diera las gracias. Yo simplemente guardé silencio para darle a entender que debía corregir la expresión... «estos albaneses».

Pero no le hizo la más mínima impresión. Nos dijo (¡en

* Véase: Enver Hoxha. *Los jruschovistas* (Memorias). Ed. en español, págs. 143-147. Tirana, 1980:

confidencial), que era el principal delegado de la dirección del PCY y del Estado Mayor General del ELN de Yugoslavia para Macedonia y continuó:

—Ya que Macedonia, por su propia historia pasada y actual, es la cuestión «clave» de los Balcanes, debo, en cierto modo, ocuparme de toda esta zona donde están entrelazadas Bulgaria, Grecia, Macedonia, Albania, Servia. Tiempos difíciles y problemas muy difíciles, pero qué le vamos a hacer, saldremos airosos de ello —y cerró su preámbulo con el mismo tono con el que lo había iniciado, comprobando el efecto que nos había hecho el conocer ¡toda aquella «pesada carga» que había dejado caer la historia sobre los hombros de este treintaañero!

Engreído y petulante, ésta fue la primera impresión que me produjo en el acto el «hombre de los Balcanes». En cualquier caso había llegado como amigo, quizás el cansancio y las dificultades le tenían hasta la coronilla y por un instante no había sabido controlarse. Por eso, para descargar la atmósfera, tomé la palabra yo. Le agradecí la visita imprevista, le dije que para nosotros era un motivo de alegría entrevistarnos con comunistas de partidos hermanos y que, independientemente de las funciones que ejercieran en sus propios partidos, nosotros concedíamos gran importancia al intercambio de ideas con ellos, a la ayuda recíproca, al mejor conocimiento mutuo.

—No quiero entretenerle mucho porque tiene un largo viaje por delante —le dije a continuación y añadí—, pero tenga en cuenta solamente una cosa: Si se le presenta nuevamente el caso de pasar por Albania, no se aventure como esta vez. Sería desagradable para nosotros enterarnos de que los fascistas han capturado en algún lugar de Albania a un comunista de un partido hermano, y más aún, a un camarada que ostenta toda esa responsabilidad que ha mencionado usted. «Entréguese» a nosotros —le dije riendo— y nuestros camaradas, que están por todos lados, le conducirán adonde usted quiera.

Se vio a las claras que le había gustado. Me agradeció la ayuda que le ofrecí y de inmediato añadió:

—Yo siempre estoy de viaje, de un lugar a otro. No había previsto este encuentro, pero me ayudaría mucho en mi trabajo un cierto conocimiento de la situación entre ustedes. Podemos también intercambiar opiniones acerca de la situación en Macedonia, Bulgaria y Grecia. Yo vengo de allí y no creo que no tengan interés para ustedes sus problemas. ¿Está usted de acuerdo?!

No había ninguna razón para que nos opusiéramos a un libre intercambio de opiniones. Es más, tras mis palabras pareció que disminuía algo su grado de petulancia.

Inicialmente le hice un breve cuadro de la vida y la actividad de nuestro Partido desde el momento de su fundación; le hablé algo del trabajo con el Frente, con los consejos de liberación nacional así como de los destacamentos, batallones y el resto de las unidades guerrilleras. Me detuve un poco más ampliamente en los trabajos de la Primera Conferencia Nacional del Partido y en sus importantísimas decisiones, especialmente para la nueva fase, superior, en que había entrado nuestra lucha, en la organización y fortalecimiento de nuestro Ejército de Liberación Nacional, en la inminente creación del Estado Mayor General del Ejército, etc.

No sin intención le hablé largo y tendido, con sinceridad, sin olvidar poner de manifiesto tanto los éxitos logrados y la lucha librada para ello, como los defectos y debilidades observados y nuestra actitud crítica ante ellos. Obré así con el fin de abrirle camino al amigo y darle a entender que nosotros conversábamos con los camaradas en este espíritu y que esperábamos de ellos este mismo espíritu camaraderil. Pero todo esto no pasó de ser un buen deseo.

—De la exposición que nos ha hecho el camarada Secretario General —comenzó Tempo como si hablase en un encuentro entre partidos— concluyo que han avanzado ustedes. Esto me alegra. Tengo algunas observaciones acerca del trabajo que han realizado hasta ahora (creo que traducía Ramadan Çitaku), pero antes quiero ofrecerles un cuadro de la situación en Macedonia y de cómo conciben el carácter de la lucha los camaradas búlgaros y griegos.

Con todo lo que nos ensartó en esta primera conversación, así como en otras dos o tres ocasiones durante el verano de aquel año, pretendía presentarse a sí mismo no simplemente como un «experto» en las cuestiones de los Balcanes, sino como un «gran político» de los Balcanes, como un hombre que ¡en cualquier momento estaba en condiciones de llegar a «conclusiones y posiciones importantes y decisivas»! Tanto por el tono que utilizaba al hablar, como por el modo tajante, de «última instancia» en que dejaba caer las frases, la impresión que te daba era la de tener delante al hombre que ¡tenía en sus manos los hilos de los Balcanes! y ¡que el presente y el futuro de los países de esta región dependían únicamente de él!

Nos impresionó profundamente, de manera especial, la abierta falta de respeto de este hombre hacia la dirección de dos partidos hermanos, el de Bulgaria y el de Grecia, así como su constante utilización de los términos «cliché» y «espíritu de cliché». Pronto comprenderíamos a dónde quería llegar.

—Los camaradas búlgaros —nos dijo entre otras cosas— no actúan de acuerdo con las situaciones, sino que imitan como un cliché la experiencia anterior, aprendida en los libros. ¡Esperan a que les estallen las huelgas y las manifestaciones en las ciudades, como en la Rusia de 1917, para después iniciar la otra fase, la insurrección armada! Esto sería lo mismo que poner fin a la lucha contra el ocupante antes de haberla comenzado. Lo mismo hacen los griegos. Se han concentrado únicamente en las ciudades y esperan tomar el poder después, con discusiones parlamentarias. ¡Esto son sandeces! —espetó sin una pizca de vergüenza (pronto nos acostumbraríamos a esta terminología que aquel servo-montenegrino tenía siempre en la punta de la lengua). —Es sabido, prosiguió, que una persona con cabeza debe mirar más allá de su nariz, pero vamos, no con espíritu de cliché, dejando de ver o subvalorando lo que está, por decirlo así, ante sus narices. Me refiero —dijo todo arrogante— a la experiencia de nuestro partido y de nuestro estado mayor general. ¡Nosotros estamos en la montaña, llevamos a cabo una gran lucha sin esperar a las huelgas y manifestaciones de los búlgaros y los griegos! Este

es el ejemplo que debe seguirse, sobre todo en las condiciones de los Balcanes —dijo—, ¡y nosotros no se lo vamos a ocultar a nadie!

Calló un momento y después se dirigió a mí:

—Fíjese, me agrada que también aquí haya comenzado la lucha en la montaña, la lucha guerrillera. Esta es una buena señal, pero deben apresurarse. Están ustedes todavía con las guerrillas y secciones guerrilleras. Déjense de secciones guerrilleras en las ciudades y llenen las montañas de guerrilleros. Porque, ya lo he dicho antes, si se concentra la lucha únicamente en las ciudades, entonces se cae en el espíritu de cliché, se copia ciegamente la experiencia de los demás, sea cual sea la revolución de donde se tome esta experiencia...

¡Muy alto miraba este comunista vanidoso! ¡Hablabá así tan brutalmente y con petulancia porque lo tenía por costumbre, o porque nos consideraba «jóvenes» y creía que podía soltarnos cualquier cosa que se le ocurriera? No podía permitir que continuara así, con aquel tono y aquellas palabras.

—Nosotros —le interrumpí— no conocemos de cerca a los partidos hermanos de Bulgaria y de Grecia y no se nos ha presentado el caso y la posibilidad de conocer detalladamente su situación actual. Por eso —continué— no considero pertinente que hablemos siquiera de ellos y de su línea aquí. Pero ya que usted ha dicho lo que piensa, debo expresar yo también mi opinión.

—Lo planteé sólo como ejemplo, sin pretender que discutamos sobre ello —intentó disculparse Tempo—. Se trata simplemente de una conversación libre.

—Libremente hablaré yo también —le dije y continué—. Como dos partidos comunistas, miembros del Komintern, nosotros hemos alimentado y alimentamos respecto a ellos idénticos sentimientos y opiniones que respecto a su partido y a cualquier otro partido comunista. Especialmente respecto a dirigentes de la talla del camarada Dimitrov, hemos tenido y tenemos la mejor opinión. Le digo esto porque no puede sino asombrarnos la forma en que usted ha hablado sobre la dirección del Partido Comunista Búlgaro.

—También nosotros sentimos respeto por el camarada Dimitrov —saltó Tempo—, pero en este caso concreto también él está a favor de una línea cliché en la cuestión de la lucha contra los ocupantes. Esto procede quizás del hecho de que trabaja en Moscú, en el Komintern, y no conoce otra experiencia más que la de las anteriores revoluciones y de la guerra del Ejército Rojo. Exactamente espíritu de cliché...

—Mucho utiliza usted la palabra «cliché» y por lo que veo con ella se refiere, en primer lugar, a la experiencia de la Revolución de Octubre —le dije de forma cortante—. ¿O me equivoco?!

—En cierta medida también eso, pero, entendámonos...

—Perdone —le interrumpí—, pero para nosotros la Revolución de Octubre y toda su experiencia son algo sagrado. Quizás no hemos profundizado tanto en el asunto como usted —le dije no sin ironía—, pero una cosa la sabemos bien: La revolución, especialmente la de Octubre, es algo grande, un nombre, un fenómeno mundial, que por encima de todo te hace pensar en los vuelcos radicales de la sociedad. No incluye tan sólo las huelgas y las manifestaciones, como dijo usted, sino que sobre todo representa en sí misma la lucha final con medios tan autoritarios como los fusiles, los cañones, las ametralladoras. La revolución es por tanto para nosotros la lucha que se desarrolla gradual e ininterrumpidamente con todas las formas, las maneras y los medios, desde los más incipientes hasta la insurrección general armada.

—No negamos esto —intervino—, pero usted se ha metido en el terreno teórico. Yo me refería a la lucha actual.

—A ella me refiero también yo —le respondí— y en absoluto en el terreno exclusivo de la teoría. Quiero decirle que nosotros, en toda nuestra línea, nos apoyamos, por encima de todo, en la insustituible experiencia de la Revolución de Octubre y aprendemos de ella, naturalmente esforzándonos por conocerla lo mejor posible y adaptarla al momento, las circunstancias, las condiciones de la situación actual.

Me di cuenta de que apenas podía esperar a que yo aca-

bara. Se golpeaba las botas con una vara de cornejo lleno de nerviosismo e impaciencia.

—Me ha malinterpretado usted por completo —dijo—. Me refería a otra cosa, pero dejemos este tema. El problema es que...

—Todavía algo en relación con lo que dijo sobre los camaradas búlgaros y sobre todo acerca del camarada Dimitrov —le corté—. Se lo repito, nosotros no hemos mantenido ningún contacto directo con ellos y no conocemos en concreto su situación y sus problemas. Pero creo que se equivoca cuando dice que el camarada Dimitrov está contra el desarrollo amplio e inmediato de la lucha armada contra el ocupante nazifascista.

—Yo le hablo de lo que he visto y oído —saltó Tempo.

—Hace pocos meses —le repliqué— nos llegaron las directrices de la Internacional sobre la línea de nuestro Partido en la Lucha de Liberación Nacional. Estoy convencido de que la palabra del camarada Dimitrov tiene un peso fundamental en la definición de las orientaciones y las directrices que imparte el Komintern.

—Indiscutiblemente! —exclamó Tempo—. El se ocupa directamente del Komintern.

—Entonces —le dije— ¿cómo debemos entender lo que usted dijo, cuando en las directrices que nos envían a nosotros no se nos dice «esperen en las ciudades», «ocúpense tan sólo de las huelgas», sino «desarrollen y profundicen la lucha, movilicen todas las fuerzas en la lucha armada contra los ocupantes fascistas»?!

Tempo enrojeció y nuevamente insistió en lo mismo, subrayando que no conocía las directrices que nos habían llegado a nosotros sino «la realidad concreta de la línea de los camaradas búlgaros».

A partir de aquí no permití que se hablase de los demás y él mismo se echó atrás, repitiendo que no había abierto aquel tema «para cotillear sobre terceros», sino simplemente como una «consulta entre camaradas».

Llegó el momento de que nos soltara «algunas observaciones» sobre nuestro trabajo. Desde las primeras «observa-

ciones» constaté que no estaba desinformado respecto a nuestra situación como pretendía y simulaba en un comienzo. Después de «complacernos» dándonos coba por una serie de éxitos, juzgó el momento oportuno para enfilarnos las «observaciones»:

—Primero —dijo— han aparecido tendencias y posiciones «sectarias» en vuestro Partido en cuanto a la colaboración y acercamiento con capas y grupos de personas con influencia en el pueblo; segundo, debe enlazarse más estrechamente el carácter de la lucha de liberación con el problema de la supresión del viejo régimen, por tanto con la creación de los consejos de liberación nacional; tercero, las guerrillas y las secciones guerrilleras no deben ser consideradas «destacamentos del Partido»; cuarto...

—¡Que denunciemos al trotskista Zai Fundo como enemigo del Partido! —le interrumpí en ese momento.

Tempo quedó turbado y aturrido a causa de la intervención, pero enseguida intentó reponerse.

—Sí —dijo— ¡también hablaré sobre eso!

—Camarada Tempo —le repliqué con calma—, esto que nos está diciendo usted, lo hemos leído hace dos o tres meses en la carta que nos envió el camarada Tito y hemos discutido largamente sobre ello con Blažo. Por lo visto usted también está bien informado de ello. Necesariamente debe sentarnos bien este interés general de ustedes por nuestra causa.

—¿Por qué? ¿Les sienta mal que nos interesemos? —preguntó irritado—. ¿No tienen necesidad de ayuda? ¿O no consideran pertinentes nuestras observaciones?

Muy brevemente le expliqué también a él cómo habíamos discutido y valorado lo que nos escribía Tito y, para bajarle un poco los humos, le dije con toda claridad:

—En principio aquellas observaciones podían sostenerse, pero nos llegaron excesivamente tarde. Nos llegaron cuando para nosotros ya no existían en absoluto como problemas. Menos aún vale la pena que se hable de ellas ahora.

—Es posible —respondió Tempo—, pero cuando habló usted al principio sobre la línea del partido citaba constante-

mente el término «nuestras secciones guerrilleras», «nuestras guerrillas». ¿Usted habla como Secretario General del Partido, o no?

—¡Por supuesto! —le dije.

—¡Entonces resulta que ustedes todavía consideran a las guerrillas y batallones «unidades del partido»! Esto es precisamente también un error de carácter sectario. Se trata de fuerzas armadas del pueblo, no simplemente del partido...

—No hagamos juegos de palabras —le interrumpí—. Cuando decimos «nuestras secciones y guerrillas», tenemos en cuenta siempre al pueblo y al Partido. Por supuesto, se trata de fuerzas armadas del pueblo, porque el pueblo, los campesinos, los trabajadores, la juventud son quienes integran sus filas. Pero nosotros —continué— no consideramos ni mucho menos que cometemos un error, incluso no vemos por ninguna parte el error que ve usted, cuando ligamos estrechamente las guerrillas y las otras unidades guerrilleras con el Partido. Nuestro Partido Comunista es su único e insustituible creador, organizador y dirigente. Nosotros no heredamos nada del viejo ejército del rey, ni un pelotón de soldados y mucho menos unidades más importantes. Todas las fuerzas que se han levantado en las montañas son, por tanto, fruto de la correcta línea de nuestro Partido, creación suya, y, en este sentido, no nos equivocamos cuando decimos nuestras unidades guerrilleras. Ahora estamos frente a otras tareas importantes: organizaremos grandes unidades de combate empezando por las brigadas, crearemos el Estado Mayor General de nuestro Ejército de Liberación Nacional. Nosotros no podemos concebir jamás estas formaciones y órganos divorciados del Partido, de su papel fundador y dirigente.

Tenía un vicio sorprendente este interlocutor: cuantas veces se sentía acorralado, soltaba un «bien, bien» e inmediatamente se lanzaba con arrogancia a otra rama. Así nos sucedió en todas las conversaciones que sostuvimos con él.

—Yo no niego el papel del Partido, pero es un error hablar así, ya que se entiende que las unidades están únicamente compuestas por comunistas —intervino él.

—Eso es absurdo —le dije—. En nuestras guerrillas y batallones toman parte numerosos combatientes y sus filas crecen incesantemente. ¡Cómo se le ha ocurrido pensar que son todos comunistas! No, camarada Tempo, eso es imposible que ocurra. Los comunistas son la vanguardia, están al frente de los combatientes, son sus dirigentes destacados, pero no todo el efectivo de ellos.

—Es decir que, como mínimo, ¡sus estados mayores están compuestos únicamente por comunistas! También ésta es una de las observaciones que tenemos para ustedes. Desde el momento en que el ejército es popular, los elementos no comunistas deben estar incluidos en los estados mayores y no dejar este asunto exclusivamente en manos de los comunistas.

—Tampoco este «error» se tiene en pie —le corté inmediatamente—. Incluso puedo decirle que la mayor parte de los mandos de nuestras unidades militares no son comunistas, sino patriotas honrados, combatientes que aman la libertad y la independencia de la patria y que han abrazado conscientemente la línea de nuestro Partido Comunista. Naturalmente, en este asunto nosotros subrayamos como lo fundamental el hecho de que el estado mayor central, el estado mayor dirigente que establece la línea, que dirige el Frente, la actividad de los consejos de liberación nacional, y toda la lucha, es el Partido. Nosotros esto no lo negamos, por el contrario afirmamos que es el factor fundamental y la victoria principal que hemos obtenido.

Pronto me convencería de que a Tempo no le importaba un bledo ni el modo cómo nosotros habíamos obrado con el Frente, ni el trabajo con los nacionalistas ni tampoco el papel de los comunistas y de los no comunistas en los estados mayores. Al parecer nos había repetido lo que ya habíamos leído en la carta de Tito para mostrarnos que «sabía hacer observaciones concretas», pero no entró en debate tras nuestras réplicas. Era otro el asunto que le daba vueltas en la cabeza.

—¡Deben crearse necesariamente grandes estados mayores —nos dijo continuando la conversación—, porque sin ellos

no hay manera! Usted, camarada Enver, dijo que el estado mayor dirigente, central, es el Partido. De acuerdo, ¡pero el Partido es el partido, mientras que el estado mayor es el estado mayor! Este último tiene sus funciones y papel propios, especialmente en el sentido de atender y coordinar las acciones militares. Ustedes se han quedado simplemente en los estados mayores de guerrillas y batallones. Están muy retrasados. ¡¿Dónde están los estados mayores de las brigadas, dónde está el Estado Mayor General?!

—Le estamos escuchando, camarada Tempo —le interrumpí en tono cortante—, pero, por favor, tenga usted en cuenta dónde habla y de qué habla. Le he mostrado camaraderilmente el desarrollo de la lucha y de las formaciones guerrilleras hasta la Primera Conferencia Nacional. Igualmente le hablé de las tareas concretas que estableció la Conferencia en el sentido de crear formaciones militares más grandes y, en este marco, sobre la inminente formación del Estado Mayor General de nuestro Ejército.

—¿Pero dónde están? —intervino nuevamente con una impaciencia que no se entendía dónde tenía el origen.

—¡En las montañas los tenemos! —le contesté levantando el tono—, en las aldeas y ciudades de Albania, allí donde lucha, se organiza y moviliza todo un pueblo con su Partido al frente. Y no se inquiete, camarada Tempo, por la buena marcha de nuestros asuntos. Todo se hará tal como se debe, en el momento debido, y no como me venga en gana a mí, a ti o a cualquier otro.

—Le comprendo, le comprendo, camarada Enver —sua vizó inesperadamente el tono—, pero fíjese cómo es el asunto: hace tiempo que le doy vueltas en la cabeza a una gran idea. Incluye a Yugoslavia, a Albania, a Bulgaria y a Grecia.

—Debe ser verdaderamente grande si incluye a todos los Balcanes —le corté con leve ironía.

—Sí, ¡a todos los Balcanes! —repitió sin contener la satisfacción y continuó: tengo en la cabeza la idea de un gran estado mayor, de un estado mayor, como decirle, por encima de los estados mayores, de una organización general, ¿me comprende?.

—Le escuchamos, le escuchamos —le respondí por no decirle que no entendía lo que me decía.

—Este estado mayor —continuó será *interbalcánico* o, para decirlo brevemente, *balcánico* y pienso que estará compuesto por representantes de los estados mayores generales de todos los países balcánicos. Se le encomendarán importantes funciones, se le...

Sentí que ni había la burla ni se podía dejar pasar así como así lo que estaba diciendo, por eso me dispuse a escuchar la «idea» con toda la atención que merecía. Al parecer, él se dio cuenta del cambio que experimenté de repente y enseguida bajó el tono eufórico de su perorata:

—Entendámonos —dijo—, he mencionado esto únicamente porque se me ha presentado el caso de pasar por aquí. La idea la tengo aún en la cabeza, la tengo, como decirle, en proyecto. He intercambiado algunas opiniones con un camarada del partido griego y con otro del búlgaro, pero también a ellos se lo he dicho así, de pasada. Sólo para hacer pensar un poco. Todavía tengo que madurar la idea, elaborarla, después la plantearemos debidamente. Pero —continuó— para recapitular esta conversación, insisto nuevamente en lo que le dije antes: deben crear cuanto antes los estados mayores, sobre todo el estado mayor general. Esto tiene una gran importancia. Supongamos que nos ponemos de acuerdo con los camaradas búlgaros y griegos en concretar la idea del «Estado Mayor Balcánico». Supongamos que también ustedes están de acuerdo. Pero ¿cómo tomarán ustedes parte en él si aún no tienen estado mayor general?! A esto me refería —dijo y levantó los ojos para comprobar mi reacción.

—Lo principal es que tengamos el estado mayor dirigente, el Partido —le dije—. Con él al frente, se crearán en el momento debido los mandos y los estados mayores de las otras unidades superiores de acuerdo con las condiciones y los ritmos del desarrollo de la lucha. Por lo que respecta al momento en que serán creados, esto, creo yo, no lo reclaman ustedes, ni tampoco yo tengo por qué decirselo. Esta es una cues-

tión del Comité Central de nuestro Partido y del Consejo General del Frente de Liberación Nacional.

—¡Me parece que me ha malinterpretado! —intervino Tempo que hasta este momento me escuchaba con la vista baja—. Dije todo eso en el marco de la idea que tengo en mente. Es esto lo que me preocupa...

—A decir verdad, a nosotros ni siquiera se nos ha pasado nunca por la cabeza ninguna idea semejante —le interrumpí—, de modo que no puedo adoptar ninguna posición no ya en nombre del Comité Central del Partido, sino ni siquiera en el mío propio. Con mayor razón cuando usted mismo, como ha dicho, la tiene sin elaborar, la tiene aún como un proyecto que le bulle en la cabeza. Quizás más adelante la concretará mejor, quizás la consulte también con los camaradas de su partido y de los demás partidos hermanos.

—¡Por supuesto, por supuesto! —dijo Tempo.

—¡Pero no de pie y de pasada! —le dije como bromeando y proseguí—. Nosotros, en caso de que se nos plantee este problema, lo discutiremos y daremos nuestra opinión. En cuanto a su última preocupación, de que vayan a entrar ustedes, los demás, en ese «estado mayor» y nosotros vayamos a quedar fuera, a causa de que aún no hemos formado el estado mayor general del ejército, ¡esté usted tranquilo! Por lo demás —añadí en el mismo tono de broma— la participación o no de nuestro estado mayor no creo que vaya a estropear su idea.

—¡Ah no! Se trata de una unidad balcánica. De una unión fraternal entre nuestros pueblos y países...

—Nosotros nunca obstaculizaremos nada que sirva a la lucha común contra los ocupantes nazifascistas —le dije—. Pero cerremos esta cuestión. Usted mismo señaló que es pronto aún para que discutamos sobre ello. Por nuestra parte tenemos problemas más urgentes que solucionar.

—¡De acuerdo! Ya nos volveremos a ver —dijo Tempo, se levantó y se echó la cartera al hombro.

Parecía más ceñudo que cuando llegó. Al parecer creía que no iba a escuchar de nosotros más que la palabra «amén».

Pero la verdad es que nosotros, en este primer encuentro, nos comportamos con él y con lo que decía de forma muy camaráderil, paciente y amistosa, incluso más de lo conveniente. Partió inesperadamente tal como había llegado. Creo que poco tiempo después se presentó nuevamente en nuestro Estado Mayor y nuevamente se esfumó en dirección a Macedonia o Grecia, para volver de nuevo una o dos veces más a finales de julio o principios de agosto de aquél año. Nunca he tenido claro cuántas veces entró y salió Tempo en el período entre marzo y agosto de 1943. Quizás es consecuencia de que en estos viajes él no hacía más que plantear un solo problema, repetir una sola frase: ¡«El Estado Mayor Balcánico»!. En una de estas apariciones y desapariciones, creo recordar que a finales de junio, me dijo:

—Si pudiese venir conmigo a Thesalia el camarada Koçi Xoxe¹. Vamos a tener un encuentro «sobre el estado mayor» con los camaradas griegos, y ¡que estire un poco las piernas tras su larga estancia en la cárcel!

No teníamos por qué negarnos. Marcharon, perdiéron una o dos semanas y volvieron nuevamente a Albania. Al parecer se habían caído a las mil maravillas, porque cuando algunos días después Tempo «tuvo» que hacer otro peregrinaje a Grecia sobre el «estado mayor», nuevamente solicitó llevar consigo a Koçi Xoxe.

—¡Nos está haciendo también a Koçi «balcánico»! —le dijo Miladin como en broma.

1 En la Primera Conferencia Nacional del PCA, celebrada en marzo de 1943, Koçi Xoxe, a pesar de estar en la cárcel, fue elegido miembro del Buró Político del CC del PCA y se le encomendó la tarea de secretario de organización del Partido. Nada más salir de la cárcel, a comienzos del verano de aquel año y durante los viajes que realizó con Vukmanović Tempo a Grecia, fue reclutado por éste y se transformó en un instrumento ciego y en un dócil agente de la dirección de Belgrado. Desarrolló con consecuencia su actividad como agente, antialbanesa y antimarxista, hasta que fue descubierto y recibió en el Partido el castigo merecido a fines de 1948. En 1949 fue condenado por los tribunales populares.

—Ya que comenzamos este asunto —le respondió Tempo—, deje que continuemos.

Regresaron a finales de julio o principios de agosto. En aquel período nos encontrábamos en Kucaka, Korça. Fue éste el último encuentro que tuve con Tempo en los años de la Lucha de Liberación Nacional. Fue, al mismo tiempo, el encuentro en el que tuvimos que sostener ásperos debates con él, escuchar de él las más graves acusaciones sobre la línea de nuestro Partido. Este encuentro señaló el comienzo de las intervenciones y las presiones abiertas y organizadas del PCY contra nosotros, intervenciones y presiones que aún parecían ser cosa de sus enviados, pero que de hecho, como se confirmó más tarde, éstos las hacían por orden y orientación no de su propia cabeza, sino de la cabeza de la dirección yugoslava, de Tito y sus compadres. Pero sobre esto hablaré más adelante. Queda aún por aclarar la suerte posterior de la idea «moviente» de Tempo, la suerte del «Estado Mayor Balcánico».

Después de que «concretó la idea», vagando arriba y abajo por los Balcanes (la verdad es que se movía mucho, se metía con voluntad y sin preguntar en cualquier empresa por peligrosa que fuera, parecía decidido en lo que decía, obstinado como una mula, intrépido, es decir, una especie de Dušan Mugoša pero con más capacidad y mucho más apto en el cumplimiento de su misión), por tanto, después de que la «concretó», vino pavoneándose a Albania junto con otro camarada:

—Representante del Comité Central del Partido Comunista de Grecia— nos lo presentó y nos dijo un nombre o seudónimo que nunca he recordado.

Nos entrevistamos con los dos recién llegados y, para crearle «atmósfera» a Tempo, le pregunté bromeando:

—Bueno, ¿qué dicen los Balcanes?!

—Hierven —dijo Tempo, a quien resultaba evidente que le había complacido— ¡hierven y bullen!

—¡Cuidado, porque también pueden estallar! —le interrumpí.

Pagado de sí mismo, prepotente y megalómano, raramente dejaba Tempo espacio para conversaciones informales. Todo,

incluso los saludos y bienvenidas, adquiriría con él el color de las fórmulas oficiales. Cuando hablaba o deshilvanaba una idea, te daba la impresión de que estuviera dictando un acta. Así fue también en esta ocasión.

—La precedente idea sobre el «Estado Mayor Balcánico» está ahora madura —comenzó— y yo creo que en este encuentro, nosotros, representantes de los tres partidos, aunque en ausencia del hermano búlgaro, debemos dar el primer paso fundamental para la materialización del estado mayor. Con los camaradas búlgaros estamos de acuerdo y en el futuro encuentro tomarán parte con seguridad. Ahora, según veo yo este asunto...

Vi que apuntaba muy alto. Y por otra parte, acerca de algo a lo que nosotros no habíamos dado ninguna importancia, nos colocaba ahora ante un hecho consumado. Por eso, con cuidado, intervine:

—Camarada Tempo, han hecho ustedes un camino largo y fatigoso. Descansen primero, y ya encontraremos también nosotros el tiempo para escuchar su idea.

—No —replicó de inmediato—, no se trata de que me escuchen sólo a mí. Este es un encuentro importante sobre un problema cardinal.

—Entonces —le respondí— ¿cómo es posible que nos reunamos así, inopinadamente, en una entrevista como ésta para tratar un problema que también nosotros calificamos de muy importante?! Usted mismo conoce las reglas de organización de...

—¡Qué reglas! —exclamó con su famosa prepotencia—. ¡Estamos en guerra y los asuntos no esperan por cuestiones de procedimiento!

—Siento que plantee el problema así —le respondí—. Pero si fuera cuestión de procedimiento no me correspondería a mí asistir a esta conversación. Pero dejemos esto. El problema que plantea es de gran importancia y a mí no me está permitido sentarme a una mesa con representantes de dos partidos hermanos sin tener claro lo que se va a discutir, sin contar al respecto con el pensamiento y las orientaciones de mis camaradas, como mínimo de los camaradas del Buró Político...

Continuamos largamente replicándonos el uno al otro hasta que por fin acordamos que todo fuera considerado como una consulta, como un intercambio previo de opiniones, de forma sencillamente camaraderil, sin la más mínima obligación oficial y sin que, de ningún modo, se diera a lo que íbamos a discutir el valor de posiciones oficiales. Después de esto pareció que el camarada del PC de Grecia, que hasta entonces no había abierto la boca en ningún momento, se despertaba. Como supimos más tarde, se trataba de una persona que se había encontrado con Tempo en los viajes que éste realizaba «por los Balcanes», pero respecto al problema en cuestión no es que no tuviera la autorización del CC del PCG, sino que su dirección ni siquiera tenía conocimiento de que estuviese empeñado en este asunto. ¡Quién sabe cómo le había convencido y se le había atraído Tempo a esta empresa aventurera! Incluso, según oímos después, este «representante del CC del PCG» no había sido siquiera un cuadro ordinario del PC de Grecia. Si Tempo había sido engañado, o si nos lo trajo para imponernos su idea «en nombre de los dos partidos», eso no lo supimos nunca. Pero no tiene importancia.

De modo que comenzamos la «consulta» camaraderil, en la que perdimos horas enteras de gran valor por algo que acabaría como había empezado, como «idea moviente» en la cabeza y en los planes de un individuo, que vagaba con tenebrosos objetivos por los Balcanes.

No voy a extenderme sobre la esencia y el carácter de lo que Tempo llamaba el «Estado Mayor Balcánico» ni sobre el contenido y la forma de aquella consulta. Pero como sobre esta cuestión, y especialmente sobre los negros objetivos que escondían tras ella Tito y sus compañeros, se ha hablado una y otra vez y como, por lo que he oído. Tempo se ha esforzado incluso en los últimos tiempos por mezclar de forma rastrera el nombre de nuestro Partido y el mío propio en este asunto, debo hacer algunas aclaraciones:

Como dije, desde el inicio caracterizamos el encuentro que mantuvimos con Tempo y con el «camarada» del PC de Grecia, como una simple consulta previa entre camaradas y

nada más. Acordamos igualmente que las ideas lanzadas en esta consulta fueran enriquecidas previamente con las ideas que pudieran tener los camaradas del PC Búlgaro, y que sólo después les fuesen presentadas a las direcciones de los cuatro partidos hermanos no como conclusiones y orientaciones, sino sencillamente como ideas para que cada uno las analizara por su cuenta y de forma independiente. Llegamos igualmente al acuerdo de que los resultados de los análisis de cada partido se diesen a conocer a los cuatro partidos hermanos y, sólo en caso de que todos aprobaran la idea, podrían reunirse los representantes de los cuatro partidos para tratar oficialmente el problema y decidir.

Pero el rodar de las cosas impidió que la dirección de nuestro Partido hiciera nunca el «análisis» de este problema. ¿Por qué?

En primer lugar, en el planteamiento que hizo Tempo de «su idea», no era difícil distinguir una serie de puntos oscuros que él, tras mis preguntas e intervenciones, o no estaba en situación de responder, o le habían ordenado eludir. Sin embargo se trataba de cuestiones esenciales. Por ejemplo, nosotros no teníamos nada que oponer a que, incluso por medio de un órgano conjunto, se trabajara para ayudar a las acciones militares que desarrollaría cada ejército guerrillero en su respectivo país, para intercambiar experiencia e información, para hacer propaganda de los éxitos de cada uno, para organizar incluso acciones comunes, sobre todo en las zonas fronterizas, para planear golpes simultáneos contra el enemigo en cada uno de los países en casos que presentaran interés, etc., etc. Pero Tempo, como le había dado a la idea muchas vueltas en la cabeza, iba mucho más allá:

— No —decía—, este debe ser un estado mayor con competencias más amplias y mayores. Debe ser un estado mayor interbalcánico que tenga derecho a decidir sobre las «grandes» acciones de todos los ejércitos de los Balcanes...

Precisamente aquí nosotros no podíamos tener las cosas claras ni estar de acuerdo. ¿Un estado mayor del que dependieran los ejércitos guerrilleros de los cuatro países! ¿Era esto

correcto? ¿Era posible una cosa semejante particularmente en las condiciones enormemente difíciles de aquel período?! ¿Cuáles serían en este caso las funciones de los estados mayores generales de cada uno de los países? ¿Cómo se llevaría a cabo la coordinación de las acciones? ¿Quién dirigiría este «superestado mayor»? Si cada uno de los estados mayores de los países concretos estaba dirigido por el CC del partido del país correspondiente, ¿por qué partido debía estar dirigido el «Estado Mayor Balcánico»? ¿No habría que crear también un «estado mayor de partidos»? ¿O habría que aceptar la idea de Tempo, según la cual «el partido es el partido y el estado mayor es el estado mayor» y, como consecuencia, negar y rechazar el papel dirigente del partido sobre los estados mayores y los mandos?!

No puedo decir que comprendiéramos desde aquel momento que tras la idea del «estado mayor» se ocultaran los objetivos megalómanos y hegemónicos de la dirección del PCY de dominar los Balcanes. A esta conclusión llegaríamos más tarde, pero desde aquel momento, además de las grandes dudas que nos surgieron sobre el carácter del «estado mayor», algunas expresiones de Tempo no nos causaron buena impresión. Insistía una y otra vez en la «maravillosa experiencia» del Estado Mayor General del ELN de Yugoslavia, en su «comprobada capacidad» para asumir y llevar a feliz término batallas de gran envergadura, en la «disposición» de este estado mayor «para aportar la debida contribución al cumplimiento de la nueva idea», etc., etc. Llegó incluso hasta el punto de calificar la experiencia del Ejército de LN de Yugoslavia como «sin parangón», «modelo de la guerra en las montañas», «la única forma fructuosa de lucha en las condiciones de los Balcanes», etc., etc. Como consecuencia de todo esto nació en nosotros la sospecha de que tras la idea del «estado mayor conjunto» él veía la posibilidad de colocar a éste bajo la dependencia del Estado Mayor Yugoslavo y, por tanto, a los ejércitos de los países de los Balcanes bajo la dependencia de Yugoslavia.

Pero esta sospecha no podíamos extenderla más allá de él.

En aquel período no podíamos ni imaginar que era la propia dirección de todo un partido quien se inclinaba a posiciones chovinistas y hegemónicas. Por otra parte, Tempo insistía y declaraba que era una idea «sólo suya».

Las dudas que nos surgieron sirvieron precisamente como razón principal para que no nos planteáramos nunca con seriedad este problema. Entre tanto esperábamos saber también qué posición mantendrían los demás partidos hermanos, incluyendo la «opinión» del propio CC del PCY. Pero junto con Tempo, allá por el otoño de 1943, se esfumó asimismo su malogrado plan. No nos fue mencionada nunca más la idea del «Estado Mayor Balcánico» y después sabríamos que, con justa razón, los demás partidos la habían rechazado también.

De modo que esta historia comenzó y acabó en el verano de 1943 y, como dije, cuando todo fue enterrado en el olvido, sólo me quedó en la memoria la figura prepotente del hombre del «estado mayor» frustrado, Tempo. Cuando hablaba y sentenciaba con frases cortantes sobre los «estragos» que haría en los Balcanes el «estado mayor» de sus sueños, parecía que el propio dios de la guerra hubiese descendido y venido como huésped a Kucaka. Sólo que el «dios» que teníamos delante no soltaba de su boca y su cartera rayos y centellas, sino órdenes y directrices.

Desde la juventud tenía la costumbre de tomar nota lo más exactamente posible de los problemas que me preocupaban, de diversos acontecimientos, de las conversaciones y consultas que llevaba a cabo, pero la desarrollé aún más, a pesar de las difíciles condiciones, en los años de la guerra. Recuerdo que también sobre este encuentro resumí allí mismo en el papel las ideas principales que manifestamos, teniendo en cuenta que las necesitaríamos si se presentaba el caso de analizar el problema en la dirección del Partido. Pero cuando Tempo se disponía a partir «hacia los Balcanes», se me acercó y me dijo:

—Camarada Enver, he visto que durante las conversaciones ha tomado usted abundantes notas. Por desgracia yo no lo he hecho, porque me he dedicado fundamentalmente a

hablar. Ahora tendré que conversar con los camaradas búlgaros y con otros. ¿Le importa a usted darme sus notas para utilizarlas en los encuentros que voy a tener?

—Cómo importarme, no me importa en absoluto —le dije— pero, primero, están en albanés, segundo, más que levantar acta he hecho un resumen de las ideas que se expresaron aquí.

—Mucho mejor, ya que así no se cansarán los traductores —dijo y vi que se le iluminaba la cara.

Más tarde pensé que estos apuntes míos se habrían perdido como la propia idea extraviada de Tito y de Tempo. Pero me equivocaba, Tempo los conservaba en el archivo, para desempolvarlos un día y añadir al libro yugoslavo de las mil y una calumnias, una calumnia más: «¡Enver Hoxha había estado de acuerdo con las ideas de Tempo! ¡Aquí están sus notas manuscritas!».

Pero del servojesuita Tempo no se podía esperar más que acusaciones, calumnias y todo tipo de acciones inmorales de esta índole. Como ya dije antes, desde el momento en que le conocimos, este individuo nos causó mala impresión y, cuatro o cinco meses después, a finales de julio o principios de agosto de 1943, tendríamos una áspera disputa con él. Regresó nuevamente a Kucaka, tan engreído y prepotente como antes, sólo que esta vez no nos puso sobre el tapete la cuestión del «Estado Mayor Balcánico». Llegó todo fogoso con una nueva misión: golpear duramente la línea seguida por nuestro Partido. Estaban juntos Koçi Xoxe y él, que en sus dos viajes a Grecia habían encontrado su media naranja el uno en el otro y se habían hecho amigos¹.

¹ En su libro *Revolucia koja teče* (La revolución en marcha) Memoari. Belgrado, 1971, S. V. Tempo escribe: «Tras la reunión del CC del PC de Macedonia, partí nuevamente hacia Grecia. Tal como la vez anterior, vino conmigo Koçi Xoxe. Esto significa que los dos nos hicimos «expertos» sobre Grecia. A fin de cuentas entre nosotros se desarrollaba la amistad. Aunque no hablaba mucho en las reuniones con los representantes griegos, constaté que Xoxe me apoyaba no sólo por ser yo miembro del CC del PCY, en el que tenía gran confianza, sino también porque teníamos idénticos puntos de vista». Págs. 356-357.

El «exordio» fue ahora una fórmula que ya sabíamos de memoria:

—Volviendo de Grecia, como el camino me traía por aquí, vine a verles una vez más antes de lanzarme a Kosova, Macedonia y Bulgaria. Pero además, me pidió el camarada Xoxe que viniese. «Ven, me dijo, que si no los camaradas quedarán contrariados».

—El camarada Tempo le dio una lección a la dirección griega —intervino allí mismo Koçi Xoxe—. ¡Vaya debate y vaya apretón de tornillos! ¡Se los metió en un puño! Le invité a que os informara largo y tendido.

—¿Y por qué retrasas al camarada, con el largo camino que tiene? —le devolvió la pelota Miladin a Koçi Xoxe—. Podías informarnos tú si lo considerabas necesario.

—¡Bah! ¡Y cómo iba a decir yo las cosas como las dice el camarada Tempo! —protestó Koçi lleno de ingenuidad—. Fue él quien sostuvo toda la conversación.

Entre tanto Tempo, como si no hubiese percibido la segunda intención de Miladin, arrugó el hocico, colocó la cartera sobre las rodillas y comenzó con sus explosiones habituales. Después de derramar un montón de observaciones sobre la línea del PC de Grecia (por desgracia, había encontrado donde agarrarse, ya que los grandes errores de principio del PC de Grecia eran evidentes y conocidos también por nosotros en aquel período), descargó el resto de su furia sobre nosotros:

—¡¿Que por qué les digo esto?! —preguntó en un momento determinado como un maestro pedante y nos soltó una mirada «desde arriba»—. Se lo digo —continuó— porque también tengo observaciones para ustedes, sobre su línea. Su posición frente al Balli Kombëtar es incorrecta, es errónea.

—¿Cómo? ¿En qué sentido? —le pregunté.

—Muy sencillo —dijo con gravedad—, ha sido y es una posición oportunista, intolerable.

—La observación que hace usted es extremadamente grave, es una acusación —le contesté indignado a Tempo—. ¿En qué apoya lo que dice?

—En su blandenguería y su tolerancia ante el Balli desde los primeros momentos de su salida a escena —dijo Tempo en su tono habitual—. Se dejaron sorprender por él y después no han sabido qué actitud mantener. En lugar de declararle la guerra, le ofrecieron la mesa de conversaciones.

Miladin Popović comenzó a retorcerse los bigotes, con un gesto en el que, más que indiferencia ante el recién llegado, se percibía el descontento por sus palabras; Nako Spiru con los ojos bajos y sin poder dejar de mover las manos, despedazaba un trozo de madera; Sejfulla, como «profesor», mantenía una pose ex cátedra, mientras que Koçi Xoxe estaba ante el «balcánico» como un alumno en un examen.

—Camarada Tempo —le dije—, tenemos respeto por el PCY y por usted como cuadro suyo. Pero, entiéndame, con lo que ha dicho no podemos estar nunca de acuerdo. A pesar de todo, no le culpamos mucho ya que no ha tenido la oportunidad ni la posibilidad de conocer mejor el desarrollo de los acontecimientos entre nosotros. Ha dicho que ¡nos sorprendió la salida al escena del Balli! No sé de dónde saca usted eso, y quizás no es éste el lugar para que lo discutamos, pero para que se marche tranquilo, voy a decirle brevemente: No a finales de 1942, cuando se manifestaron las primeras señales del surgimiento del Balli, sino, desde antes de la fundación del Partido y especialmente después del mes de noviembre de 1941, hemos hecho amplios análisis y esfuerzos de todo tipo para aproximar a la vía del Partido no sólo a las masas del pueblo, sino también a otros elementos patriotas, nacionalistas, vacilantes, desorientados, etc. Muchos de ellos nos entendieron y se unieron a nosotros en nuestro camino de lucha, otros vacilaron, otros, a pesar de nuestros esfuerzos, se nos opusieron e intentaron obstaculizarnos. Nosotros continuamos el trabajo con estos últimos, pero también el fascismo y la reacción abierta trabajaban con ellos en el sentido contrario. Quedó claro que no podrían aproximarse a nosotros, quedó claro asimismo que o se organizarían por su cuenta, o los organizaría el fascismo para utilizarlos como contrapeso a nuestra línea, al Frente de Liberación Nacional, a la Lucha de Liberación

Nacional. ¿Dónde está aquí la «sorpresa»?! Otro asunto es cómo se organizarían concretamente y qué nombre le darían a su agrupación. Esto no podíamos preverlo, pero no creo que usted le llame a esto «dejarse sorprender».

—Dejemos este aspecto —intervino Tempo— y veamos más allá. ¿No es acaso oportunismo su posición blanda frente al Balli y los esfuerzos por entablar acuerdos con él?

—No —le contesté de inmediato—, jamás se lo puede llamar oportunismo. El hecho es que nunca ni en ninguna circunstancia hemos estado ni estamos comprometidos con el Balli, no ha habido ni hay por nuestra parte ninguna actuación oportunista y conciliadora con él. Por el contrario, desde el principio hemos tenido claro por qué se creó esta organización, lo hemos dicho en el Partido y entre el pueblo, y no hemos alimentado ninguna ilusión. Pero tenga en cuenta la plataforma de nuestra Conferencia de Peza. No sé —le pregunté—, ¿está usted al tanto de ella?

—He oído hablar de ella —dijo friamente.

—En Peza —le dije—, en septiembre de 1942, nuestro Partido organizó una conferencia en la que se sentaron las bases políticas y organizativas del Frente de Liberación Nacional, se creó el Consejo Antifascista de Liberación Nacional y se elaboraron y adoptaron decisiones de gran importancia. Para que lo tenga usted más claro —le subrayé—, en Peza, en septiembre de 1942, nosotros hicimos lo mismo que haría más tarde su partido en Bihać, alrededor de dos meses después, a finales de noviembre de 1942!

Tempo dio un resoplido, lleno de nerviosismo. No le gustó nada la comparación que utilicé no sin intención. Pero no dijo nada, porque no tenía nada que decir.

—En esta Conferencia —continué— hemos planteado con razón la plataforma de la unión política y organizativa de todo el pueblo en un frente aparte, colocando en la base de esta unión un requisito fundamental: la lucha contra el ocupante. El Balli Kombëtar, que fue creado más tarde como reacción ante el Frente de Liberación Nacional, independientemente de sus verdaderos objetivos, por demagogia y para engañar,

se presentó con las consignas de la «lucha», de la «independencia», de la «Albania étnica», etc. Inevitablemente, con estas consignas, engañó a cierta cantidad de gente. Los cabecillas del Balli crearon incluso algunas «guerrillas» y se esfuerzan por crear otras. En verdad no han actuado ni van a actuar contra los italianos, pero su demagogia no ha quedado sin efecto. En un caso así, el que hubiésemos levantado las armas contra ellos desde el comienzo, hubiera tenido amargas y graves consecuencias. No se trata de que se quedaran fuera diez o veinte cabecillas del Balli. Para nosotros lo habían estado siempre, nunca han estado ni estarán con nosotros. Pero el problema es esa parte de la población engañada, así como cierto número de elementos de las capas medias que se adhirieron a las consignas del Balli y que nosotros debemos a toda costa ganarnos. Si desde el principio hubiésemos cortado por lo sano con el Balli, habríamos creado puntos de vista erróneos en esta gente, la habríamos enemistado con nosotros. Entonces ¿cómo? ¿Considera usted un error esta posición?

—Pero ¿cómo aceptan ustedes este curso de los acontecimientos? —se lanzó Tempo—. ¿Fusionarse las dos partes? Esto no lo entiendo, a esto no le llamo yo, como dije al principio, más que oportunismo.

—¿Qué «fusión»?! —le corté inmediatamente—. Ni ha sucedido ni sucederá jamás una cosa semejante. Y si nos hemos esforzado por convencer a las diversas fuerzas y grupos nacionalistas de que se lancen a la lucha, eso no quiere decir que el Partido pretenda fundirse, no ya con ellos, sino ni siquiera con el Frente. Es el Partido quien dirige el Frente y, entre o no entre el Balli Kombëtar en las filas de éste, nuestro Partido nunca aceptará compartir ese papel con nadie.

—Es posible, es posible —dijo Tempo—, pero yo me mantengo en lo que dije: debían haberse enfrentado al Balli con todos los medios desde el principio. Le han estado mimando.

Se me estaba calentando la sangre, pero me mantuve sereno.

—No, ni mucho menos —le dije—. Si hiciéramos lo que

dice usted, caeríamos en la trampa del Balli y de quienes lo crearon. Es decir, caeríamos en el juego de la política del fascismo, quien ha recurrido a todo para ponerle freno a la lucha, esforzándose por dividir al pueblo, por suscitar la enemistad en las filas del campesinado, de la intelectualidad, de la juventud, etc. El quiere lanzarnos a una guerra fratricida. Y esto nosotros debíamos evitarlo y lo hemos evitado. Nuestra táctica ha sido la siguiente: Bien, vamos a tomar en consideración la existencia de vuestra organización, pero ¿cuál es vuestra plataforma? ¿La lucha?! Si es así, entonces combatamos en un único frente, en el Frente Antifascista de Liberación Nacional, que es la organización que abarca a todo el pueblo combatiente, a todas las corrientes y organizaciones que están por la lucha sin compromiso e inmediata contra el ocupante. La piedra de toque es la lucha, la lucha contra el ocupante, una lucha inmediata, permanente y organizada, ésta, camarada. Tempo —proseguí—, ha sido y seguirá siendo nuestra arma para desenmascarar al Balli Kombëtar y para desbaratar la política de sus cabecillas. Esta es y continuará siendo la piedra de toque para todos. Y esta línea ha tenido y tiene grandes efectos. Los cabecillas del Balli se están quedando aislados. El pueblo, que no puede soportar el fascismo, nos comprende y nos comprenderá cada vez mejor. Quienes han sido engañados, cuando ven que los cabecillas no hacen más que entretenerles, que éstos no luchan más que contra las gallinas, les abandonan y se unen a nosotros. Esta es nuestra línea y creo que no es mala ni errónea.

—¡Allá ustedes! —exclamó Tempo sintiéndose acorralado—, pero yo nuevamente me mantengo en lo que dije. Actuando así, o se fusionarán ustedes con el Balli, o se quedarán en un puñado de gente y el Balli les planteará la alternativa: o con nosotros o a tiros.

—En cuanto a lo de que podamos quedar reducidos a un puñado de gente, sobre esto no tenga cuidado, y me molesta que siquiera se le ocurra. Y en cuanto a lo de que el Balli pueda volver el fusil contra nosotros, sépalo bien, nosotros tenemos los cañones listos.

—¡El tiempo lo dirá! —dijo Tempo como un pájaro de mal agüero.

—Desde luego —le interrumpí— y puede estar seguro de que el tiempo confirmará la justeza de lo que hemos hecho.

—¡O de lo que digo yo! —añadió Tempo maliciosamente y estrelló con fuerza la vara contra las botas.

—¡Bien! —respondí—. Pero creo que, como comunista, no deseará nunca que se confirme su afirmación. ¿O no?

—¡Naturalmente, naturalmente! —pronunció entre dientes.

Sin más, la conversación tocaba a su fin. Ambas partes estábamos tirantes y la insatisfacción recíproca era evidente. Pero no podía dejar que se marchara así.

—Hay algo más que me llama la atención —le dije tranquilo—. En estos cuatro o cinco meses nos hemos encontrado «casualmente» varias veces. Al principio nos hizo una observación sobre «línea sectaria» ante unos elementos respecto a los cuales ahora nos acusa de «oportunismo». Nosotros le hemos dicho que ni una ni otra nos parece pertinente. Pero, ya que se trata de dos acusaciones opuestas sobre el mismo asunto, creo yo que una de ellas la retirará ahora. ¿Cuál piensa usted retirar, la observación sobre «sectarismo» o la de «oportunismo»?!

—¡Ironiza usted! —gritó— y esto es inadmisibile en las relaciones entre camaradas. Pero yo le respondo sin ironía: ¡insisto en las dos!

—¡No lo dije ni mucho menos para ironizar! —respondí—. Se trata de dos valoraciones opuestas sobre la misma línea, sobre el mismo problema y de la misma persona. Esto no se puede sostener.

—Yo creo que desde el punto de vista dialéctico el camarada yugoslavo tiene razón —intervino con voz chillona el «profesor» Sejfulla Malëshova. (No hacía más que uno o dos meses que había vuelto del exilio y nosotros le habíamos acogido con calor, cooptándole como candidato al Comité Central del Partido. Hablaré después acerca de él, de su pasado y de sus «obras», de modo que aquí me detendré únicamente en este asunto.)

—Algo que en un momento determinado es sectario —continuó el «profesor»—, más tarde puede transformarse en oportunista y viceversa. Hablo en sentido teórico, porque claro, aún no he abordado las cuestiones en la práctica...

Pronto las abordaría Sejfulla Malëshova «también en la práctica», pero esto se vería más tarde. Lo que me inquietó en aquel período era la pregunta, todavía sin poder darle una respuesta exacta: ¿Por qué esta posición incorrecta y megalómana de estos «enviados» del PCY? ¡¿Por qué estas «observaciones» y acusaciones, que repentina y arbitrariamente se transformaban la una en la otra?! Todavía me inquietarían más estas preguntas poco tiempo después, cuando después de que el Balli Kombëtar desbordara el vaso y se echara abiertamente en brazos del fascismo, nosotros comenzáramos la lucha abierta con él. Precisamente Tempo, y más tarde sus camaradas, que en julio y agosto de 1943 nos acusaban de «oportunismo», en septiembre y octubre del mismo año ¡nos acusarían de «sectarismo»! ¡¿Cómo explicarnos posiciones semejantes diametralmente opuestas?!

Cada vez se me afirmaba más la sospecha de que los enviados del PCY venían con la manía de «encontrarnos» a toda costa errores, de encontrarlos incluso donde no los había, o en el caso de no lograrlo ni siquiera así, inventarlos. ¡Todo se podía poner del revés, se le podía llamar a lo blanco negro, con tal de que se nos «encontrara» el error y se nos pusiese bien de manifiesto! Pero esto, ¿por qué? —me preguntaba. ¿Es que no comprenden la verdad? ¿Quizás es que no conocen nuestra situación real? ¿No será que quienes les informan lo hacen erróneamente y cuentan las cosas al revés? ¡O no será que, como vienen de lejos, quieren presentarse como si llegaran «de arriba», «del centro», del «Olimpo» del marxismo-leninismo?!

Pensaba que todo esto influía, pero la manía de figurar, de darnos lecciones, de presentarse ante nosotros como pozos de sabiduría era la razón principal que impulsaba a la gente de Tito a lanzarnos acusación tras acusación, todas absurdas e infundadas. Nosotros, en estos casos, se entiende, persistía-

mos en lo nuestro y ni cambiamos ni tocamos nuestra línea, ¡para darles gusto a nuestros amigos, los enviados! Si hubiésemos actuado de otro modo todo se lo habría llevado el río. Ellos tomaban notas y llenaban informes, no se despegaban de sus carteras por si las perdían, y nosotros sabíamos que sus informes iban a parar al estado mayor de Tito. Bien, que escribieran lo que quisieran y cómo quisieran. Nosotros teníamos respeto por Tito y la dirección del CC del PCY y no podíamos ni dudar de ellos. Además sabíamos que, bien o mal, a fin de cuentas no era ni Tito ni ningún otro de fuera quien nos juzgaría. Nosotros respondíamos ante nuestro Partido, ante nuestro pueblo. Si actuábamos erróneamente, sólo a éstos les rendiríamos cuentas pelo por pelo. El camino de la lucha hacia la victoria por donde conducíamos con decisión al pueblo, sería el que mejor y de forma incontestable lo esclarecería todo. Así justificábamos entonces las razones por las que los delegados yugoslavos nos soltaban bobadas y, por supuesto, continuábamos nuestro camino convencidos de que no había nada de verdad ni en sus acusaciones de «oportunismo», ni en las de «sectarismo».

El tiempo confirmaría plenamente que este juicio nuestro sólo contenía un error: inicialmente no veíamos la culpa más que en los enviados, pero no en quienes les enviaban, en Tito y sus compañeros. Asimismo el tiempo confirmaría que teníamos plena razón cuando decíamos que las acusaciones nos las hacían con objetivos oscuros y no comunistas, sólo que estos designios eran mucho más graves y hostiles de lo que creímos al principio.

Pero si desde el inicio nos indignamos con ellos porque estábamos seguros de que nos importunaban sin razón, más tarde sabríamos cosas alarmantes. Sabríamos que precisamente en el momento en que nosotros conversábamos con patriotas y nacionalistas vacilantes esforzándonos por aproximarlos al camino de lucha (y, a causa de esto ¡éramos «oportunistas»! sic.), los «rigurosos combatientes contra el oportunismo» —Tito y compañía— no sólo habían entrado en conversaciones y establecían acuerdos con los representantes del gobierno monár-

quico yugoslavo en el exilio, sino que conversaban... con los nazis alemanes, con los más grandes criminales de la humanidad para llegar a un acuerdo y a un entendimiento con ellos!

Un tal Ali Këlcyra fue quien en Albania entró en contacto con el general fascista Dalmazzo y llegó a un «acuerdo de alto el fuego»¹ con él y de lucha contra nosotros, y nosotros, en cuanto nos enteramos de esta vileza hicimos sonar la alarma para el desenmascaramiento de la colaboración de este bey malvado con los cabecillas del fascismo!

Sobre cómo y de qué manera se produjo aquella acción de Tito y su gente, no me corresponde a mí aclararlo. Esto es asunto de los propios yugoslavos y, como se sabe, ellos mismos, en la lucha interna que no han cesado nunca, cuando llega el momento se sacan uno a otro los trapos sucios en público. Así sucedió hace poco con una serie de documentos que confirman las declaraciones hechas públicas hace tiempo sobre las conversaciones de Tito con los ocupantes alemanes.²

Teniendo buenas relaciones con el PCY, nosotros escuchábamos con respeto cuando se hablaba de las duras y sangrientas batallas de mayo-junio de 1943, desarrolladas en el valle de Sutjeska. Habíamos oído hablar del extraordinario heroísmo de que dieron prueba allí las brigadas guerrilleras yugoslavas, habíamos oído hablar de los actos ejemplares de resistencia y de valor de los guerrilleros, de los comandantes

1 Autorizado por el Comité Central del Balli Kombëtar, uno de sus cabecillas, Ali Këlcyra, suscribió en marzo de 1943 con el comandante en jefe de las fuerzas fascistas italianas de ocupación, R. Dalmazzo, un protocolo secreto de colaboración contra las fuerzas de liberación nacional.

2 Se trata sobre todo del libro del biógrafo oficial de Tito, Vladimir Dedijer, *Novi prilazi za biografiju J. B. Tita* (Nuevas adiciones a la biografía de Tito) (2) Rijeka, 1981. Todo un capítulo de este libro proporciona por medio de documentos auténticos un cuadro exacto del acuerdo firmado en marzo de 1943 entre los enviados del Estado Mayor del ELNY, por orden personal de Tito, y los representantes del alto mando del ejército nazi en Yugoslavia.

y comisarios servios, montenegrinos, croatas, eslovenos y otros. Se decía que el propio Tito había dirigido las fuerzas y que incluso había resultado herido en aquellos días.

Pero más tarde supimos que toda la sangre que se derramó en Sutjeska, los miles de valientes guerrilleros y guerrilleras que dieron su vida en aquella batalla, lo hicieron como resultado del acto traidor del propio Tito. Los enviados personales de éste, tres de los principales cuadros del Estado Mayor General Yugoslavo, los Milovan Djilas, Koča Popović, Vladimir Velibit de triste memoria, según la condición impuesta por la comandancia alemana, fueron con sendas banderas blancas en la mano a conversar con los cabecillas del ejército alemán, firmaron un acuerdo «de alto el fuego» con ellos y regresaron junto a Tito con la promesa de los nazis en la mano. El «estratega» Tito pensó que había llegado el momento de ajustar cuentas con los adversarios internos, con los četnik y los ustaš, e hizo saber a los cuadros del Estado Mayor que no debían temer un ataque nazi. Cayó la vigilancia, se declaró enemigo principal a los ustaš. Y mientras el estado mayor de Tito disfrutaba eufóricamente de la victoria y las brigadas guerrilleras hacían instrucción (Tito esperaba el desfile de su ascenso al trono), el estado mayor nazi concentraba sus divisiones en secreto y cercaba por completo a las fuerzas principales del ELN de Yugoslavia en un estrecho valle. Era tan grande la euforia que había suscitado Tito en sus estados mayores que, incluso cuando llegaban las noticias de que los alemanes estaban concentrando nuevas tropas, la gente de Tito se reía de estas informaciones y de quienes las traían.

Precisamente en este momento estalló la tragedia. Las tropas alemanas de refresco, apoyadas por la aviación y la artillería, hicieron estragos. La traición de Tito se pagaba con la sangre de 6 000 valientes servios, bosniacos, montenegrinos, croatas, eslovenos, etc. El propio autor principal de esta triste historia, Tito, como él mismo declaró, se salvó casualmente... por un perro, por su perro personal que se lanzó sobre el cuerno del comandante en jefe, quedando hecho trizas!

Quedó vivo Tito para continuar, entre otras cosas, el gran

complot que tramaba contra nuestro Partido y nuestro pueblo. Pero, como dije, entonces nosotros esto ni lo sabíamos, ni imaginábamos que pudiera hacerlo un dirigente, como nos representábamos a Tito. La culpa de lo que sabíamos y que no nos parecía correcto, se la echábamos a los delegados yugoslavos, como es el caso de Blažo Jovanović al principio, el de Tempo en la primavera y verano de 1943 y una serie de casos semejantes. Pero continuemos con Tempo.

Tras la fuerte disputa sobre cuestiones políticas que sostuvimos en Kucaka, tuvimos un incidente, puede decirse que ridículo, con la mujer de Tempo, Milica, que en aquel tiempo iba tras él como secretaria. Antes de marcharse, la «cabeza balcánica» quería llevarse el único radio transmisor de que disponíamos. Naturalmente, no podíamos dárselo. Pero mientras Tempo insistía más con ruegos y de forma camaraderil, intervino Milica y con un tono algo autoritario quiso convencernos de que a nosotros no nos hacía falta mientras que para Tempo tenía gran importancia. Se me subió la sangre a la cabeza y le dije de manera poco cortés:

—Quédate ahí, a qué te inmiscuyes tú, pareces Geraldina¹...

Se ofendió y comenzó a llorar. Yo le pedí disculpas. Tempo trató de calmarla y le dijo: «Enver te lo dijo en broma». Así se cerró este incidente.

Tempo se marchó de Kucaka completamente insatisfecho. No le tranquilizaron ni las intervenciones aprobatorias de su «amigo» Koçi Xoxe, ni las réplicas en «sentido teórico» igualmente aprobatorias de Sejfulla Malëshova. Estos dos fueron los únicos entre nuestros camaradas que en una u otra medida se pronunciaron a favor de las acusaciones de Tempo. Por dónde asomaría las orejas este asunto, lo veríamos después.

Yo mismo, después de este conflicto y hasta la liberación de Albania, no volví a echar la vista encima a Svetozar Vukmanović. Formamos el uno del otro la idea más negativa. El hecho es que él no vino o no se le permitió venir más ni «casualmente», ni «oficialmente» a nuestro Estado Mayor. Pero

¹ La mujer del ex rey de Albania, Ahmet Zogu.

Tempo no renunciaría a la «cuestión albanesa» en el marco de la «misión balcánica» que había asumido, sino que después de esto, en la imposibilidad de encontrarse directamente con nosotros, desarrollaría su actividad antialbanesa «desde lejos» y de forma indirecta: con cartas llenas de mentiras y acusaciones, yendo de un lado a otro por nuestras zonas fronterizas, disputando en ellas con nuestros cuadros y guerrilleros, etc. Nos crearía problemas, dificultades y obstáculos sin fin, nos tendería trampas y complots, pero en la lucha por desbaratarlos nosotros conoceríamos mejor la verdad tanto sobre la «misión de Tempo», como sobre aquéllos que se la habían encomendado.

Nubes negras sobre una vieja herida

Independientemente de las primeras fricciones y de la mala impresión que nos formamos de los dos delegados de la dirección yugoslava, hasta agosto de 1943, de ningún modo enfriamos nuestros anteriores sentimientos y posiciones amistosas hacia el PCY y hacia su dirección. Pensábamos siempre que no había por qué confundir a la dirección del partido y, mucho menos, al propio partido, con uno o dos de sus cuadros que sufrían de complejo de megalomanía y de arrogancia, de prepotencia y manía de dictar.

Precisamente porque juzgábamos así, en cada paso que dábamos nos esforzábamos por elevarnos por encima de las fricciones y los disgustos que tenían lugar. Eramos mesurados en nuestras acciones y, con toda sinceridad comunista, combatíamos por el fortalecimiento de la amistad y de la solidaridad fraternal con la justa lucha de los pueblos de Yugoslavia y del Partido Comunista de Yugoslavia. En nuestra propaganda, en las reuniones y el resto de las actividades que desarrollábamos en el Partido o con las masas, hablábamos abiertamente de la amistad con los pueblos de la Unión Soviética, con los demás

pueblos hermanos y, en este marco, con los pueblos de Yugoslavia. Con todas nuestras posibilidades hacíamos propaganda de los éxitos de su lucha, considerándolos como nuestros.

Esto fue algo por completo correcto, pero no debe pensarse que en este sentido todo se hacía fácilmente y sin dificultad. La propaganda fascista y la de los gobiernos traidores de los Mustafa Merlika y compañía lanzaba un barro antieslavo incontenible, ponía en evidencia y publicaba las viejas discordias y rencores en las relaciones entre nuestros pueblos, derramaba lágrimas de cocodrilo por la sangre y los sufrimientos que habían soportado antes los habitantes de las tierras albanesas del Norte a consecuencia del genocidio de los gran-serbios. Todo esto era imposible que quedara sin efecto. La manipulación de la reacción con la denominada «liberación» fascista de Kosova y la unión de ésta y de otras tierras albanesas al tronco de la madre patria, ocupada por los nazifascistas, proporcionaba a esta propaganda aún mayores ventajas. En los primeros meses tras la fundación del Partido se nos creó una nueva y dolorosa circunstancia, cuando en la primavera de 1942 cayó en manos del fascismo uno de los principales aparatos de propaganda del CC del Partido en Tirana. Junto con nuestros nombres, el SIM¹ descubrió también los de Miladin Popović y Dušan Mugoša.

La propaganda del fascismo y de los colaboracionistas comenzó a vomitar su hiel contra nosotros como «vendidos» a Moscú y a los serbios. Ni más ni menos, Miladin y Dušan fueron «graduados» en esta propaganda como «cabecillas» de nuestro Partido Comunista (!), y nosotros éramos acusados de luchar por ¡«unir» Albania a Serbia! (Con esta misma infame propaganda se infló más tarde el Balli Kombëtar y..., es terrible sólo pensarlo..., después, ¡igual que los fascistas italianos como Pariani, y albaneses como Merlika y Ali Këlcyra, Tito y su gente utilizarían idénticos términos, idénticos ape-

¹ Servizio Informazioni Militari — Servicio de Información Militar de Italia fascista.

lativos contra nuestro Partido en relación con el papel de Miladin y Dušan!)

He citado todo esto para mostrar que la empresa que acometió desde el principio nuestro Partido de crear y fortalecer la amistad internacionalista con los pueblos de Yugoslavia y con el Partido Comunista de Yugoslavia no fue algo sencillo, sino, por el contrario, una obra de gran dificultad y que requería valor. Nos adentramos en este trabajo asumiéndolo todo y nunca nos detuvimos ante el hecho de que pudiera no entendernos el pueblo, de que pudieran apartarse las masas de nosotros, de que pudiéramos perder la influencia y el papel dirigente en el Frente y en la lucha. El pueblo te comprende si sabes decirle la verdad y, sobre todo, si permaneces fiel a esta verdad hasta el fin. El hecho es que la sabia palabra de nuestro Partido prendió en el pueblo albanés. Ya en los años de la guerra por parte nuestra fueron sentadas bases firmes para el establecimiento de las más estrechas y fraternales relaciones entre nuestros pueblos y partidos en el futuro.

Mucho más delicado y complejo se presentaba en aquella época el problema del resto de las tierras albanesas que habían sido violentamente anexionadas a Yugoslavia antes y después de la Primera Guerra Mundial y que en 1941, por sus propios objetivos, el nazifascismo había reincorporado al tronco de la madre patria.

Nosotros, como albaneses y como comunistas, siempre habíamos dicho y decíamos con plena conciencia que lo que había ocurrido en 1913 en relación con el desmembramiento de nuestra patria, era una gran injusticia histórica. Como comunistas, como albaneses igualmente, con pleno derecho, nosotros decíamos que lo que hicieron los nazifascistas en 1941 en relación con la cuestión nacional albanesa no era una verdadera solución, sino un juego, un gran engaño.

Kosova y el resto de las comarcas albanesas fueron unidas al tronco de la patria, no para reparar una injusticia del pasado, sino por una serie de designios determinados. Con esta «unión», en primer lugar, se satisfacían las viejas ambiciones

y deseos de la Italia fascista de someter a su esclavitud los más amplios territorios de los Balcanes. Segundo, los jefes del fascismo, presentándose como «libertadores», pretendían apartar a la población albanesa, especialmente a la del Norte, de la Lucha de Liberación Nacional. Por medio de esta «solución», se pretendía sobre todo neutralizar y echar en brazos del fascismo a aquella parte de los nacionalistas y otros elementos patriotas que, por los cafés de Europa o las tabernas del tiempo de Zogu, ¡juraban y perjuraban que les consumía la ansiedad y se desesperaban por ver a la patria unificada! Ahora el fascismo les decía: «¡Arrodíllense y pónganse al servicio del fascismo, que les ha traído la unificación como una manzana madura en la mesilla de noche...!». Esta «unificación» a la fascista se ponía pues a disposición de los distintos gobiernos colaboracionistas albaneses, instrumentos declarados del fascismo y de toda la reacción albanesa, para que la utilizaran como un manto de «patriotismo», en la propaganda que necesitaban desarrollar para engañar al pueblo y sobre todo contra nuestro Partido Comunista, quien llamaba a que todos, grandes y pequeños, se levantaran en lucha general por la libertad.

Al mismo tiempo, con esta «unificación» *manu militari*, el fascismo y el nazismo dejaban todos los caminos abiertos para que continuasen eternamente las viejas querellas y enemistades entre los pueblos vecinos de los Balcanes. Esto procedía no sólo del hecho de que la «unificación» que se llevó a cabo era coja de ambos pies, arbitraria y premeditadamente repleta de focos de disputas y enfrentamientos para el futuro, sino también de que esta «unificación», en el marco del fascismo, carecía de la más mínima base y garantía cara al futuro. Podía ser fácilmente transformada según le interesara al fascismo ocupante o según se presentasen las coyunturas. Bajo la ocupación fascista las fronteras entre los estados y los países no tenían ningún valor ni ningún sentido: todos estaban sometidos al terror, a todos les amenazaba la carnicería del imperio hitleriano y mussoliniano.

Pueden enumerarse y alinearse muchos otros factores y

causas para explicar lo que significaba la «unificación» que realizaron los nazifascistas en 1941 en Albania, y esto, en el cuadro de la historia de aquel tiempo, continúa siendo una de las tareas de nuestros historiadores. He mencionado algunos de ellos sólo para subrayar por qué nosotros, los comunistas albaneses, no mordimos nunca el anzuelo de la desenfrenada propaganda que se desarrolló en aquel período acerca de este doloroso problema de nuestra historia.

Nosotros dijimos abiertamente al Partido y al pueblo que nuestra cuestión nacional en su totalidad, por tanto también la de Kosova y el resto de las comarcas albanesas anexionadas a la vieja Yugoslavia, no podía solucionarla jamás el nazifascismo. De las hordas que habían ocupado y que incendiaban y destruían toda Albania, no podía esperarse nunca que «liberaran» ni que «afirmarán» una parte de ella.

No os dejéis engañar tampoco, le decíamos al pueblo, por las maniobras demagógicas de los gobernantes traidores y los cabecillas del Balli Kombëtar, que se desgañitan vociferando en pro de la «gran Albania» y la «Albania étnica». Quienes en todos los tiempos han puesto a subasta toda Albania para venderla al mejor postor, jamás pueden ser defensores de la causa albanesa. Su «patriotismo» es moneda falsa. Quienes resolverán los problemas de nuestro país y de nuestra etnia, no son ni podrán serlo nunca los servidores de los fascistas.

Sólo la lucha sin cuartel contra los fascistas y sus colaboradores —llamábamos al pueblo— conducirá a la solución de nuestro problema nacional, parte integrante del cual es la enmienda de las injusticias históricas. Por eso combate, decíamos, nuestro Partido Comunista, por este camino dirige también a los pueblos de su país el Partido Comunista de Yugoslavia.

El pueblo nos comprendió y sin vacilación se lanzó a la lucha decisiva con confianza en el camino por el que le conducíamos.

Pero, por lo que se refiere a la población de Kosova y del resto de las comarcas albanesas de Yugoslavia, el problema se presentaba más difícil. Inesperadamente se encontró

ante la «solución» de su problema cardinal: se echó abajo el yugo servio, fue unida al tronco del que había sido desgajada, se creó la administración con albaneses, la gente iba y venía de Tirana a Prishtina y viceversa, se abrieron escuelas albanesas, se publicaron revistas y libros en albanés, etc., etc. Se trataba de una clase de «liberación» que «liberaba» de un yugo viejo para imponer un yugo nuevo, el de los fascistas.

Precisamente en estas condiciones se planteaba el problema de la movilización de la población albanesa de estas zonas en lucha contra un ocupante que al mismo tiempo se presentaba ante ella como «libertador». Sólo otra alternativa mucho más poderosa, mucho más avanzada, firme y esperanzadora haría que el pueblo kosovar se levantara en lucha contra el ocupante «libertador», de forma inmediata y con todas sus fuerzas.

Esta alternativa sólo podían proporcionarla nuestros partidos comunistas.

Dos caminos se presentaban para esta alternativa imprescindible:

El primero, que el Partido Comunista de Albania, rechazando por completo la «solución» fascista, se extendiera y penetrara entre la población de Kosova y la llamase abiertamente: levantáos y luchad bajo la dirección del Partido Comunista de Albania contra el nuevo ocupante, el nazifascismo, movilizáos en las filas del Frente Antifascista de Liberación Nacional de Albania, formad destacamentos, batallones y brigadas bajo el mando del Estado Mayor General del Ejército de Liberación Nacional Albanés, lancémonos, por tanto, a la lucha final y su coronamiento nos traerá consigo la supresión del yugo del nuevo y de cualquier otro ocupante.

El segundo camino consistía en que el pueblo de Kosova se levantara en lucha bajo la dirección del PC de Yugoslavia, unido a los pueblos de Yugoslavia, bajo el mando del Estado Mayor General del ELN de Yugoslavia.

El objetivo inmediato de ambos caminos era uno: expulsar por medio de la lucha armada al ocupante nazifascista y

como resultado, como fruto de esta lucha, solucionar correctamente, de una vez y para siempre, tal como deseaba y soñaba el pueblo, nuestro problema nacional y, después de eso, todos los demás problemas.

No admite discusión que seguir el primer camino presentaba numerosas y grandes ventajas para la movilización en la lucha del pueblo de Kosova y de las demás comarcas albanesas. Esto, por supuesto proporcionaría también mucho mayores ventajas y posibilidades a la propaganda y a toda la lucha de nuestro Partido en todas las demás zonas de la patria. Al mismo tiempo, la movilización en la lucha de las masas kosovares, probadas en los enfrentamientos como valientes entre los valientes, representaría también una contribución a la lucha de los pueblos de Yugoslavia y de los Balcanes.

Pero, como se sabe, se siguió el segundo camino. El Partido Comunista de Yugoslavia reclamó que la población de Kosova y del resto de las comarcas albanesas de Yugoslavia se levantara en lucha bajo su dirección y que inmediatamente después de la guerra decidiera ella misma su futuro sobre la base del principio leninista del derecho a la autodeterminación. Nosotros declaramos razonable y correcta esta posición.

No lo declaramos de ningún modo así, simplemente porque «así lo pidió el PCY». El PCY podía pedir de nosotros muchas cosas como sucedió en efecto, pero desde el comienzo nosotros aprobamos sólo aquellas peticiones que la lógica marxista nos decía que eran justas. Así sucedió también en este caso. No influyó en esto ni la «razón» de que «si el pueblo de Kosova se levanta bajo la dirección del PCA, esto no lo podría comprender la reacción servia o montenegrina y una cosa así crearía quebraderos de cabeza al Partido Comunista de Yugoslavia». Reacción anticomunista y contra la lucha de liberación nacional no la había únicamente en Yugoslavia, sino también en Albania. Los quebraderos de cabeza, por tanto, serían evidentes para ambas partes, incluso serían mayores para nosotros porque, en relación con la cuestión de Kosova, la reacción albanesa tenía en la mano la carta de la verdad.

De modo que fueron causas y razones más profundas las que nos condujeron a la opción que adoptamos.

Nosotros sabíamos que el Partido Comunista de Yugoslavia era un partido construido sobre un país plurinacional, compuesto por diversos pueblos, quienes debido al amargo pasado del Estado yugoslavo no habían logrado ninguna clase de unidad en el interior de la monarquía yugoslava. Por el contrario, como resultado de la brutal política opresora y chovinista gran-servia sobre los demás pueblos y naciones dentro del ex reino, se habían profundizado los sentimientos de división, los viejos y nuevos rencores y enemistades. Igualmente, los esfuerzos de la burguesía y de la reacción de cada una de las partes en pro de la separación, de la disgregación o del establecimiento de la propia hegemonía sobre las demás, habían sido más que evidentes y habían jugado su papel en todos los tiempos. Y lo que es más importante, tras la ocupación nazifascista de abril de 1941, la monarquía yugoslava había dejado de existir. Macedonia fue dividida entre Bulgaria e Italia; Servia, parte de Eslovenia y otras tierras se las quedó la propia Alemania nazi; Montenegro, Kosova, Dalmacia, el litoral croata y la parte Sur de Eslovenia le correspondieron a Italia; el denominado «estado croata independiente», criatura del nazismo, incluyó, además de Croacia, territorios cercenados a otros países del ex reino yugoslavo, etc. Un estado-amalgama, constituido artificialmente, como había sido el reino yugoslavo, no podía tener otro destino que la fragmentación, los añadidos y remiendos artificiales de toda clase.

Pero no era el momento de discutir si debía o no mantenerse la «unidad» que había sido creada por la monarquía yugoslava. Este sería y debía ser un problema del futuro. Ahora el problema cardinal era garantizar la unión de todos estos pueblos en la lucha general y decisiva por la liberación. Esto podía y debía hacerlo el partido comunista. Pero, ya que el Partido Comunista de Yugoslavia estaba construido y actuaba sobre bases federativas, ahora, aún estando Yugoslavia desintegrada, se debía mantener su anterior estructura y fun-

cionamiento. No se podía obrar de otro modo. En caso contrario, o bien debía desintegrarse, es decir, dividirse y reorganizarse sobre la base de los estados que componían el reino yugoslavo, o bien dejaría de existir por completo. Este peligro era inminente.

Como se sabe, después de abril de 1941, la organización del partido de Macedonia, parte integrante del PCY, rompió durante cierto tiempo todo lazo con el CC del PCY y se ligó con el CC del Partido Comunista Búlgaro.

En otras palabras esto quiere decir que en esta parte de la ex Yugoslavia el PCY dejó de existir. Si nosotros hacíamos lo mismo con la organización del partido de Kosova y del resto de las comarcas albanesas, por pequeña que aquélla fuera, entonces el PCY dejaría de existir también en Kosova y en los demás territorios del ex reino Yugoslavo que habían sido unidos a Albania. Prosiguiendo, lo mismo podía ocurrir, o podía reclamar el PC Italiano respecto a aquellas partes que habían sido unidas a Italia, el PC de Hungría con aquellas que habían sido unidas a Hungría, etc. Resultaría por tanto que una buena parte del PCY se desintegraría y entraría a formar parte de los partidos comunistas que actuaban en los países a los cuales habían sido unidos fragmentos del ex reino Yugoslavo. Al resto le quedaba la alternativa de o bien desaparecer, o bien reorganizarse en partidos comunistas separados en Serbia y Croacia. En aquellos momentos todas éstas serían maniobras peligrosas y sin ningún resultado positivo. Incluso, no sólo resultaba imposible que se hicieran nunca reorganizaciones semejantes, sino que además no era ni el momento, ni la situación, ni existían siquiera las posibilidades para discutir sobre ello. En aras del problema inmediato y cardinal del momento —la organización de la lucha general contra el ocupante nazifascista— debía aceptarse pues el anterior status del PCY y debía ayudarse a que tal status se mantuviera. En caso contrario, no sería simplemente el PCY quien lo pagaría. Lo pagaría sobre todo la lucha de los pueblos de Yugoslavia. Estos quedarían sin dirección, y, en ausencia de la dirección

del partido comunista, les conduciría en la lucha la reacción, los Draža Mihajlović y compañía, los aliados anglo-americanos y otros.

Precisamente así debió juzgar el Comité Ejecutivo del Komintern cuando decidió que la organización del partido de Macedonia rompiera sus lazos con el Partido Comunista Búlgaro, creados después de abril de 1941, y los estableciera con el Partido Comunista de Yugoslavia, parte integrante del cual había sido hasta entonces. De un juicio semejante habíamos partido también nosotros desde el principio en la posición que mantuvimos ante el problema de quién debería organizar y dirigir directamente la lucha del pueblo de Kosova y del resto de las tierras albanesas anexionadas en otro tiempo a Yugoslavia. Pero, lo subrayo, aunque aceptamos esta concesión al PCY para el período de la guerra, jamás permitimos que se violaran, aunque fuera mínimamente, los principios leninista-stalinistas sobre la cuestión nacional y de manera especial el principio básico del derecho a la autodeterminación incluida la separación. Este derecho que según declaraba el PCY, se ejercería por libre voluntad de todas las naciones y nacionalidades del ex reino yugoslavo, con mayor razón debía ser ejercido por el pueblo de Kosova y la población de las demás tierras albanesas anexionadas a él en otro tiempo. Y esto por el hecho mismo de que la cuestión de estas tierras y de la población albanesa que habitaba en ellas era completamente distinta de la cuestión de Macedonia, de Servia, de Eslovenia, de Montenegro, etc. Mientras que en el caso de cada uno de estos últimos se trataba de pueblos y países de la misma nación, que constituían una entidad en sí misma dentro o fuera de la ex Yugoslavia, en el caso de Kosova y las demás regiones albanesas el asunto era radicalmente distinto. Estas últimas eran parte de un pueblo y de una nación, y habían sido incorporadas no sólo artificialmente, sino, y esto es lo principal, arbitrariamente, a Yugoslavia. Formaban parte de un tronco común y ese tronco era Albania. En Yugoslavia no constituían una nación en sí, una unidad en sí, como era el caso de algunas otras. Precisamente por esto, aunque la pobla-

ción de estas regiones albanesas se hubiese levantado desde aquel momento en lucha bajo la dirección del Partido Comunista que actuaba en la madre patria, nada serio le sucedería ni al PCY ni a la unidad en la lucha del resto de los pueblos del ex reino Yugoslavo. Pero como dije, nosotros aceptamos hacer una concesión al PCY, con el fin de no crear ninguna causa que estimulara debates y discusiones, en aquellos momentos, innecesarios y dañinos. Hicimos esta concesión porque de lo contrario se podía proporcionar un «pretexto» a otros, ya fueran éstos elementos con inclinaciones nacionalistas en el seno del PCY (los había en gran cantidad), ya elementos de los partidos comunistas de los países vecinos. No era el momento de adularles dónde residía lo específico de Kosova y de las demás tierras albanesas, no era el momento de semejantes debates y discusiones. Habría que dejarlos para más tarde, en caso de que fuese necesario. Entonces lo principal era lanzar a los pueblos a la lucha general contra la ocupación fascista. Más tarde, cuando se crearan las condiciones y las posibilidades, cuando alcanzaran el poder nuestros partidos comunistas, entonces sí, todo se decidiría correctamente y se solucionaría de forma definitiva según los deseos de los propios pueblos.

Así juzgamos y así obramos. La razón nos dice que juzgamos y obramos correctamente, como comunistas maduros y con amplitud de miras en el tratamiento de los problemas delicados, como comunistas que consideran la causa de su partido y de su país en el marco de la causa general, que saben ver, incluso en los momentos más difíciles, el interés del avance de la lucha en el propio país en estrecho enlace con el gran interés del avance de la lucha por la liberación nacional y social en los demás países.

Indudablemente, cuando decidimos adoptar esta posición, tuvimos en cuenta todas las numerosas dificultades y problemas que se nos crearían, especialmente por parte de la reacción. Pero tampoco debe creerse que en el interior de nuestro Partido todo fue comprendido y aprobado inmediatamente por todos. Había camaradas que no podían comprender fácilmente

por qué ahora el pueblo de Kosova no debía levantarse en lucha bajo nuestra dirección, había otros, especialmente elementos descontentos e impregnados del viejo bagaje del grupismo y la megalomanía, que nos presionaban e intervenían abiertamente para que cambiáramos de posición.

En el libro *Cuando nació el Partido* he escrito acerca de la amenaza que nos hizo Koço Tashko en una carta que quería dirigir al Komintern y donde planteaba una serie de problemas en oposición a la línea que seguía el Partido*. Entre estos problemas, uno era el de nuestra posición ante Kosova y el resto de la población albanesa de Yugoslavia.

—¡Qué es esto! —decía Koço—. ¡¿Que Kosova dependa del CC del PCY?! Es tierra albanesa, habitada por albaneses y, ahora que los albaneses tienen su Partido Comunista, no hay razón para que se dividan unos bajo la dirección de nuestro Partido y otros bajo el de Yugoslavia.

—Lo principal es que aquí y allí el pueblo se lance a la lucha, lo principal es que nuestros dos partidos son comunistas y combaten por una causa grande y común —le contestaba yo—. En cuanto a lo de que el pueblo de Kosova se levante bajo la dirección del PCY, esto se refiere únicamente al período de la lucha y se hace en interés de ella.

—No lo entiendo, protesto —saltaba Tashko—, ¡escribiré también sobre esto al Komintern en la carta que te he dicho! —amenazó finalmente.

—De acuerdo —le dije—, ¡escribe también sobre esto!

Así lo hizo, pero, como he dicho en otra parte, más tarde renunció a esta acción, no envió la carta, e incluso en la Primera Conferencia Nacional se autocriticó por los puntos de vista que había manifestado en ella.

Continuamos nuestro camino con confianza comunista en que la coronación victoriosa de la lucha de nuestros pueblos y la existencia de nuestros partidos comunistas serían la mayor garantía de que el problema de Kosova y del resto de

* Enver Hoxha. *Cuando nació el Partido* (Memorias). 2ª ed. en albanés, págs. 367-369. Tirana, 1982.

las tierras albanesas «añadidas» a la vieja Yugoslavia se solucionarían de una vez y de forma definitiva inmediatamente después de la guerra.

El propio CC del PCY había declarado en muchas ocasiones que permanecería fiel a la teoría leninista-stalinista acerca del problema nacional: al derecho de las naciones a la autodeterminación, incluida la separación.

Esto era lo que se decía y se declaraba respecto a naciones enteras del ex reino, que constituían allí estados únicos y por lo tanto, estas declaraciones tenían mayor valor aún para la solución correcta de la causa de la parte de Albania que se le había incorporado artificial e injustamente a Yugoslavia. Dado que se permitiría a cada nación, en su totalidad, que eligiera libremente su futuro, con mayor razón se le permitiría a la parte de una nación injertada violentamente en un cuerpo extraño. Al hablar así tengo en cuenta no la cuestión de diez o de cien aldeas de una minoría nacional, sino la cuestión de territorios tan amplios que suponían la mitad del conjunto del territorio de la patria, la cuestión no de quinientos o cinco mil habitantes de una minoría nacional, sino la de una población con un número que no era inferior al de la otra parte del pueblo albanés.

Creíamos por tanto que así concebían también todo esto los comunistas yugoslavos y asumimos todas las dificultades y obstáculos que se nos presentarían. Que pasara Kosova pues, de ser la manzana de la discordia de todos tiempos, a ser la tierra donde se afirmara la amistad entre los pueblos y su hermandad en la lucha, el terreno de prueba donde se mostrara que los partidos comunistas saben solucionar con sabiduría y prudencia todos los problemas legados por la historia. Nosotros pasamos con éxito nuestra prueba. Correspondía a los camaradas yugoslavos confirmar en la práctica su devoción y fidelidad a las declaraciones de principios que hacían.

Entre tanto nosotros intensificamos aún más nuestro trabajo y nuestra ayuda al desarrollo de la lucha en Kosova y el resto de las tierras albanesas. Es sabido que desde 1940 y sobre todo en 1941, un no despreciable número de comunistas

de nuestros grupos, originarios de Kosova, marcharon a trabajar y a luchar allí. Ellos nos enviaron dos personas, nosotros les enviamos 42. No teníamos ninguna pretensión de que éstos mantuvieran lazos con nosotros. Tras la unión de Kosova y de algunas otras comarcas al tronco materno, los gobiernos colaboracionistas albaneses enviaron a estas zonas cientos de funcionarios, maestros, etc., para levantar allí la administración albanesa, para abrir escuelas en lengua albanesa, etc. Nosotros, aprovechando esta oportunidad legal, hicimos toda clase de esfuerzos y conseguimos enviar entre esta gente a numerosos simpatizantes y elementos patriotas con la orientación de que se esforzaran todo lo posible por esclarecer las cosas a la población de Kosova y ayudarla a que se lanzara a la lucha por la libertad.

A lo largo del año 1942 aumentaron aún más nuestra ayuda y nuestros esfuerzos para impulsar el despertar y la participación en la lucha de la población albanesa de estas regiones. Aun teniendo en cuenta las grandes dificultades existentes, a pesar de que el propio partido era joven y con un número relativamente reducido de miembros, nuevamente decidimos enviar allí cierto número de camaradas de nuestro Partido procedentes de Kosova, Dibra, etc. Tanto a través de ellos, como por medio de materiales propagandísticos, llamábamos a la población de estas zonas a que desechara toda ilusión sobre la supuesta liberación que le había proporcionado el fascismo y a que se movilizasen en la lucha codo con codo junto a los demás pueblos de Yugoslavia, bajo la dirección del PCY, para echar abajo el yugo del fascismo, que era el enemigo principal que teníamos en casa.

El PCY, que había reclamado y asumido para sí la tarea de movilizar y dirigir al pueblo de estas zonas en el combate, había hecho y hacía semejantes llamadas y esfuerzos ante el pueblo de Kosova y de las demás comarcas.

Pero el hecho es que no aparecían los resultados esperados. Por supuesto, en este «atasco» influía todo el juego del nazifascismo con la pretendida liberación de estas zonas, influía la reacción interna, influía el enorme atraso que habían

heredado estas zonas del pasado. Todo esto nosotros lo preveíamos. Pero tampoco podían dejarse a un lado los demás motivos: en la indebida movilización de esta población en la lucha influía también, incluso mucho, la línea no correcta, imprecisa y poco clara que seguía hacia ella el propio Partido Comunista de Yugoslavia.

Este partido emitía numerosas declaraciones sobre la actitud frente a la cuestión nacional, pero en ninguna de ellas se expresaba con claridad y contundencia sobre el futuro de Kosova y de las demás comarcas albanesas después de la guerra. Esto necesariamente debía desorientar y conmocionar al pueblo albanés de estas zonas que había estado sometido a los sufrimientos y carnicerías más inhumanas, tanto antes de la Primera Guerra Mundial como después de la creación del reino yugoslavo. De las fuentes más diversas nos llegaban noticias de que la población albanesa habitante de sus propias tierras en Yugoslavia no tenía confianza en el Partido Comunista de Yugoslavia, en su palabra y en su modo de actuar en Kosova y otros lugares.

Nosotros considerábamos una acción oportuna la creación en Kosova y en Rrafshi i Dukagjinit (región que los serbios habían denominado Metohija) del Comité Regional del PCY, que mantenía lazos directos con el CC del PCY. Esto, directa o indirectamente, daba a entender que la dirección del PCY no estaba tratando a Kosova como a un feudo de Serbia, sino exactamente igual que a las demás naciones, Macedonia, Serbia, Eslovenia, etc.

Pero si la creación del Comité Regional con este rango constituía un paso positivo, su composición y funcionamiento no tenían casi nada de albanés, a pesar de que la mayoría aplastante de la población de Kosova estaba compuesta por albaneses. Tanto en el comité, como en los demás órganos que se estaban creando predominaba el elemento servio o montenegrino, cuando la población servia y montenegrina en Kosova constituía una pequeña minoría. Los sentimientos patrióticos de los albaneses, el amor por su patria, sin hablar ya del deseo de unirse con la madre patria, no sólo no eran teni-

dos en cuenta sino que recibían el sello de «sentimientos gran-albaneses». Necesariamente estos y otros factores no podían dejar de influir negativamente tanto en el desarrollo y crecimiento de la organización del partido de Kosova y de Rrafshi i Dukagjinit, como en la participación de la población albanesa en la lucha. Al mismo tiempo las bandas de četniks continuaban haciendo estragos en las aldeas y ciudades albanesas de estas zonas. La vacilación y la frialdad de la población, el miedo ante el futuro incierto, la febril propaganda de la reacción, las debilidades y defectos en la organización y en el trabajo del Comité Regional de Kosova-Metohija del PCY, etc., convencían cada día más a los cuadros dirigentes del PCY de que su papel en estas zonas no tenía ningún peso.

Me he referido antes a los encuentros y fricciones con Vukmanović Tempo en la primavera y el verano de 1943. La cuestión de lanzar a la lucha a la población de Kosova y de las otras tierras albanesas era otra de las grandes «preocupaciones» de Tempo. De igual modo que para todo, me soltó lo suyo hablando en graves términos sobre los «albaneses que se transforman en reserva del enemigo», pero tampoco yo me callé lo mío.

—Convenzan al pueblo de Kosova —le dije— de que la lucha que desarrollamos conducirá a la solución de su propio problema, tal como él desea, denle seguridades y garantías de eso, muestren con ejemplos concretos, en la actividad práctica, que le conducen hacia esa solución y verán cómo los kosovares estarán a la vanguardia de la lucha antifascista. El pueblo albanés jamás ha tenido ni tiene la costumbre de unirse al enemigo.

—Y ¿cómo les convencemos?! —dijo—, ¿si no piensan todos más que en la «gran Albania»!

—Que piensen en Albania es algo más que natural.—le interrumpí—, y no se esfuercen por arrancarles esta idea, porque eso no lo lograrán nunca. La cuestión nacional es para ellos la cuestión vital y precisamente aquí hay que aferrarse. Cuando estén seguros de que luchan por la justa solución de la cuestión nacional, se levantarán sin duda alguna en lucha

contra el actual enemigo de Albania, de Yugoslavia y de toda la humanidad, contra el fascismo. Segundo —continué, mirándole con insistencia—, en especial los comunistas debemos ser extremadamente cuidadosos en la utilización de los términos. No me hace ninguna gracia cuando, también usted, utiliza, haya o no lugar, la expresión «gran Albania».

—¿Por qué?! —preguntó— ¿qué hay de malo en ello?!

—Todo lo malo que han introducido en este término quienes lo han creado, los reaccionarios de toda clase, albaneses, serbios, fascistas, nazis o como quiera que se llamen. Sólo en su boca y por sus intereses se utiliza este término —le contesté.

—Por favor, me está ofendiendo gravemente —protestó—, no le comprendo.

—Siento profundamente que usted —le respondí—, el más «experto» entre nosotros sobre las cuestiones de los Balcanes, afirme que no entiende dónde está el error. Las consignas y los conceptos «gran Albania» o «pequeña Albania», camaradá Tempo, han sido en todo tiempo y quienquiera que los haya utilizado, consignas antialbanesas y en oposición a la verdad histórica objetiva. Ni ha habido «gran Albania» o «pequeña Albania» ni puede hablarse de ellas. Únicamente ha habido y hay una Albania que, independientemente de las manipulaciones de la reacción de todas las épocas, por tanto, independientemente de que ha sido cercenada, fragmentada, golpeada, continúa siendo una, como nación y como país habitado por gente de la misma sangre, de la misma lengua, de la misma cultura, de la misma historia, de la misma naturaleza psíquica y nacional en su conjunto, por los albaneses.

—¿De acuerdo, de acuerdo! —dijo todo irritado—, pero también de ustedes mismos, en sus materiales o en las conversaciones, he escuchado esta expresión.

—Entonces debo decirle que nos lea y nos escuche mejor. Nosotros jamás hemos planteado ni plantearemos la cuestión de la Albania «grande» o «pequeña». Para nosotros este asunto no admite discusión. Por el contrario, nosotros golpeamos y desenmascaramos en nuestras conversaciones y materiales a los reaccionarios de toda clase que, con estas «creaciones» anti-

históricas y antialbanesas, intentan vestir el disfraz del «patriotismo» y presentarse ante el pueblo como angustiados «por la cuestión nacional». Con la consigna de la «gran Albania», ellos pretenden separar a nuestro pueblo del Partido y sabotear la Lucha de Liberación Nacional tanto aquí, como en Kosova y en las demás tierras albanesas. Por lo tanto, camarada Tempo —finalicé—, sólo en estos casos y en este sentido utilizamos nosotros el término «gran Albania», y jamás consentiremos que se piense que, porque golpeamos a los promotores de la pseudoconsigna de la «gran Albania», estaríamos a favor de una «pequeña Albania». Ya se lo he dicho, nosotros no estamos ni por la «grande» ni por la «pequeña». Estamos por Albania, que como territorio y como nación es una y solamente una.

—Le entiendo, le entiendo —dijo—, pero los Balcanes están muy embrollados, muy entrelazados. Dudo que exista un hombre que pueda trazar con un cuchillo las fronteras de los países de esta región de forma que satisfaga y cierre la boca a todos.

—Es verdad —le dije—, pero en el caso de Albania no se trata ni de la ladera de una colina, ni del lecho de un arroyo, ni tampoco de cuatro o cinco aldeas de discutible pertenencia. Se trata de campos, montañas, ciudades y regiones enteras, que han sido arbitrariamente desgajadas de su propio tronco e injertadas en un tronco extraño. En este caso no se plantea el problema de utilizar el cuchillo o el bisturí por temor a cortar alguna vena que no corresponde. Se trata de regiones enteras e indiscutiblemente albanesas.

—No pretendo conocer bien estos problemas —dijo el «balcánico»—. Sólo sé que la cuestión nacional en los Balcanes está demasiado embrollada y que nosotros debemos actuar en medio de este embrollo. Mi preocupación es la lucha actual. El problema de alzar a Kosova en lucha me preocupa mucho.

—También para nosotros es una de las preocupaciones más serias —le respondí—. Pero, esté usted seguro, si se le aclara bien a los kosovares que acerca de su futuro decidirán conforme a su propia voluntad, toda Kosova se lanzará a la lucha. Ustedes mismos fueron quienes reclamaron organizar

y dirigir al pueblo de allí, porque si hubiésemos sido nosotros los encargados de hacerlo, no existirían estos problemas.

Tempo apenas podía contenerse mientras yo hablaba así, pero hubo algo que me llamó más la atención: no me replicaba con fuerza acerca de este problema, parecía tener vacilaciones y titubeos. En principio me daba la razón abiertamente y me sorprendió en verdad cuando, después de algún tiempo, aceptó que el único camino para levantar al pueblo de Kosova en lucha era colocar sus fuerzas guerrilleras bajo el mando del Estado Mayor General del Ejército de Liberación Nacional de Albania.

Esto sucedió en aquella larga conversación en que nos planteó la plataforma de la idea que «se le agitaba en la cabeza», sobre el «Estado Mayor Balcánico». Como dije, en aquel encuentro cada uno de nosotros manifestó sus opiniones bastante libremente y sin estar obligados a adoptar una posición oficial, de modo que cuando llegó el momento de hablar de Kosova y yo le expresé mi opinión, Tempo me dijo:

—Tiene razón. Las fuerzas guerrilleras de Kosova y de Rrafshi i Dukagjinit deben estar bajo el mando de su Estado Mayor General. Sólo así se lanzarán estas regiones a la lucha.

—Sobre esto nosotros no hemos tenido nunca ninguna duda —le dije.

Calló un instante y después añadió:

—En todo caso, esto es tan sólo una idea, una propuesta que sólo puede solucionarse en el marco del «Estado Mayor Balcánico». Pero, sin contar con la opinión del camarada Tito, no puedo emprender ninguna acción concreta al respecto.

Con estas dos últimas «condiciones» aumentó aún más mi desconfianza en que este yugoslavo ocultaba oscuros objetivos tras todo lo que nos decía. «Personalmente» aceptaba que las fuerzas guerrilleras de Kosova se colocaran bajo la dirección de nuestro Estado Mayor (cosa que antes no mencionaban nunca), pero... ¡en las condiciones de la existencia del «Estado Mayor Balcánico»! Esto en buen albanés quería decir: que Kosova se levante bajo el mando de vuestro Estado Mayor, pero que vuestro propio Estado Mayor esté bajo el mando de

otro superior, del «Estado Mayor Balcánico», que sin duda debe estar dirigido por el nuevo «estratega» de las luchas de liberación nacional, Josip Broz Tito. (!)

¿No será que este «estado mayor», pensé al instante, tiene por objetivo colocar bajo su mando, bajo su dependencia militar y política a todos nuestros países, a todos los Balcanes?

Pocos meses después se confirmó cuánta razón tenía en mis dudas: la idea del «Estado Mayor Balcánico» se disolvió como el azúcar, e inmediatamente —«de sabios es mudar de consejo»— ¡se mudó también sobre la cuestión de Kosova!

«¡De ningún modo pueden las fuerzas guerrilleras de Kosova y de las otras comarcas albanesas colocarse bajo el mando del Estado Mayor albanés!» —nos notificó la gente de Tito.

Pero no había ni necesidad, ni lugar para otras ilusiones y debates. Nosotros habíamos estado de acuerdo desde el principio con esta solución y, si en algún momento se manifestó una opinión nueva, esto era en favor del desarrollo de la lucha en aquellas tierras. El propio Tempo, que por un instante se nos presentó como si comprendiera correctamente el camino para activar el movimiento en Kosova y las demás zonas albanesas, muy pronto saldría abiertamente a escena con la cara del nacionalista gran-servio y antialbanés. Enojado a causa de las profundas dudas que le manifestamos acerca de la idea de Tito sobre el «Estado Mayor Balcánico» y aún más a causa del áspero debate en relación con el «oportunismo», intensificó sus ataques y sus acusaciones contra nuestro Partido y contra sus cuadros. Sólo que ahora nos atacaba «desde lejos», más allá de las fronteras, por donde vagaba constantemente como «embajador» de Tito en los Balcanes y como perro guardián de los que fueron antaño dominios del ex reino yugoslavo.

Hacia la mitad del mes de septiembre me entregaron una carta suya llena de veneno y de bilis sobre nuestro mando y nuestras fuerzas guerrilleras que operaban en la región de Dibra, acusándoles de «gran-albaneses» y «chovinistas», e incluso nos daba órdenes de que adoptáramos medidas severas e inmediatas, de lo contrario, nos amenazaba, «¡el asunto puede llegar hasta el enfrentamiento armado!».

¿Cuál era el gran error que habían cometido nuestros camaradas y guerrilleros para provocar toda esta rabia en el «embajador» Tempo?

En septiembre de 1943 las unidades de nuestro Ejército de Liberación Nacional que actuaban en la región de Dibra bajo el mando del camarada Haxhi Lleshi, ¡liberaron la ciudad de Dibra con un ataque fulminante e impetuoso y, en colaboración con los destacamentos guerrilleros macedonios, combatieron heroicamente por la liberación de Kërçova, Tetova, Gostivar y Radostusha de los italianos y por la defensa de estas zonas liberadas contra los nazis alemanes, los fascistas búlgaros y sus colaboradores!

En todas estas zonas nuestro Partido y el Estado Mayor del Ejército de Liberación Nacional de la región de Dibra gozaban desde hacía tiempo de una gran autoridad y prestigio entre la población y, ahora que las ciudades y aldeas de la zona habían sido liberadas por nuestras fuerzas, nuestra autoridad y prestigio aumentaron aún más. No sucedía lo mismo con el Partido Comunista de Yugoslavia y el Estado Mayor Yugoslavo y, en esta situación, consideramos razonable que nuestros camaradas actuaran sin pérdida de tiempo. En base a nuestras orientaciones trabajaron por establecer en Dibra el poder democrático antifascista, emprendieron inmediatamente la organización del consejo de liberación nacional, ayudaron a crear el mando de la zona, a la puesta en pie de la organización del Partido, etc. Tanto en el consejo como en el mando, además de los albaneses, entraron también representantes de la minoría macedonia.

Obramos así porque considerábamos esto una colaboración fraternal, internacionalista entre nuestros dos partidos y nuestros pueblos hermanos. Si no hubiésemos dado estas recomendaciones o si nuestros camaradas hubiesen actuado como reclamaba Tempo, las victorias logradas en la región de Dibra hubieran ido a parar a manos de la reacción y, además de esto, se hubieran creado entre el pueblo grandes problemas tanto para nosotros, como para el PCY. Como decía, este último carecía por completo de influencia y autoridad en Dibra y,

sin la ayuda y la lucha de nuestras fuerzas, no habría estado en condiciones de hacer nada.

Precisamente esto fue lo que no le había gustado a Vukmanović Tempo, quien temía que Dibra se separara de Yugoslavia.

Su cartaapestaba de principio a fin a chovinismo y megalomanía desenfrenados. Después de derramar toda su soberbia sobre nuestros camaradas y guerrilleros, en un tono brutal y prepotente nos informaba de que había dado la orden: que todos los comunistas y guerrilleros que procedieran de territorios albaneses anexionados en otro tiempo a Yugoslavia, se pusieran a disposición del estado mayor macedonio; que Haxhi Lleshi y sus fuerzas se marcharan de Dibra y que sólo podían volver a entrar allí si le venía en gana y cuando le viniera en gana a Tempo; que el consejo de liberación nacional recién creado en Dibra por nuestros camaradas rompiera sus lazos con nosotros y se colocara a disposición de Vukmanović, etc., etc. Y por si todo esto fuera poco finalmente nos acusaba a nosotros, a la dirección del PCA, de que «no estábamos cumpliendo nuestras tareas», «nos ordenaba» que tomáramos medidas con Haxhi, y después, su señoría se atrevía a cerrar la carta con esta fórmula de «cortesía» a la Tempo: «Están ustedes obligados a hacer esto cuanto antes».

Yo ya conocía bien la naturaleza brutal y el carácter desabrido de Tempo y no me sorprendió mucho el tono en el que se dirigía a nosotros. Por lo que respecta a los problemas que planteaba y a las órdenes que daba, dudaba seriamente de que pudieran ser únicamente producto de su cabeza o de su carácter. No obstante, no tenía ningún argumento para ir más lejos. Al mismo tiempo no consideraba en absoluto correcto responderle en el mismo tono. No era el momento de agravar las tensiones entre nosotros, entre los comunistas; era el momento de intensificar la lucha contra los ocupantes. Por eso le escribí inmediatamente una carta al camarada Haxhi Lleshi, en la que le encomendaba que tuvieran el mayor cuidado y no consintieran error alguno en las relaciones

con los camaradas yugoslavos y en la cuestión de la minoría macedonia en Dibra*.

Debéis desarrollar, le encomendaba entre otras cosas, un amplio trabajo por lograr la hermandad en la lucha de los albaneses y los macedonios, ya que esto redundaba en interés de nuestros partidos y nuestros pueblos hermanos. Pero, continuaba, no consideramos en absoluto correcta, en las condiciones concretas existentes, la orden de Tempo de que los destacamentos del ELN se marchen de Dibra sólo por la «razón» de que esta ciudad se encuentra dentro de las fronteras del antiguo Estado yugoslavo. Si actuamos como nos dice Tempo y abandonamos Dibra, no sólo los macedonios no estarán en condiciones de dominar la situación, sino que la reacción golpeará seriamente tanto a ellos como a nosotros, incluso a nosotros nos combatirá aún más implacablemente. Por esta razón, le encomendaba, nosotros debemos levantar nuestro poder de liberación nacional, dar a los macedonios sus derechos como minoría, esforzarnos porque representantes suyos tomen parte también en el consejo de liberación nacional y tratar así de convencer al pueblo y ganarnos su confianza. Sólo cuando nuestras posiciones sean fuertes, cuando se hayan fortalecido también las posiciones de los camaradas yugoslavos en Kosovo, Macedonia y otras zonas, podrán marcharse nuestras fuerzas convencidas de que la reacción no se adueñará de las victorias logradas. A continuación, por lo que respecta al futuro de estas zonas, añadía en la carta, eso se resolverá según el principio establecido, es decir, después de la liberación de nuestros países.

En esos mismos días le envié también a Tempo una carta** en la que, conteniendo mi legítima indignación, le explicaba nuestro correcto punto de vista, con tranquilidad y espíritu de entendimiento.

* Véase: Enver Hoxha. *Obras Escogidas*, t. I. Ed. en español, págs. 219-223. Tirana, 1974.

** *Ibid.*, págs. 232-234.

Esta correcta actitud del CC del PCA encolerizó a Tempo todavía más. Saturado de todo el viejo bagaje del chovinismo eslavo, se dirigió otra vez al CC del PCA. Su nueva carta era de principio a fin una incontenida explosión de chovinismo. Desde el inicio afirmaba que el «enemigo principal» en Macedonia y Kosova no era el ocupante alemán(?), sino la «reacción gran-albanesa»(!) y, según él, la «tarea principal» consistía en «desbaratar» a esta reacción.¹ Pero nuestras fuerzas guerrilleras que habían liberado aquellas tierras, obstaculizaban según Tempo el cumplimiento de esta tarea(!), y llegaba hasta el punto de declarar que ¡la actitud de nuestras fuerzas guerrilleras concordaba en esencia con la posición de la reacción! Después de reclamar una vez más que se aplicara la orden que había dado sobre la marcha de todos los guerrilleros albaneses de Dibra y de que se depusiera al consejo de liberación nacional de la ciudad levantado con la ayuda del PCA, decía:

«¡Es mejor que tengamos un consejo nuestro, yugoslavo, que aplique la línea yugoslava aunque no tenga autoridad, que un consejo con autoridad, pero que no se atiene a la línea yugoslava!»

Mientras les leía en voz alta la carta a algunos camaradas de nuestra dirección, veía que Miladin Popović, que se encontraba junto a nosotros, apenas podía parar un momento.

—Que Tempo es megalómano y brutal, eso lo sabía hace tiempo —dijo indignado Miladin en un determinado momento—. Pero que es tan gran-eslavo, eso no lo había imaginado.

—Tampoco nosotros podemos por menos de sorprendernos e indignarnos —le dije—. Además no es un cuadro cualquiera, sino miembro de la alta dirección del partido yugoslavo y se presenta a sí mismo como el organizador de todo en todos estos territorios, como Kosova, Macedonia, metiendo la nariz incluso en Albania, Grecia y Bulgaria.

—Es la vergüenza de la dirección del Partido Comunista

¹ El original de esta carta de S. V. Tempo, dirigida al CC del PCA el 23.9.1943, está depositado en los ACP.

de Yugoslavia y no un cuadro suyo —estalló Miladin—. Con lo que hace y lo que dice está desprestigiando al partido.

Todavía más nos indignó el final de la carta de Tempo. Nos acusaba a nosotros, la dirección del Partido Comunista de Albania, de incurrir en «chovinismo gran-albanés» y de «saboteadores» de la causa común y de las «proposiciones» de Tempo¹.

—...¡«*materina*», con todas tus proposiciones! —soltó un taco Miladin—. Eso no son proposiciones sino acusaciones vergonzosas. Escribiré a Tito sobre este canalla que nos está estropeando todo el trabajo a nosotros y por dondequiera que deambula por los Balcanes.

Analizamos la carta-acusación de Tempo con toda la seriedad debida, en un encuentro que sostuve con algunos de los camaradas de nuestra dirección y, con este motivo, les informé sobre todas sus inadmisibles posiciones y les aclaré la esencia de la verdad. (Sobre los principales problemas que expuse en este encuentro, informaba también por carta a los demás camaradas de nuestra dirección que estaban distribuidos por las regiones.)

—Especialmente su carta de finales de septiembre —les decía entre otras cosas a los camaradas— es muy ofensiva para nosotros. Tempo no habla como comunista cuando nos acusa de «saboteadores» y de «chovinistas». Cada palabra suya apesta a espíritu gran-eslavo. Nosotros nos hemos esforzado por escucharle con sangre fría y por no agravar las cosas, pero él, tanto en los encuentros que ha mantenido con nosotros, como ahora con las cartas que nos envía y con sus brutales inge-rencias ante nuestros camaradas en la región de Dibra, está haciendo que se desborde el vaso. Le daremos por ello la respuesta que merece y, si se dice a sí mismo comunista, que

1 «Guardan ustedes silencio sobre todo. Y de este modo se comportan como saboteadores de nuestra causa común» —escribía Tempo en este pasaje de su carta de fecha 23 de septiembre de 1943, y continuaba: «En la primera carta les he propuesto estas medidas, pero ustedes en respuesta le encomiendan a Haxhi Lleshi que predique la *hermandad* entre el pueblo macedonio y albanés. ¿Sólo esto encuentran necesario decirle a Haxhi Lleshi...? ¡¡No saboteen mis propuestas como han venido haciendo durante estos tres meses!!» ACP.

reflexione bien y que recapacite. Esto es por su bien, pero sobre todo por el bien de nuestros partidos y de la lucha de nuestros pueblos.

—¿Tendrá la dirección yugoslava conocimiento de lo que hace Tempo? —preguntó uno de los camaradas—. Sus acusaciones son muy serias y es difícil que sobre problemas tan delicados él hable por su cuenta.

— Si conocieras a Tempo, creerías que es capaz de hacerlo —le contestó Miladin.

—Nosotros —les dije a los camaradas— no tenemos ningún contacto con la dirección del partido yugoslavo, de modo que juzgaremos únicamente por aquello que sabemos. Partiendo de esto yo creo que no tenemos por qué confundir a Tempo con el hermano Partido Comunista de Yugoslavia ni con su dirección. Pero esto no significa que vayamos a callar y a aguantar sus ataques y sus calumnias. En todo caso —proseguí—, nosotros vamos a conservar todas las cartas de Tempo así como las que le enviamos nosotros a él, y, en cuanto encontremos la posibilidad, se lo comunicaremos a Tito. Que sea él quien juzgue las inmundicias de Tempo. . .

No es necesario que nos extendamos más sobre la amarga historia de las querellas y los ataques entre nosotros y Vukmanović Tempo en este período, porque se trata de una historia excesivamente larga. Afortunadamente, toda esta historia se ha desarrollado fundamentalmente por carta, y éstas se conservan en los archivos de nuestro Partido e incluso una parte de ellas ha sido publicada (quizás Tempo, como consumado conservador del espíritu gran-eslavo, las habrá conservado también para convencer a sus sucesores de cuánto y cómo ha luchado él para proyectar y crear el imperio de los «eslavos del Sur», imperio que, según él y todos los eslavófilos, debía partir de las olas del Danubio, airearse con los vientos de los Alpes, los Carpatos y el Pindo y, sobre todo, refrescarse con las olas y las brisas del Mar Negro, del Egeo, el Jónico y el Adriático).

Pero me estaba refiriendo a los documentos y a las pruebas de que disponemos. Todos ellos testimonian de forma in-

contestable con cuanto cuidado y madurez ha obrado la dirección de nuestro Partido en aquel período en sus relaciones con el Partido Comunista de Yugoslavia y en lo que se refiere a la lucha de los pueblos hermanos de Yugoslavia.

Nosotros permanecemos fieles hasta el fin al principio de que la cuestión de las fronteras, y la del status de Kosova y de las otras tierras albanesas del ex reino yugoslavo; se resolvieran después de la guerra, pero siempre insistiendo en que allí la lucha antifascista de liberación nacional se desarrollase al máximo. Ya que el PCY reclamó asumir él mismo este trabajo, le correspondía a él cumplirlo sin falta y como se debía. Pero esto no se estaba haciendo y, desgraciadamente, se echaba la culpa a la población albanesa, que tenía, según ellos, «sentimientos gran-albaneses», «ilusiones hacia el fascismo», «tendencias a transformarse en reserva de los nazis y de la reacción», etc.

Con semejantes valoraciones no podíamos conciliarnos jamás. No nosotros, sino todas aquellas personas en el mundo que han tenido ocasión de conocer por poco que sea a los albaneses y su historia, han puesto siempre de manifiesto como una de nuestras cualidades poco comunes, el espíritu de amor a la libertad, el odio a los enemigos, la actitud irreconciliable con los ocupantes de todo tipo. Nunca podían exceptuarse de esto ni los kosovares, ni la población de las tierras albanesas de Macedonia, Montenegro, etc.

Y si allí la lucha no adquiría aún la amplitud deseable, ello hablaba de los grandes defectos en el trabajo de quienes habían asumido la tarea de organizarles y dirigirles en la lucha. En el verano y el otoño de 1943 esto quedó más que claro para nosotros y ante una situación así no podíamos permanecer indiferentes. Por ello decidimos que Miladin escribiera una carta a Tito, en la que le planteara la opinión de la dirección de nuestro Partido, con la que Miladin estaba completamente de acuerdo. Al mismo tiempo, tanto por carta como en los contactos directos que nos esforzábamos por obtener con otros camaradas del PCY, les sugerimos nuevamente nuestra opinión. Esta consistía en esencia:

«El camino que han seguido ustedes hasta ahora con Kosova y las demás tierras albanesas, ha contenido errores. Kosova, Rrafshi i Dukagjinit, etc. deben tener inmediatamente su propia dirección, surgida de la lucha, en la que, a toda costa, los albaneses representen la mayoría, deben contar con su consejo antifascista de liberación nacional, que no debe ser dictado en su composición, sino elegido por la vía más democrática, deben contar con sus estados mayores y sus mandos bajo la dirección del Estado Mayor General Yugoslavo. En la lucha, debe crearse, organizarse y templarse la organización regional del partido, bajo la dependencia del CC del PCY. Los albaneses deben combatir en sus unidades con la bandera de Albania al frente, sus sentimientos patrióticos, su amor por la patria, deben ser apoyados y difundidos paralelamente al internacionalismo y la amistad fraternal con los demás pueblos de Yugoslavia. Se les debe expresar clara y abiertamente que, como resultado de la lucha que lleven a cabo, disfrutarán, como todos los demás después de la liberación, del pleno e innegable derecho a la autodeterminación, incluida la separación. El Partido Comunista de Yugoslavia con hechos, con acciones concretas, debe convencer a los albaneses, de igual modo que a todas las naciones de la ex Yugoslavia, de que no sólo tiene el valor de proclamar públicamente los principios, sino también de defenderlos y aplicarlos.

«Nosotros opinamos que en caso de que el pueblo albanés de Kosova no tenga claro todo esto, no puede organizarse ni luchar tal como debe contra el ocupante, porque hasta el momento no tiene confianza en el Partido Comunista de Yugoslavia. Si los comunistas internacionalistas yugoslavos no ven de este modo la cuestión nacional de Kosova, el pueblo albanés de Kosova no tendrá confianza en ellos tampoco en el futuro. La clave del desarrollo victorioso de la lucha en Kosova y en Rrafshi i Dukagjinit es, por tanto, que se declare abiertamente a su población su derecho a determinar por sí sola su destino futuro, derecho que, debe proclamarse explícitamente, incluya todas las posibilidades, tanto la unión con la madre patria, Albania, como, en caso de que lo deseen,

su vida independiente. El pueblo albanés de Kosova no acepta ni considera justa ninguna otra solución y, en realidad, nosotros pensamos que no la hay. Nuestra opinión es que Kosova, Rrafshi i Dukagjinit y las zonas albanesas de la Macedonia fronteriza con Albania, habitadas por albaneses, deben unirse a Albania cuando Yugoslavia haya sido liberada de las garras del nazifascismo. Únicamente un camino semejante hará que combatan con heroísmo los albaneses que viven en Yugoslavia».

¿Cuál fue la respuesta de los camaradas yugoslávicos ante las opiniones correctas y de principio que les sugerimos?

Por lo que se refiere a Tempo, se entiende, se enfureció aún más, pero nosotros no esperábamos que sucediera de otro modo. Mas, para sorpresa nuestra, estábamos aprendiendo que en cuanto a este asunto los demás eran idénticos a Tempo.

En aquel período, nos llegó una carta del miembro del Buró Político del CC del PCY, Ivan Milutinović (actuaba entonces en Montenegro), en la que nos pedía urgentemente ayuda material, etc., para el movimiento y las fuerzas guerrilleras yugoslavas en Montenegro. Nos decía que durante la última ofensiva alemana habían sufrido pérdidas muy graves y consideraba nuestra ayuda muy necesaria e importante. Con este motivo añadía en la carta que sería conveniente que se entrevistara y conversara con algún camarada de la dirección de nuestro Partido y de nuestro Estado Mayor General.

Llamé inmediatamente a Ramadan Çitaku y a Vasil Shanto, ambos importantes cuadros de nuestro Partido en aquel tiempo, y les encargué que asistieran a la entrevista que proponía Milutinović.

—Trasmitidle al camarada Milutinović —les dije— que nuestra dirección ha decidido satisfacer todas las peticiones que nos hacen de ayuda material. Decidle que somos camaradas y combatientes de la misma causa y que nos repartiremos tanto lo bueno como lo malo, tal como hemos hecho hasta hoy. Después —les dije— escuchad los problemas que planteé y dadle sobre ellos vuestra opinión sobre la base de las posiciones y de la línea de nuestro Partido. Al mismo tiempo

vosotros —les encomendé—, independientemente de que Milutinović saque o no la conversación, debéis plantearle las propuestas de nuestro Partido en relación con la lucha y sus perspectivas en Kosova, en Rrafshi i Dukagjinit y en las demás tierras con población albanesa. Ya conocéis nuestras opiniones, de modo que —les recomendé—, planteádselas lo más clara y exactamente posible. Decidle que habláis en nombre de la dirección del PCA con un camarada que, con seguridad, transmitirá nuestras opiniones a la dirección de su partido.

Partieron y, después de quince o veinte días, regresaron. Sería poco decir que estaban disgustados.

—¡Otro Tempo en Montenegro! —me dijo Ramadan—. El dinero nos lo arrebató de inmediato, pero todo lo demás nos lo echó atrás. No consideró justa ninguna de nuestras proposiciones y sugerencias. Nos acusó de «gran-albaneses», de «chovinismo», de... Vamos —dijo Baca [Ramadan Çitaku]—, habló como si tuviera a Tempo dictándole al oído.

—¡Pero las ayudas sí que las han aceptado! —estalló indignado Spiro Moisiu que era en aquel tiempo Comandante del Estado Mayor General de nuestro Ejército—. Con todo ese dinero que les hemos entregado de todo corazón, nosotros podíamos haber equipado a dos brigadas guerrilleras con vestimenta y armamento. Tenemos a los camaradas descalzos y desnudos...

—No se las hemos dado a Milutinović, Spiro —le dije para tranquilizarle—. Se las hemos dado a la lucha, a los guerrilleros yugoslavos hermanos.

— No sólo no aceptó nada de lo que le planteamos y lanzó mil y una acusaciones contra nosotros —añadió Vasil Shanto—, sino que tampoco las ahorró para el camarada Miladin. «Ustedes no deben venir con opiniones así —nos dijo—. No lo comprendo, ¿qué es lo que les dice Miladin?! ¿O es que también él se ha transformado en un «gran-albanés»?». Ardía de indignación y nos dijo: «Ordeno que Miladin venga cuanto antes a entrevistarse conmigo. ¡No está haciendo nada como comunista internacionalista!».

—¿Cómo, cómo? —se lanzó Miladin—. ¿Que vaya con Milutinović a aprender internacionalismo?! No, por mi madre,

voy directamente a Tito y le suelto todas las bajezas que están vertiendo Tempo y Milutinović. ¡Que se entere de lo que están cociendo esta especie de dirigentes!

—Nosotros nos opusimos a su orden sobre el camarada Ali¹ —añadió Baca— le dijimos que en estas circunstancias el viaje es excesivamente peligroso. «Si quiere que durante el camino le maten los fascistas que le buscan por todas partes, o que muera de la enfermedad que tiene (Miladin padecía de tuberculosis), entonces transmitiremos la orden» —le dijimos. Después de esto Milutinović renunció.

Por vez primera sospeché seriamente que estábamos siendo engañados gravemente en nuestra confianza y sinceridad comunista, tanto en relación con el camino de desarrollo de la lucha actual en Kosova y en las otras tierras albanesas anexionadas en otro tiempo a Yugoslavia, como respecto al modo en que se solucionaría definitivamente la cuestión de estas tierras albanesas después de la guerra. Tenía razones para ello.

Si a las posiciones antialbanesas de Tempo las calificábamos de manifestaciones «personales» de un elemento que padecía de chovinismo, ¿cómo calificaríamos las posiciones y expresiones idénticas del miembro del Buró Político del CC del PCY, Ivan Milutinović?! Con plena confianza comunista habíamos acordado desde el principio que en aras de la lucha común no tocaríamos durante la guerra la cuestión de las fronteras. Nosotros estábamos cumpliendo nuestra palabra. Pero ¿por qué los camaradas yugoslavos hacían lo contrario?! ¿Por qué se exasperaban y protestaban cuando nosotros reclamábamos que, en bien del desarrollo de la lucha, se reconociesen, se declarasen y se defendiesen abiertamente a los albaneses sus legítimos derechos?!

—¡Estos no son ni el partido ni su dirección! —me decía para tranquilizarme Miladin—. En el centro opinan de otro modo, ya lo veréis.

¹ El seudónimo de Miladin Popović durante los años de su estancia en Albania era Ali Gostivari.

Esperábamos y deseábamos con todo el corazón que fuese verdaderamente así. Tito debía haber recibido nuestras cartas, pero no nos llegaba la respuesta.

—¡Tienen grandes ocupaciones! —les disculpaba Koçi Xoxe—. Han puesto en pie una Yugoslavia entera y deben maniobrar.

Pero inesperadamente, desde finales de octubre y hasta mediados de diciembre de 1943, llegó un verdadero rosario de cartas dirigidas al CC del PCA, a mí y a Miladin Popović. Venían firmadas por el CC del PCY o por el propio Tito. En esencia todas no hacían más que dar vueltas a la cuestión de Kosova y del resto de las tierras albanesas de la ex Yugoslavia. Por un instante, daba la impresión de que el CC del PCY había establecido sus relaciones con nosotros exclusivamente por este problema.

Especialmente las cartas de Tito eran las que llegaban más lejos. Idéntica posición que la de Tempo y la de Milutinović, pero, como comandante en jefe que era, Tito se reservaba a sí mismo el derecho de utilizar con nosotros términos y acusaciones más graves que los de sus prisioneros, ahora perfectamente conocidos. Sólo que Tito se mostraba en sus cartas más astuto. Después de «complacernos» en una de ellas diciendo que en principio no estaba contra que «los albaneses de Kosova tengan derecho a ir dónde y cómo deseen», inmediatamente nos acusaba de que nosotros, la dirección del PCA, manteníamos «la posición que mantiene la burguesía reaccionaria albanesa» (?!). «Argumentaba» esta acusación diciendo que nosotros habíamos afirmado que Kosova, Rrafshinë y Dukagjinit, Dibra, etc. «deben unirse a Albania desde ahora». «Plantear hoy la cuestión de la unión, escribía más adelante, significa llevar agua al molino de los reaccionarios y de los ocupantes»¹.

¹ Este pasaje está tomado de la carta de Tito dirigida al CC del PCA el 6 de diciembre de 1943, depositada en los ACP. La misma expresión se ha utilizado también en una carta anterior del CC del PCY, dirigida al CC del PCA el 25 de octubre de 1943.

Se trataba de una deformación de la verdad con objetivos premeditados. Tanto Miladin, en la carta que había enviado a Tito, como nosotros, jamás habíamos planteado el problema de la unión «hoy», «desde ahora». No, nosotros reclamábamos que el CC del PCY «desde hoy», «desde ahora» proclamará públicamente el legítimo derecho del pueblo de Kosova y del resto de las tierras albanesas de Yugoslavia a la autodeterminación, incluida la separación, «para mañana», es decir, después de la guerra y como resultado de la lucha. Esto es lo que reclamábamos nosotros, esto era lo principal para aquel momento y no lo que decía Tito deformando la verdad.

Toda su carta era una prueba de sus esfuerzos antihistóricos y antimarxistas por eludir el problema. Tito estaba profundamente indignado de que nosotros, en las cartas que le habíamos enviado, comparásemos la cuestión de la actitud del PCY ante Kosova, etc., con la actitud que mantenía ese mismo partido ante Istria.

«No, agitaba amenazadoramente el dedo Tito, el caso de Istria es radicalmente distinto del de Kosova y Metohija».

¿Cómo era la verdad?

Istria, península del Adriático, se encontraba hasta 1918 bajo Austria y en 1919 le fue entregada a Italia. Como la mayoría de su población estaba compuesta por eslovenos, el Comité Central del PCY planteó ya durante la guerra la cuestión de su unión con Yugoslavia, con el argumento de que se había anexionado a Italia por la violencia.

Pero, ¿no se había producido, a manos de los imperialistas, idéntica anexión por la violencia de Kosova y de las otras comarcas albanesas en 1913?! ¿Por supuesto que sí! Entonces ¿por qué el PCY consideraba correcto reclamar «desde hoy» la unión con Yugoslavia de una zona habitada por eslavos y no consideraba igualmente correcto el caso análogo de Kosova y de los demás territorios arrancados a Albania?!

Los «argumentos» que invocaba Tito eran ridículos. Istria, según él, debía unirse a Yugoslavia porque allí «existía un movimiento revolucionario desarrollado». mientras que en Kosova esto no ocurría! Probablemente sería verdad que en Istria

existía un movimiento así (daba por buena la afirmación de Tito, ya que yo no sabía nada concreto sobre la situación allí), pero surgía la pregunta: ¿Por qué en Kosova no estaba sucediendo lo mismo?! Repito con inquebrantable convicción que si el PCA hubiese hecho a la población de Kosova el mismo llamamiento que hizo el PCY a la de Istria, Tito habría tenido que calentarse mucho la cabeza para fabricar algún otro «argumento». Habría peligro de que dijera que «¡Kosova no puede unirse a Albania, porque en Kosova el movimiento revolucionario está más desarrollado!». Incluso, no ya nosotros, sino si el propio PCY hubiera hecho la cosa más elemental y necesaria con Kosova, es decir si hubiera proclamado abiertamente su derecho a la autodeterminación, incluida la separación, las cosas habrían sido completamente distintas.

Pero Tito y el partido que dirigía no hicieron esto ni al principio ni al final. ¿Por qué no lo hicieron?! Desde luego en esto jugaba su propio gran papel el bagaje gran-eslavo que el PCY, desgraciadamente, había heredado íntegro y defendía y desarrollaba aún más, remendándolo con las consignas de «unión-fraternidad», de «internacionalismo», etc., etc. Pero más tarde nos convenceríamos de que si no obraron como marxistas respecto a Kosova y las demás comarcas albanesas, fue también por otros objetivos, aún más bajos. Un poderoso movimiento revolucionario en Kosova y en las otras tierras albanesas representaría un gran obstáculo para los negros planes que urdía secretamente la dirección yugoslava.

Tito y sus camaradas, de palabra, se «quejaban» de que Kosova «no se lanzase a la lucha», pero en el fondo, con seguridad, les alegraba este hecho. Más tarde, cuando llegara el momento, al ejército de Tito le resultaría más sencillo poner en práctica el exterminio de los «contrarrevolucionarios» y de las «brigadas nacionalistas y ballistas», y también justificarlo ante la opinión pública, que el exterminio de miles de combatientes kosovares encuadrados en brigadas guerrilleras antifascistas quienes, tras la liberación, reclamarían la unión con el tronco materno, con Albania. Y esto es lo que ocurrió. Al final de 1944 y en 1945, el Ejército de Liberación Nacional Yugosl-

lavo causó estragos entre la población de Kosova y de las otras comarcas albanesas. Esto ocasionaría de manera legítima, como en efecto sucedió, la revuelta masiva del campesinado y de las unidades guerrilleras kosovares. Miles de albaneses no se sometían a la nueva dominación y al terror chovinista. Esta situación fue explotada también por elementos *bajraktar*, ballistas, mercenarios y agentes del fascismo, quienes, en pro de sus propios intereses, se esforzaron por colaborar con las masas y engañarlas. Los titistas, aferrándose hipócritamente a esta hez reaccionaria, pretendieron desprestigiar y golpearon toda esta justa revuelta de las masas calificándola de movimiento ballista. No cabe duda de que los elementos reaccionarios merecían las represalias y el plomo. Eran los restos del mundo viejo, la reserva de la reacción, que se lanzaban a la acción por objetivos verdaderamente contrarrevolucionarios, antialbaneses y antiyugoslavos. Pero los millares que, por ironía de la historia, se lanzaban justamente a la primera rebelión antititista, no eran ni contrarrevolucionarios ni ballistas. Eran millares de kosovares, dibranos, ulqinakos, etc., etc., que desilusionados por la errónea línea política aplicada durante los años de la guerra por el PCY y por el nuevo terror titista, con justa razón reclamaron nuevamente la solución a su cuestión nacional. Y por si fuera poco, tras el disfraz de la lucha por liquidar las «fuerzas contrarrevolucionarias», los destacamentos especiales del ELN de Yugoslavia distribuyeron el fuego y las balas sin distinción, incluyendo a todos los patriotas y a los demás albaneses honrados de aquellas tierras, a todos aquellos que se atrevían a expresar su legítima sorpresa diciendo: «¿qué hacemos nosotros, los albaneses, bajo Yugoslavia?!».

Pero retornemos nuevamente a la carta de Tito de finales del otoño de 1943.

Su segundo «argumento» para demostrar que la cuestión de Kosova no podía compararse con la de Istria, era que «no está bien que salga a la luz pública que entre nosotros y la Albania democrática y antiimperialista existe un problema con Kosova y Metohija!» ¡Vaya lógica! Es decir, ¡que no mencionemos esta cuestión, que la mantengamos en secreto, porque en

secretó las traiciones y los complots resultan más sencillos, no nos crean mala fama!

En raras ocasiones he podido ver a Miladin Popović en tan grave estado de ánimo como en los momentos en que leíamos y releíamos la carta del principal dirigente del PCY. Tenía los ojos caídos y había palidecido por completo.

—Quizás la carta no la ha escrito el propio Tito —dijo—, quizás la han hecho otros, quizás. . .

Era el tiempo en que incluso nosotros mismos no podíamos creer que aquella carta fuera obra del CC del PCY y de un hombre como Tito, era el tiempo en que por el respeto que les teníamos, aún sin conocerlos, estábamos dispuestos a disculparles. Pero lo negro había sido escrito sobre lo blanco y abajo estaban las firmas.

Parecía que nos tranquilizábamos aferrándonos a las expresiones «los albaneses tendrán derecho a ir dónde y cómo deseen», el problema de la unión no debe plantearse «desde ahora», «desde hoy», etc. Pero en la continuación de la carta, después de «encomendarnos» lo que nosotros habíamos puesto en primer plano desde 1941, es decir, que «la cuestión principal ahora es la de la lucha contra los ocupantes», astutamente, pero con toda claridad, Tito daba a entender que la cuestión de las tierras y de la población albanesa de Yugoslavia estaba predeterminada por parte del CC del PCY. «Hoy en el pueblo albanés de Kosova y Metohija —escribía— debe cultivarse el cariño fraternal hacia los heroicos pueblos de Yugoslavia y hacia la lucha común contra los ocupantes alemanes. La nueva Yugoslavia que se está creando será el país de los pueblos libres, de modo que tampoco habrá lugar para la opresión nacional de la minoría albanesa»*.

En buen albanés esto quería decir: El CC del PCY ha determinado las fronteras del futuro Estado yugoslavo, que serán las que han sido. La «minoría albanesa», por tanto, Kosova, Rrafshi i Dukagjinit, Dibra, etc., etc., continuarán estando bajo ¡la «nueva Yugoslavia que se está creando»!

* De la carta del CC del PCY dirigida al CC del PCA, el 25 de octubre de 1943. ACP.

Pero, después de esto, ¿qué quedaba de las anteriores declaraciones del propio Tito sobre la garantía del derecho de los pueblos de la ex Yugoslavia a la autodeterminación, incluida la separación?! ¿Qué quedaba de los «juramentos» y las «garantías» de que este problema se plantearía después de la guerra?! ¿No sería que tras las expresiones «no desde hoy», «no desde ahora», se ocultaba la pretensión de engañarnos y de no cumplir nunca lo que según se declaraba se resolvería «mañana», es decir, tras la guerra?

Discutimos largamente sobre esto y sobre las decenas de interrogantes que nos surgían de la carta de Tito y de las conocidas actitudes de los demás, y nos convencíamos aún más de que respecto a esta cuestión la dirección yugoslava no obraba ni de forma marxista, ni con espíritu camaraderil.

Siempre nos habíamos comportado con ellos de la forma más correcta, les habíamos escuchado y habíamos confiado en sus declaraciones de principios, estábamos interesados en tener con ellos relaciones lo más cálidas y fraternales posible, pero de ningún modo podíamos consentir que en aras de la amistad se violasen los principios y, junto con los principios, se atropellasen los legítimos derechos de nuestro Partido y de nuestro pueblo. Decidimos por tanto que también en este caso manifestaríamos públicamente nuestra opinión, sin atacar directamente a la dirección yugoslava y sin dar ningún pretexto para que ésta nos acusara de «nacionalismo», de espíritu «gran-albanés». Pensamos que el mejor camino para ello sería un llamamiento del CC de nuestro Partido dirigido al pueblo de Kosova y Metohija. Ya antes habíamos lanzado llamamientos abiertos y octavillas a nuestros hermanos kosovares y a los de las demás comarcas albanesas (uno de éstos incluso lo habíamos firmado conjuntamente con el CC del PCY), donde les invitábamos a levantarse en armas en lucha general por la libertad. Pero nos habíamos limitado al llamamiento a la lucha y a la hermandad con los otros pueblos, sin declarar el derecho a la autodeterminación, incluida la separación, con la esperanza y la convicción de que esto debía hacerlo, en primer lugar, el CC del PCY. Era él quien había asumido la tarea de dirigir

la lucha en estas zonas, era a él, por tanto, a quien correspondía proclamar esta declaración de principios. Pero ahora que nos habíamos convencido de que el CC del PCY no iba a hacer una declaración semejante, decidimos expresar nosotros nuestra opinión. Escribimos por tanto el llamamiento, imprimimos miles de copias y las distribuimos fundamentalmente en Kosova, Dibra y en las demás tierras albanesas de la ex Yugoslavia.

«Vuestros hermanos albaneses —manifestábamos entre otras cosas en él—, quienes derraman su sangre por la libertad de nuestro pueblo en las ciudades y montañas de Albania... os llaman a que empuñéis las armas y a que os unáis con los otros pueblos, servios, montenegrinos, a que golpeéis al ocupante y a los traidores, a todos los que pretenden dividirlos y enfrentarlos».

Hasta aquí estábamos convencidos de que también los camaradas yugoslavos estarían plenamente satisfechos. Pero, si eran consecuentes con los principios leninistas sobre la cuestión nacional, no tenían por qué dejar de estarlo con lo que les decíamos más adelante a nuestros hermanos albaneses.

«El único camino de salvación y de satisfacción de vuestros deseos —concluíamos en el llamamiento— es la lucha contra el ocupante junto a los demás pueblos de Yugoslavia, es la Lucha de Liberación Nacional que os garantizará el derecho a la autodeterminación, incluida la separación.

¡Uníos, pues! ¡Donde está la unión, está la salvación!»*

La voz de nuestro Partido Comunista y de los comunistas albaneses esperanzaba a la población de Kosova y de las otras comarcas y la impulsaba a lanzarse con mayor ímpetu a la lucha antifascista.

De aquella época guardamos muchos recuerdos y conservamos numerosas cartas, por medio de las cuales la gente sencilla del pueblo, comunistas y patriotas de Kosova, Dibra,

* Del llamamiento del CC del PCA dirigido al pueblo de Kosova y Metohija, otoño de 1943. ACP.

Ulqin, Struga, Tetova, Gostivar, Plava, Gucia, etc. se dirigían a nosotros con las más ardientes palabras de amor a la madre patria y a nuestro Partido, nos felicitaban por los éxitos en la lucha contra el ocupante, nos manifestaban abiertamente la disposición general de las masas del pueblo albanés patriota de aquellas tierras de luchar contra el fascismo. Pero en todas estas cartas, aquí veladamente y entre líneas (no querían ofender los sentimientos de amistad que alimentábamos por el PCY), allí abiertamente, se sentía al mismo tiempo la duda y el temor profundo de cara al futuro que existían entre la población de estas zonas. Se percibía en ellas también la desconfianza hacia el PCY y hacia su dirección. Asimismo, tanto a los camaradas que enviábamos a Kosova y a las demás tierras habitadas por albaneses para actividades del Partido o para ayudar, como a nosotros cuando venían aquí, los albaneses de dichas zonas nos manifestaban abiertamente su insatisfacción y sus reservas hacia el PCY.

—Nos bombardean con preguntas —me dijo Haxhi Lleshi en una entrevista que tuvimos en aquella época. «¿Por qué el Partido Comunista de Yugoslavia, nos dicen, no se pronuncia abiertamente sobre nuestra cuestión?». «¿Por qué no menciona siquiera la cuestión del status de Kosova, Metohija, Dibra, etc., al menos cuando habla del derecho a la autodeterminación de las demás naciones del ex reino yugoslavo?!». «¿Quién nos garantiza que la lucha que estamos desarrollando, y debemos hacerlo con mayor energía aún, dará satisfacción a nuestra sagrada causa?» Nosotros nos esforzamos por responderles —continuó Haxhi— pero, créeme camarada Enver, hay algunas cosas a las que no sabemos cómo responder. Tememos dañar sin intención al partido yugoslavo.

—Nosotros debemos decir la verdad a nuestros hermanos —le dije a Haxhi—. En primer lugar debemos explicarles la posición de nuestro Partido respecto a este problema. Debemos decirles que creemos y confiamos en que también el Partido Comunista de Yugoslavia ve así el problema de la cuestión nacional. Ahora lo principal, debemos decirles a nuestros hermanos, es la lucha contra el ocupante común. El es nuestro

enemigo principal, de los albaneses, de los macedonios, de los servios y de todos...

Al mismo tiempo, según las peticiones del Comité Regional del PCY para Kosova y Rrafshi i Dukagjinit y del estado mayor macedonio, enviábamos cada vez más camaradas del Partido para trabajar en estas zonas, entre la población, pero sobre todo como cuadros de los destacamentos, los batallones y las demás unidades militares que se estaban creando. Destacamentos y batallones de nuestro Ejército de Liberación Nacional penetraban profundamente una y otra vez en Montenegro, en Kosova y en Macedonia, llevando a cabo importantes y valerosas acciones, tanto solos como en colaboración con las unidades militares dependientes del Estado Mayor Yugoslavo. Sin lugar a dudas, esta hermandad bajo las armas ejercía un efecto positivo entre la población albanesa y no albanesa de aquellas tierras. Recuerdo bien el momento en que me separé del inolvidable camarada Hajdar Dushi, en el otoño de 1943. Hajdar, hijo de una familia patriota de Kosova, creció junto al movimiento comunista albanés y, nada más fundarse el Partido, pasó a ser uno de sus cuadros más aptos. Después de trabajar en Tirana y Durrës para organizar el Partido, en el verano de 1942 le enviamos a Berat en ayuda del Comité Regional, como delegado del CC del PCA. Los fascistas le apresaron, le torturaron y le encarcelaron, pero Hajdar Dushi se mantuvo heroicamente ante todas las salvajadas. Le liberamos de la cárcel por medio de una valiente acción y, tras la Primera Conferencia Nacional del PCA, fue nombrado secretario del Comité Regional de Durrës. Su experiencia, su decisión y capacidad nos eran muy necesarias, pero nosotros, conscientes de la ayuda que debíamos prestar a la causa de la lucha en Kosova, le llamamos y le notificamos:

—A partir de este momento dejas de ser cuadro del Partido por el cual has derramado tu sangre y has hecho toda clase de sacrificios. Irás a Kosova y entrarás en contacto con el Partido Comunista de Yugoslavia.

—¡Viva el comunismo! —levantó el puño el inolvidable Hajdar Dushi, con los ojos llenos de lágrimas.

Tenía razón, se separaba del seno de su Partido. Pero le esperaba una gran misión. Fue, trabajó, combatió y dio la vida con honor y gloria, permaneciendo fiel hasta el fin a la causa por la que marchó: Poner en pie al pueblo de Kosova para expulsar al ocupante extranjero y para realizar sus aspiraciones seculares.

Antes y después de Hajdar Dushi fueron a Kosova y a otras zonas decenas de camaradas. También ellos combatieron y lucharon, dieron su contribución a la movilización y dirección del pueblo en la lucha, expresaron con honestidad en aquellos años las aspiraciones de su propio pueblo, pusieron sus firmas en los importantes foros a donde los había enviado el pueblo a que consagraran su legítimo derecho para el futuro. Pero tras la guerra los acontecimientos rodaron de otro modo y la traición titista hizo también su trabajo de destrucción en una parte de aquellos camaradas. No quiero meterme en la conciencia de estos elementos ni en su dramático proceso de transformación. Pero en los días de mayo de 1981, mientras ojeaba el cuaderno en que había escrito estas notas años antes, no casualmente recordé un acontecimiento sucedido 40 años atrás.

Corría el difícil mes de mayo de 1942, los días en que los fascistas nos acababan de asesinar a nuestro entrañable camarada Qemal Stafa. El terror y la brutalidad de los ocupantes, especialmente en Tirana, no tenían precedentes en aquellos momentos. Las detenciones y los registros se sucedían noche y día. Precisamente en los momentos en que los fascistas pensaban que habían herido de muerte a nuestro Partido Comunista, nosotros, entre otras cosas, desarrollamos una resonante acción en memoria del camarada Qemal Stafa en el entonces gimnasio de Tirana. Organizamos un mitin conmemorativo en el que tomaron parte todos los estudiantes de aquel nido inextinguible de lucha y de revolución. En el mitin, según las recomendaciones que habíamos impartido, se levantó y tomó la palabra un joven comunista, ex estudiante de la escuela, que ahora actuaba en la clandestinidad.

—Los fascistas pretenden extinguir nuestro ardiente deseo de libertad, los fascistas quieren negarle a nuestro pueblo el

derecho a la existencia, el derecho a la lucha por su futuro. Nos han asesinado a nuestro entrañable camarada Qemal, están asesinando y encarcelando a los mejores hijos e hijas de esta tierra, pero en nuestros corazones se alzará aún más potente el odio por quienes nos oprimen, nos asesinan y nos torturan —decía el ilegal y continuaba: —Pero nosotros no nos engañamos ni temblamos ante la violencia y el terror. No existe fuerza capaz de doblegarnos, nosotros nos estamos levantando en lucha por una causa justa...

Este joven era un kosovar, Veli Deva. No le conocía de cerca, pero como secretario político del Comité Regional de Tirana estaba plenamente al tanto de la acción y de su organización.

Precisamente este mismo Veli Deva, que en mayo de 1942 llamaba a los jóvenes estudiantes de Tirana, en nombre del Partido Comunista de Albania, a que no se dejaran doblegar por la violencia fascista, sino a que se lanzasen a la justa lucha por la libertad, cuarenta años más tarde, en mayo de 1981, ahora en el papel de cabecilla del Comité Regional de LCY para Kosova, entra legalmente en los gimnasios y en la Universidad de Prishtina para doblegar por la violencia y la demagogia la legítima explosión del pueblo y de la juventud kosovares.

Más adelante hablaré sobre la Conferencia de Bujan de finales de 1943, donde los representantes legítimos del pueblo de Kosova se reunieron, discutieron y tomaron decisiones muy justas e importantes tanto para aquellos momentos, como para la correcta solución del problema de Kosova tras la guerra y como resultado de la lucha. Uno de los organizadores de esa conferencia, uno de los primeros que estampó su firma bajo sus legítimas e importantes decisiones, fue Fadil Hoxha. Era éste uno de aquellos miembros de nuestros antiguos grupos comunistas que marchó entre los primeros a su país natal, a Kosova, combatió y contribuyó a la movilización y la dirección del pueblo kosovar en la lucha, uno de los que firmó con su propia mano lo que reclamaban la lucha y el propio pueblo de Kosova.

En las cartas que nos enviaba durante los años de la guerra el Comité Regional de Kosova y Metohija (Rrafshi i Dukagjinit), uno de cuyos principales dirigentes era Fadil Hoxha, se afirmaba con toda claridad que en Kosova se sentía desconfianza hacia el PCY y los guerrilleros yugoslavos a causa de la brutal represión gran-servia, a causa de que «también los *skojevcka** han matado albaneses inocentes». «Que venga quien quiere —manifestaban, según una carta, una gran mayoría de kosovares—, pero que Yugoslavia nos deje en paz» y a continuación se subrayaba: «Estamos esperando que nos ayuden ustedes»**. Esta misma desconfianza, este mismo sentimiento y esta opinión del pueblo de Kosova sobre el PCY los escuché de los labios del propio Fadil Hoxha, cuando éste vino a Tirana después de la Liberación y yo le recibí y conversé largamente con él en mi despacho, en la presidencia del gobierno. El se quejó de la grave situación existente en Kosova, de las persecuciones, las represalias y el terror a los que estaban expuestos los albaneses en esa región y me dijo abiertamente que «ni lo estamos viendo, ni existe ningún cambio respecto al pasado, cuando padecíamos bajo la Yugoslavia de los reyes».

Y justamente este mismo Fadil Hoxha, en la primavera de 1981, levanta la mano y da su voto en la presidencia de la RSF de Yugoslavia, para enviar los tanques y las bayonetas del ejército gran-servio a que asesinen, aplasten y dobleguen al pueblo y a la juventud kosovar que se habían sublevado para exigir respeto a sus derechos. Y, como queriendo mostrar públicamente su completa metamorfosis en estos cuarenta años, Fadil Hoxha, titista por interés de los pies a la cabeza, llega hasta el punto de que, para defender a los pregoneros gran-servios, se alza ante los muertos y los manifestantes albaneses de 1981 y les grita... «¡basura!».

Pero ¿qué es lo que reclaman este pueblo y esta juventud

* Los jóvenes comunistas yugoslavos.

** De la carta del Comité Regional de Kosmet del PCY enviada al CC del PCA, 6 de septiembre de 1943. ACP.

rebelada, hoy, 36 años después de la «liberación»? Reclaman que su situación constitucional, económica y socio-cultural, se introduzca en un camino correcto dentro de las leyes de la Federación Yugoslava, reclaman el status de República en el marco de la RSFY, reclaman que se pongan en práctica aquellos mismos derechos que se introdujeron en el orden del día en Bujan en 1943, pero que Tito dejó sobre el papel, reclaman que se ponga fin al terror y a la violencia en las calles, en las escuelas, en las casas y en las cárceles. Y precisamente por esto son «irredentistas», «nacionalistas», «contrarrevolucionarios», precisamente por esto se enviaron los tanques y las bayonetas contra sus manifestaciones pacíficas, precisamente por esto los Fadil Hoxha y los Veli Deva de 1942 y 1943 reniegan de sí mismos y de su pueblo, reniegan de la honestidad de la juventud, reniegan de la sangre de los años de la lucha y pisotean la sangre derramada y la que se está derramando esta primavera en Kosova.

Pero estaba hablando de otra cosa. Di este salto en el tiempo sólo porque en estos días, cuando la situación en Kosova es tan tensa y tuve que ojear mis notas y recuerdos de los años de la guerra, surgió por sí sola la comparación entre la situación de entonces y la actual. Y si la situación en Kosova durante todos estos cuarenta años no se tranquilizó, ni se introdujo en un camino correcto, esto ocurrió porque desde el tiempo de la guerra el CC del PCY planteó y solucionó el problema de forma tergiversada, desde posiciones nacionalistas y chovinistas, en oposición a los deseos y a la voluntad del pueblo de Kosova y de las demás regiones albanesas de Yugoslavia.

Volvamos por tanto a aquellos años. Hubo un momento entonces en el que pensamos que la cuestión de Kosova tomaba un camino de solución justa. Esto está relacionado con la Primera Conferencia del Consejo de Liberación Nacional para Kosova y Metohija, celebrada en Bujan del 31 de diciembre de 1943 al 2 de enero de 1944.

La Conferencia se desarrolló bajo la dirección del Comité Regional del PCY para Kosova y, a petición suya, las orga-

nizaciones del PCA de Tropoja y el mando junto con la organización del Partido del batallón guerrillero de Shkodra «Perlat Rexhepi», que actuaba en Malësia e Gjakovës, prestaron una gran ayuda para la organización de la conferencia.

Tras ardientes discusiones que se prolongaron tres días, la Conferencia decidió hacer un llamamiento al pueblo de la región a que se pusiera todo él en pie contra los ocupantes alemanes y los traidores, codo con codo junto a los pueblos de Yugoslavia y al pueblo albanés, uniéndose estrechamente en torno al consejo de liberación nacional.

En la Resolución de la Conferencia se reclamaba entre otras cosas el derecho a la autodeterminación del pueblo kosovar, incluida la separación¹. Esta resolución fue aprobada unánimemente por los delegados y firmada por todos los miembros del Consejo².

La noticia sobre la Conferencia y sobre sus importantes decisiones nos llegó enseguida también aquí y se entiende, constituyó para nosotros una gran alegría. Por primera vez veíamos que se había dado un paso justo y seguro que impul-

1 «Kosova y Rrafshi i Dukagjinit —se escribía entre otras cosas en aquel documento— es una región habitada mayoritariamente por el pueblo albanés, el cual, al igual que siempre, desea también hoy unirse con Albania. Por eso sentimos el deber de mostrar el camino correcto que debe seguir el pueblo albanés para la realización de sus aspiraciones. El único camino del pueblo albanés de Kosova y de Rrafshi i Dukagjinit para unirse con Albania es pues la lucha conjunta con los demás pueblos de Yugoslavia contra el sanguinario ocupante nazi y sus sicarios, éste es el único camino para conquistar la libertad, el camino que proporcionará a todos los pueblos, y por tanto también al pueblo albanés, la posibilidad de decidir su destino por medio del derecho a la autodeterminación, incluida la separación.» (*De la resolución de la I Conferencia del Consejo de Liberación Nacional de Kosova, publicado también en el libro «El Consejo Popular de la Región Autónoma de Kosova-Metohija, 1943-1953», pág. 10, Prishtina, 1955.*)

2 El Consejo estaba compuesto por 51 miembros, de los que 43 eran albaneses, y los demás serbios, montenegrinos, etc. Estaban en la Presidencia del Consejo y firmaron esta resolución, Mehmet Hoxha, Pavle Jovičević, Rifat Berisha, Xhevdet Doda, Fadil Hoxha, Hajdar Dushi, Zekerija Rexha, etc. (*Ibid.*, pág. 12).

saba la ampliación de la lucha en estas zonas y colocaba en vías de solución marxista el problema de su futuro.

Creímos que finalmente el CC del PCY había considerado correctamente el problema de Kosova y de las demás tierras albanesas y, no considerando oportuno hacer él mismo la declaración sobre el derecho a la autodeterminación, había dejado esto en manos del propio pueblo de Kosova y de sus legítimos representantes.

Después de ello, claro está, quedaba a un lado el viejo «miedo» de la dirección yugoslava a que la reacción y los elementos nacionalistas gran-eslavos, dentro o fuera del PCY, pudieran acusarla de estar «destruyendo» Yugoslavia. Las decisiones que adoptaron y publicaron los legítimos representantes de Kosova y de Rrafshi i Dukagjinit, entre los que se encontraban no sólo albaneses sino también representantes de las minorías servia y montenegrina de estas tierras, constituían un arma de gran eficacia en las manos del PCY. Ahora tenía la oportunidad de saludar a plena voz las decisiones de la Conferencia de Bujan como expresión de la voluntad de la población de esa zona, y, con ello, enmendar definitivamente aquel error que no debía haber permitido, por lo menos desde 1941. En febrero de 1944, en un número de *Zëri i popullit*, publicamos un artículo especialmente dedicado a este importante acontecimiento. Por medio de él expresábamos nuestras más ardientes felicitaciones a la Conferencia de Bujan, llamábamos nuevamente a los hermanos kosovares a lanzarse con todavía mayor brío a la lucha y, no sin intención, subrayábamos y saludábamos las principales decisiones de la Conferencia. En este artículo, después de señalarse entre otras cosas que «el Consejo de Liberación Nacional de Kosova y Rrafshi i Dukagjinit ha asumido la tarea de mostrar al pueblo el justo camino por el que éste debe seguirle para hacer realidad sus aspiraciones», se subrayaba que la lucha contra el verdugo ocupante nazi y sus sicarios era y continuaba siendo el único camino para alcanzar la libertad, con la que todos los pueblos, y por tanto también el pueblo albanés de Kosova y

de Rrafshi i Dukagjinit «...tendrán la posibilidad de decidir por sí mismos su destino, **ejerciendo el derecho a la autodeterminación, incluida la separación**» (subrayado en el original)*.

En cuanto a la posición del CC del PCY ante este acontecimiento, no oíamos ni una palabra. Mucho después sabríamos la verdad, que como todo lo demás, era muy amarga. El CC del PCY, nada más enterarse de las decisiones de la Conferencia de Bujan, había reaccionado con brutalidad y había reclamado que no se publicara de ningún modo su llamamiento sobre el derecho del pueblo kosovar a la autodeterminación, incluida la separación. La afirmación de los propios representantes del pueblo reunidos en la Conferencia de que «el pueblo de Kosova y de Rrafshi i Dukagjinit... , como siempre, también hoy desea unirse a Albania», por orden del CC del PCY debía borrarse de la Resolución y no publicarse. La razón era que la dirección del PCY con Tito a la cabeza, independientemente de toda la serie de declaraciones «de principios» sobre la «justa» solución de la cuestión nacional de las naciones y nacionalidades de la ex Yugoslavia, había aspirado siempre a mantener intacta, e incluso a ampliar aún más Yugoslavia, y había trabajado para lograrlo. De manera especial, el PCY consagró la violación y el rechazo de los principios sobre la cuestión nacional en la segunda reunión del AVNOJ, celebrada en Jajce a finales de noviembre de 1943.

No es tarea mía, ni tampoco el objetivo de estos apuntes el analizar y valorar el conjunto de las decisiones de aquella reunión. Tampoco es tarea mía valorar si se adoptó o no en la línea correcta su principal decisión sobre «la construcción de la nueva Yugoslavia sobre la base del principio federativo», que, según se decía, garantizaría «la igualdad a los serbios, croatas, eslovenos, montenegrinos», etc.

Esta decisión la han valorado, y si quieren, que vuelvan a valorarla y a revalorarla como les parezca más correcto, los propios serbios, croatas, macedonios, eslovenos. Lo que yo

* Boletín del *Zëri i popullit*. Año III, nr. 33, 7 de febrero de 1944. ACP.

quiero subrayar es que con esta decisión, al menos la inclusión de Kosova, de Rrafshi i Dukagjinit y de las demás comarcas albanesas en el interior de «la nueva Yugoslavia federativa», una vez más, se hizo tan arbitrariamente como lo habían hecho las potencias imperialistas en los tratados de Versalles y de Londres varias décadas antes. Al tomar esta decisión no se tuvo en cuenta la voluntad del pueblo de Kosova, de Dibra, etc. Se tuvo en cuenta exclusivamente la voluntad del CC del PCY. En ella no tomó parte ni un solo representante de Kosova ni del resto de las tierras albanesas de la ex Yugoslavia, e incluso no habían sido informados ni siquiera los representantes del Comité Regional del PCY para Kosova y Rrafshi i Dukagjinit.

A nosotros mismos no se nos dio a conocer esta decisión de la citada reunión durante mucho tiempo. Al mismo tiempo, el hecho de que la Conferencia de Bujan se organizara justo un mes después de la reunión de Jajce y adoptara decisiones en contradicción con la «voluntad» de Jajce, pero de acuerdo con la voluntad del pueblo kosovar, prueba que ni los kosovares, ni los dirigentes de esta zona nada sabían acerca de lo que había decidido a sus espaldas el CC del PCY.

La eterna deslealtad de la dirección yugoslava hacia los albaneses encuentra en este caso uno de sus ejemplos más flagrantes.

En Jajce debían haber estado representados necesariamente nuestros hermanos, los albaneses de Kosova y de las demás tierras, se debía haber respetado su derecho a expresar allí su palabra con toda libertad. Que manifestaran ellos mismos allí lo que pensaban sobre su futuro: ¿Se unirían a Albania, o permanecerían en la «nueva Yugoslavia»? ¡Y si se manifestaban a favor de la última solución, debían asimismo manifestarse libremente, sin que nadie les dictara su voluntad, cómo construirían su futuro en el marco de Yugoslavia. Es decir, en este caso, que manifestaran si querían ser una república aparte como Serbia, Eslovenia, Croacia, Montenegro, etc., o deseaban ser una unidad autónoma, o querían estar bajo la dependencia de otra unidad, etc., etc. En una palabra,

éste debía haber sido el acto más elemental que el CC del PCY debía garantizar previamente a las amplias regiones albanesas para que pudieran estar representadas en Jajce. Durante años los dirigentes del PCY nos habían asegurado que se respetaría y se tendría en cuenta para todo la voluntad de esta población. Pero, como he dicho, esto no se hizo, dicha voluntad fue violada por completo. Y por esto, a éste acto no se le puede dar otro nombre que deslealtad.

Y aún peor, mientras en Jajce se había decidido todo acerca del destino de Kosova desde finales de noviembre de 1943, en 1944 nos enviaban (como dije, sólo respecto a la cuestión de Kosova) cartas y mensajes de Tito y su gente donde se encubría la verdad, donde se vertían frases como «la cuestión no se plantea para hoy», «sino para mañana», los albaneses de Kosova «serán libres de ir donde quieran y cómo quieran» (como si fueran gitanos, sin hogar y sin patria, y no un pueblo autóctono que nació, creció, bregaba y moría en sus propias tierras).

El tiempo confirmaría que no nos habíamos engañado únicamente respecto al período anterior. Encubriéndonos la verdad, presentándonos el asunto como algo «del mañana», la dirección yugoslava se preparaba secretamente para acciones más brutales. Ahora los colaboradores próximos de Tito y sus biógrafos oficiales escriben que él, especialmente en 1944 y 1945, se «preocupaba» mucho por la cuestión de Kosova, que tenía «vacilaciones» y «titubeos», etc. Nosotros no sabemos en qué consistían estas «vacilaciones» y «preocupaciones» de Tito, pero la razón nos dice que, en aquel período (como también después), Tito y sus camaradas no se preocupaban en absoluto por la «especial» cuestión de Kosova. La habían decidido ya. Su preocupación se relacionaba con la otra parte de Albania, con el estudio, por tanto, de los caminos y los medios para introducir a toda Albania en el marco de Yugoslavia. También esto lo sabríamos más tarde, e incluso representaría uno de los capítulos más dramáticos de nuestro enfrentamiento con los titistas.

De este modo se cerró, en nuestras relaciones con la dirección del PCY, el año 1943, y la primera mitad de 1944.

Puede decir alguien que, acerca de este período, de agosto de 1943 hasta el verano de 1944, se toca solamente una parte, un aspecto de las relaciones con el PCY, el de la cuestión de Kosova y las demás tierras albanesas anexionadas a Yugoslavia. Pero, ¿por qué no se habla sobre los demás aspectos de estas relaciones? ¿Qué colaboración, intercambio de opiniones, qué coincidencia o conflicto ha existido durante este tiempo con el PCY, por ejemplo, respecto a los problemas del Partido, de la lucha, del Frente, del poder, etc., etc.?!

El hecho es que tras el agudo conflicto con Vukmanović Tempo en agosto de 1943 en Kucaka y hasta agosto de 1944, es decir todo un año, no vino junto a nosotros ningún enviado de la dirección yugoslava para desarrollar consultas, intercambio de experiencia o cualquier otra cosa de este género. El hecho es asimismo que durante este período no recibimos de la dirección yugoslava ninguna otra carta o material especial sobre nosotros en el que se hablara de problemas como los de la vida del Partido, del ejército y de la Lucha de Liberación Nacional, la organización y funcionamiento del nuevo poder que estábamos consolidando, el Frente Antifascista de Liberación Nacional, etc., etc. En una palabra, en todos estos aspectos, cada partido hacía su trabajo tal como pensaba y juzgaba cada uno en base a los principios que le guiaban en su actividad y a la realidad de su propio país.

Naturalmente, cuando digo que en estos aspectos no hay nada que merezca la pena mencionar, eso no quiere decir ni mucho menos que durante todo ese período nuestros dos partidos perdieran toda clase de contacto o de conocimiento mutuo. No. De vez en cuando caían en nuestras manos distintos materiales acerca de la vida y la organización del PCY, sobre el Ejército de Liberación Nacional de Yugoslavia, sobre la organización del nuevo poder, etc., etc. Asimismo había casos en que nosotros, además de Radio Moscú, captábamos las ondas de la emisora «Yugoslavia Libre» y escuchá-

bamos algún comunicado o comentario sobre la vida y la actividad del PCY y del ejército guerrillero yugoslavo.

De igual modo, por nuestra parte, informábamos camaraderilmente a la dirección yugoslava sobre la situación de la lucha y de sus perspectivas aquí, sobre las maniobras del ocupante y de la reacción, sobre las victorias alcanzadas. Por su parte Miladin Popović, en su nombre, enviaba habitualmente a la dirección yugoslava alguna información sobre el desarrollo de la lucha y la situación en nuestro país.

Para confirmar cuán absurda es la pretensión de la dirección yugoslava sobre la pretendida ayuda que nos han prestado en el período que finaliza con el año 1943, citaré otro hecho: La carta de J. B. Tito dirigida a Miladin Popović el 9 de octubre de 1943 para el CC del PCA. Por dondequiera que la mire, esta carta, que se encuentra en los archivos de nuestro Partido, no puede tener por nuestra parte otra calificación que la de la primera carta de Tito que nos llegó en diciembre de 1942 y que ya he citado anteriormente. Por su propia boca, o para ser más exacto, por su propia mano, a finales de 1943, tal como a finales de 1942, Tito confirma que no tenía la más ligera idea sobre la situación de nuestro Partido y de nuestra Lucha de Liberación Nacional. Después de preguntarnos si era verdad que «¡¡el dirigente del ejército guerrillero en Albania es un ex prefecto de policía!!!» (¡esto lo habría oído en Radio Londres!), Tito se metía en «orientaciones»: En octubre de 1943 nos decía que si las filas guerrilleras en Albania habían crecido, ¡se pasara a formaciones mayores, a las brigadas!

No nos quedaba más que sonreír, ya que la decisión de pasar a formaciones mayores nosotros la habíamos adoptado en marzo de 1943, en la Primera Conferencia Nacional; en junio habíamos dado la orientación de crear la I Brigada de Choque, y hasta octubre, fecha en la que Tito nos daba sus «orientaciones», habíamos creado la I Brigada, la III Brigada y proseguía la actividad para crear otras brigadas guerrilleras.

Aún más ridículo aparecía Tito con los «consejos» que nos daba sobre la cuestión del futuro poder en Albania. «Les

aconsejo —decía— que se dé comienzo también en Albania a la puesta en pie del poder popular... , tomando como base los consejos populares de liberación... » y, después de describirnos «las dificultades específicas» de este problema en Yugoslavia, continuaba: «Allí, en su país, pueden ustedes crear inmediatamente un gobierno popular, que se base, como decía, en los consejos populares de liberación... En caso de que la situación no esté madura, entonces creen un consejo popular de liberación nacional, que asumiría todas las funciones de un gobierno hasta que llegue el momento de crear un gobierno así»*.

Quien no conozca nuestra realidad de aquel tiempo, o quien quiera deformar esta realidad, como han hecho y hacen los titistas, puede decir: «¡Bien, aquí están las claras directrices que les ha enviado Tito! ¿Por qué le niegan los méritos?». Con la verdad histórica delante tenemos el derecho de responder, tal como hemos respondido: ¡El Partido Comunista de Albania nunca recibió ni esperó recibir «directrices» de Tito sobre problemas cardinales o de cualquier otra clase de su actividad! Y, en caso de que quieran llamársele directrices a lo que nos escribía sobre el problema del poder, no queda otra posibilidad que llamarlas «directrices tardías», o como dice el pueblo «después de la vendimia». Concretamente: el Partido Comunista de Albania, con la creación de los primeros consejos de liberación nacional, había comenzado el trabajo por la puesta en pie del poder democrático popular ya en la primavera de 1942. Al final de este año todo el país estaba lleno de consejos, y en septiembre de 1943, la Segunda Conferencia de Liberación Nacional, celebrada en Labinot, los había proclamado como el único poder del pueblo en Albania. En cuanto a la otra «orientación» de Tito de que creáramos «un consejo popular de liberación nacional», hay que decir lo siguiente: ¡En Albania, no en octubre de 1943 cuando «se le ocurrió» a Tito, sino en septiembre de 1942, nuestro Partido había creado

* De la carta de Tito enviada a Miladin Popović para el CC del PCA, 9 de octubre de 1943. ACP.

el Consejo General de Liberación Nacional!— ¡La Presidencia del Consejo General que salió de la Conferencia de Labinot en septiembre de 1943, ejercía ya una serie de funciones del Gobierno Democrático!

En una palabra, Tito no sabía nada de lo que se hacía aquí y nos «orientaba» sobre cosas que nosotros ya habíamos resuelto perfectamente hacía tiempo. Por eso, no es culpa nuestra si no esperamos las «diréctrices» de Tito para después actuar. Por el contrario, si hubiésemos permanecido a la espera, si hubiésemos esperado a ver qué es lo que nos «orientaba» Tito y su gente, la causa del Partido y del futuro de nuestro pueblo ¡se la habría llevado el río! Este hubiera sido un error grave, imperdonable.

De modo que, por mucho que te calientes la cabeza y te estrujes la memoria, no consigues encontrar nada en favor de la «ayuda sin límites» que pretenden habernos dado los «amigos» yugoslavos también en este período.

Pero quizá ellos se refieren a nuestro viejo «amigo», Dušan Mugoša, quien durante la mayor parte de aquel período (hasta mayo de 1944) continuó estando en Albania. Si Tito y compañía apoyan la existencia de su pretendida «ayuda» durante aquel período en la «contribución» de Mugoša, en ese caso tengo que decir aún dos palabras sobre la «contribución» de este titista en apariencia pequeño y despistado, pero encargado de misiones oscuras y objetivos a largo plazo.

Como hombre de «base» que era, Dušan Mugoša «la tomó» con la región de Vlora desde la primavera de 1943. Mehmet Shehu y él, de forma particular, encajaron de maravilla y, más tarde, cuando enviamos allí a Liri Gega como delegada del CC del Partido, estos tres se transformaron en un trípode. Eran conocidos como gente de acción, como valientes y decididos pero a la vez como arrogantes y engreídos, los tres tenían una insaciable sed de destacar y de hacerse oír, incluso cometiendo actos terroristas, a causa de los cuales eran continuamente criticados y advertidos por carta y de palabra. Pero estábamos refiriéndonos a Mugoša. Aprovechando su amistad con Mehmet Shehu y Liri Gega, Dušan se nos metía en todas las reuniones y

entrevistas y, medio en albanés, medio en servio, se esforzaba por «convencer» a los Skënder Muço y Hysni Lepenica de que se adhirieran a la línea del Frente y a la lucha que dirigía el Partido Comunista de Albania!

Con estas ingerencias sin tacto y sin juicio, particularmente en una región como Vlora, Mugoša no hacía más que destruir el trabajo que nosotros hacíamos.

¡Cuánto trabajo y esfuerzos debió realizar el Partido en la región de Vlora, y en especial Hysni Kapo, para enderezar lo que estropeaban por el día después de tramarlo por la noche Dušan Mugoša, Liri Gega y Mehmet Shehu!

Nosotros comenzamos a recibir repetidas notificaciones sobre sus graves errores sectarios y después de calificar su actividad como extremadamente dañina, les alejamos de la región de Vlora.

Naturalmente, debíamos actuar y actuamos con cuidado para no dar lugar a descontento, en especial en el «amigo» Mugoša. En agosto de 1943 creamos la I Brigada de Choque y Dušan nos pidió con insistencia que le enviáramos allí.

—Estaré constantemente en acción —dijo el «hombre de base»— y además me entiendo muy bien con Mehmet Shehu. Y verdaderamente se entendieron bien.

Habíamos disputado agriamente en una de las entrevistas con Tempo por el modo en que calificaríamos a nuestras brigadas guerrilleras. El decía: «Llámenlas brigadas proletarias como en Yugoslavia», mientras que yo, Miladin y Spiro Moisiu insistíamos en que debían llamarse «brigadas de choque», ya que así, incluso en la terminología, no dábamos lugar a malas interpretaciones, no desbordábamos las consignas de la Lucha de Liberación Nacional, etc. A pesar de la insistencia de Tempo nosotros obramos tal como pensábamos. El único entre nuestra gente que se enamoró del término yugoslavo fue Mehmet Shehu. Ante nuestros ojos se veía obligado a llamar a la I Brigada, de la que le habíamos nombrado comandante, «Brigada de Choque», pero en las conversaciones y cartas confidenciales con los «amigos» yugoslavos la titulaba «Brigada Proletaria». En una de estas cartas que envió a Mugoša,

Mehmet Shehu expresaba incluso su «profundo pesar» porque Dušan se fuera a marchar de Albania «antes de que se acabara el rótulo que se había encargado con la inscripción I Brigada PROLETARIA»¹.

Sin duda estaba presente en ello la «contribución» de Dušan Mugoša, quien, en ausencia de Tempo, aplicaba las orientaciones e ideas de éste para introducir la división y el desacuerdo en las opiniones y actitudes de nuestros camaradas. Pero la influencia negativa de Mugoša en la I Brigada se manifestó sobre todo en otros aspectos. Es conocido el heroísmo y la lucha ejemplar que desarrollaron en los años de la Lucha de Liberación Nacional, bajo la dirección e inspiración del Partido y del Estado Mayor General, los valientes guerrilleros de esta brigada. Sobre ello ha hablado y hablará la historia. Pero, sin incluir ni mucho menos al efectivo de la brigada y a la mayoría abrumadora de sus cuadros, debe decirse que por orden personal de Mehmet Shehu y bajo el estímulo directo y la inspiración de Dušan Mugoša, se realizó en aquellos años alguna acción arbitraria, dañina y sectaria. Así fue, por ejemplo, el caso del fusilamiento de un grupo de ballistas que, es cierto, fueron apresados tras un enfrentamiento armado con nuestras fuerzas, pero que en la decisión respecto a ellos se violó la orientación del Partido de que en casos semejantes se juzgase con sangre fría, sobre la base de los crímenes que hubiese cometido cada uno. Nosotros condenamos severamente este acto ya en aquellos días².

1 Copias de ésta y de las demás cartas de Mehmet Shehu, llenas de veneración, dirigidas a Dušan Mugoša, se encuentran en los ACP.

2 En la carta que el camarada Enver Hoxha dirigía el 5 de noviembre de 1943 a Mehmet Shehu le decía entre otras cosas: «Esta ejecución es excesiva, fuera de lugar y errónea, porque en lugar de reportarnos beneficios nos daña. Debemos tener en cuenta que los aldeanos que forman parte de los destacamentos del Balli son elementos inocentes, confundidos y víctimas... No debemos enemistarnos con los aldeanos, ya que son pilares de nuestro Partido y un comportamiento hacia ellos como el vuestro, tiene con seguridad repercusiones entre los estratos aldeanos. De ningún modo debemos dar al enemigo pretextos para que nos acuse de lo que no somos». ACP.

Mugoša con su sectarismo, al igual que en la base, no nos trajo más que daños en la brigada. Pero no paró aquí la «contribución» de Dušan Mugoša. El humo negro de su actividad como agente con algunos de los cuadros de la I Brigada, o allí donde pudo, apareció varias veces en el horizonte del Partido, durante todo su camino, llegando hasta nuestros días, cuantas veces se enfrentó éste con grupos o personas antipartido en la dirección.

Para Tito y compañía, la «contribución» de este sectario, megalómano y arribista, fue por tanto de grandes dimensiones. Dušan Mugoša vagaba por la «base», no simplemente por «pasión personal», sino porque le habían encomendado andar y meter la nariz en todas partes para reunir informaciones sobre nuestros camaradas y enviárselas a la dirección yugoslava. Se preparaban planes secretos y cuadros ocultos para golpear a la dirección de nuestro Partido, para deformar nuestra justa línea, para someter a todo el Partido Comunista de Albania. No es casual que cuatro o cinco meses antes de que Velimir Stoinić viniera a Albania, se llamara a Dušan Mugoša para que volviera urgentemente a Yugoslavia con tareas «especiales». Le despedimos como no se merecía (con honores y agradecimientos), pero también él «nos honró» como no merecíamos: entregó a la dirección yugoslava los datos necesarios para que ésta llegara a la conclusión de que había que actuar rápidamente y con mano dura con el PCA y su dirección. De otro modo la carta de los titistas para apoderarse de Albania se les quemaría en las manos.

Comenzaba un nuevo período en nuestras relaciones con la dirección del PCY. Llegaba por tanto el tiempo de que la dirección yugoslava centrara su atención y «nos ayudara» en aquellos aspectos que hasta aquel momento había dejado a un lado: en nuestros problemas internos. Llegaba el momento de que, después de un año de ausencia, se estableciera junto a nuestra dirección el tercer delegado de Tito durante los años de la Lucha de Liberación Nacional. Se trataba de un coronel, Velimir Stoinić. Con el nombre y la misión de este enviado

«especial de Tito está ligado de principio a fin uno de los acontecimientos más amargos y con más graves consecuencias para nuestro Partido y nuestro país, el II Pleno del CC del PCA, conocido en la historia como los «entre-bastidores de Berat».

LOS ENTRE—BASTIDORES DE BERAT

La «misión Stoinić» en Albania. Nijaz Dizdarević, la «éminence grise» de Nako Spiru. El mayor soviético Ivanov «nos conoce» a través de Stoinić ■ El establecimiento de nuestra más alta dirección en Berat liberado ■ Nako Spiru, Koçi Xoxe, Sejfulla Malëshova y Pandi Kristo engranados en el complot titista. Liri Gega en el papel de «cabeza de turco» ■ Los tres pasos de la «misión Stoinić»: el primero, alejar de Albania a Miladin Popović; el segundo, dividir a nuestro Buró Político; el tercero, dividir al CC del PCA y condenar a nuestra más alta dirección ■ Tras la «unidad» de los complotadores germina la semilla de su división y su autodesenmascaramiento ■ La intervención de V. Stoinić, plataforma titista para el sometimiento del PCA y la anexión de Albania ■ Tito, intermediario de los ingleses ■ Revueltas populares en Kosovo ■ Stoinić nos sirve la idea de la «Federación Balcánica» encabezada por Yugoslavia ■ Los amargos frutos del Pleno de Berat.

El período comprendido entre agosto de 1943, cuando se marchó Vukmanović Tempo, y agosto de 1944, cuando llegó junto a nosotros Velimir Stoinić, es uno de los períodos más tempestuosos y brillantes de la historia de nuestro Partido y

de la Lucha de Liberación Nacional en Albania. Durante estos meses, nuestro Partido Comunista creció y templó aún más sus filas, elaboró y aplicó consecuentemente una clara y justa línea marxista-leninista en todos los terrenos, y como resultado de ello se lograron grandes victorias.

La formación y consolidación del Frente Antifascista de Liberación Nacional, la organización y potenciación en las aldeas y ciudades de los consejos de liberación nacional, constituían otro testimonio del trabajo y la lucha colosal que llevó a cabo nuestro Partido en aquel período. La Segunda Conferencia de Liberación Nacional organizada en Labinot, Elbasan, en septiembre de 1943 y sus importantísimas decisiones¹, precedieron a todo el enorme y clarividente trabajo del Partido por la creación del nuevo Estado democrático y popular en Albania. La organización y el desarrollo con pleno éxito del histórico Congreso de Përmet en mayo de 1944, que resolvió definitivamente una de las tareas estratégicas del Partido —creó el nuevo Estado albanés de democracia popular—, constituyen la coronación de este trabajo.

Durante este período, el Ejército de Liberación Nacional Albanés, en enfrentamiento continuo con el ocupante y los traidores del país, incrementó rápidamente sus filas, se armó y se templó en el combate y se afirmó como un ejército de nuevo tipo. Entre otras cosas, hizo frente con éxito a una de las más serias arremetidas del enemigo, la gran Operación nazi de Invierno de 1943-1944 y, en la primavera de 1944, tomó en sus manos la iniciativa y por orden del Estado Mayor

1 Esta Conferencia trató como cuestión principal la consolidación del poder democrático popular. Aprobó los estatutos y los reglamentos de los consejos de liberación nacional, eligió al nuevo Consejo General de Liberación Nacional, denunció públicamente el compromiso de los representantes del Consejo General, Ymer Dishnica y Mustafa Gjinishi (agente secreto del Intelligence Service. Véase: Enver Hoxha. *Las tramas anglo-americanas en Albania* (Memorias). Ed. en español, págs. 178-230. Tirana, 1982) con los representantes del Balli Kombëtar en Mukje, región de Kruja, en oposición a las instrucciones recibidas y decidió que se desenmascarara hasta el fin la actividad hostil del Balli Kombëtar.

General se lanzó a la contraofensiva. Tras la creación de un considerable número de brigadas y otras unidades, que en mayo de 1944 contaban en sus filas con más de 35 mil combatientes, sin contar los destacamentos territoriales y los voluntarios armados en las aldeas, se pasó a la creación de la I División de Choque, y poco después, de la II División del ELN Albanés. A fines de mayo de 1944, en calidad de Comandante General, di al Ejército de Liberación Nacional la orden de que se lanzara a la ofensiva general por la completa liberación de Albania de los ocupantes alemanes y por el desbaratamiento completo del Balli Kombëtar, el Legaliteti y todas las demás fuerzas de la reacción. El fuego de la batalla decisiva envolvió a Albania de Norte a Sur. Todo marchaba bien tanto en el frente externo contra las fuerzas hitlerianas, como en el frente interno. La victoria definitiva no estaba lejos.

Precisamente en este período se intensificaron como nunca antes los esfuerzos y tentativas de los aliados anglo-americanos por intervenir de forma brutal en nuestros asuntos internos*, por impedir que Albania se les escapara de las manos. Pero nosotros golpeamos a tiempo estos planes de los aliados. En el futuro mostraríamos también un continuo cuidado y vigilancia ante el peligro anglo-americano, nuestra lucha y nuestros enfrentamientos con ellos proseguirían, pero, a fin de cuentas, su partida en Albania se había perdido.

Justamente en estos momentos en que la tempestad de la lucha y la revolución en Albania estaba en su punto culminante, llegó a nuestro Estado Mayor General el enviado de Tito, coronel Velimir Stoinić, junto con su ayudante, Nijaz Dizdarević¹. Con su llegada se dio inicio a uno de los períodos

* Véase: Enver Hoxha. *Las tramas anglo-americanas en Albania* (Memorias). Ed. en español, págs. 344-364. Tirana, 1982.

¹ Ignoramos dónde ha ido a parar, hoy este Velimir Stoinić y no hemos oído mencionar su nombre tras la nefasta actividad que desarrolló en Albania, mientras que Nijaz Dizdarević, diplomático de pajarita en París y embajador de rosario en Argelia, últimamente era presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores en la Skupština Federativa Yugoslava (*Nota del Autor*).

más difíciles y delicados de nuestra historia de la guerra y de la postguerra: el período de los enfrentamientos y de los conflictos abiertos y encubiertos con la dirección de Belgrado. El PCA y el pueblo albanés entrarían así, durante varios años, en una lucha nueva, especial, sin cañones ni ametralladoras, pero tan difícil y de tan peligrosas consecuencias, si no más, como la lucha armada contra los enemigos declarados.

La «misión Stoinić»

Velimir Stoinić llegó a Albania en los últimos días de agosto de 1944 en calidad de jefe de la misión militar yugoslava adjunta a nuestro Estado Mayor General.

—La tarea de nuestra misión —nos dijo ya en nuestro primer encuentro en Helmës— es, primero, transmitir fraternalmente a su Estado Mayor General la experiencia del Estado Mayor Yugoslavo en relación con las operaciones combinadas y de gran envergadura ahora que las tropas alemanas se retiran de Grecia, y, segundo, establecer lazos regulares entre nuestros estados mayores generales y los ejércitos de nuestros dos países, ver las posibilidades de que en el futuro coordine-mos grandes operaciones comunes y, tercero, ayudar a la ulterior organización del ejército hermano de Albania.

Pero muy pronto, desde las primeras entrevistas con este coronel y con su ayudante principal Nijaz Dizdarević, nos convenceríamos de que su misión, de militar no tenía más que el nombre, la etiqueta y el modo de actuar. Incluso el propio Stoinić, en el primer encuentro, nos dijo que venía también en calidad de «instructor del CC de PCY» junto a nuestra dirección, pero nosotros no aceptamos esto y él manifestó su disgusto con toda claridad. La verdad es que venía con otras «tareas». Algunas de ellas, las más visibles y perceptibles, según nuestro grado de conocimiento en aquel tiempo, las captaríamos desde entonces. Las demás se clarificarían más tarde,

cuando tornáramos y retornáramos a todo lo que ocurrió desde el momento en que el equipo de Stoinić llegó a Albania.

El tiempo confirmaría que, por encima de todo, la «misión Stoinić» era una misión especial enviada por Tito, cuando finalizaba la guerra en Albania, con nefastos objetivos políticos, de diversión y de espionaje. Vino para organizar el golpe contra el PCA y su línea, para someter al PCA, para transformarlo en un instrumento y en un apéndice del PCY. Vino precisamente en vísperas de la completa liberación de Albania para golpear las bases sobre las que se erigía el nuevo poder popular y para preparar el terreno a la transformación de Albania en la séptima república de Yugoslavia.

Dadas las especiales relaciones que habíamos establecido con el PCY, acogimos calurosa y cordialmente al nuevo enviado de la dirección yugoslava. El nos habló de la situación en Yugoslavia, de la lucha guerrillera y de los éxitos alcanzados bajo la dirección del PCY y de Tito. También nosotros, desde la primera entrevista, le hablamos de manera camaraderil sobre la situación y los éxitos de nuestro ejército, sobre el Frente y el nuevo poder popular que se estaba poniendo en pie.

—Algún otro día —dijo— podré hablarles sobre la organización y la experiencia de nuestro partido comunista.

—Le escucharemos con mucho gusto —le respondí—, nosotros somos un partido joven y necesitamos conocer la experiencia de los partidos más viejos y más grandes, así como intercambiar opiniones.

Así que en otra reunión Velimir Stoinić nos habló acerca del PCY, acerca de su pasado, de la lucha y el correcto desarrollo que ésta adquirió con la llegada de Josip Broz Tito a su cabeza, así como sobre la gran autoridad que el PCY había logrado entre el pueblo, con la heroica lucha que llevaba a cabo hacia la victoria dirigido por el primero.

Hablé también yo sobre la historia de nuestro Partido desde su fundación. sobre la extensión que había adquirido, los éxitos que había logrado, etc., etc. Nada más acabar yo el coronel dejó a un lado su papel de «militar» y dijo:

—En verdad mi principal misión es militar, pero como cuadro del partido y por encargo especial de la dirección de mi partido, conversaremos también sobre cuestiones partidarias y todo lo demás —y comenzó a hacernos «observaciones» en tono grave sobre nuestra línea, a enumerarnos ¡los «errores» que habría cometido «continuamente» nuestro Partido!

Una de las principales «críticas» que había traído Velimir Stoinić era que en la línea de nuestro Partido se habían apreciado «de forma continua» vacilaciones tanto a la derecha como a la izquierda, sin dejar de relacionar el «oportunismo» de nuestra línea con las críticas de Vukmanović Tempo. De hecho Tempo nos predicaba la guerra fratricida, nos recomendaba golpear al entonces recién formado Balli Kombëtar, criticaba los esfuerzos de nuestro Partido por apartar de él a los elementos engañados. Velimir Stoinić, por su parte, nos acusó de que nuestra línea había adolecido de oportunismo, y «argumentó» esto con el hecho de que los representantes del Consejo General del Frente de Liberación Nacional se habían entrevistado con los representantes del Balli Kombëtar, en la aldea de Mukje, en las proximidades de Kruja, a finales de julio y principios de agosto de 1943. Al mismo tiempo, valorando la de Mukje como una «acción oportunista», con el mismo «argumento» nos reprendió por habernos mostrado sectarios al no proseguir las conversaciones con estos colaboracionistas del fascismo italiano y traidores a nuestro pueblo.

Tras escuchar con serenidad a esta persona (lo menos que podíamos pensar entonces era que estuviese mal informado sobre nuestra línea), le respondí:

—No sólo se contradice usted mismo y contradice a Tempo, sino que permítame concluir que desconoce usted la situación en nuestro país. Debe usted saber que el Balli Kombëtar es la personificación de la traición, y sus cabecillas son colaboradores de los fascistas italianos. Desde su creación (la del Balli), el Partido le llamó a la unión contra el ocupante. Esto no constituía oportunismo en nuestra línea, era una línea justa. El Balli Kombëtar nos combatió y colaboró

con los ocupantes italianos. En vísperas de la capitulación de Italia se estaban creando momentos nuevos en nuestra lucha y nosotros debíamos aprovecharlos. Por esta razón llamamos una vez más a los ballistas a que entraran en lucha tanto contra los ocupantes italianos, en vísperas de capitular, como contra los nuevos ocupantes alemanes. Los cabecillas del Balli Kombëtar respondieron positivamente a la llamada que les hacíamos para conversar y decidir lo que se debía hacer en adelante. Nosotros teníamos nuestros objetivos y ellos los suyos. Ellos acudieron a la entrevista con nosotros para obtener algo de reputación, tras el gran descrédito que habían sufrido entre el pueblo, mientras que nosotros, como le dije, partíamos del objetivo de atraernos al Balli a la lucha contra los nuevos ocupantes, los bárbaros nazis alemanes. Y si también en esta ocasión los cabecillas del Balli continuaban su viejo juego, se desenmascararían plena y definitivamente a los ojos del pueblo y los elementos engañados que componían la base de esta organización les abandonarían. Por esto se hizo la reunión de Mukje. Los enviados de nuestro Frente de Liberación Nacional estaban claramente instruidos de que iban a Mukje para decir al Balli que entrara en la lucha y que al margen de ésta no se debía establecer ningún compromiso.

Los cabecillas del Balli tenían sus propios planes en Mukje. Ellos pretendían no sólo crear un comité común, sino obtener la paridad en la dirección de la futura Albania. Reclamaban esto quienes habían colaborado abiertamente con la Italia fascista y cuando, además de no dar ninguna garantía de que combatirían contra los alemanes, pretendían, entre otras cosas, que nosotros aceptáramos la tesis de la «gran Albania», de la «Albania étnica». Los dos enviados de nuestro Partido cayeron en la trampa del Balli y aceptaron sus condiciones, porque uno de ellos, Mustafa Gjinishi, según resulta, era agente del Intelligence Service inglés y el otro, Ymer Dishnica, un oportunista. Desde el primer momento, en cuanto se enteró de esta traición de su delegación, el Partido la denunció. Es por eso, camarada Velimir, que le

digo que no se sostienen sus críticas hacia nuestro Partido y su dirección, ni por oportunismo, ni por sectarismo.

—Insisto en que la condena que hicieron de Mukje fue sectarismo —repitió Velimir—. Debían haber encontrado un lenguaje para convencer a los cabecillas del Balli.

—¡Jamás! Eso habría sido traición, traición al Partido —le respondió Miladin todo indignado—. Si hubiéramos hecho eso, mereceríamos que el pueblo albanés nos pusiera contra un muro y nos pegara un tiro. ¿Por qué han luchado este pueblo y este Partido? ¿Para repartirse el poder con la reacción?

El debate se encendió y se prolongó largamente. Hablábamos principalmente Velimir, Miladin y yo. Koçi Xoxe permanecía completamente en silencio, y, según el giro de la conversación, unas veces enrojecía y otras palidecía; Nako Spiru por su parte no tenía «ocasión» de entrar en el debate: su italiano le tenía amarrado al número dos de la «misión Stoinić», al yugoslavo inteligente y astuto Nijaz Dizdarević. Le traducía a Dizdarević lo que nosotros decíamos.

—No digo que compartiesen el poder —respondió colérico Stoinić a Miladin Popović—. Que tomaran parte en las reuniones previstas en Mukje, esto quiero decir. No intenten ocultar su sectarismo. ¡Se ve a simple vista!

—¿Dónde lo ve usted? —le pregunté.

—En lo que dije sobre la forma en que actuaron en Mukje. Pero tengo también otros hechos. Liri Gega y Mehmet Shehu han puesto en evidencia su sectarismo. ¿Qué es lo que hacen?

—Tienen sus defectos, les hemos criticado por ellos y los analizaremos más a fondo. Pero no olvide que su camarada, Dušan Mugoša, ha sido colaborador estrecho de ellos, incluso inspirador de sus deformaciones y acciones sectarias.

—Dejemos a Mugoša —intervino Stoinić—, ése nos corresponde a nosotros, somos nosotros quienes analizamos su actividad. Nos estamos refiriendo a sus camaradas. Liri Gega en Vlora quita y pone en el comité regional y en el mando a quien le viene en gana. Mehmet Shehu mata en Peqin a 50-60 ballistas de las aldeas de Lushnja y Liri corre por el Norte con la espada desenvainada.

—¡Conoce bien nuestra situación! —le dije con una ironía evidente.

—Creo que la conozco, ¡incluso muy bien! —respondió enreído Velimir Stoinić.

—¡Camarada coronel! —le interrumpí en tono cortante—, somos camaradas y amigos, respetamos y honramos a su partido y a su pueblo hermano, pero, permíteme, me parece que está rebasando sus competencias como militar, tanto como enviado del Estado Mayor General Yugoslavo, como en tanto que miembro de otro partido. Su intervención está fuera de lugar y su tono es inaceptable.

—En primer lugar, somos comunistas —dijo replegándose un poco—. No hay nada malo en que conversemos sobre estas cuestiones. Ya se lo dije, tengo también el encargo especial del camarada Tito de conversar con ustedes acerca de estos asuntos.

—Bien, como comunistas podemos hablar —le respondí—, pero tenga en cuenta dónde habla y de qué habla.

—Discúlpeme —respondió enrojecido—. Quizás dije algo imprudente, pero deben comprenderme, todo se lo digo de manera camaraderil, como amigos que somos y por su bien. No tengo ningún otro objetivo. Pero, dejémoslo por hoy, en otra ocasión conversaremos con más calma.

Nos despedimos con frialdad, a pesar de que sonriéramos y nos estrecháramos las manos. Pero no se me iba de la mente lo sucedido, sobre todo la inesperada acusación de «sectarismo». Mientras poco más de un año antes nos esforzábamos por acercarnos a los elementos nacionalistas y a cualquier otro al camino de la lucha contra el ocupante y Tempo nos acusaba por eso de «oportunismo», más tarde, cuando pusimos en su sitio al Balli, resulta que habíamos caído en «sectarismo». No pude contenerme más y le dije a Miladin:

—No entiendo esto. Estos enviados ¿¿quieren ayudarnos o pretenden a toda costa «encontrarnos» o echarnos sobre las espaldas «un error...»?!

Miladin sonrió forzosamente, me dio una palmada en la espalda y no dijo nada. Era una sonrisa que rara vez había

visto en mi amigo de lucha y de fatigas. Esa sonrisa encerraba desesperación, pesar, quizás también sospecha por lo que decían los camaradas de su partido.

—Luchemos, luchemos y marchemos adelante —dijo—, estos asuntos se aclararán. A fin de cuentas Tempo y Velo [Velimir Stoinić] y, quién sabe quién más, no son ni el PCY, ni el CC del PCY.

—No quisiera ponerlo en duda —le dije.

Eran días repletos de trabajo, de tensión y de los más variados y difíciles problemas, que reclamaban solución correcta y urgente. Los camaradas y yo, en aquellos días y noches, dedicábamos una gran parte del tiempo y de las fuerzas a preparar los planes estratégicos y operacionales para las batallas que desarrollaban o que planificábamos que desarrollarían las divisiones y las demás unidades, grandes y pequeñas, de nuestro ejército, que se había lanzado a la ofensiva general. Los grandes problemas de la vida del Partido en el ejército y fuera de él, los problemas del Frente y de los consejos de liberación nacional requerían de nosotros tiempo y esfuerzos. Y aún más cuando en el Congreso de Përmet habíamos creado el Comité Antifascista de Liberación Nacional, que desempeñaba las funciones del Gobierno Democrático, y cuando este gobierno, y esto es lo principal, no era un engendro sobre el papel, ni un puñado de personas que debieran permanecer en algún lugar a la espera del día en que tomaran el poder.

No, éramos un gobierno en acción, un gobierno que tenía el poder en la mayor parte de Albania, y de día en día nos extendíamos a las ciudades, aldeas y comarcas que se liberaban. Sobre qué campo infinito de problemas complejos era el de la creación, organización y dirección del poder, sobre qué esfuerzos, trabajos, estudios y debates tuvimos que hacer, hablaré detalladamente en otra ocasión. Quiero sólo subrayar que la situación, la fase que había alcanzado nuestra lucha, y otra serie de circunstancias, nos obligaban a pensar y a dar respuesta a todo, desde los grandes problemas de la batalla definitiva por la liberación, desde la garantía del alimento y

alojamiento para la población de las zonas liberadas e incluso de las no liberadas, desde la organización de los primeros trabajos de construcción, hasta la toma de las primeras medidas para la fase en que el Partido y el pueblo tendrían a toda Albania libre y democrática. Nos entorpecían los aliados anglo-americanos que, como avezados tahúres políticos, esgrimían día tras día nuevas cartas para llevarnos a un callejón sin salida, teníamos en torno nuestro a la reacción interna que veía que estaba perdiendo la partida y se esforzaba por crearnos mil y un obstáculos y dificultades. Si se suma a esto la falta de experiencia de casi todos nosotros sobre los problemas de organización y dirección de un nuevo Estado, la manifiesta falta de cuadros, aparece más claro, por poco que sea, el cuadro de la situación. Y precisamente en medio de esta oleada interminable de asuntos, de dificultades y problemas cardinales, medianos y pequeños, se mete la «misión Stoinić» con sus objetivos y designios predeterminados.

En los primeros días de septiembre habíamos descendido a Odrigan (Helmës, con sus cinco casas, no podía mantenernos), y desde allí, por medio de lazos permanentes y numerosos, dirigíamos todo el país. El timbre del teléfono no cesaba de sonar, los mensajes radiados llegaban de todas partes, la entrada y salida de los correos y de los camaradas era incesante. Velimir Stoinić entraba de vez en cuando para «consultar», para «ayudar» o simplemente para el *dobardan**. Pretendía saberlo todo y meter sus narices en todas partes. En una ocasión, mientras intercambiábamos unas palabras de pie, llega un oficial de enlace y me dice:

—¡Camarada Comandante!, notifican de Gjirokastra que van a volar el puente de Dragot. Se aproximan columnas motorizadas alemanas desde la garganta del Drino y del Vjosa, y el puente de Dragot constituye un punto clave. Solicitan su opinión.

—¡De ninguna manera! —le dije—. Que se les ordene

* Servocroata en el original — los buenos días.

inmediatamente que no vuelen el puente, sino que lo defiendan a toda costa.

—¿Por dónde cae este puente? —preguntó al instante lleno de interés Velimir Stoinić.

Me acerqué al mapa y se lo mostré.

—Y ¿¿por qué no volarlo?! —exclamó como si le hubiese picado una avispa—. Es un puente extraordinariamente estratégico. Si las columnas alemanas lo cruzan, les darán mucho trabajo a ustedes, pero también a nosotros. Es mejor que los alemanes sean desbaratados y aniquilados al otro lado, de lo contrario penetrarán por toda Albania y se nos meterán a nosotros en Yugoslavia.

—No se inquiete —le dije—. Nuestra orden es que desde Kakavija hasta Hani i Hotit¹ no quede un alemán vivo. Y, si quedaran, les iríamos pisando los talones hasta más allá de nuestras fronteras.

—Entonces ¿¿por qué no destruyen ese puente?! —preguntó otra vez—. Su destrucción dificultaría mucho la penetración...

—Porque ha llegado el momento en que necesitamos también los puentes —le corté—. Una gran parte de ellos los han volado y los están volando los propios alemanes, muchos otros los vuelan con un celo sorprendente los oficiales de las misiones inglesas. Pero ahora que nuestras fuerzas militares tienen bajo control todas nuestras carreteras, gargantas y montañas, hacer saltar por los aires los puentes quiere decir hacer saltar por los aires la riqueza del pueblo en el poder. Usted ignora que para nuestras acciones el puente de Dragot es un punto estratégico. Por lo que se refiere a la detención de las columnas del enemigo, debe saber que junto al puente se encuentra la garganta de Këlcyra, que nuestras fuerzas han hecho infranqueable para los alemanes.

El jefe de la misión militar yugoslava se marchó descontento. Como dije, su verdadera misión principal no eran

¹ Puntos fronterizos situados respectivamente en los extremos suroccidental y noroccidental de Albania.

los problemas militares, pero también en este aspecto le habían encomendado tareas quienes le habían enviado. Entre ellas una era: «Influir» en nosotros para que durante aquel período inmovilizáramos en los combates, en nuestras tierras, a la mayor cantidad posible de las unidades alemanas que se encontraban en Albania o que se retiraban de Grecia, y que no se permitiera, por tanto, la penetración de las fuerzas nazis en Yugoslavia. Como supimos más tarde, por orden del Estado Mayor Yugoslavo habían creado una sólida muralla en la frontera entre Grecia y Macedonia con el fin de evitar la retirada de los alemanes en esa dirección estratégica. La única «puerta» de retirada, así pues, era Albania. Según esta «distribución de puertas», había que dejar que la bestia nazi herida de muerte derramara su barbarie final sobre nuestras tierras y contra nuestras fuerzas.

Por supuesto, jamás se nos había pasado por las mientes que en la guerra pudiera hacerse también semejante distribución de papeles. Siempre habíamos luchado y luchábamos con todas nuestras fuerzas y posibilidades para dar muerte a cualquier nazi dondequiera que le encontráramos, sin pensar nunca que pudiéramos hacer una «ventajosa retirada táctica» en alguna garganta para dejar que el enemigo fuera aniquilado por algún otro. Esto lo habían confirmado todas nuestras batallas hasta agosto de 1944, lo confirmó del mejor modo la heroica e incesante lucha de nuestras fuerzas desde agosto a noviembre de 1944 y, tras la liberación de Albania, el paso de una buena parte de ellas fuera de nuestras fronteras estatales, a Yugoslavia, persiguiendo a los nazis. De modo que, para esta parte de su misión, Velimir Stoinić no tuvo que derrochar ningún esfuerzo. Quedó libre de concentrar su atención en otros aspectos, más importantes. Y como dije antes, empezó a hacerlo apenas puso los pies en Albania.

¿Cómo dieron comienzo a su trabajo Velimir Stoinić y sus camaradas? Se distribuyeron los papeles. Velimir pasaba por ser el «competente» en la organización del ejército, del partido, del poder, de la seguridad, de la enseñanza, de la cul-

tura, etc. En una palabra era una «eminencia» y el Partido Comunista de Yugoslavia hacía un «gran favor» a nuestro Partido enviándonos a un hombre así para que nos transmitiera «experiencia».

En cuanto a Nijaz Dizdarević, era un verdadero zorro. Un individuo inteligente pero malvado, intrigante en extremo. Lo que sabía lo sabía bien y lo decía mejor. Estaba encargado de trabajar con nuestra juventud y de organizarla contra el Partido, en caso de que éste se opusiera a la aplicación de los diabólicos planes de los yugoslavos. Nijaz Dizdarević no sólo se transformó en la *éminence grise** de Nako Spiru, sino que además puso en acción las «cuerdas del corazón» al servicio de la UDB yugoslava. Durante el complot se nos «enamóro» de una miembro del pleno del Comité Central de nuestro Partido y le prometió que se casaría con ella, pero cuando consiguió todos los datos que necesitaba, se fue y la abandonó.

Días antes de la llegada de la «misión Stoinić», había llegado a Helmës un mayor soviético, Ivanov. Puede imaginarse que le recibimos con los brazos abiertos y con todos los honores que correspondían al representante del glorioso ejército de Stalin. Pero era una lástima que el mayor Ivanov representara a un ejército como el Ejército Rojo. Era un tipo inteligente, perspicaz y, como se vio más tarde, también él había venido con misión militar, pero también con otras, «especiales». Recuerdo bien como se pasaba todo el día sentado en las escaleras esperando al coronel Stoinić y, es un hecho, Ivanov «conoció» Albania y a nosotros, sus combatientes, a la luz de lo que le describía Stoinić. Desgraciadamente la Unión Soviética estaba conociendo a Albania con los lentes de Stoinić y, no sólo en vísperas de la Liberación, sino incluso hasta varios años después, los soviéticos «nos conocerían» por lo que les contaban Tito, Kardelj, Djilas y otros. El mayor Ivanov iba constantemente arriba y abajo haciendo propaganda de Velimir Stoinić y de Nijaz Dizdarević para «con-

* Francés en el original.

firmarnos» la verdad de que «los dos camaradas yugoslavos son una lumbreira». Pero en realidad Velimir Stoinić era un verdadero pollino, un hombre vulgar que se había aprendido de memoria unas cuantas fórmulas y sólo sabía repetir las, sin hablar aquí de las instrucciones que le habían dado, que sacaba de la cartera y citaba a todas horas.

Los primeros debates que tuvieron con nosotros, especialmente las réplicas tajantes que les dimos Miladin y yo, convencieron definitivamente a Velimir Stoinić y Nijaz Dizdarević de que era preciso comenzar inmediatamente el trabajo con vistas a acciones y cambios radicales. Velimir Stoinić trabajaba con tesón para agravar la situación. Comunicaba todos los días por radio con el Estado Mayor de Tito, seguramente con su secretario de organización Ranković, recibía de allí las orientaciones para la acción.

Cuando vio que Miladin, siendo yugoslavo, no les apoyaba en sus críticas, sino que por el contrario se les oponía, planeó eliminarle a él de la escena y aislarme a mí de los camaradas, para poder golpearme más fácilmente. Y así es como actuó. Nos encontrábamos todavía en Odriçan cuando logró quitarse de en medio a Miladin. Le entregó la orden de Tito de que «regresara cuanto antes a Yugoslavia y se presentara a informar». La vileza del grupo de Velimir Stoinić llegó hasta el punto de que no me comunicó, ni siquiera «camaraderilmente», la decisión que se adoptaba sobre un camarada que había trabajado y luchado junto a nosotros durante tres o cuatro años. A Miladin le habían encargado que cuando hablara conmigo sobre su marcha no me dijera que le llamaban para rendir cuentas, sino que simplemente «le enviaban a trabajar a Yugoslavia con otra tarea».

Al principio, para no apenarme, no me dijo la verdad:

—Pero, ¿por qué precisamente en estos momentos?!
—le pregunté—. Dentro de unas cuantas semanas Albania estará liberada. Entremos una vez más juntos en Tirana, no clandestinamente, con la bomba y el revólver en el bolsillo, como en 1941 y 1942, sino libres, como vencedores. Vete después. Reuniré al pueblo y le diré: «¿Véis a este hombre?»

Es montenegrino, yugoslavo. Pero es también nuestro, es también albanés. Se llama Miladin Popović. Nosotros le llamamos Ali Gostivari. Es camarada nuestro, hermano nuestro, un comunista que durante cuatro años, junto con nosotros y con vosotros combatió, se sacrificó, avanzó con nosotros, lo dio todo por esta victoria, por la libertad. Ahora se va. ¡Abrazadle todos y deseadle buen viaje!» Le hablaba así y Ali Gostivari lloraba.

—¿Me escuchas? —le dije—, debes quedarte unas semanas más, debes ver la libertad.

—Lo deseo tanto, Enver, pero... debo irme. Esta es la orden de mi centro.

Sentí que me ocultaba algo. Me entrevisté con Stoinić y en nombre de nuestra dirección le pedí que interviniera ante su dirección para que pospusieran la orden.

—Eso no es posible —dijo frío y seco Velimir Stoinić—, el camarada Tito ordena sólo una vez.

—Bien —le dije—, pero ¿cómo irá hasta Yugoslavia?!

—Atravesando las montañas —respondió—. Estamos aún en guerra.

—No —me opuse—. Eso no lo permitiremos. En 1942 y 1943 nosotros hemos recibido y despedido ilegalmente en coche a Blažo y a Tempo que estaban perfectamente de salud, como manzanas, ¿cómo no vamos a hacer eso por Miladin ahora que estamos casi liberados? Tú lo sabes, Miladin está enfermo, padece de tuberculosis.

—¿Qué le vamos a hacer? —preguntó y añadió después: —todo lo que yo sé es que debe partir cuanto antes hacia Yugoslavia.

Se me ocurrió un plan y solicité urgentemente una entrevista con uno de los oficiales de la misión inglesa. Era el tiempo en que los ingleses deseaban «estar a bien» con nosotros, que les aprobáramos sucesivas «variantes» de desembarco*. Habíamos llegado entonces a un acuerdo con

* Véase: Enver Hoxha. *Las tramas anglo-americanas en Albania* (Memorias). Ed. en español, págs. 344-364. Tirana, 1982.

ellos para que cierto número de guerrilleros heridos gravemente se curaran en los hospitales de los aliados, en Bari, Italia. El inglés se presentó en la habitación donde yo trabajaba.

—Señor oficial —le dije—, deseo de ustedes un favor confidencial.

El inglés olvidó que era militar y se inclinó a causa de la «satisfacción» que le producía el hecho de que le brindara la oportunidad de hacerme un honor así.

—Un guerrillero, íntimo camarada mío, está muy enfermo. ¡¿Pueden transportarle cuanto antes a Bari con sus medios?!
—

—¡Cómo no, mañana por la tarde! —respondió con actitud «servicial» el inglés y continuó: me ha dado la ocasión, mi general, de decirle que deseo hablar algo con usted.

Había previsto que pagaría un «tributo».

—¡Pasado mañana por la mañana!— le contesté de repente.

—*All right!* —se cuadró el inglés y salió.

Encontré a Miladin y a Stoinić y dije dirigiéndome a este último:

—Miladin saldrá mañana por la tarde para Bari con el nombre albanés «Ali Gostivari». Póngase en contacto con su Estado Mayor para que tome medidas y le reciban los representantes yugoslavos junto al Estado Mayor Aliado en Italia. Espero que en los barcos y aviones que enlazan todos los días su estado mayor con el Estado Mayor Aliado, se encontrará un lugar para Miladin Popović.

Velimir Stoinić se ensombreció al ver que el asunto se hubiese solucionado a las mil maravillas, pero no tenía modo de oponerse. Nos separamos.

Antes de partir, Miladin paseaba pensativo. Le alcancé y cuando descendíamos hacia la plaza de la iglesia de Odričan, me echó el brazo al hombro y me dijo:

—Enver, ayer no te lo conté porque no quería disgustarte más. Pero tú debes saberlo. Me marché porque me habían puesto entre la espada y la pared, en nombre de Tito. No

están contentos de mi trabajo. Pero te diré una cosa: este Velimir Stoinić, así como Nijaz Dizdarević se comportan como enemigos. Cuidado con ellos. Sólo deseo poder llegar vivo a Yugoslavia y poder entrevistarme con Tito, que no me quedará callado y sin desenmascararles.

Así se llevaron a Miladin.

Inmediatamente después de despedir a éste, llamé a mi oficina a Velimir Stoinić y le pregunté la razón de la marcha de Miladin. Me dijo con frialdad:

—Tenía orden de Tito de regresar a Yugoslavia.

—No creo que Tito haya ordenado —le dije— que no se me comunicara tampoco a mí esta decisión sobre un camarada que ha trabajado junto a nuestro Partido en estos difíciles años.

—¿Qué? ¿Te ha puesto al corriente de ello Miladin? —preguntó.

—Me puso al corriente, pero te correspondía a tí hacerlo—, le dije friamente y le pregunté: —¿Por qué se ha llamado a Miladin a Yugoslavia?

—Para rendir cuentas —me respondió con arrogancia.

—No soy contrario ni a que haya ido, ni a que rinda cuentas sobre su trabajo ante el CC del PCY —dije—, pero insisto en que se me debía haber puesto al corriente. En caso de que se trate simplemente de «rendir cuentas» —proseguí—, Miladin debía haberlo hecho antes en nuestro Partido, donde ha trabajado. Y yo le digo que ha trabajado muy bien, como un comunista internacionalista. Sin embargo ustedes no han obrado bien, éste es mi punto de vista.

—Puede usted mantener su punto de vista, nosotros mantenemos el nuestro —me dijo Velimir Stoinić, y nos despedimos dándonos friamente la mano.

Tras esto comenzó el segundo paso de la «misión Stoinić»: En el blanco de los golpes estaba yo. Por supuesto, en aquellos días ni sabía ni se me ocurría lo que se preparaba y se tramaba a mi alrededor, pero no podía dejar de advertir la atmósfera de frialdad que se estaba creando.

Eran los últimos días de nuestra estancia en Odrìcan,

cuando viene Velimir Stoinić a mi cuarto de trabajo y me dice en tono grave:

—Camarada Secretario General...

Comprendí que había venido para tratar «asuntos de partido», ya que había adoptado ciertas reglas protocolarias «especiales» en las relaciones con nosotros: Cuando traía asuntos militares comenzaba con «Camarada Comandante», cuando se trataba de cuestiones del poder comenzaba con «Camarada Presidente», y cuando venía por cuestiones de partido la fórmula era «Camarada Secretario General».

—Hemos tenido últimamente una serie de discusiones, pero no las hemos llevado hasta el fin. Creo que debemos hacerlo de una vez —me dijo.

—Según la ocasión y las posibilidades —le corté—. Comprenda usted lo ocupados que estamos.

—Lo veo —dijo—, pero considero esto imprescindible. Tiene importancia para su línea, para todo su trabajo.

—Bien —le dije—, en cuanto encuentre la ocasión le llamaré.

—No, no. Creo que debemos plantearlas ampliamente en el Buró Político de su Comité Central. Incluso me disgusta que hasta ahora no haya reunido al Buró para escucharme oficialmente.

—El Buró, camarada Stoinić —le dije—, se reúne según sus planes de trabajo, según los problemas y las condiciones que se nos presenten. Pero, se lo digo sinceramente, ni he considerado ni considero razonable convocar al Buró para lo que usted dice.

—Eso debía haberse hecho ya —dijo ceñudo y ofendido—. Por lo que yo sé, dentro de poco tienen ustedes una reunión del Buró. Los camaradas están concentrados, incluso he conocido a Liri Gega que acaba de llegar del Norte.

—Que tenemos una reunión del Buró —le dije— eso es exacto, pero se trata de una reunión del Buró del Comité Central de nuestro Partido y, sinceramente, su petición de tomar parte en ella está fuera de lugar, es inaceptable.

—¿Quiere decir que todavía es contrario a que yo tome parte? —preguntó.

—Usted no debe ni plantear semejantes peticiones, que están en oposición a las normas de un partido, independientemente de nuestras relaciones fraternales.

Mientras me miraba a los ojos, con cierta insistencia y en silencio; percibí en él la expresión de una rabia interna y una sonrisa cínica. Después murmuró algo y se fue. Comprendí el significado de aquella sonrisa en cuanto iniciamos la reunión de nuestro Buró Político. Habíamos decidido que analizaríamos en ella los problemas más urgentes de la situación, determinaríamos el plan de trabajo del Buró hasta la liberación de Albania, y, esto era lo fundamental, yo plantearía las principales tesis del informe que presentaríamos al futuro pleno del Comité Central del Partido. Asistíamos a la reunión Koçi Xoxe, Nako Spiru, Ramadan Çitaku, Liri Gega y yo (otros dos ex miembros del Buro, Ymer Dishnica y Gjin Marku, elegidos en la Primera Conferencia Nacional de marzo de 1943, hacía tiempo que habían sido expulsados del Buró Político y del Comité Central del Partido: Ymer Dishnica por la traición que había cometido en Mukje con el Balli Kombëtar en agosto de 1943, Gjin Marku por su casi nula asistencia a las reuniones del Buró Político, así como por el nefasto compromiso con los alemanes, llevado a cabo en Berat en el otoño de 1943¹).

Nada más comenzar la reunión del Buró, se levanta Koçi Xoxe y dice:

—Propongo que invitemos al delegado de la dirección yugoslava, camarada Stoinić, a que tome parte en nuestra reunión.

1 En septiembre-octubre de 1943; Gjin Marku, que mandaba las fuerzas guerrilleras de la región de Berat, sin conocimiento del Estado Mayor General y en oposición a la línea del PCA, permitió la libre entrada de las fuerzas alemanas en la ciudad de Berat liberada por las fuerzas del Ejército de Liberación Nacional. Esta acción sin precedentes en Albania fue condenada por el Partido como una culpa muy grave.

Nos opusimos de forma categórica yo, Ramadan Çitaku y en principio también Liri Gega. Nako Spiru era solidario con Koçi Xoxe. La reunión del Buró, planificada para abordar los problemas más importantes del momento y del futuro, se redujo súbitamente a una sucesión de réplicas acerbas:

—El es jefe de la misión militar —dijo en un determinado momento Baca—, ¿por qué va a asistir al Buró?

—¡Es representante de un ejército y de un partido hermano! —le cortó Koçi Xoxe.

—Entonces convoquemos también a Ivanoy —le interrumpí yo—. Incluso, según esa lógica —añadí irónicamente— podemos invitar como observador al inglés, son también aliados. . .

Se encendieron los ánimos, cosa que para mí era completamente inesperada y sorprendente. Jamás se habían producido escenas semejantes: Como no nos poníamos de acuerdo, se propuso que decidiera el voto. Sorpresivamente Liri Gega levantó la mano junto con Koçi Xoxe y Nako Spiru. Ramadan Çitaku y yo quedamos en minoría.

Así se le dio a Velimir Stoinić el derecho a tomar parte, a intervenir y a dictar en nuestro Buró Político.

En este instante dio comienzo uno de los procesos más amargos y graves de la vida de nuestro Partido, el proceso de la división de nuestro Buró Político, de las «reorganizaciones» y «cooptaciones» y, más tarde, de la conmoción de todo el Comité Central elegido en Labinot en marzo de 1943.

Para llegar a estos resultados Velimir Stoinić debió trabajar de acuerdo con un plan bien pensado y hacerlo cuidadosamente. Como dije más arriba, desde su llegada a Albania había dado comienzo a la aplicación de su plan, pero yo mismo, sólo en aquella reunión del Buró Político, cuando a Velimir se le concedió el puesto de «huésped de honor» por medio del voto, sentí por primera vez que algo serio sucedía. Inmediatamente después de que yo finalizara mi intervención principal, en la que exponía a los camaradas las tesis del informe que debía preparar para el II Pleno del CC, Stoinić pidió la

palabra con cierta «urbanidad». En dos palabras nos agradeció el «honor» que le hacíamos y la «confianza» que manifestaba ante él nuestro Buró invitándole a aquella reunión e inmediatamente abrió la cartera:

—Por lo que ha dicho el camarada Secretario General —dijo—, entiendo que esta reunión es muy importante. Por coincidencia(!), lo que yo quiero decir fraternalmente coincide perfectamente con el tema de la reunión, que discutirá sobre los problemas que van a plantear ustedes al pleno de su Comité Central.

Todo lo que dijo durante dos buenas horas (sin contar el tiempo de la traducción), en esencia eran tesis que ponían patas arriba todo lo que había planteado yo en la intervención inicial. De este modo sus tesis representaban un completo vuelco de toda la línea y de las victorias logradas por nuestro Partido, constituían al mismo tiempo, en caso de que fueran aceptadas, una plataforma completamente errónea para el futuro. En esencia contenían:

Primero, una propaganda eufórica de los «majestuosos éxitos» del PCY y de Tito. Ponía a Tito por los cielos, casi, casi igualándolo a Stalin y dando abiertamente a entender que, por medio de su gran ayuda, «los albaneses y los búlgaros estaban saliendo victoriosos de la guerra».

Inmediatamente después de una tirada de lóas a Tito, al PCY y a su línea «genial», «creadora», etc., Stoinić repitió de forma cortante y brutal lo que ya sabíamos de memoria: «No han tenido ustedes una línea clara», «han padecido de sectarismo, de oportunismo y nuevamente de sectarismo».

Con estas tesis Velimir Stoinić pretendía golpear la línea de nuestro Partido durante el tiempo de la guerra y presentarla como «inestable, confusa y sobre todo sectaria».

Segundo, a pesar de que la reunión estaba consagrada a los resultados de nuestra lucha, Stoinić sólo se refirió a ello con alguna frase cogida al vuelo, incluso en tono despectivo, y no hacía más que mover arriba y abajo la «experiencia», el «ejemplo», la «grande y destacada contribución» del ejército yugoslavo.

La ruidosa propaganda que hacía Velimir Stoinić de su lucha, tenía por objetivo crear la impresión de que nuestra Lucha de Liberación Nacional «no era ninguna gran cosa», «no tenía valor alguno si se la comparaba con la lucha de los pueblos de Yugoslavia». Con esto daba a entender descaradamente que nosotros le debíamos la liberación a la lucha yugoslava y trabajaba en este sentido para crear el punto de vista de que «la nuestra era simplemente una lucha de partidas», o aún peor «una lucha de terroristas y saboteadores». Es decir, este Stoinić sacó de la cartera las viejas tesis hostiles de aquel Vukmanović Tempo con el que yo siempre he estado en oposición declarada y en conflicto.

Tercero, la línea del Partido en relación con el Frente Antifascista de Liberación Nacional era igualmente, según Velimir, una línea errónea, una línea «sectaria», hasta el punto de que fuimos acusados en la reunión de que «no habíamos mantenido una actitud justa» hacia los cabecillas «patriotas» (como Cen Elezi¹, al que no habíamos admitido en el Frente); repitió igualmente lo que nos soltó el día de su llegada: «No hicieron bien al no continuar las conversaciones» con los ballistas en Mukje. Teniendo esto presente, según él y quienes le habían enviado, debíamos rehabilitar a Ymer Dishnica.

Cuarto, la línea organizativa del Partido y la política de cuadros, siempre según ellos, resultaba «errónea», «desarrollada en plan personal», ya que «habíamos relegado a camaradas leales de sus funciones dirigentes», etc., etc.

Como conclusión, los éxitos del PCA eran «pequeños»,

1 Elemento de los notables de Dibra, adversario del Partido y del Frente de Liberación Nacional. En el otoño de 1944, mediante la intervención de Velimir Stoinić a favor de este viejo agente de los reyes de Servia, bajo el pretexto de que Cen Elezi «no se había mostrado tan activo como otros cabecillas reaccionarios contra el Movimiento de Liberación Nacional», fue aceptado en las filas del Frente de Liberación Nacional. Tras el establecimiento del poder popular Cen Elezi colocaría su actividad al servicio de la política reaccionaria anglo-americana y de los restos de la reacción en Albania.

«cojos» y «si el PCA había salido vencedor, eso se debía más a Yugoslavia, al PCY y a Tito». Esto en cuanto al pasado. ¿Qué debía hacerse ahora? Todo aquello, según Stoinić, debía ser «rectificado» y para rectificarlo debidamente, a nosotros, los comunistas albaneses, no nos quedaba más que «seguir el camino yugoslavo, los consejos y las orientaciones de Tito» que nos había traído Velimir Stoinić. La idea radicaba en lo siguiente: «Quien está en este camino es un verdadero comunista, los demás deben ser descartados».

Estas eran, muy brevemente resumidas, las primeras de las principales acusaciones de Velimir Stoinić y los objetivos encubiertos que pretendía lograr por medio de ellas precisamente ahora, en vísperas de la completa Liberación de Albania, cuando salíamos vencedores sobre los ocupantes nazifascistas, los traidores y la reacción interna.

No puedo decir que captara inmediatamente, desde esta reunión, la amplitud, la profundidad y los objetivos encubiertos de la actividad hostil que organizaban los delegados de Tito contra nuestro Partido y nuestro nuevo Estado. No, la verdad saldría claramente a la luz más tarde, pero debo decir que desde aquel momento era más que consciente de una cosa: nos estaban haciendo objeciones y acusaciones injustas e inmerecidas.

Esperé la reacción de los camaradas, pero ellos habían bajado la cabeza y permanecían «a la espera». Pensé que debían estar impresionados por la forma en que Stoinić había tachado todo nuestro trabajo y que, como le teníamos de «huésped de honor», no querían contradecirle abiertamente desde la primera reunión. Pero éramos comunistas y, en honor a la verdad, no teníamos por qué ofendernos ni nosotros, ni el huésped.

Tomé la palabra de nuevo (a pesar de que no me correspondía hablar nuevamente a mí y sólo a mí), y tras agradecer a Stoinić su «interés» y «preocupación», etc. comencé a enumerar brevemente y a rechazar todo lo que no era justo en sus «objeciones» y acusaciones hacia nuestra línea y nuestra situación.

—Entiéndame bien —dije más adelante—. No estoy de acuerdo con las «objeciones» tuyas que acabó de mencionar, no porque no nos gusten las objeciones o los consejos camaraderiles, sino porque la verdad aquí es completamente distinta. Los camaradas expresarán su opinión y usted se convencerá.

—¡Adelante! —dijo Stoinić con una sonrisa incomprensible—. Escucharemos también a los camaradas.

Tras un breve silencio estalló de nuevo la misma desagradable atmósfera que se creó en la conversación en que discutimos si se debía admitir o no a Stoinić en nuestras reuniones del Buró.

—Lo que nos ha referido aquí el camarada coronel Velimir Stoinić —tomó la palabra Koçi Xoxe— contradice en muchos puntos lo que el camarada Enver tratará en el informe del Pleno. Yo digo que no nos precipitemos. Cavilémoslo bien y después hablaremos.

—¿Dónde está el tiempo para cavilar y después hablar?! —se lanzó inmediatamente Liri Gega, con su conocida manía de oponerse a Koçi Xoxe, no sólo por todo lo que decía, sino también mofándose abiertamente de su habla al «estilo de Korça».

—Si hubieras pensado un poco, no habrías cometido tantos errores de sectarismo que han llegado a cubrir la tierra —le cortó Koçi Xoxe—. También hablaremos con calma en el Buró sobre tu sectarismo.

—¡Mejor sectaria que tumbarse a tomar el sol como tú! —le atajó a su manera Liri, poniendo a Koçi el dedo en la llaga.

Más adelante hablaré de la «alergia» Koçi—Liri y de las escenas que se producían con frecuencia entre ellos, pero quiero destacar aquí que incluso entre ellos dos no se habían producido en el pasado disputas abiertas en el Buró. Fundamentalmente «se reservaban» las iras el uno para el otro para el «tiempo libre», o venían a quejarse a mí unas veces los dos, otras uno por uno.

De este modo, entre réplica y réplica, Liri Gega soltó su opinión sobre el problema principal:

—Ha sido o no sectaria la línea del Partido —dijo—,

esto es lo que debemos discutir. Yo misma he obrado según la línea...

Vi que a Velimir Stoinić se le iluminó la cara cuando le tradujeron esta «declaración» de Liri Gega. La anotó rápidamente en su cuaderno y movió la cabeza en señal de aprobación. En muchas de las reuniones que celebraríamos más tarde, cuando descendimos a Berat, la afirmación diabólica y hostil de Liri Gega de que «he obrado según la línea», representaría una fuerte arma en manos de Velimir Stoinić y sus colaboradores. El patente sectarismo (en verdad era así) de Liri Gega les serviría como «argumento» base «para probar» que ¡la línea del PCA había sido sectaria!

Nako Spiru estaba muy entretenido durante todo el desarrollo del debate. Escribía rápidamente en un cuaderno quién sabe qué. Más tarde sabría que tomaba notas detalladas de nuestras reuniones para entregárselas en italiano a su amigo Dizdarević. Esto se transformó en una «tarea» permanente de Nako desde entonces y no llegué a entender cómo se legalizó esto y se hacía abiertamente ante nuestros ojos.

Muchos años más tarde me enteraría de que en el Archivo Central del Partido se encuentra entre otras cosas un acta manuscrita en italiano del II Pleno del CC del PCA (el Pleno de Berat). Los camaradas jóvenes que trabajaban con los dossiers de aquel tiempo, habían preguntado, sorprendidos ante este «descubrimiento»: «¿Qué es este acta en italiano, por qué se ha traducido?!». Cuando me contaron esta historia, me reí y recordé las reuniones llenas de tensión del otoño de 1944 y los cuadernos de notas del «incansable» Nako que se llenaban uno tras otro. Pero con esta «sobrecarga fuera del plan» el astuto Nako maniobraría muy bien: en las situaciones álgidas, cuando no le interesaba pronunciarse, se enfrascaba en sus «notas» y ni siquiera levantaba la cabeza.

Pese a todo, se le pidió también a él la opinión sobre lo que se debía hacer.

—Cuando las cosas se preparan bien —frase de cien posibles significados—, los desacuerdos se resuelven con más facilidad.

En cuanto a Ramadan Çitaku, con su forma de hablar pausada y calmada al estilo de los hombres de Kosova (de donde era y de donde procedía también su seudónimo Baca), respondió:

—Pensar antes de hablar es una buena costumbre. Pero quiero decir una cosa: para nosotros no se plantea el problema de si tiene razón el camarada Enver por un lado, o el camarada Velimir por el otro. El camarada Enver presentó las tesis del informe principal del Buró que será presentado en el Pleno del Comité Central del Partido. Estas tesis son de todos nosotros, porque, mal o bien, todos hemos dado nuestra opinión y hemos trabajado en el establecimiento de la línea que es conocida por todos. Por eso no comprendo ¿¿por qué debemos extendernos diciendo nuestra opinión sobre si se sostienen o no las observaciones del camarada Velimir sobre la línea que hemos aprobado y aplicado nosotros mismos?!

La intervención justa y lógica de Ramadan Çitaku, tras la oposición que había manifestado a la aceptación de Stoinić en el Buró, en la reunión anterior, con seguridad colocaría un círculo rojo en torno al nombre de Baca en el cuaderno de los complotadores yugoslavos. No fue casual la intervención y la presión abierta que hicieron en el Buró Político de nuestro Comité Central durante el mes de octubre para expulsar de él a Ramadan Çitaku.

Precisamente esta primera reunión de nuestro Buró con la presencia de Velimir Stoinić y sus «tesis» servirían como plataforma «oficial» de toda la serie de reuniones, encuentros y rencillas sin fin que nos llevarían valiosas horas, días y noches durante los meses de octubre y noviembre de aquel año, cuando teníamos y nos esperaba tanto trabajo en vísperas de la Liberación.

En estas reuniones tomaría parte también, «naturalmente», el camarada yugoslavo, el delegado de Tito, quien no se conformaría con lo que dijo en Odričan, sino que continuaría con la mayor brutalidad sus ataques contra la línea de nuestro Partido, haciéndome a mí «responsable principal»

de los «graves errores» que habían sido pretendidamente verificados en dicha línea durante el tiempo de la guerra.

Aunque no brillaba por su «agudeza de pensamiento», su trabajo como intrigante y agente adiestrado de Tito-Ranković, lo cumplió bien. Más tarde sabríamos que todo lo hacía siguiendo un guión preparado con tiempo y cuidado por la dirección yugoslava. Este guión secreto se basaba en dos «armas» que los yugoslavos tenían en sus manos: Primero, en la confianza y el respeto que alimentaba nuestro Partido hacia el PC, la lucha y los pueblos de Yugoslavia, bajo la dirección de Tito. Segundo, ellos habían comenzado hacía tiempo el trabajo para preparar su red de agentes en el seno de la dirección de nuestro Partido.

Como dije más arriba, nosotros estábamos interesados en el fortalecimiento de los lazos internacionalistas con ellos y como camaradas comunistas queríamos aprovechar la buena experiencia que pudiera tener aplicación entre nosotros. Pero lo que a nuestro entender era incorrecto o inadecuado para nuestras condiciones, nosotros no lo habíamos aceptado y no lo aceptamos. A pesar de las frecuentes discrepancias que habíamos tenido con los camaradas yugoslavos, no habíamos perdido la confianza en el PCY y en Tito. La dirección yugoslava había instruido a Velimir Stoinić sobre cómo aprovechar precisamente este hecho.

Por otro lado los yugoslavos habían logrado hacerse hacía tiempo con datos detallados sobre los principales camaradas de nuestra dirección, sobre su nivel, su carácter, sus inclinaciones, su temperamento, las aptitudes de cada uno, la opinión que se tenía de ellos en el Partido y entre las masas, etc. No en vano pedía Tito, en su carta de septiembre de 1942, el historial de los camaradas que fueron elegidos para el CC del Partido por la Primera Conferencia Nacional. Más tarde Blažo Jovanović, Vukmanović Tempo y otros proporcionarían a su dirección datos minuciosos, obtenidos en sus entrevistas con nosotros y por otros medios característicos del espionaje. La dirección yugoslava estudiaba esto con cuidado y cuando se acercaba el momento de preparar definitivamente el plan de

acción de la «misión Stoinić», retiró urgentemente a Dušan Mugoša de Albania porque, según se nos dijo, «se le encomendaba otra tarea». Como se iría descubriendo más tarde, incluso hasta hoy, Dušan Mugoša, con el seudónimo Çalamani, había reclutado agentes secretos entre los cuadros de nuestro ejército y fuera de él, allí donde colaboraba. Pero volvamos al tiempo de la guerra, cuando tres o cuatro meses después de la marcha de Mugoša llegó a Albania Stoinić perfectamente preparado.

De este modo, instruido sin duda alguna por Tito-Ranković, Velimir Stoinić utilizaba ahora con éxito los datos acumulados sobre nosotros: tanto para aplastar mi resistencia y la de los demás camaradas sanos del Partido, como para incitar la actividad fraccional antipartido de Sejfulla Malëshova, Koçi Xoxe, Nako Spiru y sus camaradas. Así, Velimir se esforzó, y desde que llegamos a Odriçan lo logró, por crear la siguiente situación: todo lo que hiciera o dijera «Velo», «era correcto», porque «esto lo decía Tito, lo decía el PCY y quien se oponía era un enemigo y debía ser combatido».

Por las más diversas razones y motivos Stoinić consiguió, desde esta primera fase de su actividad como agente, ganarse a cierto número de los principales camaradas de nuestra dirección.

¿Quiénes eran los principales?

Uno de ellos era Sejfulla Malëshova. Es conocido y no voy a hacer su biografía, pero el hecho es que su valor en el tiempo de la guerra era cero. No hizo nada, no cumplió ninguna de las tareas que le encomendamos, tenía supuestamente vena de escritor, pero no fue capaz de hacer ni una octavilla. Era un holgazán ejemplar. No sé cómo ni de qué fuente se había ganado la fama de «profesor de marxismo-leninismo en Moscú», pero fue incapaz de preparar una sola lección. Sus opiniones políticas acerca de numerosas cuestiones eran erróneas, marcadamente liberales. Era un arribista al que le gustaban los elogios, los privilegios, era el prototipo del pequeño burgués. Al yugoslavo Velimir Stoinić le encantaron, tanto para aquel tiempo como para el futuro, estas características

de Sejfulla Malëshova, de modo que las apoyó con toda clase de medios. Sejfulla estaba dispuesto a reñir con un camarada hasta por una cosa tan banal, como, por ejemplo, un cepillo de dientes. Se caracterizaba por un acusado engreimiento. Posaba como «viejo revolucionario», porque «había llegado de Moscú» y «era profesor de teoría marxista», por eso alimentaba la idea de que sería el «jefe» incontestable del Partido y de la Lucha de Liberación Nacional. Como esto no se cumplía, mantenía una callada oposición al Partido. A mí me consideraba como la persona que había ocupado el puesto «predestinado para él antes de que pusiera los pies en Albania». A excepción de mí, nadie prestaba atención a este megalómano. A pesar de todos estos defectos y errores y de todas las críticas que le hacía, mi comportamiento con él continuaba siendo correcto.

Los yugoslavos habían captado bien la naturaleza de Sejfulla, particularmente su sed de ser el «jefe del Partido» y habían encontrado en él al hombre adecuado, aunque sólo fuera por algún tiempo, para desarrollar su obra divisionista en nuestro Partido y para eliminarme a mí. De este modo Stoinić y Dizdarević mantuvieron próximo a Sejfulla, mimaron diabólicamente su amor propio pequeñoburgués, incluso solían decirle: «es una lástima que una eminencia como tú todavía no sea más que candidato al Comité Central», etc. De modo que, muy pronto, hicieron de Sejfulla su hombre, se le ganaron, le dieron tareas, y apreciaban mucho «sus aptitudes teóricas», sobre todo cuando Sejfulla atacaba rastaramente al Partido por posiciones y culpas que eran totalmente inexistentes.

Sejfulla Malëshova, como pequeñoburgués, demócrata liberal y trotskista no se contuvo siquiera ante el torbellino hacia el que le atraían los yugoslavos. Desde el lodazal de la profunda hostilidad en que se había sumido, dio comienzo a su ruin ataque contra el Partido. Según él, «la vida y la verdadera lucha» del Partido comenzaba ahora «que estaba poniendo las cosas en su sitio el camarada Velimir Stoinić» y se sobreentendía que también Sejfulla Malëshova.

El otro elemento al que se aferró y en el que se apoyó firmemente Stoinić era Koçi Xoxe. Era éste un antiguo miembro del Grupo de Korça, un pequeño artesano que figuraba en el grupo de los obreros, ya que trabajaba como hojalatero. Al principio quería al Partido y al comunismo, pero era miedoso, no hacía esfuerzos por ampliar su horizonte y por elevar su nivel de conocimientos, era uno de los pocos obreros de Korça en los que sobresalían la arrogancia, la fanfarronería y que seguían siendo, por así decirlo, «analfabetos». Ni él ni Pandi Kristo hicieron ningún esfuerzo por aprender. Koçi Xoxe aprendía unas cuantas cosas desvinculadas entre sí y se pasaba el tiempo garrapateando notas lacónicas e ilegibles, que sólo él podía descifrar. Incluso no las escribía en papel normal, sino en sobres. Era una manía suya. Pero tampoco le hacía falta mucho papel, ya que escribía poco o nada. Koçi no era ni un organizador, ni un hombre de acción. Tenía una gran idea de sí mismo, creía que lo era todo. Su único mérito radicaba en el hecho de que era obrero y por eso había sido elegido para la dirección y yo le respetaba. Me esforcé por ayudarle, pero también le criticaba, porque no era capaz de destacar en nada, sino todo lo contrario.

Los titistas le habían trabajado tiempo atrás, por medio de Vukmanović Tempo, cuando éste llegó a Albania y realizó junto con Xoxe sus viajes «balcánicos» a Grecia. Como ya dije, yo no vi entonces nada malo en el acercamiento entre Tempo y Koçi Xoxe y estuve de acuerdo en que fueran juntos en dos ocasiones a Grecia, teniendo en cuenta que Xoxe sabía griego y era originario de Negovan. Pero Koçi Xoxe regresó de Grecia ya completamente en manos de Tempo y de la agencia yugoslava.

Mientras estuvo en la cárcel, nosotros sentíamos respeto por Koçi. Cuando salió y estuvo trabajando conmigo en la dirección, nos desilusionamos. Le enviamos a Korça con la tarea de dirigir la lucha allí y él se dedicaba a las «bases de apoyo y a la retaguardia», a reunir ropas en Lavdar y Punëmirë. Allí pusieron a su disposición todas las posibilidades para que trabajara, para que creara y organizara, pero mostró ser un

camarada ordinario de la dirección, no aportó nada concreto ni al trabajo del Partido, ni mucho menos al del ejército. Con la arrogancia y las pretensiones que tenía, era imposible que no hubiese cultivado en su interior una gran insatisfacción. Seguramente Tempo conocía bien esta situación espiritual, la conocía también Velimir Stoinić, quien se ocupó de él, le trabajó, le infló en el sentido que decía antes y le transformó en un arma suya contra nuestro Partido y contra mí personalmente. Koçi Xoxe, trabajado e inflado, apareció como uno de «los proletarios perseguidos», «uno de los miembros del Partido de corazón proletario y de gran valor para el Partido»¹.

La tercera persona que Stoinić consiguió ganarse era Nako Spiru.

Nako era distinto a los dos primeros en algunos aspectos. Era inteligente, con la línea clara, valeroso y buen organizador. Yo le quería, le respetaba y, tras la muerte de Qemal, le recomendé para que sustituyera a éste en la Juventud y en la dirección del Partido. Consultaba a Nako continuamente ya que estuvimos juntos la mayor parte del tiempo. Estuvo en todo momento en la dirección efectiva.

Pero Nako Spiru era, tanto como los dos primeros, un pequeñoburgués de espíritu y tenía muy marcadas algunas características negativas. Era extremadamente ambicioso y propenso a las intrigas. Los chismes y las críticas, pertinentes o no, los tenía siempre a flor de labios. A quienes le gustaban, no dejaba de estimularles para que avanzaran ni de elogiarles, era un hombre de camarilla y tenía un gran deseo de trabajar en este sentido, de estar rodeado de gente que le escuchara, que confiara en las órdenes que él impartía y que las aplicara. Nako era un gran curioso, rebuscaba incluso los hechos más pequeños, personales, de la gente. Muchas veces cuando venía y me contaba pormenores y cuestiones personales que no nos

¹ Más tarde Ranković, homólogo yugoslavo de Koçi Xoxe, no dejó de recomendar a este último incluso ante Stalin como ¡«dirigente de espíritu proletario», el «más decidido» y «esclarecido» en la dirección del PCA!, etc.

competían acerca de uno o de otro, me asombraba y le criticaba.

—¿Dónde te enteras de esas cosas, hombre? —le reprochaba.

—Tengo mis métodos y gente que me informa —me respondía.

Todas ellas eran inclinaciones peligrosas para un comunista y para un dirigente y, además de otras cosas, fue también como consecuencia de ellas que Nako se mezcló en aquella sucia labor antipartido que tramaron los enviados de Tito.

Los yugoslavos conocían y conocieron mejor aún estos serios defectos suyos. Velimir Stoinić y especialmente su ayudante, Nijaz Dizdarević, que pretendidamente se ocupaba de la juventud, alimentaron todas sus ambiciones y le comprometieron muy seriamente. Llegaron incluso a conseguir que Nako Spiru enviara a Tito y al Comité Central del PCY informes secretos escritos por su propia mano, que más tarde utilizarían como presión contra él. Publicaron incluso una parte de ellos, donde, describiendo «la deplorable situación de nuestra lucha, los errores y la mala situación del Partido», me atacaba a mí, me hacía responsable y reclamaba la ayuda de ellos para destituirme del puesto de Secretario General del Partido. Hasta aquí llegaría este camarada en su actividad antipartido. Los yugoslavos, estudiando bien las inclinaciones carreristas de Nako, su ansia pequeñoburguesa de poder, su espíritu hipercrítico, le estimularon en este sentido y mimaron su amor propio y su ambición. Nako se sumaría a sus «críticas» y «acusaciones» sobre nuestra línea, no porque «se equivocara» en la valoración de la línea. En las «acusaciones» de los yugoslavos Nako dislumbró las posibilidades de acceder al poder que se le abrían. Si se echaba abajo como «incorrecta» la línea anterior, junto con la línea sería derribado su principal sostenedor, el Secretario General del Partido. ¿Quién ocuparía su lugar?! Se entiende que quien más contribuyera a denigrar el pasado y quien se ganara de este modo el cariño y el reconocimiento de los yugoslavos. Así juzgó y por eso se empeñaría Nako con todas sus fuerzas en el complot, renegando

cínicamente no sólo del Partido, sino también de los sacrificios de sus tres o cuatro años de lucha y finalmente de su propia vida.

Estos eran, por tanto, los tres bandidos principales que, a través de su enviado Stoinić, los yugoslavos azuzarían ahora con gran brutalidad contra la línea del Partido, contra las indiscutibles victorias que habíamos logrado y estábamos logrando en la lucha.

Naturalmente, la descripción que he hecho de estos elementos jamás podía hacerse ni imaginarse con esta claridad, no sólo en Odriçan, sino tampoco después, cuando nos trasladamos a Berat. Independientemente de los defectos que conocía en ellos, los consideraba camaradas y los trataba como camaradas de la dirección del Partido en cualquier paso o acción que emprendiéramos. Por eso cuando oí de sus bocas los más graves juicios y acusaciones sobre el Partido, me quedé asombrado y sentí que me encontraba ante un grupo de camaradas que se oponían «en bloque» a la línea del Partido y a mi persona, como Secretario General. Naturalmente no advertí de inmediato que nos hallábamos frente a un complot organizado. Estos tres camaradas de la dirección, lo presentaban todo como «preocupación» por «ver las cosas», por «valorar correctamente el pasado», por aprender de «la experiencia y las observaciones camaraderiles de los hermanos yugoslavos», por «eliminar los errores», por «avanzar mejor en el futuro», por presentar las cosas ante el Comité Central «lo más precisamente posible», con «críticas y autocríticas de principios», incluso «bolcheviques», etc. En una palabra, todos jurarían y perjurarían que, de principio a fin, todo era «en bien del Partido», «por su salvación» (!). Pero de hecho todos sus juramentos «por el bien del Partido» eran pura superchería, una máscara para encubrir el complot que se tramaba a espaldas del Partido, a espaldas mías y de todos los demás camaradas que se mantenían en posiciones sanas y de principios.

En esta reunión del Buró Político donde Stoinić lanzaba sus acusaciones, tomaba parte también Liri Gega, pero a ésta

le había caído en «suerte» ser utilizada por la agencia yugoslava como «cabeza de turco». Como relaté antes, durante sus «servicios» en el Comité Regional de Vlora, en la primavera y el verano de 1943, Dušan Mugoša conoció bien a Liri Gega, percibió sus numerosas debilidades, particularmente su espíritu ambicioso y carrerista, y se la atrajo para estimularla aún más en interés de su trabajo de agente. Mugoša, debemos dar a cada uno lo suyo, realizó con maestría esta infame labor antipartido con Liri Gega al igual que con algunos otros. Las actuaciones sectarias, que nuestro Partido conoció y condenó desde entonces, eran fruto, en primer lugar, de la actividad subversiva de Dušan Mugoša, en la que manifestó un visible celo su «alumna» y agente, Liri Gega.

Dušan Mugoša merecía por esto el más alto castigo, pero el hecho es que no se marchó de Albania como condenado. Por el contrario, después de jugar el papel que le había encomendado su dirección, reclutando y comprometiendo a quien pudo, Duqi se largó dejando «en herencia» a nuestro Partido los «errores de sectarismo», que ahora le resultaban necesarios a la dirección del PCY para acusar a la dirección de nuestro Partido Comunista de «incapaz» y «sectaria».

Pero para que toda esta «acusación» surtiera efecto y pareciera concreta, los yugoslavos debían «quemar», aunque sólo fuera provisionalmente, a su fiel agente Liri Gega, como «encarnación de la línea sectaria del PCA». Tras los «errores de Liri» se encubría el golpe de amplias dimensiones que se le estaba asestando a nuestro Partido Comunista.

Toda esta historia amarga y antipartido se desarrollaría durante los meses de octubre y noviembre en la ciudad liberada de Berat, donde descendimos, si no recuerdo mal, días después de la «reunión plataforma» de Odriçan.

En vísperas del complot

El establecimiento de la dirección principal del Partido, del Consejo General Antifascista y de nuestro Estado Mayor

General en la ciudad liberada de Berat, tras casi cuatro años de lucha y esfuerzos en las difíciles condiciones de la ilegalidad, mostraba que habían llegado momentos decisivos e históricos para nuestro país. La Lucha de Liberación Nacional se coronaba con grandes éxitos. La justa línea marxista-leninista del Partido conducía a nuestro pueblo hacia la victoria definitiva. El cariño y la confianza del pueblo y de los guerrilleros hacia él eran grandes y estaban profundamente arraigados en sus corazones, porque el Partido era quien les había educado, organizado, armado, quien les había conducido a la lucha y a la victoria.

Casi habíamos liberado el Sur de Albania. El Estado Mayor General se había trasladado pues a la ciudad liberada de Berat y preparaba allí el plan estratégico de la ofensiva por la liberación de Tirana. Poco antes de que nosotros entráramos en Berat, la retaguardia alemana, que había sido cercada por nuestras fuerzas, cañoneó la ciudad. Se derrumbaron algunas casas, pero no se produjeron pérdidas humanas. Este golpe era como el último estertor de un asmático: en estas zonas ya había triunfado la libertad. Desde allí enviábamos órdenes a las divisiones, brigadas y otras unidades territoriales para que se concentraran, comenzaran el ataque sobre la capital y, después de liberarla, persiguieran paso a paso al enemigo hasta la completa liberación de Albania. En Berat estaba cuando recibí la noticia de la liberación de nuestra querida capital y, poco más tarde, la noticia de la liberación casi completa de Albania. Desde Berat di también la orden de que algunas brigadas de nuestro victorioso ejército atravesaran nuestras fronteras estatales y pasaran a Yugoslavia. Allí, junto con otras dos brigadas de nuestro ejército (la V y la III), que habían recibido la orden de pasar la frontera en septiembre y liberado la mayor parte de Kosova, continuarían la lucha contra los nazis alemanes junto con los camaradas guerrilleros yugoslavos. Recomendaba a nuestros guerrilleros que, en plena unidad con los guerrilleros yugoslavos y con espíritu internacionalista, combatieran sin ahorrar nada por la liberación de los pueblos de Yugoslavia. Los comunistas y

los guerrilleros albaneses cumplieron la palabra del Partido. Combatieron con gran heroísmo en Kosova, Montenegro, Sandjak, en Bosnia-Herzegovina, en Serbia y Macedonia. En estos combates murieron centenares de nuestros guerrilleros y fueron heridos miles de ellos. Su heroísmo y su sangre fueron pisoteados por los titistas, que nos lo pagaron con enemistad y complots contra nuestro Partido y nuestra patria socialista. Pero nosotros cumplimos un deber internacionalista y los pueblos de Yugoslavia, suceda lo que suceda, no olvidarán el sacrificio que hizo el pueblo albanés por ellos.

Allí, en el Berat liberado, habíamos decidido plantear y cumplir una serie de importantes tareas, que quedarían en la historia como señalados acontecimientos para aquellos momentos y para el futuro. Una de ellas era la preparación del informe para la reunión del Consejo Antifascista de Liberación Nacional que se desarrollaría antes del Pleno del CC del Partido, y la preparación de los demás documentos correspondientes. Esta reunión del Consejo, que desarrollamos con pleno éxito, tenía una gran importancia histórica ya que en ella el Comité Antifascista se transformó en Gobierno Democrático de Albania. Así que, en vísperas de la Liberación, el país tenía su gobierno elegido democráticamente. Este gobierno era, pues, el principal órgano ejecutivo y administrativo de nuestro poder popular, establecido por el pueblo y con su lucha sobre los escombros del poder de las clases enemigas, vencidas junto con los ocupantes.

Otra tarea de gran importancia era, sin duda, la preparación del II Pleno del CC del Partido, labor que, como he dicho, habíamos iniciado en Odriçan, pero que tras las ingerencias y las «tesis» de Velimir Stoinić, entraba en un callejón sin salida y se prolongaba con discusiones y debates interminables.

Durante el tiempo de estancia en Berat habíamos establecido el centro del Estado Mayor General en la casa de los beyes de Vrion, donde teníamos las oficinas y donde dormía sólo yo. Otros camaradas dormían en diversas casas de la ciudad. Estos camaradas como Nako, Koçi, Sejfulla, venían

alguna vez al día, con las manos en los bolsillos, preguntaban si había alguna noticia de las zonas militares y se iban. A Pandi Kristo se le había encomendado la tarea de la «seguridad militar», pero más tarde se supo que se dedicaba también a otro tipo de «seguridad». Fisgaba lo que se hacía en el Estado Mayor, quién entraba y quién salía, lo que se hablaba, y se lo informaba a Koçi y a Velimir Stoinić.

Pandi era uno de los elementos que se implicaron de pies a cabeza en el complot de Berat. Era una nulidad desde todos los puntos de vista y, a excepción del hecho de que procedía de las filas del «proletariado» (en realidad había sido aprendiz), no había en su pasado nada que destacara. Se vanagloriaba una y otra vez como «viejo elemento» del Grupo Comunista de Korça, pero todos nosotros sabíamos bien que en 1935, cuando la fracción del trotskista Niko Xoxi abandonó este grupo y se opuso a la justa línea y a las orientaciones del camarada Ali Kelmendi, Pandi Kristo era uno de aquellos pocos que se unieron al fraccionalista Niko Xoxi. Tras el merecido desenmascaramiento de la fracción, Pandi «se retractó», «reconoció» su grave error y se unió a la parte sana del grupo. Pero no se libró de su viejo vicio de dedicarse a actividades fraccionales. Particularmente tras la primavera de 1943 se unió al otro Xoxe, a Koçi, se transformó en un ciego apéndice de éste y, como consecuencia, se colocó al servicio de la agencia que había reclutado a Koçi Xoxe, al servicio de la agencia yugoslava. Todos los años de la lucha los había pasado en cierto modo «sin dar señales de vida» y sólo comenzó a colear y aparecer en el otoño de 1944, justamente cuando Koçi Xoxe y Stoinić juzgaron conveniente ponerle en movimiento al servicio de sus oscuros fines.

En cuanto a Liri Gega, se mantendría más «cerca» de mí, impulsada por otros motivos y por otros objetivos. Creía que en mi oficina se distribuían los grados y los puestos y pretendía hacerse con una buena tajada. Se hacía ridícula en extremo con su ansia de figurar. Venía de vez en cuando con un pedazo de papel en la mano:

—¡Mira! —decía presuntuosamente—. He elaborado dos

leyes. Si estás de acuerdo las imprimimos y las distribuimos.

—Llévaselas al doctor Nishani¹ para que las vea. —le respondía en tono burlón—, él y los camaradas que tiene alrededor entienden de esto.

—Aprobémoslas primero nosotros los del Buró —insistía Liri— y después se las llevamos listas al doctor.

Inclinaba la cabeza sobre el trabajo que tenía delante y Liri salía. Poco después volvía con alguna otra «proposición». Un día me paró en medio de la calle, cuando bajaba con Nako y Koçi a ver la sala donde poco después desarrollaríamos la reunión del Consejo Antifascista de Liberación Nacional.

—He preparado un proyecto de gobierno —dijo toda seria y me alargó una hoja de papel—, he designado a todos los ministros y al consejo de ministros. Te lo doy para que lo veas, cuando tengas tiempo, pero ya sabes que el trabajo no espera. . .

Nako se lo arrebató de la mano y después de echar una bocanada de humo sobre el «gobierno de Liri», comenzó a leerlo con su famosa ironía.

—Dos defectos tiene «tu gobierno» —le dijo después a Liri—, has dejado vacante el puesto de un viceprimer ministro y tu nombre, pazguata (su expresión preferida, siempre en los labios), no figura por ningún lado. ¡Ah!, perdón —añadió después—, has dejado estos dos vacíos por la modestia. . .

—¡No, por nuestro ideal! —juró Liri—. No los he dejado para mí, no encontraba a nadie.

—Bien, bien —le dije—, llévaselo a Pandi Kristo que él es quien recoge las propuestas.

En esta zafiedad y en estas manías de Liri Gega había también una nota de humor y diversión, pero no teníamos

¹ Omer Nishani (1887-1954). Patriota y demócrata revolucionario, una de las figuras destacadas del Movimiento de Liberación Nacional. Miembro del Consejo General de Liberación Nacional desde septiembre de 1943, en el Congreso de Përmet fue elegido Presidente del Consejo Antifascista de Liberación Nacional. Después de la Liberación del país, desde 1946 hasta julio de 1953 ha sido Presidente del Presidium de la Asamblea Popular de la RPA.

tiempo, ni era ni el momento ni la atmósfera para cosas así. En general dominaba una atmósfera sombría, de manera particular en torno a mí y a Baca.

Nako, Koçi, Sejfulla, etc., con el pretexto de que yo estaba ocupado, ya que venían a entrevistarse conmigo comandantes de brigada, miembros del Consejo y otros camaradas del Partido, me hacían un boicot tácito, no declarado.

La llegada a Berat de Hysni Kapo y Gogo Nushi¹ transformó algo mi estado de ánimo, pues estos camaradas me trajeron el cariño y la sinceridad calurosa de los comunistas. Venían del frente y no de las habitaciones donde se tramaban intrigas y maquinaciones.

Entre tanto, la casa donde vivían Velimir Stoinić y Nijaz Dizdarević, o como les llamaban la «misión militar yugoslava», se había transformado en el «centro fundamental del trabajo» y de las habladurías. Allí pasaban horas enteras Nako, Koçi, Sejfulla y otros. Veía esta gran «afinidad» y no me caía bien que perdieran tanto tiempo en balde y se mantuvieran algo alejados de mí, precisamente en un momento en que teníamos un montón interminable de asuntos acumulados y numerosos nuevos problemas que nos surgían a cada momento.

Me enteraría por otros camaradas de que allí no se contaban «historias», sino que se tergiversaba la historia. Cuando venían junto a mí, les veía con el rostro sombrío y arrogante. Pero aunque la situación que se había creado y sus modales me causaban impresión, no me alarmaba ni perdía la sangre fría. El nerviosismo y el humor de Nako los conocía hacia tiempo, la megalomanía y la mezquindad de Sejfulla Malëshova eran cosas corrientes.

Una cosa más me llamó la atención en aquel tiempo. El mayor Ivanov, que representaba a la misión militar soviética,

¹ Hysni Kapo — miembro del CC del PCA, comisario político del I Cuerpo de Ejército del ELNA, que en este momento estaba empeñado en los combates en el Norte de Albania.

Gogo Nushi — miembro del CC del PCA y hasta aquel momento secretario político del Comité Regional de Tirana del Partido.

tras entablar amistad con Velimir Stoinić, comenzó a hacer infrecuentes sus visitas. Venía por pura fórmula, acicalado, recibía alguna que otra información y se marchaba de paseo. Recuerdo que un día comenzó a hacerme publicidad de los generales yugoslavos como Peko Dapčević, Kosta Nadj y otros. Al parecer Velimir Stoinić, Nako Spiru y Sejfulla Malëshova estaban trabajando al mayor Ivanov y se le habían ganado.

Continuaba pues trabajando sin descanso para hacer frente a las numerosas necesidades del ejército, del poder y del Frente de Liberación Nacional. Cuando me quedaba algo de «tiempo libre», me concentraba en el informe, o relación, como la denominábamos, que presentaría ante el Pleno del Comité Central. La lógica me decía que este informe, por los decisivos momentos y el órgano en que sería presentado, debía tratar enérgica y profundamente dos aspectos centrales.

Primero, ya que estábamos a punto de lograr la completa liberación de Albania, el informe «Sobre la línea política del PCA» debía hacer el balance de esa línea desde la fundación del Partido y sobre todo desde la Primera Conferencia Nacional, hasta la Liberación.

Segundo, la nueva situación en que entrábamos planteaba ante el Partido tareas nuevas, grandes y cardinales, por eso necesariamente la segunda parte del informe debía tratar esto en profundidad, reflejar las grandes tareas del futuro, establecer por tanto, la futura línea política de un partido en el poder.

Esto es lo que me dictaba mi convicción. Las conversaciones que había tenido con cierto número de camaradas me la habían fortalecido aún más, y en este espíritu escribía el informe que presentaría en el II Pleno del CC del Partido. Después de algún tiempo terminé el borrador y lo distribuí entre los camaradas del Buró para que lo leyeran. Como resultado de la insistencia de Koçi y de Nako, que transmitían también la «opinión del camarada Stoinić», entregué también una copia a Sejfulla Malëshova para que lo viera.

—Que más da que no esté en el Buró —dijo Nako—. Que lo vea ya que puede dar alguna opinión, sobre todo en el aspecto del tratamiento teórico de los problemas.(!)

Pero esta variante del informe no llegó al Pleno. Con la supuesta preocupación de que el informe reflejara lo mejor posible «la verdad sobre la línea» se desencadenó a cargo de Nako, Sejfulla, Koçi y otros un «bombardeo» sobre cada frase o párrafo de la variante que les había dado a leer.

Es una verdadera odisea describir cómo se logró la variante «oficial», aquella que yo, cuando ya no me quedaba otra posibilidad, me vi obligado a leer en el Pleno. Voy a citar únicamente algunos de estos episodios.

Al comienzo de la primera variante del informe hacía una valoración sopesada y madura de la línea seguida por el PCA en las graves condiciones de la guerra y del terror y llegaba a la correcta conclusión de que la línea política del PCA durante los años de la guerra había sido una línea justa y consecuente, la línea sobre la base de la cual había crecido y se había fortalecido el propio Partido y, bajo su dirección, un pueblo entero estaba alcanzando la victoria definitiva.

Vienen Sejfulla y Nako con el ceño fruncido a la habitación donde yo trabajaba y comienzan con sus cosas:

—Desde el principio hay exaltación —me dice Sejfulla—, hay muchas alabanzas a la línea general del Partido.

—¿En qué apoyáis esa afirmación?! —les pregunté.

—Deben equilibrarse correctamente todos los componentes de una línea para determinar con exactitud el carácter de la línea —comenzó con sus «filosofías» Sejfulla—. Subrayas aquí lo general. Pero olvidas lo concreto, el sectarismo y el oportunismo que han aparecido a veces uno a veces el otro. Debe tomarse en consideración todo, porque no existe lo general sin lo particular.

—Escucha Sejfulla —le digo—, no estoy ni en contra de tu general, ni en contra de tu particular, pero éste no es ni el lugar ni el momento de discursos. Concretamente ¿dónde apoyas lo que dijiste?

—¿Tú citas solamente los éxitos, las victorias; lo positivo! De acuerdo, pero ¿por qué no pones también de manifiesto el sectarismo y el oportunismo que se han producido?

—Primero —le dije— yo no niego las manifestaciones y

las posiciones oportunistas y sectarias, y en el lugar debido están subrayadas. Segundo, y es lo principal, nosotros hemos logrado una gran victoria. A esta victoria no podía conducirnos ni el sectarismo, ni el oportunismo, sino únicamente una línea correcta.

—Eso piensas tú, pero nuestra opinión es distinta —me respondió Sejfulla.

No me sorprendió tanto «su» opinión, como la sangre fría con la que habló. Comprendí que las cosas se habían agravado. Y aún más, el subrayado de Sejfulla, «*nuestra opinión*», dicho en presencia de Nako, que hasta ahora permanecía como al margen del debate mordiéndose constantemente las uñas a causa de un nerviosismo característico en él, me dio a entender que no habían venido para hacer unas cuantas observaciones, sino que reclamaban cambios esenciales. En cualquier caso, yo estaba convencido de la valoración de que la línea política del Partido durante los años de la guerra había sido correcta, y esto lo había subrayado y defendido varias veces en los debates con Velimir Stoinić, por eso no cedí. Pero tampoco ellos cedieron.

—¿También tú, Nako, estás de acuerdo con Sejfulla? —le pregunté.

—¡Coincido con él! —me respondió Nako breve y constante.

—Lo veremos también con los demás —les dije—, pero continuemos adelante.

Sejfulla sacó del bolsillo interior unas cuantas hojas de papel arrugado y las extendió sobre la mesa. Me llamó enseguida la atención su escritura deformada y garrapateada, como la escritura de un niño, y repentinamente me vino a la cabeza el hecho de que a Sejfulla le había tocado escribir muy poco albanés durante su vida. Pero esto fue sólo un momento. Comenzó una larga serie de las más viles e increíbles «constataciones», «observaciones» y «acusaciones».

—¡El Frente! —levantó un instante la voz como si se le hubiera ocurrido quién sabe qué idea—. ¡La línea del Partido con el Frente! Lo has embellecido mucho, Enver. En la línea

hacia el Frente se han cometido grandes errores. ¿Cómo se organizó la Conferencia de Peza?! ¡Acuérdate! ¿Por qué no asistieron Lumo Skëndo¹ y Ali Këlcyra²? ¿Por qué el Partido no se ganó a éstos y a muchos otros patriotas con influencia, sino que dejó que se fueran tras el capote del fascismo? ¿Y Abaz Kupi? ¿Por qué se marchó del Movimiento y se unió a la reacción? ¿Y los demás cabecillas como éste y la gente en torno a ellos? —comenzó a encenderse Sejfulla—. ¡No! El Frente no les abrió las puertas, como correspondía a una organización de masas así, y no es que no pudiera abrirlas, fue precisamente la línea sectaria del Partido el factor que condujo a este resultado.

Le oía según declamaba con gran empaque y no sé cómo, incluso en el colmo de la rabia que se había apoderado de mí, me acordé de la famosa frase de Lenin «filósofos sin cabeza».

Tenía ante mí al verdadero prototipo de estos filósofos. Pero aquí el debate no tenía lugar en el terreno «puro» de la filosofía. Contuve la indignación y clavé los ojos en la minúscula cara, entre el blanco y el amarillo como un limón podrido, que tenía delante:

—Sejfulla, —le dije—, cuando nosotros preparamos y celebramos en el fuego de la lucha la Conferencia de Peza me temo que tú no tenías ni idea de que existiera en Albania una aldea llamada Peza. Me temo que entonces ni siquiera sabías que habíamos creado nuestro Partido Comunista, que levantábamos al pueblo en lucha, que tomábamos en nuestras manos los destinos de la patria y del pueblo. Tú estabas en el exilio, Sejfulla, por eso te pregunto: ¿De dónde sabes tú cómo y de qué manera organizamos la Conferencia de Peza...?! Segundo, ¿de dónde has sacado tú la conclusión de que el Partido ha lanzado en brazos del ocupante a Lumo Skëndo, Ali Këlcyra y al resto de la hez de la reacción ballista? Tercero, ¿de dónde sacas tú que la línea del Frente ha sido sectaria y que sus

1 Seudónimo de Mithat Frashëri, presidente del CC del Balli Kombëtar.

2 Ver la nota 1, página 73 del presente libro.

puertas han estado cerradas para quienes querían luchar? En pocas palabras mi pregunta se resume en esto: ¿Desde las posiciones de quién, en nombre de quién y en favor de quién lanzas estas acusaciones e insinuaciones?!

—Por favor —susurró ahora pálido como la cera—, tu pretendes imponérmeme. También sobre esto tengo observaciones: Tú te esfuerzas por imponernos tus opiniones a toda costa. Tú. . .

—Déjame a mí —le dije—, vosotros habéis lanzado acusaciones contra el Partido y su línea. Responded ante él, yo soy uno y eso no tiene mucha importancia.

—¿Cómo que no tiene importancia?! El jefe del Partido es la figura central y en sus manos. . .

—Sejfulla —le corté— no te vayas por las ramas. —¿Respóndeme a lo que te pregunté!—

—Nuestra conclusión es la que mencioné —se esforzó por ocultar las garras que había sacado a relucir y echó una mirada furtiva a Nako.

Continué largamente el debate con Sejfulla y Nako. Más tarde entrarían también los demás en estas «discusiones». A excepción de Baca todos los demás se habían conchabado.

Para numerosos pasajes me traían párrafos y frases elaborados e insistían al unísono en que su «hallazgo» debía incluirse a toda costa. Yo me oponía, les daba argumentos, pero era imposible «convencerles». Rememoraba acontecimientos y posiciones pasados, los confrontaba con la teoría marxista, los analizaba desde todos los ángulos, pero no, jamás me convencería de que habíamos obrado erróneamente. «Pero ¿por qué los camaradas opinan de otro modo?», me preguntaba y me volvía a preguntar. Este giro inesperado me inquietaba tanto como las mismas «observaciones» y acusaciones que no terminaban nunca.

Entre tanto venía Koçi e insistía en que debía subrayar necesariamente en mi informe la «destacada contribución del camarada Tito para el avance de nuestro Partido», venía Nako y reclamaba que «revisara mejor la parte de la juventud, que sale pálida», venía Liri Gega y decía que «no tiene sentido eso del

sectarismo, hay que poner el énfasis contra el oportunismo».

—Debemos añadir —terciaba Sejfulla— que nuestra posición frente al Balli ha sido siempre inestable, vacilante, oportunista.

—Pero hasta ahora tú decías «posición sectaria», ¿cómo es que ahora se ha vuelto oportunista? —le preguntaba.

—¡La dialéctica tiene en cuenta a ambas! —concluía Sejfulla y se devanaba los sesos para descubrir dónde debía hacer otra «redacción».

Naturalmente, en el informe que les había entregado yo planteaba también autocríticas y críticas sobre el trabajo, y a Nako, Koçi, Sejfulla y otros, que se proponían objetivos que yo no podía conocer en aquel tiempo, cuando se hablaba de las deficiencias y debilidades les resultaba siempre más fácil aumentar la dosis para alcanzar las metas que se habían propuesto entre bastidores. En cuanto veían que en el debido lugar yo subrayaba, por ejemplo, «se han observado también manifestaciones de sectarismo y oportunismo», ¡hop!, saltaba Sejfulla:

—Digamos: «se han manifestado abiertamente, en muchos casos y de manera patente. . .»

—¡De manera alarmante! —«redactaba» de inmediato Nako.

—Exacto —aceptaba el «filósofo». Entonces lo dejamos así: «Se ha manifestado abiertamente, y en muchos casos de manera alarmante, una gran dosis de sectarismo y oportunismo».

Una de las primeras cosas que me causó impresión era la plena coincidencia de «opiniones» de nuestros camaradas con los «camaradas» yugoslavos. Los mismos puntos de vista los había oído un año y pico antes de boca de Tempo en Labinot y Kucaka, las mismas acusaciones me las había repetido Stoinić en Helmës y Odriçan en septiembre y octubre; exactamente lo mismo decían y repetían ahora Sejfulla, Nako y Koçi.

¿Qué significaba esto?

Sobre todo la actitud de Nako me resultaba por completo sorprendente e incomprensible. Si es que había alguien que estuviese informado y ligado directamente a la línea de nuestro Partido, éste era Nako, uno de mis colaboradores más pró-

ximos durante los difíciles años de la guerra. ¿Qué había ocurrido ahora con él? ¿Por qué se contradecía a sí mismo?!

Entre tanto continuábamos las interminables reuniones del Buró del Comité Central, donde se hilaban y se dilataban aún más las indirectas y las frases hechas que me servían en la habitación donde elaboraba el informe y el resto de los materiales. No es posible recordar con exactitud cuántas veces nos reunimos en aquel período de cerca de dos meses que permanecimos en Berat y cuántas noches en blanco se nos fueron en debates y disputas sin principios. Pero como los problemas que se planteaban eran más o menos los mismos, puede decirse que todas aquellas reuniones y encuentros eran sesiones de una sola reunión. Las discusiones tomaron desde el principio un curso erróneo y desde aquel momento comprendí claramente que la «palabra» de Velimir Stoinić en Odrigan nos había causado mucho daño.

Por supuesto, los verdaderos objetivos de la intervención de Stoinić no estaban aún claros para mí, no los conocía ni podía conocerlos, pero se veía a las claras que Koçi y Nako estaban muy influenciados por lo que dijo Velimir Stoinić. Al parecer, pensé, Koçi y Nako son solidarios con las «observaciones» y acusaciones de Stoinić porque quieren aparecer ante sus ojos y ante los ojos de los demás como «aptos» para captar el «error» y tomar posición ante él, incluso «aptos» para rechazar lo que han aceptado y aprobado en el pasado, en aras de la «mejora de la situación».

No cabe duda de que la actitud autocrítica ante los errores del pasado es una norma de los comunistas maduros y entregados. Pero en este caso concreto se consideraba erróneo lo que de hecho era más que correcto. En este caso el error de los camaradas, pensaba, radica en el hecho de que padecen de complejo de inferioridad. No son capaces de valorar correctamente lo que hemos hecho todos juntos y de defenderlo con todas sus fuerzas, sino que por el contrario renuncian a ello simplemente porque «así lo dijo el delegado yugoslavo». Yo no me podía avenir con esta forma de actuar, por tanto, cuidadosamente, me esforzaba por todos los medios por con-

vencer a los camaradas de la verdad. Rebatiendo con hechos lo que afirmó Velimir Stoinić sobre nuestra línea, combatía porque nuestros camaradas se quitasen la venda de los ojos y comprendieran que no teníamos por qué renunciar a lo que era correcto simplemente porque «así dice Velimir». Incluso, con mi oposición abierta me esforzaba por convencerles de que no ocurriría ninguna catástrofe porque contradijéramos las «observaciones» del amigo, aunque fuera ante sus propios ojos.

Sin embargo observaba con pesar que ni Koçi ni Nako se convencían, sino que se obstinaban en sus posiciones andándose por las ramas. En estas reuniones, Liri Gega se colocó «a mi favor», pero sólo por una cosa, el «sectarismo».

—Mis actuaciones —insistía— no han sido sectarias, sino necesarias y correctas. ¡Se hacía la guerra, no discursos...!

En cuanto a Ramadan Çitaku, se dedicaba más a escuchar, se disponía a decir «alguna cosa», pero las intervenciones apresuradas de Nako, Koçi y Liri o no le permitían hablar en absoluto, o le interrumpían nada más empezar. Después de algunas sesiones de debates de este carácter, sus ataques; particularmente los de Koçi Xoxe, se concentraron inesperadamente sobre Liri Gega y Ramadan Çitaku: A Liri Gega se la acusó duramente de sectarismo, mientras que a Baca de inactividad. Se propuso y se decidió que los dos fuesen excluidos del Buró Político y como quedábamos sólo tres, de inmediato se propuso cooptar a dos más.

—Debemos hacer esto ahora mismo —dijo Koçi Xoxe—, después, para cumplir las normas, ¡le planteamos al Pleno nuestra propuesta y nuestra decisión de excluir a estos dos! Planteamos allí también la admisión en el Buró de otros camaradas. Pero por el momento —continuó— yo creo que debemos cooptar para el Buró a dos camaradas de entre los mejores, ¡a Sejfulla Malëshova y a Pandi Kristo! Ambos traerán un nuevo espíritu al Buró.

Hablaré más adelante de lo que se ocultaba tras estas proposiciones y decisiones que se hicieron y se adoptaron allí mismo, pero quiero destacar aquí algunas de mis impresiones de aquellos momentos.

Primero, no podía sino sorprenderme el hecho de que la «propuesta» de Koçi se hiciera tan «inesperadamente», pero de forma igualmente inesperada fue aprobada al instante por Nako y Velimir, como si fuera algo sencillo, como si se tratara de quitar dos sillas y no dos camaradas del Buró Político del Comité Central. ¿Cómo explicarme esto? «Ligereza imperdonable en la solución de los problemas y allanamiento de los rencores personales (tenía sobre todo en cuenta las relaciones Koçi-Liri) de forma vengativa y no comunista», pensé en aquellos instantes.

Segundo, se propuso y se aprobó de inmediato la entrada de dos nuevos miembros al Buró Político, sin ningún estudio, consulta ni análisis previo de su caso, de sus posiciones, etc. ¿Cómo es que Koçi había presentado tan inesperadamente estos dos nombres?! Y ¿cómo los habíamos aprobado «de inmediato», sin contar con la opinión del Comité Central, o como mínimo de los camaradas que se encontraban en Berat aquellos días?

En aquel momento, a esta acción le puse también el sello de «ligereza», «adopción de decisiones de forma atropellada», «elección de los cuadros sobre la base de las simpatías y los lazos personales», etc.

Mi oposición a estas proposiciones inesperadas no podía hacer, como así fue, ningún efecto, porque era uno contra dos, sin incluir aquí a Velimir Stoinić, a quien se le iluminaba la cara con esta «toma de la iniciativa» por parte de Koçi Xoxe.

Más tarde aparecería con claridad que ni la proposición había sido inesperada, ni Nako y Koçi la aprobaron con «ligereza» ni «atropelladamente». Por el contrario, todo estaba bien calculado, discutido y sopesado cuidadosamente entre bastidores. De forma abierta aclararía esto entre otras cosas Pandi Kristo cuatro años después en el XI Pleno* del CC del Partido celebrado en septiembre de 1948.

«En Berat —reconoció Pandi Kristo— se me acercó Nako y me habló de los «errores» de Miladin, de su descontento

* Ver las páginas 562-570 del presente libro.

con Enver, Baca y Liri. Día tras día él y Koçi me contaban cosas semejantes y como resultado se decidió eliminar del Buró en principio a Liri y a Baca, antes del Pleno, y en éste, reorganizar el Comité Central. Allí se vería también la cuestión de Enver ya que en el Buró era imposible resolverlo. En una ocasión —continuaba Pandi— le pregunté a Nako: «¿Qué se hará con el Comandante?¹ ¿Qué impresión producirá entre el pueblo y en el Partido su destitución?» «Debemos convencerle —me respondió Nako—. Y si no se convence, le convencerá la pistola»*.

En esta reunión secreta en la que fuera del Buró se decidía lo que se haría dentro de él, tomaba parte también Velimir Stoinić.

Pandi Kristo, como testificó por sus propios labios en 1948, «se dejó influenciar»² y comenzó a manifestar su descontento.

«No se tiene en cuenta a los obreros —había dicho Pandi en aquel encuentro secreto—. Yo he sido marginado. Era adjunto al Estado Mayor en Kucaka, pero ¿qué hacía? Terminé de cocinero.»

Velimir Stoinić le escuchaba y asentía con la cabeza.

«*Tako je! Tako je!** ¿Qué procedencia tiene el camarada?»

«Obrero —le había respondido Koçi—. Le tenemos en el Comité Central». «Bueno, bueno, continúe» —le había alentado el enviado yugoslavo.

Pandi había vomitado contra el Partido, contra Miladin y contra mí todo lo que le había venido a la boca y Stoinić le había preguntado: «¿Cómo ha ascendido en el Partido este

1 Enver Hoxha.

* De las actas del XI Pleno del CC del PCA, 13-24 de septiembre de 1948. ACP.

2 «Koçi Xoxe ha sido el colaborador más estrecho de Nako, Velo y Dizdar [Nijaz Dizdarević] —dijo entre otras cosas Pandi Kristo—, y éstos me influenciaron a mí. Berat tiene poco de bueno y mucho de malo. Mi descontento y el de Koçi favorecieron la actividad hostil de Berat, ya que Nako no se hubiese atrevido a hacer por sí sólo aquello» (*De las actas del XI Pleno del CC del PCA, 13-24 de septiembre de 1948. ACP.*).

** Servocroata — ¡Así es! ¡Así es!

camarada?» «¡Con lucha, con esfuerzos!» —le había respondido Koçi (a pesar de que el propio Pandi le había dicho que no había hecho nada o, como mucho, la comida del Estado Mayor. Pero Velimir Stoinić apreciaba otra cosa. Apreciaba la aptitud de Pandi Kristo como cocinero de calumnias, de acusaciones).

Después de este encuentro Nako le había dicho confidencialmente a Pandi Kristo:

—¡Felicitaciones! Ellos (los yugoslavos) están muy satisfechos de ti.

Dos o tres días más tarde, Pandi Kristo, codo con codo junto a Sejfulla, Koçi y Nako, teniendo como eje a Velimir Stoinić, se levantarían contra mí en el Buró como un pesado bloque.

El segundo paso de la «misión Stoinić» estaba dado. El Buró de nuestro Comité Central había sido reorganizado entre bastidores y ahora, de sus cinco miembros, cuatro eran dóciles instrumentos de los yugoslavos.

Se entiende que después de esto, la confusión, los ataques y las acusaciones se desencadenaron más abiertamente y prendían con más facilidad. Mi aislamiento se hizo completo no sólo en el Buró sino también fuera de él. Como resultado, las cosas se hacían cada vez más difíciles y el día de la reunión del Pleno se acercaba. Me di cuenta de que sería muy difícil determinar la línea y las tareas para el futuro. La situación había sido creada precisamente para que nos ocupáramos del pasado o, para ser más exactos, de denigrar el pasado.

Uno de aquellos días, en vísperas del Pleno, me viene a ver Nexhmije [Xhuglini—Hoxha]. Estaba llorosa y con un sentimiento de inquietud y desesperación que no podía ocultar me dijo:

—;Cómo es eso... justo en vísperas de la Liberación habéis decidido apartarme de la dirección de la juventud?

—;Por qué? —le pregunté asombrado—. ;Quién te ha dicho eso?

—;Por qué finges no saberlo? Me llamó Nako, me propuso que diéramos un «paseo», llegamos a la orilla del Osum y allí me dijo: «Has venido en vano a Berat...» (ella estaba

en la región de Dibra y en las montañas de Albania Central, como delegada del Comité Central de la Juventud en la Segunda División guerrillera y en la zona donde ésta actuaba).

«¿Cómo en vano...?! le dije —me contaba Nexhmije—. El camarada Enver me envió una carta y al final me decía que en noviembre se celebrará la reunión del CC de la Juventud y el Congreso de las Mujeres Antifascistas. Esperé a que me avisarais, pero como no tuve noticia ni de vosotros, ni de las camaradas de la organización de la Mujer, pensé que vuestra notificación se habría quedado en el camino. Por eso vine. ¿Por qué? ¿Es que no debía venir?»

«No, no, ya que has llegado quédate —me dijo Nako—. Pero ya no trabajarás más con la juventud. Se te ha encargado otra tarea importante, como miembro de la Comisión de Agit-prop adjunta al CC del Partido y ahora trabajarás con Sejfulla Malëshova».

Esto me dijo Nexhmije y después calló: Guardé yo también silencio, me recuperé y bromeando le dije:

—¿Y por eso estás disgustada?! Tenemos mucho que hacer y no todos vamos a trabajar con la juventud. El sector que te ha dicho Nako es también muy importante, sobre todo ahora que el Partido y el pueblo están tomando en sus manos el poder.

Le hablé así porque no quería que se enterara de las grandes querellas y divisiones de la dirección. No quería que se enterara porque eran problemas muy delicados y debían mantenerse en el máximo secreto, pero tampoco quería disgustarla e inquietarla cuando de un momento a otro esperaríamos la gran noticia de la liberación de Albania.

Pero comprendí que las cosas andaban peor de lo que pensaba: Al no convocar a Nexhmije ni al Congreso de las Mujeres, ni a la reunión del Comité Central de la Juventud, Nako y sus camaradas pretendían que no estuviera cerca de mí, ya que podía constituir un obstáculo para lo que querían hacer, podía oír lo que se decía y avisarme a mí. Esto se me ocurrió súbitamente y me pregunté perturbado: ¿Qué será esto? ¿No será que están actuando a espaldas...?.

Pero cerré la boca ya que no podía acusar a los camaradas de semejantes acciones, bajas. Estaba disgustado con sus actuaciones y posiciones, los interrogantes se me sumaban uno sobre otro.

Estuve aquellos días con Hysni y Gogo, pero tampoco a ellos les dije nada. Pensaba que todo era un problema interno del Buró, que se resolverían a tiempo todas las dificultades, y al mismo tiempo consideraba una violación del secreto hacer lo contrario. Pero pensaba y obraba así porque aún no sabía que entre bastidores se estaba preparando un complot. Desconocía la infamia que preparaban sin descansar un instante los «camaradas»; infamia en primer lugar hacia el Partido y el pueblo, pero infamia también hacia mí. Si hubiese sabido esto, desde luego que las cosas habrían marchado de otro modo. Me hubiera presentado abiertamente ante los camaradas del CC y no para trabajármeles, sino para esclarecerles la verdad, para avisarles de lo que se estaba tramando. Y como desconocía lo que se jugaba en la sombra, fui al II Pleno del Comité Central del Partido convencido de que teníamos discordancias de opinión y de puntos de vista con el enviado de la dirección yugoslava y de que los camaradas de nuestro Buró se habían «solidarizado» injustamente con él, pero sin tener claro lo que en realidad se encubría tras esta solidaridad.

Dos o tres días antes de comenzar el Pleno me viene todo preocupado Koçi Xoxe y me dice:

—Debe ponerse mejor de manifiesto la ayuda providencial de los camaradas yugoslavos, sobre todo de los camaradas Tempo y Velo.

—¿Qué es lo que debemos subrayar aún más sobre la ayuda de estos camaradas? —le pregunté en un tono tan «habitual» y con tal «sinceridad» que Koçi no percibió nada de lo que pretendía con mi pregunta.

—¡Desde la fundación del Partido hasta hoy! —me dijo con un celo asombroso—. Debemos subrayar que especialmente la llegada de los camaradas Tempo y Velo nos ha ayudado a distinguir los grandes errores pasados y actuales y a poner bien los puntos sobre las «es».

La coincidencia de los «argumentos» de Tempo y de Stoinić con los de Koçi, Nako y Sejfulla al principio me sorprendió, después consideré que era una coincidencia; pero fue sobre todo durante el desarrollo de las labores del Pleno cuando me convencí de que no era coincidencia, sino una «asimilación» de los «argumentos» de los yugoslavos por parte de nuestros camaradas. Esto era snobismo, un signo de inmadurez, manifestación de sometimiento y acatamiento a priori del juicio de uno más «poderoso», independientemente de dónde estuviera la verdad.

Todo esto, sin duda, era dañino y condenable, pero pensaba que en el Pleno, y sobre todo después de él, los ánimos se tranquilizarían, los camaradas reflexionarían, juzgarían mejor las cosas y rectificarían en el mismo trabajo. Pero más tarde se confirmaría que estos «argumentos» míos no eran reales. Eran, como mucho, expresión del deseo y de la inclinación a valorar positivamente un gran enigma. La realidad era muy otra y era mucho más grave y amarga. Se confirmaría pues que la oposición de los camaradas del Buró a la línea del Partido y a mí no era un desliz ocasional, sino una actividad premeditada y tramada en encuentros y conversaciones realizadas a espaldas, bajo el estímulo y la dirección de Velimir Stoinić y Nijaz Dizdarević.

Se trataba de un complot que se había estado tramando durante dos o tres meses en secreto, a mis espaldas y a las del Comité Central del Partido y se desencadenaría ahora en el Pleno con toda su virulencia.

El complot de Berat

En las graves condiciones que he referido, el 23 de noviembre comenzó sus trabajos el Pleno. Además de los miembros y de los candidatos del Comité Central del Partido elegidos en la Primera Conferencia celebrada en Labinot en marzo de

1943 (faltaba únicamente el candidato Mehmet Shehu, a causa de que estaba ocupado en las actividades para establecer y mantener el orden en la Tirana recién liberada), Velimir Stoinić fue «invitado» a tomar parte en el Pleno, como representante de un partido hermano. Digo «fue invitado», porque al punto en que habían llegado las cosas, Stoinić habría entrado en la reunión incluso sin invitación, apoyado en la mayoría existente en el Buró a su favor, para llevar hasta el fin la tercera fase de su plan, la escisión y el desconcierto del Comité Central del Partido y mi exclusión de la dirección.

Por lo que recuerdo, los tres informes previstos fueron presentados el primer día. El hecho de que Sejfulla Malëshova fuera el primero en tomar la palabra era reflejo de todo lo que se venía cocinando y preparando hacía tiempo entre bastidores. Presentó el informe «Sobre la situación política actual» del país. La bazofia que había preparado Sejfulla junto con sus camaradas no merece ni ser mencionada. Quiero sólo subrayar que «el informe sobre el momento político» era más que nada una declamación patética de una mano oportunista, sin ninguna idea ni problema, sin ninguna orientación o tarea para el momento, y mucho menos para el futuro. El hombre a quien la heroica lucha del pueblo y del Partido le había pasado tangencialmente, quien, fuera de peligro, «sentado en su jardín»¹, se calentaba las manos sobre el cuerpo abrasado de la patria, ahora, apoyándose en la lucha y el heroísmo de un pueblo y un Partido enteros, encontraba la ocasión de vanagloriarse y jactarse de lo que no le correspondía. Aún no había llegado el tiempo de que expresara su idea sobre el «jefe del Partido», que exhibió después.

El informe principal que estaba previsto que se presentara en el Pleno, «Sobre la línea política del PCA», lo leí yo. Por lo que sé, en los archivos del Partido se guarda una copia, pero es la copia de la variante, como decirlo, «oficial»,

1 Ironía con los versos de Sejfulla Malëshova:

«Sentado en mi jardín

Entono una vieja canción»

de la variante que se preparó «con la ayuda», esto es, con las ingerencias, presiones, «redacciones», supresiones y añadiduras que le hicieron hasta el día anterior al Pleno Nako, Sejfulla y Koçi (Pandi Kristo, como «neófito» en el Buró, se limitaba a aprobar las «serias observaciones» de sus camaradas, no estaba en condiciones de emborronarlo más). El tercer informe, con el lacónico título «Sobre la organización» lo presentó Koçi Xoxe. Después se desencadenaron las discusiones y los debates que se prolongaron durante dos o tres días. Algunas de estas intervenciones se extendían más de dos o tres horas, como fue la primera intervención de Nako Spíru (tomó la palabra varias veces), o una de las intervenciones de Sejfulla Malëshova, quien al igual que Nako y Koçi, no perdía un momento sin pedir «un minuto sólo para aclarar» y que después de levantarse tenía al Pleno pendiente más de media hora de lo que soltaba a tontas y a locas.

El II Pleno de nuestro Comité Central, convocado para discutir y resolver tareas de gran importancia histórica para el Partido y para el futuro de la patria y del socialismo, se transformó de arriba abajo en lo contrario de su objetivo principal. La mayoría de los camaradas del Comité Central (sin incluir aquí a Naxhie Dume y a algún otro), se encontraron, para sorpresa y pesar suyo, ante un ataque inesperado y febril que golpeaba y echaba por tierra lo que para ellos era sagrado. Los camaradas, desde el primer día, probaron el mismo sentimiento, la misma desilusión que me atormentaba y me consumía a mí desde hacía dos o tres meses.

El espíritu de los informes, particularmente el de Koçi Xoxe, no sólo echaba por tierra todo lo bueno del pasado, sino que, y esto era lo principal, orientaba y llamaba a los camaradas a que en sus intervenciones consideraran y trataran los asuntos bajo la misma tenebrosa luz, bajo el mismo distorsionado punto de vista que él. Recuerdo bien los rostros sombríos de los camaradas y el completo y helado silencio que acompañó a la lectura de los informes de principio a fin. De forma no casual, desde las primeras intervenciones, se levantaron Nako, Sejfulla, Pandi, e «intervino» varias veces

Stoinić. El objetivo era que el silencio y el asombro de los camaradas no se transformara en lo contrario del «espíritu» que se dictaba desde arriba. Lo que se pretendía se logró. Se pedía a los camaradas, desorientados e instigados, que hurgaran en el pasado, y después de esto, es imaginable, muchas de las intervenciones se dejaron llevar por la corriente. Hubo también entre ellas bastantes intervenciones correctas y equilibradas, como las de Gogo Nushi, Hysni Kapo, Manush Myftiu y otros, pero el hecho es que cierto número de miembros y candidatos del Comité Central, bajo la influencia del clima general, ¡manifestaron marcadas vacilaciones en el Pleno y aceptaron, unos más y otros menos, las tesis del enviado yugoslavo y de sus voceros, el grupo de Nako, Koçi, Sejfulla y Pandi!

Por las circunstancias en las que se produjo, este desliz de los camaradas puede considerarse hasta cierto punto justificable y previsible. Los camaradas del Pleno se encontraron incluso ante dificultades más grandes que en las que nos encontramos nosotros, los miembros del Buró Político, cuando, en Odriçan, Velimir Stoinić nos soltó sus «directivas» por primera vez. Entonces nos habíamos encontrado ante las acusaciones de los delegados de otro partido y si en los otros camaradas del Buró no hubiesen existido las premisas y ambiciones que mencioné, hubiesen salido en bloque contra el «amigo», le habríamos quemado en las manos sus «observaciones» y junto con ellas el complot mismo. Mientras que ahora los camaradas del Pleno no oían simplemente las «observaciones» y acusaciones de un «extraño», sino que las estaban escuchando de boca de los mismos dirigentes del Partido, como Koçi, Nako, Sejfulla. Esta nueva circunstancia daba a las «observaciones» y acusaciones una especie de sello oficial. El complotador en jefe Stoinić no se había esforzado en vano durante sus dos o tres meses de estancia en Albania: El negro plan de Tito y consortes se lo servía ahora al Pleno del CC del PCA no simplemente con sus propias manos, sino ¡con las manos de la parte principal del Buró del CC de nuestro Partido! Este hecho hacía más «creíbles» las acusaciones yu-

goslavas, ya que en aquel tiempo no podía hablarse de un nivel suficiente de los camaradas como para que estuvieran en condiciones de distinguir rápida y claramente lo que era verdadero y lo que era falso en lo que se decía. Y lo que es aún más importante, a nadie se le pasaba por la cabeza que se tratara de un complot organizado entre bastidores con diabólicos objetivos por quienes se presentaban como amigos y a los que nosotros, desgraciadamente, considerábamos como tales y presentábamos públicamente como tales.

La principal acusación que atravesó de principio a fin el Pleno así como todo el período anterior a él, estaba relacionada con **la línea política de nuestro Partido**. La dirección del Partido y yo de manera especial, fuimos golpeados por no haber estado en situación de establecer y aplicar una línea correcta, de haber oscilado del sectarismo al oportunismo y viceversa.

Como «argumento» para ello se presentó todo lo que he descrito antes en los enfrentamientos que habíamos tenido con Blažo Jovanović y sobre todo con Vukmanović Tempo y Velimir Stoinić. «Lo nuevo» del Pleno era que estas bien conocidas acusaciones de los yugoslavos, Nako Spiru, Sejfulla Malëshova y Koçi Xoxe las presentaban ahora como «propias», como resultado de su «juicio y valoración». Así sucedió por ejemplo con Nako Spiru, quien presentó como suya la tesis de Tempo de que «nuestro Partido y su Comité Central habían sido sorprendidos por la fundación del Balli Kombëtar y no comprendieron que éste surgió como reacción contra el Frente de Liberación Nacional», así sucedió también con el oportunista en jefe Sejfulla Malëshova, quien farsante y voluble como era, nos acusó de «oportunismo» con el Balli por el período en que nos esforzábamos en aproximar y darnos a la mayor cantidad posible de elementos nacionalistas y patriotas y, particularmente, a la gente sencilla engañada por la demagogia del Balli, etc.

No vale la pena que nos detengamos aquí en la falsedad de estas acusaciones de «oportunismo», quiero sólo destacar una cosa: a propósito de las manifestaciones o de la «línea

oportunista», tanto Velimir Stoinić como sus adeptos no insistieron mucho. La acusación de «oportunismo» pasó en el Pleno levemente (explicaré después por qué), y el acento y las fuerzas se concentraron en las acusaciones de «sectarismo». Este último fue calificado como «el peor de los males de nuestro Partido y de su dirección», el factor que pretendidamente había dificultado y frenado el desarrollo del Frente, de los consejos de liberación nacional, de las organizaciones de masas y del propio Partido. El sectarismo fue calificado igualmente como el mayor peligro para el futuro, por tanto, según Stoinić, Nako, Koçi y otros, se debían saldar las cuentas con el «sectarismo» y los «sectarios», de otro modo ¡ni el Partido, ni la nueva Albania, se podrían mantener en pie!

Sejfulla Malëshova, la más perfecta encarnación del clásico oportunista que ha conocido nuestro Partido, en una de sus intervenciones llegó a hacer acusaciones monstruosas:

—¡El marcado sectarismo en la línea —declaró lleno de rencor— está transformando al Partido en una banda de terroristas! ¡En nuestros camaradas, sobre todo en los de la dirección principal, se ha perdido el verdadero corazón de los comunistas a quienes les duele la vida del hombre!

El hecho es que muchos de los camaradas que tomaron la palabra después de él, incluso de entre aquellos que se habían desorientado y habían transigido con el espíritu que se dictaba, golpearon y rechazaron con indignación esta acusación de Sejfulla. Yo mismo, tanto en el Pleno como antes de él me había enfrentado ásperamente con Sejfulla por esta vil acusación. Pocos días antes del Pleno, cuando ya había sido cooptado para el Buró, viene a mi oficina con gran «alarma».

—¡Se está recurriendo al terror! —me dijo lleno de indignación.

—¿Terror? —le pregunté asombrado—. ¿Dónde?

—¡En Tirana! —respondió—. Se está matando a muchos oficiales arrepentidos.

—En Tirana prosigue la gran lucha por la liberación de la capital —le dije—. Lucha a vida o muerte. ¿A qué le llamas tú terror? Y ¿por qué oficiales te lamentas? La guerra está

acabando —proseguí—. Cuando les llamamos a que se lanzasen a las montañas y que combatieran junto con nosotros al ocupante, no se movieron de sus agradables rincones. Se han «arrepentido» demasiado tarde y nosotros ya sabemos lo que tenemos que hacer con los criminales.

—¡Ah!, ¡aquí está el sectarismo! —se lanzó Sejfulla—. ¡Se ha perdido el verdadero corazón del comunista, a quien le duele la vida del prójimo, que se lo piensa bien antes de decidir la eliminación de alguien, que puede corregirse y servir al país!

Al parecer estaba consternado por el merecido castigo que había recibido el enemigo del Partido y del comunismo Zai Fundo, a quien le unía todo un pasado en el exilio, el pasado de los «comunistas de salón». Estaba afectado, consternado también, según parecía, por la eliminación en pleno combate de los oficiales del antiguo ejército monárquico que, tras servir al fascismo, se habían transformado en agentes de la Gestapo y en comandantes de las unidades traidoras, que combatían codo con codo con los alemanes en Tirana y otros puntos.

—Esa es una grave acusación, Sejfulla —le dije—, y deberás responder por ella.

—¡Responderé, cómo no! —respondió engallado Sejfulla—. Lo repito, nuestros camaradas no tienen ni idea de que existe un derecho humano internacional para los arrepentidos y los prisioneros.

—¿Quién se ha arrepentido y cuándo? —le pregunté en tono tajante—. ¡¿Los asesinos y los saqueadores, los que están manchados hasta los ojos con la sangre del pueblo?! ¿Los que después de haber asesinado y torturado hasta el 15 de noviembre, el 16, cuando ven que han perdido la partida, simulan «arrepentirse»? No Sejfulla, la guerra tiene leyes para los criminales y son precisamente estas leyes las más humanas.

—¡No soy de esa opinión! —dijo el oportunista y se marchó.

Y he aquí que encontró la ocasión y el valor no sólo de plantearnos en el Pleno su monstruosa acusación, sino de llegar a calificar a la dirección del Partido de «terrorista».

Los otros integrantes del complot, Koçi, Nako y Pandi se mostraron «más prudentes» en los «argumentos» que presentaron y, desde muchos puntos de vista, esto fue más peligroso ya que era más difícil que se desacreditaran y se desmascararan en ese mismo momento. Incluso el propio Stoinić, cuando escuchó la acusación de Sejfulla, se levantó y la calificó de «avanzada», «apresurada», incluso «injusta...».

Esto representó una llamada de atención para los demás: ¡no soltéis insensateces como Sejfulla que os desacreditaréis y nos quedaremos con los planes en la mano!

De este modo, tanto Nako, Koçi y Pandi, como Naxhie Dume y algún otro «argumentaron» el sectarismo con hechos «más creíbles»: «la línea sectaria hacia el Frente», «la posición sectaria ante Ali Këlcyra, Bazi i Canës, Cen Elezi», etc. Sobre todo, las conocidas actividades sectarias de Liri Gega y de Mehmet Shehu fueron un fuerte «argumento» en manos de los complotadores. Muchos de los camaradas que estaban al tanto y conocían las actividades erróneas y sectarias de estos dos, aportaron nuevos hechos y esto bastó para que a la línea del Partido y a su dirección se les colgara el sambenito de «sectarias».

Pero la verdad, como respecto a todas las demás acusaciones, era completamente distinta. Del mismo modo que la línea no había sido nunca oportunista, tampoco había sido nunca sectaria.

Naturalmente, sería un engaño y una autosatisfacción suicida que nosotros pensáramos que no nos amenazaban peligros de esta clase o que no habían aparecido manifestaciones así. No, se habían dado casos concretos, pero nosotros, en cuanto nos enterábamos, en cuanto nos los señalaban, tomábamos de inmediato las medidas necesarias para golpearlos severamente e impedir que se agravaran.

Se levantó también en el Pleno Bedri Spahiu y, para ser solidario con sus «camaradas», sobre todo con Sejfulla, dijo entre otras cosas:

—¡Sectarismo no nos ha faltado, porque éramos propensos a él! ¡En Gjirokastra, por ejemplo, en 1942 cerramos las

puertas del Frente para los nacionalistas a causa de nuestro sectarismo...!

Es todo lo que dijo Bedri Spahiu sobre este hecho, pero «olvidó», o mejor dicho, no quiso decir la verdad completa, porque si la hubiera dicho se habría comprobado que no era la línea del Partido la sectaria, sino la deformación que él mismo había hecho de esa línea.

Como dije, uno de los elementos que nos dio más trabajo y preocupaciones en este sentido era Liri Gega, sobre todo con sus numerosos casos de posiciones sectarias en Vlora o en el Norte, donde la enviamos en junio de 1944. Dondequiera que fuera Liri Gega colocaba inmediatamente su propia autoridad por encima de la del Partido y del Buró del Comité Central, no consultaba con nadie y actuaba según su antojo. La habíamos criticado continuamente y con dureza por estas actuaciones. Koçi Xoxe propuso que la enviáramos al Norte. Este traslado no carecía de objetivos: Koçi Xoxe quería tener lo más lejos posible a Liri Gega ya que consideraba que era su más peligroso rival y que le había hecho «sombra» y podía hacérsela aún. Por otro lado, estaba convencido de que Liri Gega no podría liberarse de sus inclinaciones malsanas y sectarias y de este modo aumentarían sus motivos para acusarla de esto último y eliminarla. De hecho, en el Norte, blandió aún más la espada del sectarismo, de modo que la llamamos para que regresara a Odriçan, con el fin de analizar profunda y definitivamente sus actividades, que estaban en plena contradicción con la línea del Partido.

Esta es la verdad indiscutible sobre la línea política de nuestro Partido, línea que, como dije, había sido y continuaba siendo correcta, de principios y jamás «a veces oportunista, a veces sectaria», como nos acusaron el enviado de Tito, Stoinić, y la gente manipulada por él.

La otra acusación que se lanzó en el Pleno y que deformó por completo la verdad estaba relacionada con **la línea organizativa del Partido**. Koçi Xoxe presentó en su informe la plataforma de esa acusación. Su informe era de principio a fin una monstruosa deformación de la verdad, estaba repleto de

graves calumnias sobre la línea organizativa del Partido, pero en realidad sobrepasaba los límites «organizativos» y constituía un soporte de la acusación contra toda la línea política e ideológica del Partido y de su dirección.

En este informe Koçi Xoxe planteó, por primera vez de forma abierta, sus puntos de vista antimarxistas y hostiles. De todo el cúmulo de sus acusaciones y puntos de vista rastros, tres de ellos han quedado de forma imborrable en mi mente: la denominada «monopolización de la dirección del Partido por tres o cuatro personas»; el papel de la intelectualidad en la lucha, en el Frente, en el poder, etc., etc.; el papel de los cuadros.

Más adelante hablaré también sobre estas cuestiones, ya que durante cuatro o cinco años nos enfrentaríamos diariamente a ellas y, por desgracia, sufriríamos grandes daños, pero aquí me interesa únicamente subrayar dónde tenían su origen estos puntos de vista y porqué Koçi Xoxe los planteó por primera vez en Berat.

Según lo que leyó Xoxe, la dirección de nuestro Partido habría estado monopolizada durante los años de la guerra por tres o cuatro personas y explícitamente «aclaró» que estos tres eran, el primero Miladin Popović, el segundo yo, el tercero Ramadan Çitaku y el cuarto, durante cierto tiempo, Ymer Dishnica y, después, sobre todo Liri Gega(!). Los demás, según Koçi, habían sido marginados, o no se les consultaba en absoluto.

Todo esto era una grave calumnia y se hacía en apoyo directo de la acusación principal contra nuestra línea política. De aquí se desprendía que la línea había sido elaborada por tres o cuatro, y como la línea fue calificada desde el principio de «errónea», estos tres o cuatro eran los principales responsables y ahora debían responder por ello.

Pero, en aquellos momentos Miladin se había marchado, Ymer Dishnica, Liri Gega y Ramadan Çitaku habían sido expulsados *de facto* del Buró. No quedaba más, por tanto, que saldar las cuentas con el que quedaba, con el Secretario General del Partido. Según Xoxe y más tarde según Sejfulla

Malëshova, yo fui calificado como «la síntesis de todos los errores observados en la línea política y organizativa».

Pero la astucia en la fabricación de este denominado «cuarteto» en la dirección era de más largo alcance y perseguía numerosos objetivos. No era casual que a Miladin Popović se le alineara el primero en el «cuarteto». Indirectamente se «aprobaba» la tesis yugoslava de que ¡el PCA no sólo lo había creado un yugoslavo, sino que lo había dirigido *de facto* también!

Esto no lo decía ahora ni Blažo Jovanović ni Tempo, sino ¡el propio secretario de organización del Partido, Koçi Xoxe! Es evidente que para los titistas este servicio de Koçi Xoxe tenía un gran valor.

Al mismo tiempo la absurda ubicación de Miladin Popović «al frente», tenía por objetivo decirles a los miembros de nuestro Comité Central que el Secretario General «ha sido elegido en vano para esta tarea, no ha estado en condiciones de dirigir, ha actuado según el dictado de Miladin». Y aún más, la presentación invertida de todos los aspectos de la línea que se había seguido, se les servía a los miembros del Comité Central como «argumento» contundente para levantarse no sólo contra el Secretario General, sino también contra el propio Miladin Popović. A los yugoslavos sólo les hacía falta una «aprobación» sobre Miladin: ¡que él era quien había dirigido *de facto* el PCA! Ninguna otra cosa querían de él, por el contrario, le atacaron abiertamente e intentaron que también nuestros camaradas lo hicieran. Stoinić, después de transmitir la orden de que Miladin marchara a Yugoslavia, quería «argumentos» sobre sus «errores», con el fin de que se le impusiera el «castigo merecido». Y como no se podía decir abiertamente que «se te condena por no trabajar a favor de nuestros planes secretos», se le diría: «se te condena, porque en Albania has sido sectario, oportunista», etc., etc.

No vale la pena argumentar aquí por qué era una calumnia asquerosa lo que planteó Xoxe en su informe, deseo sólo poner de manifiesto la indiscutible verdad de que nuestro Partido y la Lucha de Liberación Nacional fueron dirigidos

no por tres-cuatro o diez personas, sino por todo nuestro Comité Central junto con numerosos cuadros leales en torno a él, mientras que Miladin Popović, al que se debe considerar como un camarada de nuestro Partido, no ha hecho más que ayudar en la misma medida en que lo han hecho cada uno de los demás camaradas del Comité Central.

Yo mismo, como Secretario General del Partido, había dedicado todas mis fuerzas a jugar mi papel como dirigente del Partido, me había esforzado por dirigir el Partido y el movimiento, por orientarlos en el camino correcto, por alimentar a los camaradas con directrices y orientaciones políticas y organizativas de valor, basándome en la experiencia del Partido y en la gran ayuda que me prestaban los demás miembros del Comité Central, quienes dirigían las organizaciones regionales y la Lucha de Liberación Nacional en toda Albania. Es éste el lugar adecuado para decir que Miladin Popović elevó su nivel paralelamente a nosotros. Fue nuestro Partido quien lo hizo, como lo hizo con todos nosotros. Miladin era un camarada verdaderamente internacionalista, que quería mucho a Albania y al pueblo albanés y que mantuvo en todo momento una actitud justa y comunista, internacionalista, en defensa de los intereses y de las correctas posiciones de nuestro país y de nuestro Partido.

Nunca ni en ninguna circunstancia hemos permitido nosotros la monopolización de los asuntos, ni hemos marginado a uno o a otro camarada, por el contrario, hemos hecho todo lo posible para que se incorporen lo más a fondo posible al trabajo, a la acción, a la dirección.

Koçi Xoxe, en su acusación, además de cumplir el mandato de Stoinić, encontró al mismo tiempo la ocasión de expresar su descontento personal, que había acumulado durante tiempo.

¿Teníamos nosotros la culpa de su visible inactividad?! Jamás. Inmediatamente después de la fundación del Partido, cuando fue elegido miembro del Comité Central provisional, Koçi Xoxe fue detenido y permaneció en la cárcel hasta finales de abril de 1943. Claro está, por aquel período tanto

él como nosotros «acusamos» únicamente al fascismo, que nos encerró a Koçi en una celda y le impidió tomar parte en las actividades que nosotros realizábamos. A excepción de su actitud firme y positiva en la cárcel, durante ese tiempo, Xoxe no hizo otra cosa (no podía hacerla) y nosotros, a pesar de ello, en la Primera Conferencia Nacional le hicimos un gran honor, le elegimos para el Comité Central, para el Buró, incluso le nombramos secretario de organización del Partido, más por ser obrero, porque en cuanto a sus aptitudes no tuvimos oportunidad de conocerlas, ya que como dije fue rápidamente encarcelado tras la formación del Partido. Un comunista honesto, simplemente por este hecho debería estar agradecido al Partido para siempre y, cuando tuviera la ocasión, pagárselo y justificar con todas sus fuerzas este honor y la confianza del Partido. Koçi Xoxe hizo lo contrario. Casualmente, en cuanto salió de la cárcel se unió a Tempo y el verano de 1943 lo pasó en compañía de él. Aquí comenzó su declive. Trabajado por Tempo, se marginó, se aisló allá en las aldeas de Korça y se transformó en un intendente de retaguardia. ¿Teníamos nosotros la culpa de esto?! Cuantas veces realizábamos reuniones o entrevistas le llamábamos, le poníamos al tanto de todo, le pedíamos su opinión, pero él no daba nada. En bien del trabajo no tenía nada que dar, pero en su perjuicio acumulaba pequeñas «observaciones» y descontentos y esperaba el momento de soltarlas. Yo mismo, en varias ocasiones, le había llamado la atención para que se mostrase activo, más dispuesto, que asumiese mayor responsabilidad en los distintos asuntos y según las funciones que desempeñaba, pero él simplemente callaba. Me preocupaba de manera especial el hecho de que no estaba cumpliendo como debía la tarea de secretario de organización del Partido, y esto lo veíamos todos. Liri Gega, con su sed de poder, hacía todo lo posible por asumir ella misma esta tarea, llegó incluso a convencer a Baca y en cierta medida también a Nakò Spiru. Nos encontrábamos en Helmës, en mayo de 1944, preparábamos el I Pleno del CC del Partido. En una ocasión vienen a mí Liri y Baca y de manera abierta ella plantea la

proposición de que «se estudie bien» la cuestión del secretario de organización del Partido.

—¿Por qué? —le pregunté.

—¡Porque Koçi no puede con ello! ¡Está perdido! —me dijo.

—Debemos ayudarle —le respondí—. Incluso, especialmente a ti te hemos encomendado varias veces que le ayudes.

—No, así ya no se puede —me replicó Liri—. ¡Yo hago el trabajo y él es el secretario! Esto no tiene sentido. O lo hace él solo, o le encontramos algún remedio a esto.

—¿A qué remedio te refieres? —le pregunté.

—Bien, o cumple como es debido la tarea, o le destituimos y le sustituimos por otro.

Desde el comienzo comprendí a dónde quería llegar, pero no pensaba que fuera tan carrerista y descarada. La empujé más:

—Pero ¿en quién piensas tú? —le pregunté como «muy interesado».

— Un camarada activo, vivo, combativo. Como decir, algún camarada, por ejemplo... Shule¹.

Pronunció tan débilmente este nombre que apenas se oyó.

—Planteemos entonces tus opiniones en el Buró —le dije.

—¿Por qué en el Buró? —saltó—, estamos aquí tres. Con Nako he hablado también y él me dijo «plantéaselo a Enver». Bueno, ¡éste es el Buró!

—¡Jamás! —respondí—. Pero ¿dónde estamos? Tú, a pesar de que te presentas como «experta» en este terreno, no tienes ni idea de los asuntos organizativos del Partido. Que estemos tres camaradas del Buró, o que estemos los cinco juntos y discutamos según se nos ocurre, eso no se llama ni hay razón para que se llame reunión del Buró. Debe reunirse el Buró, debe plantearse la cuestión en presencia de Koçi, lo discutimos largo y tendido y que allí se aclare la verdad. ¿Está claro...? —

—¡Está claro! —respondió con un hilo de voz.

1 Seudónimo de Kristo Themelko.

En la primera reunión que celebramos después de esta conversación Liri planteó su «proposición» convencida de que sería aprobada. Planteó el problema en el sentido de que Koçi no había sido activo, se había apartado, se había encerrado en algún lugar allá en Korça, etc. En esto Liri tenía razón, pero lo dijo todo desde posiciones personales y con objetivos carreristas. De cualquier modo, la emprendió bien con Koçi. También nosotros expresamos nuestras observaciones y críticas a Xoxe, en relación con lo que se merecía.

Koçi Xoxe había agachado la cabeza y no despegaba los labios. Se levantó y se autocriticó ante el Buró, diciendo entre otras cosas:

—¡Es justo! He trabajado apartado, no he podido cumplir lo que exigía la tarea.

—Si no estás en condiciones de cumplir la tarea, ¡di abiertamente que no vales para el Buró! —intervino como el rayo Liri Gega.

—Mejor que tú lo hago —le cortó Koçi—. ¡El problema es que tú no me puedes ni ver!

—¡Lo que no puedo ni ver es la incapacidad! —le embistió Liri.

Intervine inmediatamente para calmar los ánimos.

A pesar de todo rechazamos la proposición de Liri gracias a mi insistencia y se aconsejó a Koçi que dedicara todas sus energías al trabajo, que conociera bien los problemas y se afirmase en el trabajo mismo.

El, con los ojos bajos murmuró algo, nos agradeció nuestra confianza y nos «aseguró» que se mostraría más activo.

Tres o cuatro meses después llegó Velimir Stoinić y el invisible Koçi Xoxe salió a escena, comenzó a moverse, se hizo «activo», se le soltó la lengua y he aquí que ahora se levanta en el Pleno y escupe sobre la verdad, se lamenta de que le «hemos marginado», sin tomarse la molestia de decir una sola palabra explicando por qué se cruzó de brazos y se perdió, por tanto, por qué se marginó a sí mismo durante meses y años enteros de la lucha y del trabajo.

¿Entonces quién más, según la tesis de Koçi Xoxe, había sido «marginado»?

Restaba el hombre que había estado más incorporado que ninguno al Buró, Nako Spiru. Jamás hubiera podido imaginar que se pudiera decir un absurdo semejante, pero el hecho es que no sólo Koçi, sino que también el propio Nako se levantó y nos dijo en el Pleno:

—¡No me he enterado de que estaba en la dirección central del Partido!

¡Mentira cochina! En el libro de memorias *Cuando nació el Partido* he hablado en detalle del lugar que ocupaba Nako Spiru en nuestra dirección. Quiero sólo subrayar que en aquellos momentos se me subió la sangre a la cabeza, porque si había alguien que desde el principio hubiese tomado parte en todas las reuniones del Comité Central y del Buró, que conociera detalles, que estuviese mejor informado que nadie, que hubiese hablado frecuentemente incluso en nombre del Comité Central y del Buró, hasta que hubiese tomado decisiones en nombre de ellos y sin preguntarnos previamente, ese era Nako Spiru¹. Y ahora nos dice «¡no me he enterado!»

Le eché la culpa al espíritu ambicioso de Nako, a la ofuscación y la ceguera que se habían apoderado de él, a su tendencia mezquina al hipercriticismo enfermizo. No comprendía por qué Nako Spiru lo negaba todo, negaba la verdad, a sus camaradas y a sí mismo. No sabía aún que estaba metido de pies a cabeza en el engranaje de un complot entre bastidores

Esta era la verdad sobre la calumnia de Koçi Xoxe de que en la dirección de nuestro Partido los asuntos hubiesen estado ¡monopolizados en las manos de tres o cuatro!

Idéntica era su otra «conclusión» de que pretendidamente ¡en nuestro Partido dominaban y dirigían únicamente los in-

1 Toda la correspondencia del camarada Enver Hoxha publicada en los tomos I y II de sus Obras, así como la inédita, prueba que el camarada Enver y la dirección del PCA mantenían lazos muy estrechos con Nako Spiru.

telectuales y que, por esto, el Partido había perdido su carácter proletario!

De lo que decía Koçi se desprendía también que la lucha, la habían hecho sólo los intelectuales, que también ellos llenaban el Frente y que los consejos los habían levantado ellos! Era absurdo. Nuestro Partido había hecho en verdad un buen trabajo con los intelectuales progresistas y revolucionarios y se había atraído a muchos de ellos, pero el hecho es que estos intelectuales jugaron en la lucha el papel que puede jugar la intelectualidad dirigida por un partido comunista de la clase obrera. La carga principal, el peso mayor de la lucha lo había portado la clase obrera y el campesinado, e incluso desde el punto de vista numérico los combatientes procedentes del campo representaban la mayoría aplastante. En toda nuestra línea durante toda la guerra, en los encuentros, en las reuniones, en las asambleas consultivas y en las conferencias habíamos subrayado siempre con energía el carácter proletario del Partido, habíamos hecho siempre los mayores esfuerzos porque el Partido fuera proletario no sólo por la ideología y el programa, sino también por la composición de sus filas, porque los obreros ocuparan el primer lugar entre los nuevos admitidos y después de ellos los elementos de vanguardia del campo, porque fueran elegidos para los órganos dirigentes del Partido, de la lucha, etc., etc. Y no sólo habíamos elaborado correctamente estas directrices, sino que nos habíamos esforzado también para que fueran aplicadas de forma justa.

Esto lo sabía Koçi, pero nos lanzó sus acusaciones con objetivos bien definidos: partiendo del hecho de que él mismo había sido obrero, «proletario» como decía (aunque de hecho había sido un artesano pequeñoburgués), pretendía abrirse paso para llegar a la cabeza del Partido, para convertirse en su «presidente» como «proletario» que era! Insistió con energía para que se aceptara la acusación de Stoinić de que «la línea política había sido errónea» y esto según Xoxe provenía de que el Partido «se apoyaba en los intelectuales», de que éstos habían cometido «errores sin fin», de que no estaban

en condiciones de dirigir ya que, a fin de cuentas, el Partido no es de los intelectuales, sino de los proletarios, y debe estar dirigido por un proletario, etc.(!)

Koçi planteó en Berat esta acusación sobre una base supuestamente de principios, y muchos podrían tomarla por un planteamiento correcto.

Pero había alguien que no podía estar de acuerdo con lo que dijo Koçi y que reaccionaría enseguida ante él. Este era Sejfulla Malëshova. Los dos, y junto con Nako los tres, constituían en Berat un grupo, una orquesta, pero en el seno de esta «unidad» complotadora no podían dejar de bullir las querellas, las contradicciones habituales de todo orden. Al tomar la palabra sobre este problema, Sejfulla nos hizo toda una teoría sobre «cómo se debe construir y hacer avanzar un partido» e inmediatamente después de esto sacó a colación, ¡la necesidad de un «presidente» (pretendidamente planteaba el problema a nivel de principios), que sea muy culto, «que conozca el marxismo como la palma de su mano», que esté en condiciones de maniobrar en cualquier situación!

Trató, pues, el problema de tal modo que a Koçi le hizo sudar frío. Los dos socios de complot se enseñaban los dientes uno a otro desde ese momento. Nosotros, que no sabíamos nada de lo que se había tramado a nuestras espaldas, no podíamos comprender el rencor inesperado que apareció entre ambos, pero ellos se calaban uno a otro desde lejos.

Sejfulla estaba por tanto a favor de un «jefe de partido» sabio y de alto nivel, de un teórico, y aquí se tenía en cuenta a sí mismo. Koçi estaba por un «proletario», sin muchas «teorías» ni «palabrería», pero, eso sí, «¡una persona disciplinada!» y aquí se tenía en cuenta a sí mismo.

Los objetivos de cada uno, planteados «a nivel de principios» en Berat, estallarían poco tiempo después en una áspera pelea, en un pugilato por el poder entre los dos.

También Nako estaba con ellos en el complot de Berat y los puntos de vista de Koçi sobre la «proletarización» de la dirección del Partido, sobre la «élite intelectual», chocarían también con los suyos como intelectual que era. Más tarde

veríamos cómo estallarían entre ellos interminables riñas y acusaciones.

Como se aclaró mejor más tarde, el complot de Berat conllevaba para los propios complotadores la semilla de las contradicciones y de la guerra interna.

El problema de los «cuadros», era la otra arma de Koçi Xoxe para atacar la anterior línea del Partido. Según él, el Partido había hecho «poco o ningún» trabajo para elevar el nivel de los cuadros, ya que los cuadros que había eran, según él, o «intelectuales enfermos», o «incapaces» en el trabajo y en la lucha. Según Koçi, se debía transformar radicalmente el trabajo del Partido con los cuadros, se debía hacer una nueva organización, era necesario adoptar medidas concretas, etc., etc. Allí oímos por primera vez que se declinara en todos los casos la palabra «kuadrovik»¹. Según Koçi, se debía nombrar en todas partes un hombre «de confianza» para el trabajo con los cuadros y que éste tuviera el monopolio de esa actividad. Comenzando por la célula de base del Partido y hasta la cúspide, los «kuadrovik» enlazarían jerárquicamente uno con otro hasta la instancia más alta, hasta el «kuadrovik» principal del CC. ¡Este sería Koçi Xoxe, por el momento como secretario de organización del Partido y «encargado» de los asuntos de seguridad!

El objetivo era sutil y lo mismo que el término «kuadrovik», todo el sistema de «elección y promoción» de los cuadros, no era «producto» de la mente anémica de Koçi Xoxe. No, alguien se lo había dictado, alguien se lo había enseñado. Pronto saldría a la luz que eran los «amigos» yugoslavos.

Estos, viendo que en Berat era imposible que Koçi ocupase el lugar del Secretario General del Partido, elaboraron el asunto de los cuadros y de los «kuadrovik». Koçi, como secretario de organización, se adueñaría del monopolio de los cuadros. Asumiendo además, según el «modelo» yugoslavo, la tarea de ministro del Interior. Koçi echaría más fácilmente por tierra como «errónea» la anterior política de cuadros, colocaría los

1 Funcionario para las cuestiones de los cuadros.

servicios de seguridad por encima del Partido y tendría las manos libres para comenzar las purgas y la sustitución de los cuadros por aquellos que sirvieran a sus planes y a los planes de sus amos. Esto haría posible que se crearan las condiciones para apartar al Secretario General y que Koçi tomara el poder en un terreno abonado de antemano.

Así era el plan «invisible», pero los acontecimientos y las circunstancias posteriores pondrían al descubierto todos estos hilos tendidos entre bastidores.

Desde muchos puntos de vista al informe de Koçi debía llamársele «¡el informe del no!»

El Partido *no* había tenido una línea justa, organizada, *no* andaba como es debido, el Frente *no* trabajó, los consejos *no* funcionaron, *no* se dirigió a la Juventud, *no* se despertó al pueblo, *no* se organizó a la mujer, los consejos *no* gozan de autoridad, *no* gozan de simpatía, *no* juegan su papel, *no* y *no*...

Y después de echar por tierra todo nuestro trabajo y sacrificios, Koçi encontró aún espacio para ponernos delante la experiencia de los yugoslavos.

Puso por las nubes a Tito, a Tempo y a Stoinić como «personificaciones de la razón», como «nuestros salvadores», puso por las nubes su experiencia que «nosotros debemos adoptar cuanto antes» y continuó:

—Lo que no se ha hecho aquí, lo hacen el partido y los consejos en Yugoslavia. . —y después de hablar y hablar sobre esta «experiencia», finalizó:

—¡He aquí la gran diferencia que existe entre nuestros consejos y los de Yugoslavia!

¿Cuál era, según Xoxe, la razón de que nuestros consejos «no hubiesen marchado bien»? Estremece oírlo, pero él-lo dijo así:

—La línea sectaria del Partido ha hecho que los consejos de liberación nacional sean considerados como células de partido. De este modo, según hemos marchado —finalizó—, existe el peligro de que el poder se quede en las manos del Partido.

Absurdos semejantes parecen en verdad increíbles, pero todo esto lo escuchamos en Berat.

Koçi Xoxe, rechazándolo todo, se esforzaba en su informe por presentar algún argumento «teórico», e incluso en un caso sacó a colación ¡la experiencia de la revolución rusa de 1905! Sorprendente nos pareció. Koçi que no sabía una palabra de la Revolución de Octubre, ¿nos hablaba ahora incluso de la de 1905?!

La verdad era que alguien le había dictado el informe. Esto se desprendía de la negación absoluta, negación que no podía haber nacido en la cabeza torpe de Koçi. Se notaba también en la construcción y en la redacción. Era difícil entender el albanés de Koçi Xoxe. De hecho era una traducción de un texto servio, una mala traducción, donde la arrogancia y la prepotencia aparecían cada dos o tres palabras. Esa arrogancia no podía ser la de una persona, aunque ésta fuera de las más negativas como era en realidad Koçi. Era la arrogancia de un grupo, de una fuerza mayor. Quién era ésta, entonces sólo podía sospechar que detrás de aquello estaba la mano de Velimir Stoinić y de Nijaz Dizdarević. Pero me convencí aún más de que alguien le había dictado a Koçi para que emborronara aquellas 15 ó 20 páginas, cuando vi que los autores ocultos y su instrumento, Koçi Xoxe, en su euforia y su afán por golpearlo todo, habían olvidado frases que les desenmascaraban. Cuando hablaba sobre el Partido, sobre su papel en la lucha y sobre la necesidad de una «política más prudente» del Partido en el Frente, dejó caer una frase así:

«El Partido no debe aparecer en primer plano, y no os inquietéis porque puedan sufrir daños. Vosotros habéis ganado en esta lucha una gran autoridad y esta autoridad no puede perderse fácilmente. . .»

Incluso yo enrojecí cuando le escuché y después de que Koçi Xoxe terminara de leer y se sentara, hojeé su informe en el pasaje correspondiente y le pregunté:

—¿Quiénes son «vosotros»? ¿A quién te diriges aquí?

—Vosotros... —enrojeció Koçi— pues nosotros, el Partido, la dirección.

—¡Ah! ¡Nosotros! —le dije irónicamente—. ¿Por qué, desde dónde te diriges a nosotros, desde qué posición, desde fuera del Partido?

—Se me ha escapado —dijo aturdido—. Mira más abajo, digo que «debemos estar...»

—Está claro, está claro —le dije y dejé los papeles sobre la mesa.

—¿Cómo que está claro? —preguntó.

—Que me lo has aclarado —le corté.

—No —dijo— me inquieta que vayas a crear un malentendido. Incluso, mira, tacho esta parte —y vi como tachaba toda la página con la pluma. ¡Incluso me agradeció la atención que había mostrado mientras leía!

Como dije, tras los dos informes, muchos de los camaradas, algunos aleccionados y situados premeditadamente junto a Koçi, Nako y Sejfulla, y algunos otros malinformados y engañados, plantearon decenas de preguntas reclamando que se aclarasen los problemas expuestos. La confusión y la desorientación inundó a todo el Pleno. Es interesante ver cómo excelentes camaradas, como por ejemplo Gogo Nushi, con preocupación por la situación creada, pero con honestidad comunista arrojaron luz en el Pleno sobre lo que se había hecho entre bastidores. Gogo dijo desde el principio:

—Hasta el Pleno de Helmës teníamos una simpatía extraordinaria por los camaradas de la dirección y por Miladin Popović, mientras que ahora de los informes se desprende que nos habrían estado obstaculizando.

¿Por qué esta transformación inesperada? Gogo lo aclaró inmediatamente:

— Yo he conversado con Nako tras el Congreso de Përmet y más tarde, y siempre me ha dicho que «las cosas no marchan bien». Hace algunos días Nako me ha dicho que «yo había comprendido los errores, pero no dije nada porque tenía miedo».

¡He aquí lo que había ocurrido! Nako, Koçi y Sejfulla no se habían limitado a las presiones y acusaciones en un círculo «estrecho», en el Buró, sino que habían trabajado

también a los demás. Allí mismo me surgió una serie de preguntas. ¿Qué había empujado a Nako a esta actividad?! ¿Cómo es que empezó a hablar a Gogo de que «las cosas no marchan bien» en el otoño de 1944, en vísperas de la Liberación, y no había hecho esto antes? Se sabe que Nako estaba en Tirana desde enero de 1944, sus contactos con Gogo eran diarios, los dos dirigían la organización del Partido allí, los dos eran de los principales cuadros. Este Nako, que habría tenido «todas esas observaciones», ¿por qué se las dice a Gogo ahora, en vísperas del Pleno de Berat y no lo hizo antes cuando estaban juntos?! Incluso la lógica más elemental te convence de que Nako no había hablado antes con Gogo porque antes, es decir antes del verano, no tenía observaciones que hacer, no tenía divergencias ni con la dirección del Partido, ni conmigo, ni con Miladin. Un tipo impulsivo y nervioso como era él, no hubiese podido mantener ocultas y guardarse las «observaciones» para el otoño de 1944. Por sí misma la mente me fue a parar al «amigo» yugoslavo que estaba en la presidencia y tomaba notas con gran interés. Todo comenzó a venirse abajo con su llegada, sobre todo después de las «tesis-plataforma» que nos soltó en Odriçan.

Después de que se sentara Gogo, se levantó de nuevo Nako para hacer una «aclaración»:

—Es verdad que yo le he dicho eso a Gogo. Mi posición ha sido poco clara, pero es que no había visto las cosas con estos ojos como las veo hoy. Esto sería un mérito para mí, pero no lo es. Los ojos nos los abrió el camarada Stoinić. Ahora Gogo plantea aquí que yo he tenido miedo de decirlo antes. Nos hemos malentendido. Yo le he dicho que mi intervención no tendría resultado, esto sí. Pensaba que produciría más daño que bien.

Las frecuentes intervenciones de Nako en el Pleno de Berat constituían quizás el reflejo más exacto de su carácter contradictorio. Su posición allí fue en conjunto más negativa y hostil que en cualquier otro caso o situación anterior o posterior.

Era el mismo Nako que poco tiempo antes, con su palabra

aguda, escribía artículos, cartas, hablaba a los jóvenes con entusiasmo, como hizo no más allá de agosto de 1944 en el I Congreso de la UJAA en Helmës. Todas sus «negaciones» de ahora, hasta hacía pocos meses eran afirmaciones, aseveraciones con plena convicción sobre la justa línea que había aplicado nuestro Partido en todos los terrenos: sobre los consejos, el Frente, la Mujer, la Juventud, sobre la propia organización del Partido y su dirección, etc. Hacía esto porque se apoyaba en una realidad que conocía bien, en las obras, en los acontecimientos y en sus camaradas. Y ahora todo se había venido abajo. Este Nako que hasta hacía pocos meses hablaba y escribía con el mayor de los odios sobre el Balli y la reacción, sobre Abaz Kupi, etc., ahora había bajado el tono de la bocina, le había puesto sordina: ¡Asombroso, más que asombroso! Si no conociera a Nako de cerca durante años, pensaría que lo que decía antes era hipocresía. ¡No! Mientras hablaba, cada vez me convencía más de que algo le había ocurrido, algo profundo le había lanzado repentinamente al lado contrario. ¿Qué era esto? ¿Qué se ocultaba detrás de Nako?

Estaba convencido de que si Nako había mentido y engañado alguna vez, mentía y engañaba precisamente ahora, en Berat.

Otro hecho más muestra qué viva contradicción era en sí mismo y en qué inmundo camino se había metido Nako Spiru. Después de negar, echar por tierra y deformarlo todo, inesperadamente, cuando empezó a referirse a los hechos y acontecimientos más recientes, particularmente a la liberación del país, a la creación del gobierno, a las tareas que nos surgían, etc., «se olvidó» y se transformó en otro Nako, en el Nako de antes:

—El pueblo —dijo— ha visto en nuestro Partido al abanderado de la lucha. Nosotros pusimos al pueblo en pie, nosotros le trajimos hasta aquí, y ahora, con nuestro trabajo, el pueblo debe ver que el Partido será también en adelante la fuerza principal de la unidad nacional. Esta es la cuestión. El factor principal que puso al pueblo en movimiento fue nuestro Partido. El pueblo ha alcanzado la victoria en la Lucha de Liberación Nacional porque nuestro Partido estaba a su cabeza.

Nosotros estamos en las posiciones dirigentes, estamos al mando. Ahora el asunto es que mantengamos estas posiciones. Se han creado nuevas situaciones y debemos pues mantenernos en estas posiciones y fortalecerlas.

Este era un Nako. Pero otro Nako se nos levantó en Berat. Desde el principio, en el Pleno, como miembro del complot derramó mucha hiel, muchas acusaciones, echó barro sobre el Partido, sobre su dirección, sobre su propio trabajo y sus esfuerzos durante los sangrientos años de la guerra. Y mientras hablaba, mientras continuaba con las acusaciones, de vez en cuando, de manera inconsciente, al referir hechos, situaciones y tareas que surgían, se «despojaba» sin querer del bajo papel de complotador y entraba en contradicción consigo mismo, con lo que había dicho antes.

Como dije, la intervención del camarada Hysni Kapo en el Pleno fue una de las más maduras y equilibradas. Naturalmente, Hysni no podía levantarse abiertamente contra aquel espíritu que era, por decirlo así, el «oficial», el dominante en el Pleno, pero tampoco se levantó a favor de él, como hicieron consciente o inconscientemente muchos otros.

Cuando habló sobre el trabajo del Partido en el regional de Vlora, Hysni se centró en los flagrantes errores de Liri Gega y Dušan Mugoša.

—El sectarismo de Liri y la monopolización de los asuntos por parte de ella y de Dušan Mugoša —dijo entre otras cosas Hysni— saltaban claramente a la vista y nosotros hemos tenido muchas preocupaciones y enfrentamientos con ellos. Hemos informado de ello a la dirección del Partido y los camaradas no nos dijeron nunca que no tuviéramos razón. Por el contrario cuando Liri y Dušan llenaron la copa, la dirección del Partido se los llevó del Comité Regional de Vlora.

La intervención de Hysni confirmaba pues que no era la línea ni nuestras directrices las «sectarias», sino la actuación de determinadas personas. Esto no podía gustarle a Stoinić y compañía, por eso se levantó Sejfulla Malëshova e intentó coger en un «renuncio» a Hysni Kapo:

—Tengo dos preguntas para Hysni —dijo en tono *ex*

cátedra—. La primera, qué opinas tú, si tras la ofensiva del invierno hubiésemos mantenido una actitud no sectaria ante Skënder Muço, ¿se podría haber venido él y su gente con nosotros?

—Skënder Muço —le respondió cortante Hysni— tenía claro el objetivo de nuestra lucha, estaba contra la línea del Partido Comunista, por tanto, ni habría venido ni vendría nunca con nosotros. Pero —añadió Hysni con agudeza e ironía juntas— con el espíritu con que se está discutiendo aquí podría venir. . .

—La segunda pregunta es esta —continuó Sejfulla descontento—. La directriz del Comité Central en la Primera Conferencia Nacional sobre la condena de Xhepi¹, ¿ha ocasionado daño?

—Si nosotros hubiésemos dejado a Xhepi hacer lo que quería, nos habría causado más daños. Nuestro error es que no le habíamos desenmascarado y golpeado como se merecía desde antes, desde antes de la Conferencia, respondió Hysni.

En este Pleno, Velimir Stoinić no dejó que su trabajo lo hiciera sólo la gente que él había preparado durante dos o tres meses. Durante todo el desarrollo de la reunión permanecía grave y serio, pero se le iluminaba la cara y le reían los ojos cuando Koçi, Sejfulla, Nako y otros hacían su trabajo como requería el plan de Tito y de la dirección de su partido que él había traído de Yugoslavia. Pero en cuanto veía que las discusiones tomaban un camino que no le interesaba, inmediatamente intervenía con prepotencia.

Así ocurrió, por ejemplo, cuando tras las acusaciones sobre el supuesto «sectarismo en la línea», el filo de los golpes se concentró sobre lo que Koçi y Sejfulla calificaban «camarilla

1 Sadik Premte, vicepresidente del Grupo de los «Jóvenes». Junto con el presidente de este grupo, Anastas Lulo, intentó obstaculizar la creación del Partido Comunista de Albania. También más tarde continuaron desarrollando su actividad escisionista. En junio de 1942, la Conferencia Extraordinaria del PCA les expulsó de las filas del Partido. En abril-mayo de 1943 él y algunos de sus colaboradores organizaron una peligrosa fracción en la región de Vlora que fue desbaratada con la intervención directa del camarada Enver Hoxha.

dirigente». Velimir esperó todo satisfecho a que se desencadenara el golpe sobre mí, pero los camaradas del Pleno hicieron lo contrario. Se centraron en Liri Gega e, inmediatamente después de ella, en Dušan y Miladin. Velimir aprobaba con la cabeza respecto a este último y las dosis de crítica se reforzaban. Hysni, como dije, hizo un retrato bastante fiel de las características sectarias y terroristas de Mugoša. Otros camaradas aportaron otros hechos. Tuk Jakova pensó que el mar se había hecho yogurt y cogiendo la cuchara comenzó con Blažo Jovanović:

—Blažo no aportó nada en la Primera Conferencia Nacional, porque no tenía nada que aportar —dijo Tuk—. Nosotros le preguntábamos y él o se escurría, o no abría la boca. Vino también Tempo aquellos días y éste tampoco dijo nada sobre cómo se organiza un comité central, cuáles son las tareas del buró y del secretariado, etc.

Habló largamente Tuk sobre estos dos y, hay que decir la verdad, lo que dijo, lo dijo bien. Pero la mente ingenua de Tuk no había entendido nada de lo que estaba sucediendo. No había comprendido que el asunto no era que se golpeará a los delegados yugoslavos, sino que en primer lugar se me debía golpear a mí, a otros camaradas de la dirección, y de los yugoslavos sólo a uno, a Miladin Popović. A los demás había que elogiarlos. Así lo quería el «espíritu» del Pleno, pero esto no lo entendió Tuk como tampoco lo entendieron otros. De los hechos se desprendía la verdad: los delegados yugoslavos no nos habían traído nada bueno.

Se levantó Velimir Stoinić y con brutalidad intentó poner en su lugar el «honor» de los delegados yugoslavos:

—Este no es un Pleno para hablar del trabajo de nuestros camaradas —dijo con severidad—, sino de vuestro trabajo, de vuestros principales camaradas. Hablad sobre ellos y no sobre los camaradas Dušan, Blažo, Tempo o de mí.

Intervenciones semejantes las hizo antes y después, pero reservó toda su hiel antialbanesa fundamentalmente para el «saludo» que dirigió al Pleno. En el Pleno del Comité Central del PCA, se comportó y habló en un tono como el que

utilizaría en una célula de batallón del ejército yugoslavo.

Toda su intervención se reducía a la «plataforma» que nos planteó en Odriçan, sólo que ahora «más enriquecida», diciendo muchas cosas más abiertamente y con más «valor». Pensando que estaba alcanzando su objetivo sacó a la luz por su propia boca numerosos hechos que le comprometían, que confirmaban que todo lo que estaba sucediendo era una obra tramada por él.

Desde el comienzo me acusó a mí de que «no había aceptado reunir al Buró del Comité Central», para que viniese su señoría «a exponer sus puntos de vista». De hecho, como he dicho antes, yo no consideraba correcto y pertinente que un camarada extranjero tomara parte en las reuniones de nuestro Buró Político. El asunto con Miladin era distinto, a él se lo habíamos pedido nosotros mismos y nunca se nos impuso, nunca habló con el tono de Velimir Stoinić ni actuó como él.

—Yo y el camarada Dizdarević —declaró al Pleno lleno de arrogancia —vinimos de Yugoslavia con el encargo de ayudaros en todas las cuestiones: el Partido, el ejército, la juventud, el Frente, etc. He venido con un plan preparado y ahora os lo voy a presentar. Conozco al detalle la situación de aquí. Y no lo he hecho porque sea curioso, ni por intervenir en vuestros asuntos internos, ni por lesionar la autoridad de nadie...*

Tanto «juró» que «no intervenía», que «no rebajaba el prestigio de nadie», etc., que la repetición constante de estas declaraciones te hacía pensar que había venido precisamente con estas perversas intenciones.

«Informó» abiertamente al Pleno sobre su descontento hacia mí y hacia Miladin, subrayó que «cuando llegamos, vuestros camaradas no nos tenían en cuenta, mantenían más lazos con Miladin que conmigo, que he venido en calidad de instructor del CC del PCY», que «nos querellamos por numerosas cuestiones», que «la presencia de Miladin hacía difícil el trabajo

* Del acta del II Pleno del CC del PCA, celebrado en Berat. Págs. 62-63. ACP.

y mis entrevistas con los camaradas, por eso reclamé que abandonara Albania», etc. etc.

—El trabajo con la juventud ha cambiado —continuó Velimir Stoinić—. El camarada Dizdarević encontró rápidamente un lenguaje común con los camaradas de la Juventud y ha marchado en completo acuerdo con ellos¹. Pero, en el Partido —se quejó— yo no podía avanzar. Era difícil que avanzara. Así, fueron en vano todos mis esfuerzos para tomar con rapidez la situación en mis manos. ¡Sólo después de la reunión del Buró (se refería a la reunión de Odriçan), donde se acordó que tomara parte, las cosas empezaron a marchar bien! En aquella reunión planteé una serie de directrices que ahora os estoy planteando también a vosotros.

Ahora ya se sabe de qué «directrices» se trataba. Pero, ¿¿por qué Stoinić consideró «razonable» repetir las nuevamente una por una ante todos los camaradas del Pleno?!

Quizás me equivoco, pero siempre he pensado que Stoinić, como presuntuoso y no muy perspicaz que era, creyó que había logrado todo lo que esperaba, que nuestro Partido se había sometido y que ahora debía mostrarle a todo el Comité Central que el verdadero autor de toda aquella transformación, el «héroe del viraje» no eran los gallitos Nako Spiru, Sejfulla Malëshova, Koçi Xoxe y otros, sino Velimir Stoinić en persona.

—El asunto era —dijo entre otras cosas— sacudir a la dirección de vuestro Partido hasta que se pudiera llegar a una reunión como ésta. Vuestro Partido no podía sacudirse por sí solo, hacía falta una fuerza exterior, y ¡esa fuerza ha venido con nosotros aquí!*

Las monstruosidades de este hombre eran ejemplares.

Apoyando la acusación de Sejfulla Malëshova de que nosotros «habíamos perdido el corazón de comunista», Stoinić avanzó aún más y nos «encomendó»:

¹ En esa época, Nako Spiru era secretario del CC de la Juventud Comunista y presidente de la Unión de la Juventud Antifascista de Albania.

* Del acta del II Pleno del CC del PCA, celebrado en Berat. Pág. 66. ACP.

—La cabeza del hombre —dijo— no es como la cabeza de un gallo. La cabeza del hombre juega un gran papel y sólo nace y muere una vez.

En el libro *Las tramas anglo-americanas en Albania* he hablado sobre los esfuerzos de los ingleses por lograr una «conciliación» y «reunificación» del Frente de Liberación Nacional con el agente de los ingleses, Abaz Kupi, en el último período de la Lucha de Liberación Nacional*, así como sobre los objetivos hostiles que ocultaban tras estos esfuerzos. Cuando los ingleses no tuvieron éxito con nosotros, eligieron como «intermediario» para esta reunificación a Tito. Es sabido que hicieron numerosas gestiones a través de Velebit, representante del Estado Mayor Yugoslavo junto al Estado Mayor de los Aliados en El Cairo, para que éste transmitiera a Tito la petición de los ingleses.¹

Yo no sé qué es lo que se habló y lo que se concluyó en estas negociaciones de Tito con los ingleses, pero una cosa es indiscutible: nada más llegar a Albania, Velimir Stoinić nos presionó para que tuviéramos «prudencia» y nos conciliáramos con Abaz Kupi y su gente, ya que de otro modo se dañaría la «unión» del pueblo y estallarían la «guerra civil». ¡Idéntica petición, idénticas «razones» nos habían presentado en aquella época los ingleses! La coincidencia no era casual. Tito había aceptado el papel de intermediario, papel que, quiérase o no, le colocaba en un mismo plano con los que deseaban sabotear nuestra Lucha de Liberación Nacional y poner en manos de la reacción las victorias logradas con sangre.

Stoinić cumplió por tanto el encargo de Tito y de los

* Véase: Enver Hoxha, *Las tramas anglo-americanas en Albania* (Memorias). Ed. en español, págs. 267-268, 275-286. Tirana, 1982.

1 «... (3) encargar a Tito (a través del brigadier McLean) que influya sobre el MLN para que acepte el retorno de Abaz Kupi...» Esto mismo se pone también en manifiesto más tarde en una carta en la que se decía: «... Debemos encomendar a Tito que, al mismo tiempo, utilice su influencia sobre el MLN». (Véase las notas completas en el libro: Enver Hoxha, *Las tramas anglo-americanas en Albania* (Memorias). Ed. en español, págs. 280 y 269. Tirana, 1982.)

ingleses desde el momento en que llegó, pero mientras en Odriçan el viento se llevó la petición que nos hizo (en las conversaciones de entonces no levantábamos acta), como para enriquecer la documentación para el futuro, planteó el problema también en Berat de forma que quedara constancia escrita. Sus palabras de Berat, tanto sobre este problema como sobre todo lo demás, están escritas negro sobre blanco. Dijo:

—Vuestra línea con Abaz Kupi no ha sido correcta. No redundaba en favor de la amplia unión de las masas, sino que ha traído consigo divisiones, y; ya se sabe, ¡la división es la guerra civil!

¡¿Y quién nos «reprendía» y nos «aconsejaba» la «línea en favor de la unión de las masas» y no provocar la «guerra civil»?! Precisamente quienes en su propio país y sobre todo en Kosova y en el resto de las tierras albanesas de Yugoslavia estaban aplicando una política profundamente errónea, anti-popular, represiva y divisionista.

Me he referido antes a nuestra acción de enviar diversas unidades de nuestro ejército para contribuir a la liberación de Kosova y de los pueblos de Yugoslavia persiguiendo de cerca a la bestia nazi.

La entrada de nuestras fuerzas en Kosova confirmó una vez más la vitalidad patriótica del pueblo kosovar, su espíritu revolucionario indoblegable. La afirmación que los Tempo y demás habían sostenido con determinados objetivos durante años enteros de que el pueblo kosovar estaba «ligado a la reacción» cayó por tierra con gran rapidez. Especialmente tras la entrada de nuestras fuerzas, 53.000 jóvenes de la Kosova legendaria engrosaron las filas de las brigadas del Ejército de Liberación Nacional Albanés y de las formaciones kosovares. No obstante ser guerrilleros inexpertos se destacaron al igual que los más veteranos por su valentía en la lucha contra los nazifascistas. La entrada de nuestras brigadas hizo que se extendiera por toda Kosova el poder de los consejos de liberación nacional, integrados por los mejores y más patriotas hijos de aquella tierra.

Pero precisamente cuando Kosova se había transformado

en un nido de la lucha de liberación nacional, llegó inesperadamente la orden del Estado Mayor de Tito de que las fuerzas guerrilleras de Albania y las kosovares abandonaran Kosova y persiguieran al enemigo nazi «hacia el Norte», en las profundidades de Yugoslavia. Nuestras fuerzas cumplieron la orden, ya que habían ido allí para perseguir al fascismo hasta la plena liberación de los pueblos de Yugoslavia. Pero más tarde sabríamos que el objetivo de la orden de Tito de «perseguir al enemigo hacia el interior», no era sino la repetición casi idéntica del ardid a que habían intentado recurrir en otro tiempo los reyes y príncipes en la guerra contra el yugo osmanlí. Sobre todo cuando se vio con claridad que las fuerzas osmanlíes estaban siendo desbaratadas y Albania se encontraba a punto de lograr la independencia, los reyes de Servia y los príncipes de Montenegro hicieron hasta lo imposible porque las fuerzas albanesas insurgentes abandonaran la Kosova liberada y se comprometieran lo más largamente posible en la persecución de las fuerzas osmanlíes en otras tierras, «hacia el Sur». Su objetivo era que los ejércitos servomontenegrinos ocuparan Kosova y las otras tierras de Albania sin enfrentarse a la resistencia de las fuerzas insurgentes albanesas, e incluso a la de las fuerzas ocupantes osmanlíes. Precisamente esto es lo que hacía Tito en 1945. Las fuerzas del ejército titista penetraron en la Kosova liberada por las fuerzas de nuestro ejército y por las kosovares, para eliminar los consejos de liberación nacional que se habían levantado y para desatar un terror desenfrenado y masivo contra los albaneses. Esta represalia sin precedentes de los titistas ocasionó una grande y justa revuelta popular, que incluso puso en duda a la «nueva Yugoslavia», ya que el pueblo kosovar, con razón, no estaba observando ningún cambio respecto a la situación que había padecido bajo la «vieja Yugoslavia». En esta situación de gran complejidad, el pueblo patriota de Kosova reclamó el «regreso de los guerrilleros albaneses» con el fin de que la situación se resolviera con justicia y cesara el brutal terror. Tito y su gente, para evitar una mayor complicación de la situación, se vieron obligados a aceptar la de-

manda y los guerrilleros volvieron. No se encontraron en Kosova a ninguna clase de fuerzas «reaccionarias organizadas», como pretendían los yugoslavos, sino a un pueblo que recibió a nuestros guerrilleros lo mismo que si liberaran Kosova por segunda vez. La situación se calmó y después de ello Tito planificó nuevas maniobras. Ahora la guerra había acabado y en la nueva situación podía resolver con sus propias fuerzas los agudos problemas de Kosova. Pero para hacer esto lejos de los ojos del mundo y sobre todo lejos de los nuestros, necesitaba que nuestras fuerzas se marchasen definitivamente de Kosova y regresaran a Albania. Pero ¿cómo? La marcha de nuestras fuerzas de Kosova directamente a través de las fronteras estatales de entonces, podría crear escenas desagradables, quizás graves para los titistas. Los kosovares podían lanzarse de nuevo a la revuelta cuando vieran que las fuerzas de nuestro ejército se marchaban. Para salir de esta situación Tito copió nuevamente a los reyes de otro tiempo, escenificó «la necesidad de perseguir a las bandas reaccionarias hacia el Sur, hacia Grecia» y pidió para esto la «ayuda» de las fuerzas nuestras que se encontraban allí. Nosotros, que aún no conocíamos bien los sórdidos planes de Tito, dimos a nuestras divisiones la orden de que actuaran. Cuando hubieron llegado a la frontera más meridional de Macedonia se les dijo que «ya no había necesidad» de que permanecieran en Yugoslavia! El paso se hizo a través de la zona de Korça y Prespa, lejos de los ojos del pueblo de Kosova. Los Tito-Ranković quedaron libres de actuar con sus métodos bárbaros sobre la Kosova mártir, y efectivamente así lo hicieron.

He aquí, pues, quién nos «aconsejaba» a nosotros una «línea justa», que conduciría a la «unión de las masas». Aquellos que con su política aplicaban y planeaban profundizar la línea del genocidio y el exterminio masivo en Kosova y en el resto de las tierras albanesas de Yugoslavia.

Pero prosigamos con la «perorata» de Stoiniç en el Pleno de Berat.

Después de echar barro sobre todo nuestro trabajo y nuestras victorias, después de «hacernos temblar» con la preten-

sión de que no teníamos fuertes «las posiciones ni en el ejército, ni entre la población civil», no olvidó darnos también una serie de «lecciones» para el futuro.

—No os engañéis —dijo— creyendo que vuestras posiciones son sólidas. Tened en cuenta que, además de otras cosas, os amenaza la burguesía derrocada, pero os amenazan seriamente también los enemigos del exterior. Debéis comprender —amenazó— que sois pequeños y que por tanto representáis un bocado fácil para la reacción.

Después de darle vueltas y vueltas a la «teoría del peligro», llegó a donde se le había dicho que llegara:

—Me refiero a que vosotros no podéis avanzar sin Yugoslavia —dijo— y, particularmente, sin una Yugoslavia como la que se ha creado ahora en los Balcanes y en Europa. Se trata —continuó Stoinić— de que tengáis las más sólidas relaciones con nosotros, los más cordiales lazos con Yugoslavia.

Más adelante me referiré con mayor amplitud a los multilaterales esfuerzos hostiles de la dirección titista por alcanzar su objetivo final: tragarse a toda Albania. Este objetivo fue proclamado de forma abierta especialmente en 1947 y a principios de 1948, pero quiero decir que, ya en el Pleno de Berat, Stoinić lanzó como un *balon d'essai** la idea de esta anexión.

—No podemos decir en esta conferencia en qué forma deben fortalecerse nuestras relaciones —dijo—. Pero dejemos ante nosotros la perspectiva de una alianza, de una confederación y aún más. En esta perspectiva —dictó— debéis construir las relaciones con Yugoslavia. La perspectiva de Yugoslavia es la perspectiva de los Balcanes, de Europa. El nombre de Tito ha rebasado las fronteras de Yugoslavia y también vosotros debéis popularizarlo. Mi opinión —finalizó con este asunto— es que habláis poco de nosotros, de modo que en el futuro debéis hablar más sobre Yugoslavia y sobre Tito.

No era aquel el lugar, ni eran las condiciones para entrar en discusiones y pedir aclaraciones sobre lo que entendía Stoinić con esta «confederación y aún más» y cómo era que

* Francés en el original — globo sonda.

Yugoslavia se habría transformado en «la perspectiva de los Balcanes y de Europa». Más tarde se aclararía todo. En Berat se lanzaban sólo las «ideas» y «directrices» que Stoiniç había traído de Yugoslavia y que, juntas o por separado, constituían minas con el mecanismo en marcha de incalculables peligros para el futuro de nuestro Partido y de la nueva Albania. Eran todas ellas minas políticas e ideológicas con la marca de producción titista. Era todavía pronto para que comprendiéramos su amplitud y peligrosidad, pero el tictac de su reloj comenzó a intranquilizarnos desde aquellos momentos turbulentos, como una horrible pesadilla. Mas Stoiniç, para no darnos la oportunidad de que pensáramos más tiempo sobre la esencia de su declaración acerca de Yugoslavia y las alianzas, dio un giro completo y volvió a lo que era más importante en aquel momento:

—Vosotros habéis hecho aquí la crítica del Comité Central, pero debéis hacerlo más a fondo y más fuerte, sobre todo la autocrítica. Debéis llevar esta crítica, con este mismo espíritu, a la base, de modo que se oriente correctamente todo el Partido...

Así era en líneas generales todo el contenido del Pleno que se estaba desarrollando en Berat, cuando la capital, Tirana, acababa de ser liberada y se esperaba de un momento a otro la plena liberación de toda Albania.

Y en estas cruciales condiciones y circunstancias, desgraciadamente, la mayoría de los objetivos de la «misión Stoiniç» se alcanzaron. Sobre nuestro Partido y su correcta línea se echó gran cantidad de barro mediante métodos profundamente hostiles y traicioneros. Fue golpeada y dañada gravemente la unidad en la dirección del Partido, particularmente en el Buró del Comité Central. Además de Sejfulla Malëshova y Pandi Kristo, se decidió incluir en el Buró a otros dos «Sejfulla», Bedri Spahiu y Tuk Jakova, y se propuso que, más tarde, si resultaba «necesario», entrara también en el Buró Kristo Thelmeiko. Sobre quiénes eran y qué hicieron todos éstos durante la guerra he hablado en el libro *Cuando nació el Partido*, más adelante hablaré también sobre lo que hicieron después de ella. Nos estábamos refiriendo a los «frutos» de Berat. Sólo uno de los principales objetivos de Stoiniç y sus agentes no

se logró allí, no consiguieron eliminarme a mi de la dirección del Partido y como Secretario General. Los camaradas del Pleno, aunque se desorientaron y aceptaron muchas acusaciones injustas, el hecho es que apoyaron la correcta línea general del Partido y respecto a mí expresaron lo que sentían: cariño, respeto y confianza. A pesar de ello, como consecuencia de todo lo que vomitó la banda de Stoiniç, mi autoridad, no en tanto que persona, sino como Secretario General del Partido, se empañó. Esto lo sentía y lo veía yo mismo mejor que nadie. Pero no bajé la cabeza. Incluso cuando se decían las cosas más negras, tenía la convicción de que nuestra línea era correcta y la confianza incommovible de que más tarde todo se aclararía y se pondría en su lugar. Por encima de todo tenía la convicción comunista de que, fueran como fueran las cosas, sabría permanecer junto al Partido y al pueblo y que su palabra y su justo juicio decidirían definitivamente acerca de todo.

Pero el «fruto» más amargo y funesto del Pleno de Berat fue la orientación que se dio allí para el futuro: dado que el sectarismo fue calificado como el «mayor mal» y el «mayor peligro» para nuestro Partido, se dio luz verde al oportunismo.

Esta era la razón principal de que el supuesto golpe al oportunismo en la línea se planteara levemente en el Pleno, sin mucha profundidad ni argumentos. Todo había llegado bien calculado del estado mayor de Tito. La acusación de «oportunismo» no se lanzó más que para «confirmar» que el Partido no estaba en situación de establecer una línea correcta y consecuente, después de esto la acusación ya no tenía valor para los acusadores: a fin de cuentas a estos últimos les importaba un bledo tanto el oportunismo como el sectarismo. Su preocupación consistía en el sometimiento de nuestro Partido y de Albania a Yugoslavia, por eso no debíamos ser «sectarios», sino «dóciles», «obedientes», «sumisos», «generosos», ¡hasta el sacrificio de la libertad, hasta la venta de Albania! Era esto lo que pretendía la «misión Stoiniç» y, desgraciadamente, había preparado el terreno para ello.

Las «directrices» de Stoiniç, de manera particular sobre

la futura política del Partido en el Frente, en los consejos de liberación nacional, en los órganos del poder, en el terreno económico, en la política exterior, etc., constituían el corrompido terreno antisocialista donde Sejfulla Malëshova y compañía se esforzarían por hundir a la nueva Albania, inmediatamente después de la Liberación.

Acerca de estos problemas habíamos desarrollado también durante dos o tres meses amplios y agudos debates que, en una u otra medida, penetraron en los informes presentados al Pleno, pero sobre todo en algunas de las intervenciones. Me referí antes al informe que me vi obligado a leer en el Pleno, a las contradicciones abiertas que tenía con los camaradas sobre la mayoría de las cuestiones que ellos insistían en que se «añadieran» o se «corrigieran». Pero quiero subrayar que mi oposición no resultó del todo inútil. Como «compensación», Nako, Koçi, Sejfulla, etc. y a la cabeza de ellos Stoinić, se vieron obligados a «aceptar» que quedaran en los informes algunos de mis correctos puntos de vista y posiciones. En la intervención que realicé poco antes del cierre del Pleno subrayé con mayor fuerza aún estas posiciones.

Así, por ejemplo, sobre la política del Partido en el Frente, después de hablar sobre la nueva situación creada en el país como resultado de las decisivas victorias en la lucha, entre otras cosas subrayé:

—Debemos tener cuidado con los enemigos declarados y también con los encubiertos. Ahora que todo el mundo ve que la victoria es nuestra, los enemigos abiertos y declarados se esfuerzan por ligarse al enemigo encubierto y, a través de él, entrar en el Frente. Hasta ayer combatieron desde fuera, ahora se esfuerzan por combatir desde dentro. Pero ya es muy tarde porque nuestras puertas están cerradas para ellos. El llamamiento que hicimos tiempo atrás a los elementos que se mantenían en las posiciones del ocupante era la última apelación. Ahora quieren entrar en el Frente todos los que pretenden librarse de la responsabilidad de los tres o cuatro años que han estado combatiendo contra nosotros con las

armas y con cualquier otro medio. Nuestra tarea es —subrayé— no permitir la entrada en el Frente de aquellos que pretenden socavarlo desde dentro.

Esta posición se enfrentaba con el punto de vista de Sejfulla Malëshova de que «si se cierran las puertas, el Frente se hace estrecho», por eso de manera directa, pero sin atacar por su nombre a Sejfulla, planteé la pregunta:

—¿Pero ni será que se estrechará el Frente con esta línea que vamos a seguir? No —subrayé—, el Frente no se estrecha. Se ampliará con todos aquellos elementos que hasta ahora se han mantenido al margen o que han sido ganados por los traidores, pero que no tienen las manos manchadas de sangre.

De igual modo que en el informe, en mi intervención final traté en líneas generales algunas de las tareas del Frente en el futuro, como gran organización política en la que se agruparían todas las masas bajo la dirección del PCA.

—Las funciones del poder que hasta ahora ha desempeñado el Frente, de hoy en adelante las ejercerán los consejos, a los que debemos fortalecer y vitalizar sin descanso —subrayé—. El Frente debe fortalecer la alianza de los obreros, los campesinos, los intelectuales y todas las demás capas.

La cuestión del poder —continué— es la cuestión central del Partido y esto no sólo porque se trata de un problema actual para nosotros, sino también porque en este terreno carecemos de experiencia. Debemos fortalecer los consejos, limpiarlos de los elementos extraños que han penetrado en ellos por error o con maquinaciones, debemos hacer que el pueblo tenga plena confianza en los consejos, que vea en ellos a sus órganos de poder.

Pero, aunque los complotadores se vieron obligados a «permitirme» que planteara estos puntos de vista, en sus intervenciones los atacaron abierta y directamente. Así, cuando tomó la palabra, Sejfulla Malëshova declaró entre otras cosas:

—Es el momento de que abramos las puertas del Frente y lo ampliemos aún más. También en Yugoslavia, donde de manera continua ha habido una política correcta en relación con el Frente, ahora se están abriendo las puertas para todos,

con mayor razón aquí que se han cometido errores sectarios. Nosotros no sólo debemos ampliar el Frente —subrayó—, sino ganarnos a quienes hemos perdido. ¡Debemos aceptar por tanto incluso a aquellos que no supimos ganarnos en la lucha!

En este mismo espíritu hablaron y dieron orientaciones Koçi, Pandi, Bedri Spahiu y en cierta medida también Nako Spiru. Se estaba preparando el terreno para meter en el Frente a los Cen Elezi y sus compadres, se estaba sembrando en la cabeza del Partido la semilla de los males con que nos enfrentaríamos más tarde.

Otra «directriz» de Stoinić, que nos daría muchas preocupaciones y trabajo en el futuro, era la de la posición de nuestro nuevo Estado ante los aliados.

Nosotros habíamos tenido durante toda la guerra una línea correcta en este aspecto, y conociendo a los tres «grandes aliados», establecíamos la necesaria diferencia entre la Unión Soviética por una parte, y los Estados Unidos e Inglaterra por la otra.

En aquel tiempo no conocíamos aún los tratos y los lazos encubiertos y abiertos de Tito con los dos aliados occidentales, sobre todo con Churchill, pero algo captamos cuando en uno de los debates anteriores al Pleno, Velimir Stoinić dijo:

—Hoy vosotros sois un estado con una política oficial. Los grandes aliados, que han jugado un papel decisivo en esta guerra, deben ser considerados de forma igual por el nuevo Estado...

—¿Cómo? —le dije—, ¿poniendo en el mismo plano a la Unión Soviética y a los otros dos?

—Desde el punto de vista estatal sí —me «aclaró» Stoinić—. La política de un verdadero estado no establece diferencias. Vosotros no sabéis esto, pero lo aprenderéis. Naturalmente —añadió después— de manera no oficial, por ejemplo a nivel de partido, puede considerarse a la Unión Soviética como el aliado principal y el más natural, pero a nivel estatal no. América e Inglaterra siguen siendo aliados y su política actual es positiva y redundante en nuestro beneficio.

Me pareció asombrosa una argumentación semejante y

en el fondo no estaba de acuerdo. ¿Cómo puede ser la política del estado distinta de la línea y de la política del partido? Otro hecho me causó aún mayor impresión. Cuando Velimir Stoinić me habló de subrayar «a nivel no oficial» el papel especial de la Unión Soviética, inmediatamente añadió:

—Aquí deben considerarse también las particularidades concretas de la lucha de cada país. Por ejemplo, el verdadero aliado de todos nosotros es la Unión Soviética, pero vosotros, Albania, aliados... como decirlo... —tragó saliva— aliados de verdad, de manera especial, los habéis tenido y los tenéis en la Yugoslavia de Tito.

Más tarde los camaradas me presentaron también como «suyos» estos puntos de vista, nuevamente tuvimos debate y, de uno u otro modo, encontraron reflejo en el Pleno. Pero apoyándome en el hecho de que el informe sería presentado en el Partido, aproveché la ocasión y subrayé con energía:

—La Unión Soviética, como primer Estado socialista y con la heroica guerra antifascista que ha llevado a cabo, constituye la mayor garantía para la libertad y la independencia de los pueblos. Debemos, por tanto —subrayé—, inculcar en la conciencia de las masas la verdad de que nuestro aliado más sincero y el principal sostén de nuestra política exterior es la Unión Soviética.

Igualmente, aprovechando el derecho de pronunciar el discurso de clausura, les dije a los camaradas:

—Estamos en los umbrales de la completa liberación de Albania, estamos ante tareas de una gran importancia y nuestro Partido, que ha sido el verdadero dirigente de esta guerra liberadora, no tiene por qué ocultarse tras el Frente. Debe hacerse más fuerte, más inteligente y más activo que nunca. Y al frente de las masas, con las riendas en la mano y con una posición y una línea correctas y adecuadamente puestas en práctica, el Partido debe cumplir su propio programa y las aspiraciones del pueblo trabajador.

En este gran giro que está dando la historia de nuestro pueblo debemos multiplicar por diez nuestras energías y nuestra agudeza política, debemos, al mismo tiempo, poner al Comi-

té Central y a todo el Partido ante la realidad pasada y futura, poner de manifiesto los éxitos y los errores, enseñar al Partido a no embriagarse con los primeros y a aprender de los segundos.

Así se cerró el Pleno de Berat. Al día siguiente entraríamos en Tirana. Se liberó toda Albania, se cumplió con éxito la tarea inmediata que nuestro Partido había colocado en su programa desde su fundación, el 8 de noviembre de 1941. Eran días en los que la alegría y la felicidad debían ser más grandes que nunca. Y de hecho estos sentimientos ardían en los corazones, las caras y los ojos del pueblo, se manifestaban abiertamente, estallaban por dondequiera que pasamos aquellos días. En medio de esta alegría estaba también yo y los demás camaradas de la dirección del Partido, todos los comunistas, todos los combatientes de nuestro heroico Ejército Guerrillero.

Pero no puedo ocultar que, además de la gran alegría por haber conquistado la victoria, me acosaba una enorme y amarga inquietud por lo que había sucedido en Berat. Tenía la impresión de que en alguna parte se ocultaba otro gran peligro para el futuro. No era en absoluto inquietud por mi futuro personal. Yo, desde el día en que emprendí conscientemente el camino del comunismo, lo había asumido todo, los sufrimientos, los esfuerzos, los sacrificios, incluso la entrega de mi propia vida. Todo lo había dedicado a la gran causa del pueblo, de la patria, del Partido y de la revolución. Mi única inquietud era el Partido, sobre el que se había arrojado injustamente tanto barro, era su futuro, el del pueblo y el del país que habría de dirigir.

Se había hecho toda aquella lucha gigante y se había coronado con éxito y ahora, si hacíamos peligrar todo esto con nuestras propias manos, ello ¡sería una gran vergüenza, una pesada culpa! Sería el crimen más imperdonable que se podía cometer sobre las espaldas de este pueblo. No se debía permitir jamás que ocurriese eso.

Y me juré a mí mismo que lo haría todo por poner la verdad en su sitio, porque el Partido prosiguiera su justo camino, porque Albania avanzara por el camino que le había prometido el PCA desde noviembre de 1941.

LA AGENCIA DE TITO EN ACCION

Belgrado sustituye a Stoinić por el titista albanoparlante Josip Djerdja ■ El 7° gabinete para... Albania en la cancillería de la Federación Yugoslava ■ ¡¿Por qué Tito está «contra» el desmembramiento de Albania?! ■ La verdad sobre el regateo Pijade-Tsalدارis en agosto de 1946 ■ Una «broma» entre Tito y el rey Pablo sobre el reparto de Albania ■ Debate en torno a la política sobre las elecciones a la Asamblea Constituyente — S. Malëshova: «Dejemos libre a la oposición para que tome parte de forma independiente en las elecciones»; K. Xoxe: «A los camaradas yugoslavos no les dio miedo ponerse de acuerdo con los burgueses»; N. Spiru: «No tenemos por qué temer ahora a nuestros adversarios». El pueblo: «Antes nos comemos los votos que dárselos a los reaccionarios» ■ Estallido de las reyertas entre los propios complotadores ■ El V Pleno del CC del PCA de febrero de 1946 ■ Las tesis para la revisión del Pleno de Berat ■ Belgrado en ayuda de sus agentes.

La nueva etapa histórica en la que entraban el Partido y nuestro país inmediatamente después de la Liberación y del establecimiento del poder popular, señala también el paso a una nueva fase en las relaciones con el PCY y el Estado yugoslavo.

Ahora, en los dos países, nuestros partidos eran partidos en el poder. A ellos les correspondía la obligación y la noble tarea de dedicar todas sus fuerzas y capacidades tanto a conducir hacia nuevas victorias a sus respectivos pueblos y países, como a fortalecer y desarrollar las relaciones y lazos recíprocos.

Las dificultades, las situaciones y las condiciones específicas del tiempo de la guerra finalizaron. Nosotros, por nuestra parte, encontramos en aquellas condiciones y dificultades, comprensibles en el tiempo de la guerra, la principal justificación del hecho de que las relaciones directas con el PCY y sobre todo con su dirección, se hubieran limitado durante los cuatro años transcurridos a unos cuantos pasos discontinuos, que por otra parte no nos habían dejado una buena impresión, sino que por el contrario nos habían desilusionado. Pero aún veíamos esto como hechos aislados y no hacíamos responsable de ello a la dirección del PCY. Continuábamos por tanto teniendo buena opinión del partido yugoslavo y de su dirección principal, una opinión en cierta medida eufórica, a pesar de que durante cuatro años no tuvimos la posibilidad de conocerlos de cerca y en concreto. Había llegado el momento de que nos valoráramos recíprocamente sobre la base del conocimiento real de las actividades, de los hechos y de la línea de cada uno y no con juicios «idealistas» como en el pasado. Había llegado el momento de que desapareciera en la práctica toda sombra de la duda que nos habían dejado los pasos limitados y desagradables del pasado, así como debía desaparecer toda duda o mala opinión que se pudiera haber creado sobre nosotros la dirección yugoslava partiendo de los informes que le llevaban sus enviados. Estábamos por tanto preparados y predispuestos a desarrollar y fortalecer al máximo las relaciones amistosas con el PCY y con los pueblos de Yugoslavia, orientándonos a cada paso por los principios marxista-leninistas sobre las relaciones entre partidos y países hermanos. ¿Qué es lo que nos diría el futuro?!

«Defensa» de jure de Albania para su anexión de facto

Durante el primer año después de la Liberación, incluso durante la mayor parte de 1946, muchos aspectos nos habla-

ban de un «pequeño verano» en las relaciones con los «amigos» yugoslavos. Parecía como si muchas de sus anteriores posiciones estuvieran cambiando, como si se caminara hacia una mejora de la atmósfera pesada e hipercrítica del pasado, como si ellos estuvieran reconsiderando algunas de sus posiciones injustas del pasado.

El propio coronel Stoinić, tras el caos y la confusión que nos había ocasionado en Berat, comenzó a aproximarse a mí.

Pero lo que nos había sucedido en Berat era como una nube negra que no se había disipado. Por el contrario, su efecto negativo en nuestros trabajos diarios, pequeños o grandes, se percibía constantemente.

Le dije esto a Stoinić en una de las numerosas visitas que comenzó a hacerme después de que nos estableciéramos en Tirana, subrayando que, por el momento, del Pleno de Berat sólo estábamos viendo efectos negativos.

—En cuanto se calmen las pasiones verá como todo cambia —se esforzaba por tranquilizarme—. En Berat los camaradas aprendieron cómo se hace la crítica y la autocrítica. Esto es de gran valor para el presente y para el futuro.

—Sólo que tengo la sensación —le dije— de que la crítica se hizo echando barro sobre el prestigio del Partido, de su dirección y de mí mismo.

—Debe entenderme bien —me respondió—. Jamás hemos pretendido ni yo, ni sus camaradas, lesionar la autoridad de su Partido y mucho menos la suya como individuo. Usted mismo comprobó que los camaradas del Buró no tuvieron nada directamente con usted, por el contrario, ¡están contentos de que sea Secretario General del Partido!

—Para las funciones que desempeño —le dije fríamente, y con clara intención—, es el Partido quien me ha elegido y no una o cinco personas. Que permaneciera o no en estas funciones no era, igualmente, cuestión de unas cuantas personas, quienes quiera que fueran. El Partido está para nosotros por encima de todo.

—Muy justo —dijo Stoinić y fingiendo no haber comprendido nada, siguió adelante haciéndome algunos elogios:

«Para nosotros es un honor tener un amigo como usted», etc., etc.

Jamás me han gustado las alabanzas y, cuando me las han hecho en la cara, he tratado de ver y descubrir lo que se oculta tras ellas y tras el adulador. Así sucedió también en esta ocasión con Velimir Stoinić. Pero éste me hablaba con tal cara de ingenuidad que me resultaba difícil comprender qué es lo que había ocurrido tan inesperadamente con él. Quizás, pensé, le habrá mandado a la dirección yugoslava algún informe sobre lo ocurrido en Berat y Tito le ha tirado de las orejas. Quizás el propio Velimir se da cuenta de que en lugar de ayudarnos con sus «tesis», nos ha creado muchos problemas y ahora quiere llevarse bien conmigo. Quizás piensa que yo, por escrito o en encuentros oficiales, puedo hablar a Tito en el futuro sobre el amasijo de Berat y, para anticiparse al mal, se esfuerza por comportarse amistosamente conmigo.

Al mismo tiempo observé que Stoinić continuaba manteniendo buenas relaciones también con los otros camaradas, con frecuencia nos invitaba a todos juntos a la sede de la misión yugoslava, y no perdía ocasión para visitarnos, aunque sólo fuera para un «qué tal, cómo está usted». Pensé que también esto formaba parte de sus esfuerzos por corregir algo lo que se había deteriorado en el pasado, particularmente en el período comprendido entre finales de agosto y finales de noviembre de 1944. Hasta el momento en que abandonó Albania (por lo que recuerdo, allá a finales de 1945), se transformó en un distribuidor de invitaciones y de propuestas para que enviáramos a Belgrado la mayor cantidad posible de camaradas de distintos sectores, a nivel individual y en grupos, para «obtención de experiencia».

En cualquier caso, para mí él era una carta sin ningún valor. Todo lo que podría tener de bueno (de hecho no tenía nada), lo había quemado definitivamente en Berat y ahora, estuviera o no en Albania, sonriera o se disgustara, carecía de la más mínima importancia. Tengo la convicción de que Tito y su gente se percataron de esto y le retiraron rápidamente

de Albania. En su lugar nos vino otro titista, Josip Djerdja, con el que nos ligaría otra larga y amarga historia. Era éste un diplomático de origen albanés, de una aldea de Dalmacia, y hablaba nuestra lengua con fluidez. Su abuelo, si no me equivoco, había sido regente de la monarquía servia o croata. Josip Djerdja era un hombre inteligente y taimado, se hacía pasar por «campechano», trababa conversación con cualquiera y, en este sentido le ayudaba la lengua, hacía una refinada labor de información para Belgrado. Conmigo trataba de mostrarse correcto y afable, hacía esfuerzos por desterrar de mí la mala impresión que había dejado Velimir Stoinić y muchos otros, y se mostraba *accommodant** y propenso a que las cosas no volvieran a ser tensas. Por tanto, inicialmente Djerdja era dulce y un verdadero «experto» en todo. Con un escrito, cinco o seis líneas, el propio Tito nos lo presentaba como un cuadro preparado, que estaría dispuesto a ayudarnos. En uno de los primeros encuentros que mantuve con este nuevo representante yugoslavo, llevó la conversación a Stoinić.

—Los camaradas —me dijo «en confidencia»— le tiraron un poco de las orejas por cierta falta de tacto en sus relaciones con ustedes, pero deben entenderlo, él se inclinaba a los métodos militares ya que ésa era su profesión.

—No era simplemente falta de tacto —le contesté al yugoslavo albanoparlante—. Partiendo de las «observaciones» que nos hizo el coronel Stoinić se ha desarrollado y continúa desarrollándose toda una historia.

—Sus camaradas se han malentendido con él. Nosotros, como amigos y comunistas, nos haremos observaciones recíprocas, pero eso no quiere decir que se tengan que tomar necesariamente en cuenta.

—Sí, pero su camarada insistió no sólo en que fueran aceptadas, sino en que se «profundizasen» aún más.

—Es posible, es posible —dijo Djerdja—. Pero yo he venido con la buena intención de no mirar hacia el pasado. Entonces las propias condiciones eran tales que resultaba más difícil

* Francés en el original — complaciente.

conocer la situación y los problemas. Lo principal es que ahora avancemos codo con codo, como amigos y hermanos.

Mientras tanto, nos habían llegado o nos llegaban de Belgrado otros mensajes de amistad. Comenzaron las idas y venidas a Yugoslavia de camaradas nuestros de distintos sectores; y la gente que encontraban allí, sobre todo los funcionarios del partido, les acogían cálidamente y no perdían ocasión para enviarme a mí saludos y «seguridades» de que la «amistad» entre nuestros partidos y nuestros países «se fortalecerá», de que «Belgrado tiene y tendrá las puertas abiertas para ustedes», etc.

Todo esto, considerado en su conjunto, no podía sino entusiasmarnos y alegrarnos. Nosotros mismos estábamos interesados en el fortalecimiento de las relaciones recíprocas; deseábamos, en primer lugar, que el propio Partido Comunista de Yugoslavia y el nuevo Estado yugoslavo se mantuviesen en posiciones sólidas y correctas. Por supuesto, pensábamos que teníamos cosas que aprender de ellos, y esperábamos hacerlo, particularmente sobre los problemas de la organización del nuevo Estado de democracia popular, en lo que nosotros carecíamos de experiencia, sobre la reconstrucción y la construcción del país, sobre el reconocimiento, el fortalecimiento y la afirmación de nuestras posiciones en la arena internacional, etc.

El hecho es que el gobierno yugoslavo fue el primero en reconocer al nuestro como gobierno legítimo y estableció relaciones diplomáticas con nosotros ya en la primavera de 1945¹. Nosotros agradecemos este acto a los camaradas yugoslavos y les expresamos nuestra gratitud aunque, a fin de cuentas, era una acción más que normal y necesaria, que debía emprender de inmediato todo gobierno, perteneciente a cualquier país que siguiera una política realista en la arena internacional.

Nosotros no teníamos por qué esperar y considerar como

¹ La decisión del gobierno yugoslavo sobre el reconocimiento del Gobierno Democrático de Albania fue publicada el 1 de mayo de 1945.

un «favor», o una «especial benevolencia» el reconocimiento de nuestro gobierno por parte de los demás. Nuestro gobierno era más que legítimo, había surgido del fuego de la guerra. Como resultado de la lucha heroica y sin compromisos que desarrollamos contra los ocupantes y sus colaboradores, nuestro gobierno gozaba del apoyo y el cariño de todo el pueblo, se manifestaba con decisión a favor de una política exterior e interior justa y de principios y la aplicaba en la práctica, reconocía sus deberes y defendía sus derechos en la arena internacional.

Considerado pues con frialdad o bien a nivel de principios, el acto de reconocimiento de nuestro gobierno por parte del gobierno yugoslavo era más que normal, era una acción que debía emprender tanto él como cualquier otro gobierno.

Pero, dadas las condiciones y circunstancias de entonces, cuando nos encontramos injustamente frente al boicot abierto y a los esfuerzos de los norteamericanos e ingleses no para reconocernos, sino para derrocarlos, cuando aún no estábamos siendo reconocidos por los demás, etc., la acción del gobierno yugoslavo merecía nuestro respeto y agradecimiento. Y aún más, la turbulenta situación en Grecia como resultado de la intervención militar de los anglo-americanos, representaba un nuevo peligro en nuestras fronteras del Sur. El gobierno griego, creado en la emigración y transportado directamente hasta sus sillones por los aliados, proclamó inmediatamente y de forma abierta sus viejas pretensiones de apoderarse de la parte sur de Albania. El viejo cuento del denominado Epiro del Norte comenzó nuevamente a circular por las cancillerías de las grandes potencias y los representantes de los monarco-fascistas griegos, apoyados descaradamente por los americanos y los ingleses, desataron una furiosa campaña en conferencias y encuentros internacionales a favor de un nuevo desmembramiento de Albania. Nosotros levantamos enérgicamente nuestra voz contra esta política brutal e injusta hacia nuestro nuevo Estado, y éramos precisamente nosotros el factor fundamental y la garantía número uno de que nuestros legítimos derechos nacionales e internacionales fueran defen-

didos, como efectivamente sucedió. Los factores externos que jugaban a nuestro favor, tenían el valor de un factor auxiliar, de apoyo.

En primer lugar nosotros veíamos y encontrábamos este factor en la justa política internacionalista de la Unión Soviética dirigida por Stalin, lo veíamos en la política exterior stalinista, que de igual modo que salió en defensa de los intereses y de los derechos de los demás países y pueblos, grandes y pequeños, lo hizo también en defensa de nuestra justa causa. Los representantes de Stalin apoyaron a la nueva Albania y al orden de democracia popular que nosotros estábamos estableciendo; al mismo tiempo desenmascaraban los esfuerzos de la reacción internacional, sus amenazas e intentos de intervenir en nuestros asuntos internos o de negar y atropellar nuestros derechos. En aquel período, el hecho es que también el gobierno yugoslavo, mediante declaraciones o mediante sus representantes, salió en defensa de nuestros derechos, e incluso, es necesario decirlo, su celo se manifestó de modo particularmente ferviente en lo que respecta al reconocimiento de nuestras fronteras estatales y a su defensa frente a las pretensiones de los demás. Más adelante explicaré en qué consistía esta «defensa» y de dónde procedía este asombroso celo de los titistas en relación con nuestra causa. Aquí sólo quiero poner en evidencia lo que era visible y proclamado ruidosamente por ellos en 1945 y 1946, como volvería a serlo en 1970 y 1980. Nosotros, qué duda cabe, por lo que sabíamos y veíamos en aquellos momentos, no teníamos sino que expresar nuestra gratitud por esta ayuda. Ellos aceptaban estas muestras de gratitud con gusto, incluso se ensombrecían cuando no se la expresábamos con efusión, y sobre todo, cuando no la hacíamos pública en la prensa, en los discursos, o no les agradecíamos por escrito. Aclararé también en qué consistía esta «costumbre» suya de pedirlo todo, especialmente las buenas declaraciones, por escrito y sobre todo publicado en los periódicos.

Podría presentar aquí un buen número de hechos y aspectos acerca de nuestras «calurosas» relaciones con los yugo-

slavos durante el primero y segundo año después de la Liberación (sobre ayuda económica en este período no se puede ni hablar), pero creo que los que he mencionado bastan para argumentar una verdad auténtica sobre este denominado «período de relaciones cordiales», «amistosas» con los yugoslavos. Debo decir que por parte de ellos toda esta «bondad», «ayuda», «respaldo» era en esencia nada más que un bluf, un gran fraude, una ratonera camuflada con laureles y ramas de olivo, pero que bajo las hojas ocultaba los dientes de hierro de los enemigos declarados de nuestro Partido y de la libertad de nuestra patria. Con esto no pretendo de ningún modo atropellar ni la «bondad», ni la verdad, ni malinterpretar ni ignoro los hechos, como han pretendido y pretenden los titistas. Nuestro Partido no ha tenido nunca esta costumbre ni ha permitido a nadie entre sus filas que tergiversar no ya la historia, sino ni una sola palabra de ella.

Los hechos son testarudos, démosles a ellos la palabra.

Los yugoslavos mencionan como la más grande e «indiscutible» ayuda y respaldo que nos han dado desde un comienzo, **el reconocimiento por su parte de nuestro Gobierno en mayo de 1945 y los esfuerzos en las conferencias internacionales, etc., porque también los demás reconocieran a nuestro legítimo gobierno y la inviolabilidad de nuestras fronteras.**

Para esto presentan «hechos», reeditan declaraciones, recuerdos, etc., etc. Sí, esos hechos, esas declaraciones existen y nosotros no lo hemos negado nunca. Pero los titistas se han esforzado siempre por ocultar, por «olvidar», por eliminar cualquier rastro de otra serie de hechos y argumentos que conciernen a la misma cuestión y al mismo período. Concretamente: justo en el momento en que publicaban ruidosamente el reconocimiento de nuestro Gobierno, de la independencia de Albania y de su inviolable unidad territorial, en secreto, en las conversaciones de más alto rango de la dirección estatal y de partido, fraguaban los planes orientados a la anexión de Albania y su transformación en la séptima república de Yugoslavia! Desde principios de 1945, uno de los

colaboradores más próximos de Tito, Moše Pijade, reclamó que ¡la nueva cancillería de la República Federativa de Yugoslavia en Belgrado no tuviese seis, sino siete gabinetes! El séptimo le correspondía, según los titistas, a la ¡«República Yugoslava de Albania»!¹.

Alguno de los yugoslavos de hoy presenta este hecho incontestable como un capricho, un desatino de Pijade, o como un «deseo», un «titubeo» inicial de los demás. No es así. Poco después, en 1946 y particularmente en 1947 y 1948 estos planes para la anexión de Albania nos serían presentados oficialmente con brutalidad e insistencia por el propio Tito y su gente. Sobre esto hablaremos más adelante. Aquí se trata únicamente de evidenciar la falsedad y la vil astucia de Tito y compañía en relación con su acto público de 1945 para el «reconocimiento» de Albania.

Pero surge la pregunta: ¿por qué decidieron y proclamaron el reconocimiento de Albania, de nuestro gobierno, etc., cuando en secreto elaboraban planes anexionistas? ¿No se precipitaron?! ¿No se equivocaron?! ¿Ni mucho menos! Estúpidos no han sido, particularmente en el engaño y la tramoya, no les neguemos el mérito, han demostrado sobradamente su aptitud y su astucia.

También en este caso concreto su táctica era refinada y con múltiples planos.

Tito y sus camaradas pensaban (y aquí se equivocaban gravemente) que de una u otra forma Albania les correspondería a ellos. Después de Berat aseguraron sus posiciones clave en nuestra dirección, conocían y sentían nuestra amistad eufórica hacia ellos, y calculaban eliminar fácilmente algún obstáculo que había quedado. El «factor interno» era consi-

1 Entre otras cosas, en el libro de Vladimir Dedijer *Novi Prilozi za Biografiju J. B. Tita* (Nuevas adiciones a la biografía de J. B. Tito), (2) Rijeka, 1981, pág. 902, se dice: «Moše Pijade, gran sostenedor de la Federación de Yugoslavia y Albania, proponía... que en los planes para el nuevo edificio de la Federación en el nuevo Belgrado se incluyera de inmediato la construcción de siete gabinetes: para las seis repúblicas yugoslavas y para Albania».

derado por ellos, en general, resuelto. Ahora el asunto era que la anexión de Albania no suscitara debates y problemas en la arena internacional, que no fuera considerada nunca por los demás como una anexión *manu militari*, como consecuencia de la guerra, etc. Esta anexión, según ellos, debía hacerse en situación de paz y llevar el sello de la «legítima voluntad» del Estado albanés y de su legítimo gobierno. De este modo no tendrían complicaciones. Precisamente para esto, como primer paso, debía reconocerse a Albania como estado independiente, debía reconocerse al nuevo gobierno albanés como el gobierno legítimo que expresaba las aspiraciones y los deseos del pueblo. Cuando todos, y sobre todo «los grandes» hubiesen llevado a cabo este reconocimiento, entonces se entiende que no tenía por qué producir inquietud ni problemas el «deseo» de un gobierno legítimo y reconocido en el mundo a unirse con quien quisiera, en este caso concreto, con Yugoslavia. Así quedaba resuelto también el problema de Kosova; no se planteaba la cuestión de que ésta se uniera a Albania, sino que ¡Albania se «uniría» a ella en el marco de la Yugoslavia de Tito!

Esto se proponía por encima de todo el gobierno yugoslavo con su acto del 1º de mayo 1945. Con él daba «ejemplo» a los demás para que se apresuraran a reconocer a un gobierno legítimo de un país soberano. Este mismo objetivo tenían todas sus «ayudas» y «esfuerzos» para influir sobre Inglaterra, EE.UU., Francia, etc., de forma que reconocieran la independencia de Albania y a nuestro Gobierno Democrático. Tito y su gente por tanto, reconocieron *de jure* a Albania para anexionársela *de facto*.

En este plan se encuadraban también todos sus esfuerzos por «golpear» las miras y las pretensiones de los demás, especialmente de los monarcofascistas griegos, en relación con el desmembramiento de Albania. Todavía hoy se presenta ruidosamente en Belgrado la «ayuda» de aquellos años, e incluso se utiliza como «argumento» para demostrar que ¡la dirección yugoslava no sólo no ha pretendido la anexión de Albania, sino que ha ayudado a que ninguna parte de su

territorio resultara lesionada por las pretensiones de entonces de los monarcofascistas!

A mediados de agosto de 1946, mientras en París habían dado comienzo los trabajos de la Conferencia de Paz, nosotros y toda la opinión pública internacional escuchamos la enérgica denuncia que hizo Moše Pijade en una de las sesiones de la Conferencia contra la propuesta de Tsaldaris¹ de establecer un acuerdo secreto greco-yugoslavo para el desmembramiento de Albania.

Pocos días después de que hablara Pijade yo marché también a París² para encabezar nuestra delegación en dicha Conferencia, y desde el primer encuentro agradecí a Pijade su actitud y la del gobierno yugoslavo ante la infame proposición de Tsaldaris. Estaba junto con Molotov en el momento en que me entrevisté con Pijade y a éste le satisficieron mucho mis palabras, tanto más por cuanto se las decía en presencia de Molotov.

— Los lobos monarcofascistas, con su insaciable voracidad, me proporcionaron un importante hecho —comenzó a declamar Pijade con visible presunción— ¡y yo no perdí la ocasión, la utilicé y lancé la «bomba» en la Conferencia!

Después de que Pijade acabara su declamación, Molotov le dijo con calma y con humor:

—¡Muy bien hecho! Pero el camarada Enver no se encontraba aquí en aquellos días y no conoce los detalles de cómo los griegos pusieron en sus manos esa «bomba».

—Me convocó Tsaldaris a una entrevista secreta —comenzó a relatar con satisfacción Moše Pijade— y me dijo: «Nosotros tenemos viejas pretensiones sobre Albania del Sur, pero también ustedes, los serbios, tienen pretensiones sobre Albania del Norte. Entendámonos, lleguemos a un acuerdo sobre lo que les corresponde a ustedes y lo que nos corres-

1 En aquel tiempo primer ministro de Grecia y representante de ésta en la Conferencia de Paz en París.

2 El camarada Enver Hoxha partió hacia París el 18 de agosto de 1946.

ponde a nosotros y zanjemos el asunto de Albania. Esta no debe existir como una manzana de la discordia entre nosotros. ¡Que sea una manzana dulce, dividida en dos de común acuerdo!» ¡Hasta este punto han llegado! —dijo Pijade y nos miró con insistencia para comprobar el efecto de sus palabras.

—¡Sí, sí! —le atajó Molotov todo serio y le preguntó— y después, ¡¿cómo terminó la componenda?!

—Nosotros jamás podemos permitir ni permitiremos que se atente contra nuestra hermana, Albania —declaró Pijade—. Por eso hice en la Conferencia lo que ellos ni siquiera habían podido imaginar.

Le agradecí una vez más esta declaración calificándola de ayuda y defensa internacionalista por parte del representante de un país hermano. Pero no sabía entonces que precisamente a este «defensor» de la parte sur de Albania, le atormentaba el sueño de anexionarse toda Albania, no sabía que precisamente este Pijade era quien, desde 1945, ¡pretendía «reservarnos» el séptimo gabinete de la cancillería general yugoslava!

Por tanto, conforme al plan secreto para la anexión de toda Albania, la gente de Tito no tenía por qué no salir en «defensa» de la parte sur que ambicionaba Tsaldaris. Ellos confiaban en que los asuntos rodarían a favor suyo y, en este caso, ¡¿por qué habrían de permitir que la amada y soñada Albania fuera mermada por los griegos cuando podían disfrutarla toda entera?!

En pocas palabras, «los defensores» yugoslavos no defendían a Albania como estado libre y soberano, sino que defendían los territorios que en sus planes secretos constituían la provincia meridional del «gran estado» yugoslavo soñado durante siglos, compuesto por numerosas naciones y pueblos.

Esta era pues la base fundamental de donde surgía todo el celo de los yugoslavos a favor del «reconocimiento de Albania» y de la «inviolabilidad» de sus fronteras.

Naturalmente, en función de esta estrategia central y de los momentos de entonces, con esta política «protectora», «internacionalista», etc., Tito y Cía. lograban al mismo tiempo otros objetivos.

Al colocarse en primera fila entre los «defensores» de la cuestión de Albania, hacían una inversión de capital en el mundo democrático y progresista para hacerse pasar por un país «campeón de la defensa» de los derechos de los demás países, por «internacionalistas consumados», por un estado y un partido que no alimentaban ninguna clase de ambiciones anexionistas ni hegemónicas. Por el contrario, daban a entender a la opinión pública que incluso cuando los demás les hablaban de componendas y tratados secretos en detrimento de terceros (como en el caso de Tsaldaris), ¡no sólo no los aceptaban, sino que denunciaban públicamente a los anexionistas! ¡La pureza personificada! He aquí cuál podía ser el mejor calificativo de la gente de Tito.

El juego se hacía así refinado y peligroso. En esta primera fase, el presentarse como los «puros», les serviría como un argumento de peso para «confirmar» después, en el segundo paso, que en la cuestión de la unión de Albania con Yugoslavia no había complot alguno, ni ninguna mano oculta por parte de los yugoslavos. «No, se defenderían Tito y sus camaradas, nosotros aceptamos la unión porque ese era el deseo de los propios albaneses; nosotros no teníamos ninguna pretensión. Por el contrario, como ustedes saben, señores, nosotros fuimos quienes salimos en defensa de la independencia de Albania y del reconocimiento de esta independencia, incluso cuando los demás callaban o pretendían desmembrarla».

Muchos años después, cuando quedó claro no sólo para los chovinistas yugoslavos sino para cualquier otro que, en relación con Albania, Tito había echado la cuenta sin el huésped, aparecería nuevamente un monarcofascista griego, y ahora, «desde posiciones iguales», repetiría a los yugoslavos la propuesta de Tsaldaris de 1946. Pero la nueva tentativa de chaloneo difería algo de la primera. Esta vez el rango de los participantes era más alto: Sería el propio monarca de Grecia, Pablo, quien propusiera al presidente de Yugoslavia, Tito, el reparto de Albania. La otra diferencia consiste en que esta vez Tito no consideró conveniente denunciar la propuesta del rey, ni ante él mismo, vis a vis, y mucho menos en público.

Naturalmente el tiempo ha mostrado y mostrará el sentido de esta «broma entre reyes» que se hizo en Corfú frente a las costas de Albania. Pero una cosa es indiscutible: ¡la famosa zorra de Esopo sólo consideró «verdes» las uvas que tanto anhelaba cuando vio que no podía alcanzarlas!

Pero, como decía, esto corresponde a un período posterior, al tiempo en que ya llevábamos años enfrentados abiertamente con el revisionismo moderno yugoslavo. Volvamos pues al período de la «amistad», al período en que Tito y su gente nos «defendían» y nos apoyaban *de jure* para devorarnos *de facto*.

Así era entonces la verdadera política de Yugoslavia respecto a nosotros en todos los demás aspectos. Este mismo objetivo tenían también el «apoyo» y el «respaldo» inesperados que comenzó a manifestarme Velimir Stoinić tras el complot de Berat, los «saludos» que me enviaban Tito y sus camaradas con uno o con otro, y la propia alta condecoración yugoslava que me concedieron en 1946. Todo se hacía para hacernos perder la vigilancia, para encubrir cualquier sospecha en torno al complot con un velo de color de rosa, para asestarnos el golpe precisamente cuando no lo esperábamos.

Como sabríamos más tarde, mientras a mí me concedían «certificados» de confianza y de reconocimiento, al mismo tiempo proseguía el mimo y el estímulo de las ambiciones de Koçi Xoxe, Nako Spiru, Sejfulla Malëshova con el objetivo de que hicieran ahora lo que no habían conseguido hacer en Berat: suprimirme a mí de la dirección del Partido. En este primer período Nako Spiru manifestaba toda su vena proyugoslava, y más tarde se probaría que los lazos entre Nako y la dirección yugoslava no tenían ninguna base justa y marxista. Eran relaciones entre agentes. Nako soñaba con ser Secretario General del Partido y pensó en utilizar a los yugoslavos para sustituirme a mí, pero fueron los yugoslavos quienes utilizaron a Nako para sus propios objetivos. Precisamente a esta fase corresponde el infame y vil documento de Nako Spiru en el que se dirigía a la dirección yugoslava como un agente descarado, en los peores términos sobre mi

persona, y solicitaba que se examinara mi situación, en una palabra que influyeran para que yo fuera destituido de la función para la que me había elegido el Partido.

Pero los yugoslavos dejaron en el silencio la petición que les hacía Nako porque, al parecer, vieron en él a un elemento que podía crearles dolores de cabeza o estropearles las cosas. Prefirieron a Koçi Xoxe. Nako, gravemente ofendido, pero al mismo tiempo sediento de ambición, estableció nuevas relaciones. Los yugoslavos observarían estas nuevas relaciones de Nako, pero continuarían guardando completo silencio sobre su documento comprometedor. Sólo en las graves condiciones de noviembre de 1947 (hablaremos de ello más adelante), la gente de Tito sacaría del cajón el documento comprometedor y lo colocaría ante Nako como presión, como «arma» con la que este último, en la grave situación creada, se suicidaría. Pero tampoco esta vez se nos diría nada, porque en aquellos momentos a los yugoslavos les interesaba que las circunstancias del suicidio de Nako Spiru quedaran oscuras para nosotros. Más tarde los yugoslavos sacarían este documento de sus cajones y publicarían únicamente algunos pasajes de él, con el fin de crear entre el público una opinión lo más negativa posible sobre nosotros.

Estos eran pues los «camaradas yugoslavos», los que se nos presentaban como «marxistas puros» y a los que nosotros, desgraciadamente, por falta de hechos y por falta de unidad en nuestras filas, considerábamos como camaradas y amigos todavía en 1945, todavía en 1946.

Por supuesto, también en este período existían algunas señales, algunos indicios grandes o pequeños que no podían ser ocultados y que nos causaban mala impresión.

Grupos de camaradas o alguna delegación de la Juventud o de la organización de la Mujer viajaban a Belgrado de visita o por cuestiones de trabajo, y los camaradas yugoslavos, para asombro nuestro, ¡mencionaban a todas horas el nombre y los «méritos» de Liri Gega! La misma que en Berat había sido condenada y expulsada de nuestro Buró Político y del Comité Central del Partido por graves errores sectarios, hubo de viajar

en una ocasión a Yugoslavia (no recuerdo por qué ni en qué circunstancias, pero con seguridad con la intervención y mediación de los propios yugoslavos), donde el número dos de la dirección yugoslava —Milovan Djilas— ¡le reservó una acogida calurosa y cordial! Comenzaron a hacérsenos presiones para que la rehabilitáramos a ella y a Ymer Dishnica, al que habíamos condenado por oportunismo.

¿Qué nombre se le podía dar a este comportamiento de los camaradas yugoslavos?! Ellos habían lanzado todas aquellas acusaciones contra estos dos elementos y habían construido toda una plataforma, la de Berat, apoyándose en sus errores y sus culpas. ¿Cómo es que ahora les socorrían y nos presionaban para que les incluyéramos de nuevo en la dirección del Partido?! ¡Asombroso!

Como dije antes Liri Gega era uno de los suyos, uno de sus agentes jurados y los yugoslavos se vieron obligados a sacrificarla en Berat, a «condenarla», no por los daños que había ocasionado al PCA, sino exclusivamente para que sus errores fueran tratados, como en efecto ocurrió, como errores de la dirección del Partido, principalmente míos y de Miladin. Después de aquello era natural que reclamaran de nosotros la rehabilitación de Liri Gega. En cuanto a Ymer Dishnica, los yugoslavos deseaban rehabilitarle porque conocían desde hacía tiempo sus inclinaciones oportunistas y conciliadoras. Un oportunista así en nuestra dirección representaría un voto más a favor de los planes secretos de los yugoslavos.

Naturalmente, nosotros, aunque no conocíamos ni comprendíamos entonces las innumerables «rarezas» de los yugoslavos, no estuvimos de acuerdo con sus proposiciones. En apariencia no se «irritaron» por ello y nosotros continuamos nuestro trabajo, conservando como hasta entonces el respeto y la amistad hacia ellos, pero también avanzando con cuidado por este camino. Esta prudencia nos venía dictada con mayor razón por una serie de posiciones y puntos de vista suyos que hacían aumentar nuestros interrogantes o nos planteaban serias dudas e inquietudes.

Allá por el mes de abril de 1945 fue a Yugoslavia un

grupo de militares para adquirir experiencia en un curso o seminario organizado con cuadros militares yugoslavos. Nada más volver, vinieron a mi oficina Mehmet Shehu, Kristo Thelko, Tahir Kadare y creo que otros dos más, y comenzaron a describirme lo que habían escuchado y aprendido:

—Se hizo un planteamiento de los grandes temas acerca de la experiencia de la Revolución de Octubre y de la revolución en Yugoslavia —comenzó a informarme Mehmet Shehu—. Los propios camaradas Tito y Kardelj desarrollaron la estrategia y la táctica del partido yugoslavo sobre estas cuestiones cardinales. De manera muy interesante y con una originalidad creadora, los camaradas...

—Sí, sí —intervine para hacer entender a Mehmet Shehu que debía meterse en el contenido—. ¿Qué se dijo concretamente?!

—La esencia está constituida por esta conclusión: la revolución yugoslava no marchó tras los pasos de la revolución rusa, cada una tiene sus particularidades. La revolución rusa no podía aplicarse en las condiciones de Yugoslavia, por eso la revolución yugoslava es específica, aquí radica el mérito del camarada Tito, y sobre esta base deben organizarse nuestros ejércitos.

—¿Esta es la conclusión que extraéis de lo que habéis oído, o la conclusión a la que han llegado los camaradas yugoslavos? —le pregunté lleno de preocupación.

—Es la conclusión a la que han llegado ahora los camaradas Tito y Kardelj —respondió Mehmet Shehu.

Me acordé al instante del debate con Tempo en la primavera de 1943 acerca del mismo problema. Precisamente esta «conclusión», este punto de vista nos sirvió entonces Tempo y yo me había opuesto a él con energía, considerándolo incorrecto y un menosprecio de los valores y la importancia internacional de la Gran Revolución Socialista de Octubre. La culpa se la eché entonces a Tempo, y ahora se nos presentaban Tito y Kardelj con la misma posición.

Mehmet Shehu percibió mi desaprobación e inmediatamente cambió de táctica. Renunció a continuar exponiendo

las nuevas «estrategias y tácticas» yugoslavas y dejó que Kristo Themelko se lanzara a las aguas turbias.

Este último nos hizo todo un cuadro de los puntos de vista manifestados por Tito, Kardelj y los demás dirigentes yugoslavos. Además de lo que he mencionado, el resto de las ideas se referían a las «etapas de la revolución», respecto a lo que los yugoslavos pensaban que «como todavía no está cumplida la etapa democrático-burguesa de la revolución, tardaremos en pasar a la segunda etapa, a la de la revolución proletaria»; que «la vía de tránsito de la primera etapa a la segunda es la vía de las reformas»; que «los consejos de liberación nacional son órganos de la revolución democrático-burguesa»; que «una de las diferencias entre la Revolución de Octubre y la revolución yugoslava es que en esta última la burguesía forma parte, participa en el «frente»; que «Tito ha enriquecido el marxismo con la táctica de la guerra de liberación nacional» (!), etc., etc.

No puedo pretender que lo viera todo claro desde aquellos momentos, pero muchos de estos puntos de vista me parecieron sospechosos, hasta inaceptables, algunos despedían un tufillo a arrogancia y megalomanía inconcebibles, los demás estaban llenos de equívocos y eran portadores de grandes peligros.

Con sumo cuidado les dije a los camaradas que estos problemas eran importantes pero muy delicados, que los propios camaradas yugoslavos los tenían con seguridad en estudio, que la experiencia de la guerra y de la revolución no se generaliza de inmediato ni fácilmente, etc.

—Os digo esto —me dirigí a los camaradas— para que os mostréis prudentes y cuidadosos tanto en las conversaciones y lecciones en que toméis parte, como en nuestro trabajo diario. Y además, ya que los camaradas yugoslavos no han hecho público lo que os dijeron allí, vosotros no debéis mezclarlos en la propaganda de los puntos de vista que escuchasteis: Madurémoslo todo bien —les encomendé finalmente—, sopesémoslo y confrontémoslo con las enseñanzas del marxismo-leninismo. De este modo, además de aprender, no consentiremos errores.

Los generales se levantaron y se fueron, pero durante mucho tiempo estaría dándole vueltas a lo que me habían dicho. Por una parte me inquietó la propia esencia de los puntos de vista manifestados por los camaradas yugoslavos, su manía de presentarse tan rápidamente con grandes «generalizaciones» y pretensiones, incluso como ¡«enriquecedores» del marxismo-leninismo! Pero, pensé, es quizás la primera euforia tras la victoria lo que les conduce a estas conclusiones precipitadas. El tiempo lo pondrá todo en su sitio, y ni a ellos ni a nosotros nos faltará la ayuda de los camaradas, especialmente de los soviéticos, para aclarar las cosas y para mantener posiciones justas.

Mi inquietud principal era con nuestros camaradas. Se exaltaban demasiado rápidamente con todo lo que decían los yugoslavos. Naturalmente considerábamos camaradas y amigos a Tito y su gente, pero no me parecían correctas y comunistas las tendencias «a aprovechar», sin razón alguna, cada cosa que decían. No era éste el primer caso en que percibía esta especie de exaltación eufórica y de sometimiento ante el «grande», el «poderoso».

Koçi Xoxe había viajado a Belgrado en aquel período para asuntos «especiales» y en cuanto volvió vino a mi oficina. Estaban presentes también Sejfulla Malëshova y Pandi Kristo.

—¡Qué honores y qué recepción nos han hecho! —me dijo—. No se puede ni contar. ¡Además del general Marko (se refería a Ranković), me recibieron los propios camaradas Djilas y Kardelj!

Citó los nombres de estos dos últimos en un tono tan lleno de veneración que parecía que Koçi se hubiese entrevistado con los propios «dioses».

—¿Quiénes son éstos? —le pregunté al instante como sin intención, «ya que salen a colación». Naturalmente yo sabía bien quienes eran Djilas y Kardelj, y aunque no tenía ninguna mala impresión acerca de ellos ni quería menoscabar su autoridad, la veneración de Xoxe no me pareció correcta.

Koçi se sorprendió por la pregunta «sin tacto».

—¡¿Los camaradas Djilas y Kardelj?! —dijo abriendo los ojos como si quisiera mostrarme asombro—. Son la gente con más cabeza que tiene Tito, son grandes jefes. Como te diría, son los ideólogos del partido.

—¡Ah! —le manifesté yo mi «asombro»—, ¡deben de ser verdaderamente grandes! ¿Qué te contaron?

—Charlamos sobre todo. Un poco de todo. Sobre la guerra, sobre el gobierno, sobre la seguridad, sobre la defensa. Se expresaron en términos positivos sobre nosotros. Nos van a ayudar. ¡«No se apresuren en este período, me dijeron, no vayan a confundir... la marcha de la revolución»!

—¿Cómo la marcha? —le pregunté.

—¿Cómo era?, ¿cómo me dijeron? —se atascó Koçi Xoxe— es decir, los escalones, los pasos...

—¡Las etapas de la revolución, eso es lo que te han dicho! —corrigió Sejfulla con presunción.

—Exacto, sobre eso me dijeron que no nos confundamos. Era un asunto muy complicado, pero, por lo que yo entendí no debemos apresurarnos porque por el momento seremos una democracia para el pueblo, pero sin molestar mucho a la burguesía, porque si no, se rompen esas... las etapas.

—Vale, vale —le interrumpió con manifiesto desdén el colega Sejfulla—, es toda una teoría ésa, la desarrollaré algún día. Pero en esencia tienen razón. todas mis intervenciones en el Buró y en el gobierno ahí es donde golpean.

Ya veremos a qué apuntaban las «intervenciones» de Sejfulla.

Me estaba refiriendo a aquella especie de veneración *a priori* e incorrecta que estaban cultivando algunos de nuestros camaradas hacia la dirección del PCY. No quiero decir que se lesionaran su autoridad y su prestigio, ni las calurosas relaciones recíprocas entre nuestros camaradas y los camaradas yugoslavos, pero cuando encontraba ocasión subrayaba que la confianza y el respeto debían ser mutuos y que no se debían crear en nuestras relaciones posiciones como las de los «grandes», los «maestros» que lo saben y lo deciden todo, frente a los «pequeños», los «aprendices», que deben estar con la ca-

beza baja y sin levantar la voz, aplicando lo que dice el «maestro». Debíamos poner fin a estos males. Los camaradas debían ser preparados y forjados para que no juzgaran con la cabeza de uno o de otro, sino según la línea del Partido, tomando como base la realidad y orientándose únicamente por la teoría marxista-leninista.

Pero precisamente este objetivo tan indispensable en aquel período no se podía alcanzar. Una parte de los camaradas del Buró de nuestro Comité Central estaban «adoctrinados» de modo que cada paso que diesen fuera según los pasos de los «amigos» yugoslavos, que cualquiera de sus posiciones dependiera de las posiciones de los yugoslavos.

De este modo, incluso manteniéndose «apartados» y sin intervenir «directamente», el plan de los yugoslavos para el sometimiento de nuestro Partido y la usurpación de Albania caminaba normalmente. Los yugoslavos estaban haciendo su trabajo con «nuestras» propias manos, con la gente que habían preparado cuidadosamente durante la guerra y en Berat, y que ahora habían lanzado a la ofensiva.

Los agentes de Belgrado en nuestras filas

Tras el golpe que nos dieron en Berat, Tito y sus camaradas necesitaban la cortina del «cariño» y de la «amistad» para encubrir cualquier rastro del verdadero autor del complot de Berat y para llevar hasta el fin su obra. En Berat sembraron la semilla de la perdición de nuestro futuro, la sembraron desgraciadamente entre nosotros, en el seno de la dirección de nuestro Partido e, inmediatamente después de ello, «se retiraron» para dejar que el mal que habían sembrado se desarrollara por sí mismo, dentro de nuestra dirección.

Y su plan no tardó en empezar a dar los primeros resultados. El hecho es que a la dirección de nuestro Partido se le impuso de manera hostil una línea no correcta, no marxista-

leninista. Podía constatarse fácilmente que después del Pleno de Berat en nuestros discursos y documentos se hablaba poco del Partido y mucho del Frente. Esto era como consecuencia de «mis errores sectarios», de que hablaba mucho del Partido y supuestamente poco del Frente. Al mismo tiempo se nos impuso el punto de vista de que mantuviéramos en secreto, en una situación de semilegalidad, la existencia del Partido y su posición dirigente en toda la vida del país.

«Encubrir la existencia del Partido», esta era la consecuencia de la línea liquidadora de los yugoslavos que perseguía dos objetivos:

Primero, rebajar el prestigio y la autoridad del Partido entre los comunistas y entre el pueblo y, como consecuencia, abrirle paso al espíritu oportunista liberal en la ideología, en la línea política, en la economía, en el poder y en cualquier otro sector. Todo esto se hacía bajo el manto de las «teorizaciones» y tergiversaciones antimarxistas sobre las dos etapas de la revolución, sobre el momento y los caminos de tránsito de una etapa a otra, etc. Se trataba también de las inclinaciones e ideas introducidas por Sejfulla Malëshova, y que éste desarrollaría ahora apresuradamente apoyado por la misión yugoslava.

Segundo, al ocultar la existencia de nuestro Partido, los yugoslavos luchaban por preparar mejor el terreno para que el PCY y Tito fueran aceptados entre nosotros como «leadership», como los principales y únicos dirigentes de Albania y también de «aquel PCA que había dirigido mal, que había cometido tantos errores políticos y organizativos».

Mi completa liquidación era una condición fundamental para la rápida ejecución de sus planes, pero no pudieron conseguirlo en Berat y, al parecer, lo dejaron para más tarde. Como consecuencia se dejaron para más tarde también las esperanzas de quienes competían por mi puesto: Sejfulla. Nako y Koçi. Estos, después de la Liberación, harían todo lo posible por tomar plenamente en sus manos las tareas de dirección y por aislarme completamente, hasta destituirme como innecesario.

Pero tampoco lograron alcanzar este objetivo, ya que yo no permanecía con los brazos cruzados en la actividad que me habían encomendado el Partido y el poder. Las críticas y los ataques injustos no me desmoralizaron ni me desesperaron, no perdí ni el coraje ni la confianza. Continuaba teniendo la convicción de que el Partido había tenido, en general, una línea política y organizativa correcta, independientemente de algunos errores subjetivos. De otro modo no se habrían cosechado tan grandes victorias y, en primer lugar, la liberación de la patria y el establecimiento del poder popular. Yo combatía al mismo tiempo con la plena convicción de que las cosas debían enderezarse y de que se crearían situaciones adecuadas para plantear una vez más las cuestiones de forma correcta.

Pero los «camaradas» de Berat, en cuanto se les mencionaba «la revisión del pasado», manifestaban un descontento e irritación sorprendentes, que más tarde se transformaría en miedo patente.

En nuestro Buró Político estallaron las peleas y disputas. Estas querellas, se entiende, no estallaban por pequeñas cosas, sino por el contrario debido a los grandes problemas que surgían en todos los terrenos ante el país, el Partido y el poder.

Así, entrábamos en la nueva etapa histórica sin una línea determinada con claridad y exactitud. Este hubiese sido un mal menor que podría ser fácilmente remediado, si nuestro equipo dirigente hubiese estado en armonía y predispuesto a dedicar unánimemente todas sus fuerzas a hacer frente a los problemas. Pero precisamente esta condición imprescindible no existía. Sejfulla, Nako y Koçi, tras la victoria cosechada en Berat, no buscaban caminos para solucionar los grandes problemas del país, sino caminos para hacer realidad sus ambiciones al «trono». En silencio, cada uno pretendía el primer lugar. De manera especial, Sejfulla Malëshova comenzó a mostrarse más impaciente. Su gran sed de poder, de erigirse en «jefe del Partido y del estado», le impulsaba a desembarazarse de la desidia del pasado y a mostrarse muy activo.

Al parecer, por los propios problemas concretos y extraordinariamente complejos que planteaba la nueva situación, creyó que había llegado el momento de coger la bandera. En esto le favorecía el hecho de haber vivido en el socialismo, en la Unión Soviética, y se presentaba como el único capaz de maniobrar con habilidad en la complicada situación de la nueva etapa en que habíamos entrado.

En cada reunión del Buró Político, en cuanto se establecía el orden del día, tomaba la palabra con gran desparpajo:

—Escuchad camaradas, los problemas de la construcción, de la organización del estado, de la economía, de la cultura, etc., son muy complejos y exigen un tratamiento dialéctico, sin inclinarse ni hacia uno ni hacia otro de los contrarios. La experiencia soviética de los años posteriores a la revolución, que yo he tenido la suerte de vivir, nos convence de que debemos ser muy hábiles. Por ejemplo, ¿qué haremos nosotros con las nacionalizaciones, con el sector privado, con el estatal, con la industria, con la agricultura?! ¿Lo nacionalizamos todo?! ¿De acuerdo —decía el «profesor»—, éste es el objetivo, éste es el futuro del socialismo! Pero, ¿cómo lo vamos a hacer? ¿Inmediatamente? ¿Por decreto? Puede hacerse también así, ya que ahora tenemos en nuestras manos tanto la piedra como la nuez. ¡Pero si obráramos de este modo no seríamos comunistas, sino sectarios, aventureros! Porque no sólo no nos comprendería ni el gran propietario ni el pequeño, sino que, incluso en el caso de que lo hiciéramos por la fuerza, no estaríamos en condiciones de poner en funcionamiento con eficiencia las empresas, los bancos, las minas.

—Bien, pero dónde vás a ir a parar —se lanzaba Koçi—, di las cosas claras.

—Estoy hablando claro, camarada Xoxe, incluso estoy explicando el marxismo de manera vulgar para que me entendáis bien —le respondía Sejfulla.

Yo veía que para casi todas las cuestiones armábamos mucha discusión, mucho ruido y se me estaba forjando la idea de que este ruido no se hacía tanto por la «naturaleza de los problemas», como porque esa «naturaleza de los pro-

blemas» era aprovechada por uno y otro para el logro de sus objetivos concretos y personales.

Cuando echábamos abajo con argumentos sólidos las «teorías» de Sejfulla sobre la defensa del sector privado, etc., él se agarraba inmediatamente a la NEP de Lenin y cuando también aquí argumentábamos que tergiversaba a Lenin, inmediatamente se acogía a Tito.

—¡Por favor! —protestaba—. Los camaradas Tito, Kardelj y Djilas no hablan por hablar. Ellos no se precipitan, y bastantes veces nos han aconsejado a nosotros que tampoco lo hagamos. Estamos en la etapa en que el proletariado y la burguesía, la propiedad privada y la socialista deben marchar paralelos. No quememos las etapas.

Durante el año 1945 tuvimos grandes debates, sobre todo en torno a los grandes problemas de las elecciones a la Asamblea Constituyente: Cómo iríamos a estas elecciones, qué representarían, cuál debía ser el papel del Partido en esta gran campaña política, cuáles serían los candidatos que se le pondrían al pueblo, etc.

—No olvidemos —levantaba la voz Sejfulla Malëshova— que estas elecciones confirmarán definitivamente cuánto nos quiere el pueblo, o para ser más exactos, con quién está el pueblo.

—¿Cómo? —le pregunté—. ¿Tú quieres pruebas en el año 1945 de con quién está el pueblo? ¡El pueblo está con el Partido, con el Frente, con el Gobierno Democrático que hemos creado y que está dirigiendo el país!

—Sí, incluso en principio estamos de acuerdo —saltaba Sejfulla—. Pero debemos convencer a todos y sobre todo al mundo de que el pueblo está con nosotros. Los votos mostrarán esto definitivamente. No infravaloremos lo que dicen los aliados anglo-americanos. No infravaloremos tampoco las voces de esa corriente que está cristalizando como una oposición dentro del Frente y que ¡reclama tomar parte en las elecciones de manera independiente!

Nosotros decimos que el pueblo está con nosotros. Los anglo-americanos dicen que no es así, ¡dicen que el pueblo

no nos quiere! Nosotros defenderemos nuestro punto de vista, pero sin subvalorar ni ignorar la voz de la oposición. Me refiero a que no actuemos como sectarios en la campaña electoral, sino como campeones de la democracia. Y democracia quiere decir que demos libertad a la gente, a los electores y a los candidatos, libertad de elegir y ser elegidos, de actuar libremente. Presentemos nosotros nuestras candidaturas, pero dejemos que también los adversarios, es decir los que no están con nosotros, presenten las suyas. Así le cerraremos la boca a la reacción que afirma que hemos limitado las libertades, que hemos liquidado la democracia.

—Un camino así —me opuse inmediatamente— nos conducirá no a un callejón sin salida, sino a la perdición. Permitir a la reacción presentarse como tal en la campaña electoral quiere decir aceptar la división del poder con ella, de ese poder que hemos erigido con sangre y sacrificios.

—No, no seas tan tajante —saltaba Sejfulla—, esto será sólo táctica. El pueblo verá que estamos por la plena libertad y se unirá más a nosotros.

—Sucederá lo contrario —le dije—. Así desilusionaremos y desorientaremos al pueblo, a los obreros y los campesinos, a las masas pobres de la ciudad y del campo. Cuando éstos vean en las listas de candidatos a elementos que antes les han chupado la sangre, a elementos que o han sido ajenos a la lucha o se han mantenido lejos de ella, tendrán razón en pensar: ¿Por quién combatimos? ¡¿Para elegir a esta gente?!

—¡Un momento! ¡Un momento! —gritó Sejfulla como si hubiese encontrado el punto de Arquímedes—. La lógica te llevó allí donde debía. Cuando el pueblo vea en las listas a los elementos que no quiere, no votará por ellos, sino por nuestras listas. ¡Así se logrará la diferenciación y el aislamiento! Así tendremos la frente alta para decirles a los aliados americanos e ingleses: ¡¿Lo ven, señores, con quién está el pueblo?! Nuestra victoria estará sancionada.

—Yo estoy contra una política semejante, por muy «amplia» y «democrática» que la llares tú, Sejfulla —le dije secamente.

—¡Esto es caer en el sectarismo! —volvió a gritar Sejfulla—. Es volver a la línea que golpeamos en Berat. Y lo siento, camarada Enver, pero constato con amargura que tú aún no has comprendido lo de Berat.

—Yo nunca he comprendido ni comprenderé así, como dices tú, el Pleno de Berat —le dije—. Si en Berat se golpearon posiciones y desviaciones sectarias del pasado, eso de ningún modo quiere decir que ahora vayamos a caer en lo contrario, en el oportunismo.

—Sólo una valoración sectaria puede considerar política oportunista esta plataforma que presento yo y que defiendo y defenderé hasta el fin —vociferaba Sejfulla—. ¡Que hablen también los camaradas!

—Que estas cosas no son fáciles, está claro que no lo son —tomaba la palabra Koçi Xoxe—. Pero escuchando lo que dice Sejfulla y lo que dice Enver, yo creo que debemos tener una posición más equilibrada. No estoy ni con uno ni con otro, afirmo lo siguiente: tenemos una experiencia del tiempo del «Puna» en Korça. Cuando el Komintern nos envió la nueva línea, en 1937, tomamos parte en las elecciones como oposición, presentamos nuestras listas y el pueblo de Korça nos dio la mayoría de votos. Nosotros ganamos entonces, no importa que después el régimen nos diera leña a mí y a otros camaradas. Aquí me inclino hacia Sejfulla. Tiene razón. Yo espero que los reaccionarios no obtendrán nada. Pero si ganan, ya veremos lo que hacemos... No vamos a permitir que nos quiten el poder... Después tenemos la experiencia de los camaradas yugoslavos. Ellos no tuvieron miedo de llegar a un acuerdo con los burgueses, con Subašić. Le tienen en el gobierno. Es asunto suyo como van sus cosas, nosotros no nos metemos. Pero no olvidemos que se han mostrado y se muestran prudentes y flexibles con la reacción. En el congreso del partido de Servia los camaradas yugoslavos declararon que todos los partidos políticos podrán actuar libremente, que podrán tener también periódicos y revistas en contra de los del partido, que las dos partes opuestas pueden enfrentarse a través de su prensa, de sus discursos, de modo que se conven-

za el pueblo de la libertad que ha ganado. Hacen esto porque, de lo contrario la reacción les crearía problemas. Aprendamos de ellos que son amigos nuestros. No se trata de unos cuantos reaccionarios conocidos, que a éstos ya sé yo donde meterlos, a quien me refiero es a los aliados. Nosotros esperamos que nos reconozcan y ellos no nos reconocen sin ver las elecciones. Por eso digo que seamos más flexibles. Que participen en las elecciones, las van a perder, ya hace tiempo que han perdido la partida. Pero también sobre lo que dijo Enver creo que debemos pensar. A los elementos completamente reaccionarios golpeémosles y no permitamos que se presenten en las listas, a los demás dejémosles.

—Estoy a favor de una política prudente e inteligente —atizaba el fuego Nako Spiru—. El camarada Koçi dijo algo de la experiencia del último congreso del Partido Comunista de Servia. Yo también he leído los materiales y hay cosas para aprender, sobre todo del valor y de la capacidad de maniobra de los camaradas yugoslavos. Ellos no tienen miedo a la participación de los reaccionarios en las elecciones, incluso a su entrada en los consejos. «Aun cuando triunfen los elementos reaccionarios en un consejo, dijeron los camaradas yugoslavos refiriéndose a sí mismos, nosotros no debemos derrocarlos, porque su elección muestra que no tenemos a la totalidad de las masas con nosotros. Dejémosles que dirijan que, como son reaccionarios, no cumplirán las exigencias de las masas. Así se desenmascararán y el pueblo les abandonará.» Esto es lo que dicen los camaradas yugoslavos —repitió Nako—. Y yo creo que ésta es una táctica inteligente y valiente. Tampoco nosotros tenemos por qué tener miedo ahora que estamos en el poder.

—Insisto en lo que dije —tomé nuevamente la palabra—. Camaradas, vosotros sabéis que la reacción bajó la cabeza después del golpe que recibió, pero de ningún modo renuncia ni renunciará a sus objetivos. Ahora ha comenzado a moverse, a reunir fuerzas, a crear lazos, a organizar el golpe. La reacción exterior, especialmente la anglo-americana, la apoya.

No es el momento de que nos detengamos más ampliamente en los interminables debates que mantuvimos sobre

estos problemas cardinales de aquel período, quiero sólo subrayar que a causa de lo que sucedía entre nosotros se me reforzaba cada vez más una serie de inquietudes.

Primero, veía que se estaba dejando sentir un espíritu, una tendencia peligrosa y oportunista y Sejfulla Malëshova era el abanderado de ella.

Segundo, se sentía claramente la falta de unidad de pensamiento y de acción entre nosotros. En los debates y enfrentamientos se enfrascaban casi todos (a excepción de Bedri Spahiu y Tuk Jakova), pero veía que la oposición de Koçi y de Pandi, y hasta cierto punto también de Nako Spiru frente a Sejfulla no era un enfrentamiento de puntos de vista, sino que se relacionaba más con cosas secundarias, con «determinadas réplicas», etc. Tenía la impresión de que a los camaradas no les inquietaba tanto el oportunismo de Sejfulla como el propio Sejfulla, su engreimiento y sus poses de «indiscutible», de «omnisapiente», de dirigente «de primera».

Había que intervenir y cambiar esta situación. Me convencí aún más de ello tras la celebración con pleno éxito de las elecciones generales que se celebraron en todo el país en diciembre de 1945. El pueblo confirmó con sus votos que estaba unido como la uña y la carne con el Partido y con nuestro Frente Democrático. Pero dentro del cuadro general positivo se dieron también casos lamentables. A causa de las presiones de Sejfulla y de los otros, se permitió que en algunos casos se presentasen en las listas de candidatos elementos a los que el pueblo no podía ni ver. Inmediatamente nos llegaron noticias: Antes nos comemos los votos que dárselos a Riza Dani, había manifestado abiertamente un grupo de ciudadanos del centro donde se había presentado la candidatura de este elemento antipopular. Así nos sucedió también con otros. Hubo casos en que si los electores votaron por elementos que no querían, fue sólo porque así lo decía el Partido, pero no por convicción. Se trataba de elementos como Suat Asllani, Selaudin Toto, Shefqet Beja, Giergj Kokoshi, etc., que más tarde aparecerían abiertamente como un peligroso grupo de enemigos en el seno de nuestra Asamblea Constituyente.

Al mismo tiempo Sejfulla Malëshova proseguía apresuradamente sus esfuerzos en pro de una apertura y una orientación cada vez más clara hacia Occidente, por establecer lazos económicos con ellos porque, según él, «así avanzaremos más aprisa y eliminaremos de la cabeza de los aliados la idea de que violamos la democracia», porque «solos no podemos hacer nada», porque «los amigos (se refería a los yugoslavos) tienen sus propias preocupaciones», etc. De modo que, según Malëshova, debíamos dirigir los ojos hacia Occidente. Para que éstos nos «reconozcan», Sejfulla nos sugirió en una conversación:

—¡Revisemos la cuestión de los tratados de la época de Zogu con los americanos y los ingleses!

—¿En qué sentido? —le pregunté sorprendido.

—En el sentido de reconocer esos tratados. ¡No pasa nada porque los reconozcamos! —respondió con desenvoltura Sejfulla.

—¿Es decir que anulemos las decisiones del Congreso de Përmet? —le dije indignado—. ¿Eso quieres tú, Sejfulla?

—¡No olvidéis camaradas —se dirigió Sejfulla a Koçi, Nako y los demás— que el Congreso de Përmet se celebró en el período del sectarismo, antes de Berat! ¡La decisión de entonces de «revisar», es decir anular los tratados de Zogu con los aliados a mí me parece una decisión sectaria!

Me opuse con energía e indignación y, sorprendentemente, Koçi Xoxe me apoyó, como pocas veces desde Berat.

—Sejfulla Malëshova te estás pasando —se dirigió a él—. Eso es echar por tierra el Congreso que nos dio el gobierno. Si hacemos como tú dices, resulta que debemos unirnos a América e Inglaterra, pero ese tiempo acabó. Si se trata de relaciones y amigos, ahora tenemos otros. ¡Reconocer nosotros las concesiones petrolíferas a los ingleses y americanos! Eso no es serio. ¡El petróleo lo necesitamos nosotros, y nuestros amigos yugoslavos padecen también por él! —finalizó Koçi Xoxe y lanzó sobre la mesa todo nervioso el sobre donde había escrito dos o tres notas.

—¡No me pongas en una situación difícil con los cáma-

radas yugoslavos! —se volvió Sejfulla a Koçi Xoxe—. Estábamos juntos cuando hablamos con ellos y nos sugirieron que reconociéramos a los aliados los tratados de Zogu, porque eso no nos iba a crear ningún problema.

—¿Cómo, cómo? —pregunté de inmediato—. ¿¿Cuándo ha sucedido eso?!

—Estábamos juntos Koçi y yo con Kardelj y Djilas —comenzó a explicar Sejfulla— y les mostramos las condiciones que nos presentaban los aliados de Occidente. Nos dijeron que podíamos reconocer los tratados. Que lo diga el mismo Koçi.

—No lías las cosas ni a los camaradas Kardelj y Djilas —le devolvió Koçi Xoxe sombrío y con la voz temblorosa—. No estábamos hablando sobre las concesiones de Zogu, hablábamos del reconocimiento de nuestro gobierno por los aliados.

—Eso dije también yo —respondió irritado Sejfulla.

—Sí, pero al principio hablaste tú más que ellos. Les presentaste las cosas con tanta filigrana que les armaste un lío. Hasta a mí me liaste, imagínate a ellos. Así fueron las cosas. No lías a los camaradas.

—Puesto que habéis hablado sobre esto con los camaradas yugoslavos —me dirigí a Koçi y a Sejfulla—, ¿por qué no nos informasteis al volver? Este es un problema muy serio.

—¿Cómo que no hemos informado! —se defendió Sejfulla—, todos mis esfuerzos en el Buró a favor de una táctica inteligente con los aliados han sido en este espíritu. Pensé que Koçi os habría contado los detalles.

—¡Lías las cosas y ahora nos estás liando a todos! —le replicó de nuevo Koçi Xoxe—. Nos estás haciendo un potaje con tu gran teoría.

¡Estos eran los consejos que nos daban los «camaradas» y «amigos» yugoslavos! Que echáramos por tierra lo que habíamos decidido en el Congreso de Përmet, que aceptáramos todo lo que nos sugieran los americanos y los ingleses, que mantuviéramos los tratados esclavizadores que había firmado Zogu con ellos. Koçi Xoxe se esforzó por amortiguar y por negar esta verdad, pero cuatro o cinco meses después la dirección yugoslava nos presionaría de nuevo abiertamente

para que reconociéramos los tratados esclavizadores de Zogu¹. Por supuesto, nosotros no nos sometimos a estas presiones y continuamos con nuestra posición anterior.

Estallaron nuevamente las riñas, sólo que esta vez mucho más agudas y con acusaciones recíprocas entre Koçi y Sejfulla. Bedri y Tuk, como era habitual, vacilaban y se presentaban más bien como neutrales, mientras que Nako Spiru era todo ojos y oídos y se esforzaba por encontrar la posición que más le favorecía. La balanza se inclinó del lado de Koçi Xoxe. Sejfulla Malëshova se encontró de repente en el centro de los golpes. Para asombro mío Koçi, Nako y Pandi Kristo se lanzaron con todas sus fuerzas sobre Sejfulla Malëshova en una serie de reuniones y conversaciones que tuvimos en aquella época. Presentaban montones de nuevos hechos y argumentos que probaban la traición de Sejfulla Malëshova, pero que probaban también algo más: Estos hechos que ellos conocían y sobre los que habían hablado unos con otros, a mí me los habían mantenido en completo secreto.

Todo esto arrojaba luz no sólo sobre los graves errores de Sejfulla Malëshova que yo conocía en líneas generales y a los que me había opuesto hacía tiempo. Lo más importante es que se estaba arrojando nueva luz sobre un «viejo» error, sobre el Pleno de Berat. Había llegado el momento de analizar y juzgar todo lo que ocurría, con tranquilidad, con madurez y responsabilidad.

El final de Sejfulla Malëshova pone al descubierto el complot tramado por los yugoslavos

La dialéctica de las cosas hacía su trabajo. El complot tramado entre bastidores en Berat, además de los peligros y

¹ En un radiograma que Nako Spiru enviaba desde Belgrado el 25 de abril de 1946 al camarada Enver Hoxha, decía entre otras cosas:

los males que ocasionaba al Partido y al país, portaba en sí mismo la semilla del mal para los propios complotadores.

En Berat Koçi Xoxe, Nako Spiru y Sejfulla Malëshova constituían una «unidad» y habían sido lanzados por los yugoslavos a un ataque conjunto contra nuestro Partido, alimentando cada uno de ellos ambiciones al puesto principal. Sin embargo ellos eran tres, y no había más que un puesto. Llegaría pues el momento en que la «unidad» de los tres principales elementos antipartido de Berat se desintegraría. Las ambiciones personales de cada uno de ellos les impulsarían a descartar a los otros dos rivales.

El desarrollo de los acontecimientos y los intereses de los complotadores conducirían a que Sejfulla Malëshova fuese la primera ficha que había que eliminar del juego. De hecho éste merecía la condena no ahora, sino mucho antes, por no decir que todo su ascenso a la dirección era un error. Durante el breve período del tiempo de la guerra que pasó en Albania, se mostró como un cobarde sin par, no tenía ni idea de dónde y cómo tenían lugar los combates y las acciones. Él valía para una lucha de cafés y de salones, para una batalla de réplicas, e incluso sólo verbal, porque escribir era para él un gran esfuerzo y sacrificio. Tras la Liberación se afirmó como un demócrata liberal, parlamentario, que lo intentó todo para imponer al Partido una línea oportunista «amplia», un «frente sin fronteras», donde entraran hasta los criminales de guerra.

Sejfulla Malëshova, tanto durante como después de la guerra, mostró que era amigo y sostén de todos los políticos de café y de pasillo, de los elementos burgueses, de los kulaks y de los clérigos reaccionarios. Estaba de hecho, en la teoría y en la práctica, contra la revolución socialista, contra la dictadura del proletariado.

«Estos opinan que debemos reconocer los tratados con los americanos bajo la fórmula de que Albania acepta todos los compromisos anteriores a la guerra con los demás estados, a excepción de los agresores. Respecto a los tratados con América, Kardelj no ve nada de importancia, dice que pueden aceptarse sin problemas». ACP.

En el V Pleno del CC del PCA, en febrero de 1946, decidimos justamente condenarle por estas posiciones y actuaciones antimarxistas y hostiles, innumerables en Sejfulla. Pero éste era el motivo visible, el del Partido, en la condena de Sejfulla Malëshova. Digo esto porque ahora había «algún otro» interesado en esta condena. Este «algún otro» eran en primer lugar los yugoslavos.

Ellos explotaron las inclinaciones antipartido de Sejfulla Malëshova en la medida en que les interesó, después, cuando vieron que se transformaba en un estorbo, y que incluso se tornaba peligroso por sus abiertas inclinaciones pro occidentales, acordaron eliminarle de la escena. De este modo satisfacían las ambiciones de su preferido, Koçi Xoxe. Con la eliminación de Sejfulla Malëshova desaparecía un competidor en la carrera de Koçi Xoxe por el poder absoluto. Esta es la razón principal por la que a Koçi Xoxe, y junto a él a Nako Spiru, se les iluminó la cara en cuanto yo planteé la necesidad de celebrar el V Pleno, y se mostraron plenamente solidarios con la idea. Sería más tarde cuando comprendiera que ellos se habían aferrado a mi exigencia de analizar los graves errores y faltas de Sejfulla Malëshova por otros intereses y objetivos, en esencia antipartido. Sin comerlo ni beberlo en esta ocasión el Partido salió «en ayuda» de Koçi y Nako, eliminando de la escena a uno de sus rivales. Pero, las cosas como son, también ellos sin comerlo ni beberlo «ayudarían» al Partido con el cúmulo de hechos que presentaron.

Naturalmente, yo entonces no conocía ni tenía cómo conocer los verdaderos motivos que impulsaban a Koçi Xoxe a este ataque contra el «oportunismo», sólo veía que se mostraba muy activo y que constantemente sacaba a la luz nuevos «argumentos» contra Sejfulla. Tampoco Nako Spiru se quedó atrás en esta campaña. El continuaba con su vieja maña: por medio de su gente recogía datos que desenmascaraban a Sejfulla y se esforzaba por aventajar a Koci Xoxe en el desenmascaramiento del oportunista. Ambos intentaron en el V Pleno presentarse como «los salvadores de la situación». Por lo que decían durante las sesiones de la reunión, parecían

ser solidarios uno con otro, conmigo y con todos los camaradas del Comité Central. Esto me pareció buena señal. Quizás, me dije, está llegando el momento de que se fortalezca la unidad deseada y buscada desde hace tiempo. Quizás los camaradas están comprendiendo a dónde puede conducirnos la orientación de Berat, y ahora recapacitan. Pero me equivocaba, y las primeras dudas y señales de ello se manifestaron en el propio Pleno. En sus intervenciones, tanto Koçi como Nako limitaban todo el mal a Sejfulla, al oportunista, pero no se referían al espíritu, a la tendencia oportunista que había comenzado a manifestarse después del Pleno de Berat. Sejfulla era el más avanzado, el abanderado de aquel espíritu ajeno y antimarxista, pero nosotros no ganaríamos nada si los análisis y las críticas se concentraban únicamente en su persona. ¿Por qué había penetrado esta tendencia oportunista entre nosotros? ¿Dónde tenía las raíces, las causas, las razones?! ¿Qué factores ayudaron a Sejfulla a desplegar con energía sus inclinaciones liberales?!

Tanto Koçi Xoxe como Nako Spiru eludían, esquivaban estas preguntas indispensables. Yo tenía la inamovible convicción de que todo tenía su punto de partida en Berat, en las injustas acusaciones de Velimir Stoinić sobre el supuesto «sectarismo» en la línea del PCA. Por eso, en el informe que presenté en el V Pleno, expresé abiertamente la causa del mal. Naturalmente, tanto en el informe como en mis intervenciones no atacé directamente ni a Stoinić ni a sus «directrices». (Este hubiese sido entre otras cosas un paso incorrecto por mi parte, porque así hubiese dado a Koçi, Nako y sus camaradas la posibilidad de lanzarse contra mí como «antiyugoslavo», «sectario», «incoregible», etc.) Pero situé cuidadosamente el cuadro de los errores de Sejfulla Malëshova en su verdadero fondo, en el espíritu «nuevo», «amplio», sobre el que habíamos hablado en Berat.

—En Berat —subrayé entre otras cosas— buscamos sectarismo incluso donde no lo había y la cuestión del sectarismo se planteó como el mayor peligro para el Partido. Esto comportaba grandes peligros porque hacía que un Partido

joven y sin gran experiencia como es el nuestro, se inclinara del otro lado, hacia posiciones oportunistas. Quienes perdieron más la medida —subrayé más adelante— eran los camaradas que no se apoyaban en la experiencia del Partido y que en el pasado veían tendencias «sectarias» por todas partes.

No es éste el lugar de extendernos sobre el informe que presenté en este Pleno (está publicado* y en sí mismo es la primera revisión del Pleno de Berat), pero debo subrayar que tanto Koçi como Nako eludieron hasta el fin un análisis profundo de las cosas, y esto me saltó a la vista.

¿Por qué no califican el mal como se debe? —me preguntaba a mí mismo—. ¿Será que les cuesta trabajo aceptar que se equivocaron en Berat? ¿Por qué les hace temblar tanto incluso la simple mención del «Pleno de Berat»? Se fortalecía mi sospecha de que ocultaban algo.

Otra manifestación que no me gustó en las posiciones de Koçi Xoxe y Nako Spiru en el V Pleno era su manía de presentarse ante los camaradas como «descubridores» y «salvadores de la situación».

En sus intervenciones Koçi Xoxe ensalzaba el papel de los «cuadros» que tenía alrededor, quienes según él «habían constatado» y planteado los errores de Sejfulla. Después de hablar sobre las «constataciones de los cuadros», Koçi se lanzó sobre Sejfulla:

—Tú —le dijo— querías convencernos de que tu línea no nos causaría daños y marginabas a los cuadros. Nos has hecho mucho daño. Se nos ha escapado el control de las manos. Ni teníamos línea respecto al control, ni controlábamos. Debe restablecerse el control...

El «kuadrovik en jefe» se disponía a tomar las riendas, a abrir los dossiers. Bajo la máscara de la lucha contra los elementos hostiles, introducidos «bajo la influencia de la línea oportunista de Malëshova», Koçi Xoxe encontraría el modo de extender la línea del «control», de la vigilancia, de

* Véase: Enver Hoxha, *Obras Escogidas*, t. I. Ed. en español, págs. 508-551. Tirana, 1974.

la persecución y el castigo por todas partes, particularmente sobre los cuadros sanos del Partido y del poder.

Nako Spiru, por su parte, ¡adjudicaba el «mérito» a la «Juventud», «a los camaradas con espíritu revolucionario», «inteligentes» que habían «descubierto» a Sejfulla Malëshova! Llegó hasta el punto de oponer abiertamente a la Juventud y al Partido.

—Los camaradas de la Juventud —dijo Nako— se han mostrado más vigilantes que los del Partido con Sejfulla Malëshova. ¡La juventud está en condiciones de proporcionar cuadros capaces que pueden hacer cualquier trabajo y solucionar cualquier problema!

Naturalmente, tanto los cuadros como la juventud, educados por el Partido, habían hecho y hacían su propio trabajo en todos los terrenos, y el Partido les dirigía, les apoyaba y les ayudaba con todas sus fuerzas. Pero el problema no era ni mucho menos quién había «descubierto» antes a Sejfulla Malëshova, ¡la juventud o el Partido, los cuadros o el Partido! Semejantes divisiones, semejantes contraposiciones eran peligrosas y no se podían consentir. Los errores de Sejfulla Malëshova los descubrió el Partido, la clase obrera, la gente del pueblo, y entre ellos también la juventud y los cuadros. La manía de establecer la división: la «juventud», los «cuadros», era incorrecta y peligrosa. Tanto más cuanto que Koçi Xoxe y Nako Spiru, tanto en el Pleno como antes y después de él, consideraban y presentaban a la juventud y a los cuadros (Koçi entendía con esto en primer lugar a los trabajadores de la seguridad y después a la gente de los aparatos) como «sectores» personales donde, según ellos, no jugaban ningún papel las directrices del Partido, sino la «dirección» de Koçi y de Nako. Ya en el Pleno golpeamos estas tendencias (en la medida en la que se manifestaron entonces). pero más tarde entenderíamos mejor la verdad y desarrollaríamos violentos debates y confrontaciones con Koçi Xoxe y Nako Spiru.

Saltó a la vista también en el Pleno el rencor y el descontento recíproco entre Koçi Xoxe y Nako Spiru. Aunque

eran solidarios en la condena de Sejfulla, la forma en que le denunciaban y en que presentaban los hechos te daba la impresión de que estuviesen desarrollando una especie de competición.

Todo esto saldría más tarde a la superficie y se confirmaría que tanto Koçi Xoxe como Nako Spiru lo hacían todo en el marco de la lucha por el poder personal. Hablaremos más adelante sobre ello. Lo que tiene interés aquí es el hecho de que en el V Pleno limpiamos nuestras filas de uno de los enemigos más peligrosos y astutos. Todos los camaradas condenaron duramente a Sejfulla Malëshova, y, en una o en otra medida, apareció claramente que las raíces de los errores de Sejfulla Malëshova no eran simplemente sus inclinaciones personales, su naturaleza vacilante y oportunista.

Estas eran reales, pero lo principal es que, primero, las inclinaciones erróneas de Sejfulla Malëshova encontraron una base de apoyo en la «orientación» que dio Velimir Stoinić en Berat; segundo, fue la atmósfera insana que existía en nuestro Buró Político lo que impidió que fueran golpeadas desde el principio.

El V Pleno confirmó plenamente esta verdad. Pero estaba convencido de que nos apresurábamos si aceptábamos la «conclusión» de Koçi, Nako, Pandi Kristo y otros, de que «ahora el mal ha sido erradicado» y «las cosas marcharán bien». No, el V Pleno sólo evidenció dónde radicaba el origen del mal, limpió una parte de este mal, pero las raíces continuaban estando donde habían estado. La herida podía volver a infectarse y ocasionarnos daños aún mayores.

Esto se puso claramente en evidencia inmediatamente después del V Pleno. Las primeras señales del rencor Koçi-Nako, que se habían manifestado desde la segunda mitad de 1945, comenzaron ahora a crecer y a mostrarse abiertamente. El desarrollo de los acontecimientos creaba nuevas situaciones: Las peleas entre Nako y Koçi rompieron el aislamiento que me habían impuesto después de Berat y ellos mismos comenzaron a venir a mí a «quejarse», a exponerme la situación, a reclamar mi intervención. Me daba cuenta cada

vez mejor de que los «argumentos» que presentaban hablaban más de las ambiciones personales de cada uno que de cuestiones de principio, de nuestro trabajo o de la línea en general.

Naturalmente, estas ambiciones suyas que a mí me resultaban repugnantes, para ellos eran de primera importancia y el «avance» de uno no hacía sino inquietar al otro.

El hecho es que después de la Liberación, Koçi Xoxe ascendía más que Nako, a pesar de que no tenía ni la cultura ni la agudeza del segundo. Pero si se impulsó al primero fue porque los yugoslavos dieron importancia al «macedonio» Koçi Xoxe, le inflaron, le exaltaron, y en sus planes era él quien debía convertirse en la figura principal. Koçi comenzó a vestirse de «teniente general», era ministro del Interior y secretario de organización del Partido, como Ranković en Yugoslavia. Comenzó a hacerse arrogante, prepotente, a presentarse como el hombre «que lo sabe todo».

Nako Spiru veía con sorpresa e inquietud este rápido ascenso de Koçi. El conocía la capacidad de Xoxe, era prácticamente nula, conocía también la opinión general que teníamos de él, de forma que estaba convencido de que Koçi estaba siendo inflado por algún otro, por una fuerza exterior. Nako se dio cuenta de que los yugoslavos le estaban dejando en la estacada y de que sus ambiciones no se cumplían. Desde este momento comenzó con seguridad el enfriamiento de Nako con los yugoslavos y su orientación hacia uno «más poderoso». Pero sobre esto hablaremos más adelante. Inicialmente Nako agravó sus disputas con Koçi con el fin de minar esta situación, pero no lo hizo siguiendo métodos de partido, sino con el espíritu de intrigante que le caracterizaba y con trabajo fraccionalista.

Las «ondas» de Nako comenzaron a llegar a mí desde más cerca, pero no abiertamente, no de forma sincera. No se sinceraba conmigo ni me descubría lo que había hecho, pero siempre encontraba pretextos en las actividades diarias para criticar a Koçi. Lo mismo hacía Koçi contra Nako. Como resultado de todo esto constaté que su «unidad» de Berat se estaba rompiendo y que la tendencia conducía a que se creasen dos

grupos, el grupo de Koçi, de Pandi y de Kristo Themelko (quien después de Berat se transformó plenamente en un hombre de los yugoslavos¹) y el grupo de Nako Spiru con su camarilla de la Juventud, Liri Belishova, Fadil Paçrami, etc. En cuanto a Bedri Spahiu y Tuk Jakova hasta finales de 1945 o eran «neutrales», o se inclinaban más hacia Sejfulla, y después de que Sejfulla fuera condenado, se mantuvieron apartados.

Muchos otros acontecimientos se desarrollaron entretanto ante nosotros en este espíritu y cuando los juzgaba, todos confluían en un punto, en un único origen: el Pleno de Berat. Entonces llegué a la conclusión de que había llegado el momento de plantear el asunto en el Buró Político. Y así lo hice. Como se sabe resumí mis opiniones sobre esta cuestión, sus causas y su origen, en un material para el Buró Político que se conoce como «tesis para la revisión del II Pleno del CC del Partido»*. Estas tesis han sido publicadas completas hace muchos años, de modo que éste no es el lugar de exponerlas

1 Bajo la influencia de Koçi Xoxe y de las presiones y la actividad complotadora de los titistas, tras el Pleno de Berat, Kristo Themelko se sumó también a la actividad antimarxista y antialbanesa de los dirigentes de Belgrado y de sus agentes en Albania. Cuando la traición titista salió a la luz y se descubrió y desbarató el complot que habían urdido los yugoslavos contra la libertad y la independencia de nuestro país, Kristo Themelko aceptó sus graves faltas y errores y se auto-criticó por ellos. Con su actitud ayudó al PCA a descubrir mejor los hilos ocultos del complot tramado por la dirección yugoslava y por sus agentes Koçi Xoxe y compañía. A causa de ello sólo se tomaron con Kristo Themelko medidas de partido (fue excluido del Buró Político, al que había sido cooptado en el verano de 1946, y también de las filas del CC del PCA) y se le tendió la mano para que con su trabajo y su posición correcta limpiara sus faltas y errores anteriores. Kristo Themelko valoró altamente la actitud generosa y benévola del Partido hacia él y dedicó todas sus fuerzas al cumplimiento con honor de las tareas que se le encomendaron en importantes sectores de la economía del país. Por su buen trabajo y sus posiciones de partido fue, entre otras cosas, condecorado por el Presidium de la Asamblea Popular de la RPA.

* Véase: Enver Hoxha, *Obras Escogidas*, t. I. Ed. en español, págs. 577-610. Tirana, 1974.

otra vez. Deseo únicamente subrayar que en este caso, en la primavera de 1946, planteé abierta y oficialmente en el Buró Político la conclusión de que el principal autor de los graves errores del II Pleno era el enviado yugoslavo, Velimir Stoinić, que todas sus «tesis» y «directrices» eran erróneas y que la adhesión de nuestros camaradas a ellas trajo consigo todas las graves situaciones posteriores. Al poner de manifiesto la peligrosidad de estas actuaciones que habían ocasionado y estaban ocasionando divisiones, pensaba que ésta era por mi parte una acción imprescindible para salvar al Partido de una división más grave. Por otro lado era necesario y urgente decirles a los camaradas que no existía unidad marxista-leninista en la dirección, lo que amenazaba con dañar la unidad de todo el Partido y el pueblo, por ello era absolutamente necesario establecer esta unidad en la dirección del Partido y, en primer lugar, allí donde faltaba, en el Buró.

En un encuentro de trabajo sugerí a Koçi y a Nako mi opinión, y ellos saltaron inmediatamente.

—¿Para qué meternos en análisis de cosas pasadas? —preguntó haciéndose el ingenuo Koçi—. El Pleno de Berat era sobre la guerra. Ese tiempo acabó. Incluso el V Pleno puso las cosas en su sitio para los dos primeros años de la paz. No tenemos por qué meternos en análisis.

La misma oposición, los mismos argumentos presentó también Nako Spiru.

—Lo siento —les dije—, pero incluso después del V Pleno se están produciendo tensiones entre nosotros. Vosotros sabéis esto mejor que nadie.

Los dos bajaron la cabeza enrojeciendo. No les gustó que planteara abiertamente que cada uno de ellos venía a mí a quejarse del otro.

—Si tenemos tensiones, las tenemos sobre problemas cotidianos —intentó deshacerse del problema Koçi Xoxe.

—No —le dije—, me habéis planteado asuntos más serios. En nuestra dirección falta la unidad y yo insisto en que debe verse el mal donde tiene sus raíces, en el Pleno de Berat. Debemos discutirlo seriamente en el Buró.

—Ya que insistes, reunámonos sólo los tres, tú, Nako y yo —dijo Koçi Xoxe—. No hay por qué meter a otros camaradas en lo que sucedió en Berat.

Esta afirmación me causó mucha impresión.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿No habrá ocurrido allí alguna cosa que no deben saber los demás? Ellos mismos estaban en el Pleno...

—Estaban, pero no como miembros del Buró —salió Nako Spiru en apoyo de su rival y enemigo—, discutámoslo mejor nosotros tres.

Esta «solidaridad» inesperada entre los dos, cuando se sabía que estaban a punto de agarrarse del cuello, aumentó mis sospechas. Entonces les dije de modo tajante y severo:

—No voy a permitir un segundo Berat. No vamos a reunirnos aparte para decidir o discutir en nombre del Buró. Estoy dispuesto a plantear mis opiniones para que éste las analice.

Se vieron obligados a aceptar, pero su aturdimiento saltaba a la vista. Presenté pues mis opiniones en forma de tesis, diciendo desde el principio a los camaradas del Buró que mi preocupación principal era la falta de unidad en este organismo y que debíamos discutir en torno a ello, encontrar las causas y mejorar la situación.

Al mismo tiempo me dirigí a Koçi Xoxe y a Nako Spiru diciendo:

—Estoy convencido por tanto de que todo comenzó cuando preparábamos el II Pleno y se desarrolló plenamente en dicho Pleno. Allí debemos buscar las raíces, por tanto, sobre todo vosotros, camaradas Koçi y Nako pero también tú Pandi, debéis aclararnos: ¿¿Por qué mantuvisteis en Berat una posición contraria a la línea del Partido, por qué criticasteis al Partido, de qué posición partisteis, hubo influencias y os mantenéis aún en las opiniones de entonces?! Esto —subrayé— no lo planteo para que vosotros os pongáis ante la responsabilidad, sino para aclararnos vosotros y nosotros, para conocer bien los errores, curarnos por medio de la crítica y la autocrítica bolchevique y mejorar radicalmente la situación.

Después de esto comenzaron las intervenciones. Los dos resistieron largo tiempo intentando justificarse con que «en Berat nosotros golpeamos las manifestaciones, no la línea», «no pretendíamos tergiversar el pasado», «quizás hubo excesos, pero sin mala intención», etc.

Les probé con argumentos que semejantes justificaciones no se tenían en pie. Les recordé las intervenciones incorrectas y sin escrúpulos que me hicieron sobre el informe que después presenté, pero Nako se anticipó al mal. Le echó toda la culpa a Sejfulla Malëshova.

—Exactamente, Sejfulla nos liaba con sus teorías —se «solidarizó» Koçi Xoxe con Nako—, decía que debía ser un informe con peso y dejamos en sus manos ese asunto.

Continuamos así dos o tres noches seguidas, esforzándonos por llegar a la verdad, pero Koçi, Pandi y Nako Spiru eludían cualquier verdad.

Las reuniones del Buró en este período, como durante los años de la guerra, las hacíamos por la noche. Nos reuníamos fundamentalmente en mi casa, aislábamos una de las habitaciones que utilizaba para trabajar y continuábamos discutiendo frecuentemente hasta cerca del amanecer. No eran raros los casos (no sólo cuando discutíamos sobre Berat, sino también antes y después) en que los debates tomaban la forma de disputa y las voces se elevaban tanto que las oía no sólo la gente de la casa, sino incluso algún transeúnte que pasara casualmente por la calle de noche. (Entonces la calle a la que da la casa donde vivía y donde continuo viviendo no estaba bloqueada y podía pasar libremente no sólo la buena sino también la mala gente.)

También esta vez tuvimos momentos de tensión, sólo que debo subrayar que tanto Nako como Koçi y Pandi Kristo habían bajado el tono como en raras ocasiones. Estaban en «posiciones defensivas» y querían atravesar todo aquello con «sosiego», como «ángeles», para que no se les escapará alguna cosa no deseable en la irritación.

Bedri y Tuk, como de costumbre, al principio abrían los ojos con asombro por lo que estaban oyendo y después cuando

tomaban la palabra no sabían de qué lado inclinarse. Quedaba yo solo ante los tres y comprendí que no podía avanzar en una situación así. Propuse que ampliáramos el Buró Político con nuevos camaradas, cuya intervención debía influir en el esclarecimiento de este problema, así como en el cambio y mejora de la situación.

—Terminemos este análisis —dijo Koçi Xoxe—. Luego veremos lo que hacemos. Ahora no tenemos por qué meter a otros en esta historia.

—Vosotros estáis viendo que sin incluir a otros camaradas no vamos a salir de esta situación —le respondí a Xoxe—. No hay nada malo, sino al contrario, en que amplíemos el Buró y dispongamos de la opinión y el juicio de los nuevos camaradas.

Estallaron nuevamente los debates. Koçi, Nako y Pandi se oponían, sobre todo a la entrada inmediata de los nuevos en el Buró. «Para más tarde —decían— puede hacerse».

Dejamos la reunión para la noche siguiente (se había hecho muy tarde), en la que continuaríamos las discusiones entorno a mis tesis y haríamos las propuestas para ampliar el Buró.

Pero al día siguiente todo se suspendió: inesperadamente nos llegaron de Belgrado «buenas» noticias. Se reclamaba urgentemente a Nako Spiru junto con dos o tres camaradas, cuadros de economía, para analizar problemas de importancia para nuestro país y para las relaciones albanó-yugoslavas. De la misión yugoslava en Tirana nos informaron «con alegría» de que habían tomado todas las medidas: los billetes estaban listos, las plazas del avión reservadas. ¡«Sólo falta que el camarada Nako Spiru parta cuanto antes»!

Me alegró, pero también me sorprendió esta noticia inesperada. Nosotros mismos habíamos solicitado hacía tiempo conversaciones con la dirección yugoslava para tratar problemas sobre las relaciones recíprocas, particularmente en el terreno económico, pero no se nos había dado respuesta concreta. «Los camaradas están ocupados —nos decía Josip Djerdja—, en cuanto puedan les recibirán. Somos amigos, comprendemos los problemas de uno y otro, de modo que no se inquieten».

¡Y por fin se abrieron los caminos! ¡¿Y cuándo?! ¡Precisamente cuando nos encontrábamos en la culminación de los debates para revisar un grave error del pasado! ¡Qué coincidencia!

Pero se confirmaría que no era, ni mucho menos, coincidencia. La actitud «benévola», pero «al margen», desde «lejos», de los camaradas yugoslavos, se acabó. Al parecer les informaron de lo que estaba ocurriendo en nuestro Buró. Sintieron el peligro de que podía descubrirse el pastel, de que podía descubrirse el complot que habían urdido en Berat, y tomaron medidas inmediatamente. El primer paso fue la llamada urgente de Nako Spiru a Belgrado. Despedimos a Nako al día siguiente o un día más tarde, dándole las recomendaciones correspondientes, y algunos días después de que se hubiera marchado les dije a los camaradas:

—Continuemos la reunión.

—¿Sin Nako? —saltó Koçi inquieto—. No, eso no se puede hacer. Tiene cosas que decir, debe estar presente él mismo para decirlas. Puede decirnos después que hemos hablado de él a sus espaldas. Tú lo sabes, se me lanza por cualquier cosa.

—Bien —le dije—, esperaremos a que Nako vuelva y continuaremos después.

Entretanto Nako nos enviaba desde Belgrado noticia tras noticia.

La primera cosa que le habían «aconsejado» Kardelj y Djilas, en cuanto se encontraron con él, era el aplazamiento indefinido de la fecha que habíamos establecido en el V Pleno para celebrar el I Congreso del PCA¹. «Todavía no celebramos nosotros el congreso —le habían dicho sus señorías— menos aún vosotros que no tenéis experiencia». Le habían presentado un montón de dificultades (la preparación de los informes, de las resoluciones; qué váis a plantear, cómo lo váis a organizar, cómo váis a hablar sobre vuestra línea, cómo se va a hacer, legal o ilegalmente, etc., etc.) y después le habían dicho:

1 El V Pleno del CC del PCA decidió que el I Congreso del Partido comenzara sus labores en Tirana el 25 de mayo de 1946.

—Esperad a que hagamos nosotros nuestro congreso, fijaos en cómo lo hacemos, preparaos, mandad aquí los materiales para que los veamos, y después decidid si lo hacéis o no. En cuanto a la manera de organizarlo —habían añadido—, nosotros pensamos que el congreso se reúna secretamente, en la clandestinidad, ¡para que no se irrite ni la reacción interna ni la exterior! Así hicimos nosotros en el congreso del PC de Servia.¹

Jamás había transigido con estos «consejos» de los camaradas yugoslavos, pero sobre todo su insistencia en ocultar la existencia del Partido me parecía algo tan absurdo y ridículo como peligroso. Pero mi oposición en el Buró se encontró frente a la «unidad» de los demás camaradas, quienes no sólo repetían los «argumentos» de Kardelj y Djilas, sino que «descubrían» otros más y los ponían ante mí como una barricada para hacer triunfar su posición. En cuanto al aplazamiento de la fecha del Congreso, esto lo hubiéramos hecho incluso sin la «sugerencia» de los camaradas yugoslavos, sólo que por razones y motivos radicalmente distintos a los que nos presentaban Kardelj y Djilas. El Congreso se aplazaría porque nosotros aún no nos entendíamos en el Buró para encontrar las raíces del mal y esperábamos a Nako para poder continuar las discusiones.

Por lo que recuerdo, Nako volvió de Belgrado en el mes de mayo y mientras tanto yo había comenzado a sistematizar y a preparar por escrito en la forma de un informe las opiniones que había planteado en las reuniones anteriores acerca de la revisión del Pleno de Berat. Esta era la variante definitiva (precisamente la que está publicada), y a principios de junio de 1946 se la distribuí a los camaradas del Buró para que la leyeran y la estudiaran.

—Así es mejor —les dije—. No debemos volver a perdernos en discusiones sin fin como la primera vez. Todos debemos prepararnos seriamente y después hablar.

Algunos días después reanudamos la reunión. Nuevamente

¹ Este congreso se desarrolló clandestinamente en Belgrado del 8 al 12 de mayo de 1945.

las presiones anteriores, sólo que ahora las frases y «argumentos» de Koçi y Nako eran más «ponderados», más «estudiados», e incluso con algo de «autocrítica» en su interior. Como primer paso esto era algo. Continuaríamos adelante.

Pero no pudimos continuar. A mi dirección llegó un telegrama urgente. Lo enviaba Hysni Kapo, que en aquel tiempo era nuestro embajador en Yugoslavia. Le había convocado «Marko» (Ranković continuaba utilizando el seudónimo de la guerra) y le había comunicado que esta vez ¡esperaban en Belgrado con urgencia a Enver Hoxha! Ahora sólo se esperaba mi respuesta, si estaba o no de acuerdo en ir «cuanto antes» a Belgrado, donde me recibirían «majestuosamente»¹.

Indudablemente la noticia me alegró y acepté las «condiciones», es decir marchar «cuanto antes». ¡Pero fíjate qué nueva coincidencia y por el mismo problema: cuando planteamos por primera vez en el Buró la revisión de Berat nuestros amigos llamaban urgentemente a Nako, ahora nada más comenzar de nuevo la reunión suspendida me llaman a mí!

Pero tampoco esto era coincidencia. Con seguridad Koçi Xoxe informó nuevamente a sus patrones sobre mi insistencia y ellos encontraron el remedio. Y para que marchase «cuanto antes» ¡me invocaban a Tito, a Djilas y al mismo Stalin! Naturalmente, me ofrecían también «cuantos aviones quisiera», además de un «recibimiento majestuoso», ¡lo único importante era que marchara!

Cuando me llegó la noticia en verdad me inquietó que nuevamente quedara a medias un análisis imprescindible, pero en todo caso consideraba el viaje a Belgrado de importancia para nuestros asuntos, tanto para las relaciones con Yugoslavia como en el plano internacional. De modo que dejamos Berat a medias. Ante nosotros teníamos a Belgrado que nos reclamaba con impaciencia.

1 «Marko me dijo —escribía entre otras cosas Hysni Kapo— que estaría bien que Enver viniera cuanto antes, a ser posible el domingo. Se espera únicamente su decisión. Pondrán a su disposición para el viaje cuantos aviones sean necesarios. Piensan hacerle un recibimiento majestuoso» (*Radiograma fechado, 19-6-1946. ACP*).

IV

CON TITO

Inesperada invitación de Tito para viajar a Belgrado ■ Las conversaciones oficiales entre la delegación albanesa y la yugoslava. Examen de la cuestión de Kosova y del resto de las tierras albanesas de Yugoslavia ■ Tito pretende anexionarse todos los Balcanes ■ Política de exterminio hacia Kosova ■ Presunción y lujo escandalosos de Tito ■ En torno a las visitas a Croacia y Eslovenia ■ La ceremonia en el Presidium de la Skupština yugoslava ■ Un encuentro con Tito en Bled. ¿«Naš Tito» o «Duce a noi»? ■ Sobre el Tratado de Amistad y Ayuda Mutua ■ «Ayuda» con cuentagotas.

Mucho tiempo atrás nosotros habíamos dirigido a los camaradas yugoslavos la petición de enviar a Yugoslavia una delegación gubernamental del más alto nivel, encabezada por mí. Con el viaje de esta delegación oficial pretendíamos dar otro paso más, importante, en el fortalecimiento de las recíprocas relaciones de amistad entre nuestros países, pueblos y partidos, en la elevación del prestigio de nuestros países en la arena internacional, así como aprovechar las posibilidades que la visita crearía de discutir al más alto nivel diferentes problemas de carácter político, económico, etc., que presentaban interés común.

La dirección yugoslava nos respondió que en principio estaba de acuerdo con recibir en un momento adecuado a la citada delegación, pero pasaron meses enteros y la respuesta continuaba siendo positiva, sólo que «en principio». Justificaban esta dilación con las numerosas preocupaciones y problemas que tenían y, por supuesto, se trataba de una razón convincente. Pero al mismo tiempo, veíamos también algo más: Por una parte los camaradas yugoslavos estaban «muy ocupados» en su trabajo y sus preocupaciones y «no podían recibir en seguida» a la delegación presidida por mí, por otra parte Djilas, Kardelj y el propio Tito encontraban tiempo para recibir y sostener largas conversaciones con delegaciones de nuestra juventud o con grupos de trabajo nuestros que viajaban allí, ¡incluso encontraban tiempo para recibir a Liri Gega! No hablo aquí de Koçi Xoxe, Nako Spiru y Sejfulla Malëshova (éste antes de ser condenado), que cuando viajaban a Belgrado eran recibidos de tal modo que Koçi «¡no podía ni contarlos!».

A pesar de todo continuábamos justificándoles ya que quizás a mí no me podían recibir debido a que, como decía Nako Spiru, el «alto rango» de la delegación exigía muchos preparativos previos(!); quizás porque la visita debía hacerse en un momento de importancia nacional o internacional, quizás...

Pueden enumerarse aquí muchos otros «quizás» como los que he mencionado (cada uno tiene una base), pero creo que la razón principal de que se pospusiera el viaje de nuestra delegación a Belgrado, residía en otro «quizás»: ¡quizás los dirigentes yugoslavos no querían que yo encabezara la primera delegación oficial del más alto nivel! Después de las minas que nos habían colocado en Berat esperaban que yo fuera eliminado rápidamente de la dirección (ellos sabían que en el Buró surgido de Berat estaba yo solo contra cuatro, por no decir contra los seis camaradas), y, como consecuencia, esperaban mi sustitución y que la delegación la presidiera quien ocupara mi lugar, su mejor amigo, Koçi Xoxe.

No apoya esta hipótesis únicamente en los innumerables

hechos que probaron que la dirección yugoslava quería eliminarme desde el Pleno de Berat, y no habiéndolo logrado allí, más tarde. Apoyo la hipótesis en toda una serie de hechos más, entre los cuales, en los febriles esfuerzos de Tito y sus camaradas por obstaculizar y a ser posible sabotear el viaje de una delegación nuestra del mismo nivel a Moscú, junto a Stalin; a Bulgaria, junto a Dimitrov, etc.

Como dije, nosotros entonces ignorábamos muchas cosas, por tanto no nos quedaba más que esperar. Y precisamente cuando habíamos comenzado a discutir en el Buró las «Tesis para la revisión del II Pleno del CC del PCA», nos llegó la noticia de que el camino a Belgrado estaba abierto.

Dejamos todo a medias, y como quedaba muy poco tiempo para la partida, sistematizamos una vez más las cuestiones que discutiríamos con la dirección yugoslava y con Tito.

En aquellos momentos se planteaba ante nosotros, de igual modo que ante todos los demás países de democracia popular, la cuestión de que nuestra economía no fuera espontánea sino organizada, es decir una economía socialista planificada. Nosotros, a pesar de la gran pobreza heredada del pasado y de la guerra, habíamos iniciado este proceso poniendo en práctica una serie de grandes reformas de transformación social y económica, en el justo camino marxista-leninista. Sabíamos que para la construcción del socialismo debíamos basarnos en primer lugar en nuestras fuerzas internas, pero, sobre todo en aquella primera fase, la colaboración y la ayuda de los amigos del exterior eran para nosotros necesarias e imprescindibles.

Entre otras cosas, en este terreno fundamental que estaba absorbiendo y absorbería inmensas fuerzas y energías, nosotros carecíamos no sólo de los medios y los fondos, sino también de la experiencia. Estudiábamos la literatura marxista-leninista, las obras de los clásicos del marxismo-leninismo, la experiencia escrita de la construcción del socialismo en la Unión Soviética, pero, está claro, esto no se aprende sólo en los libros. Habíamos dado los primeros pasos en la práctica, pero era todavía el comienzo de los comienzos. La necesidad

de establecer y aplicar de forma consecuente una política correcta para la transformación socialista del país se planteó con energía particularmente en el V Pleno del CC del Partido. Se decidió que la economía se desarrollase mediante un plan, que debía ser preparado cuidadosamente con nuestras fuerzas, pero para cuya elaboración sentíamos la necesidad de consultar con los amigos. Esto sería pues una de las principales cuestiones que nuestra delegación discutiría con la dirección yugoslava y con Tito. Como dije antes, Nako había sido convocado allí en abril y había desarrollado algunas conversaciones con camaradas yugoslavos del sector económico, de modo que ya estaba hecho un cierto trabajo inicial acerca de este asunto. El objetivo de nuestra delegación en este aspecto era solicitar la ayuda de los camaradas yugoslavos para la elaboración de un plan económico con una perspectiva como mínimo de dos años por el momento, para avanzar después hacia un plan quinquenal.

Habíamos acordado con los yugoslavos que hablaríamos y decidiríamos en primer lugar sobre la suscripción de un tratado de amistad y de ayuda mutua entre los dos países, lo que era considerado por nosotros como un gran éxito político, económico y defensivo. Nuestros preparativos acerca de esta cuestión se habían realizado con mucha seriedad a causa del gran interés que presentaban las relaciones amistosas de nuestros dos países socialistas aliados, con vistas al posterior desarrollo económico, a la defensa común de nuestros dos países socialistas cercados por estados enemigos por el Oeste y por el Sur, y al mismo tiempo como dos estados de democracia popular, integrantes del campo socialista encabezado por la Unión Soviética.

Salíamos por primera vez fuera de nuestro país como representantes del gobierno popular, por supuesto íbamos a un país amigo, y habíamos considerado que nuestra primera tarea sería manifestar a los amigos, tanto al pueblo yugoslavo como a su dirección, los sentimientos de amistad sincera de nuestro pueblo y exponerles nuestra realidad objetiva. Sobre la base de esta realidad, así como de su propia situación real,

que al igual que nosotros ellos debían presentarnos, expondríamos nuestras peticiones y posibilidades, discutiríamos abierta y sinceramente sobre ellas y decidiríamos sobre la base del interés común.

Otra de las razones por las que nos alegraba el encuentro que íbamos a sostener con Tito eran las muy estrechas y sinceras relaciones (tal como creíamos en aquel tiempo) que existían entre la Unión Soviética y Yugoslavia, entre Stalin y Tito. Teníamos la impresión y la confianza, fortalecidas por los propios soviéticos que se hallaban en Tirana, sin hablar ya de los propios yugoslavos, de que «Tito lo trata todo con Stalin, consulta con él», etc. Por eso en aquel tiempo creíamos que cualquier cosa que habláramos o que decidiéramos con Tito la sabría Stalin y estaría de acuerdo con nosotros. En la imposibilidad de tener en aquel tiempo ningún lazo con Stalin (a través de la legación soviética que, por lo que recuerdo, se acababa de abrir en Tirana, las relaciones directas soviético-albanesas eran muy débiles y no por culpa nuestra), pensábamos que el encuentro con Tito sería de algún modo una transmisión y un desarrollo de los puntos de vista de Stalin.

Lo que Hysni nos escribía en el radiograma, esto es, que «Tito había hablado con Stalin y éste había acogido positivamente el viaje de una delegación nuestra a Belgrado», alimentaba aún más nuestra esperanza de que por boca de Tito escucharíamos también las opiniones y los consejos de Stalin.

Naturalmente, acerca de todos los problemas que íbamos a discutir y decidir, nosotros teníamos nuestra línea, nuestros puntos de vista, nuestras opiniones y estábamos convencidos de su justeza. Nosotros no íbamos a mendigar el tratado de amistad y de ayuda mutua que solicitábamos, y no permitiríamos que los intereses vitales de nuestra patria socialista resultasen dañados en lo más mínimo. Habíamos derramado sangre precisamente para que no se volviera a repetir el pasado. Esta misma confianza teníamos respecto a los yugoslavos en aquel tiempo.

Estábamos preparados también para exponer a los camaradas yugoslavos nuestra visión de la situación internacional en las coyunturas de entonces, particularmente de la situación y de las actividades hostiles y subversivas que desarrollaban, ayudados por los anglo-americanos, los monarcofascistas griegos en nuestras fronteras del sur y los neofascistas italianos en nuestras aguas territoriales y nuestro espacio aéreo. Deseábamos presentar a los amigos yugoslavos un cuadro claro de la sana situación política interna, de los férreos lazos del Partido con el pueblo y de los éxitos y deficiencias de nuestro trabajo. Había que disipar también de la mente de los camaradas yugoslavos alguna niebla o falta de claridad ocasionada por los informes tendenciosos y carentes de objetividad que con seguridad les habían proporcionado quienes no deseaban el desarrollo de la amistad entre nuestros dos países por una vía correcta. Naturalmente nos dispusimos a aprovechar en la mayor medida posible la experiencia organizativa de Yugoslavia en relación con los consejos, el partido, la economía, el ejército, experiencia que en aquel tiempo considerábamos necesaria. Se designó también a los camaradas que prepararían de manera especial estas cuestiones y que formarían parte de la delegación, en la que además de yo mismo figuraban por lo que recuerdo Nako Spiru, Myslim Peza, nuestro embajador en Belgrado, Hysni Kapo, etc.

Finalmente pensamos en llevarle un regalo a Tito. Le dimos vueltas a la cabeza para ver qué podíamos regalarle, ya que no queríamos quedar mal, pero no encontrábamos nada adecuado. Se me ocurrió que podíamos llevar una pistola albanesa de plata, de las viejas, y se lo dije a los camaradas. Iba de maravilla. Los camaradas lo aprobaron. Llamamos a Sterjo Gjukoreci y le encargamos que nos encontrara una. El nos dijo que durante la confiscación de los bienes de un criminal quisling se habían encontrado tres pistolas muy bonitas, entre las que podíamos elegir. Le dijimos que nos las trajera y cuando lo hizo estaba también en la oficina el representante de Yugoslavia, Josip Djerdja. Eran verdaderamente unas pistolas preciosas. Elegí una y le expliqué al yugoslavo

para qué la quería. El la vio, le gustó mucho y sin asomo de vergüenza nos dijo:

—¡Tito quedará muy contento, mándenle las tres!

¡¿Qué le íbamos a decir a este acaparador?! Aceptamos su propuesta. (De modo que Tito recibió las tres pistolas de plata y las metió en su arsenal de regalos.)

Pero resulta que se nos había escapado un pequeño detalle: ¡Me faltaba el debido uniforme de general! Yo propuse ir de civil, pero los camaradas insistieron en que debía llevar también conmigo el uniforme militar de general, como Comandante en Jefe del Ejército. Tenía uniforme normal, pero «uniforme de gala» ni siquiera existía. Por tanto debíamos improvisar uno, desde los zapatos de charol hasta la gorra con entorchados. Bien, hicimos los zapatos, hicimos también los pantalones azules con la franja roja, pero había que encontrar la casaca, y esto ¡cómo lo resolvíamos! Llamé a Sokolov a mi despacho (era el agregado militar soviético en Tirana) y le dije:

—¿Tienes alguna chaqueta de más?

—¿Por qué? —me preguntó.

—¡No preguntes —le dije—, quítate primero la chaqueta y deja que me la pruebe!

Cuando me la puse vimos que me quedaba pequeña. Entonces le conté el problema que se me había venido encima. Sokolov me dijo:

—Tengo una tela para uniforme sin cortar, ahora se la envío, y si le gusta puede hacerse con ella una casaca y una gorra.

Así resolví la cuestión del «uniforme de gala». Esperamos el día que habíamos determinado para salir y, del número «sin límites» de aviones que habían puesto a nuestra disposición, solicité sólo uno, e incluso le dije a Djerdja que si le resultaba difícil bastaba con cinco o seis plazas en un vuelo regular.

—¡Qué es eso! —me dijo Djerdja—. Puede pedir tantos aviones como quiera. Vendrá un avión especial.

El avión llegó y la primera delegación del Gobierno de

la República Popular de Albania partió hacia Belgrado de visita amistosa¹.

Mirando por la ventanilla del avión las tierras de Montenegro y de otras zonas de Yugoslavia, pensaba con profundo dolor y con gran respeto en mis camaradas guerrilleros que habían caído a cientos en aquellas tierras, combatiendo contra los nazis alemanes. Con la orden que les di desde Berat en vísperas de la completa liberación de Albania, dos divisiones de muchachos y muchachas de Albania atravesaron la frontera y, en violentos enfrentamientos con el ocupante, ganaron fama allí por su heroísmo, abnegación, disciplina, internacionalismo y su capacidad para el combate. Desde el avión pensaba con cariño en las madres albanesas que, sin temblarles el corazón, enviaron a sus hijos e hijas a la lucha por la liberación de la patria; pero el momento exigió a estos jóvenes, educados por el Partido de los comunistas, que pensarán en la libertad de los pueblos vecinos y marcharán a derramar su sangre por ellos. Miles de ellos regresaron de aquellos combates heroicos, cientos cayeron en el campo del honor en el territorio de Yugoslavia, cientos de madres albanesas, pensaba en aquellos instantes, esperan de nosotros que les llevemos los sagrados restos de sus hijos. Lo haremos, me dije a mí mismo, es nuestra obligación. Descansarán en los lugares más hermosos de la patria, y allí las generaciones futuras cantarán sin descanso a su gloria y a su heroísmo.²

El avión llegó a Belgrado y nosotros contemplábamos desde lo alto la capital. Josip Djerdja se esforzaba por mostrarnos algo con el dedo, pero no podíamos retener nada ya que desde el avión no resulta fácil conocer una ciudad que se visita por primera vez. Estábamos asimismo emociona-

1 La visita de la delegación gubernamental de la RP de Albania, presidida por el camarada Enver Hoxha, a la RF de Yugoslavia se prolongó desde el 23 de junio hasta el 2 de julio de 1946.

2 Los restos de los cientos de nuestros mártires caídos en Kosova, Montenegro, etc., fueron repatriados en los años 1947 y 1975 y reinhumados en el Cementerio de los Mártires de la Nación o en los cementerios de los mártires de las regiones correspondientes.

dos, sobre todo porque nos entrevistaríamos con Tito y con otros camaradas dirigentes de Yugoslavia por primera vez. Estamos sobre el aeropuerto, descendemos a la pista, el avión se desliza, se detiene y la puerta se abre. Vemos que nos espera mucha gente, militares, banda militar. No habíamos estado nunca en ceremonias así, eran desconocidas para nosotros y deberíamos tener cuidado de no equivocarnos en las denominadas reglas protocolarias. Nosotros avanzamos y Tito se dirige hacia nosotros. Nos da la mano y nos la estrecha con fuerza. Pensamos que según nuestra tradición nos abrazaríamos. Pero no. Son reglas y costumbres distintas. Pero ni siquiera nos fijamos en estas cosas. Le presenté a Tito a todos los camaradas y escuchamos las notas de nuestro himno a la bandera. Nos cuadramos en señal de honor y después de nuestro himno se ejecutó el himno yugoslavo. Después Tito me colocó a su derecha y pasamos revista al destacamento de la guardia de honor. «Los soldados son como los nuestros —me dije— ex guerrilleros, valientes». Sólo las ropas eran mejores que las nuestras y las armas más modernas, soviéticas. Las nuestras eran trofeos. A continuación Tito nos presentó a las personalidades yugoslavas que habían salido al aeropuerto y en otras entrevistas me presentó también a otras personalidades del partido y del gobierno yugoslavos. A la mayoría de ellos (a excepción de Djilas que había pasado una vez de tránsito por Albania) les veíamos por primera vez: Kardelj, Vlahov, Ranković, Simić, Pijade, Popović, Jovanović, Kidrić y otros. Nuestra hilera de automóviles, atravesando Belgrado, llegó a Dedinja, donde se había establecido nuestra residencia.

—¡Un gran honor, extraordinario! —balbuceaba Djerdja—. Esto es Dedinja, ¡aquí tiene su residencia principal el propio Tito!

Según nos dijeron, y según comprobamos después, él vivía y trabajaba en el palacio principal de los antiguos reyes de Servia. Mientras el cortejo de automóviles atravesaba lentamente las calzadas del parque, Djerdja me mostró con el dedo un edificio.

—¡Mire —dijo— el Palacio Blanco, el palacio de los antiguos reyes! ¡Ahora lo tenemos nosotros, lo tiene Tito!

Nuestros automóviles rodaron algún tiempo más por el parque y se detuvieron.

—¡El palacio del ex príncipe regente! —me dijo Djerdja—. Ahora ustedes se quedarán aquí.

No le di importancia alguna a estos detalles ni a muchos otros gestos de cortesía que le hicieron a nuestra delegación y que Josip Djerdja calificaba de «importantes», «extraordinarios». Con esto quería convencernos y crearnos la impresión de que por Albania se mostraba «un cuidado y un cariño extraordinarios» y que lo que hacían y las medidas que tomaban con nuestra delegación no lo hacían para las demás delegaciones. Naturalmente ésta era la tarea que se le había encomendado al embajador yugoslavo en Tirana, la de dar pompa y lustre a las cosas.

Después de descansar (no recuerdo bien si aquel mismo día o al día siguiente) nos dijeron que iríamos a hacer una visita de cortesía a Tito al Palacio Blanco. Para los yugoslavos que estaban a nuestro alrededor la cuestión era extremadamente delicada: ¿Qué trajes debíamos ponernos para ir a ver a Tito? No se ponga este traje, tampoco este otro. Ya entonces el protocolo había comenzado a trabajar en la «corte de Tito». Mientras que para nosotros la cuestión era muy sencilla. Teníamos dos trajes: el famoso traje militar sobre el que hablé antes, y un traje civil. De modo que nos pusimos los trajes civiles. ¡A fin de cuentas íbamos a ver a un camarada, era un comunista como nosotros! Y salimos a pie a través del parque.

El palacio estaba guardado todo alrededor por una guardia vestida con uniformes flamantes, armado con metralletas. ¿Por qué toda esta guardia?, me dije al recordar que sólo dos guerrilleros guardaban mi casa, y que en aquel tiempo la gente transitaba libremente por la calle donde está situada. Pero encontré rápidamente la «razón»: «Un gran país, Tito una gran personalidad, hacen bien en guardarle así». Ante el palacio hacían guardia de honor, en los salones todo estaba

previsto, desde el cepillo para la ropa, hasta un hombre que nos limpió con una bayeta el polvo que nuestros zapatos habían recogido por el parque que atravesamos. —¡A casa de Tito había que ir hecho un figurín! —me dije. ¡E imagínate, estos valientes que limpian zapatos y que giran a tu alrededor haciéndote cumplidos, hace poco más de un año combatían y hacían vida de guerrilleros!

Entramos en el gran salón del palacio. Lujo. En el lugar preeminente del salón, en medio, bajo un cuadro, Tito solo, de pie, vestido con el uniforme blanco de mariscal, el cuello y las mangas bordadas en oro de flores y estrellas, y un considerable número de franjas de colores en el pecho que representaban condecoraciones. A su izquierda se alineaban uno tras otro un grupo de camaradas, miembros del Buró Político del PCY y ministros; a ambos lados habían colocado sillones de estilo francés de los siglos XVII y XVIII y en medio del salón hermosos tapices persas. Desde la puerta del salón hasta el lugar hacia donde nos dirigimos para darle la mano a Tito, quien no se movió de su puesto, nos pareció que andamos un kilómetro.

Después de que nos sentáramos nos trajeron cigarrillos y bebida. Tito brindó por la amistad entre nuestros dos pueblos y por nosotros, hizo algunas preguntas generales sobre nuestro país, sobre el tiempo, los cultivos, los olivos y los naranjos. Nosotros le dimos las gracias, le expresamos los saludos de nuestro pueblo, de nuestro Partido y nuestro ejército y nos despedimos. La primera audiencia protocolaria con Tito no duró más allá de media hora. A Josip Djerdja no se le olvidó decirnos que «estuvo muy bien» y repetirnos las palabras que siempre tenía en la boca, «maravilloso», «extraordinariamente cordial», «raras veces se desarrollan así las audiencias de Tito», etc.

Naturalmente el protocolo exigía que Tito nos devolviera la visita, pero no lo hizo, vinieron otros camaradas en su lugar diciéndonos que Tito nos «pedía disculpas porque le había surgido un asunto importante y muy urgente», etc., etc. Pero en aquel tiempo nosotros ni nos dábamos cuenta de esto,

ni entendíamos de protocolo. Además teníamos con nosotros a Josip Djerdja que encontraba «razones» para cualquier cosa. Para nosotros era importante saber cuándo mantendríamos conversaciones de trabajo con los camaradas yugoslavos para solucionar y para poner en marcha una serie de asuntos.

Se nos comunicó el día destinado a las conversaciones.

Como ya dije antes nos habíamos preparado para estas conversaciones. Por la parte yugoslava la delegación estaba encabezada por Tito. En mi intervención, que traía preparada desde Tirana, me esforcé por ser lo más conciso, lo más objetivo y real posible. Los problemas de nuestro país eran en aquel tiempo muy graves y difíciles de solucionar, pero en sí mismos, como problemas, no eran complicados. Eramos conscientes de que todo no podía solucionarse de un plumazo y que no podíamos plantear a Yugoslavia peticiones fuera de sus posibilidades. Lo que nos preocupaba en primer lugar eran las cuestiones económicas y en este sentido solicitamos ayuda en créditos. Los créditos que pedíamos nos hacían falta para el desarrollo de la agricultura y de la industria. En la agricultura carecíamos incluso de los aperos más elementales, desde arados de hierro hasta rastrillos y azadas. Naturalmente pedimos también algunos tractores y otra maquinaria agrícola de la que ellos recibían de la Unión Soviética, de la UNRRA y de otros, además de cierta cantidad de semillas de cereales y plantas industriales, y otras cosas del mismo tipo. Como se ve nuestras demandas eran modestas, demandas de pobre, pero ¿qué otra cosa podíamos hacer!

Por lo que se refiere a la industria mostramos a los yugoslavos nuestra verdaderamente miserable situación. Nuestro país no había heredado más que un artesanado atrasado con el que continuábamos sosteniéndonos. Reparamos como pudimos las pocas fábricas existentes, viejas, pequeñas, amortizadas y destruidas por la guerra, pero puede imaginarse lo que sufríamos por la carencia de piezas de recambio para aquellas máquinas viejas, para aquellos automóviles viejos, en unas condiciones en las que nos faltaba hasta una planta mecánica a la que se pudiese verdaderamente llamar planta.

Todo lo que existía en el país lo habíamos puesto en funcionamiento con nuestras fuerzas, ahora había que mantenerlo vivo, remendarlo y completarlo, ya que las necesidades aumentaban.

El desarrollo de las minas era un problema importante para nuestra economía y debíamos apoyarnos intensamente en su desarrollo y explotación. Por eso pedimos ayuda a los yugoslavos para el desarrollo de la industria de extracción del petróleo, del betún, del cromo, del cobre, etc. Solicitamos su ayuda, naturalmente dentro de las posibilidades, para construir algunas pequeñas fábricas para la industria ligera, con el fin de satisfacer las apremiantes e imprescindibles necesidades de nuestro país.

Haciendo un cuadro de la situación internacional y mostrando también lo que estaba ocurriendo en nuestras fronteras meridionales, planteé a los camaradas yugoslavos y a Tito nuestro punto de vista sobre la necesidad de suscribir un tratado entre nuestros dos países, un tratado de amistad y de ayuda mutua como los que había suscrito Yugoslavia con otros países de democracia popular. Argumenté que este tratado era muy necesario particularmente para la defensa de la libertad, de la independencia y la soberanía de la RPA frente a las permanentes ambiciones de los imperialistas, de los monarcofascistas griegos y de los neofascistas italianos. Subrayé que este tratado templaría aún más la sincera amistad existente entre nuestros dos pueblos y serviría, como los demás tratados de los países de democracia popular con la Unión Soviética y unos con otros, para el fortalecimiento de nuestros respectivos países. Hablé asimismo a los camaradas yugoslavos y a Tito del inmenso cariño y fidelidad que alimentaban nuestro pueblo, nuestro Partido y nuestro ejército hacia la Unión Soviética y el gran Stalin.

Durante mi intervención Tito tomaba algunas notas en un block y fumaba constantemente cigarrillos con una boquilla en forma de cachimba. Usaba gafas, permanecía siempre serio, taciturno, como sumido en profundos pensamientos. Nos

parecía que escuchaba con atención. Llenaba una y otra vez el vaso que tenía delante y bebía agua mineral. Cuando yo acabé hicimos un descanso, nos llevó a una sala de café donde había de todo, desde dulces y sandwichts hasta *šljivovica* y bebidas refrescantes. Allí Tito empezó a hablar, a bromear, a reír con sus camaradas sobre cosas sin importancia, para pasar el rato; los intérpretes nos traducían. Más tarde, encontré estas bromas y charlas de Tito con Moše Pijade casi idénticas a las de Jruschov con Mikoyan, quienes solían hablar de cosas semejantes cuando se reunían.

Tras el descanso reanudamos la reunión y tomó la palabra Tito. Nos hizo un cuadro de la situación internacional de aquel período, atacando a los imperialistas y a los gobiernos reaccionarios. Puso bien de manifiesto el «gran» papel que jugaba la Yugoslavia socialista no simplemente en los Balcanes, sino también en Europa y particularmente entre los países de democracia popular, naturalmente tras la Unión Soviética, subrayó. Nada sospechoso nos llamó la atención en sus palabras, fuera del tono «grandilocuente», de las palabras «autoritarias» y de la especial importancia que se daba al repetir «así le dije a éste», «así le dije al otro».

Nos hizo asimismo una breve historia de la lucha contra los alemanes, contra el general Draža Mihailović y el gobierno exilado en Londres. No le faltó subrayar aquí la «capacidad y astucia de Churchill» con el que se había chocado y con el que se continuaba discutiendo la cuestión de Venecia Julia.

Cuando habló sobre los problemas económicos de Yugoslavia no se extendió, dijo solamente «tenemos bastantes dificultades» y pasó a nuestro asunto, sobre el cual dijo: «A pesar de estas dificultades debemos ayudarles tanto como podamos». Tito dijo que por su parte encomendarían el asunto al camarada Boris Kidrić.

—Designen también ustedes su camarada —nos dijo—. Que vean sus problemas económicos uno por uno y que nos los presenten para tomar una decisión.

Acordamos que continuara con este trabajo Nako Spiru,

quien en abril había ido a Yugoslavia precisamente para tratar problemas de esta índole. En aquella época teníamos a Nako Spiru como ministro de Economía y presidente de la Comisión Estatal de Planificación y, al designarle a él como encargado directo de las conversaciones sobre problemas económicos con los yugoslavos, mostrábamos la importancia que prestábamos a estos problemas.

Después de que habláramos sobre el desarrollo de la enseñanza y la cultura en nuestro país y de que yo planteara algunas peticiones en este sentido, sobre todo el envío de cierto número de estudiantes albaneses para que estudiaran en la Universidad de Belgrado, Tito me preguntó mi parecer sobre la solución de la cuestión de Kosova y del resto de las tierras albanesas de Yugoslavia. Callé un momento, para resumir de la forma más concisa y completa posible nuestros puntos de vista sobre este importante problema, y le dije:

—Usted conoce las injusticias históricas que han cometido los distintos imperialistas y la reacción gran-servia con Albania. Usted conoce asimismo las posiciones de principio de nuestro Partido durante la Lucha de Liberación Nacional y el deseo de nuestro pueblo de vivir en amistad con los pueblos de Yugoslavia.

A continuación le expresé a Tito la opinión de la parte albanesa de que Kosova y el resto de las tierras de Yugoslavia habitadas por albaneses le pertenecían a Albania y debían serle devueltas.

—Los albaneses combatieron —le dije— porque exista una Albania libre y soberana, a la que ahora deben unirse las tierras albanesas de Yugoslavia. Ha llegado el momento de que nuestros dos partidos solucionen correctamente este problema nacional.

El presidente Tito respondió:

—Estoy de acuerdo con su punto de vista, pero por el momento no podemos hacer eso, ya que los servios no nos comprenderían.

Después de esto Tito se pasó a otro problema, al de la

denominada «Federación Balcánica» y me preguntó cuál era mi opinión sobre este asunto.

—Hace tiempo —le respondí— que existe una idea sobre esta cuestión. Demócratas y antizoguistas albaneses en el exilio, entre ellos comunistas, habían entrado en contacto con el Komintern y habían creado la organización política CONARE¹.

En contacto con el camarada Dimitrov esta organización había adoptado la idea del Komintern sobre la «Confederación Balcánica» y la difundía. Esta idea se planteaba esencialmente en el plano de los principios, en relación con la colaboración combativa de la clase obrera y de los pueblos de los Balcanes contra los regímenes monárquico-feudales. La perspectiva de esta cuestión no era clara y estaba bloqueada.

Yo mismo, cuando era estudiante en el Liceo de Korça, pero sobre todo cuando fui a estudiar a Francia, tuve ocasión de leer el periódico del CONARE, *Liria Kombëtare* (Libertad Nacional), así como de tener en mis manos algunos números sueltos de la revista *La Fédération balkanique*. En ellos, se hablaba en algún caso sobre la idea de la «Federación Balcánica», pero siempre como una cuestión o una consigna del futuro.

Cuando comenzamos la Lucha de Liberación Nacional y durante su desarrollo, nunca hemos pensado en este problema y la idea fue sustituida por la lucha común de los pueblos de los Balcanes contra los ocupantes nazifascistas. Sejfulla Malëshova, cuando volvió del exilio, nos teorizaba sobre el problema de la «Confederación» o «Federación Balcánica».

En principio encontrábamos correcta esta idea y ahora la perspectiva no estaba tan cerrada, pero hacía falta mucho trabajo, hacía falta, en primer lugar, vencer en la lucha contra los ocupantes nazifascistas.

Nosotros continuamos teniendo esta opinión, pero debe madurar la situación, debemos trabajar mucho para que se superen las viejas enemistades y desearíamos que usted nos

¹ Comité Nacional Revolucionario.

aclarase mejor este problema tan importante, ya que no conocemos ni su punto de vista, ni el de los búlgaros, ni el de los griegos.

Tito me escuchó con mucha atención y cuando terminé me dijo:

—Le he comprendido muy bien camarada Enver y estoy de acuerdo con lo que ha dicho. También nosotros hemos estado y estamos de acuerdo en la creación de esa federación, hemos hecho y haremos esfuerzos concretos, pero el problema es difícil, tal como ha dicho usted, de forma que no puede solucionarse de inmediato y no depende sólo de nosotros. Por nuestra parte, en el momento debido, presentaremos propuestas concretas y consideraremos todos los caminos posibles, pero nuestro deseo es construir la federación. El ejemplo y la experiencia de la nueva Yugoslavia Federativa será muy útil en este sentido. Pero dejemos por hoy este problema. Yo lo cité sobre todo ya que salió a colación el futuro de Kosova. Dentro de la «Federación Balcánica» el problema de la unión de Kosova con Albania sería mucho más sencillo.

—¡Sin duda alguna! —le dije—, pero nosotros nos mantenemos en lo que dije al principio: Que se creen o no posibilidades para una «Federación Balcánica» es un problema, y la solución de la cuestión de Kosova es otro problema completamente diferente. Se debe trabajar, como dijo usted mismo, para solucionar correctamente la cuestión de Kosova.

—Nosotros trabajaremos en esa dirección —«me dio su palabra» Tito.

Pero todas las palabras y juramentos de Tito eran un bluf. Nos engañaba y nos mentía acerca de su verdadera idea sobre la «Federación Balcánica». Tito, como confirmaron los hechos y el tiempo, era un antimarxista furibundo, un nacionalista, chovinista y agente de la burguesía y del imperialismo, era un «caballo de Troya» en el campo socialista, en el movimiento comunista internacional y, aún más en los Balcanes. Aferrándose a la idea de la «Federación Balcánica», él pretendía, y luchaba en este sentido, anexionar todos los Bal-

canes a Yugoslavia y, en este marco, también Albania.

Desde el año 1947, cuando se desarrollaron las relaciones entre Albania y Yugoslavia y se firmaron, además del Tratado de Amistad y Ayuda Mutua, el Convenio Económico y una serie de acuerdos económicos ligados a él, acerca de lo cual hablaré en detalle más adelante, algunos camaradas de nuestro Buró Político, particularmente Kristo Themelko, así como Koçi Xoxe y Pandi Kristo, incitados por los yugoslavos que residían o venían a Albania, ejercían constantes presiones sobre mí para que solicitáramos entrar en la «Federación Balcánica» que en su cabeza quería decir que nos uniésemos con Yugoslavia. Yo no les estimulaba esta idea, pero un día, hacia principios de 1948, llegaron y me dijeron que «¡se está formando la «Federación Balcánica» entre Yugoslavia y Bulgaria!». Pensé que el problema habría sido tratado entre Stalin, Dimitrov y Tito, independientemente de que no se había recibido opinión alguna de nosotros. En esta situación decidimos escribir una carta al CC del PCY y a Tito, donde les decíamos entre otras cosas que nos aclararan este problema, ya que no era comprensible que se creara la «Federación Balcánica» con Bulgaria y que Albania se quedara fuera.

Nunca nos llegó ni respuesta, ni aclaración. Para nosotros quedó claro dónde se escondía la liebre. La Yugoslavia de Tito pretendía matar dos pájaros de un tiro: Anexionarse Albania bajo la denominada y fracasada Federación Balcánica y extender su poder sobre esta parte de los Balcanes.

Stalin, que había percibido los planes expansionistas de Tito, llamó la atención a Dimitrov y éste (Dimitrov), a principios de 1948, declaró públicamente que había sido un error su opinión sobre la federación entre Yugoslavia y Bulgaria.

Pero antes de continuar con la descripción de la visita, quiero decir que así como eran un bluf las palabras de Tito sobre la «Federación Balcánica», las palabras y promesas que nos dio sobre la cuestión de Kosova eran exactamente lo mismo.

A este Tito, que se manifestó con tanta «desenvoltura» de acuerdo conmigo sobre el problema de Kosova, ni siquiera se le ocurrió decir: «Camarada Enver, yo propongo que ustedes, además de otros lugares de Yugoslavia, deben visitar Kosova. Debemos mostrar al pueblo albanés de Kosova que ha llegado el momento de que exista una verdadera amistad con los pueblos de Yugoslavia», etc. Tito y sus camaradas tuvieron miedo de hacer una cosa así. El tiempo no tardaría en mostrar los engaños, la gran brutalidad de chovinista servocroata de Tito, no sólo contra los albaneses que habitaban en sus tierras en Yugoslavia, sino también contra la República Popular de Albania. El plan secreto de Tito consistía no en que Kosova se uniera a Albania, sino en que Albania se uniera a Kosova, y que fuera, junto con ésta, devorada por la Yugoslavia titista. Sin embargo los titistas no pudieron lograr su diabólico objetivo. El año 1948 fue fatal para ellos.

La falsedad de Tito y su gente llegaba hasta el punto de que incluso cuando entre nuestras dos repúblicas se desarrollaban estas «actividades amistosas», ellos mantenían una actitud hostil hacia Kosova y todos los habitantes albaneses de Yugoslavia, y aún más después de 1948 cuando adoptaron una brutal actitud antimarxista, policíaca, chovinista que no tenía nada que envidiar a la de los reyes servios. Las relaciones de la RPA con Kosova en el período de la «amistad de jure» eran casi inexistentes, no nos permitían enviar gente a Kosova supuestamente porque había ballistas, etc., etc. El terror contra los albaneses iba en ascenso. Fueron encarcelados, asesinados en masa, torturados, confinados en los terribles campos de Ranković, siempre bajo la máscara de la lucha contra los restos de las «bandas ballistas». Era un verdadero genocidio que se desarrollaba por todos los medios y maneras. Con el fin de despoblar Kosova, los titistas, al igual que los anteriores regímenes reaccionarios, obligaron a cientos de miles de albaneses a emigrar a Turquía y otros lugares. En Kosova, para no hablar de Macedonia, la pobreza estaba llegando al colmo, no existían escuelas albanesas. Tito y Ranković encontraban para todo esto numerosos pretextos. Aunque el

suelo y el subsuelo de Kosova eran ricos, como pocas otras zonas de los Balcanes, allí no se invertía nada, la agricultura era la más atrasada de Europa. Esta era la política que hacía Tito allí. Una cosa nos decía y otra hacía.

Durante los días de la visita, ni en Belgrado u otro lugar, en ninguna reunión o recepción, ni vi ni encontré a ninguno de los dirigentes comunistas albaneses de Kosova, aunque a algunos los conocía personalmente como a Fadil Hoxha, Ymer Pula, los Nimani y otros. Al único «representante» de Kosova que encontré fue a la madre de Miladin Popović...

Estábamos en un mitin cuando se me acercó una anciana de pelo blanco, que, besándome y abrazándome, me susurró: «Soy la madre de Miladin y de Mihajlo¹, que combatieron junto contigo, hijo mío, Enver Hoxha». Estrechándola fuertemente entre mis brazos, me parecía tener cerca y abrazar junto a su madre a mi querido camarada Miladin Popović. No podía callar más y en la intervención que realicé allí mismo, dije sobre Miladin las buenas y calurosas palabras que merecía.

Pero prosigamos con la visita de nuestra delegación a Yugoslavia.

Tito ofreció para nosotros una gran recepción en el Palacio Blanco de Dedinja. Fue «majestuosa». Nosotros vestíamos ropas «oficiales» pero cuando entramos en el palacio, ¿qué es lo que vemos? Estaba lleno de mujeres, hombres, oficiales, diplomáticos. Todos llevaban grandes uniformes, smokings, las mujeres vestidas de seda, con joyas, escotes abiertos, trajes largos, algunas con pieles sobre los hombros, oficiales condecorados. Tito nos esperaba en cabeza con uniforme de gala, el pecho hinchado, cubierto de condecoraciones; llevaba en la mano un anillo con un brillante que despedía destellos. ¡Nos encontrábamos perdidos! Pasamos a través de la gente que nos miraba de pies a cabeza con curiosidad y que aplaudía

1 Mihajlo Popović — fue liberado de un campo de concentración en Albania por los guerrilleros albaneses. Cayó en Montenegro durante un enfrentamiento con el enemigo.

tanto como requería el protocolo de los salones. Sólo cuando nos acercamos a Tito y le dimos la mano pensamos que nos habíamos salvado, y verdaderamente fue así. Ya no íbamos a ser objeto de curiosidad para los «nobles» de Belgrado. Tito volvió a ser el punto central, no le eclipsamos más de cinco minutos. El público del Palacio Blanco no nos volvió a prestar atención y nosotros nos quedamos tranquilos.

Tito iba y venía, conversaba ahora con un grupo, ahora con otro, me llevó algunas veces consigo y me presentó a la gente, pero sus nombres me entraban por un oído y me salían por el otro. Fue para mí una tortura indescriptible hasta que nos sentamos a la mesa. Tito se levantó, extrajo un papel y con aquella soberbia suya lo leyó, nos hizo algunos elogios, le aplaudieron y se sentó. Tras él me levanté yo, saqué mi *speech*, lo leí, me aplaudieron también a mí una o dos veces y me senté. Acabó también esta prueba, pero nuestras torturas en esta «majestuosa» cena no habían acabado. Tito se levantó para tomar café y tras él nos levantamos todos. Llevó consigo a algunos de nosotros, al embajador soviético Lavrentiev y algunos de sus camaradas y nos condujo al parque. Era de noche pero había luz y Tito nos dirigía. ¿Dónde íbamos? Llegamos a una cueva y entramos. Allí las luces lo iluminaban todo, los tapices, los sillones, las mesas cargadas de bebidas, de frutas, de dulces y refrescos. Nos sentamos sin protocolo en una mesa con Tito, Lavrentiev, Moše Pijade, Kardelj y algún otro. Naturalmente Tito conducía la conversación y nosotros escuchábamos más que hablábamos; Lavrentiev y Pijade hablaron alguna vez. Recuerdo que en un determinado momento, mientras Tito conversaba de «alta política» con Lavrentiev, Pijade, sabiendo que yo había estudiado en Francia, inició una conversación en torno a la literatura y la historia de Francia. La conversación nos llevó al cardenal Richelieu, y Pijade defendió la tesis de que se trataba de un hombre de Estado brutal y astuto. Yo asentí, pero añadí que el cardenal había sido un gran hombre de Estado y que debíamos juzgar su obra dialécticamente, en

relación con su tiempo. La obra de Richelieu, su contribución a la unidad de la monarquía y los golpes que asestó a los grandes señores feudales, es valorada en la historia de Francia como revolucionaria. Moše Pijade estuvo de acuerdo, y conversamos asimismo sobre las corrientes literarias en Francia. Entre tanto Tito no se encontraba ya a gusto en la cueva, aunque había sido él quien nos había llevado allí.

—Levantémonos —dijo— vamos dentro, a los salones, la lluvia ya ha parado. Mientras estábamos en la cueva había caído una llovizna, suficiente para que el camino se hubiera embarrado y para desgracia mía, al tener los pantalones un poco largos, las vueltas y los talones de los zapatos de charol quedaron en un estado lamentable. Cuando me di cuenta, según entrábamos en los salones donde la gente susurraba que llegaba el mariscal, enrojecí de vergüenza. No había nada que hacer, únicamente no debía moverme mucho, pero esto dependía de Tito. Debía arrastrar los pies, de modo que no se viesen los talones. Y así lo hice. Pero fue una verdadera tortura. Menos mal que los ojos de todos se dirigían al mariscal.

Sudábamos a consecuencia del calor, la gente rodeaba al mariscal y a nosotros, pero el calor secaba mis pantalones y mis zapatos de charol y el barro se destacaba aún más. Finalmente Tito dijo:

—Vamos amigos, les enseñaré el palacio donde vivo y trabajo.

¡Creímos que nos habíamos salvado! Pero he aquí que ante nosotros, siempre escoltados por un tropel de mujeres escotadas con piedras preciosas en el cuello y en las manos y de hombres con smoking, surge una escalera en *colimaçon*.*

Debíamos subir allí y esta vez no había cómo arrastrar los pies. ¿Qué hacer? Entonces, en contra de mi deseo, con supuesta delicadeza, subí siete u ocho escalones, no dando la espalda a la gente de forma que me viera los pies, sino del

* Francés en el original — de caracol.

revés, de frente a ellos y saludándoles. Conseguí superar también esta última tortura.

Al final de las escaleras, llegamos a un rellano cercado por una balaustrada de madera; abajo se veía a los invitados agitándose en los salones, nosotros dimos la vuelta a la galería en la que se alineaba una serie de puertas. Pendían del muro diversos cuadros. ¿Quién los conocía de entre nosotros? Nadie. Tito, como anfitrión, nos mostraba con orgullo sus autores, sus valores artísticos... y monetarios. Nosotros simulábamos asombrarnos, pero nuestra mente le daba vueltas a los problemas de nuestro pueblo. Tito abrió una puerta y entró, nosotros lo hicimos tras él.

—Esta es la habitación de trabajo —nos dijo. Era una habitación preciosa, con grandes ventanales, cuadros en las paredes, una mesa de trabajo en un rincón con todo lo necesario para escribir, todo ello valioso, ningún libro, ningún cuaderno. En un ángulo de la mesa un soporte metálico bellamente niquelado que sostenía un modelo de avión asimismo niquelado; Tito apretó un botón y el avión comenzó a girar. ¡Era un juguete!

—Me lo han regalado los obreros —afirmó Tito.

De la habitación de trabajo pasamos a otra con hermosos sillones, un gran radio tocadiscos y mobiliario muy moderno.

—Esta es la antesala, aquí desayuno —dijo Tito—. Este radio tocadiscos me lo ha regalado Gottwald¹.

Desde aquí nos invitó a que viéramos el dormitorio con una cama grande y lujosa, con sábanas bordadas, pijamas de seda, nos abrió incluso los armarios llenos de trajes, camisas, etc. No dejó de mostrarnos ni siquiera el «resplandeciente» baño.

Cuando acabamos aquí Tito nos dijo que nos enseñaría la habitación del partido donde, según él mismo dijo, «no

¹ K. Gottwald (1896-1953) — presidente del Comité Central del PC y presidente de la República Checoslovaca.

entra nadie, tengo la llave en el bolsillo». Nosotros nos dijimos para nuestros adentros:

«Nos hace un gran honor mostrándonos esta «habitación sagrada»». Era una habitación como todas las demás. En una pared había un esquema.

—Esto —dijo— es secreto, es el esquema de la organización del partido. El Congreso, el Comité Central, los comités regionales, sus respectivos aparatos y las organizaciones de base.

En un muro había un pequeño armario con libros de Marx, Engels, Lenin y Stalin y en otro rincón una caja fuerte. Esta era la «habitación secreta» y con la visita a esta habitación dimos también por terminada la gran velada, dándole las buenas noches al mariscal.

Al día siguiente llegó a nuestra residencia Josip Djerdja, como siempre vestido con traje negro, sonriente y hablando aquel albanés suyo con acento. Tras cada frase, como para subrayar las palabras, tenía la costumbre de agarrarse la nariz con dos dedos y movérsela. Había venido junto con el jefe de protocolo para presentarnos el programa de visitas y curiosidades de Belgrado y de otras repúblicas. Nos propusieron visitar entre otras cosas, y nosotros aceptamos con alegría, Croacia y Eslovenia. En Belgrado ni una sola visita a pie; naturalmente depositamos coronas de flores en Avala, en la tumba del soldado desconocido del ejército serbio de los reyes, adoptado como altar por el régimen de Tito. Un general yugoslavo, héroe de los pueblos de Yugoslavia, nos explicó allí el desarrollo de los combates por la liberación de Belgrado a cargo del Ejército Soviético y del Ejército de Liberación Nacional Yugoslavo.

Después visitamos algunas fábricas y una planta automovilística donde se montaban camiones con piezas procedentes del exterior. Naturalmente, nosotros nos alegramos por lo que veíamos, eran cosas buenas, los yugoslavos estaban mucho más adelantados que nosotros. Habían heredado algo del pasado y recibieron reparaciones bastante considerables por

los daños que les ocasionó la guerra, mientras que nosotros no heredamos más que pobreza y miseria y entre las reparaciones recibimos algunos tornos muy viejos con los que no se podía formar ni una sola planta mecánica. También como reparación recibimos un buque amortizado, al que pusimos el nombre de «Borova» en honor de la aldea mártir de Kolonja que los nazis alemanes incendiaron por completo matando a toda la gente que encontraron, mujeres, niños y viejos, como represalia contra los guerrilleros. Los yugoslavos no se olvidaron de apoderarse del buque «Borova» bajo el pretexto de que no teníamos cómo ponerlo en explotación, y cuando rompimos con ellos, nos lo arrebataron como «botín de guerra», como todas las demás riquezas que se llevaron, porque se llevaron más de lo que nos dieron.

Uno de los días de nuestra estancia en Belgrado, ciudad que visitamos yendo a todas partes en automóvil, nos ofrecieron una recepción en el club de los oficiales a la que, si no me equivoco, asistió también Tito. Estaba también el agregado militar soviético así como otros oficiales de su país. El club era una construcción de varios pisos levantada expresamente para los oficiales. Nos recibieron bien, con alegría, con simpatía, como combatientes antifascistas de la gran guerra común que habíamos librado. Los oficiales yugoslavos estaban muy bien vestidos y calzados, su vestimenta no podía ni compararse con la de nuestros oficiales, pero en valor, arrojo y decisión no nos aventajaban.

Una tarde, después de estas visitas, llegó Josip Djerdja, contento, aplastándose la nariz con dos dedos y nos dijo:

—Mañana irán ustedes al Presidium de la Skupština, porque Ribar (el anciano presidente del Presidium, padre de Lola Ribar, caído durante la guerra), les va a condecorar. A usted, camarada Enver —dijo Djerdja—, le condecorarán con la más alta orden que posee Yugoslavia.

Al día siguiente, en la ceremonia celebrada en el Presidium de la Skupština, que se parecía a un parlamento burgués ya que de hecho había sido construida por los reyes

servocroatas, el Dr. Ribar nos condecoró a todos. A mí me colgó del cuello la Orden de Héroe de los Pueblos de Yugoslavia que se materializaba en un medallón de oro pendiente de un cordel rojo con dos líneas negras en el medio. Asistían a la ceremonia Kardelj, Pijade, Djilas, Popović y otros. Di las gracias en nombre de los camaradas y subrayé entre otras cosas que esta condecoración le correspondía al pueblo albanés y a los hijos de éste que dieron la vida también por la liberación de Yugoslavia. Algunos meses después de la Liberación, el Presidium de Yugoslavia había condecorado a varios camaradas entre nosotros con la Estrella Guerrillera. De modo que yo me encontré con dos condecoraciones yugoslavas. Más tarde, tras la ruptura con ellos y después de todo el daño que los titistas le hicieron a nuestro Partido y a nuestro país, les devolvimos todas estas condecoraciones en señal de protesta.

Partimos hacia Croacia y Eslovenia. Estábamos contentos ya que veíamos nuevos países, pueblos amigos. Todos, tanto Bakarić y sus camaradas en Croacia, como Miha Marinko y los suyos en Eslovenia, nos recibieron bien. Visitamos Zagreb, Liubliana y otras ciudades de estas dos repúblicas, visitamos fábricas, combinados industriales y museos. El pueblo estaba bien vestido, el país era más civilizado, se veían pocas ruinas. Eslovenia era aún más avanzada. En Liubliana, casi incólume de la guerra, dominaba el estilo austríaco del Imperio Austro-húngaro, el nivel de vida más alto que el de los demás lugares que visitamos aquellos días, la burguesía también más intacta. Visitamos la metalurgia y nos causó impresión. Algo que saltaba a la vista era que la iglesia ejercía gran influencia en estos lugares, por las calles de las ciudades y fuera de ellas se veían iconos y cruces.

Nos llevaron también a Bled, a un lujoso hotel a orillas del hermoso lago que lleva el mismo nombre. Nos dijeron que venían turistas extranjeros y que esto constituía una fuente de divisas.

Más tarde, no de visita oficial, a orillas de este lago, he

tenido otro encuentro con Tito, creo que cuando marché para la Conferencia de Paz de París. Pasé por Belgrado, pero Tito estaba en Eslovenia, precisamente en una residencia a orillas del lago Bled. Me llevaron allí en avión y me entrevisté con él. Hablamos en la terraza sobre el posible desarrollo de los problemas que se discutirían en París. Naturalmente estuvimos de acuerdo. Tito me invitó a comer. Era una hermosa residencia de verano, lujosa, rodeada de flores y árboles. A la entrada, a orillas del lago, estaban atracadas unas lanchas blancas a motor. En la habitación, a los pies de Tito, estaba tendido su gran perro (sucesor del infortunado «Lux»), que simulaba dormir y que a ratos roncaba y a ratos soltaba un... disparo. Finalmente Tito no pudo soportarle más y dijo al general Todorović, un ex guerrillero que había estado también en Albania: «¡sácalo fuera!»

Cuando acabamos la conversación, antes de comer, Tito nos propuso, a mí y a Žujović, a quien más tarde liquidó junto a Hebrang como stalinista, que diéramos un paseo por el lago. No lo rechacé aunque no sabía siquiera nadar, en caso de que se volcara la barca.

El motor se puso en movimiento y la lancha se deslizó. El perro de Tito nos seguía nadando. «Al menos —me dije— a éste se le enfriarán los... humos». A orillas del lago hombres, mujeres y niños gritaban:

«*Hero Tito, Druže Tito, Naš Tito!*»*

Me causó impresión esta consigna, que habíamos escuchado de los fascistas italianos cuando gritaban «*Duce a noi!*»** Me asombraba que lo permitieran. Cuando volvíamos, Tito dijo: —Se cansó el perro —y le gritó: ¡sube!

Saltó a la lancha y como era como una ternera la embarcación se tambaleó, aunque no nos pasó nada, le pasó sólo a mi traje de la Conferencia de Paz, ya que el perro se sacudió y yo me llevé una ducha.

* Servocroata en el original — Héroe Tito, camarada Tito, nuestro Tito.

** Italiano en el original — El Duce es nuestro.

—Lo secaremos cuando lleguemos —dijo Tito.

—No importa —dije yo mirando al perro.

Pero todo esto es un acontecimiento posterior, del cual, aparte de lo que he mencionado, no me ha quedado nada en la memoria ya que de hecho no discutimos sobre ningún problema de peso. Tito, como dije, estaba de vacaciones y no podía cambiar sus diversiones por nada. Retornemos a la primera visita, a la oficial.

Cuando volvimos a Belgrado, después de las visitas a Croacia y Eslovenia, estábamos bastante cansados, aunque un día de descanso bastó para que nos recuperáramos físicamente ya que entonces éramos jóvenes. Ahora debíamos finalizar las conversaciones que habíamos iniciado. Primero se llegó a un acuerdo respecto al contenido fundamental del Tratado de Amistad y Ayuda Mutua y decidimos que éste se firmara poco después en Tirana¹.

A continuación pasamos a los problemas económicos. Nako y los camaradas del comercio habían tenido una serie de reuniones con Boris Kidrić y otros y habían llegado a algunos resultados que Nako consideraba «satisfactorios». Los yugoslavos habían acordado entregarnos a crédito algunas cosas (más adelante hablaré con mayor amplitud sobre esta «ayuda»), pero se trataba sobre todo de una «fábrica» de azúcar, una «fábrica» de cuerda, nos ayudarían con rieles y una locomotora para el ferrocarril Durrës-Tirana, nos darían algunas tuberías para el petróleo y algunas otras pequeñeces. Esto entonces nos hacía un cierto efecto, pero a pesar de ello, encontré la ocasión y le pregunté a Nako aparte:

—¿Esto es todo lo que incluye el crédito?

—En líneas generales, sí —dijo Nako—. Concretamente lo veremos más tarde. Prometen que nos darán una gran ayuda.

Era importante también la cuestión de cierto número de sociedades mixtas que habíamos acordado crear, fundamental-

1 Este tratado se firmó en Tirana el 9 de julio de 1946.

mente para el desarrollo de las minas de nuestro país. Tito hizo propaganda de estas sociedades cuando nos reunimos al final para firmar los documentos, diciendo:

—¡Tenemos sociedades así con la Unión Soviética, marchan muy bien, dan resultados y nos ayudan en la construcción del socialismo!

Nosotros estábamos de acuerdo en la formación de estas sociedades, para las que más tarde creamos estatutos, fijamos el procedimiento, los pagos, la participación y la naturaleza de la participación. No nos vamos a detener aquí en analizar cuál era la verdad sobre estas sociedades, me limitaré a poner de manifiesto que el objetivo de los yugoslavos, saquearnos, requería que estas sociedades existiesen sobre el papel como mixtas, pero que fueran dirigidas por ellos, que todo el material fuera nuestro, ellos ni aportarían ni traerían nada, pero dominarían y se adueñarían de su producción. Aunque naturalmente el engaño no duró mucho, junto a todo lo demás se desenmascararon también las mentiras sobre las «sociedades mixtas», a las que tanta publicidad hacía Tito.

Cuando estuvieron dispuestos todos los documentos oficiales, los firmamos en una reunión solemne. Se bebió champán. Por la tarde ofreceríamos la cena de despedida, naturalmente fue invitado también Tito. La cena tendría lugar en la sede de nuestra embajada.

Llegó Josip Djerdja, esta vez sin sonrisa. Nos pidió que excusáramos a Tito, ¡ya que no podía venir por razones de seguridad, pues la embajada estaba en ésta o en la otra calle que está en medio de otros edificios y que nosotros debíamos comprender la cuestión, etc., etc.!

Lo sentimos pero no podíamos hacer nada. Los demás vinieron.

Llegó también el día de nuestra marcha para la patria. En el aeropuerto nos despidieron con la misma ceremonia con que nos habían recibido, subimos al avión y regresamos a Tirana.

Mi alegría de la ida se había agotado. Volvía con un

sentimiento inexplicable, tenía confianza, pero me desilusioné también por la ostentación y el lujo escandalosos de Tito, que ya entonces aparecían con toda claridad. Me decía: ¿Encajarán nuestro carácter y nuestros asuntos con los de Tito?

LA AYUDA TITISTA, CADENA PARA LA ESCLAVIZACION ECONOMICA Y POLITICA DE ALBANIA

Grave situación en nuestra economía después de la Liberación ■ Los amigos nos dejan que nos guisemos en nuestra propia pobreza ■ Saqueadores del mercado, generosos en «consejos» y «orientaciones» ■ La amarga historia del Convenio Económico Albano-Yugoslavo. Sobre la cuestión de la paridad de las monedas, la eliminación de las fronteras aduaneras, las sociedades conjuntas, la unificación de los precios. Nuestras discrepancias sobre la verdadera naturaleza de los tratados suscritos ■ El tristemente célebre Savo Zlatić en Albania ■ La acusación de Tito acerca de las «dos líneas en la dirección del PCA» ■ Sobre la visita a Moscú de nuestra delegación de alto nivel. Belgrado nos acusa de «antiyugoslavismo» ■ Tito y su gente pretenden desacreditar a nuestra dirección ante Stalin ■ Los yugoslavos nos espían y sabotean ■ Nuevo empeoramiento de las relaciones mutuas.

El cuadro de las relaciones entre nuestros dos partidos y países en el primer período posterior a la Liberación, no sería en absoluto completo si no abordáramos también las relaciones en el terreno económico. Es éste un campo de gran amplitud, que siempre ha atraído nuestra atención, así como la de la gente de Tito. Sólo que al referirse ambas partes a las relaciones económicas del mismo período, las posiciones y las valoraciones son diametralmente opuestas.

Mientras que Tito, hasta su muerte, y todo el arsenal propagandístico yugoslavo antes y después de ella, han puesto

por las nubes las relaciones económicas yugoslavo-albanesas durante los años 1945-1947, como ejemplo de «relaciones fraternales», de «sacrificio» y de «espíritu generoso» de los titistas hacia nosotros, por nuestra parte siempre hemos afirmado y afirmamos lo contrario.

Nuestra conclusión, extraída no hoy, e incluso tampoco en 1948 (cuando se denunció públicamente a Tito y el titismo), sino antes aún, cuando todavía nos calificábamos el uno al otro de «amigos» en las declaraciones públicas, ha sido y es la siguiente: El terreno de las relaciones económicas entre nuestros dos partidos y países ha sido uno de los terrenos donde de manera más visible y carente de escrúpulos se manifestaron los rasgos del revisionismo titista en general y todo su bagaje antialbanés, nacionalista y chovinista, en particular. En las primeras «teorizaciones» y pasos prácticos de Tito y compañía, en la cuestión de la construcción del socialismo en Yugoslavia, nosotros distinguimos con mayor claridad sus profundas desviaciones de la teoría y de la práctica del socialismo científico. En su pretendida ayuda económica a nuestro país, muy pronto vimos y comprendimos los diabólicos esfuerzos y objetivos de los titistas encaminados a transformar nuestra economía en un apéndice de la economía yugoslava, y una de las vías principales que utilizaron para colocar a Albania bajo el yugo de una nueva esclavitud. De este modo, la «ayuda económica» de los titistas hacia nosotros, si es que se la debe llamar ayuda, tenía únicamente un objetivo: Ayudar a Tito a esclavizar más rápidamente a Albania económica y políticamente.

Al poner en evidencia desde el principio esta conclusión, tampoco en este terreno pretendo de ningún modo pisotear ni «lo bueno», ni la verdad. ¿Cuál es, por tanto, esta verdad?

¡¿Amigos o saqueadores?!

Vivíamos los primeros años después de la Liberación. El país estaba abrasado, devastado desde todo punto de vista, la

pobreza era grande pero la moral del pueblo era extraordinariamente alta. Junto a los ocupantes habíamos derrotado a la feudoburguesía reaccionaria, y el pueblo, dirigido por su heroico Partido Comunista, había tomado en sus propias manos el nuevo poder de democracia popular.

Ahora, con la Liberación, este poder popular debía mantenerse fuerte, debía templarse aún más en las batallas de clase y la nueva Albania debía levantarse de la nada, de la miseria, de la ignorancia. Independientemente de nuestra pobreza material, el pueblo dirigido por el Partido cumpliría esta tarea con un grande e indescriptible entusiasmo, con nuestras fuerzas, sin la ayuda de nadie durante los primeros años. Eran años heroicos en la historia de nuestro pueblo, un tiempo en que éste derramaba su sudor con el estómago casi vacío, harapiiento, incluso sin techo, un tiempo en que combatíamos contra carencias de todo tipo, contra las dificultades de la naturaleza y contra la diversión del enemigo interno y externo, pero siempre con la confianza incommovible que nos había inculcado el Partido de que venceríamos sobre cualquier dificultad y sobre cualquier enemigo.

Particularmente durante los dos primeros años no recibimos ninguna ayuda en créditos de la Unión Soviética, pero tampoco de Yugoslavia. Las pocas mercancías de necesidad urgente que nos enviaron eran cosas insignificantes, por no decir nada, y todas compradas, o con dinero en la mano, o vendiendo a los yugoslavos petróleo, queroseno, betún y otros productos que a menudo se llevaban gratis, como «tributo» en «señal de amistad» y de «fraternidad».

Podemos decir por tanto que durante el primer año tras la Liberación sólo teníamos relaciones comerciales con Yugoslavia. Pero el comercio era no equivalente y desfavorable para nosotros. Dábamos más de lo que recibíamos. Entregábamos buenos productos y recibíamos quincalla. Confiscamos sus bienes a los grandes comerciantes y vendimos las telas a los yugoslavos al precio que ellos fijaron, mientras que las hojas de afeitar y otros objetos de este género que ellos nos vendían nos costaban un ojo de la cara. Traíamos de allí pan

que nos resultaba insuficiente, alguna piel, arados de hierro y todo esto nos lo vendían con sus precios internos, que eran muy elevados. Nosotros les vendíamos aceitunas, queso, aceite de oliva, etc., cuando no teníamos para nosotros mismos; lo dividíamos todo por la mitad, de todo corazón.

En aquel tiempo toda esta situación nos parecía hasta cierto punto normal ya que pensábamos que también Yugoslavia era un país arrasado por la guerra como nosotros, tenía dificultades económicas y le resultaba difícil ayudarnos. Pero confiábamos en que la situación mejoraría.

Tanto en 1945 como durante la mayor parte de 1946 nuestras buenas relaciones fraternales con Yugoslavia (así como con la Unión Soviética) consistían, además de lo que dije antes, en el «intercambio de experiencia», en la concesión de algunas becas para que algunos estudiantes nuestros fuesen a Moscú y a Belgrado y en el envío de distintos especialistas para que nos ayudaran. Más tarde, particularmente tras mi visita a Belgrado en junio de 1946, las relaciones económicas comenzaron a desarrollarse más «intensamente», pero este desarrollo consistía en conversaciones, proyectos y declaraciones sobre el papel, en promesas sin fin, pero por el momento en nada substancial. En todo caso el futuro se nos presentaba prometedor. Durante todo este período, uno de los más graves y difíciles, nos nutríamos, por así decirlo, «de nuestra propia grasa» y ¡es de imaginar las reservas que habíamos podido heredar del pasado! Prácticamente nada. Aunque con poco, con escasez, hambrientos o medio hambrientos, no permitimos que el pueblo muriera ni de hambre ni de frío. Comenzamos a satisfacerle las necesidades más elementales.

Pero la tarea y el objetivo de nuestro Partido no consistía ni mucho menos tan sólo en normalizar la vida y garantizar las necesidades inmediatas de la población. La tarea de nuestro Partido Comunista y del poder popular era satisfacer las más altas aspiraciones del pueblo por las cuales se había derramado tanta sangre. Debían realizarse grandes reformas de transformación socio-económica, debía lograrse que el carácter de la economía se correspondiera con el carácter del nuevo poder.

Era preciso pues que condujéramos consecuentemente al país por el camino de la construcción del socialismo en todos los terrenos y, hablando en concreto, también en el sector económico.

Sabíamos que el factor fundamental para la transformación socialista del país era el factor interno, sabíamos que el factor auxiliar externo sería en primer lugar la Unión Soviética de Stalin, pero, sobre todo cuando aún no habíamos establecido los debidos lazos directos con el Estado soviético, nos dirigimos con el corazón abierto a nuestros amigos y vecinos, al Partido Comunista de Yugoslavia. No fueron remisos en «ayudarnos», particularmente con la «experiencia», con las «orientaciones» que nos daban, por medio de la gente nuestra que viajaba a Belgrado, con folletos e informes, o a través de Stoinić, Djerdja y más tarde del tristemente famoso Savo Zlatić, así como a través de toda una serie de «expertos» y de «politéconomos» (especialistas en economía política) como los llamaba Sejfulla.

¿Hacia dónde nos «orientaron» éstos «caballeros»?

Me referí antes a la cuestión de las «etapas» de la revolución y al «interés» de Tito, Kardelj y Djilas porque no «nos apresuráramos y quemáramos las etapas». Ahora estos problemas están muy claros y el Partido ha hecho un trabajo colosal para que los asimilen a fondo hasta los alumnos de las escuelas, pero en los años 1945-1946, incluso nosotros que dirigíamos el Partido y el Estado, éramos en cierta medida escolares. Fervor y celo no nos faltaban, pero ¡qué difícil era y qué gran pérdida representaba cuando a menudo teníamos que emplear nuestro celo en desentrañar las malas enseñanzas que recibíamos de los «amigos»!

Derrochamos esfuerzos y tiempo, nos enfrentamos con Sejfulla y con los que tras Sejfulla nos servían la idea de las «dos economías paralelas»¹, que nos decían «no es el momento

1 Sejfulla Malëshova, influenciado por las teorizaciones antimarxistas de los enemigos del socialismo en la Unión Soviética, donde había estado, preconizaba el punto de vista de la existencia paralela de los dos sectores, el socialista y el capitalista, en la economía albanesa. Este

para transformaciones de carácter socialista», «iremos al socialismo junto con la burguesía», etc., etc., y en medio de estos enfrentamientos hicimos lo que nos enseñaba el marxismo-leninismo. El hecho es que, entre los países donde se estableció el régimen de democracia popular después de la Segunda Guerra Mundial, Albania entró más rápidamente, con mayor decisión y consecuencia en el camino de la transformación socialista del país. Naturalmente, en este rápido avance no quemamos ninguna etapa de la revolución según el concepto leninista de éstas. «Quemamos» tan sólo las teorizaciones yugoslavas y los perversos objetivos que se ocultaban tras estas teorizaciones.

Los «amigos» nos crearon también grandes obstáculos y desorientación acerca de la cuestión de la Reforma Agraria. Inmediatamente después de la Liberación nosotros comenzamos a cumplir la promesa de entregar la tierra a quienes la trabajaban, pero los Stoiniç, Djerdja y otros se apresuraron a «aconsejarnos» que no nos «enemistáramos» con los anteriores poseedores de las tierras; nos dijeron que les quitáramos algo (¡alguien incluso nos «aconsejó» que se lo compráramos!), pero que les dejáramos una buena parte de las tierras que de hecho ¡representaba una superficie diez o veinte veces superior a la de los «pobres»!

Al principio, bajo la presión de Sejfulla Malëshova, fue aprobada una errónea «orientación» así, pero pronto nos dimos cuenta de las peligrosas consecuencias que tendría este paso e hicimos las correcciones necesarias. Establecimos un límite justo para la superficie de tierra que se dejaría a las familias (no más de cinco hectáreas por familia), adoptamos otra serie de medidas que obstaculizarían la reactivación del sector capitalista en el campo (se prohibió mediante ley la compra-venta y arriendo de la tierra, etc.).

En cuanto a las «orientaciones» para el sector de la indus-

punto de vista no se diferenciaba en absoluto de la teoría del «equilibrio», cuya esencia reaccionaria había sido hacia tiempo rechazada por J. V. Stalin.

tria, a los yugoslavos no les hacía falta devanarse los sesos para encontrar «variantes».

¡Inicialmente nos «aconsejaron» que no emprendiéramos siquiera el trabajo, porque éramos pobres, estábamos sin pan y sin alpargatas, y no podíamos permitirnos el lujo de crear la industria! «Más tarde —dijeron— ya veremos lo que hacemos con las minas y el petróleo, por el momento tengan en cuenta lo que tienen, dennos materias primas y nosotros les abarrotaremos de productos elaborados.»

—¡La agricultura —nos aconsejaban— eso es lo suyo, como país agrario atrasado que son!

Seis o siete años después escucharíamos los mismos «consejos» de boca de quienes usurparon el partido y el poder en la Unión Soviética tras la muerte de Stalin. En otro lugar he hablado de esto con detalle.* Quiero recordar aquí únicamente que cuando nos encontramos frente a frente con Jruschov, Mikoyan y otros, estábamos templados en una gran escuela de marxismo-leninismo, la escuela del enfrentamiento directo con el revisionismo titista. Esto hizo que distinguiéramos en seguida la variante jruschovista del revisionismo moderno. Pero en la primera «escuela», en el primer enfrentamiento, las dificultades y obstáculos eran mayores ya que desconocíamos muchas cosas, no teníamos experiencia, padecíamos asimismo de esa especie de «valoración eufórica» acerca de los demás, tal como he relatado antes. Nos parecía que todos, de igual modo que nosotros, tenían una actitud sincera tanto hacia el marxismo-leninismo, como teoría y como práctica, como hacia nuestro Partido y nuestro país. Todas éstas y otras razones, comprensibles en este primer enfrentamiento con los revisionistas, hicieron que en algún caso diésemos algún paso erróneo, que tomáramos alguna decisión que no se debía tomar. Pero es una gran suerte, o más justamente un gran mérito de nuestro Partido, que incluso en aquellas extremadamente difíciles condiciones externas e internas, si se

* Véase: Enver Hoxha. *Los jruschovistas* (Memorias). Ed. en español, págs. 63-105. Tirana, 1980.

nos «escapó» algún paso erróneo, esto ocurrió únicamente en cuestiones particulares, en la forma de aplicar la línea, pero jamás permitimos errores sensibles en la línea política, ideológica y económica.

Ya he dicho que los «amigos» yugoslavos estaban desde el inicio contra la industrialización socialista de nuestro país. El hecho es, asimismo, que durante los primeros años que siguieron a la Liberación, no hicimos nada apreciable en este terreno. ¡Pero esto de ningún modo ocurrió porque aceptáramos la orientación yugoslava! No, nosotros no aceptamos en ningún caso esta orientación, y si no pudimos avanzar con rapidez en el camino de la industrialización fue porque no se podía avanzar más rápido, porque no teníamos ninguna base del pasado en que apoyarnos, porque, en aquellos momentos, no disponíamos de ninguna clase de ayuda de los «amigos» yugoslavos, o por parte de los soviéticos. En cuanto se creaba una pequeña oportunidad la aprovechábamos inmediatamente. Así sucedió por ejemplo con algunos viejos equipos de la industria mecánica, que consiguieron llegar a Albania como parte de las mínimas reparaciones que se nos entregaron. Como «no sabíamos» cómo recibir las reparaciones que nos correspondían, los «amigos» yugoslavos hicieron de «garantes» e «intermediarios». Estos, después de quedarse con lo que les parecía mejor de entre lo que nos correspondía a nosotros, enviaban a Tirana las sobras. Con ello equipamos unas dos salas, las pusimos en funcionamiento e inauguramos la primera planta mecánica de Albania, precisamente esa planta que lleva mi nombre desde 1946, pero que ha ido creciendo con los años, transformándose hasta llegar a ser uno de los combinados más potentes y modernos de nuestra industria mecánica.

La misma posición correcta, marxista-leninista, adoptamos desde aquellos momentos en todos los demás aspectos de la línea del Partido y de la construcción socialista del país. Pero, como decía, en aspectos concretos de la aplicación de la línea no podíamos evitar errores, decisiones apresuradas o impuestas.

Así nos sucedió por ejemplo con la orientación que dimos

al campesinado en 1946 y 1947 sobre ¡la «prioridad» de algunos cultivos agrícolas!

Durante horas, durante días enteros, los yugoslavos nos hinchaban la cabeza para que hiciéramos la agricultura lo más «productiva» posible, una «gran fuente» de ingresos, de fondos, de medios.

—En vuestras condiciones, cuando os faltan los medios monetarios y de cualquier otra clase para comprar artículos de consumo o equipos en el exterior —nos decían—, el mejor camino es la transformación de la agricultura en una gran fuente de fondos y de valores, ¡Con estas tierras y con estas maravillosas condiciones climáticas que tenéis, podéis conseguir lo que queráis!

¿Cómo concretamente?

—¡Abandonad el maíz y el trigo! —nos aconsejaba Josip Djerdja—. No van a ser los cereales los que os saquen de apuros. No os proporcionan ni la mitad del pan para el pueblo y menos aún ingresos suplementarios. ¡Sembrad girasol! ¡¿Sabéis lo que es el girasol?!

La verdad es que sabíamos algunas cosas sobre esta planta, pero no sabíamos lo que sabía Djerdja.

—¡Es una planta bendita! —nos «explicaba»—. De ella se obtiene aceite, aceite vegetal. No sólo podríais abastecer al pueblo con grasas, sino que nosotros en Yugoslavia tenemos mucha necesidad de ella. Podéis venderla también en los mercados occidentales. El girasol se abre paso, incluso en el mercado de divisas.

—Nuestro problema es el pan —le contradecíamos—. Nuestra gente está acostumbrada a comer guisos y judías incluso sin grasa, pero no sin pan. Sin hablar ya de que la mayoría del campesinado se mantiene gracias al pan, y a un poco de requesón y de cebolla.

—¡Os lo traeremos nosotros de Voivodina! —se lanzaba Djerdja—. No os imagináis lo que es Voivodina. Un granero para Yugoslavia y para vosotros. Crecen las espigas del tamaño de una espada. Os lo daremos con todo gusto y de forma beneficiosa a cambio del girasol. El girasol...

Los mismos himnos al girasol que se cantaban en Belgrado, nos los repetían no sólo los especialistas yugoslavos en agricultura, sino incluso los que venían para tratar cuestiones de partido, hasta los militares.

Se tomaban incluso la molestia de hacer cálculos, «esto tanto, aquello tanto», no nos quedaba más que admitir que ¡habíamos tenido la bienaventuranza ante nuestros ojos y no habíamos sabido descubrirla!

Dimos pues a los campesinos la orientación de que plantaran girasol y de que no se preocupasen por el pan, que Tito nos lo mandaría en abundancia de Voivodina (¡como nos lo mandaría Jruschov diez o doce años después desde Ucrania!).

Para mostrar el más alto grado de sufrimiento y sacrificio, nuestro pueblo tiene un proverbio: «pasarlas tan negras como el color de la aceituna». Pero el «negro de las aceitunas» no es nada frente a lo que padecimos nosotros con el «negro del girasol». Los campesinos, como les habíamos dicho, sembraron campos enteros con esta planta, pero la absoluta falta de experiencia, la falta de confianza en los beneficios de la «flor», las miserables condiciones de la tierra en aquel tiempo, la carencia de semillas, de mecanización, de riego, etc., ¡no sólo nos dejaron sin «divisas y equipos», sino también sin pan! Y los «amigos» yugoslavos, de ser «generosos», cuando les mencionamos los graneros de Voivodina se transformaron en comerciantes:

—¡Os damos cereales, pero o nos mandáis semillas de girasol como acordamos, o dinero contante y sonante! ¡Dé balde no se puede!

¡Tenían razón! No habíamos cumplido las ¡«obligaciones contractuales»!

Para no extendernos con esta historia, que ahora incluso causa risa, pero que en 1946 y 1947 no nos dejaba dormir, diré sólo una cosa: La «orientación» de los yugoslavos de dar prioridad al girasol frente a los cereales panificables, ¡no era un «error» suyo casual, no era consecuencia de ningún juicio superficial o precipitado de nuestras condiciones y posibilidades de entonces! ¡No! Todo estaba bien pensado y la «orienta-

ción» en apariencia «agraria», ocultaba sobre todo objetivos políticos concretos.

En el marco de los esfuerzos generales de los titistas por lograr la anexión de Albania, el imponernos una política errónea y descabellada en la agricultura, crearía mejores condiciones para que la dirección de Belgrado lograra sus objetivos: El hambre amenazaría al país, nuestro Partido se desacreditaría a los ojos de las masas como «incapaz» de sacar adelante a los pobres, nos veríamos obligados, a fin de cuentas, a tender la mano y el brazo a los «amigos» mientras ellos esperaban tan sólo el momento de apoderarse de todo el cuerpo.

En pocas palabras, pretendían transformar a toda Albania en un «girasol» cuya cabeza y cuyo cuerpo se volviera hacia su «sol», hacia el titismo y la Yugoslavia titista.

Exactamente la misma presión nos hicieron con otra «fuente» de «ingresos en divisas»: ¡el algodón!

—¡El algodón es oro! —nos decía Djerdja y más tarde el otro enviado de Tito, Zlatić—. ¡Inunden Myzeqeja, Vlora y Saranda de algodón, que ya les inundará él a ustedes en oro!

También esta vez les dijimos a los campesinos que lo plantaran, pero, como se sabe, no sólo no nos inundó nada (incluso ni las parcelas donde lo plantamos) sino que por el contrario aumentó nuestras dificultades y privaciones.

De ningún modo quiero decir que nosotros, incluso en aquellos momentos, subestimáramos estas plantas industriales, o ¡que nuestro campesino fuese conservador y no quisiese abrazar lo nuevo! Ni mucho menos. Cuando llegó el momento, plantamos también girasol y algodón, lo estamos plantando y sus rendimientos han aumentado de forma constante. Pero en 1945 y 1946, cuando nos faltaba todo, cuando la mitad de nuestro terreno llano eran ciénagas y pantanos, cuando el pan era una aguda arma de la que dependía la existencia o la no existencia, en aquellas condiciones, renunciar a los cereales equivalía a meterse en el camino del fracaso y de la catástrofe. Pero pronto nos convenceríamos de que todo era erróneo, antimarxista. Llegaría el día en que la «espiga del

tamaño de una espada» del trigo de Voivodina, pendería sobre nuestras cabezas como la espada de Damocles. Pero supimos librarnos del golpe. La amarga experiencia de 1946-1947 se transformó en una gran lección. En la práctica, en los enfrentamientos, frecuentemente muy peligrosos, estábamos aprendiendo mejor la teoría y la práctica del socialismo científico. Más tarde, cuando el otro Tito, Nikita Jruschov, nos mostrara la vía de salida a nuestra difícil situación en las ovejas, los cítricos y la lámpara de Aladino, nosotros sonreíríamos con ironía y amargura al mismo tiempo. La «historia» se repetía, pero nuestro primer error, no. ¡Los «gira-soles» nos habían enseñado a no volver la cabeza ni hacia Voivodina ni hacia Ucrania, sino únicamente hacia el marxismo-leninismo! Habíamos extraído lecciones sobre qué era en apariencia y por su contenido el revisionismo moderno.

Entre tanto, con tenacidad y con toda clase de esfuerzos, continuábamos buscando otros caminos, medios y posibilidades para avanzar. Particularmente tras el establecimiento de relaciones diplomáticas a finales de 1945, nos dirigimos en demanda de ayuda a la Unión Soviética.

En las conversaciones que había mantenido sobre este problema con funcionarios de la embajada soviética en Tirana, aunque acogían bien nuestras propuestas y peticiones, decían siempre: «Informaremos a Moscú». Era natural que informaran a Moscú, pero Moscú no daba ninguna respuesta clara e indirectamente nos daba a entender, hasta que nos lo dijeron abiertamente, que «las ayudas económicas se las daremos a través de Yugoslavia, ya que a ella le damos ayudas considerables, por tanto también para ustedes. De modo que diríjanse a los yugoslavos». Lo mismo nos repitió directamente Molotov en París, cuando nos encontramos en la Conferencia de Paz, expresándolo incluso en presencia de Kardelj y de Moše Pijadé.

Aunque no podíamos entender esta forma de ayuda económica, pensábamos y creíamos que entre los países socialistas podían darse formas de este tipo. No nos quedaba otra cosa que esperar a que los «intermediarios» nos entregaran

lo que debían. Pero si como «intermediarios» de las reparaciones de guerra nos dieron alguna chatarra, como «intermediarios» de la ayuda soviética no nos dieron nada.

Así fue la tan pregonada «ayuda» de la dirección de Belgrado a nuestro país hasta mediados de 1946: nada concreto, exclusivamente «consejos» y «orientaciones», y además orientaciones como las que he referido antes.

Después de mi visita a Belgrado en junio de 1946 parecía que comenzaba una nueva fase, más avanzada, en las relaciones económicas recíprocas. Nosotros les planteamos a Tito y compañía que nos ayudaran tanto con la metodología de elaboración de un plan único, por el momento de uno o dos años, como que nos dieran, según las posibilidades, una ayuda a crédito, nos enviaran algunos especialistas para distintos sectores de la economía, etc. Nuestra insistencia en dar los primeros pasos en la industrialización socialista del país, hizo que esta vez los dirigentes yugoslavos se mostraran más prudentes en sus «orientaciones»: Nos dijeron que nos ayudarían también en este terreno, pero «aconsejándonos» que, además del desarrollo de algunas minas y de la extracción del petróleo, concentráramos nuestra atención principal en la industria ligera y alimenticia.

—Les ayudaremos además con algún crédito —nos dijeron—, pero debemos llegar a un acuerdo sobre el camino por el que llegará esta ayuda. Por la experiencia obtenida hasta hoy —continuaron— nosotros consideramos que las sociedades mixtas son un medio muy efectivo de colaboración y ayuda. Hemos creado sociedades de este género con los soviéticos y nos marchan muy bien. ¡Creémoslas también nosotros!

El largo elogio de las «virtudes» de estas sociedades y la continua repetición de que se habían creado también con la Unión Soviética, hizo que, desde que yo viajé a Yugoslavia, llegáramos a un acuerdo, en principio, para su creación en el futuro.

—Tenemos tiempo hasta fin de año —nos dijeron— para discutir detalladamente sobre ellas, sobre el modo cómo serán organizadas, cómo funcionarán y cómo serán dirigidas. Pero

éste no es un problema para discutir a nivel de dirección. Que se entiendan los especialistas de los sectores correspondientes.

Volvimos pues a Tirana con una serie de promesas y con una «más amplia problemática de relaciones», sólo que todo se dejó en la indefinición, en el aire. Tras varios meses de silencio nos informaron que había llegado el momento de que los respectivos expertos de los dos países se reuniesen en Belgrado y lo precisaran todo. Parecía que el año 1947 empezaba bien. Enviamos a Nako con un grupo de camaradas del Ministerio de Economía y de la Comisión Estatal de Planificación, hacia finales de octubre de 1946, y ya no nos restaba más que esperar los resultados de las conversaciones. Aquí comienza la amarga historia de la firma, a finales de noviembre de 1946, del Convenio Económico Albano-Yugoslavo.

El Convenio Económico entre Albania y Yugoslavia era la concreción de la alianza entre nuestros dos países. Este convenio trajo consigo los protocolos sobre la coordinación de los planes, la unificación de los precios, la paridad de la moneda, las sociedades mixtas, la eliminación de las aduanas entre los dos países, etc.

Nosotros firmamos estos acuerdos, pero como relataré más adelante, tuvimos dudas, interrogantes y observaciones serias desde el momento en que tuvieron lugar las conversaciones. En vísperas de la firma le repetimos una vez más nuestras observaciones e inquietudes a la parte yugoslava. A ellos, naturalmente, no les gustó, pero nos dieron palmadas en la espalda:

—¡No os inquietéis, todo redundará en vuestro favor!

No sería preciso que transcurriera mucho tiempo para que se comprendiera con claridad que el Convenio Económico con todos sus componentes, no era sino un arma nueva, brutal, de la diversión y el sabotaje titista para someter y engullir a Albania. Como primer paso el gobierno yugoslavo pretendía con este convenio explotar y saquear aún más nuestro país por medio de los conocidos métodos neocolonialistas; como segundo paso, pretendía transformar toda nuestra economía en

un apéndice de la economía yugoslava, colocarla bajo su completa dependencia y dirección, y como tercer paso, crear las condiciones para que nosotros, de buen o de mal grado, ¡aceptáramos la «unión» económica y política con Yugoslavia como la única vía de salvación!

Describir con todo detalle lo que ocurrió en realidad con el Convenio Económico, requeriría volúmenes enteros donde se reflejaran tanto los argumentos teóricos y los engaños montados en torno a ellos por la parte yugoslava, como una confrontación con cifras y hechos entre lo que se nos prometió y lo que se nos dio, entre lo que se nos vendió y lo que nos robaron utilizando los métodos más brutales. En numerosos documentos y materiales del Partido, comenzando por el informe que presenté en el XI Pleno del CC del PTA, en septiembre de 1948, y continuando con los informes presentados al I Congreso del PCA en noviembre de aquel año, etc., se ha hecho un correcto análisis marxista-leninista de estos problemas*. Más tarde se han hecho también otros análisis más detallados, y en ellos surgen con claridad los objetivos y posiciones neocolonialistas y antialbaneses de la dirección yugoslava durante todo el proceso de sus relaciones económicas con nuestro país y, en este marco, la naturaleza del Convenio Económico suscrito en noviembre de 1946. Pero independientemente de esto, la historia amarga y llena de peligros de aquel período continúa siendo un campo abierto y rico de interés para nuestros estudiosos, particularmente para los que se ocupan de la historia de nuestras relaciones económicas con el mundo exterior. Las cifras y los hechos son tales que prueban del modo más indiscutible que los objetivos y esfuerzos de quienes se autoproclamaban «dirigentes comunistas» de Yugoslavia, no diferían en nada fundamental, en cuanto a su contenido, de los objetivos y esfuerzos neocolonialistas del capital italiano, inglés, americano, etc., durante los negros años del reinado zoguista. La diferencia inicial radica en la forma,

* Véase: Enver Hoxha. *Obras Escogidas*, t. I. Ed. en español, págs, 788-809. Tirana, 1974.

en la máscara que utilizaron los nuevos colonialistas, pero la diferencia fundamental y decisiva radica en el hecho de que nuestro Partido y nuestro pueblo, gracias a sus esfuerzos y a sus sacrificios, no permitieron que en 1947 o en 1948 se repitiera otro 1939. Como en todos los demás campos, también en el de la economía los planes y objetivos de los renegados de Belgrado quedarían reducidos a cenizas.

Sin considerar necesario repetir en este libro de apuntes y recuerdos lo que ya está dicho, o entrar detalladamente en las cifras y hechos de carácter económico, deseo no obstante mencionar algo respecto a las circunstancias en las que nos vimos obligados a firmar el convenio y los tratados ligados a él.

Como decía, Nako encabezaba nuestra delegación. Se comunicaba con nosotros por radiograma, y en sus primeras notificaciones parecía que todo comenzaba bien. Le recibían los más altos funcionarios de la economía yugoslava, Kidrić (¡el «genio de la economía», como le llamaban los yugoslavos!); sus vices, los Morić, Nekidrić, Petrović, junto con escuadrones enteros de especialistas y funcionarios de rango medio o inferior.

Naturalmente, tras las sonrisas y los abrazos, tras los banquetes y los brindis, se pasaba a los asuntos de trabajo. Sobre Nako, un joven de 27 o de 28 años, se vertían los conocimientos y el bagaje de todos los «capitostes» de la economía yugoslava; las sociedades mixtas se construyen sobre la base de la cantidad y de las contribuciones a los fondos básicos; la política de inversiones será así y así; la ganancia inicial, la ganancia neta...; el costo...; la materia prima...; el país donde funciona la sociedad tiene estos y aquellos derechos y obligaciones...; el país participante tiene éstos y aquéllos...; el crédito se concederá en estas condiciones, se liquidará de este modo, etc., etc.

Después de que gente particularmente preparada para este trabajo le diera dos o tres buenas horas de lección, los «amigos» dejaban «tranquilo» a Nako para que trabajara solo y «sin intromisiones»; le ponían delante cien o doscientas pági-

nas de material teórico o práctico sobre la naturaleza de las «sociedades mixtas» y le encomendaban llenos de amabilidad:

—Si te surge algún interrogante, hablamos mañana en la sesión de la mañana. No lo olvides, esta noche nos espera a cenar el camarada Kidrić.

Y cuando Nako aún no había conseguido hacerse una idea clara sobre la naturaleza de las «sociedades mixtas», se lanzaban sobre él otros especialistas para explicarle los proyectos sobre cada sociedad en particular («la sociedad mixta de construcción de ferrocarriles», «la sociedad mixta de perforación y explotación del petróleo», de las «centrales hidroeléctricas», de «import-export», etc.). De nuevo invitaciones para almuerzos y cenas oficiales, amistosas o privadas, nuevamente dossiers enteros con material de trabajo, nuevamente conversaciones aunque para otros problemas: sobre la unificación de los precios, sobre la paridad de las monedas, sobre los principios de la unión aduanera, etc., etc.

Me llegaban uno tras otro breves radiogramas que me ponían nervioso con su laconismo (no entendía nada de lo que sucedía) y que además me inquietaban. Con radiogramas urgentes reclamaba a Nako detalles y aclaraciones, pero él o «desaparecía» durante días enteros, o me tranquilizaba con notas como ésta: «Me convocan con insistencia a un aniversario de la liberación en una comarca de Eslovenia stop Continuaremos las conversaciones dentro de tres días stop Te envío más tarde carta detallada stop Nako.»

Y precisamente cuando Nako estaba hundido de pies a cabeza en los laberintos de los economistas yugoslavos, cuando no le quedaba una sola hora para descansar o para aclararnos las cosas con alguna carta detallada, nos llega otra noticia inquietante de él: ¡Los camaradas (se refería a los yugoslavos) nos dicen que no pueden fijar lo que nos suministrarán ni ninguna otra cosa si no presentamos inmediatamente nuestro plan de desarrollo para el año 1947!

He aquí lo que ocurría. Inicialmente habíamos acordado que los yugoslavos nos concedieran lo que pudieran de entre lo que solicitábamos y que, después de eso, nosotros nos

sentaríamos a elaborar el plan, ¡mientras que ahora nos pedían el plan como condición previa! Y en estas condiciones, ¡Nako Spiru se sentaba y entre mil y un trabajos hacía por su cuenta, en Belgrado, el «plan orientador» de desarrollo de Albania!

No quiero decir que la culpa la tuviera Nako, o nosotros que permitíamos a Nako actuar así. No, era toda una política que los yugoslavos seguían para desorientarnos y para obligarnos a aceptar a la ligera y precipitadamente lo que ellos decían y tal y como les interesaba.

Así actuaban para todo lo demás. Entre los grandes problemas que nos planteaban y que reclamaban que firmáramos de inmediato figuraban los de la paridad de las monedas, la unificación de los precios, etc. Ellos hacían a Nako planteamientos, propuestas y le presentaban «argumentos»; Nako, desde el fondo del pantano en que le habían sumido, me demandaba por radiograma: «¡Ayuda! ¡Dime qué hago!».

No se debe olvidar aquí un hecho importante. Muchas cosas relacionadas con los aspectos financieros, técnicos, organizativos, etc., nosotros todavía no las conocíamos bien ni teníamos cómo conocerlas. Teníamos clara la orientación de desarrollar el país según los principios del marxismo-leninismo, pero en concreto, cómo se organizarían las sociedades mixtas, qué aspectos positivos y negativos tenían éstas, o la unión aduanera, la fusión monetaria, etc., sobre todo esto carecíamos de la experiencia necesaria, e incluso en algunas cuestiones carecíamos de ella por completo. A Nako, por ejemplo, le teníamos como a uno de los más expertos, y no quiero de ningún modo subestimar ni su voluntad ni sus aptitudes. Pero Nako, incluso como economista, despojado del resto de sus defectos, debe ser considerado como era en aquel tiempo. Ni siquiera había llegado a terminar los estudios económicos superiores, además de que carecía por completo de experiencia. Es lo mismo que si a un joven con dos o tres años de estudios superiores, le echas sobre la espalda la dirección de asuntos tan especiales como los de un estado, por pequeño que éste sea. Incluso ahora la cuestión es más sencii-

lla, porque si una persona no puede ni sabe dirigir, aunque sea un titulado, es el mecanismo grande y armónico que ha creado el Partido y que trabaja como un reloj, el que encuadra al joven en el trabajo y en la dirección, le enseña, le cualifica, sin causar daño a la actividad general. Pero en el año 1946 el asunto era completamente distinto: el gran mecanismo de la economía socialista estaba entonces en embrión. Además teníamos ante nosotros a los viejos lobos de la economía yugoslava. Y no sólo esto. Ellos llevaban tiempo pensando, consultándose, habían calculado las cosas. Estaban cerca unos de otros, se reunían, se consultaban cuando querían y cuanto querían y encontraban mil y un trucos para desconcertarnos.

En estas condiciones, pues, Nako debía buscar mi ayuda. Naturalmente tampoco yo puedo pretender que en aquel tiempo sabía más que Nako sobre los problemas «sutiles» de las finanzas, el crédito, las inversiones, etc. En cuanto a Koçi, su aptitud como «economista» la había gastado toda cuando se hizo intendente en Panarit, en la época de la guerra. Ahora le abrumaban «otras preocupaciones». Debía aplicar en el Partido y en los órganos del Ministerio del Interior las directrices de Ranković. Debía hacer su negro trabajo en la oscuridad.

En todo caso debía necesariamente enviar a Nako orientaciones e instrucciones, incluso lo más claras y exactas posible. Hice en aquel período, a la vez que un sinfín de otras tareas, un verdadero curso de «asimilación intensiva» de los problemas económicos. Leía durante días y noches enteros la literatura de Marx, Engels, Lenin y Stalin en francés que podíamos conseguir y que trataba problemas económicos, llamaba a especialistas de finanzas y otros sectores (entre ellos no olvidaré a Naum Stralla), les pedía opinión, llegaba así a una cierta conclusión y le escribía a Nako:

—Con cuidado, pero con claridad y exactitud, expresa a los camaradas nuestras grandes reservas sobre la cuestión de la paridad de las monedas. El distinto nivel de desarrollo económico de nuestros dos países, díles, no permite una paridad justa y real de nuestro lek con su dinar. Hacen aún

más irreal una acción así la diferencia de salarios entre los trabajadores de los dos países, los diferentes precios entre las mercancías que se producen aquí y las suyas, etc. Diles que una acción así, además de otras cosas, nos crearía numerosos problemas de carácter social y político entre el pueblo, disminuiría la confianza de las masas en nuestra moneda, etc.

Igualmente transmití a Nako de manera concreta nuestras observaciones serias y argumentadas sobre la imposibilidad de una unificación inmediata de los precios, sobre las dificultades y peligros a que podía dar lugar la unión aduanera, etc. Le encomendé que hablara con calma con Kidrić, o si le resultaba posible, con el propio Tito, y nos diera respuesta inmediata. Pero pasó una semana y no teníamos ninguna noticia de Nako.

En aquellos días Koçi Xoxe había viajado también allí con una invitación especial «¡para honrar a los amigos en la celebración de la fiesta del 7 de noviembre!». Me mandaba también éste algún radiograma donde me escribía sobre la pomposa recepción de que era objeto, sobre las veladas en que Ranković y los demás hacían «¡más de treinta brindis cada uno por la salud de Albania!», alardeaba incluso de que en una de las cenas oficiales había bebido con los camaradas yugoslavos hasta las cuatro de la madrugada, pero Koçi había aguantado como un hombre hasta el fin y ¡no nos había puesto en vergüenza!

No pude contener la indignación:

—¡Están en sus cabales o no! —le dije al camarada que me había entregado el radiograma del «camarada general»—. A nosotros nos arde la cabeza y éstos nos cuentan hasta qué hora de la noche han estado bebiendo. ¿Dónde está el radiograma de Nako?

—Lo estamos descifrando —me dijo el camarada—, le dimos prioridad al camarada general, porque podía tener alguna noticia urgente para usted.

—Bien, bien —le respondí—. Pero me hace falta urgentemente el «camarada plan».

Por fin me trajeron también el radiograma de Nako. Tar-

de, pero había llenado los dos o tres primeros renglones con ceros: «¡import-export 1.000.000 de francos¹ nuevos, minas 2.000.000, bancos 4.000.000, petróleo 4.000.000, electricidad 2.000.000, ferrocarriles 4.000.000!!»

Negro sobre blanco, toda esta hilera de ceros eran las inversiones que nos ofrecía la parte yugoslava para el año 1947 y que prometía invertir en 6 sociedades mixtas que se crearían. Más adelante se prometían también tres o cuatro fábricas, mercancías de consumo, etc., etc., y después las condiciones: Estos ceros sobre el papel, se nos transformarían en francos, o más exactamente en cadenas, si aceptábamos la creación de las sociedades, la unificación de los precios, la unión aduanera, etc., etc.

En cuanto a mis observaciones y reservas, los yugoslavos habían dado esta respuesta: ¡«Manifestación de desconfianza hacia el espíritu fraternal del Convenio Económico»!

Reuní nuevamente a los camaradas y comenzamos a discutir sobre lo que nos escribía Nako. Pero éste ahora tenía mucha «prisa». Al día siguiente por la mañana me entregaron un radiograma de medio renglón:

«¡Esperamos urgentemente la respuesta al material de ayer!»

Durante dos o tres días (eran los últimos días del mes de noviembre) los radiogramas lacónicos de Nako no cesaban de llegar, los «amigos» reclamaban respuesta con urgencia, estaba dispuesto el proyecto de comunicado, e incluso para su elaboración habían designado a Nako (!). Estaba incluso fijada la fecha de la firma, el 27 de noviembre. Se esperaba únicamente nuestra respuesta: ¡Sí o no! Entre tanto había vuelto Koçi Xoxe, quien, además de describir su hazaña con la *šljivica*, estuvo todo el día ¡derramando su gran talento en el terreno de los problemas económicos! Juraba que la firma del convenio sería para nosotros como la fórmula mágica de Alí Babá.

1 En los primeros años tras la Liberación nuestra unidad monetaria era el franco.

—¡No tiremos la fortuna por la ventana! —nos decía—. Ellos nos dicen «aquí tenéis» y nosotros tenemos miedo.

En estas condiciones, finalmente, consideramos conveniente decir: «¡Sésamo, ábrete!». El 27 de noviembre se firmó el convenio. Uno o dos días después Nako Spiru y su grupo de colaboradores nos trajeron pilas de documentos, de proyectos y naturalmente toda aquella serie de ceros sobre el papel.

Ya en el primer encuentro que mantuve con Nako, aumentaron aún más mis inquietudes y dudas sobre el paso que habíamos dado.

Aparte de alguna pequeña exaltación, el tono de Nako era en general sombrío y pesimista. De igual modo que yo, pensaba que los tratados que acabábamos de suscribir comportaban peligros y dificultades para nosotros. Me dijo abiertamente que los «amigos» no le habían dejado tiempo para pensar y profundizar en lo que le servían, que nuestras observaciones o sugerencias eran respondidas con brevedad y con el ceño fruncido.

—Esto es sólo un acuerdo —le dije—, tengamos confianza en que ha sido firmado por ambas partes con los mejores fines. Ahora que va a comenzar su aplicación práctica, se pondrán en evidencia tanto los aspectos positivos como los negativos de cada uno de los aspectos y de cada tratado en particular. Nosotros haremos las correcciones necesarias y tomaremos todas las medidas asimismo necesarias para prevenir cualquier peligro. Confío en que los camaradas yugoslavos se conducirán con el mismo espíritu.

—¡Difícil resulta que puedan aceptar algún error en sus opiniones y trabajos! —dijo Nako con su ironía y su pesimismo conocidos.

Le aconsejé que pusiera manos a la obra, que hiciéramos todo lo que debíamos por nuestra parte y que con inteligencia, cuidado y vigilancia, no sólo hiciéramos avanzar nuestros asuntos sino que conserváramos y fortaleciéramos la amistad internacionalista con los pueblos de Yugoslavia y con el partido yugoslavo.

Más tarde conversaría una y otra vez con Nako sobre este tema y sobre sus consecuencias y él añadiría, de una u otra forma, su dosis de observaciones y reservas sobre la «sinceridad» de los camaradas yugoslavos; en ocasiones estaría a punto de decirme algo más, pero repentinamente se encerraba en sí mismo y callaba, se volvía enigmático. Estaba claro que me ocultaba algo. Tarde, tras su suicidio, sobre todo en el VIII Pleno del CC del PCA en febrero de 1948, en el marco de muchas otras cosas, me enteraría de algo amargo y estremecedor en relación con el «enigma» que estuvo varias veces a punto de manifestarme, pero que no me descubrió nunca.

Cuando había vuelto de Belgrado, después de la firma del convenio, les había dicho en la intimidad a algunos camaradas, integrantes de su «élite» intelectual (Liri Belishova, Fadil Paçrami, Niko Opari, etc.):

—¿Eh, dice el pueblo de mí que Nako Spiru ha vendido Albania a Yugoslavia como Ahmet Zogu a Italia?!

Que Nako Spiru, además por sus numerosos vicios y méritos, era conocido por sus expresiones a veces amargas e irónicas, a veces exaltadas y eufóricas, era verdad y expresaba su carácter contradictorio y complejo. En este contexto hallaba una de sus explicaciones esta expresión amarga, hostil, que había soltado en la intimidad a los integrantes de su «élite». Pero se equivocaba gravemente en esta valoración y se daba demasiada importancia a sí mismo.

En primer lugar no se podía establecer nunca una comparación entre la nefasta obra de Ahmet Zogu y las motivaciones de las que partía éste en la conclusión de tratados con otros países, y los objetivos y motivos de que habíamos partido nosotros para establecer los tratados con Yugoslavia.

Como ya he dicho, nosotros partíamos en primer lugar de los mejores fines y de la base de que tratábamos con un estado socialista. Segundo, la revolución que habíamos hecho y que estábamos profundizando consecuentemente, no daba ni a Nako ni a ninguna otra persona concreta la posibilidad de vender o comprar Albania, como había hecho Ahmet Zogu. Ahora el Partido estaba en el poder, el pueblo estaba en el poder y

ninguno de ellos permitiría, tal como sucedió, no ya que se vendiera, sino ni que se dañara la libertad y la independencia de la patria.

Pero además de esto yo creo que la expresión de Nako sobre «la venta de Albania», ha debido tener necesariamente otras razones, más profundas, que estaban «fuera» de Nako. Con seguridad, en las conversaciones que desarrolló durante un mes en Belgrado, debe haberse encontrado frente a exigencias y presiones más violentas y brutales que las que nos describía en los radiogramas, o cuando volvió. Quizás los «amigos» le habían aludido o es posible que le hubiesen exigido abiertamente que firmase por mucho más que por los «acuerdos económicos». El hecho de que Koçi Xoxe fuera «invitado» a viajar a Belgrado en el período más crítico de las conversaciones, para «apoyar» o presionar a Nako, es otro argumento más en favor de esta hipótesis. Nako puede haber pensado que con estos acuerdos Yugoslavia tenía por objetivo «atar las manos» a Albania, independientemente de la máscara de la «ayuda» fraternal con la que se disfrazaría este chalaneo. Nako se ha opuesto, pero los yugoslavos le han amenazado con hechos y documentos del pasado, que comprometían su figura a nuestros ojos (su papel en los entre-bastidores de Berat, las cartas secretas antipartido que les enviaba, etc.). En este caso la mezquindad del espíritu pequeñoburgués se impuso sobre el espíritu revolucionario de Nako Spiru. No tuvo el valor de contarnos con detalle qué objetivos ocultaban los yugoslavos, nos puso de manifiesto tan sólo «algunas reservas» (nosotros mismos teníamos no reservas sino serias observaciones) y después de recibir nuestra autorización, estampó su firma sobre un montón de acuerdos, consciente de que no eran justos, de que eran antialbaneses. Si Nako ha sabido que firmaba un documento así, antialbanés, entonces su culpa por esta acción es imperdonable, ya que no informó al Partido en el momento debido sobre lo que se ocultaba tras el convenio.

No sólo esto, sino que cuando volvió no encontró el valor y la energía para mostrarnos detalladamente lo que podía saber y que con seguridad sabía.

Pero el hecho es que después de aquello Nako comenzó a aproximarse más a mí. Venía con frecuencia para encontrarse y consultar conmigo, planteaba problemas (y no lo hacía mal), trabajaba con pasión y se esforzaba porque los asuntos económicos marchasen lo mejor posible en interés del desarrollo y del fortalecimiento de nuestro país.

En esta época vino de Yugoslavia cierto número de especialistas, consejeros y técnicos de distintos sectores, para aplicar el acuerdo, y concretamente para crear las sociedades mixtas. Al mismo tiempo y a petición nuestra comenzaron a venir también cierta cantidad de consejeros y especialistas soviéticos.

Toda la primera parte del año 1947 se transformó así en un período intenso de ejecución, paralelamente a otras tareas, de las que se desprendían de nuestros acuerdos económicos con Yugoslavia. En este proceso de trabajo saldrían a la luz todas las trampas que encerraban los acuerdos firmados. Entre ellas, nos saltó inmediatamente a la vista la descarada tergiversación del carácter de la unión aduanera por parte de los yugoslavos. Nosotros aceptamos esta unión e hicimos todos los esfuerzos posibles para que esta medida sirviera para facilitar los intercambios entre nuestros dos países. Como condición previa para evitar la confusión y las irregularidades en el mercado y en el conjunto de los intercambios, nosotros partíamos del principio de que el comercio mutuo en verdad debía hacerse sin aranceles aduaneros, pero siempre dirigido y controlado por el estado; que tanto el lek en Yugoslavia como el dinar en Albania circularan y se cambiaran no de manera espontánea, sino sobre la base de acuerdos oficiales; que a las empresas o a las personas individuales de un país no se les permitiera comprar lo que quisieran y cuanto quisieran en el otro, al margen de los acuerdos oficiales, etc.

Los yugoslavos violaron y echaron por tierra estas premisas básicas. Calificaron nuestra justa oposición como «actitud capitalista»(!), como que «nos preocupábamos por el interés estrecho», «violábamos el espíritu de amistad», etc.

Como consecuencia, tras las presiones de la parte yugoslava se abrieron las fronteras, y empresas yugoslavas estatales y privadas así como contrabandistas de Montenegro, Macedonia, Servia, etc., se abalanzaron sobre nuestro mercado y arrebataron todo lo que encontraron a precios muy baratos. Como consecuencia el mercado se nos vaciaba por completo de mercancías y se nos llenaba el banco de dinares muertos. Más tarde nos opondríamos enérgicamente a este verdadero saqueo (¡vendíamos mercancías y comprábamos dinares!), pero el hecho es que el mercado se arruinó. Con los dinares acumulados sólo podía uno calentarse, ya que en el mercado libre yugoslavo no se encontraba nada. Tito y su gente habían tomado medidas, lo habían racionado todo, de forma que en el mercado libre yugoslavo ¡sólo podíamos comprar juguetes infantiles, muñecos y pitos!

En los demás acuerdos observábamos idénticas tergiversaciones. Se decidió la creación de las «sociedades mixtas», se dieron los primeros pasos concretos, pero nuestros socios querían sólo llevarse su parte de la ganancia sin depositar un solo dinar en los fondos de inversión. Nos concedieron un crédito de 2 mil millones de dinares, pero ¿qué hicieron de este crédito tan pregonado por ellos? Prácticamente nada a derechas. Sobre la base de este crédito, además de algunos productos para el consumo, nos entregarían y nos entregaron tres o cuatro «fábricas», una de jabón, una de cordelería, una fábrica de azúcar y creo que también un molino.

¿Qué era esto en realidad y cuánto costaba?

Los precios los fijaron los «expertos» yugoslavos. ¡Era un ojo de la cara para nosotros! Las famosas «fábricas» no eran más que hierros e incluso mal pintados. Para la fábrica de azúcar que construimos en Korca gastamos gran cantidad de dinero, le dimos el alto nombre de Ali Kelmendi, pero no funcionó ni un solo minuto, no dio ni un solo gramo de azúcar en la más exacta acepción de la frase.

La fábrica de cordelería consistía en unos cuantos instrumentos artesanos de tiempo del rey Nicolás. Algunas ruedas, algunos ejes de madera y un cilindro para majar el cañamo,

que se echó a perder y que no hizo jamás ni sogas ni cordeles. Toda la «fábrica» fue montada en un establo en Rogozhina, y así sucesivamente.

Todo esto y otras cosas parecidas nos costaron como dije un ojo de la cara, ya que todo había que pagarlo con petróleo, betún, minerales, etc. Pero debíamos estar «contentos» con este robo que nos hacían, porque los yugoslavos «hacían sacrificios» por nosotros dándonos «créditos» (que no se cumplieron nunca), así como «consejos» y otras «orientaciones» interminables en todos los terrenos.

Carecían por completo de escrúpulos en estas «orientaciones» y a veces se hacían con ellas verdaderamente ridículos. A comienzos de 1947 nombramos como ministro de nuestra legación en Yugoslavia a Tuk Jakova, que sustituiría a Hysni Kapo a quien trajimos a Tirana, ya que yo consideraba necesarias su opinión, su voluntad y su fidelidad a la causa del Partido.

Marchó pues Tuk a Belgrado y en el encuentro para presentar las cartas credenciales a Tito, después de responder a las preguntas del mariscal sobre el clima y el tiempo en Albania, recibió los encargos de rigor:

—¡Debes aprender el servio! —fue la primera recomendación de Tito—, así podremos conversar confidencialmente entre nosotros y con los demás; debes asimilar nuestra experiencia al máximo e informarnos sobre los logros y necesidades de Albania.

Con tanto detalle le había hablado Tito de nuestra situación, que Tuk se había derretido de la emoción cuando el imponente mariscal encontró incluso tiempo para interesarse por las ovejas y cabras de Albania y decirle con su propia boca que ¡las cabras son devastadoras para los bosques!

Después de este «conmovedor» encuentro, a Tuk le organizaron una visita a Bosnia-Herzegovina, donde se inspiró tanto a causa de lo que vio y escuchó que, además de las detalladas cartas que nos enviaba, la musa le hizo venir a él mismo a Tirana a informarnos.

—En Sarajevo —me dijo— me recibió el propio viceprimer ministro de la República y conversó largamente conmigo,

dándome consejos muy valiosos. Son interesantes para nuestras condiciones.

—¡Sí, sí! —le dije—, te escuchamos.

—¡Sobre todo a propósito de las cabras y los carneros! —me sorprendió Tuk—. Me preguntaron si teníamos o no cabras y carneros originarios del país y si tenían o no cuernos. Les dije que los tenían como husos. «¿Sabe lo que hacemos nosotros? —me dijeron los camaradas en Sarajevo—. Estamos eliminando las cabras tradicionales y las sustituimos por las de Voivodina y de Malta. Una cabra da cinco o seis litros de leche y sólo come hierba. ¡Una brazada de hierba y cinco litros de leche! ¡Aumentamos la producción y salvamos los bosques! Porque las cabras destruyen los bosques». —Después —continuó Tuk— se interesaron por nosotros y se sorprendieron cuando les dije que muchas familias en nuestras aldeas tienen 10, 20 ó más cabras y ovejas del país, tradicionales, y que en cada rebaño tenemos dos o tres machos cabríos o carneros.

Me estaba «maravillando» nuestro ministro con las «joyas» que me soltaba, ¡pero me «maravillaba» aún más el profundo interés de los yugoslavos por nuestras cabras y carneros! Dejé pues que Tuk continuara para escuchar hasta el fin la maravilla.

—¿Sabes lo que hacen en Sarajevo? —me dijo continuando con el asunto—. Con un macho cabrío o un carnero de raza cruzan a rebaños enteros. Han eliminado a todos los carneros y machos cabríos semisalvajes. Me aconsejaron que nosotros hiciéramos lo mismo. «Maten los carneros y los machos cabríos —me dijeron— incluso las cabras porque dañan los bosques. Nosotros les daremos ganado de raza. A nosotros nos hace falta carne y cuero, ¡pero sobre todo los cuernos! ¡Los cuernos los pagamos más caro!».

Miré a Tuk directamente a los ojos para convencerme de si deliraba o no, pero él hablaba completamente tranquilo y serio. No tenía ninguna duda de que lo que nos decía era la verdad. ¡Los yugoslavos pedían cuernos! ¡No hay aquí nada para reír ni nada en sentido figurado! Fue exactamente así,

aunque para qué les hacían falta los cuernos continuó siendo un enigma durante cierto tiempo. Pero llegaría un día en que Savo Zlatić entraría en mi oficina con una larga hoja de papel y me la pondría delante:

—¡No están cumpliendo las obligaciones contractuales! —protestaría—. ¡No nos han enviado tantos miles de toneladas de petróleo!

—Lo sé —le dije—, lo siento. Pero ¿ha preguntado usted por qué? El petróleo lo extrae la sociedad mixta, nuestra y suya. Según el contrato ustedes debían haber traído previamente, hace un año, los equipos correspondientes para la perforación y extracción del petróleo. No lo han hecho, y como se sabe el petróleo no mana solo.

Continuó Zlatić con dos o tres renglones más y después, pronunció una palabra que casi había olvidado: ¡los cuernos!

—¿Cómo, cómo? —le pregunté—. ¿A qué artículo se refiere?

—A varios cientos de quintales de cuernos —me dijo seriamente—. ¡Hemos firmado el contrato y no lo han cumplido!

—Nuestro ministro en Belgrado me ha hablado de una historia así —le dije—, pero si le digo la verdad me pareció tan ridícula que no quería creerla. Pero ya que es verdad, ¿para qué les hacen falta los cuernos?

—¿Cómo?, ¡¿que para qué nos hacen falta?! —preguntó escandalizado de mi «ignorancia» Zlatić—. ¡Los preciosos peines y peinetas que les vendemos también a ustedes, con cuernos se hacen!

Reí un instante sin quererlo, pero pronto me contuve. Sólo me alegré de que mi «ignorancia» en este terreno me había inducido a impedir que se sacrificaran las cabras, los machos cabríos y los carneros de Albania porque los amigos necesitaran los cuernos¹.

1 En el *Libro Blanco — Las relaciones yugoslavo-albanesas 1939-1948*, publicado en Belgrado en 1949, los funcionarios yugoslavos se quejaban, entre otras cosas, de que «la parte albanesa no llegó a cumplir su obligación contractual de vender a la parte yugoslava 245 quintales de cuernos».

Nos acostumbraríamos pues a escuchar «acusaciones» y quejas de los «amigos» incluso por bufonadas como la historia que acabo de mencionar y otras por el estilo. Pero de hecho sólo hoy suenan ridículas estas historias. En el tiempo en que se produjeron nos colocaban ante serias dificultades y obstáculos.

Naturalmente nosotros no podíamos permanecer indiferentes, por eso los enfrentamientos con los «amigos» serían inevitables. Incluso cuando aún no nos habíamos dado cuenta de que teníamos que vérnoslas con bandidos, es decir cuando aún les considerábamos amigos, nosotros continuábamos presentándoles con cuidado y sinceridad nuestras distintas observaciones y les proponíamos las modificaciones, las correcciones y arreglos correspondientes. Pero ellos actuaban como si esperaran precisamente esto: Acumulaban nuestras observaciones, «descubrían» otras incluso donde no las había y se preparaban para un nuevo ataque antialbanés. Esto no se haría esperar, de modo que nos veríamos frente a un nuevo golpe.

Bajo la acusación de Tito sobre las «dos líneas» y el «antiyugoslavismo» en la dirección del PCA

El nuevo golpe, conocido en la historia como la primera acusación de Tito contra nuestro Partido, la dirección yugoslava lo asestó a finales de junio de 1947 por medio de su principal enviado en Albania, el tristemente célebre Savo Zlatić.

Hacia algún tiempo que este alto emisario yugoslavo había llegado aquí como delegado del CC del PCY adjunto al CC del PCA, recomendado por Tito y su gente como un camarada «muy bueno», «con gran experiencia en el trabajo de partido», «experto en cuestiones económicas», «organizador y coordinador cualificado», etc.

En pocas palabras, debía ser una persona tan docta, que no nos quedaba más que pensar que Yugoslavia resultaba

debilitada y hacía un gran sacrificio al enviarnos esta «maravilla», pero, vamos, ¡se nos fortalecería Albania!

En realidad, Savo Zlatić fue enviado para dirigir toda la actividad yugoslava en Albania. Vino con el fin de tomar todas las riendas para el ataque definitivo que preparaban los titistas contra nuestra libertad e integridad, y, con seguridad, en la imaginación de la dirección yugoslava, jugaba el papel de lugarteniente imperial en la «provincia albanesa». *De jure* se ocupaba de las relaciones oficiales en Albania, pero *de facto* se dedicaba a las cuestiones políticas, económicas, militares, de espionaje, etc. Todos los súbditos yugoslavos que trabajaban en distintos sectores en Albania actuaban bajo sus órdenes. El era el «responsable» de cualquier asunto de partido o de cualquier otra actividad de los miembros del Partido Comunista de Yugoslavia que trabajaban en nuestro país.

No podemos negarlo, era un zorro. Comenzó su trabajo con mucho tacto y diplomacia. Sabía presentarse como un camarada que no se inmiscuiría en los asuntos de Albania y de nuestro Partido Comunista.

—Estaré siempre —nos dijo— a su disposición para ayudarles, cuando y cuantas veces lo consideren necesario.

Aparecía tranquilo, autoritario, serio, hablaba con lentitud, sopesando y estudiando bien las palabras, era todo gentileza.

Al comienzo nuestros encuentros eran muy poco frecuentes y esto se debía, además de a su interés por «no inmiscuirse» en nuestros asuntos internos, a sus dificultades con el idioma.

En la primera entrevista que sostuve con él le hablé de la situación en nuestro país y en nuestro Partido, me referí intencionadamente a las discusiones que habíamos tenido en nuestro Buró Político para la revisión de lo sucedido en el II Pleno del CC del Partido, de la situación no muy sana de nuestra dirección (todo esto él lo sabía, incluso más que yo, ya que venía de Belgrado), le hablé también de la ampliación de nuestro Buró con tres nuevos camaradas, Hysni Kapo, Gogo Nushi y Kristo Themelko.

—Yo insistí en esta ampliación del Buró —le dije— porque con la situación que nos creó el Pleno de Berat no era fácil avanzar. Los nuevos camaradas revitalizarán con seguridad nuestro Buró Político y contribuirán a arrancar de raíz todas las viejas reservas y deformaciones.

Me escuchó con todo cuidado, movía la cabeza con el mismo ritmo tanto cuando yo le hablaba de logros como cuando lo hacía de debilidades, pero sin manifestar ni aprobación ni desaprobación.

Le dije que le consultaríamos sobre diferentes cuestiones, de forma que nos ayudara. Le dije asimismo que otros camaradas del Buró, cada cierto tiempo, podían discutir con él sobre distintos problemas. El aceptó esta forma de trabajo, aunque en el fondo su deseo era tomar parte en los trabajos del Buró. Pero lo habíamos sufrido una vez y habíamos aprendido. Odriçan y Berat no se repetirían más.

En una ocasión en que yo no me encontraba en Tirana (por lo que recuerdo estaba de vacaciones), Savo Zlatić había tomado parte en una reunión de nuestro Buró Político. Allí, tras la máscara de la transmisión de experiencia, había intervenido sobre el método de trabajo en el Buró, se había centrado sobre todo en las cuestiones económicas, sobre cómo debían ser estudiados estos importantes problemas, cómo debían solucionarse, etc.

Me informaron de que en esta reunión se habían producido divergencias de puntos de vista entre Koçi y Nako sobre la situación económica de nuestro país. De hecho ésta fue la única reunión del Buró donde tomó parte Savo Zlatić. Entre tanto mantenía entrevistas con distintos miembros del Buró. Sus encuentros conmigo los hacía por intermedio de Koçi Xoxe, y los tres juntos discutíamos sobre lo que tenía que decirnos. Ante todo, sus intervenciones en las entrevistas iniciales (y esto continuó hasta el momento en que inició su ataque) fueron muy corteses y con mucho tacto.

¿Qué nos informaba en estos encuentros? No hacía otra cosa que hablarnos sobre distintos organismos que habían sido creados en el aparato estatal de Yugoslavia, nos comentaba de

forma superficial los puntos de vista de Kardelj sobre la organización de los consejos y del poder (nosotros ya habíamos recibido informaciones sobre ello). Nos hablaba exaltando los discursos de Tito sobre el Frente, destacando que la cuestión del Frente era «algo nuevo» que Tito había aportado al marxismo (!) y que ¡todas las democracias populares debían estudiar con atención y poner en práctica la experiencia de Tito!

El «omnisciente» Zlatić quería darnos la impresión de que era un hombre que estaba fuerte en todas las cuestiones, pero cada vez me confirmaba más la impresión de que su única fuerza radicaba en la intriga. Su pretendida ayuda no tenía más que un valor mínimo. Como decía, nos informaba sobre cosas que nosotros ya sabíamos hacía tiempo, e incluso lo que nos decía eran resúmenes condensados de las directrices que le enviaban desde Belgrado, así como deducciones que extraía él leyendo los artículos o los discursos de Tito y de Kardelj. Nunca vimos que se extendiera sobre estos problemas, que profundizara o que nos dijera alguna cosa nueva. Esta era la naturaleza de la actividad «oficial» de Savo Zlatić. Pero su trabajo como organizador en los pasillos para el sabotaje de nuestro plan, como dirigente de la lucha callada que estaba preparando contra nosotros y contra los consejeros soviéticos, civiles y militares, que se encontraban en Albania, era realmente muy amplio.

Esta actividad de sabotaje hacia nosotros y de discriminación hacia los consejeros soviéticos, se desarrollaba gradualmente y se ampliaba por medio de los especialistas, los ingenieros, los técnicos yugoslavos y de todos los funcionarios de la legación yugoslava. El alma de toda esta labor hostil era Savo Zlatić, pero como buen estafador tomaba todas las medidas necesarias para ocultar su mano en esta sucia actividad. En todo caso nuestro trabajo proseguía su curso normal en el camino correcto, a pesar de los constantes enfrentamientos y fricciones que teníamos con los yugoslavos en la actividad práctica. Desde luego esta situación no le gustaba al Comité

Central del Partido Comunista de Yugoslavia y a su enviado plenipotenciario Savo Zlatić.

Particularmente durante los primeros meses de 1947, cuando veíamos en la práctica los defectos y tergiversaciones de los acuerdos, o como los llamábamos entonces, de los tratados económicos con Yugoslavia, comenzamos a levantar la voz con energía para que fueran corregidos y revisados de un modo justo y amistoso. Como la parte yugoslava no cumplía nada de los contratos firmados y existía el peligro de que el plan de 1947 se quedara en el papel, en abril enviamos a Nako Spiru a Belgrado para que hablara seriamente con Kidrić, el «papa» de la economía yugoslava, y con sus colaboradores. De nuevo marearon a Nako y le hartaron de justificaciones y promesas. Pero ahora nuestras observaciones estaban bien estudiadas, ahora habíamos aprendido a nadar incluso en el torbellino de los espinosos problemas económicos. La dirección yugoslava sintió el peligro de que descubriéramos la esencia antimarxista y antialbanesa de los acuerdos y del resto de sus actividades, y para evitar un ataque perjudicial, eligió el camino del contraataque por sorpresa.

Hacia mediados de junio viene Koçi Xoxe y me dice:

—Los camaradas yugoslavos están descontentos con nosotros.

—¿Descontentos? ¿Y por qué? — le pregunté.

—Porque no resolvemos el asunto de la unificación de los precios, porque estamos dándole largas. Así me dijo el camarada Zlatić.

—Pero ¿sabe Zlatić por qué nos hemos retrasado? —le pregunté a Koçi.

—Yo le dije algo —respondió Koçi entre dientes—, pero él no quiso hablar, sólo me expresó su descontento.

No le di importancia al asunto, ya que en aquel tiempo el «descontento» de los yugoslavos por nimiedades era permanente.

Había venido a verme una vez Zlatić, este portentoso delegado del CC del PCY junto a nuestro Comité Central, y se me había quejado:

—Fulano, un especialista suyo, ha ofendido el prestigio de Yugoslavia.

—¿Ah? ¡¿Si?! —le dije—. Veremos el caso, pero antes dígame ¿en qué sentido ha ofendido el honor de la Yugoslavia amiga?

—Acompañaba en Berat a nuestro especialista en algodón y ¡rechazó ante los ojos de los labradores los consejos de nuestro camarada!

—Pero, ¿de qué trataban los consejos de su camarada? ¿De cuestiones políticas? —le pregunté con intención.

—No, trataban sobre la cuestión del algodón —me respondió Zlatić todo serio—. El nuestro decía «se hace así» y el suyo decía lo contrario.

—¡¿Y a esto le llama usted una ofensa?! — le pregunté sorprendido e irónico—. Camarada Zlatić, ¡deje a los especialistas que se ocupen de sus discusiones, que no resulta ofendido por eso ni su prestigio, ni el nuestro, ni el del algodón!

—¡No, no! —insistió Zlatić—. Deben verse las cosas a fondo. ¡¿De dónde sacó su camarada todo lo que dijo sobre el algodón?! Ustedes no tienen experiencia. Eso quiere decir que alguien le ha enseñado. Eso quiere decir que prefiere la opinión de aquél, o más exactamente de aquellos que le han enseñado. ¡¿No es esto una ofensa para Yugoslavia?!

Comprendí que Zlatić no se refería sólo a nosotros. El «alguien» que había enseñado(?) a nuestro camarada era, según Zlatić, alguno de los especialistas soviéticos. Hacía tiempo que se sentía esta «nueva» manera de valorar nuestras posiciones y actuaciones por parte de los yugoslavos. En cuanto nos presentábamos con alguna discrepancia, inmediatamente se les ocurría que nos «enseñaban» los soviéticos, a pesar de que estos últimos, sin negarles los méritos, en 1946 y todavía en 1947, nos veían más bien con los ojos de los yugoslavos. Contesté a Zlatić dándole la respuesta que merecía. Tranquilo, con seriedad y cuidado, le aconsejé que fuera menos precipitado a la hora de sacar conclusiones, tanto con sus colaboradores como con nosotros. Se marchó murmurando e incluso me

pidió disculpas por molestarme, pero, añadió, «parto del principio de que juntos podemos hablarlo todo».

Más tarde volvió nuevamente con pequeñeces semejantes, aunque siempre nos separamos con las «cosas claras». Pero esta vez, el «descontento» que me transmitían por medio del «camarada» Xoxe era una señal de que ocurría algo más grave. Dos o tres días después viene Nako y me dice:

—Me ha dicho el camarada Zlatić que en Albania ¡está cristalizando una segunda línea en el Partido!

—¿Cómo, cómo? —le clavé los ojos asombrado.

—¡Según Zlatić —me dijo Nako tranquilo y con cierta ironía— entre nosotros existen dos líneas económicas: la línea del Comité Central que es justa en principio, y paralelamente a ésta se materializa en la práctica una segunda línea, opuesta a la del Comité Central!

—¡Sorprendente! —le dije—. Pero ¿en qué se apoya?

—No dio ningún argumento.

—¿Y tú no se lo pediste?

—Lo planteó en principio y no consideré conveniente pincharle —me respondió Nako y se puso como la grana.

—¡Es un error! —le dije—. La afirmación de Zlatić no es una constatación, es una acusación. Debías haberle detenido y pedirle detalles.

—¡Cierto! —dijo Nako—. No lo tomé con tanta seriedad.

Le recomendé que se entrevistara inmediatamente con Zlatić y que hablara seriamente con él. La conversación se llevó a cabo y la verdad salió hasta cierto punto a la luz.

—Apoyan su acusación en la no aplicación por nuestra parte de la unificación de los precios —me dijo Nako—. Hacen responsable de ello al sector económico, es decir a mí. Según Zlatić, habíamos decidido que la lista de nuestros precios estuviese terminada a finales de mayo, pero hasta ahora no ha salido. Por esto dicen que yo obstaculizo la justa línea del Comité Central, es decir que yo estaría fraguando una segunda línea en el Comité Central.

Me pareció imposible que los yugoslavos apoyaran toda

aquella acusación en tan soberana tontería, por eso decidí que continuáramos las conversaciones con Zlatić, sólo que esta vez envié junto con Nako a Koçi Xoxe, que a todas luces gozaba de la simpatía de los amigos yugoslavos. Hacia el 20 ó el 21 de junio hablaron con Zlatić y me informaron, incluso me trajeron una hoja escrita por las dos caras, donde Zlatić presentaba los «argumentos» yugoslavos sobre la acusación que nos hacían.

Todos sus argumentos sobre las «dos líneas en la dirección» eran agua de borrajas, pero Koçi Xoxe se los había tomado con mucha seriedad.

—Son graves —me dijo en presencia de Nako—. Debemos analizarlos profunda y seriamente. Opino que los planteamos en la dirección.

—¿Cómo, también tú aceptas que el Comité Central se ha equivocado, que está cristalizando una «segunda línea»? —le pregunté.

—¡Yo no dije eso! —suavizó el tono Xoxe—. Los camaradas yugoslavos tampoco se refieren a todo el Comité Central. Incluso dicen que la línea del Partido es en principio correcta, pero es tergiversada en la práctica, se está constituyendo una antilínea. Esto lo hacen camaradas del sector en cuestión. El camarada Nako, como responsable de ese sector, debe aclarárnoslo en el Buró.

Nako apenas conseguía permanecer sentado, y lleno de indignación se lanzó a Koçi:

—¡De acuerdo, planteemos en el Buró la cuestión de la «antilínea» en mi sector y veamos quién tiene razón! ¡No olvides que hace un año que estamos reclamando que se planteé en el Buró la cuestión de tu sector, pero aún no nos has presentado el material sobre las cuestiones de organización!

—No cambies de disco —«estalló» Xoxe—. ¡No estamos hablando de cuestiones de organización, que no consiento yo que haya allí dos líneas! Hablamos sobre líneas económicas.

Ya he dicho que las riñas entre ellos hacía tiempo que habían estallado.

—¡No es éste el momento de nerviosismos! —les dije—. También yo opino que la acusación no se refiere en absoluto a Nako. Es muy grave. Planteémoslo en la dirección y allí lo discutiremos bien.

La dirección del Partido rechazó la acusación de Zlatić, tras el planteamiento que hice yo de ella, e incluso ni siquiera Koçi Xoxe pudo oponerse. A primeros de julio convoqué a Zlatić y mantuve con él una larga y agria entrevista, que por lo que recuerdo prolongamos durante dos días con interrupciones.¹

—Tanto con Koçi Xoxe, inicialmente, como después con Nako Spiru —le dije— ha planteado usted, digámoslo suavemente, la «observación» de que entre nosotros ¡está cristalizando una segunda línea en oposición a la del Comité Central!

—¡Sí, sí! —asintió Zlatić.

—Esta sería constatación suya —proseguí—, por lo que hemos entendido, se apoya en dos argumentos: **primero**, en que los precios debían haber sido unificados por nuestra parte en mayo y este asunto se pospuso hasta finales de junio y, **segundo**, que a final de mayo no se solucionó definitivamente el problema de los salarios, sino que se está solucionando algo más de un mes después, es decir en julio. ¿Es así? ¿No estoy equivocado?

—*Tako je, tako je!* —aceptó Zlatić lleno de fingida cortesía—. ¡Incluso les he entregado por escrito mis tesis sobre este problema! —añadió.

—¿Sigue manteniéndolas? —le pregunté.

—¡Por supuesto! —respondió.

—Entonces, lo siento —le dije con una cortesía que apenas podía ocultar la indignación que sentía—, pero se ha apresurado usted en sus juicios si es que dice con sinceridad lo que ha afirmado.

¹ Esta entrevista se llevó a cabo el 4 y 6 de julio de 1947.

—Por favor, me está usted ofendiendo —dijo—. Soy el enviado de un país y de un partido que han dado pruebas...

—Precisamente porque es usted su enviado me disgusta que rebaje su prestigio con semejantes acusaciones impermisibles y además contra un camarada tan joven.

Observé que un color se le iba y otro se le venía.

—¡Escuche, camarada Zlatić! —continué—. Tomemos las cosas con más calma y veamos cuál es la apresurada, su acusación sobre nuestra línea, o la mía sobre su juicio precipitado y sin fundamento. Usted apoyó su acusación en el hecho de que dos problemas «centrales», el de los precios y el de los salarios, han sido solucionados por nuestra parte no a finales de mayo sino un mes y pico después, a comienzos de julio. ¿Por treinta días de retraso nos sale usted con acusaciones semejantes?! ¿Tiene lógica esto? Incluso un acto puramente formal, incluso el examen de una carta, se retrasa a menudo varios días, con mayor razón problemas de tanta importancia relacionados con la economía de todo el país. Somos amigos —continué—, hemos establecido distintos lazos que han venido ampliándose. Nosotros tenemos nuestros deberes en relación con el desarrollo y fortalecimiento de estos lazos, tal como ustedes tienen los suyos. Pero en la práctica sucede que nuestros camaradas no pueden hacer algunas cosas, hay desconocimiento, lentitud, negligencia, incomprensión. Pero vamos, idénticos fenómenos se producen entre sus camaradas. También en su país ha ocurrido y ocurre que, por una u otra razón, uno o diez problemas no se solucionan en el plazo previsto. Si abrimos los contratos se encuentran ejemplos a montones. ¿O no?

—*Tako je!* —repitió Zlatić como un papagayo.

—¿Entonces qué? —le dije—. ¿Vamos a acusar a su Comité Central de que existe una «segunda línea»? ¿Vamos a acusarles de que dicen una cosa y hacen la contraria? Ustedes se indignarían por esto, ¿o no?

Bajó la cabeza y escribía algo, pero esta vez su expresión preferida, «*tako je*», se le quedó entre los labios.

—Se trata, camarada Zlatić, de juzgar correctamente y

con la mente más serena. Nosotros no nos opondríamos en absoluto si nos plantearan problemas y argumentos verdaderamente serios, por el contrario, se lo agradeceríamos. Pero lo que usted presenta no son argumentos.

Vi que permanecía como paralizado y que esperaba otra ocasión para oponerse, por eso continué:

—Aunque juzgáramos una cosa importante el retraso de un mes, ¿ha considerado usted bien el problema de por qué se ha producido este retraso?

—¡Existen distintas razones! —dijo brevemente.

—¡De acuerdo! —continué—. Yo voy a enumerar las mías y después añade usted las que me deje en el tintero. Por lo que a nosotros respecta, si ha habido algún retraso, esto ha ocurrido porque nuestros camaradas de la base, incluso del centro, están aprendiendo ahora las cuestiones relacionadas con los precios. ¿Tiene usted en cuenta el hecho de que hace dos o tres años la mayoría de los que ahora se ocupan de la organización del estado en nuestro país, apenas sabían leer?! Incluso, como este problema estaba relacionado con un acuerdo entre nuestros dos países, nosotros hemos movilizad o a las mejores fuerzas de que disponemos en la economía para realizar este trabajo en el plazo debido. ¡Y sólo porque nos hemos retrasado un mes usted nos acusa de que tenemos una «segunda línea»! Nuestro punto de vista es que a causa de este retraso no podemos deducir que exista una deformación de la línea o una segunda línea. Puede existir cualquier otra cosa, pero de ningún modo una segunda línea. Esto —le dije— no es sólo mi opinión. He planteado mi opinión en la dirección de nuestro Partido, presenté también sus «tesis» y los «argumentos» que usted aduce y todos los camaradas los han rechazado como sin fundamento, como fuera de lugar.

Levantó la cabeza del pedazo de papel donde tomaba notas, me miró con insistencia y estuvo a punto de preguntarme: «¿De verdad todos de acuerdo contigo?!»

Pero ocultó de nuevo las garras y no abrió la boca.

—A pesar de todo —continué—, la causa principal del

retraso no está, ni mucho menos, en nosotros, ni en nuestro desconocimiento ni en nuestra negligencia. La causa principal está en ustedes, en sus camaradas, comenzando por Sergej Krajger, como principal representante de la parte yugoslava para el desarrollo de las relaciones económicas con nosotros e incluyendo a todos sus colaboradores aquí y al resto de sus camaradas en Belgrado.

—¿Cómo puede hablar así? —rompió su silencio lleno de soberbia el zorro Zlatić—. Está usted arrojando barro sobre nuestra ayuda y nuestros sacrificios, usted. . .

—En lo más mínimo —le corté— y dejemos las consideraciones generales. Refirámonos a los hechos:

Usted sabe que ambas partes comenzaron a discutir el problema de la unificación de los precios y los salarios a finales de enero o comienzos de febrero de este año. En febrero solicitamos saber cómo se igualarían los precios entre Albania y Yugoslavia. Krajger junto con uno de sus ayudantes, Perović, nos presentó a principios de marzo algunas listas sobre la unificación de los precios y se acordó que comenzaríamos el trabajo conjunto para establecer la estructura de nuestros precios. Pero sus camaradas retrasaron este asunto hasta finales de marzo. Los especialistas que enviaron se limitaron a pasear por Albania y no hicieron nada. Esto estaba obstaculizando la elaboración de nuestro plan y de nuestro presupuesto. Krajger insistía en que nuestros precios fueran establecidos sin más ni más, desde Tirana, y nosotros, incluso también los ayudantes de Krajger, decíamos que esto debía hacerse en el terreno concreto. Se acordó hacerlo así, ir a las empresas, pero sus camaradas preferían Belgrado al terreno albanés. Volvieron a Tirana a finales de abril, pero ahora con una nueva propuesta: ¡Que no se hiciese una unificación estereotipada de los precios en los dos países, sino que se avanzase sobre la base de una estructura común de precios! Nosotros estudiamos sus nuevas proposiciones, que nos parecieron más correctas, y en los primeros días de mayo reunimos a todos nuestros economistas y

les mandamos a la base. Se encomendó a nuestros camaradas que el trabajo de cuatro o cinco meses lo hicieran en menos de uno. A principios de junio terminamos nuestro trabajo como supimos hacerlo, y se lo entregamos a la parte yugoslava para que lo analizara. A mediados de junio nos lo devolvieron con una serie de nuevas observaciones y orientaciones, para cuya discusión nos harían falta como mínimo diez o quince días. Esta es la historia camarada Zlatić. Y usted conoce bien esta historia. Por eso tengo yo derecho a preguntarle: ¿Por qué sus camaradas nos dieron largas durante cuatro o cinco meses consecutivos? ¿Y con qué derecho descargan sobre nosotros su culpa?!

Ahora Zlatić apenas podía contenerse.

—Pueden buscarse y encontrarse las causas y razones —me dijo—. Pero yo insisto en que independientemente de sus planteamientos, estos problemas podían solucionarse más rápidamente. Nosotros ya habíamos estudiado en Yugoslavia el modo de establecer los precios y no había por qué ahondar en estudios y análisis en las empresas aquí. Bastaba con aplicar nuestros precios sin necesidad de atravesar todas las etapas.

—¡Perdone —le dije—, pero por lo que sé usted es también especialista en economía! ¿Cómo pueden establecerse los precios de nuestros artículos igual que en Yugoslavia cuando las condiciones de producción, las materias primas, la cualificación de los obreros, el rendimiento, el nivel tecnológico, etc., etc., son completamente distintos?!

A pesar de todo, la diplomacia hace milagros. Zlatić supo cerrar la boca y no soltó una sola palabra.

Continué con argumentos semejantes probándole que igualmente en relación con las demás cuestiones, la unificación de los salarios; la cuestión del presupuesto, de nuestro plan para el año 1947, etc., la culpa de las dilaciones no era en absoluto nuestra sino suya.

—Si está usted satisfecho de su trabajo, se equivoca —dijo Zlatić—. El cumplimiento del plan comporta una gran

responsabilidad ante nuestros pueblos, pero también ante el mundo democrático. Si no lo hacemos debidamente, el propio Stalin nos tirará de las orejas. Quiero decir que no han movilizado a los cuadros como se debe.

—No podemos presumir de haberlo hecho todo —le dije—. Somos conscientes de que nos hace falta más trabajo, movilización y conocimientos. Pero en cuanto a los problemas concretos que discutimos, nuestra movilización ha sido total. Ustedes nos han solicitado muchas cosas con insistencia y prisa, nosotros hemos embarcado a toda nuestra gente en estudios, listas, indagaciones, pero en cuanto logran algo, viene Krajger y plantea otras variantes, viene Kiro Gligorov y echa abajo lo anterior y da una nueva orientación, viene Perović y trae nuevas pilas de variantes y temas de estudio. ¿Entiende usted qué situación se nos crea?! En lugar de trabajar, nuestra gente se ocupa de estudios y de planes que no valen para nada. Y la culpa no es nuestra. Y, ya que ha mencionado a Stalin, estoy convencido de que si tiene que tirar de las orejas a alguien por lo que está ocurriendo, esas orejas no serán las nuestras.

—Son problemas complicados —retrocedió al instante Zlatić y observé un ligero temblor en su rostro—. Si se cambian las primeras orientaciones, eso se hace en favor de una orientación mejor, más justa.

—¡Estoy completamente de acuerdo! —le dije—. ¿Pero hasta cuándo?! Usted nos acusa de que tenemos «dos líneas» porque, no por culpa nuestra, presentamos la lista de precios treinta días después de la fecha fijada. ¿¿Qué debemos decir nosotros sobre ustedes que nos han retrasado el plan de 1947 hasta finales de abril, y que incluso ni siquiera hoy han precisado lo que nos entregarán y lo que no nos entregarán de los créditos que nos han concedido?! Usted sabe perfectamente que habíamos decidido que nuestro presupuesto debía estar aprobado en los primeros meses de este año. Kiro Gligorov nos prometió que nos enviaría un especialista financiero en el mes de abril. A estas alturas el problema de nuestro presupuesto aún no está solucionado, porque ustedes insisten en que pri-

mero lo vean sus especialistas, ya que la coordinación de los planes conjuntos lo requiere. ¿Qué debemos decirles nosotros por estos cinco o seis meses de tardanza y de obstáculos?!

La entrevista se prolongó largamente y hablé fundamentalmente yo sólo. Zlatić hacía alguna breve intervención, intentaba defenderse y repetía lo que nos había dicho en principio:

—¡Insisto en que están cristalizando dos líneas!

Cuando vi que incluso después de los argumentos detallados y completos que le presenté continuaba en sus trece sin presentar ningún argumento por su parte, o sin estar en condiciones de rebatir nada de lo que yo le expuse, le dije:

—Una cosa está más que clara: Por cuestiones simplemente económicas su acusación sobre las «dos líneas» no se sostiene. ¿No se referirá usted a otra cosa?

—¡He dicho mi opinión! —me respondió—. Después las cosas no deben verse simplemente como cuestiones económicas o como cuestiones políticas. Ambas están enlazadas. Ustedes, por ejemplo, para determinar sus precios no han adoptado las listas y la metodología que habíamos elaborado y que les entregamos nosotros. Sus técnicos y especialistas lo empezaron todo desde el principio. ¿Por qué? ¿No será que sus camaradas no tienen confianza en nuestras listas y nuestra metodología? Una cosa semejante obstaculiza todo el trabajo ya que no puede haber coordinación entre nuestro plan y el suyo si se actúa de modo distinto aquí que allí. Esto me parece mal. Incluso esta tendencia que está cristalizando expresa desconfianza hacia Yugoslavia. ¡Tengo también otros hechos que huelen a antiyugoslavismo!

—Está usted profundizando mucho el problema —le dije— y no sé si se trata únicamente de un juicio suyo. De lo que dice se desprende que las «dos líneas» no serían un problema que tenga que ver simplemente con nosotros, con la política económica de nuestra dirección, sino que sería un problema relacionado con ustedes. ¡Es decir, se desprende que entre nosotros habría una línea «proyugoslava» y otra «antiyugoslava»! ¿Eso es lo que quiere decir?!

—No de esa manera —intentó «suavizarlo» un poco Zlatić—, pero existen algunas manifestaciones, algunas tendencias que conducen allí.

—Juzga demasiado de prisa y llega a conclusiones erróneas y nocivas —le dije—. Nosotros tenemos una línea y sólo una, tanto para nuestros problemas internos como para las relaciones con los amigos, y en este caso con ustedes. Durante la exposición que le hice antes argumenté que por nuestra parte no ha habido nada que se oponga injustamente a sus opiniones, propuestas o peticiones. Ha sucedido lo contrario si es que permanecemos fieles a los hechos. No busque «anti-yugoslavismo» entre nosotros. Jamás podemos darle el nombre de «espíritu antiyugoslavo» o «proyugoslavo» a las justas discusiones, discrepancias o divergencias sobre distintos problemas, sean éstos económicos, políticos, técnicos, etc. Si usted tiene otros argumentos o hechos que le conduzcan a esta conclusión, díganoslo y lo discutiremos.

—No, no es el caso. Me atengo a lo que dije. Quiero solamente añadir que todo lo hago en favor de nuestra amistad. Mantenemos lazos especiales y debemos conservarlos y fortalecerlos. No nos vaya a ocurrir que unos cuantos técnicos o especialistas con pequeñeces y escrúpulos profesionales nos desorienten de la línea general.

— Por nuestra parte eso no ocurrirá nunca —le dije—. Pero también yo, ya que estamos cerrando esta entrevista, quiero repetirle: Manifiesto mi disgusto por el hecho de que continúe manteniendo una conclusión que ni debía haber presentado. En nombre de la dirección de nuestro Partido no la aceptamos porque es completamente errónea.

Sin más la entrevista finalizó y a mí se me fortaleció aún más la convicción de que los asuntos con los camaradas yugoslavos se estaban agravando y haciéndose más complejos. Se estaban metiendo con nosotros sin ninguna razón. Pero ¿¿por qué, me preguntaba, incluso después de nuestras aclaraciones detalladas y argumentadas, se obstinan en su posición?! ¿¿Qué ocultaba esta insistencia de Zlatić en la absurda

acusación sobre las «dos líneas»? ¡Y qué le había inducido hacernos esta presión precisamente en estos momentos?!

Toda la duda y la oscuridad que nos dejaron las acusaciones de Zlatić y la entrevista que mantuve con él, muy pronto comenzaría a dilucidarse.

Dos o tres días después de finalizar el encuentro con él nos llegó una de las más alegres noticias que podíamos recibir: Una delegación gubernamental de la RP de Albania encabezada por mí era esperada en Moscú. La salida debía hacerse alrededor del 12-13 de julio de 1947.

Comuniqué la noticia a Zlatić en vísperas de la partida y me causó profunda impresión la forma en que recibió la notificación: le temblaron un poco los músculos de la cara, se le tensaron las cejas y percibí que la sonrisa con que nos honró era fingida, como añadida a la cara con gran esfuerzo.

—Me alegro —dijo tranquilo y con frialdad—. Quizás tenga incluso la oportunidad de entrevistarse con Stalin.

Era el momento de añadir con ironía: «Para que nos tire de las orejas», pero me contuve. Sin embargo, sospeché que él debía saber desde antes, quizás antes que nosotros mismos, que viajaríamos a Moscú. Inmediatamente me vinieron a la mente una serie de interrogantes: ¿No sería que Zlatić nos había hecho todas aquellas acusaciones y presiones días antes, porque sabía que iríamos pronto a Moscú? ¿No era precisamente esta visita considerada por él como un gesto de «anti-yugoslavismo»? Tenía razones para sospechar todo esto y el tiempo confirmó que mis sospechas eran más que justificadas, incluso demasiado pálidas frente a la amarga realidad.

Nuestro deseo de enviar una delegación del más alto nivel a la Unión Soviética era un deseo ardiente, que hervía hacía tiempo en nuestros corazones. Como cualquier comunista yo personalmente esperaba con ansiedad la ocasión de ver la patria de la Revolución de Octubre que dirigió el gran Lenin, para conocer desde cerca la experiencia de los soviets, para aprender de ellos y escuchar desde cerca las palabras, los consejos o las observaciones del gran Stalin. Nosotros éramos sus discípulos, escucharíamos y respetaríamos celosamente cada

palabra que nos dijera. En pocas palabras, nuestro viaje a la Unión Soviética no era sólo un deseo, sino también una necesidad. Por la lucha que habíamos librado, por la línea que seguíamos, por el justo camino en el que combatíamos por conducir a Albania, pensábamos que merecíamos el honor de ir a la Unión Soviética. Esto se lo habíamos expresado a los camaradas soviéticos que estuvieron en Albania los primeros años, habíamos pedido también la ayuda del Partido Comunista de Yugoslavia, y más tarde, cuando se abrieron las embajadas de la Unión Soviética en Tirana y la nuestra en Moscú, de uno u otro modo les expresamos oficialmente nuestro deseo.

Las respuestas estaban llenas de sonrisas, pero las sonrisas no decían nada. ¿Por qué sucedía así?! ¿No había algún error en nuestra línea o en nuestro trabajo que constituía un obstáculo? No carecíamos de defectos, pero no encontrábamos ninguna causa que nos pudiera cerrar el camino. Además no comprendíamos algo más: En caso de que tuviéramos errores, ¿por qué no nos lo decían abiertamente, de comunista a comunista?

Más tarde nos enteraríamos de la verdad. Eran los yugoslavos quienes nos ponían obstáculos para ir a Moscú.

El propio Tito y su gente hacían lo imposible para que nuestro camino hasta Stalin estuviera cerrado el mayor espacio de tiempo posible, a ser posible para siempre.

Ellos se esforzaban por crear en todas partes la opinión de que ¡para nosotros el «centro» de todo era Belgrado, de que Tito era para nosotros «Stalin y más que Stalin»! Desgraciadamente esta propaganda no dejó entonces de hacer su efecto. No sólo los fieles agentes de los titistas como Koçi Xoxe, Pandi Kristo, etc., habían hecho suyo y difundían esto, sino que también en cierto número de camaradas se arraigaba la idea de que «es Tito quien puede ir a ver Stalin», mientras que nosotros «debemos sólo ir a ver a Tito», que «nosotros no tenemos por qué ir a Moscú, Tito va allí en nombre de Yugoslavia y Albania y habla con Stalin de sus problemas y de los nuestros».

La consigna «el camino hacia Moscú pasa por Belgrado»

estaba en boga en aquel período en los juicios y las opiniones no sólo de los yugoslavos, sino también de sus agentes en nuestras filas, incluso había logrado penetrar en algunos otros camaradas.

Al regresar de uno de sus innumerables viajes a Belgrado, viene un día Kristo Themelko a «informarme».

—¡Mejor que nos recibieron ya no podían hacerlo! —comenzó a decirme lleno de exaltación—. En una gran reunión de los dirigentes yugoslavos nos invitaron también a nosotros. Hablaban de las perspectivas de Belgrado y Tito dijo que Belgrado crecerá y se ampliará, que se transformará en el centro de los Balcanes. «Aquí vendrán, dijo, todas las nuevas democracias de Europa a adquirir experiencia.»

Era el tiempo en que se acababa de crear el Kominform y, como se sabe, su centro se estableció inicialmente en Belgrado, incluso se editaba allí su órgano teórico: *¡Por una paz duradera, por una democracia popular!* Esto les vino de perillas a Tito y compañía para presentarse a sí mismos y a Belgrado, en su propaganda, como el centro de los Balcanes y de Europa Central, casi, casi como «el centro de las democracias populares!». Aprovecharon este hecho, sobre todo en lo que respecta a nosotros, para cortarnos el paso a todo contacto con los demás países hermanos y mantenernos completamente atados a Yugoslavia.

¡Era asombroso! Cuantas veces planteábamos la idea de enviar alguna delegación a la Unión Soviética, a Bulgaria, a Checoslovaquia, etc., se apoderaba de los yugoslavos un nerviosismo que no podían ocultar. Y cuando finalmente alguna delegación de bajo nivel consiguió ir a alguno de esos países, «se la colocaba» o bajo la tutela o bajo la vigilancia mafiosa de los yugoslavos. Los objetivos ocultos de Tito respecto a nosotros y respecto a los demás requerían que incluso cuando habláramos a nivel internacional dijéramos lo que convenía a los yugoslavos, que repitiéramos lo que los yugoslavos nos dictaban en Belgrado. Y cuando no aceptábamos esta «práctica de trabajo» con apuntador, se desataban las protestas de la gente de Tito.

Así nos sucedió con una delegación cultural de la que formaban parte Nako Spiru, Nexhmije Hoxha y otros, que viajó a la Unión Soviética en mayo de 1947. Nuestra delegación aún no se había instalado bien en el hotel, cuando la embajada yugoslava en Moscú fue puesta en estado de alarma. El embajador yugoslavo solicitó una entrevista urgente con nuestro embajador en Moscú, más tarde el agregado militar yugoslavo llamó al agregado albanés, las mujeres de los diplomáticos yugoslavos se transformaron en la sombra de las mujeres de los nuestros, los estudiantes yugoslavos interrogaban a los estudiantes albaneses: «¿Por qué ha venido vuestra delegación a Moscú?», «¿con quién se han entrevistado?», «¿no estuvieron ayer con Molotov?», «nos han dicho que les ha recibido bien Mikoyan y que firmaron un acuerdo económico», etc., etc. Los radiogramas que nos mandaban nuestros camaradas desde Moscú nos desconcertaban y nos inquietaban. Y, como remate, pocos días después del regreso de la delegación a Albania, ¡el embajador yugoslavo en Moscú presentó de manera brutal una protesta ante nuestro gobierno por el viaje de una delegación cultural albanesa a la Unión Soviética! Calificó esta visita como ¡«una violación de los acuerdos establecidos con Yugoslavia» y ordenó que, en cualquier otro caso semejante, debía recibirse previamente la bendición de Belgrado!¹

1 Entre otras cosas, el embajador yugoslavo en Moscú se expresó textualmente así respecto a la visita de la delegación cultural albanesa a la Unión Soviética: «Debemos entendernos bien, nuestros dos países están ligados por un amplio tratado económico. Nosotros no comprendemos que cuando estamos ligados económicamente así, ustedes soliciten establecer otros acuerdos económicos y comerciales con otros países, no podemos comprender cómo emprenden semejantes acciones sin consultar con nosotros, sin entenderse antes con nosotros. Ustedes podrían establecer acuerdos así en el caso de que no los hubiesen concluido con nosotros. Estas actuaciones no son buenas, no debe obrarse así, esto no es compatible con nuestros acuerdos». (*Radiograma sobre la entrevista con el embajador yugoslavo en Moscú del 5 de junio de 1947. ACP.*)

De manera especial Tito y su gente hacían todo lo posible por cerrarme a mí cualquier vía de relación con los partidos y países hermanos y en primer lugar con la Unión Soviética. Como se supo después, ellos habían llevado «mi problema» hasta Stalin tergiversando y presentando del revés toda nuestra situación. Los mismos Kardelj y Djilas han testimoniado esto. En sus memorias escriben que cuando Tito fue a Moscú en 1946, Stalin le habría dicho: «Tengo algunas peticiones de Albania para que invitemos a Moscú a una delegación oficial encabezada por Enver Hoxha», y habría continuado diciéndole a Tito que «hemos vacilado hasta ahora, porque no les conocemos bien», porque «los albaneses tienen desacuerdos en la dirección», porque «¡los camaradas de allí nos solicitan enviar (!) junto con el Secretario General a Koçi Xoxe que es el secretario de organización!» etc., etc.

Si se ha desarrollado y cómo se ha desarrollado en verdad esa conversación, no lo sé y no puedo poner la mano en el fuego. En los encuentros que mantuve en 1947 y posteriormente con Stalin, él nunca me mencionó esta conversación que según se pretende habría sostenido con Tito y sus colaboradores. El hecho es que mis relaciones con Stalin fueron bastantes cordiales e íntimas, y Stalin era uno de esos hombres que no temen a la verdad, independientemente de cómo sea. Por eso incluso en el caso de que en aquel pretendido encuentro se hubiera mencionado el nombre de Koçi Xoxe, con seguridad lo habrían hecho Tito, Djilas y Kardelj. Estos sí, como prueba toda la historia, desde el final de la guerra hicieron lo imposible porque Koçi Xoxe lo encabezara todo. Como es lógico, no había razón para que Tito y Djilas se abstuvieran de servir a Stalin su opinión y sus sueños sobre su preferido, tergiversando la verdad. Y más tarde, para «desviar» la atención de la verdad, atribuyeron desvergonzadamente sus complots a Stalin, cuando Stalin no tenía ni idea de que en Albania existiese un tal Koçi Xoxe.

Pero el rumbo que tomaron las cosas hizo que el preferido de Tito, Koçi Xoxe, «gozara» ya en julio de 1947 del honor que se esforzaban por hacerle los yugoslavos: Mediante

la intervención de éstos desplazó a Nako Spiru y viajó a Moscú como subjefe de la delegación y tomó parte en los encuentros que mantuvimos con Stalin, pero durante todo el tiempo permaneció como una estatua. No dejó salir una sola palabra de su boca y recuerdo bien que Stalin no manifestó ningún interés por él. Si Stalin hubiese sabido algo hubiera dicho al menos una palabra, hubiera hecho una pregunta aunque sólo fuera para satisfacer su curiosidad sobre esta persona que representaba la «conciencia proletaria» del PCA!

Sobre las inolvidables entrevistas con Stalin he escrito con detalle en otro libro de memorias*, por eso aquí quiero subrayar otra cosa: la visita de nuestra delegación a Moscú en julio de 1947 serviría como un potente catalizador para que saliera a flote toda la basura que escondían los revisionistas de Belgrado en sus relaciones con nosotros. Esto se puso de manifiesto en cuanto regresamos a Tirana.

Aquellos días Zlatić se preparaba para regresar a Belgrado con el pretexto de realizar estudios sobre nuestro proyecto de plan quinquenal. Le informé del acuerdo sobre el crédito que nos había concedido la Unión Soviética, le hablé sobre todo de nuestras impresiones, de cómo nos recibieron los camaradas soviéticos, la gran alegría que sentimos al ver al camarada Stalin, a Molotov y a todos los demás dirigentes soviéticos, etc. El escuchaba todo esto con visible disgusto, con una frialdad de hielo. Le dije asimismo que nuestro embajador, Tuk Jakova, había partido expresamente para Belgrado con una carta para informar a Tito sobre el acuerdo suscrito con la Unión Soviética.

Zlatić marchó a Belgrado y con seguridad puso a Tito al corriente de todo eso y de hecho, aunque Tuk Jakova solicitó en tres ocasiones una audiencia con Tito, éste no le recibió.

Estas muestras de frialdad nos hacían reflexionar más profundamente. Nosotros habíamos regresado tras las entre-

* En el libro *Con Stalin* (Memorias). Ed. en albanés, Tirana, diciembre de 1979.

vistas con Stalin con mayor confianza y entusiasmo por la justa línea que habíamos seguido y seguíamos. El hecho es que ni Stalin, ni los otros camaradas con quienes nos entrevistamos como Molotov o Zhdanov, nos habían dicho nada negativo sobre Tito y su gente, pero asimismo no nos habían dicho tampoco nada especial en sentido positivo. Sólo cuando yo le mencioné a Stalin la violación de nuestro espacio aéreo por los aviones yugoslavos, me dijo:

—¿No está contento su pueblo de las relaciones con Yugoslavia? Es una cosa buena que tengan ustedes a la Yugoslavia amiga en la frontera.

Fuera de este momento no se mencionó una sola vez más ni a Yugoslavia, ni nuestras relaciones con ella. Pero por los problemas que planteamos y las opiniones que manifestó Stalin nosotros sentimos que existía una gran contradicción entre las orientaciones que nos daban los yugoslavos y las que nos dio Stalin. Stalin, por ejemplo, estaba plenamente de acuerdo con nuestra línea de llevar a cabo la industrialización socialista en Albania, de mecanizar la agricultura. Nos prometió y nos dio generosamente la ayuda que le pedimos, nos orientó respecto a la ampliación de nuestros lazos con otros países, sobre todo con los de democracia popular, etc., etc. Y, desde luego, la forma y el tono con que nos hablaba y nos aconsejaba Stalin no podía ni compararse con el tono autoritario y arrogante de los yugoslavos.

Todo esto lo analizábamos ahora con tranquilidad, hacíamos comparaciones y llegábamos a las deducciones debidas. Una de las primeras medidas que tomamos en este período fue la de orientar más claramente el proyecto del plan quinquenal que preparábamos. Este, naturalmente, se apoyaría en nuestras fuentes y posibilidades de entonces, pero en lo referente a las ayudas exteriores, no nos limitaríamos a las «promesas» y «orientaciones» de los yugoslavos. El crédito que nos concedió Stalin sería incluido en este proyecto.

Entre tanto estalló una verdadera campaña de presiones y de ataques de los yugoslavos contra nosotros. Tanto los fun-

cionarios de la legación yugoslava en Tirana, como los especialistas yugoslavos que trabajaban en los ministerios o en las empresas, expresaban abiertamente su disgusto, incluso ¡su «sorpresa» por el hecho de que hubiésemos llegado a establecer un acuerdo comercial con la Unión Soviética! Esta acción nuestra más que legítima, incluso tardía, era considerada por ellos como ¡una «violación del espíritu de los acuerdos albanos-yugoslavos», como un acto que nos traería la ruina! En un encuentro de «trabajo», el «enviado económico plenipotenciario» yugoslavo en Tirana, Sergej Krajger, les dijo con toda claridad a nuestros camaradas:

—Albania es como un reloj. No puede funcionar con toda clase de mecanismos. Algunos pueden ser mejores y otros peores, pero cualesquiera que sean, ¡deben ser de una sola marca! No unos yugoslavos y otros de otra producción. Ya que se ha sentado aquí una base yugoslava, ¡todo lo que se levante sobre ella debe ser exclusivamente yugoslavo!

La legación yugoslava en Tirana, por medio del encargado interino de negocios, un acérrimo enemigo de la Unión Soviética, Drago Kosmerlij, declaró oficialmente a nuestro regreso que «la política del gobierno albanés hacia Yugoslavia ha cambiado desde que el general Hoxha volvió de Moscú».

Escuchábamos todo esto con inquietud y amargura a un tiempo. Nos intranquilizaban aún más las noticias que llegaban de la base. Con precaución, tímidamente (y esto era comprensible), pero abiertamente, los camaradas de la base nos hablaban no de daños casuales, sino de daños premeditados y planificados por los especialistas yugoslavos. Por ejemplo, habíamos decidido y acordado hacía tiempo con la parte yugoslava que el primer tramo del ferrocarril Tirana-Elbasan se inauguraría el 7 de noviembre de 1947, en el marco del 30.º aniversario de la Revolución de Octubre. En agosto y septiembre la parte yugoslava nos presentó «argumentos» afirmando que esto no se podía conseguir. Por nuestra parte cum-

plimos dos y tres veces nuestras tareas, para no darles ningún pretexto al que aferrarse. Después de poner cien obstáculos, y de que nosotros los superáramos todos, nos dijeron:

—¡No hay traviesas!

Movilizamos todas nuestras fuerzas y las lanzamos con hachas a los bosques. Llegaron las traviesas, pero los yugoslavos no las aceptaron.

—¡No las han controlado sobre el terreno nuestros especialistas! —nos dijeron.

Cortamos otras y finalmente se garantizaron las traviesas. Presentaron otros pretextos. Entonces nuestros jóvenes, que estaban hasta la coronilla, les dijeron a los «especialistas» yugoslavos:

—El 7 de noviembre el tren pasará. Si faltan rieles o traviesas, estamos dispuestos a echarnos nosotros en el suelo y que pase el tren sobre nuestros cuerpos. ¡Pero no faltaremos a la palabra que le hemos dado al Partido!

Este maravilloso espíritu revolucionario de nuestra gente nos llenaba de confianza y de nuevas fuerzas para hacer frente a la multitud de difíciles problemas de aquellos años. No era ya el momento ni de dudar, ni de encontrar «justificaciones» y «argumentos» para encubrir la responsabilidad de los amigos. Estábamos cada vez más convencidos de que no nos las teníamos que ver ni con verdaderos comunistas, pero «que se equivocaban», ni con amigos.

Todo estaba por su parte bien calculado y coordinado. Había llegado el momento de reflexionar profundamente. Ya nos habíamos mostrado demasiado condescendientes, demasiado pacientes, demasiado sinceros en nuestras relaciones con ellos.

Les habíamos dejado pasar como errores de personas, de «especialistas», los grandes incendios del gas en Kuçova, la perforación de los pozos sin ningún criterio ni estudio, los obstáculos y retrasos de todo tipo en el ferrocarril, las pérdidas «en el camino» de millones de dinares de créditos (se nos

decía que «salieron de Belgrado pero no se sabe dónde han quedado»), la suspensión de los trabajos en la central hidroeléctrica de Selita,¹ la chatarra oxidada que descubrimos bajo el esmalte con que habían pintado las «famosas fábricas», etc., etc. Inicialmente, incluso habíamos considerado una locura de Zlatić la acusación que nos hizo sobre las «dos líneas» y el «antiyugoslavismo». Pero ahora todo se aclaraba. Se aclaraba que nos encontrábamos frente a una actividad sabotadora, antimarxista y antialbanesa, planificada y dirigida por los cabecillas de Belgrado con el fin de alcanzar sus viejos designios: Obstaculizar el desarrollo de nuestra economía y colocarla bajo su completa dependencia, desacreditar a nuestro Partido ante las amplias masas del pueblo como «un partido incapaz de gobernar por sí mismo el país y de regir los destinos del pueblo», desacreditar a la dirección del Partido como incapaz de hacer frente a la situación, y combatir a todos aquellos dirigentes que representaban un obstáculo para la consecución de sus planes. El otro objetivo era combatir la confianza y el cariño de nuestro Partido hacia la Unión Soviética, y concretamente mermar la confianza que teníamos en los consejeros soviéticos, desacreditar a éstos y obligarnos a solicitar que se marcharan. Esto traería consigo el aislamiento de nuestro país y de nuestro Partido respecto a la Unión Soviética y al campo socialista, crearía confusión y una mala opinión en los partidos hermanos y así, aislados y desorientados, caeríamos fácilmente en la trampa yugoslava.

Durante el verano y el otoño de 1947 los esfuerzos de Tito y su gente para lograr estos objetivos se hicieron más febriles que nunca. La primera acusación que nos fue presentada a través de Zlatić señaló la etapa preparatoria de esta ofensiva general. Nuestra decidida oposición ante la acusación, nuestro viaje a Moscú y las fricciones sin fin con los yugoslavos a causa de numerosos problemas tras nuestro regreso de Moscú, condujeron a la dirección de Belgrado a la conclusión de que

1 Más tarde se llamó central hidroeléctrica «Lenin».

no se debía esperar más. Existía el peligro de que Albania se les escapara de las manos. Se preparaba apresuradamente otro golpe, el mayor y el más peligroso hasta entonces, contra nuestro Partido y nuestro país.

VI

TITO PONE EN MARCHA EL PLAN PARA USURPAR ALBANIA

La segunda acusación de Tito. . . «El CC del PCY no está satisfecho de las relaciones con ustedes» ■ Fuerte debate con el enviado de la dirección yugoslava. Tito pretende transformar los «Balcanes federados» en una «potencia» en sus manos. La petición de que hagamos marchar a los consejeros soviéticos ■ En torno a la tristemente célebre Comisión de Coordinación ■ Tito decide quemar a su propio ex agente, Nako Spiru. Koçi Xoxe se toma la revancha. Nuevo empeoramiento de la situación en nuestro Buró Político ■ ¿Por qué se suicidó Nako Spiru? Belgrado reclama la eliminación del Secretario General del PCA ■ El desencadenamiento del brutal ataque contra el PCA, su dirección y la línea seguida. Koçi Xoxe y Pandi Kristo en acción para realizar los planes de Tito.

El período comprendido entre comienzos de noviembre de 1947 y marzo-abril de 1948 quedará en la historia como uno de los períodos más graves y peligrosos que hayan atravesado nunca nuestro Partido y nuestro pueblo. Fueron unos meses en los que nos encontramos frente a la batalla final

de los titistas por la eliminación del PCA y la anexión de Albania. Pero al mismo tiempo no era una batalla de especial importancia únicamente para los titistas. Era también una de nuestras más agudas y gloriosas batallas contra el revisionismo moderno.

Tito y compañía se lanzarían al ataque en un terreno que conocían al detalle. Los cinco o seis años de lazos recíprocos habían hecho que conocieran bien dónde tenían los puntos débiles y los fuertes, dónde tenían adversarios y dónde apoyos en nuestro seno. Lo contrario ocurría con nosotros. Acabábamos de llegar a la conclusión de que teníamos que vérnoslas con la dirección de un partido que no seguía un camino correcto y leninista, al menos hacia nosotros. Pero lo peor era que nuestra conclusión sobre que la dirección yugoslava se comportaba deslealmente y que aplicaba hacia nosotros una línea antimarxista y antialbanesa, en aquellos momentos no podía manifestarse abiertamente, ni siquiera en nuestro Buró Político. En el seno del Buró existía el lobby proyugoslavo encabezado por Koçi Xoxe que se esforzaba por tomarse la completa revancha. Esto nos obligaba a establecer y aplicar tácticas cuidadosas, bien pensadas, debíamos dar pasos adelante, pero la situación y el momento exigían además que en nuestras declaraciones dijéramos alguna buena palabra sobre los «camaradas» yugoslavos y la Yugoslavia de Tito.

Por otra parte, en esta etapa, como en todos nuestros enfrentamientos con los revisionistas yugoslavos, nos encontramos casi aislados frente a enemigos brutales y experimentados en la vileza y la maldad. Nadie se encontró a nuestro lado en aquellos graves momentos para decirnos si obrábamos bien o mal, si nos oponíamos justa o injustamente a los dirigentes de Belgrado. Naturalmente, cuando digo «nadie» me refiero a partidos concretos, a camaradas concretos de los partidos hermanos, porque no podemos negar la presencia de un gran factor que tuvimos constantemente a nuestro lado: el marxismo-leninismo. La confrontación de nuestras posiciones y acciones con la teoría-guía del proletariado nos decía que el único camino de salvación era enfrentarnos con energía, aun-

que con madurez y cuidado, al ataque de Belgrado. Pero tanto los momentos de entonces como nuestra aún escasa experiencia hacían que nos preguntáramos una y otra vez: «¿No nos estamos equivocando?». «¿No perciben también los demás, sobre todo la dirección del PCUS, lo que son los dirigentes de Belgrado?!»

En cualquier caso el filo de la espada estaba golpeando sobre nuestros huesos y no podíamos quedarnos cruzados de brazos. Nos vimos obligados pues a hacer frente solos al ataque de Belgrado. Todo esto haría que el desenlace de nuestro primer enfrentamiento con el revisionismo moderno fuera mucho más difícil y complejo que los demás enfrentamientos en que nos comprometeríamos más tarde. Como consecuencia, en esta primera confrontación nos veríamos obligados a pagar «tributo» al pasado, a nuestra excesiva confianza y sinceridad de entonces, a la falta de experiencia, a la falta del debido nivel ideológico y político, y a la falta de ayuda y de respaldo directo de los demás, etc. Por éstas y otras razones, durante un instante se pondrían seriamente en duda la existencia del Partido, la libertad y la independencia de la patria, la causa de la revolución y del socialismo en Albania.

Pero superaríamos todo esto con pleno éxito. Saldríamos vencedores del primer enfrentamiento directo con la variante titista del revisionismo moderno. Y cuando en abril de 1948 llegaran a nuestras manos las cartas del CC del PCUS dirigidas a la dirección revisionista yugoslava, nuestra satisfacción sería grande y legítima. En el contenido de principios de estas cartas nosotros vimos, entre otras cosas, la confirmación de la justeza de la lucha en que estábamos empeñados. Esto sucedía cuando no sabíamos nada de que la dirección del PCUS, encabezada por Stalin, llevaba tiempo desarrollando la misma lucha contra los renegados de Belgrado. Fue la fidelidad de nuestros partidos al marxismo-leninismo la que nos había conducido a la resultante común. Precisamente aquí, y en ninguna otra cosa, tiene su explicación la completa e inmediata solidaridad de nuestro Partido y de nuestro pueblo con las cartas del CC del PCUS. Aquí tiene también su expli-

cación otro hecho que «sorprendió» a muchos, la rapidez y la consecuencia con que ajustamos cuentas con los titistas. Pero esto corresponde al período final de esta batalla y hablaré más ampliamente de ello cuando le llegue el turno. Volvamos a los comienzos de la batalla.

La segunda acusación de Tito contra el PCA

A comienzos de noviembre de 1947 me llegó un pedazo de papel de Savo Zlatić en el que me decía que por orden del CC del PCY estaba encargado de sostener conmigo y «con el camarada Xoxe», una conversación «sobre algunos problemas de las relaciones albanas-yugoslavas». Después de transmitir la orden, como buen diplomático, no olvidaba concluir la carta diciendo que estaba «a nuestra disposición cualquier día» y, a la espera de mi respuesta, tenía la feliz oportunidad de presentarme sus saludos «de buen camarada».

Tanto la seriedad con que Zlatić daba la «orden del CC del PCY», como los «saludos de buen camarada» con los que cerraba los seis renglones de estilo telegráfico, me hicieron comprender que sus comunicaciones serían de suma importancia. Llamé a Koçi, le di la nota de Zlatić, y al día siguiente, el 6 de noviembre de 1947, nos encontramos frente al «buen camarada».

—Lo que voy a comunicarles —abrió la conversación con el ceño fruncido— son formulaciones sobre la base de las últimas deducciones del CC del PCY respecto a nuestras relaciones. Quiero decirles asimismo desde el principio que esto es del conocimiento de Tito y que les estoy hablando en nombre suyo.

Koçi Xoxe movió la cabeza y me miró. Quizás pensaba: «¡ahora ya no tienes salida!». Entretanto Zlatić comenzó:

—El Comité Central del PCY ha llegado a la deducción

de que nuestras relaciones no son satisfactorias durante los últimos tiempos. No son ni siquiera claras, en lugar de ser estrechas y sólidas. Se constata un relajamiento general de nuestros lazos que, sobre todo en la economía, son extremadamente endebles. Si consideramos nuestras sociedades mixtas, se producen allí tales enfrentamientos entre los socios que la comisión de arbitraje se ve obligada a intervenir a cada rato. La actitud hacia los técnicos yugoslavos es tan negativa, que una y otra vez se llega a actos que nos ocasionan grandes preocupaciones. Debemos decir que su gente, los albaneses, no aprovechan ni quieren recibir la ayuda de Yugoslavia. Hay gente que tiene miedo de nuestra colaboración y de nuestra ayuda.

En vez de mancomunar los esfuerzos para superar los obstáculos, existe por parte de algunos camaradas albaneses una actitud no amistosa hacia nosotros. Hablan constantemente de las obligaciones que debe cumplir Yugoslavia, pero su actitud es liberal frente a las obligaciones que deben cumplir ustedes mismos, los albaneses.

El Comité Central del PCY no está satisfecho con estas relaciones, que son muy negativas y planteamos la pregunta: ¿no es el enemigo quien desea esta situación?, por tanto, ¿no se está trabajando para satisfacer al enemigo?

Se me subió la sangre a la cabeza y traté de intervenir, pero Zlatić «me rogó» que le dejara concluir la comunicación de las conclusiones de la dirección de su partido.

—Estas relaciones —prosiguió Zlatić— han llegado a este grado por parte de ustedes precisamente cuando nueve partidos comunistas, miembros del Kominform, se han reunido y han decidido que se fortalezcan los lazos entre los países de democracia popular. Es verdaderamente asombroso e inquietante para nosotros que las relaciones con ustedes sean así cuando los demás países de los Balcanes y de Europa Central se están uniendo cada vez más estrechamente con Yugoslavia. Es una lástima que el partido y el gobierno yugoslavos constaten que sus lazos con Hungría y Rumania (por no hablar de Bulgaria), sean mucho mejores que con la pe-

queña Albania, con la cual nos une la lucha y todo lo demás.

Zlatic dejó sobre la mesa la hoja de papel que tenía delante y sacó el pañuelo echándonos una mirada como queriéndonos decir: «Ahora os tengo en el lazo». No sé por qué me acordé de la reunión del Buró de Odriçan, cuando el otro yugoslavo, Velimir Stoinic, se lanzó contra nosotros con la misma actitud y con acusaciones en esencia idénticas. Se repetía la historia. Como Zlatic prolongó mucho el intervalo de silencio pensé que no tenía más que comunicar en nombre de Tito, por eso me dirigí a él:

—Escuchamos su comunicación y en el momento debido le responderemos. Pero para que quede más claro quiero preguntarle: ¿Dónde apoya su dirección las conclusiones a las que ha llegado? Segundo, ¿ha analizado las causas que han llevado hasta este nivel las relaciones entre nosotros?

—¡Se lo explicaré todo! —respondió Zlatic—. No he terminado con las deducciones del Comité Central. Hemos estudiado bien la situación y vamos a hablar con las cartas boca arriba. ¿Preguntó que si hemos buscado las causas?! ¡Sí! Nuestra conclusión es que debemos buscar las causas de esta situación en la política que practica el gobierno albanés y sus organismos hacia Yugoslavia. Esta política, digámoslo abiertamente, antiyugoslava, se ha manifestado particularmente en el sector económico, donde la orientación de ustedes está en franca oposición a la línea establecida entre nuestros dos países.

Observé que a Koçi Xoxe se le iluminó la cara durante un instante. No sólo «su sector» quedaba fuera del golpe, sino que, y esto era lo mejor para él, éste se concentraba en el gobierno («sector» que según Xoxe y los yugoslavos me correspondía a mí) y sobre todo en la economía («sector» que según ellos le correspondía a Nako Spiru).

A partir de entonces Koçi Xoxe comenzó a tomar nota en los pedazos de papel que tenía delante. Los «amigos» estaban planteando oficialmente la plataforma sobre la base de la cual él podría actuar «legalmente», de acuerdo con su plan estratégico, para dar la vuelta a la situación en Albania.

Entre tanto, Zlatić nos ofrecía los «argumentos», los «hechos» en que se apoyaban las «deducciones» de Tito.

—Tomemos su proyecto de plan económico quinquenal —dijo—. Este proyecto carece de lo principal, es decir, no habla de nuestro crédito. Esto no se ve. El proyecto tiene un contenido autárquico y no tiene en absoluto en cuenta las relaciones económicas con nosotros. Supongamos que esto se pasó sin ser visto. Tomemos las orientaciones que se dan para el plan quinquenal. Esas orientaciones conducen a su economía a la autarquía. La industria, el ferrocarril, el puerto de Durrës, etc., están planificados con una capacidad desmesurada. ¿Qué es lo que no hay aquí? No se ha considerado la economía albanesa en su enlace con la yugoslava y tenemos la impresión de que esta orientación no tiene en cuenta los acuerdos con Yugoslavia y las directrices de los Comités Centrales de nuestros partidos. No estamos en contra de que el gobierno albanés haga su pan o desarrolle la industria ligera, pero no olvidemos que hoy tenemos obligaciones comunes y que sobre la base de ellas satisfaremos las necesidades de uno y otro. Lo que hacemos nosotros no tienen por qué hacerlo desde el principio también ustedes.

Mientras hablaba, o más exactamente, mientras comunicaba lo que Tito y la dirección yugoslava le habían puesto delante, me esforzaba con gran dificultad por contenerme. Por todo cuanto decía, la verdad se descubría aún mejor y salía plenamente a la luz; asimismo adquiriré aún mayor convencimiento de que las sospechas y conclusiones a las que habíamos llegado eran más que justificadas. Es poco decir que la dirección yugoslava actuaba pérfidamente con nosotros. Nos estaba diciendo abiertamente que el objetivo de los acuerdos firmados cerca de un año antes no era otra cosa que la integración de nuestra economía en la suya, es decir, su transformación en una parte, en un apéndice de la economía yugoslava, que, en caso de que se «desarrollara», lo haría como le interesara a Yugoslavia y tanto como deseara Yugoslavia.

No, nosotros no habíamos partido nunca de una base semejante, incluso cuando dudamos sobre esto en los primeros

momentos, alejamos la duda de nuestra mente porque no podíamos imaginarnos que un país socialista pudiera esforzarse y pretender colocar bajo su dependencia y sus garras la economía de otro país socialista.

El propio proyecto de plan quinquenal para el desarrollo económico y cultural de la RP de Albania elaborado por nosotros se atenía a la línea del desarrollo gradual, pero independiente, de nuestro país. Sinceros y convencidos de nuestra línea, habíamos enviado el proyecto de plan a los yugoslavos para que lo vieran, para que nos sugirieran sus opiniones y para que nos respondieran definitivamente sobre aquellas partes del plan que nosotros habíamos apoyado en un crédito de 20 ó 21 mil millones de dinares que nos habían prometido en la primavera de aquel año. ¡Y ahora resultaba que Tito y compañía estaban enfurecidos a causa de nuestra línea orientada a un desarrollo independiente de Albania!

La segunda acusación de que nuestro proyecto de plan era «autárquico» hacia aquí apuntaba. Pero éste era un ataque de carácter directo, por decirlo así, económico. Tras él se ocultaba el objetivo político: un plan «real», «ligado al plan yugoslavo», conduciría según ellos a la unión no sólo económica sino también política de nuestros países. Esto no es un simple razonamiento lógico. Zlatić había llegado tan hinchado que nos comunicó con toda claridad:

—En Albania existe una línea, una orientación —dijo— que no se corresponde con nuestros acuerdos conjuntos. Según su orientación no se camina hacia el fortalecimiento de los lazos, sino hacia su debilitamiento.

El CC del PCY insiste en que las relaciones de Yugoslavia con Albania deben caracterizarse en todo momento por la idea de que nuestra unión se haga más sólida y nuestra amistad camine hacia la fraternidad y la colaboración entre nuestros pueblos, incluyendo aquí a Bulgaria.

A causa de su atraso la economía albanesa no está en condiciones de desarrollarse por sí sola. La ayuda de Yugoslavia es necesaria. ¡El criterio para la concesión de esta ayuda no es que lo reciban todo listo y que se apoyen de manera

parasitaria en nosotros! Ustedes podrán avanzar si se unen más estrechamente a nosotros y nuestro Comité Central opina que la ayuda yugoslava será mayor ¡cuando llevemos a cabo una unión económica entre nuestros países!

¡He aquí pues hasta dónde había llegado la insensata temeridad de la dirección yugoslava! De forma abierta nos reclamaba ¡no la colaboración, no la ayuda fraternal y recíproca, sino la unión económica con Yugoslavia! Y lo más descarado era que querían mezclar a nuestro Comité Central en este vil comercio, en este mercado donde no se compraban ni se vendían mercancías, sino países, pueblos. Jamás nuestro Comité Central había impartido semejantes «directrices» ni había hablado de esta orientación de los asuntos. Me acordé al instante del período en que Nako regresó de Belgrado tras la firma del Convenio Económico. Me acordé de su pesimismo, de su falta absoluta de confianza en el Convenio, y de aquel extraño enigma, que me pareció que le consumía, pero que no me reveló ni entonces ni después. Nuevamente me pregunté: ¡¿No se le habrá planteado en Belgrado a Nako la cuestión abiertamente en este espíritu?! ¡¿No será precisamente éste su enigma?! Las descaradas declaraciones de Zlatić conducían a esta conclusión.

Pero no era ni el momento ni la atmósfera para contradecirle allí mismo. A causa de las dos o tres intervenciones que hice sobre lo que planteaba Zlatić, éste me dijo en tono de «patrón» y de superior:

—Camarada Enver, veo que muchas de estas cosas que le estoy comunicando le hacen reaccionar, pero yo no he solicitado el encuentro de hoy para discutir. Me han encomendado que hoy únicamente les comunique estas deducciones, que no son más sino de nuestro Comité Central. Yo se las comunico con detalle. Ustedes las estudian y las analizan después y cuando lo consideren conveniente me tienen a su disposición. Podemos discutir y debatir cuanto quieran.

—Desde luego así lo haremos —le dije—, pero hay algunas cosas entre las que ha dicho usted, que no podemos escucharlas con la sangre fría con que usted las comunica.

—Le ruego que no me interrumpa —dijo—. Así usted, independientemente de que esté de acuerdo o no con lo que le digo, al menos comprenderá correctamente la esencia de mi comunicación y esto facilitará las conversaciones que tengamos en el futuro.

Intervino Koçi y me dijo en voz baja:

—Enver, ¡son cosas graves hombre, no pueden quedar con una simple conversación aquí!

Convine en que escucharía con «sangre fría» a Zlatić mientras lanzaba sus colosales barbaridades con la idea de que inmediatamente después nos reuniríamos con los camaradas y daríamos la respuesta debida y merecida a las «conclusiones» antialbanesas y antimarxistas a que había llegado la dirección yugoslava.

Dejado en «paz», Zlatić prosiguió su comunicación. Para darnos a entender (aunque las cosas estaban claras) que la unión económica abarcaría numerosos planos y constituiría el paso principal para la «unión» en todos los demás terrenos, Zlatić no vaciló en comunicarnos también las siguientes «conclusiones» de Tito y su gente:

—Debemos considerar la colaboración económica no partiendo de que sólo vamos a levantar juntos la economía, sino que debemos tener claro que lucharemos y avanzaremos juntos en los demás campos, en la defensa, la cultura, la política exterior, etc.

Con este espíritu debemos enseñar a nuestros pueblos y no como han caminado ustedes hasta ahora. Tanto su plan autárquico, como la orientación general del desarrollo cultural alimentan en el pueblo la idea de encerrarse en sí mismo. Pero si alimentamos en el pueblo el sentimiento de una cierta independencia, antiinternacionalista, si puedo decirlo, de una independencia nacionalista, ¡no hacemos más que levantarnos contra nuestras bases comunes, es decir contra la unión!

«Era verdad lo que me escribía Nako cuando nós encontrábamos en la Unión Soviética», me dije nada más oír estas palabras de Zlatić sobre la «unión». Me acordé de la breve carta que me entregaron en Leningrado, en la que Nako me

escribía que en vísperas de nuestra partida para Moscú, Vukmanović Tempo (que se encontraba aquellos días en Tirana) le había dicho a Koçi Xoxe: «La unión de Yugoslavia con Bulgaria está lograda en principio. No es bueno que Albania se quede atrás». Pregunté inmediatamente a Koçi sobre la nota de Nako, pero Koçi me dijo: «No ha existido esa conversación. No tengo ni idea sobre ella». Dejé sin más esta cuestión, pero he aquí que ahora Zlatić nos estaba comunicando por su boca y oficialmente lo que Tempo le había dicho a Koçi entre bastidores. Inmediatamente hice la asociación: ¿acaso era fortuito que Tempo se encontrara en Tirana a principios de julio, en vísperas de nuestra marcha a Moscú? ¿De ningún modo! Tampoco era fortuito el encuentro que sostuvo con Koçi Xoxe y que me habían mantenido en secreto. ¿La agencia titista actuaba en 1947 exactamente igual que en 1943!

Eché una rápida mirada a Koçi Xoxe, que, sudando, se esforzaba por anotar el dictado de Zlatić. Hubiese deseado preguntarle: «¿Por qué me habéis ocultado esta idea y este plan de los yugoslavos? Y cuando te pregunté en Leningrado ¿por qué me mentiste con tanta desvergüenza?» Pero no era ni el momento adecuado ni existía la atmósfera conveniente para dirigirme al hombre que tenía junto a mí. Zlatić continuaba la «comunicación» de la dirección yugoslava sobre sus planes para la «unión».

No podía creer que se pudiese llegar a semejantes conclusiones y directrices tan profundamente hostiles y reaccionarias. Sin embargo la «condición» estaba puesta, debía escuchar impasible y saborear dos veces, primero en servio y después en albanés (la conversación se desarrollaba con intérprete), el veneno y la hiel que vomitaba Zlatić. Me contenía la idea de que inmediatamente tendríamos la oportunidad de responder a estas monstruosidades, por eso, dominando mi indignación me esforzaba por continuar escuchando la «comunicación». Pensé que la verdadera tortura que estaba experimentando no se prolongaría mucho, ya que Zlatić comenzó a exponernos la idea de Tito sobre el futuro de los

Balcanes. Según la dirección yugoslava, el primer paso debía ser la «unión económica» de nuestros países (incluyendo a Bulgaria) y después se darían otros pasos:

—La unión económica —comunicó Zlatić— constituirá de hecho la base de la futura federación. La Yugoslavia actual es su embrión, el núcleo de la federación. A continuación viene la cuestión de las fases, pero nuestra dirección opina que éste no es un problema actual. La «unión económica» es en la práctica la propia federación. Esto garantizará el verdadero progreso de nuestros países, que no se puede lograr de forma aislada. ¡Estando unidos nos presentaremos ante el mundo como una pequeña potencia!

Sobre esta base —continuó el lugarteniente de la «pequeña potencia» en Tirana— debemos plantear las cosas al pueblo. Por el momento debemos hablar con cuidado únicamente de la unión económica. En los demás aspectos mantenemos las apariencias formales de la independencia, mantenemos los ministerios de asuntos exteriores correspondientes, etc., pero con los cimientos federativos. Esta es, repito, la opinión a la que ha llegado nuestra dirección.

Creí que no le había quedado nada que decir, pero me apresuraba. La dirección de la «pequeña potencia» había entrado en todos los detalles y, convencida de que chocaría con resistencia, además de la «orden imperial», debía darnos también algunas «sinceras» aclaraciones y jurarnos que no había nada oscuro en sus negros pensamientos:

—Nuestro Comité Central —continuó Zlatić— no piensa presionarles respecto a estos problemas, pero consideramos que éste es el mejor camino para el rápido desarrollo de nuestras relaciones económicas mutuas. Cómo actuaremos después, eso ya lo veremos, dependerá de la voluntad del pueblo, del partido y del Comité Central. Esto puede ser tomado por algunos cuadros como una presión, pero ustedes deben aclarárselo a la gente. Deben ustedes comprender que Bulgaria puede arreglárselas por su cuenta, pero Albania no puede quedarse sola. Esto deben inculcarlo bien en la cabeza de la gente.

—¿Acabó? —le pregunté.

—No —respondió con el tono anterior—. Tengo otras dos cosas importantes. La primera está relacionada con una serie de nuevas medidas que propone nuestra dirección para aplicarlas en nuestras relaciones mutuas.

El Comité Central del PCY piensa que las actuales formas de organización de nuestra economía común no son suficientes, y si se dejan como están hoy, constituirán un verdadero obstáculo para la marcha de los asuntos tal como he señalado antes.

Presentó a continuación las propuestas concretas de la dirección yugoslava que, en esencia, se referían a la integración total de nuestra economía en la yugoslava. Entre ellas, sobre todo dos me causaron especial impresión:

—La planificación conjunta de la economía que vamos a hacer debe aplicarse con rigor, ¡y que no ocurra que sobre un proyecto establecido venga algún otro a dar consejos o elaborar proyecto sobre proyecto!

—¿Podría aclarar mejor eso —le pregunté— para que comprendamos a qué se refiere su dirección?!

Zlatić calló un instante y me miró con rabia reprimida.

—¡Usted debe haber comprendido de qué se trata —dijo— y no sé cómo tomar su intervención, camarada Enver! Se lo digo claramente, naturalmente como camarada, no deben ustedes colocarnos más en semejantes posiciones difíciles. La cuestión es que aquí no trabajan únicamente nuestros consejeros. Nosotros les hemos dado nuestra orientación sobre el plan quinquenal y, si se hubiesen apoyado en ella, el plan no hubiera salido autárquico e irreal. Le enviaron ustedes o fue él mismo a Moscú, el hecho es que Nako Spiru confió en los consejos de los soviéticos. Se violó nuestra orientación, se tuvo en cuenta la opinión de los demás y ya vieron qué plan les trajo Nako.

—Ese plan, en líneas generales, lo hemos discutido y aprobado en el Buró —le dije y añadí con intención: Ese no es el plan ni de Nako ni de los soviéticos. Es obra de la dirección de nuestro Partido.

—¿Y aún no se convence de que es erróneo, irreal, anti-yugoslavo y antialbanés? —se lanzó irritado—. ¿De qué hemos estado hablando hasta ahora?

—No hablábamos —le dije—, nosotros solamente escuchábamos. Hablaremos después de escucharle hasta el fin y de estudiar la comunicación de su dirección. Hasta ahora no hemos dicho nada.

—Entonces ¡¿por qué me interrumpe?! Desde este momento está usted mostrando que tendremos mucho trabajo juntos.

—No interrumpí. Pregunté para comprender mejor la esencia de su proposición.

—La esencia es ésta —dijo con irritación—. Si nuestros planes van a ser conjuntos, los consejeros soviéticos no tienen por qué darnos consejos. Sus consejos serán superfluos, independientemente de que sean nuestros entrañables amigos:..

—¿Esta es una opinión suya o de su dirección?

—La opinión de mi dirección es que no haya proyectos sobre proyectos, consejos sobre consejos. Lo que dije era una pormenorización de las deducciones para que les quedara claro.

—¡Está claro! —le dije.

La segunda propuesta que recuerdo (como dije nos presentaron muchas), se relacionaba con la «absoluta necesidad» de que se organizara mejor y se fortaleciera la Comisión de Coordinación.

—Esta comisión —dijo Zlatić— tendrá una función muy importante. Será como un órgano que enlace las repúblicas, sólo que en este caso concreto, estarán en su epicentro los lazos, la coordinación Yugoslavia-Albania.

—No quiero interrumpirle ni manifestar ahora mi opinión —le dije al instante a Zlatić—. Pero ¡¿puede aclararnos mejor qué papel atribuye su dirección a esta comisión?!

—Esta comisión —se mostró dispuesto Zlatić— será muy importante, será, según se nos ha dicho, una especie de gobierno económico conjunto que garantizará la dirección de esa política de que hablaba antes.

—De nuevo me queda algo no claro y debo interrumpirle

—le dije—. ¿Qué relación piensa su dirección que tendrá esta comisión con el gobierno de cada país?

Zlatic enrojció, calló un instante y después continuó:

—Yo les comunico lo esencial. Lo principal es que se establezca en principio la mejor organización de esta comisión adjudicándole importantes atributos, después ya veremos lo que hacemos. Los detalles no los conozco. No nos metimos en esos detalles que usted pide.

—Está claro —le dije.

Continuó con «propuestas» sobre el presupuesto. Nos dijo que en «Yugoslavia no se ha planificado nada sobre su plan», que «proponemos que se rechace el plan quinquenal autárquico», «que se rechace incluso la idea de cualquier clase de plan quinquenal» y que para el año 1948 «se elabore un plan anual» (!). «Nosotros les ayudaremos con tantos millones aquí, tantos millones allá, tanta maquinaria, tantos tractores, tantas mercancías de consumo», etc., etc.

—Estas eran las propuestas de nuestra dirección —dijo.

Estaba a punto de decirle lo que merecía que se le dijera, pero él se mostró más «rápido».

—Me extendí —dijo— pero como vieron los problemas son muy serios. Ahora tengo algo mucho más importante. Todo cuanto dije antes está relacionado con ambas partes, con ustedes y con nosotros. Ahora me resta la deducción final de nuestra dirección, que les concierne sólo a ustedes. El camarada Enver planteó con razón desde el principio la pregunta de si hemos estudiado las causas de la situación no deseable que existe en nuestras relaciones y yo le di una respuesta. Pero quiero detenerme especialmente aquí y comunicarles más ampliamente las opiniones de nuestra dirección.

La dirección de nuestro partido ha llegado a la conclusión de que en esta situación particularmente Nako Spiru y algunos de sus colaboradores han jugado un papel insólito y destructivo. Apoyamos esta conclusión, entre otras cosas, en los siguientes hechos: Cuando los grupos de trabajo de nivel ministerial plantearon el problema de la elaboración de su proyecto de plan quinquenal, Nako Spiru, como su delegado

principal, se declaró en contra de las orientaciones de las camaradas Krajger y Perović. En esencia, la oposición de Nako Spiru encuentra su reflejo en el proyecto de plan que ustedes han elaborado y aprobado. Nosotros creemos que Nako Spiru, de forma maliciosa, ha logrado engañar a los camaradas de su dirección o imponérselos por la fuerza, y así logró que su proyecto de plan autárquico y de espíritu antiyugoslavo fuera aprobado en líneas generales por ustedes y enviado a nosotros para que lo viéramos.

—Usted continúa hablando de grandes y serios errores y acusaciones, pero sólo con palabras o con «hechos» que no se sostienen —le dije—. Por favor, ¿dónde apoya lo que dice?! Segundo, desde ahora debo decirle que responsabilizan mucho a Nako Spiru. Según sus palabras resulta que nos ha dirigido a todos, a nuestro Buró Político y a nuestro Comité Central! Esto no se tiene en pie desde ningún punto de vista.

—En principio puede tener usted razón —se esforzó Zlatić por salvar la situación con «sangre fría», pero a veces sucede que una sola persona, cuando se tiene muy en cuenta su opinión, engaña a toda la dirección. ¡Desgraciadamente esto es lo que ha hecho con ustedes Nako Spiru!

—Es asombroso lo que dice —le respondí—. ¿En qué lo apoya?

—Nako Spiru —comenzó a decir Zlatić— les ha engañado a ustedes en relación con los pretendidos 21 mil millones de dinares que, según él, habíamos acordado concederles como crédito para el quinquenio. Nuestros camaradas no han hecho esta promesa, en nuestro presupuesto no figura nada de esto. La idea es que sea menos, así son las posibilidades.

—¿Cómo es posible? —le pregunté—. Esa cifra no se nos dio ayer o hace un mes. Se nos ha hablado de esos 21 mil millones desde el mes de mayo de este año, se ha hablado bastantes veces de ello y sólo hoy escuchamos que no es una cifra real. ¿Cómo no se opusieron antes?

—Yo digo lo que me han encomendado que comunique. Nako Spiru se ha inventado esa cifra.

—No es así —le dije—. Cuando se nos ha comunicado

esa cifra, en el mes de mayo, Nako Spiru se encontraba en Moscú. Se les ha comunicado a los camaradas nuestros que estaban en Belgrado.

—¡No debe usted defender a Nako Spiru! —me dijo Zlatić añadiendo con todo cinismo: tengo más cosas sobre él. De toda una serie de datos se desprende que Nako Spiru ha encendido la llama del antiyugoslavismo en Albania. Ha pretendido dañar no sólo las relaciones entre nosotros, sino también nuestras relaciones con la Unión Soviética y con el camarada Stalin.

Las barbaridades que soltaba contra Nako Spiru no tenían fin. Se metió en el ferrocarril, en la central hidroeléctrica de Selita, en el petróleo, en los olivares, en las obligaciones con el campesinado, etc., etc., y de todas partes sacaba a Nako como el hombre que con una tea en la mano pegaba fuego a Albania, e incluso era tan grande esta llama que el humo había llegado hasta Belgrado y nos había inquietado a Tito.

—En este espíritu y bajo la influencia de Nako Spiru han actuado y actúan también otros, y podemos decir que ahora la línea del antiyugoslavismo está cristalizada entre ustedes. Esto debe acabarse, por el bien común.

—Me mantengo en lo de que hoy sólo vamos a escuchar —le dije—, pero debo decirle una cosa. Estar o no de acuerdo con una, diez o cien orientaciones, conclusiones, etc., de su partido de ningún modo puede considerarse espíritu ni pro ni antiyugoslavo. El espíritu antiyugoslavo no debe confundirse con las críticas justas que hemos hecho. Ninguno de nosotros, ni tampoco Nako Spiru, ha partido nunca de la idea de dañar a Yugoslavia. Lo que nos ha comunicado constituye un pesado fardo del que no podemos hacernos cargo. Por favor denos argumentos sobre dónde radica, según usted, el «antiyugoslavismo».

—Se los daré en el momento debido y con detalle —dijo—, pero lo principal es que lo que he mencionado es muestra de antiyugoslavismo.

Calló un momento y añadió:

—¡Nosotros tenemos la convicción de que Nako Spiru desarrolla esta actividad antiyugoslava y antialbanesa como agente del imperialismo! Trabaja para los servicios extranjeros contra nuestros países socialistas.

Las últimas palabras de Zlatić me cayeron encima como un rayo, aunque esto sucedía en una atmósfera cargada de la que no podía esperarse más que rayos y truenos.

—¿Qué es lo que dice, camarada Zlatić? ¡¿En qué apoya tan graves acusaciones contra el camarada Nako Spiru?! —le dije.

—Yo comunico las deducciones de nuestra dirección —repetió—. Y para cerrar toda esta historia, el camarada Tito me encomendó que consideren bien estas cuestiones, particularmente la cuestión de Nako Spiru. Allí está la fuente de los males y allí debe comenzar la curación. Son cosas de la revolución. Y no se debe olvidar que él no ha actuado solo. Ha tenido y tiene, incluso en el Buró, en la dirección principal de su Partido, camaradas que le han apoyado y sostenido. Todo esto deben analizarlo bien. Se lo digo como hermano, porque les queremos y seguimos con inquietud su situación y la del querido pueblo albanés. Esto es todo.

Koçi Xoxe se había llevado las manos a la cabeza, sólo que por la forma en que expresaba su «honda conmoción» se tornaba completamente ridículo. Parecía un payaso trágico-cómico.

—Hemos escuchado su comunicación —le dije cortante y con una tranquilidad que hizo vacilar al propio Zlatić—. Todo es extraordinariamente grave y en el momento debido le daremos a su dirección la respuesta. Hoy sólo tengo una petición: por la propia importancia y el carácter delicado de los problemas que ha planteado, entréguenos por escrito la comunicación de su dirección.

—¿Por escrito? —saltó Zlatić—. ¿Y para qué le hace falta? He hablado con toda claridad. Si quiere les repito todo o las partes que no tenga claras.

—No! Para nosotros, hablo en plural porque creo que también Koçi comparte mi opinión, todo está claro. Pero que-

remos la comunicación por escrito, para que más tarde, tanto en nuestra dirección como en la suya no se vaya a decir que «esto lo dijimos así pero se comprendió así», «aquí la culpa la tiene el camarada Zlatić o el camarada traductor».

—No se inquieten por mí —dijo—, ¡me responsabilizo de todo!

—En cualquier caso, yo planteo esta petición como Secretario General del Partido Comunista de Albania ante su dirección. Usted, como un intermediario, debe satisfacer o transmitir esta petición.

—Entonces, ¡veamos esta petición! —«retrocedió» Zlatić—. Pero esto no puede hacerse hoy. Yo les formularé por escrito lo que les he dicho, lo enviaré a Belgrado para que lo vean, y después que ellos decidan. Yo sólo comunico.

Este fue en líneas generales el contenido de las «deducciones» de la dirección del PCY que nos fueron presentadas en noviembre de 1947 y que en la historia de nuestro Partido se conocen como «la segunda acusación de Tito contra el Partido Comunista de Albania».

Zlatić se levantó y marchó, pero dejó entre nosotros toda la inmundicia que había derramado. Mientras salía le repetí una vez más que esperábamos por escrito todo lo que nos había dicho y que después de ello plantearíamos en la dirección de nuestro Partido las «deducciones» de la dirección yugoslava y presentaríamos nuestra opinión acerca de ellas.

Pero el hecho es que no nos llegó la comunicación por escrito de Belgrado (Tito sabía dónde y cuándo era el caso de dejar documentos), aunque lo peor es que en aquellos momentos, incluso durante meses enteros, no le dimos a Tito y compañía la respuesta que merecían sus acusaciones tan profundamente hostiles, antimarxistas y antialbanesas.

Sobre el porqué y el cómo de esto hablaré más adelante. Quiero solamente señalar aquí que la acusación de Tito representaba de principio a fin uno de los actos más infames y odiosos que pueden haber salido alguna vez de las manos de los renegados al marxismo-leninismo. Más tarde, particularmente en el XI Pleno del CC del PCA en septiembre de

1948, en el I Congreso del PCA en noviembre de este mismo año, etc., analizaríamos, como todo lo demás, con detalle y madurez la acusación titista, y a la luz de los acontecimientos que le sucedieron, pondríamos en evidencia su esencia y sus objetivos hostiles y antialbaneses.

Sin necesidad de entrar en argumentos y detalles considero necesario poner de relieve de forma resumida nuestras conclusiones acerca de esta acusación:

Su objetivo principal era hacer de nuestro país la séptima república de Yugoslavia, subordinarlo a las órdenes de Belgrado, transformarlo en una colonia de Yugoslavia y que nuestra independencia fuese formal, cubierta y enmascarada con las fórmulas de la seudo independencia burguesa. La acusación tenía por objetivo separar a Albania del campo socialista, enemistarla con la Unión Soviética y arrastrar a nuestro Partido al camino antimarxista. Albania sería para los trotskistas yugoslavos el pequeño estado del campo socialista donde ellos harían el primer experimento para poner en práctica su línea traidora contra el socialismo. Habían estado trabajando desde tiempo atrás en este sentido, pero la resistencia de nuestro Partido no se había apagado y estaba muy lejos de apagarse. Nuestro Partido poseía una gran fuerza en sí mismo. Por eso los dirigentes yugoslavos debían trabajar con el fin de liquidar esta fuerza.

Para lograr este objetivo, antes que nada, calculaban someter la voluntad de nuestro Comité Central y del Secretario General del Partido, en quien ellos veían un gran obstáculo. Las bajas acusaciones de la dirección trotskista yugoslava dirigidas al Comité Central de nuestro Partido, antes que contra Nako Spiru se dirigían contra mí, ya que como Secretario General del Partido yo resultaba ser el responsable principal de la «política errónea» del Comité Central. Ellos conocían bien la situación en el Buró Político y en el Comité Central de nuestro Partido, estaban al tanto de las divergencias que existían entre los miembros del Buró, particularmente entre Nako y Koçi, así como de la situación que se había creado entre Koçi y yo. Ellos sabían asimismo que los puntos

de vista de Nako sobre las relaciones con Yugoslavia coincidían con los míos en todos los puntos en que eran correctos. Sabían de sobra que Nako no hacía nada en este sentido sin consultarme y sin contar antes con mi aprobación. Los yugoslavos, por tanto, habían apoyado sus cálculos en la situación que existía en nuestro Buró Político, situación que se debía, en primer lugar, a sus infames intrigas.

Esta es también la razón de que reclamaran que Xoxe asistiera a la comunicación de Zlati. Aquel sabía que gozaba del apoyo de los yugoslavos, y ahora se le decía: «Bueno, ya hemos puesto las cartas boca arriba incluso ante Enver Hoxha, ¡ha llegado tu momento, actúa!». Y Koçi Xoxe, uno de los personajes más negros y tristemente célebres en la historia de nuestro Partido, se tomaría ahora la revancha. El jugaría un papel antialbanés y antipartido de primera importancia en la puesta en práctica del plan titista.

Poco después, todo un cúmulo de hechos, de enfrentamientos y de ataques me convencerían bien de quién era Koçi Xoxe, en favor de quién y desde qué posición trabajaba.

La revancha de los agentes yugoslavos

Era el momento de que todo el Partido y su dirección, y en primer lugar el Buró Político, analizara con sangre fría y espíritu de principios las acusaciones yugoslavas, es decir, de que sacáramos a la luz pública, inicialmente su carácter injusto y su falsedad y después descubriéramos los verdaderos motivos y objetivos de los que partían los cabecillas de Belgrado. Con indoblegable espíritu revolucionario, pero también utilizando tácticas prudentes y cuidadosas, debíamos echar abajo una por una las acusaciones, que en esencia no eran sino los eslabones de una sola cadena, la cadena de la nueva esclavitud que nos amenazaba.

El tiempo no esperaba. El trabajo en nuestro Buró Polí-

tico debía comenzar inmediatamente. Pero aún antes de reunirse el Buró sabía que el avance resultaría muy difícil, incluso que podían creársenos situaciones graves y conducirnos a un callejón sin salida.

En el Buró continuaba faltando la necesaria unidad de pensamiento y acción, lo que se manifestaba sobre todo en los enfrentamientos sin fin Koçi-Nako. No tiene sentido mencionar aquí sus innumerables disputas sobre problemas grandes o pequeños, pero quiero decir que en todo este proceso que había venido desarrollándose en forma ascendente, me había formado la opinión de que Nako Spiru, independientemente de sus grandes defectos y debilidades, había logrado mantenerse en posiciones más correctas y de principios que Koçi Xoxe. En primer lugar Nako era mucho más dinámico en el trabajo, tomaba parte activamente en las discusiones y en el tratamiento de los problemas, me informaba a menudo y sabía atenerse a lo que era más importante. Nako se mostraba muy activo y franco conmigo particularmente en dos aspectos o terrenos: en el campo de la economía y en el de las «críticas» hacia los demás, particularmente hacia los sectores de que se encargaba Koçi Xoxe y las personas que se conocían como «allegados» de éste.

Por lo que se refiere a las discusiones sobre los problemas económicos (y aquí las relaciones con los yugoslavos ocupan un gran espacio), yo escuchaba a Nako, le aconsejaba, le orientaba y en general nuestras opiniones coincidían. Por lo que se refiere al otro campo, al de las críticas al «sector» de Koçi, era aquí donde observaba más que en ninguna otra parte la vieja enfermedad de Nako: la ambición enfermiza, los ataques desde posiciones personales y la tendencia a infravalorar o a marginar a Koçi Xoxe. Sin subvalorar los interminables defectos de Koçi, la verdad es que yo no tenía en cuenta ni apoyaba las «críticas» de Nako contra él, de igual modo que hacía con las «críticas» de Koçi contra Nako. Era evidente que ambos estaban dispuestos a derribarse mutuamente. Koçi Xoxe, por su parte, se había hinchado y engallado, pero siempre era una «puerta cerrada» para mí y para

el Buró. Ni siquiera planteaba problemas importantes de los sectores que cubría como secretario de organización y ministro del Interior, se los guardaba ya que eran «secretos» y en el Buró adoptaba sobre todo la pose de un árbitro que escucha, observa y toma notas.

De hecho no era «retraído» ni «inactivo» como quería aparentar. Trabajaba incluso mucho, pero a espaldas de la gente, en la oscuridad, rodeado del secreto del Ministerio del Interior y del «sector» de los cuadros.

Sólo se mostraba «activo» en el Buró cuando se trataba de criticar algún aspecto relacionado con los sectores de que se ocupaba Nako, y aún se mostraba más «activo» cuando estaba a solas conmigo o cuando me llamaba aparte «para decirte una cosa que mis canales me han informado sobre ese Nako».

No puedo afirmar que en este período hubiera llegado a la plena convicción de que Koçi fuera agente de los yugoslavos. Sabía bien (y esto lo sabían todos) que era extremadamente amable con ellos, que asimilaba y aplicaba ciegamente todo lo que provenía de ellos, que era propenso a apoyar cualquier dislate suyo, sabíamos y veíamos asimismo que los yugoslavos le consideraban el preferido, el más próximo, pero creíamos que esto procedía del hecho de que Koçi les complacía, mostrándose siempre dispuesto y aprobándoles todo. Conocíamos, sobre todo yo, las continuas fricciones de Nako con los yugoslavos, la constante insatisfacción de éste frente a la actuación de los enviados de Tito, y, en esencia, yo encontraba en general correctas, de principios, las observaciones y críticas de Nako hacia los amigos. Yo mismo tenía las mismas observaciones sobre los yugoslavos y había llegado hacía tiempo a la conclusión de que no marchaban por un camino correcto.

Entretanto Koçi y Nako habían trabajado cada uno por su lado y se habían ganado sus propios «sostenedores» y «apoyos» incluso en las filas del Buró. Pandi Kristo y Kristo Themelko se situaban siempre del lado de Koçi, mientras que del lado de Nako estaban tres elementos que, tras la amplia-

ción que hicimos del Buró en el verano de 1946, no fueron aceptados como miembros, ni siquiera como candidatos, sino como «tres camaradas próximos al Buró». Se trataba de Liri Belishova, Mehmet Shehu y Fadil Paçrami. Hysni Kapo y Gogo Nushi eran dos de los nuevos camaradas más equilibrados y serios que fueron cooptados al Buró en el verano de 1946 y que no cayeron en las trampas de ninguna de las partes oponentes, sino que juzgaban y hablaban con madurez sobre los problemas que se planteaban. En cuanto a Bedri Spahiu y Tuk Jakova, de igual modo que antes, no jugaban ningún papel especial y mantenían más bien una actitud liberal, conciliadora. Podían inclinarse hacia ambas partes, pero preferían no estar ni con Nako ni con Koçi, incluso como dijeron ellos mismos en el VIII y en el XI plenos del CC «estábamos de más en el Buró». Con esto querían decir que habían permanecido al margen de aquellos «conflictos» y «entrebastidores».

Esta era, en líneas generales, la composición y la situación de nuestro Buró Político en los momentos en que debíamos actuar como un solo hombre, como un puño de hierro para hacer frente al peligro que nos amenazaba. Se entiende que no podíamos constituir un solo puño y que resultaba difícil que golpeáramos donde se debía y con la fuerza que se debía. Pero yo depositaba grandes esperanzas en algo esencial: Es verdad, pensaba, existen disensiones y rencores sobre distintas cuestiones entre estos camaradas, pero ahora que el Partido y el país se encuentran frente a graves acusaciones procedentes del exterior, deben encontrar la energía necesaria para dejar a un lado los rencores personales y para unirnos en la batalla que nos espera. En los embates de esta batalla fortaleceremos la deseada unidad.

En esencia este juicio era más que correcto, pero la base sobre la que lo había construido era errónea. Como dije, ignoraba que entre Koçi Xoxe y Pandi Kristo por un lado, y Nako Spiru por el otro, no se trataba simplemente de rencores o de «cuestiones personales», sino de cuestiones de espionaje. Eran viejos agentes de Belgrado. Tito y sus ca-

maradas habían calculado bien en la acusación que nos lanzaron esta ventaja que nosotros ignorábamos, que desconocíamos. Ellos conocían las divergencias en el Buró porque ellos mismos las habían sembrado y alimentado y las utilizaban como el arma fundamental que les daría el éxito en el ataque contra la línea de nuestro Partido. La táctica utilizada por los yugoslavos les decía abiertamente a Koçi Xoxe y a Pandi Kristo que esta vez «vuestra lucha contra Nako y el Comandante tiene fundamento: aquí está la mano del enemigo, Nako Spiru juega un papel sorprendente, Enver Hoxha le apoya al cien por cien, vuestro camino por tanto está ahora abierto, de modo que al ataque». Nako, de hecho, había dado un medio giro, se mantenía cerca de mí, consultaba más frecuentemente conmigo, no se sometía a las directrices de los yugoslavos y se apoyaba en los soviéticos; en esto tenía razón y le apoyaba yo también.

Koçi Xoxe vio en esta batalla que comenzaba el camino seguro hacia la realización de su viejo sueño. Nako Spiru para él se había acabado, sólo yo quedaba como obstáculo, pero en tanto que «sostenedor» de Nako, según él y los yugoslavos, yo debía sufrir la misma suerte. De este modo el fuego estallaría pronto en nuestro Buró Político.

Dos o tres días después de la acusación de Zlatić llegaron a mi casa, de «visita», Koçi Xoxe y Pandi Kristo. En cuanto entraron comprendí que habían discutido bien las cosas uno con otro. Sin acordarse siquiera de las fórmulas de buena conducta, comenzaron con los insultos y las acusaciones.

—¡Es una vergüenza! ¡Una vergüenza para nosotros el haber permitido que semejante elemento viva y juegue durante tan largo tiempo a la cabeza del Partido! —«se quejaba» Pandi.

—Hemos sido indulgentes, le hemos sobrestimado. Nos cegaba con sus cifras y su hipercriticismo —añadía Xoxe.

Estaba claro que todo esto lo lanzaban indirectamente sobre mí. La situación se hizo seria. Iniciada como una conversación supuestamente «entre camaradas», la fueron transformando poco a poco en una especie de reunión del Buró. Sólo estábamos tres, no se había llamado a los demás. Ellos

insistían en que llamáramos únicamente a Nako, para «ponerle al corriente y pedirle cuentas».

—Bien —les dije—, pero no hay que apresurarse. En primer lugar debemos reunir nuestros argumentos, discutir con los camaradas y plantear en el Buró las acusaciones de Zlatić.

—¿Con qué camaradas? —me preguntó Koçi—. ¿Con los del Buró? No estoy de acuerdo, camarada Comandante. La acusación no incluye sólo a Nako, sino a todo el clan de Nako.

—La acusación incluye no sólo a Nako, no sólo a su «clan», sino que se ha acusado gravemente a toda la línea del Partido y a su dirección. De ningún modo nos está permitido dejar al margen al Buró Político —les dije—. Primero deben analizarse y aclararse todos los problemas que se han planteado. Después se aclarará también allí la cuestión de Nako.

—¿De ninguna manera! —se lanzó lleno de rencor Koçi Xoxe—. ¿No viste lo que dijo el camarada Zlatić? «En el asunto de Nako Spiru radica el mal, de allí deben partir los análisis». Que cante de una vez Nako Spiru, que ya bastante ha hecho lo que le ha venido en gana.

—¿Camaradas! —les dije lleno de preocupación—. Nosotros conocemos las peleas y las escenas indeseables que se han producido no con poca frecuencia. Pero creo que ahora los problemas que se nos han planteado exigen que dejemos a un lado las rencillas, que reflexionemos sobre lo que es más importante. Debemos responder con argumentos si nuestra línea y nuestra orientación en general, y hacia Yugoslavia en particular, ha sido correcta o errónea.

—Todo el mal parte de Nako y de los sostenedores de Nako. A éstos es a quienes debemos depurar. ¡Así tiene que comenzar el análisis! —insistió Koçi Xoxe.

Me convencí definitivamente con dolor y amargura de que no actuaríamos unidos en la lucha que teníamos delante. Por si fuera poco Koçi y Pandi no hablaban simplemente como «oposición» a Nako Spiru, sino exactamente como si fueran enviados de los yugoslavos. Y en efecto así era. Aunque no estaba «presente», la dirección yugoslava manipularía por completo, a través de sus agentes, los «análisis» que estábamos iniciando.

Continuamos largamente el debate y cuando vieron mi decidida oposición, Xoxe se despojó de la capa de «suavidad» y lanzó otra bomba:

—Camarada Comandante, entendámonos de una vez: No olvide que siempre le hemos hecho observaciones porque «escucha mucho la opinión de Nako». No olvide que usted, naturalmente empujado por Nako, ¡ha insistido en el plan autárquico! ¿Todavía quiere que continúe la vieja línea? ¡Nos sorprende con esta insistencia! A fin de cuentas no hay razón para que continuemos escuchando a los enemigos en el Buró. Convoquemos al principal de ellos y los demás caerán después de él.

Continuaron los dos dando «argumentos» y haciendo presiones de toda clase. Me di cuenta de que para estos dos la acusación de los yugoslavos no era ya una cuestión del Buró ni de análisis. Todo estaba decidido de antemano y elaborado por Belgrado y por la embajada yugoslava en Tirana. Tras numerosos debates llegamos a un «compromiso»: No convocar directamente a Nako en el Buró y que allí se le descargara todo, sino informarle previamente sobre lo que nos había comunicado Zlatić, y después comenzar las discusiones. Ahora que me había convencido de que Koçi y Pandi estarían en pro de las tesis yugoslavas, adquiriría sobre todo una gran importancia la actitud de Nako Spiru.

A mediados de noviembre le convocamos (estábamos Koçi Xoxe, Pandi Kristo y yo) y le informamos sobre las acusaciones de Zlatić en relación con el «espíritu antiyugoslavo», sobre «su papel en la economía», pero sin mencionar la acusación de «agente del imperialismo». Nako nos escuchó sin inmutarse, encendió tranquilamente un cigarrillo (habitualmente con el que terminaba encendía otro) y cuando acabamos, para asombro mío, después de soltar hacia arriba una bocanada de humo, dijo:

—¿Ah sí? ¡¿Y vosotros os habéis impresionado?! ¡En dos semanas os hago a toda Albania proyugoslava!

Durante los 7 u 8 años que le conocía me había disgustado y desilusionado (como me había alegrado por sus aspectos positivos), junto a las palabras de elogio, muchas veces le ha-

bía hecho las más duras observaciones y críticas, pero la conmoción y la desilusión que sufrí tras este despropósito fueron de los más fuertes.

—¿Cómo te atreves a hablar así? —le dije sin poder contenerme—. ¡¿Qué es según tú esa Albania que en dos semanas nos la puedes transformar en «proyugoslava» o en «antiyugoslava»?! ¡¿Y quién eres tú para poder hacer tales prodigios?!

Se quedó paralizado al instante. A Koçi y a Pandi les brillaban los ojos de satisfacción y aguardaban a que estallara la disputa.

—¡Perdona! —dijo Nako, ahora repuesto—, no debí decirlo. Pero, cómo te diría, en mi trabajo no ha habido nada antiyugoslavo. He obrado según la línea del Partido en mis sectores. No he pretendido dañar las relaciones con los camaradas yugoslavos, únicamente he hecho observaciones o críticas por lo que no me ha parecido correcto. Vosotros no os habéis opuesto.

—¡Cómo que no nos hemos opuesto! —se lanzó Koçi Xoxe—, ¡incluso nos hemos peleado!

—¡No se trata de nuestras peleas! —le dijo Nako con sangre fría y clavó sus ojos en el rostro de Koçi Xoxe—, eso es otra cosa. Las acusaciones que se plantean son completamente distintas.

—Hacia allí apuntaban —le replicó Koçi—, sabía la clase de individuo que eres y por eso me oponía a tí.

—Si se trata de saber por qué tú te oponías a mí o por qué lo hacía yo contigo, eso merece todo un análisis —le dijo Nako con tranquilidad y con una mirada que por un instante hizo palidecer a Koçi Xoxe y le desorientó—, eso lo ha reclamado varias veces el camarada Enver.

—No Nako, nos referimos a lo que se nos ha dicho —le respondió Koçi Xoxe con suavidad, con miedo, como si se disculpara. Por un momento a los dos gallos de pelea se les cayeron los espolones.

—Eso que se nos ha dicho no me atañe sólo a mí —le devolvió Nako.

—Eso dijo el camarada Zlatiç, por eso te hemos llamado, para informarte y para ayudarte —le dijo Koçi Xoxe de modo completamente «casual».

El «repliegue» de las dos partes, particularmente de Koçi Xoxe que hasta hacía pocos minutos parecía dispuesto a matar a alguien, mostraba una vez más, sólo que con mucha mayor claridad, que entre Koçi y Nako existía un secreto, un delito, un enigma (para mí) que hacía temblar a los dos, que incluso los desarmaba por completo. Hacía años que sabía que se trataba de algo así, que allí estaba el cabo del ovillo, pero tenían tanto miedo que inmediatamente se replegaban y hacían una componenda momentánea para continuar sus peleas constantes. Quizás la nueva situación pondría finalmente todo al descubierto.

Continuamos así durante varias horas y después se acordó que planteáramos el problema en el Buró al día siguiente. Se encomendó a Nako que expusiera allí con calma, sin pasión ni prejuicios sus opiniones y argumentos sobre la cuestión del plan, de igual modo que haríamos los demás. Pensé que así el asunto tomaba un cariz correcto. Estaba convencido de que Nako sabría defender la justa línea que habíamos seguido, yo mismo le apoyaría y esto haría que el Buró se orientase bien y que juzgara con madurez.

Pero semejante marcha de los asuntos no interesaba a Koçi Xoxe, Pandi Kristo y su gente. Si se comenzaba por analizar los problemas principales podían perder la partida. Por eso, desde el principio de la reunión del Buró, inmediatamente después de que yo planteara en líneas generales la acusación de los yugoslavos, Koçi Xoxe se levantó y dijo:

—¡El camarada Comandante olvida una cosa! A Nako Spiru no se le acusa de que deformara la orientación de la economía por desconocimiento. ¡No, Nako Spiru ha hecho esto como agente del imperialismo! En este sentido debemos escucharle y analizar.

Nako se puso como la cera. Por vez primera vi como un tipo impulsivo como él que no podía tener las manos quietas, se quedaba clavado sin poder moverse. También yo me encontré en un aprieto y las palabras que lanzó Koçi me cogieron por sorpresa, ya que habíamos decidido que por el momento no mencionaríamos la acusación de los yugoslavos contra Nako como agente del imperialismo.

—¡El problema es extremadamente serio! —dijo Nako—, extremadamente serio. Más que un problema es una acusación. Todo esto es grave e inesperado para mí. En todo caso daré mi opinión.

—Te escuchamos —le dijo Koçi.

—No —dijo Nako—, me prepararé y responderé después.

—¿Qué vas a preparar? —le preguntó Pandi amenazador—. Explica aquí lo que has estado preparando durante años y nosotros te juzgaremos, el Buró.

—Quiero como mínimo 5 días para prepararme —insistió Nako.

—¿Para qué vas a prepararte? ¿Para ocultar las huellas? No, no te vamos a permitir que las ocultes cuando finalmente las hemos podido descubrir. La verdad, el mérito es de los camaradas yugoslavos que te han puesto al descubierto los trapos sucios —despotricaba Koçi—. Para mí, en «cochiencia» (hacia tiempo que para parecer preparado teóricamente había comenzado a utilizar palabras extranjeras, naturalmente mutiladas y dichas a su manera, hasta el punto de que hacía el ridículo. Pero la atmósfera era demasiado pesada para permitir siquiera una ligera sonrisa), para mí —continuó Koçi—, tú has sido así desde hace tiempo, ¡pero qué iba a hacer si los demás te escuchaban como si fueras el apóstol Pablo! El Secretario General verá dónde están sus propias responsabilidades y dónde las nuestras en tu antiyugoslavismo. . . Para ser breve —terminó Xoxe—, propongo a este Buró que veamos la cuestión de Nako Spiru no más tarde de las 8 de la tarde de mañana. La petición de Nako de que se posponga es una trampa, una tentativa de echarnos arena a los ojos y crearnos una situación grave.

—Por favor camaradas —intervino de nuevo Nako—, reflexionad y comprendedme. Sin prepararme no estoy en condiciones de hablar como se debe.

—Camarada Koçi —intervine yo— no te apresures ni con las palabras ni con los «ultimátums» sobre la hora en que debe reunirse el Buró. Estamos aquí, decidiremos cómo sea más justo. Tú has lanzado aquí sobre el tapete una de las

acusaciones de la dirección yugoslava que nos transmitió Zlatić, y sólo la que se relaciona con Nako, mientras que Zlatić nos presentó las conclusiones de Tito y sus camaradas sobre toda nuestra línea, de modo que el análisis y la discusión en el Buró deben comenzar desde aquí, sobre esto deben reflexionar y prepararse todos los camaradas del Buró. Naturalmente, Nako debe reflexionar más profundamente y prepararse más, pero —me dirigí a Nako— no tienes por qué necesitar 5 días.

Siguió un silencio y poco después Nako Spiru levantó la cabeza y preguntó:

—¿Habéis puesto en conocimiento de la legación soviética este análisis?

—¿Qué es eso de la legación soviética! —saltó Koçi Xoxe—, y además ¿qué nos dices tú? Nosotros somos un Partido, una dirección, no recibimos la línea de la legación soviética.

—No —dijo Nako pálido—, yo no digo que tomemos la línea ni de la legación soviética ni de la legación yugoslava, se trata simplemente de consultarnos.

—Nako —intervine—, aún no hemos hecho el análisis ni nos hemos consultado en el Buró. . .

—¡Nosotros sabemos con quién consultar! —le dijo Koçi—. Y no nos vas a enseñar tú. Bastante has hecho y deshecho a tu gusto. Ahora debes rendir cuentas, rendirlas hasta la última.

Calló un momento y después, como ante un gran descubrimiento, se dirigió a nosotros:

—Yo creo que debemos considerar seriamente la expresión de este elemento «consultar con la legación soviética». Se esconden muchas cosas en el cuadro del análisis que estamos haciendo. Según esta expresión, Nako piensa que si avisamos a la legación soviética ésta puede tomarle bajo su defensa y decirnos «no le hagáis nada». Supongamos que cumplimos la petición de los de la legación soviética. ¿Qué resultará? Se enemistarán dos grandes partidos, dos partidos hermanos, el glorioso partido yugoslavo y el *Vekepe*¹. ¡He aquí a

1 VKP(b) — Partido Comunista (bólichevique) de la Unión Soviética.

dónde nos quiere llevar Nako Spiru con sus infames astucias! —gritó Koçi—. ¡Aquí está también su antisovietismo!

—¿Cómo, cómo? —preguntó Nako con un hilo de voz pero a la vez con cierta ironía—. ¿También me acusas de antisoviético?

—Y por qué no. Antiyugoslavo, antisoviético, antialbanés, y de lo que quieras. Así eres. ¡Rinde cuentas! —gritaba Koçi mientras Pañdi Kristo aprobaba con la cabeza las sutilezas «políticas» del ministro del Interior.

Me di cuenta de que las cosas habían ido muy lejos y que era difícil que las pudiéramos afrontar correctamente. La mente complotadora de Koçi Xoxe estaba dispuesta a tramar cualquier intriga y a hacerte hacer todo lo que no habías hecho.

Creyó que había llegado el momento de que ya no decidiera el Buró ni el Secretario. El «general» tenía en sus manos el garrote. Decidimos continuar al día siguiente a las 8(20) de la tarde.

Antes de que se cerrara la reunión añadí:

—En la próxima reunión no permito que se hable en este tono y, que quede claro, analizaremos la línea, nuestro trabajo, y en este marco discutiremos también de qué y de cuánto es responsable el camarada Nako, pero no discutiremos sólo respecto a esta acusación que ha hecho Zlatić y que Koçi ha planteado aquí contra la persona de Nako.

Al acabar, me acerqué a Koçi y le dije:

—Por qué tantos bramidos hombre. Te has apresurado. La cuestión hay que plantearla y juzgarla con más tranquilidad y sangre fría.

—¡Ah! Enver, ¡nos esforzamos por aclarar las cosas a los demás. . . a los enemigos, y no nos aclaramos nosotros mismos! Te lo he dicho durante todo este tiempo: ¡Apoyas demasiado a Nako Spiru! ¡No le apoyes más, haz el favor!

—Yo no apoyo a Nako —le dije—, apoyo lo que me parece correcto.

Y así nos separamos para encontrarnos de nuevo al día siguiente, o para ser más exactos, por la tarde, ya que casi nos había dado la madrugada del 20 de noviembre de 1947.

No se podía ni pensar en conciliar el sueño. Estaba convencido de que no sólo todos los problemas se precipitaban por el camino más errado y tortuoso, sino que incluso simplemente desde el punto de vista de las normas más elementales que rigen la vida interna de un partido, se estaba actuando injustamente. Pero pensaba que lo que ahora tenía importancia era la resistencia de Nako Spiru. Tenía la convicción de que, en esencia, él no había cometido errores respecto al problema que se planteaba, tenía la convicción de que sus enfrentamientos con los yugoslavos eran, en este caso concreto, justos, inevitables. Pero ¿cuánto y cómo resistiría?!

No me gustó en absoluto su inmediata exasperación cuando le pusimos al corriente de lo que habían planteado los yugoslavos sobre el Partido y sobre él en particular. No me gustó tampoco su aturdimiento y el desconcierto que después se apoderó de él, ni el modo en que pidió 5 días para prepararse. En esencia pensaba que podía prepararse, si resultaba necesario, no 5 días, sino incluso más, pero la forma en que lo pidió, como rogando, como por misericordia, no me gustó. Conocía su temperamento impulsivo, lo que a veces le inducía a soltar palabras hirientes. Estos defectos, particularmente en aquellos graves momentos, no eran convenientes.

Cerca del mediodía llamó a la puerta Nako Spiru y entró. Estaba conmocionado, decaído y abatido por completo.

—Quiero rogártelo una vez más —me dijo—, comprende mi grave situación. Influye para que me den 5 días de tiempo.

—Escucha Nako —le dije—. Juntos hemos pasado tiempos y momentos muy difíciles. Hemos atravesado momentos en los que teníamos al enemigo enfrente y sabíamos cómo responder, pero también hemos atravesado otros en que teníamos al enemigo entre nosotros y no era fácil distinguirlo y golpearle.

—¿También tú crees que soy un enemigo? —dijo con los brazos colgando.

—No, ni lo digo ni lo he dicho nunca. Esa es una afirmación, una acusación, que proviene de otros, de otro partido. Se te ha dicho abiertamente. Bueno y ahora ¿debes echarle a

llorar? No, eso no te va a ti ni a ningún comunista. Debes rechazarlo. Debes dar tus opiniones, tus argumentos.

—Por eso vine, ¡para que me den tiempo para prepararme!

—Eso no lo decido yo —le dije—, lo decide el Buró. Escucha Nako, ¡para qué te hacen falta 5 días? Estamos entre camaradas, decimos las cosas como son. La única ayuda que puedo darte en esta situación es este consejo: habla abiertamente y con sinceridad. Ha llegado el día, Nako, de poner sobre la mesa todo lo que ha estado oculto, encubierto durante años. Ha llegado el momento (de que no sólo tú, sino todos nosotros, respondamos a las preguntas que he estado planteando continuamente: ¿Qué situación es ésta, por qué existe, es correcta, dónde están las razones, qué debe hacerse?! Ahora estás sólo tú en el banquillo de los acusados. Pero las críticas no se dirigen sólo contra ti. Son más amplias y más profundas. Responde a lo que se te acusa, con sangre fría y con valor, cualidades que a ti, confío, no te faltan. De este modo nosotros, el Partido, el Comité Central, estaremos en situación de juzgar correctamente y de dar las debidas respuestas a las acusaciones.

—Necesito tiempo para preparar, recordar y ordenarlo todo.

—Eso, ya te he dicho, no depende de mí, tú mismo estuviste en la reunión. Pero no todo acabará hoy. Empecemos por el análisis y después las cosas se aclararán una tras otra. Que se vea allí si eres tú, yo, Koçi o cualquier otro quien tiene razón o no la tiene. Esto es lo que puedo decirte.

—Lo intentaré —dijo y se marchó.

Pensaba que en aquella grave situación, la resistencia firme de Nako, el poner las cartas sobre la mesa y el sacar todo a la luz, sería quizás uno de los caminos de salvación principales y más seguros. Y aquí no se trataba de Nako, de mí o de cualquier otra persona. Como resultado de nuestra posición, del análisis franco y sincero de las cosas, saldría a la luz todo. Pensaba que la verdad quedaría así al descubierto y que el Partido y el pueblo se salvarían del peligro que les amenazaba. . .

Pero precisamente cuando creía que había llegado el mo-

mento y que estaban maduras las condiciones para que hiciéramos lo que hacía tiempo se debía hacer, para que hiciéramos lo que no me dejaron hacer en 1946, se abre violentamente la puerta y entra Koçi Xoxe:

—Te lo había dicho —gritó— es un enemigo, un canalla. Se ha matado y terminó como un perro. ¡Ahora confirmó que ha sido enemigo y más que enemigo!

—¿Quién? —le pregunté—. ¿Qué es lo que pasa?

—Nako Spiru se ha suicidado. ¡Terminó como merecía!

Hablaba con tanta rabia que no era difícil distinguir una alegría interna, profunda. Había desaparecido de la escena de los complotadores el único obstáculo para poder dirigir las flechas contra mí.

Para Koçi esto representaba un gran paso en dirección a su objetivo final. El suicidio de Nako Spiru me conmovió profundamente y tenía razones. Si él se consideraba a sí mismo inocente no tenía por qué llegar hasta el suicidio. El era el responsable principal de los asuntos económicos, y si tenía la convicción de que la línea yugoslava en la economía no era correcta, debía levantarse y defender nuestra línea, que él mismo consideraba correcta, sabiendo bien que tenía mi completo respaldo y apoyo. ¡No había hecho esto. ¿Era por miedo? ¿O por alguna otra causa? Aún más me hizo reflexionar profundamente su expresión: «En quince días hago a Albania proyugoslava». Vista con sangre fría, esta «expresión» me hizo pensar ¿no será que Nako hasta el momento, en las críticas que hacía (y que en sí mismas eran correctas), había partido de una base antiyugoslava? Se me planteó el interrogante ¿no será que se ha aferrado a los errores y posiciones deformadas de los yugoslavos, utilizándolos para objetivos y fines determinados, pero no de partido?

Nako Spiru habría ayudado mucho al Partido si hubiese descubierto las tramoyas de los titistas y el papel de Koçi Xoxe. Pero junto con esto habría descubierto sus propias faltas, y situado en esta encrucijada, no tuvo coraje. Colocó su «nombre» por encima de los intereses del Partido y se suicidó.

Transcurrirían muy pocos meses y se aclararía plena-

mente la verdad. Nako Spiru se había opuesto a los yugoslavos porque éstos habían dejado plantado a su hombre de Berat y en lugar suyo prefirieron a Koçi Xoxe. Entonces Nako volvió los ojos en otra dirección, hacia una «potencia» mayor que la yugoslava. Se unió con los soviéticos. Nosotros consideramos esta unión suya como algo más que correcto y normal, en favor de nuestra causa y del socialismo, pero Nako no lo veía así. él no lo había hecho movido únicamente por el respeto y el cariño. El consideraba su acercamiento a los soviéticos como un medio, como un camino para imponerse a los demás, sobre todo a Koçi, con el fin de desplazarle y ocupar su lugar. No sé qué papel jugaron los soviéticos (hablo de funcionarios de la legación soviética en Tirana y de los aparatchiks de rango bajo o medio en Moscú, con los cuales se había entrevistado Nako) en alimentar las ambiciones de éste. Sólo sé que, sobre todo los consejeros y especialistas soviéticos en Tirana, querían y preferían abiertamente a Nako Spiru, tenían en cuenta su opinión, de igual modo que hacía él con ellos. Pero el hecho es que jamás hubo ninguna intervención por parte de los camaradas soviéticos para favorecer a Nako Spiru. Después de su suicidio, uno de los camaradas de la embajada soviética, llamado Gagarinov, nos informó oralmente que Nako Spiru les había enviado una carta donde se decía que «tras las graves acusaciones que me hace la dirección yugoslava, me veo obligado a suicidarme. . . Esto es todo lo que se nos dijo. Los consejeros soviéticos, y sobre todo el consejero principal para asuntos económicos, Troicki, lloraron a Nako y no ocultaron su amargura, pero ante este acto, o para prevenirlo, no hicieron nada. Creo que los soviéticos no sabían nada de lo que ocurría, o que incluso si alguna de las personas del círculo de Nako les informó, no consideraron pertinente inmiscuirse en esta cuestión. Quizás Nako no planteó sin intención en el Buró «¿habéis consultado con la legación soviética sobre este análisis?» y por eso pidió 5 días de tiempo para prepararse, o para ser más exactos para gritar a Moscú «¡S.O.S.! ¡Salvadme!».

Pero posteriormente se confirmaría que la otra parte, los

yugoslavos, actuaron con precipitación y fueron ellos quienes condujeron a Nako Spiru a este acto vil e imperdonable. Informados por Koçi Xoxe de que Nako Spiru podía descubrir en el Buró todos los hilos del complot que se había iniciado en Berat y que continuaba actuando, los yugoslavos pusieron delante de Nako los documentos que probaban su condición de agente, en los que se manifestaba contra nuestro Partido y contra mí. Nako, juzgando como un pequeñoburgués en la grave situación en que se encontraba, pensó que perdería también mi respaldo y se vio en un camino sin salida.

Su final representó la obstrucción definitiva del único camino que nos había quedado para salir de la situación que nos habían creado los yugoslavos. Nako se llevó consigo a la tumba el secreto del complot tramado. Al mismo tiempo el final de Nako sería el arma más fuerte que utilizarían ahora los yugoslavos y sus agentes, Koçi Xoxe y compañía, para alcanzar sus objetivos. El camino para concentrar los golpes sobre mí estaba abierto.

Y para que quedara más que claro lo que pretendían los yugoslavos, al día siguiente del suicidio de Nako Spiru, Savo Zlatić abordó a Tuk Jakova y le dijo:

—Hay que tener mucho cuidado con lo que sucede en su Partido, porque en el nuestro han sucedido antes cosas idénticas. El secretario general de nuestro partido, Gorkiç, ha sido un traidor...

Todo esto estaba dirigido directamente contra mí. Savo Zlatić había recibido con esto su primera gratificación.

Los agentes de Belgrado, Koçi Xoxe, Pandi Kristo, etc., tomaron la bandera e iniciaron el más indigno de los ataques contra el Partido, contra su línea y contra mí. Dio comienzo el proceso de las «reuniones» y «análisis» interminables en el Buró, donde ahora predominaba y dirigía abiertamente Koçi Xoxe.

La crítica de los yugoslavos fue aceptada como correcta. Y no sólo esto, sino que los esfuerzos y correctos puntos de vista míos, de Nako y de otros camaradas se volvieron todos contra nosotros y fueron aprovechados para poner de manifiesto nuestra desconfianza en «la correcta línea del Comité

Central del Partido Comunista de Yugoslavia». Las tesis para la revisión del Pleno de Berat, mi respuesta a Savo Zlatić por su primera crítica, todo esto fue estudiado y utilizado para mostrar que tanto en mí como en Nako existía hacia tiempo desconfianza frente a Yugoslavia. Las acciones de la juventud en el ferrocarril y en otras obras fueron condenadas como actos hostiles contra los yugoslavos y contra la línea de nuestro Partido y fueron cargadas principalmente sobre las espaldas de Nako. Fueron rechazados como si nada todos los informes de nuestros órganos de control y de los camaradas del Partido en el ferrocarril y otros puntos. Todos los datos que probaban la exactitud de los justos puntos de vista de nuestra gente, fueron reunidos uno por uno para «probar» lo contrario, en el sentido que interesaba a los yugoslavos. ¡Nako entró a formar parte de las filas de los espías y de los traidores al Partido!

El Partido y la patria se encontraban en los más graves y trágicos momentos. Se estaba «trabajando» para plantear todo esto en el Comité Central del Partido y después a todo el Partido y el pueblo.

Precisamente en el colmo de esta sofocante atmósfera que a muchos les parecía sin salida, nos llega una buena noticia: Jorge Dimitrov, en nombre del partido y del gobierno de la hermana Bulgaria, invitaba a una delegación gubernamental de la RP de Albania, encabezada por mí, a visitar Bulgaria. La invitación era oficial, se hacía en respuesta a la petición hecha por nosotros tiempo antes, de forma que los yugoslavos, junto con sus agentes en el interior de nuestras filas, se encontraron ante el hecho consumado. Teniendo en cuenta los graves momentos que atravesaba nuestro Partido, se podía imaginar que la invitación no había sido hecha sin la sugerencia de Stalin, como contrapeso a las maniobras de los yugoslavos. En cualquier caso la euforia general y la seguridad de que las cosas marcharían como ellos pensaban, hicieron que los yugoslavos se «retiraran»: pospusimos los análisis para más tarde e iniciamos los preparativos para marchar a Bulgaria.

VII

NUESTRA PRIMERA VISITA A LA RP DE BULGARIA

Koçi Xoxe es encargado por Ranković de controlar nuestra actividad

Invitación de Dimitrov para visitar la RP de Bulgaria ■ Una breve escala en Belgrado. Visita a Tito ■ Ranković convoca a Koçi Xoxe a un encuentro secreto. Se le encomienda controlar nuestra actividad ■ Emocionante recibimiento en Sofía ■ Las conversaciones oficiales ■ Cena junto a Jorge Dimitrov. Incidente a medianoche ■ Finalización de las conversaciones oficiales en Kritchim. Jorge Dimitrov: «Mantened limpio el Partido. Que sea revolucionario, proletario, y todo os marchará bien» ■ El paso por Belgrado — Tito en Rumania ■ Regreso a la patria.

La República Popular de Albania, nada más salir de la heroica Lucha de Liberación Nacional, hizo todos los esfuerzos posibles para establecer estrechos lazos de amistad con la Unión Soviética, la República Popular Federativa de Yugoslavia, la República Popular de Bulgaria y todos los demás países de democracia popular de Europa.

La Lucha de Liberación Nacional y la sangre derramada en ella por nuestros pueblos contra el enemigo común, estaba en los cimientos de esa gran amistad que cultivábamos y que nos esforzábamos por realizar, por ver viva y por

fortalecer de forma constante con todos los países amigos y pueblos hermanos. Por nuestra parte, a pesar de los grandes sacrificios que hicimos (luchando solos en nuestro país y liberándolo con nuestras propias fuerzas, combatiendo también más allá de nuestras fronteras estatales para contribuir a la liberación de Yugoslavia), valoramos correctamente la grande y decisiva contribución liberadora del Ejército Rojo, así como la contribución del Ejército de Liberación Nacional de Yugoslavia, etc. Los demás minimizaron nuestra lucha y, explotando el correcto planteamiento, en la línea marxista-leninista, del problema por nuestra parte, utilizaron esto como si «ellos lo habían hecho todo» y «sin ellos nosotros no habríamos hecho nada». Albania era para ellos el niño al que había que alimentar con biberón, al que había que mantener bajo la tutela patriarcal y cuya voz no tenía por qué escucharse en el concierto de la política de los demás países de democracia popular. Como he dicho, durante los primeros años, este espíritu de menosprecio hacia nosotros se sentía fundamentalmente en las posiciones de los dirigentes yugoslavos, que actuaban así no sólo porque fueran megalómanos sin escrúpulos, sino también por los negros objetivos que perseguían en relación con nosotros. Ellos solicitaban de los demás un simple «reconocimiento» oficial de Albania sobre el papel, declaraciones y sólo desde lejos, pero de ningún modo querían que este reconocimiento se concretara en lazos multilaterales y recíprocos de nuestro país con los demás países de democracia popular, incluyendo aquí a la Unión Soviética. Esta política antialbanesa de Belgrado dio hasta cierto punto resultado. El hecho es que los países amigos de democracia popular nos reconocieron oficialmente en 1945 y 1946, pero en realidad nos reconocían desde lejos, y lo que es aún peor, a través de la «presentación» que hacía en nuestro nombre Yugoslavia.

Inicialmente se desarrolló y se permitió un espíritu y una práctica semejantes, aunque no por nuestra parte. Desde luego este espíritu tuvo sus altibajos, tuvo frenazos y rechinar de dientes, hasta que el nudo gordiano fue cortado con la espada. Pero no nos anticipemos. Hay que decir que Yugo-

slavia y Tito estaban interesados en mantenernos aislados, con seguridad habían maniobrado y continuaban maniobrando entre bastidores en dirección a Bulgaria, y tuvieron éxito hasta el momento en que nos llegó la invitación del gobierno y del Partido Comunista Búlgaro, en nombre de Dimitrov, para que nuestra delegación viajara a Sofía.

La invitación de Dimitrov fue recibida con gran entusiasmo por nosotros cuando la presenté para su discusión y aprobación en el Buró Político y en el gobierno. En la pesada atmósfera de aquel período era como un día claro tras una noche cerrada y amenazadora. Se me encargó que preparara la formulación y puntualización de los problemas que íbamos a plantear, los asuntos técnicos y otros, la formación de la delegación y la puesta al corriente de los embajadores de los países amigos.

Convoqué primero al embajador búlgaro, a quien di las gracias nuevamente junto con la respuesta oficial de aceptación. Quedaba únicamente que decidiéramos juntos la fecha exacta de la partida.

Llamé después al embajador soviético y le puse al corriente también a él. Me dio a entender que le habían avisado desde Moscú. Yo no tenía ninguna duda sobre esto, incluso pensaba que una acción así no podía emprenderse sin contar también con el consejo de Stalin. Esto representaba una especial garantía para nosotros. Pero pensábamos que también los yugoslavos podían estar enterados. En todo caso, convoqué también al embajador yugoslavo y le puse al corriente. El me escuchó, tomó nota y me dijo que informaría inmediatamente a su gobierno en Belgrado. Noté que la noticia no le agradó y, por lo que capté, no estaba al tanto.

—¿Está al corriente de esto el embajador soviético? —me preguntó.

Le respondí que le había informado. Le dije asimismo que hablaríamos más tarde, cuando estableciéramos con los búlgaros el día de la partida.

—Pasaremos por Belgrado y pediremos su ayuda —finalicé.
El me respondió:

—¡Cómo no!

De este modo, «bien» y «camaraderilmente» me despedí del embajador yugoslavo, aunque me imaginaba que los yugoslavos no podían estar satisfechos de que se interrumpieran nuestros análisis y se pospusiera la «cuestión albanesa» que ellos tenían en el orden del día.

Comenzamos los preparativos, los acabamos y partimos para Sofía, a través de Belgrado. La delegación la encabezaba yo y como miembros principales figuraban Koçi Xoxe, Hysni Kapo y Kristo Themelko.

Estaba extraordinariamente contento de viajar a la Bulgaria de Dimitrov. También Hysni sentía esta gran alegría. Aparentemente Koçi y Kristo Themelko parecían saborear el mismo sentimiento (aunque más tarde se vio que no era así). Era la tercera vez que abandonaba la patria y marchaba en una delegación oficial a países hermanos y amigos: la primera vez fuimos a Belgrado a ver a Tito; la segunda a Moscú junto a Stalin y ahora marchábamos hacia Sofía a encontrarnos con Dimitrov.

El cariño y la simpatía de nuestro pueblo, nuestro Partido y nuestro gobierno hacia Bulgaria y su destacado dirigente Dimitrov eran inmensos. Estos sentimientos tenían sus cimientos en las antiguas tradiciones históricas de amistad que se fortalecieron durante la Lucha de Liberación Nacional, independientemente de que los lazos y contactos entre nosotros y los guerrilleros búlgaros fueran escasos durante ella. Particularmente la gran figura de Jorge Dimitrov nos ligaba estrechamente en una unidad política e ideológica indiscutible. La ideología marxista-leninista que inspiraba a nuestros partidos era el nudo de acero que nos unía en todas nuestras acciones.

En el pasado, cuando el pueblo albanés combatía contra la codicia y el terror servios, éramos amigos del pueblo búlgaro, nos queríamos, nos respetábamos y nos ayudábamos uno a otro. Patriotas y combatientes de nuestro Renacimiento Nacional encontraron asilo y ayuda para su lucha en el seno del pueblo búlgaro; en Sofía se habían creado sociedades

patrióticas albanesas y allí se imprimían libros y revistas en albanés que entraban clandestinamente en Albania. Incluso durante las guerras balcánicas nuestras guerrillas del Renacimiento mantenían estrechas relaciones de combate con las guerrillas insurgentes de aquellas tierras, realizaban acciones conjuntas y se amparaban unas a otras. De modo que históricamente y desde tiempo atrás los lazos entre nuestros dos pueblos eran muy amistosos. La Lucha Antifascista de Liberación Nacional común fortaleció todavía más estos lazos, aunque, como decía antes, no tuvimos lazos directos durante ella con los guerrilleros búlgaros. Sólo una vez en 1943, vino Belgaranov a Labinot para entrevistarse conmigo. Intercambiamos opiniones sobre la guerra, pero mi impresión fue que los búlgaros eran débiles. Y de hecho la lucha guerrillera búlgara se desarrolló lentamente y prendió a amplia escala cuando el Ejército Rojo penetró en Bulgaria. En el encuentro que sostuvimos Belgaranov me habló bien de los yugoslavos e igualmente de nuestras unidades albanesas que actuaban en las comarcas de Dibra y de Macedonia. Nos dijo que había sido enviado por el Comité Central del Partido Comunista Búlgaro para trabajar con los macedonios, a los que él consideraba búlgaros en aquel tiempo. Sabía que Belgaranov no se llevaba bien con Vukmanović Tempo, quien dirigía la lucha de liberación nacional en Macedonia, pero a mí me dijo que le iban bien las cosas con los yugoslavos. Yo le subrayé a Belgaranov que en Macedonia estaban incluidas comarcas enteras de población albanesa, que esto era una injusticia del pasado y que después de la Lucha Antifascista de Liberación Nacional la cuestión de las nacionalidades debía ser analizada según los principios leninistas.

—Únicamente a través de este prisma —le dije— se solucionarán correctamente los problemas de estas zonas, de las naciones y nacionalidades que viven en ellas, de lo contrario proseguirá la opresión nacional, los viejos antagonismos y conflictos. El Partido Comunista de Yugoslavia, el Partido Comunista de Albania y el Partido Comunista Búlgaro —le dije a Belgaranov— deben trabajar durante todo el período de

la lucha contra nuestro enemigo común, el fascismo, con el fin de que se desarrolle la amistad entre nuestros pueblos. Debemos elevar el nivel político de nuestros pueblos para eliminar las amargas supervivencias del pasado y para conducirles a la victoria; los pueblos que han padecido las injusticias, obra de las grandes potencias y del chovinismo de los estados balcánicos, deben conquistar el derecho a la autodeterminación. Así pensamos nosotros sobre los albaneses de las tierras albanesas que fueron anexionadas a Yugoslavia.

Belgaranov, viendo el camino abierto por mí, comenzó también a hablar de la cuestión de Macedonia, a la que consideraba parte de Bulgaria.

Le dejé que expresara su opinión y no me extendí en este asunto. Sabía que los yugoslavos, por su parte, tendían a minimizar y a menospreciar la lucha de los búlgaros. Una de las principales razones para ello era, sin duda alguna, la cuestión de Macedonia.

Fuera de esta entrevista, no mantuvimos contacto alguno con los camaradas búlgaros durante los años de la guerra, pero cultivamos constantemente los sentimientos de amistad fraternal e internacionalista por el pueblo y el Partido Comunista Búlgaro (por lo que recuerdo entonces se llamaba Partido Obrero Búlgaro). Jugaba un gran papel en esto la personalidad de Dimitrov, que había adquirido fama mundial. El nombre del héroe de Leipzig, del Secretario General del Komintern, estaba en boca de todos los comunistas y antinazis del mundo. Le queríamos, le admirábamos, le escuchábamos y le situábamos a continuación de los grandes clásicos del marxismo-leninismo Marx, Engels, Lenin y Stalin. Dimitrov era estrecho camarada de Stalin y se contaba entre sus más próximos colaboradores. Es por ello que viajar a Sofía y encontrarlos con Dimitrov representaba para nosotros una gran alegría.

Con estos sinceros sentimientos de amistad hacia los países amigos y aliados, nuestra delegación partió y llegó a Belgrado el 12 de diciembre. El recibimiento que se nos reservó en la estación de ferrocarril fue extremadamente frío, pero «oficialmente» los yugoslavos se comportaban más

que «correctos con el protocolo». Habían salido a recibirnos Kardelj, Ranković, Simić (entonces ministro del Exterior), Hebrang (presidente de la Comisión de Planificación), Tempo y cierto número de personalidades de rango inferior. Como decía, nuestra visita a Bulgaria tenía lugar cuando Tito y su gente se habían lanzado al ataque contra nosotros, por ello, la salida a la estación de todas aquellas «grandes personalidades» como las llamaba Koçi Xoxe, fue algo inesperado para nosotros. Pero todo tenía su explicación y los yugoslavos habían calculado bien las acciones que emprendían. Aún no se ponían de manifiesto en público las grandes fisuras que se habían creado en las relaciones entre nuestros partidos y nuestros países y los yugoslavos se esforzaban por asestar su golpe en plena oscuridad. Incluso, para disipar cualquier sospecha en torno a su ataque, dejaban caer algún gesto de «amistad» y de «fraternidad» en dirección a nosotros, como era el recibimiento en la estación de las «grandes personalidades», pero todo se hacía de mala gana, con frialdad. Nosotros ni conocíamos las reglas diplomáticas, ni el protocolo y los formalismos, como las ceremonias, etc., ni los tomábamos en cuenta, pero el hecho es que, a excepción de unos cuantos saludos protocolarios y oficiales en extremo, los compañeros de Tito no nos dijeron una palabra. Pero no tenía por qué impresionarnos esta frialdad. Como tampoco nos hizo impresión alguna que nos alojaran en vivienda particular (naturalmente nacionalizada). Nos dijeron que había sido la casa de Stojadinović, un reaccionario fascista gran-servio que en el tiempo de la monarquía yugoslava se había entendido con Ciano para repartirse Albania con la Italia de Mussolini.

Pero independientemente del recibimiento frío, a causa de las acusaciones que Zlatić nos había hecho y de la grave situación que se había creado entre nosotros como resultado de ellas, consideraba necesario que aprovecháramos nuestra estancia en Belgrado para entrevistarnos con Tito con el fin de hablar directamente con él acerca de la verdad. Por ello decidimos que, aun en el caso de que él no nos invitara, solicitaríamos una entrevista con él. Asimismo, como aliados

que éramos, considerábamos pertinente ponerles al corriente de los objetivos de nuestra visita a Bulgaria, hablarles de la importancia del tratado que preveíamos firmar con la Bulgaria hermana, al que considerábamos como un refuerzo de nuestro Tratado con la República Federativa de Yugoslavia. Naturalmente, también podíamos intercambiar opiniones sobre la situación internacional, pero lo principal era que, si resultaba posible, queríamos hablar abiertamente sobre nuestros asuntos internos y sobre nuestras tensas relaciones con ellos. Esta era nuestra disposición cuando llegamos a Belgrado.

En el momento en que nos separábamos de Kardelj y Ranković, después de que nos condujeran hasta la puerta de la casa donde nos alojaríamos, les planteé nuestra petición de mantener una entrevista con Tito.

—Sí —dijo Kardelj frío como una serpiente—. El propio camarada Tito tiene deseos de recibirles y entrevistarse con ustedes, quizá hoy mismo. Les avisaremos en el momento debido.

No tardaron mucho en avisarnos de que Tito nos esperaba para una «entrevista de cortesía».

Es verdad que íbamos algo «emocionados» a ver a «estos grandes personajes», porque así es como ellos se presentaban y así querían que les consideráramos. De su carácter y de su actitud dependía el que se creara una situación camaraderil y cálida o un ambiente rígido y glacial. Dos días después nos entrevistaríamos por vez primera con Dimitrov, le conoceríamos, y debo decir que Tito no podía ni compararse con el destacado dirigente de Bulgaria. Eran como el día y la noche, y no hago este juicio desde las posiciones de hoy, se trata de las auténticas impresiones de entonces. Tito se mostraba altivo con nosotros, frío, con gesto circunspecto, estudiado, jamás se equivocaba haciendo una seña o diciendo una palabra que mostrara proximidad o calor camaraderil. No, nada de esto se veía en él, todo era premeditado y frío. En 1946, durante mi primer encuentro con él, decíamos que debía ser así su carácter, pero ahora nos dábamos cuenta de que su frialdad tenía otra razón. Quería que nosotros in-

cluso formalmente permaneciéramos «firmes» ante él, como en presencia de un patriarca.

Esta vez Tito no nos recibió en el palacio de Dedinja, sino en una casa sencilla en el interior de Belgrado, creo que en una calle llamada Rumunska. Era una construcción de dos plantas, agradable, de estilo antiguo, circundada por altos muros. Penetramos en el vestíbulo, donde si no me equivoco nos esperaban Tito, Kardelj, Ranković y Djilas. Tito vestía ropa de lana gris y zapatos del mismo color. Estaba tieso como un palo. Nos dio únicamente la mano preguntándonos por nuestra salud, y cuando terminó esta ceremonia nos condujo a su habitación de trabajo, que era contigua. Era una sala relativamente amplia, con un ventanal casi tan largo como la habitación. Cerca de la ventana estaba su mesa de trabajo y en el centro otra, alargada. Al parecer aquí se celebraban las reuniones del Buró, o Tito convocaba a otras personas para asuntos de trabajo. Nos sentamos a la mesa y, como era habitual, a un lado nosotros y en frente ellos.

—Por favor, siéntense —dijo Tito mientras él permanecía en pie. Yo me senté y mis camaradas se disponían a hacerlo a continuación, uno tras otro. Pero Tito se adelanta y dice:

—Camarada Xoxe, siéntese aquí —y le mostró la cabecera de la mesa que quedaba vacía. Todos nos quedamos estupefactos ante esta acción de Tito. Pero yo, con sangre fría, le dije a Koçi que se había puesto rojo como una amapola:

—Ve donde te dice.

—Camarada mariscal yo me siento aquí, que se siente el camarada Enver allá—, le respondió Koçi a Tito.

—No, no —dijo Tito— venga aquí, también usted puede sentarse aquí.

Le repetí de nuevo con tranquilidad a Koçi que fuera donde le decían. Así se cerró esta provocación. Nos sentamos todos. Tito cogió su boquilla en forma de cachimba, introdujo el cigarillo, lo encendió y empujó el paquete hacia mí diciendo:

—Por favor, fume.

Le dije que lo había dejado (no era verdad, pero no quería

aceptar su cigarrillo después de lo que había hecho). Después me dijo:

—Los camaradas me informaron que van a Bulgaria y que, con seguridad, se entrevistarán con Dimitrov. ¿Están contentos de la visita que van a hacer?!

Le hablé brevemente sobre el objetivo de nuestra visita a Bulgaria, diciéndole que se trataba de un antiguo deseo nuestro. Subrayé la simpatía y el cariño que ha mostrado y muestra el pueblo albanés por Bulgaria, por su pueblo y, de manera especial, por el destacado dirigente de Bulgaria y del movimiento comunista y obrero internacional, Jorge Dimitrov. Continué diciéndole que preveíamos desarrollar conversaciones con los camaradas búlgaros para el fortalecimiento de las relaciones recíprocas entre nuestros partidos y países, y que en este marco, pensábamos firmar documentos que no sólo reforzaran la independencia de nuestros dos países, sino también las relaciones entre la República Popular de Albania y la República Popular Federativa de Yugoslavia. Tito me escuchaba ceñudo, con la cabeza alta y mirándome con aquellos ojos vidriosos y fríos.

Cuando yo hube acabado Tito se volvió hacia Koçi y con ojos sonrientes le dijo:

—Con seguridad están dispuestos a aprender de la experiencia del Partido Comunista Búlgaro. . .

—Puede darse el caso de que hagamos eso, pero nosotros tenemos posibilidades ilimitadas de aprender en todo momento y para todo de la experiencia del Partido Comunista de Yugoslavia —le respondió Koçi.

Ranković permaneció de principio a fin sin mover un solo músculo de la cara, únicamente fumando cigarrillos en su boquilla blanca y larga.

Después tomó la palabra Tito. No sin intención, casi olvidó lo que yo había dicho, adónde íbamos y lo que íbamos a hacer. Estaba claro que con esta actitud quería mostrarnos que para él no tenía ninguna importancia lo que fuéramos a hacer con los búlgaros. En otras palabras, quería decir que no le gustaba la visita que íbamos a realizar. Durante toda su intervención,

Tito se centró en el «fortalecimiento de las relaciones Albania-Yugoslavia», sostuvo que «estas relaciones tienen gran importancia para Albania», que «ustedes los albaneses deben luchar contra los defectos y errores que se observan en el trabajo del Partido y de los aparatos estatales», de modo que no se obstaculizara la «gran ayuda que les da Yugoslavia», que ¡hacía «sacrificios» por nosotros!, etc., etc.

Mi impresión era pues que Tito nos había concedido esta entrevista antes de nuestra marcha hacia Bulgaria «para recordarnos» que tanto hacia Sofía como hacia Moscú, o en dirección a cualquier otro lugar, «nuestro camino pasaba por Belgrado». Con aquel modo de plantear las cosas nos «señaló los límites» con los búlgaros.

Le agradecí a Tito sus «valiosos consejos», le garanticé sinceramente el cariño que nosotros continuábamos alimentando por los amigos y hermanos pueblos de Yugoslavia, y cuando estaba a punto de entrar en nuestros problemas, donde, según él, teníamos «defectos y errores», él se levantó:

—Tendremos oportunidad cuando vuelvan de Bulgaria—, dijo, y ya caminando, nos invitó a que viéramos juntos una película.

Tras la película, de la que no me ha quedado una sola escena en la memoria, nos dieron un café, o como dicen en Gjirokastra el «café de despedida», nos dimos la mano y nos separamos. Pensamos que ya no tendríamos ningún otro contacto con los dirigentes yugoslavos. Pero, de forma particular y sin mi conocimiento, o ellos le habían propuesto una entrevista con Ranković a Koçi Xoxe, o este mismo la había solicitado. Lo más probable es que Ranković reclamara entrevistarse con Koçi. Esta tuvo lugar la noche anterior a nuestra partida en tren hacia Bulgaria. Estábamos descansando antes de cenar cuando Koçi llega junto con Shule al salón donde estábamos Hysni y yo y me dice:

—Camarada Enver, Shule y yo vamos a vernos con Marko (Ranković), para hablar con él sobre cómo se debe organizar el trabajo del Partido a nivel de las brigadas y los estados mayores de las divisiones.

—¿No será mejor cuando regresemos? —le dije—. Planteadles ahora lo que queráis y a la vuelta estaréis más libres.

—No —me dijo Koçi—, es mejor que planteemos y terminemos este asunto hoy mismo y que nos quedemos tranquilos.

—De acuerdo —le dije—, id.

Koçi y Shule fueron a ver a Ranković mientras Hysni y yo nos quedamos en casa, incluso cenamos sin esperarles, ya que el acompañante yugoslavo nos «aconsejó» que comiéramos, pues «los camaradas pueden tardar».

Cuando regresaron, tanto Koçi como Kristo parecían satisfechos, contentos, ya que habían recibido «explicaciones precisas y completas sobre el método de trabajo del Partido en las brigadas y divisiones». El humo de este encuentro nocturno entre Ranković, Koçi y Shule se veía en Sofía.

La ida de Koçi y de Shule a ver a Ranković en aquellas circunstancias y las razones que pretextaron, no me convencieron en absoluto, y con seguridad tampoco a Hysni, pero ni uno ni otro nos dijimos nada; hicimos como si lo encontráramos normal.

Al día siguiente salimos hacia Sofía. En la frontera nos recibieron con gran cordialidad Anton Yugov y muchos otros camaradas de la dirección búlgara. Nos abrazamos, nos besamos como camaradas y hermanos. Nos saludaron en nombre de Dimitrov y nos dijeron que este mismo y todos los demás camaradas de la dirección del partido y del gobierno nos recibirían en la estación principal de Sofía. El primer contacto con los representantes del pueblo búlgaro era cordial, emotivo. La gente sencilla nos abrazaba, nos daba la bienvenida, nos deseaba éxitos en nuestra visita y que se fortalecieran las relaciones entre nuestros países y pueblos. Les saludé también yo con una breve declaración en la que expresaba el gran cariño del pueblo albanés hacia el hermano pueblo búlgaro, la confianza de que nuestros lazos de amistad se estrecharían cada vez más y terminé:

—¡Viva vuestro gran dirigente, Jorge Dimitrov!

El pueblo estalló en prolongadas ovaciones. Según la tradición nacional nos dieron pan y sal, mientras una mucha-

cha me regaló un traje tradicional búlgaro, bordado con primor.

—Tantas puntadas hay en este traje como cariño siente el pueblo búlgaro por el pueblo albanés —me dijo y a punto de llorar de entusiasmo me abrazó.

En medio de aquella atmósfera partimos hacia Sofía.

Llegamos. Había salido a recibirnos una gran muchedumbre, la dirección, y al frente de ellos el gran Dimitrov con el rostro viril y curtido de un verdadero revolucionario, con los cabellos largos y sueltos ya que se había quitado el gorro a pesar de la nieve y el frío. Me recibió en el andén, me dio la mano, me estrechó entre sus brazos y me besó. Era un momento muy emocionante para mí. Le eché los brazos al cuello y no le soltaba. Se me saltaban las lágrimas a causa de la emoción por haber llegado a vivir aquel día en que el Partido y el pueblo me enviaran aquí, a ver a este gran maestro del proletariado, del que, como fiel discípulo suyo, de su ejemplo, de sus enseñanzas y consejos, había aprendido a luchar contra los ocupantes fascistas, contra los enemigos del pueblo y de la clase, por la liberación de mi patria, por la formación y el temple de mi Partido, por el socialismo y el comunismo.

Tras finalizar la ceremonia en la estación, subimos al coche para trasladarnos a la sede del gobierno búlgaro. Dimitrov y yo subimos al primer automóvil, descubierto, y atravesamos el gran gentío que había desbordado las calles, las aceras, las plazas, las ventanas y los balcones. Por todas partes habían colocado banderas albanesas y búlgaras, retratos y pancartas dedicadas a la amistad búlgaro-albanesa. ¡Qué ilimitado cariño del pueblo por Dimitrov, por Stalin y por Albania! Ante el palacio la plaza estaba repleta de gente. Desde el balcón saludaríamos al hermano pueblo búlgaro.

Antes de salir al balcón me encontré de cerca con Dimitrov. Era grande en su ejemplar sencillez. Me preguntó por el pueblo, por el Partido, por los camaradas. El hablaba ruso, yo albanés, ya que entendía muy poco el ruso.

Cuando salimos al balcón, en medio de las ovaciones del pueblo, retumbó la voz de Dimitrov. Tenía una voz fuerte,

resonante, de respiración profunda dificultada por el asma; hablaba con entusiasmo, con ardor, con un ilimitado cariño por nuestro pueblo. Y yo, escuchándole, concentraba mi atención en él y pasaban por mi mente sus combates titánicos, las torturas, sus sufrimientos por la causa del proletariado mundial, pensaba en este proletario que jamás se doblegó, sino que se levantaba siempre como Anteo, entre las tormentas, por el triunfo de la revolución.

También mi discurso fue bien recibido por el pueblo de Sofía porque era un discurso sencillo y expresaba el ardiente cariño y los sentimientos más profundos de nuestro pueblo y nuestro Partido hacia el pueblo búlgaro, el Partido Comunista Búlgaro y personalmente hacia Dimitrov. Expuse brevemente la historia de los combates de nuestro pueblo en el pasado y en la época de la Lucha de Liberación Nacional, y hablé de los estrechos lazos leninistas con la Unión Soviética, con el heroico Ejército Rojo, con Stalin, con la Bulgaria de Dimitrov. Mencioné asimismo nuestras relaciones con la nueva Yugoslavia.

En las conversaciones oficiales entre ambas delegaciones, yo hablé en nombre de la nuestra y Dimitrov en nombre de la búlgara.

Hice una exposición relativamente larga, describiendo el desarrollo de la Lucha de Liberación Nacional, los principios que guiaron nuestra lucha. Relaté cómo se echaron las primeras bases, cómo se creó el poder popular durante la guerra y después de ella; hablé de la creación de las guerrillas y del Ejército de Liberación Nacional en medio de las batallas y las acciones, sobre la movilización del pueblo y la creación del Frente de Liberación Nacional. Describí la política que habíamos seguido en relación con el Frente y las principales formas del trabajo, poniendo de manifiesto el hecho histórico de que el Frente era dirigido por el Partido Comunista, pero que ni en el Frente ni fuera de él existían otros partidos en el país. Después hablé sobre el Partido, sin el cual nada podría lograrse, hablé también sobre las directrices que recibimos del Komintern, etc., etc.

A continuación hice un cuadro de la situación político-económica interna, y muy brevemente de nuestras relaciones con Yugoslavia. Por supuesto no era éste ni el lugar, ni el momento de que entrara en detalles, tanto sobre lo positivo como sobre lo negativo, acerca de nuestras relaciones con Yugoslavia y con la dirección yugoslava. Me esforzaba por guardar profundamente dentro de mí lo que hervía en Tirana en torno a estas relaciones, para no dar a entender a los camaradas búlgaros ni a ningún otro que algo malo ocurría entre nosotros y Tito. Más tarde, cuando llegara el momento, cuando se aclarasen y madurasen las situaciones todo se diría abiertamente. Los propios camaradas búlgaros tampoco nos dieron ocasión ni reclamaron que entráramos en detalles sobre nuestras relaciones con Yugoslavia. Habían expuesto el retrato de Tito junto con el de Stalin, el de Dimitrov y el mío; también ellos dijeron algunas palabras generales sobre la amistad con los pueblos hermanos de Yugoslavia, sobre el camino común en la edificación de la nueva vida, y nada más.

Continuando pues mi exposición, «pasé» la cuestión de Yugoslavia sin ningún problema y puse de relieve a nuestros amigos que nuestra situación política interna era sólida, pero que para desarrollar la economía luchábamos contra dificultades numerosas y de toda índole.

Hablé sobre la diversión que practicaban los anglo-americanos. Desarrollábamos una lucha constante contra los agentes subversivos lanzados desde el aire, llegados por mar y desde la frontera con Grecia. Esta última desarrollaba sin descanso una propaganda desenfrenada reivindicando Albania del Sur y se mantenía «en estado de guerra» con la República Popular de Albania. Subrayé que toda esta propaganda y actividad subversiva no atemorizaba en absoluto a nuestro pueblo, por el contrario éste se fortalecía cada día, se templaba, elevaba y aguzaba la vigilancia.

El camarada Dimitrov me felicitó por la exposición, y yo, a decir verdad, he conservado hasta hoy la impresión de haber pasado una gran prueba, tan emocionado estaba ante Dimitrov, a pesar de que fuera el hombre más sencillo entre los grandes

dirigentes que he conocido en mi vida. Eran precisamente el respeto y el cariño que sentía por él, lo que aumentaba mi emoción.

Después de mí se levantó Dimitrov, que pronunció un ardoroso discurso sobre la amistad y particularmente sobre nuestro pueblo, sobre sus combates heroicos.

Nosotros escuchamos con la mayor atención sus palabras, sus profundos pensamientos, cuando nos habló del importante papel de la Unión Soviética y del gran Stalin en la coronación con éxito de la Segunda Guerra Mundial y en el establecimiento del nuevo orden en nuestros países. Nos abrió un amplio horizonte sobre los problemas de la política exterior de nuestros países socialistas con la Unión Soviética y sobre la brutal política del imperialismo anglo-americano y sus satélites, contra los cuales debíamos desarrollar una aguda lucha en todos los terrenos. Dimitrov abordó la cuestión de Grecia donde dominaba la reacción monarcófascista, así como la situación turbia e inestable de la Italia neofascista, y subrayó:

—Ellos no podrán hacerle ningún daño a Albania porque la nueva Albania del pueblo sabe defenderse muy bien y porque nosotros nos defenderemos juntos.

A continuación Dimitrov, mencionando el Tratado de Amistad y de Ayuda Mutua entre Albania y Yugoslavia, propuso en nombre del gobierno y del pueblo búlgaros que también entre Bulgaria y Albania se firmase un tratado de amistad y ayuda mutua, cosa prevista también por nosotros.

Nuestro entusiasmo alcanzó su punto culminante. Me levanté y en un breve y conmovido discurso, porque a causa de la alegría y la emoción las palabras apenas me salían de la boca, le dije:

—Estamos plenamente de acuerdo con su propuesta, nuestro pueblo y nuestro gobierno estarán enormemente contentos y agradecidos. Este es un día de transcendencia histórica para nuestro pueblo, etc.

Nos abrazamos y nos besamos. No podía haber un día más feliz para nosotros, nos parecía que hubiésemos ganado el cielo. Estábamos garantizando aún más las fronteras de

nuestra querida patria, por la libertad de la cual el pueblo había derramado tanta sangre durante siglos.

No voy a hablar de las ceremonias y las distintas visitas que hizo nuestra delegación en Sofía a diversas instituciones y fábricas, porque fueron muchas y no recuerdo todas una por una, ya que han pasado muchos años, pero no puedo olvidar el entusiasmo y el cariño que mostraban los trabajadores y la clase obrera búlgara por el pueblo albanés.

En una gran fiesta en Sofía me otorgaron el título de «Ciudadano de Honor de Sofía» y recuerdo que durante aquella cena cantamos y bailamos junto con ciudadanos sencillos y con los dirigentes búlgaros, exactamente igual que si estuviésemos en Albania.

En un determinado momento (no recuerdo si aquella noche o en la cena de bienvenida que nos ofreció), Dimitrov me dijo entre otras cosas:

—Nuestro pueblo siente admiración y respeto por su pueblo y por sus preciosas tradiciones y cualidades. Desde que era niño he oído decir entre nosotros «debes ser inexorable como los arnautes, es decir como los albaneses». En nuestro país es muy conocida su virtud de no bajar la cabeza ante ninguna dificultad ni peligro.

Le miré cuidadosa y directamente a los ojos para tratar de entender si me lo había dicho de modo enteramente casual o si se refería a alguna cosa concreta, pero no logré descubrir nada. El me miraba sonriente y levantó la copa.

—Sí —le dije—. Esa es una característica secular de nuestro pueblo. Ha sido agredido por toda clase de enemigos, se ha enfrentado a ellos, ha derramado sangre, ha sacrificado mucho, pero jamás se ha humillado. Ahora, con el Partido, esta cualidad se está fortaleciendo aún más. Nunca nos doblegaremos ante ninguna dificultad ni obstáculo, camarada Dimitrov.

—¡Salud! —dijo entrechocando las copas—. ¡Viva su pueblo!

Las visitas, como dije, fueron numerosas y afectuosas. Durante una visita que hicimos a una cooperativa nos lle-

varon a un campo de fresas y recuerdo que nos acompañaba Traicho Kostov, entonces vicepremier y ministro del Interior de Bulgaria (homólogo búlgaro de Ranković, que fue condenado al salir a la luz la traición titista y rehabilitado con la llegada al poder de los jruschovistas, así como Georgi Traikov, secretario general de la Unión Popular Agraria Búlgara, en aquel tiempo viceprimer ministro y más tarde elegido Presidente del Presidium de la Asamblea Popular de la República Popular de Bulgaria. Nos recibieron hombres y mujeres. Después de que charláramos un anciano me pregunta a mí por Georgi Traikov.

—¿Quién es éste?

Le dije quién era, y el anciano se levantó y le dijo:

—¡Pero dónde andas metido, *brate**, ya se me han puesto blancos los bigotes de esperarte, te tenemos de presidente de nuestro partido agrario y no te he visto nunca!

Esto nos causó impresión, ya que mostraba los débiles lazos que aquella gente tenía con las masas. Independientemente de que Traikov fuera del partido agrario de Stamboliski¹, el Partido Comunista Búlgaro le mantenía muy cerca de la dirección, incluso nos dijeron que era comunista, aunque no lo declaraban.

Permanecerá imborrable para mí la cena oficial que nos ofreció Dimitrov. Vestía traje negro. Colocó a su derecha a Nexhmije, mientras que yo, situado frente a él, tenía a mi derecha a su compañera. Me acuerdo de un pequeño detalle, pero lleno de significación. Antes de que comenzáramos los discursos y la cena, Dimitrov reunió todo el gran número de tenedores y cuchillos de todas clases que tenía delante y le dijo al camarero:

—Coge todo esto, que no me hacen falta veinte, me basta con un cuchillo, una cuchara y un tenedor—. Hasta tal punto llegaba su sencillez que no podía soportar el lujo y las costumbres burguesas. Entusiasmado por su sencillez yo también

* En búlgaro en el original — hermano.

1 Dirigente de la Unión Popular Agraria Búlgara, creada en 1899.

llené inmediatamente las manos del camarero con las piezas niqueladas.

Después de que Dimitrov pronunciara su discurso, respondí yo con una intervención calurosa, dedicando una parte de ella a la gran figura de Dimitrov, a su gran papel como dirigente no sólo de los comunistas búlgaros, sino de todos los comunistas del mundo, le calificué como discípulo y muy estrecho colaborador del gran Stalin, etc.

La cena transcurrió en una atmósfera de gran alegría. Dimitrov era un hombre jovial y muy optimista. Al acabar regresamos llenos de satisfacción y con impresiones imborrables a nuestra residencia, el antiguo palacio del rey Boris. Después de sentarnos en el salón para fumar algún cigarrillo y conversar sobre las impresiones que nos había producido la cena, nos fuimos a los dormitorios. No podía conciliar el sueño. Tenía insistentemente ante los ojos las impresiones de las entrevistas y las calurosas palabras de Dimitrov, recordaba su vida de luchador indolegable, los esfuerzos y sacrificios que había hecho por la causa de su pueblo y del proletariado mundial. Debía haber pasado la medianoche cuando escuché que llamaban a la puerta. Me levanté y abrí. En el umbral estaban Koçi Xoxe y Shule, los dos sombríos.

—¿Qué ha sucedido? ¿Todavía no dormís? —les pregunté.

—No nos hemos dormido porque queremos hablar contigo —dijo Koçi.

—¿Tan urgente es? —les pregunté—. ¿No podéis esperar á mañana?

—Yo y Shule estamos tan inquietos que no podemos pegar un ojo —dijo Koçi Xoxe—, ¡por eso queremos hablar ahora!

Les miré un instante con insistencia, les dije que esperaran en el salón a que me echara algo sobre los hombros y, después de hacerlo, salí. Hysni había escuchado los golpes en mi puerta y las voces de madrugada y apareció también en el umbral de la puerta de su habitación.

—Ven, Hysni, ¡Koçi y Shule tienen algo urgente que decirnos!

Nos sentamos en el salón y Koçi Xoxe comenzó a decir:
—¡A Shule y a mí no nos ha gustado tu discurso y no estamos de acuerdo con lo que dijiste sobre Dimitrov!

Abrí de par en par los ojos a causa del asombro y lancé una mirada a Hysni que estaba tan sorprendido como yo.

Koçi continuó:

—No estamos de acuerdo con todos los epítetos que le lanzaste. No queremos decir que Dimitrov no sea un hombre destacado, pero tú le adjudicaste un gran papel.

—No me he equivocado, no he dicho nada excesivo sobre Dimitrov —les respondí—, debía haber dicho incluso más, porque él lo merece. Sois vosotros quienes os equivocáis, aunque no entiendo vuestra tortura por una cuestión así, ¡incluso como para que os quite el sueño! ¡Sobre Dimitrov no sólo es que debemos hablar nosotros —proseguí—, sino que ha hablado todo el mundo revolucionario y progresista y en términos apasionados y plenamente merecidos!

Hysni intervino con nerviosismo, poniéndose de mi lado:

—Pero ¿qué estáis diciendo, qué son todas esas afirmaciones fuera de lugar? ¡Todo lo que se dijo en el discurso del camarada Enver era correcto!

Saltó Koçi y dijo:

—Vosotros pensáis así, pero nosotros pensamos de otro modo y no estamos de acuerdo con vosotros.

—Esta cuestión la solucionamos en Tirana —le dije en tono cortante—. Este desacuerdo no debe impedir que desarrollemos el trabajo con éxito y que cumplamos la tarea que nos han encomendado el Partido y el Gobierno.

—Sí, sí —replicó Koçi Xoxe—, pero en todo aquel discurso en que ensalzaste tanto a Dimitrov, ignoraste por completo a Tito, no dijiste una palabra sobre él. Yo no estoy de acuerdo con que Dimitrov oscurezca la grandeza de Tito, su capacidad y su fama como revolucionario destacado. Tito es la personalidad más grande y brillante de los pueblos de los Balcanes. Tú dijiste que «Dimitrov es una destacada figura internacional», pero esto es lo que había que decir sobre Tito, ya que es exactamente así, y la Yugoslavia de Tito debe

transformarse hoy en el epicentro de los pueblos de los Balcanes.

Entonces comprendí por qué no podían conciliar el sueño, en qué consistía toda aquella «inquietud», y por qué no estaban de acuerdo con nosotros. Al momento me acordé y comprendí el verdadero sentido y la razón de su entrevista con Ranković en Belgrado, pretendidamente para recibir orientaciones de partido, pero de hecho para recibir directrices de que nos vigilaran con el fin de que no sobrepasáramos los límites dictados por los yugoslavos, de que nos «corrigieran» y actuaran según las directrices secretas de Tito-Ranković.

Les dije a Koçi y a Shule:

—Esto es una provocación por vuestra parte, porque creo yo que en el brindis de una cena oficial en Bulgaria, no había lugar para que hablara de los méritos de Tito. Cité a Tito cuando hablé de nuestra amistad con Yugoslavia y eso creo que fue justo y suficiente, por tanto no cambio de opinión.

—¡No estamos de acuerdo contigo! —insistieron Kristo y Koçi enrojecidos.

—Tampoco yo estoy de acuerdo con vosotros. Esta cuestión la discutimos en Tirana y ahora vamos a dormir que mañana tenemos trabajo —dije secamente y me levanté.

—Yo estoy plenamente de acuerdo con el camarada Enver —intervino también Hysni y nos fuimos al dormitorio para no dormir en toda la noche.

Este fue el primer incidente que tuvimos en Bulgaria con Koçi y Kristo. Se produciría otro más, esta vez en forma de «enmienda» a un documento que firmaríamos sobre el desarrollo del comercio entre los dos países. Era un documento sencillo, normal, como se hacen en principio. Los dos «defensores de los principios» (instruidos por Ranković) me dijeron que había que añadir al texto las palabras «con el acuerdo de Yugoslavia».

Les dije que no estaba bien que nosotros reclamáramos introducir una cosa así.

—De hecho nadie nos ha atado las manos para que no actuemos como consideremos mejor —continué—. En caso de que nos convenga, compramos y vendemos también en Bul-

garia, naturalmente cumpliendo en primer lugar las obligaciones que hemos contraído en los acuerdos firmados con Yugoslavia.

Pero en la imposibilidad de convencerles (a los convencidos de la dependencia yugoslava), les dije finalmente:

—Introducid una especie de enmienda en la comisión preparatoria y discutidlo.

Finalmente en la reunión plenaria, a instancias de Dimitrov, Kolarov,¹ uno de los dirigentes búlgaros y camarada de Dimitrov, formuló algo de aquella naturaleza y el incidente se cerró. ¡Koçi Xoxe tenía ahora qué informar a su colega Ranković cuando regresáramos!

En el tiempo libre los camaradas búlgaros venían a vernos y conversaban con nosotros sobre distintos problemas. Kolarov era también muy sencillo y cariñoso con nosotros. Un día nos habló de Stalin, del heroísmo de los bolcheviques, de la difícil situación en la Unión Soviética tras la revolución, sobre el primer plan quinquenal y el entusiasmo de las masas. Nos habló también de su actividad en el Komintern y cuando fue enviado a trabajar a Mongolia.

—Qué difícil era aquello —contaba Kolarov—. El país y el pueblo estaban como en la edad media más profunda. Dominaban los lamas y los monasterios. Cada familia debía entregar obligatoriamente uno o dos muchachos para que se hiciesen lamas. Todas las instituciones de los lamas eran nidos del espionaje japonés. El pueblo nómada era completamente analfabeto, ignorante, sifilítico, padecía una miseria indescriptible. No sabía lo que era un médico, una medicina, el pan. Todo lo que tenían era carne, *kumis* (leche de yegua), ropas de piel de oveja, caballos y nada más. La creencia religiosa y el misticismo llegaban al colmo. En Ulan-Bator cuando moría la gente no la enterraban, existía un barranco y allí la arrojaban. A veces lo hacían antes de que expiraran. A causa del clima los cuerpos no se descomponían, sino que se

¹ En aquel momento vicepresidente del Consejo de Ministros y ministro de Asuntos Exteriores de Bulgaria.

«consumían». El pueblo vivía en tiendas. El régimen popular de Suhe Bator, con la ayuda de los soviéticos, comenzó a construir algunos apartamentos —continuaba relatando Kolarov—, pero nadie se metía en ellos. Hizo falta una gran propaganda para todo, hasta para las cosas más pequeñas y, sobre todo, fue necesaria una gran lucha contra la influencia de los lamas y contra su estructura despótica apoyada por los japoneses.

Llegó el momento de marchar a Kritchim, donde firmaríamos los acuerdos. De camino visitamos centros históricos, fábricas y cooperativas. En todas partes nos recibían con alegría y entusiasmo inenarrables. Las masas del pueblo nos aclamaban gritando «¡Hurra!» a lo largo del trayecto ferroviario, en la nieve. El tren se detenía, nos hacían regalos, arrancábamos de nuevo y de este modo llegamos a un lugar, no recuerdo el nombre, donde debíamos abandonar el tren para ir en automóvil hasta Kritchim.

Cuando el tren se detuvo el pueblo rompió los cordones y en medio de las aclamaciones nos salió al paso. Dimitrov y yo salimos los primeros a duras penas. El me dijo:

—Estos tienen para rato, si esperamos a los camaradas nos inmovilizará la multitud, de modo que subamos tú y yo al coche y «larguémonos» (venía a querer decir como viejos *comitadchis**). Y así lo hicimos. Dimitrov, yo y el guardia echamos adelante por la nieve. La caravana quedó muy atrás.

—No tenemos guardia de seguridad, *brate* —le dijo el chófer a Dimitrov.

—Tira, que nos protege el pueblo —le respondió Dimitrov. Cerca de Kritchim el pueblo había ocupado la carretera.

—¡Tienes que hablar! —me dijo Dimitrov—. ¿En ruso?

—¿Cómo voy a hablar? —le dije— entiendo algo el ruso, pero no puedo hablar con las pocas palabras que sé.

— *Davaj*** —dijo Dimitrov— habla albanés que yo, sin saberlo, te traduciré fielmente, porque sé lo que vas a decir.

* Insurrectos bajo el Imperio Otomano.

** Ruso en el original — adelante.

nuestros sentimientos son los mismos, tenemos un solo corazón.

Y así lo hicimos. Salimos ante el pueblo, yo hablé en albanés con algunas palabras rusas y el entrañable viejo traducía al búlgaro.

Cuando volvimos al coche Dimitrov me dice:

—Los campesinos no se extrañarán de que sepa albanés, porque los búlgaros y los albaneses han sido siempre hermanos y compañeros de armas.

¡Querido y entrañable Jorge Dimitrov, era miel lo que salía de tu boca, como dice nuestro pueblo!

Llegamos finalmente a Kritchim. Era una gran aldea, donde los reyes de Bulgaria tenían las mejores tierras y habían construido un precioso palacio de caza de verano, pero que servía también para el invierno. En este palacio, que ahora era propiedad de la República, nosotros éramos huéspedes del partido y del gobierno de Bulgaria y personalmente de Dimitrov. Había en este hermoso lugar un parque maravilloso con flores naturales y en invernaderos que verdeaban y florecían en invierno y en verano. Se cultivaban allí árboles de numerosas especies, entre ellos varias clases de pinos altos y robustos, secoyas, traídos de Canadá según nos dijeron, etc. En este parque mantenían y alimentaban animales y pájaros domesticados y aclimatados.

Aquí nos sucedió algo inesperado y desagradable con Kristo Themelko. Al segundo día se había levantado muy temprano, había cogido una escopeta y había salido al parque. Cuando todos habíamos descendido, entra Shule «triumfal», llevando en la mano un gran pájaro, muerto.

—Lo he cazado en el parque —dijo con orgullo.

—¿Qué has hecho? —le dijo Jugov—. Estos son pájaros raros y nosotros los protegemos, no los matamos, son el adorno del parque. Pero ¡en fin, no importa! —dijo después, quitando importancia al asunto. Kristo Themelko quedó más mustio que el pájaro que había matado. A nosotros el suceso nos disgustó y nos avergonzó.

En Kritchim dimos fin a las conversaciones, finalizamos y firmamos el Tratado de Amistad, Colaboración y Ayuda

Mutua. Era un momento solemne, sobre todo para mí y para los camaradas. La firma se llevó a cabo en la sala de recepciones. Estaba colocada allí una gran mesa, a la que nos sentamos Dimitrov y yo. Comenzamos la firma de los documentos, nos los intercambiamos, nos dimos la mano y nos abrazamos fuertemente. Estábamos sellando un acto histórico¹ de gran importancia, que protegía a la República Popular de Albania frente a los eventuales peligros provenientes de sus enemigos. El pueblo albanés y su Partido acogerían clamorosamente y con gran entusiasmo este tratado con el pueblo búlgaro, viejo amigo suyo, que ahora había salido a la luz del socialismo bajo la dirección de Dimitrov y del Partido Comunista Búlgaro y con la ayuda decisiva de la Unión Soviética y de Stalin.

La nieve lo había cubierto todo y en este día de alegría todo nos parecía maravilloso. Olvidé la bajeza y las intrigas de Koçi Xoxe, que giraba alrededor como una pelota con uniforme de teniente general que jamás se equivocaba dejando de ponérselo, para darse importancia.

Después de comer y de felicitarnos mutuamente, nos hicimos las fotografías del caso y Dimitrov propuso que diéramos un paseo por el parque. Todos estaban de acuerdo. Nos esperaban varios faetones tirados por parejas de caballos negros.

—Ven conmigo —me dijo Dimitrov y montamos los dos juntos con un traductor. Fue un paseo maravilloso. Para mí era un gran honor estar tan cerca de Dimitrov, mi querido maestro del comunismo y de la revolución. Comenzó el camino preguntándome por los camaradas que él había conocido, por Ali Kelmendi, por el cura demócrata Fan Noli, por el doctor Omer Nishani. Después me preguntó:

¹ Este tratado, en el que estampamos la firma junto a Dimitrov, era el símbolo de la amistad entre el pueblo albanés y el pueblo búlgaro, pero ahora que han llegado al poder los revisionistas, como Zhivkov y compañía, dóciles servidores de los socialimperialistas soviéticos, este tratado es letra muerta, aunque la amistad entre nuestros pueblos permanecerá viva, tal como era en el tiempo de nuestros renacentistas y en el del inolvidable Dimitrov. (*Nota del autor.*)

—¿Cuál fue la suerte del trotskista Zai Fundo?

—Le fusilamos —le dije—, ¡resultó ser un agente de los ingleses y de los feudales!

—Habéis hecho muy bien eliminando semejante basura —me dijo Dimitrov.

Después le pregunté yo su opinión sobre nuestro Partido y sobre su línea durante la guerra y después.

El me respondió:

—Es un Partido valeroso, revolucionario y de nuevo tipo, tal como nos enseña Stalin. La línea de su Partido ha sido correcta. Tal como yo lo veo, ha mostrado madurez en la movilización del Frente y en la agrupación del pueblo en él. Como en su país no había partidos burgueses, hicieron bien no permitiendo ni estimulando su creación, ya que les habrían provocado problemas, como intentan creárnoslos a nosotros. Escucha, camarada Enver —prosiguió Dimitrov poniendo su mano sobre mi rodilla—, ¡mantened limpio el Partido! ¡Que sea revolucionario, proletario y todo os marchará bien!

Querido Jorge Dimitrov, lo que me dijiste aquella mañana en Kritchim paseando sobre la nieve, se me quedó grabado en la mente y en el corazón para toda la vida. ¡Hasta que muera seré fiel y combatiré porque el Partido sea revolucionario, porque sea proletario!

Fueron momentos, días inolvidables para nuestro pueblo y particularmente para mí.

Abandonamos a la hermana Bulgaria, al gran Dimitrov, al pueblo y a los camaradas búlgaros con lágrimas en los ojos, agradeciéndoles de todo corazón la generosidad, la grande y sincera amistad que habían mostrado por nuestro pueblo, por el Partido y la República Popular de Albania.

Los miembros de la delegación estábamos muy contentos de regresar a la patria e informar al pueblo y al Partido de los grandes resultados políticos que habíamos logrado. Por lo que se refiere a la ayuda en el terreno económico no se la pedimos, a pesar de la gran pobreza de nuestro país, teniendo en cuenta y sabiendo que también los búlgaros se encontraban en grandes dificultades y que les ayudaba la

Unión Soviética. Tampoco ellos nos hicieron ninguna propuesta concreta, pero naturalmente quedó el camino abierto para el comercio mutuo y para la concesión de algún crédito cuando la situación fuera más favorable para ellos.

También Koçi Xoxe y Kristo Themelko parecían contentos. Tuve la impresión de que habían comprendido la tontería que habían hecho y pensé que aquella amarga escena había quedado olvidada. Pensé que la actitud tan próxima y cariñosa de Dimitrov y de todos los camaradas búlgaros hacia nosotros, hacia nuestro Partido y nuestro país, había hecho que valoraran de otro modo su actitud ante la línea que había seguido el Partido, particularmente en sus relaciones con la dirección yugoslava. Debían comprender que para nosotros no ya el mundo, sino tampoco el socialismo comenzaba y acababa en Yugoslavia. Debían comprender que nuestro Partido, nuestro país, tenían su propio papel y su peso, que debíamos proteger y fortalecer sin descanso. Era por tanto el momento de que rechazaran las falsas ideas que tenían en la cabeza. Percibí cierta alegría en sus ojos y en sus gestos, y pasamos animadamente el viaje en tren a través de Bulgaria y de Yugoslavia, en dirección a Belgrado, cantamos, preguntábamos a los guardias búlgaros y yugoslavos por los lugares que atravesábamos, nos explicaban dónde se habían desarrollado combates, etc. Nos preguntábamos unos a otros: ¿Nos recibirá Tito?

Según expliqué antes, cuando pasamos por Belgrado a la ida nos dijo que hablaríamos sobre «nuestras relaciones» cuando regresáramos y yo sabía que, si las iniciábamos, estas conversaciones serían muy difíciles. En todo caso había que llevar las cosas hasta el final.

Pero en cuanto llegamos a la estación de Belgrado nos dimos cuenta de que las conversaciones no tendrían lugar. Además de una frialdad aún mayor que la de la vez anterior, salieron a recibirnos unos cuantos funcionarios de tercer y cuarto rango. Subimos a los coches y cuando nos hubieron instalado en el mismo lugar donde nos alojamos en la otra ocasión, comenzaron a marcharse para dejarnos «tranquilos». Pregunté

al que habían encargado de que me «acompañara», o más exactamente de que me despidiera, si sabía cuándo nos entrevistaríamos con Tito, según nos había prometido.

—¡El camarada Tito —dijo el funcionario «oficialmente»—, hace dos días que ha marchado a Rumania para una visita amistosa!

Moví la cabeza para dar a entender al funcionario que lo tenía todo claro y le extendí la mano. Ni él ni ningún otro nos presentó propuesta alguna de programa, ni nos propuso ningún encuentro con algún otro camarada de la dirección yugoslava. Tampoco yo hice ninguna petición. Al día siguiente partimos y llegamos a Tirana.

VIII

LOS TITISTAS HACIA EL DESENMASCARAMIENTO Y LA DERROTA INEVITABLES

Oferta esclavizadora. Sobre la Comisión de Coordinación ■ Inundación de militares yugoslavos en Tirana: «¡Albania está amenazada por un peligro inminente!». Nako Spiru insiste en poner a Mehmet Shehu a la cabeza del Estado Mayor General del Ejército. Las tesis militares de Tempo ■ El general Hamović solicita la creación de un mando único ■ El general Kuprešanin en Tirana. Tito: «Por favor, entréguennos una base en Korça para una división». Notificación a Stalin sobre el asunto de la división yugoslava ■ El VIII Pleno del CC, una mancha negra en la historia del PCA. Triunfo temporal de las tesis yugoslavas ■ Monstruoso ataque de Koçi Xoxe y otros contra el Partido y sus cuadros sanos ■ Kuprešanin, Zlatić y otros: «Tito quiere que sean ustedes mismos quienes soliciten la unión con Yugoslavia» ■ Sorprendente apresuramiento de los titistas ■ La histórica carta de Stalin ■ La vergonzosa marcha de Albania de los enviados de Tito.

Los «análisis» que comenzaron en nuestra dirección tras las acusaciones que nos hicieron por medio de Savo Zlatić y tras el suicidio de Nako Spiru, convencieron a la dirección yugoslava de que su plan estratégico para transformar a Albania en la séptima república de Yugoslavia marchaba como

estaba previsto. Para enmascararse antes de dar el golpe definitivo, los yugoslavos realizaron una «retirada» temporal. Ya no nos atacaban directamente, empezaron a hablar con sordina de los «sentimientos de amistad» hacia la hermana Albania, hacían una propaganda estrepitosa de las «ayudas» que nos daban, naturalmente sobre el papel. Por toda Yugoslavia, en asambleas, mítines, en la radio, en la prensa, etc., decían que «en los días duros y difíciles nosotros estamos junto a los hermanos albaneses», «debemos ahorrar algo de nuestra pobreza para dárselo a Albania», e incluso con la bandeja en la mano, los malabaristas titistas organizaban campañas de recogida de limosnas para el «indigente».

Era todo ello una verdadera farsa ofensiva y demagógica digna de todos los que quieren encubrir y enmascarar las tragedias con la bufonería. Particularmente en los momentos en que nos disponíamos a partir hacia Bulgaria, la farsa se intensificó aún más. Tito sintió que la inesperada invitación que nos llegó de Dimitrov para visitar Bulgaria no era algo casual: con seguridad vio en ella la intervención de los soviéticos y, en primer lugar, de Stalin.

Al mismo tiempo, esta «ayuda internacionalista y popular» que se anunciaba ruidosamente dentro y fuera de Yugoslavia serviría a los dirigentes de Belgrado como la capa de maquillaje que se aplica a un cadáver masacrado. Esperaban que el pueblo albanés quedaría cegado por las bufonadas de la «solidaridad» y no se enteraría de que se estaba clavando un cuchillo en su espalda.

Nosotros mismos veíamos ahora en todo esto que algo negro y amargo se ocultaba tras la «bonita» fachada. Cuando Belgrado sonreía, teníamos la impresión de que algo malo se preparaba para nuestro Partido y nuestro país. El «garrote» y la «zanahoria», las acusaciones y las «promesas» de Tito y su gente en Tirana se sentían y aparecían con su verdadero significado, como eslabones de una cadena.

Pero en toda esta farsa de «amistad» nosotros percibíamos también el reverso de la moneda: las fiebres del miedo y de la angustia que acompañaban paso a paso a los

cabecillas de Belgrado en el crimen que intentaban cometer. Cada acción, cada táctica suya contra nosotros, portaba en sí misma la semilla inevitable del desenmascaramiento y del fracaso del complot. Y cuanto más se apresuraran los cabecillas del PCY en la realización de su negra obra contra nosotros, más aún se aproximarían a su final vergonzoso e inevitable.

Ofertas esclavizadoras

A finales de 1947, como «regalo» de año nuevo, la dirección de Belgrado concentró su atención respecto a nosotros particularmente en dos campos: primero, en la economía y, segundo, en el de la defensa, en el ejército.

Por lo que se refiere al Partido ahora creían que lo tenían por completo en sus manos. Desde el Pleno de Berat y en adelante, su gente, particularmente Koçi Xoxe y Pandi Kristo, estaban completamente «titoizados», adiestrados en los métodos complotadores, de modo que, incluso sin la intervención directa de los yugoslavos, se pensaba que podían dirigir la situación según el capricho de sus patrones.

Los yugoslavos pensaban, pues, que en los agentes reclutados en la dirección de nuestro Partido tenían la llave del éxito, su punto más fuerte, pero de hecho éste era precisamente uno de sus puntos más débiles y les conduciría a la derrota y el desenmascaramiento.

Esto estaba relacionado con el concepto antimarxista, trotskista de Tito y compañía sobre el partido, sobre su papel y sus funciones. Según ellos la base del Partido era una «multitud», un «gallinero», al que no se debía prestar ningún cuidado porque no tenía otro papel que aceptar ciegamente y sin ninguna oposición las órdenes y las directrices que llegaban «de arriba», de la «dirección» y sobre todo de la «mano dura» en la dirección.

Partiendo de esta concepción, al igual que en su partido, habían centrado fundamentalmente su atención en relación con nosotros en los «altos rangos», en lograr un lobby protitista en la dirección, que según ellos conduciría a todo el partido al redil de Tito, como si fuera un rebaño de ovejas. Pero sería precisamente este concepto antimarxista el que, cuando llegara el momento, conduciría a sus portadores al borde del abismo. Cuatro o cinco agentes reclutados, por muy poderosos que fueran, no serían nada ante la fuerza colosal de nuestro Partido que estaba educado y templado para dirigir al pueblo por el camino de la salvaguardia y el fortalecimiento de la libertad y no por los senderos sin salida a donde Tito y su banda querían atraerlo.

Pero esto se confirmaría más tarde. Inicialmente Tito y su gente pensaban que tenían a nuestro Partido «en sus manos» por medio de su agente, el secretario de organización Koçi Xoxe, y como, según ellos, allí las cosas les irían como la seda, centraron su atención en la economía y en el ejército.

Sobre la base de las «propuestas» de la dirección yugoslava, que Zlatić nos había presentado junto con las acusaciones, a comienzos de diciembre vienen éste y otro yugoslavo, Sergej Krajger, con una pila de dossiers bajo el brazo. Por nuestra parte estábamos Koçi Xoxe, Pandi Kristo y yo. Nos «felicitaron» por habernos librado finalmente de Nako Spiru, el elemento que «nos ha complicado y estropeado el trabajo, incluso nos ha creado, sin nosotros quererlo, fricciones y dudas recíprocas», y abrieron los dossiers:

—Ahora —dijo Zlatić—, queremos plantearles más concretamente la cuestión de la Comisión de Coordinación. El camarada Krajger, uno de nuestros mejores conocedores de los problemas económicos, ha sido designado por nuestra dirección como presidente de esta comisión. La comisión será yugoslavo-albanesa, es decir, también los representantes albaneses formarán parte de ella. Seguirá al detalle el camino de desarrollo de la economía de nuestros países, de modo que todo esté armonizado, es decir, bien coordinado.

—Cuando nos entrevistamos a principios de noviembre —le dije a Zlatić—, le pregunté sobre el carácter de esta comisión y sobre la relación que tendrían con ella y con sus competencias los correspondientes gobiernos de ambos países. Nosotros continuamos sin tener claro esto.

—Tiene razón —«convino» Zlatić—, porque les han preocupado problemas más importantes. Yo les responderé en la medida en que me sea posible. Mencionó un problema extraordinariamente delicado, «la relación entre la comisión y los correspondientes gobiernos de ambos países». Quiero que entiendan bien lo que les voy a decir. La propia idea de una unión económica entre nuestros países no puede concretarse sin un órgano común que, por decirlo así, se situará y funcionará entre nuestros dos gobiernos. Si se deja el asunto de la unión económica por la parte yugoslava únicamente en manos del gobierno yugoslavo y por la parte albanesa únicamente en manos del gobierno albanés, nos surgirían problemas, conflictos, fricciones y cualquier otra cosa. La Comisión de Coordinación será el órgano que elimine estos peligros.

—Entonces ¿cómo?, ¿se tratará de un órgano por encima de nuestros gobiernos? —le pregunté.

—No, no estará por encima de los gobiernos. En primer lugar sus competencias se extenderán únicamente a cuestiones económicas, de modo que a su gobierno le queden todas las competencias en los demás terrenos.

—¿Cómo?, ¿cómo? Es decir ¿que «nos liberaremos» de las cuestiones económicas?

—¡No me entiende usted! —intervino irritado Zlatić—. Yo no he dicho que se liberen de la economía. He dicho que las competencias de la comisión se extenderán únicamente a las cuestiones económicas, e incluso aquí la comisión se ocupará de los problemas relacionados con los planes comunes, con los caminos más eficaces para la coordinación de los planes, con la determinación y la pormenorización del presupuesto, de las inversiones, de los ingresos, con el control y la aplicación de las tareas y las medidas que se determinen, es

decir con todos los grandes problemas de este campo. Después, que decida el gobierno sobre la economía.

—¿Y qué le queda por decidir aquí, es un ejemplo, a nuestro gobierno, cuando todo lo sabe y lo resuelve la Comisión de Coordinación? —le pregunté.

—Usted, camarada Enver —se me lanzó Zlatić—, no sé por qué, tiene miedo de esta comisión. Parte de una idea errónea sobre ella y como consecuencia todo lo ve dudoso. Sobre esta base no se puede discutir. Debe tener confianza en las ventajas de la comisión. Nuestros camaradas de Belgrado han reflexionado bien sobre ella, han estudiado todas sus ventajas, por eso plantean que se cree. Será un órgano de ayuda para ustedes y para nosotros, tendrá mucho trabajo y muchas tareas y me desagrada que pregunte por todo. Nosotros hemos venido con la idea de que se había acabado aquel tiempo en que se producían dudas y fricciones por todo.

—Mi pregunta era sincera y muy concreta —le dije con sangre fría—. No creo que ni el camarada Tito ni usted deseen que nosotros aceptemos ideas o proyectos que no tengamos claros.

—Estoy de acuerdo con usted —se «batió en retirada» Zlatić—, pero estoy persuadido de que no nos preguntaría tanto si creyera más en la sinceridad y la justeza de nuestras propuestas. Lo planteamos todo por su bien. Nuestros gobiernos se encontrarían ante grandes dificultades sin un órgano mediador, coordinador. Los gobiernos no deben pelearse entre sí por culpa de unos cuantos directores o especialistas económicos. Que sean los camaradas competentes en este campo quienes solucionen los problemas económicos, que sean ellos quienes tengan fricciones y que encuentren las soluciones debidas. El camarada Krajger está dispuesto a afrontar todas las dificultades que se creen. Dejemos que los gobiernos decidan sobre las grandes cuestiones. Esto está claro. ¿No sé lo que dicen los camaradas Xoxe y Kristo?

—Nosotros agradecemos de corazón toda esta ayuda y estas ideas que nos da la dirección yugoslava —respondió de

inmediato Koçi Xoxe—. Yo no soy especialista en estos asuntos porque la economía no es mi sector, pero la cabeza me dice que la Comisión de Coordinación hará que las cosas avancen y no nos ocurrirá lo que nos ocurría en el pasado. Yo no creo que el camarada Comandante no tenga confianza, pero es que la economía está muy embrollada. Nako Spiru la embrolló aún más y no nos enteramos de lo que ocurre.

—¡Muy justo! —le felicitó Zlatić a Xoxe—. Se trata realmente de problemas muy difíciles, complicados éstos de la economía y, sobre todo, de la unión económica. En Belgrado se ocupa de estos asuntos la flor y nata de la gente de la economía. No quiero que me malinterprete, camarada Enver, pero ni yo mismo conozco bien todos los secretos de estos asuntos. Si lo supiera se lo diría. Lo principal es el buen corazón. El camarada Xoxe tiene razón. El no es especialista, pero el instinto de clase le lleva a conclusiones justas. ¡Los que proceden de la intelectualidad deben aprender de esto!

Koçi Xoxe movió la cabeza lleno de satisfacción por los elogios que se le hacían.

—En nuestra dirección —prosiguió Zlatić—, existe una armonía maravillosa. Tomemos la relación Tito-Kardelj. El camarada Tito tiene instinto de clase y Kardelj se apoya mucho en este instinto.

Se entendía por sí solo lo que quería decir. Pero ahora su desvergüenza no tenía fronteras.

Después de que debatiéramos alrededor de una hora sobre la «naturaleza» de la comisión y de que escuchara varias veces seguidas las observaciones: «no quieres entender», «no quieres confiar», etc., Koçi Xoxe se aclaró la garganta y dijo la última palabra:

—Yo creo que la comisión debe crearse tal como dicen los camaradas yugoslavos. Los beneficios que nos reportará esta comisión convencerán a algún camarada que tiene vacilaciones. Nosotros, por nuestra parte, encomendamos al camarada Pandi Kristo que se ocupe directamente de este asunto. Aunque Pandi no se ha metido en problemas económicos, lo principal es que tiene desarrollado el instinto de clase...

En esta situación, en estas circunstancias de presión y chantaje nos vimos obligados por tanto a aceptar la primera oferta de Tito, la creación de la Comisión de Coordinación, que, aunque camuflada, representaba en los planes de los titistas la primera forma o el embrión de un futuro gobierno de ocupación.

Muy pronto aparecería toda la inmundicia que llevaba en sí misma esta criatura en esencia neocolonialista.

Mi idea de que esta comisión podía transformarse en una especie de gobierno por encima del gobierno se estaba confirmando plenamente. Krajger concentró en sus manos casi todas las competencias de nuestro gobierno, escribía y sellaba todo lo que tenía que ver con la economía albanesa y sus vías de desarrollo. En el marco de la Comisión de Coordinación se crearon diversas subcomisiones que en sí mismas constituían dobles de nuestros ministerios. Y si los yugoslavos nos habían saqueado hasta ahora como bandidos con las anteriores formas de «colaboración», de ahora en adelante nos iban a saquear abiertamente, legalmente, como propietarios.

Con tiempo y con cuidado, también en este campo nos opondríamos a ellos, pero inicialmente, cuando la «unión económica» se cubría todavía con frases de «amistad», nuestras contrarrespuestas estaban limitadas. En cuanto le manifestaba a Koçi Xoxe alguna duda o inquietud sobre el decaimiento de nuestra economía, inmediatamente se esforzaba por «tranquilizarme»:

—¿Por qué te preocupas por la economía? —me decía Xoxe—. Hemos firmado tratados económicos con Yugoslavia y nos mandarán ayuda. Ahora lo importante es que nos preparemos para los análisis del Pleno que se han quedado colgados.

Repetidamente le pedía a Pandi Kristo que nos informara sobre la marcha de los asuntos en la Comisión de Coordinación, pero éste hacía lo mismo que Xoxe. Incluso Pandi no sabía ligar dos palabras, ni siquiera sabía informarnos, de modo que se limitaba a decir:

—Camarada Comandante no te inquietes por la economía,

porque el camarada Krajger y la comisión se interesan de cerca.

El futuro Pleno de nuestro Comité Central, en el que se discutiría en el espíritu de las acusaciones de Tito, estaba siendo utilizado por los agentes de Belgrado como un medio de chantaje para atemorizarnos y obligarnos a aceptar lo que se nos decía.

Entre tanto Tirana fue inundada como nunca antes por militares. Generales, coroneles, mayores y capitanes yugoslavos con hombreras que relucían desde lejos, entraban y salían en Albania como en su propia casa. Nos traían consigo la gran «inquietud» de la dirección yugoslava por la situación exterior, «considerablemente tensa», y por ¡el «peligro inminente» que amenazaba como nunca a nuestros países! Hacía más de dos años que nos zumbaban los oídos a causa de esta «alarma» con que la gente de Tito atronaba los cielos.

Desde luego que la situación en torno a nuestros países no era tranquila ni exenta de peligros, eso era más que real. Pero toda la tensión y la alarma con que la gente de Tito presentaba la situación, no nos parecían justificadas. Nos parecía que se exageraban las cosas.

Pronto se vería que como en los demás terrenos también en éste los tiros iban por otro lado.

La dirección de Belgrado se disponía a presentarnos su otra «oferta». En apariencia esta oferta tenía que ver con la defensa «común» de nuestra libertad, pero en el fondo no era otra cosa que la petición oficial de que entregáramos como un regalo nuestra libertad e independencia a los chovinistas de Belgrado.

Ellos llevaban varios años esforzándose por lograr esto por las vías y por los medios más «adecuados», menos «visibles», pero no habían tenido éxito. Así había sucedido con sus febriles esfuerzos por adueñarse de nuestro ejército, por orientarlo y organizarlo como una parte, como un destacamento del ejército yugoslavo y bajo la dependencia del Estado Mayor Yugoslavo.

Para nosotros la cuestión del ejército había sido y con-

tinuaba siendo sagrada como la propia cuestión del Partido. Aquél había sido creado, organizado, educado y forjado con las enseñanzas de nuestro Partido, con la gran experiencia de las luchas de liberación de nuestro pueblo y con la experiencia del Ejército Soviético. Por lo que se refiere a la educación política, ideológica y militar de nuestro ejército los problemas habían sido, de manera categórica, introducidos en la justa vía marxista-leninista de nuestro Partido.

En la base de nuestra Lucha de Liberación Nacional estaba la lucha guerrillera, la experiencia de combate de nuestros antecesores, enriquecida en las nuevas condiciones de la guerra moderna. De este modo durante la guerra enriquecimos esta experiencia nuestra con la de la guerra revolucionaria de los demás pueblos, y en primer lugar de los pueblos soviéticos. Toda esa experiencia la adquirimos solos, la elaboramos solos, ya que hasta la plena liberación de Albania no tuvimos ningún lazo con el Ejército Soviético, que ni siquiera pasó por nuestro país.

Pero el hecho es que el Ejército Rojo, el ejército que surgió de la Gran Revolución de Octubre, era para el nuestro el más querido y desde los primeros días tras la Liberación nos impusimos como tarea educar a nuestro ejército con un elevado patriotismo en la línea marxista-leninista y siguiendo el ejemplo del Ejército Rojo de Stalin.

Comenzamos a enviar numerosos cuadros y militares que acababan de salir de la guerra a las *uchilishche*,* a escuelas militares y a academias en la Unión Soviética, que los aceptaba constantemente y a quien nosotros se lo agradecíamos de todo corazón.

A las *uchilishche* yugoslavas enviamos muy pocos cuadros. Durante los primeros años que siguieron a la Liberación los yugoslavos eran pobres en escuelas militares. Ellos mismos, al igual que nosotros, enviaban a estudiar a la Unión Soviética a la mayor parte de sus muchachos. De forma que en torno a esta cuestión no tuvimos fricciones visibles con los

* Ruso en el original — escuela secundaria militar.

yugoslavos, y ellos no expresaban insatisfacción por que preferiéramos las escuelas militares de la Unión Soviética a las suyas. Las fricciones, su antisovietismo y su espíritu antialbanés se manifestarían abiertamente más tarde, precisamente cuando comenzaron a tomar forma en mayor proporción y más acentuadamente sus sentimientos burgueses nacionalistas y chovinistas, cuando comenzó a cultivarse y a desarrollarse su megalomanía, el sentimiento de «aptitud» y «capacidad» del «grande y poderoso Estado yugoslavo». Esto se manifestó en el sector militar, al igual que en todos los demás sectores.

Aprovechándose de los lazos que se habían creado durante los años de la guerra entre nuestros dos partidos (y que nosotros veíamos como una cosa normal y necesaria), el objetivo de los yugoslavos era dejar a nuestro ejército en una situación confusa, sin organización, sin una dirección sólida.

Inicialmente les pedimos que nos dieran los reglamentos que tenían, con el fin de estudiarlos y adaptarlos a nuestras condiciones. Ellos nos los enviaron con todo gusto acompañados de «especialistas en reglamentos». Pero nos dieron mucho trabajo. Cada tres o cuatro meses se cambiaban los reglamentos. El entrenamiento no se hacía sobre bases estudiadas, sino según le parecía a uno u otro «especialista» yugoslavo.

La razón no era que no supieran. No, querían debilitar nuestro ejército y dejarle desorganizado con el objetivo de que más tarde, cuando llegara el momento propicio, no estuviese en condiciones de oponérseles.

En esta situación, Kristo Themelko, director de la Dirección Política de nuestro ejército, jugó un papel dañino. Había combatido bien, era franco, pero tras el Pleno de Berat Koçi Xoxe y Pandi Kristo le echaron el lazo teniendo en cuenta que era de origen macedonio y él se encuadró en las filas de los elementos que trabajaban a favor de cualquier «orientación» que viniera de Yugoslavia.

Yo llamaba frecuentemente a Shule y le decía con irritación:

—¿Qué es esto? ¿Otra vez cambio de reglamentos?

—¿Entendámoslo bien, camarada Comandante! —me de-

cía él—. Estamos dando los primeros pasos. Construiremos un ejército moderno. Haciendo una comparación con el tiempo en que no disponíamos de ellos en absoluto, los primeros reglamentos fueron un buen paso hacia la modernización. Cuando nos llegaron los segundos, se entiende, estaban más perfeccionados. Más tarde se volvieron a cambiar. Esas lumbreras trabajan, se devanan los sesos y modifican los reglamentos. ¡La perfección no tiene fin, camarada Comandante!

—Sí, no tiene fin, pero esta situación debe finalizar —le decía yo—. ¿Qué es esto? ¡En cuanto nuestros soldados empiezan a aprender un reglamento, vosotros lo sustituís por otro!

—Lo hacemos por mejorar.

—No —le dije—, esto, más que organización es desorganización.

Me di cuenta de que la situación no estaba cambiando, que la disciplina se relajaba. Percibí que, a pesar de ser el Comandante General, estaba casi relegado a ocuparme de «lo escogido», un poco de todo. Así no se podía seguir. Nako, engranado por completo en el juego que se desarrollaba «lejos de mí», me traía toda clase de hechos e historias lamentables, que le contaba «su gente». Me convencí de que había que meterle mano al ejército. Entre las primeras medidas que decidí adoptar estaba la reorganización del Estado Mayor. Cuando estábamos hablando sobre esta cuestión Nako me propuso con insistencia que se colocase a la cabeza de él a Mehmet Shehu, como «militar consumado, preparado y que ha dado pruebas».

—Es verdad que ha dado pruebas —le dije a Nako—, pero de las dos clases. buenas y malas.

Respecto a las negativas me refería a sus acciones, sobre todo sectarias, durante la guerra, pero también al hecho de que cuando le habíamos criticado de sectarismo, se había lanzado al lado contrario, al oportunismo. Asimismo tenía presente que frecuentemente actuaba según su parecer, estaba pagado de sí mismo, reclamaba disciplina de los demás, pero él mismo no era tan disciplinado ante la línea del Partido

y las órdenes del Mando General, cuando durante la Lucha de Liberación Nacional no cumplió la orden de que la I División pasara al Norte hasta que no se le dio la segunda orden, de modo tajante.

Esto es lo que tenía presente respecto a los aspectos negativos de Mehmet Shehu cuando Nako me propuso que se le colocara a la cabeza del Estado Mayor. Naturalmente, según el conocimiento que teníamos de él en aquel período, tenía presente también sus aspectos positivos, que me impulsaban a confiar en que bajo la dirección del Partido se desharía de las características negativas que le conocíamos. Asimismo el hecho de que estuviera estudiando en la Academia Militar de la Unión Soviética, aumentaba mi esperanza en que Mehmet se opondría con energía al desorden que los yugoslavos nos estaban provocando en el ejército. Con los Tahir Kadare, Nexhip Vinçani, Pëllumb Dishnica y algunos otros no se podía enderezar la situación.

Planteamos la propuesta en el Buró y tras algunas ligeras vacilaciones, Koçi Xoxe y Pandi Kristo estuvieron también de acuerdo. Hicimos venir a Mehmet de Moscú, donde estudiaba en la Academia «Vorochilov», y desde la primera entrevista le hablé sobre la situación en nuestro ejército, le conté la historia de los reglamentos yugoslavos y él, sin que yo hubiese acabado, estalló como tenía por costumbre con expresiones extremas:

—El maravilloso arte estratégico-militar del Ejército Rojo encontrará su más completa afirmación en toda la vida de nuestro ejército. Pondremos en manos de cada soldado los reglamentos del ejército soviético y no se moverán de ellas ni un milímetro. . .

—Tampoco es eso —le dije—. Hace tiempo que hemos dado la orientación de que se elaboren nuestros reglamentos, que no deben ser una traducción literal de los reglamentos de los ejércitos hermanos. El error de los camaradas ha sido hasta ahora que se basaban únicamente en los yugoslavos y los cambiaban una y otra vez. No debemos permitir más semejantes anomalías. Que se tengan en cuenta en primer lugar los so-

viéticos, que se vea también lo que tienen de bueno los yugoslavos, pero se debe trabajar para que nuestros reglamentos se apoyen también en nuestra experiencia, con el fin de que en el futuro dispongamos de unos reglamentos completamente nuestros.

—Eso quería decir —respondió Mehmet Shehu retractándose y prometiendo con solemnidad: —Estableceremos todo de manera creadora, sobre la base de la línea del Partido y de nuestra rica experiencia de la Lucha de Liberación Nacional.

De este modo, aplicando a nuestras condiciones el arte staliniano en la construcción organizativa e ideo-política del ejército, decidimos adoptar como base los reglamentos militares soviéticos. Al mismo tiempo pedimos a Stalin que nos enviara consejeros militares soviéticos para que nos ayudaran a organizar el Estado Mayor General y las unidades. Stalin nos envió gente buena, con experiencia militar y política.

Este camino, que nosotros seguíamos de forma consecuente, no era del agrado de los yugoslavos. Se sentían «ofendidos». y su agregado militar junto con sus ayudantes no cesaban de calumniar, de criticar y de incitar a nuestros oficiales contra los consejeros soviéticos, contra los reglamentos y la experiencia soviética. Un tal Spiro Seržentić, un oficial yugoslavo que había llegado pretendidamente para intercambiar la experiencia política del ejército yugoslavo con la Dirección Política de nuestro ejército, pero que de hecho mantenía relaciones con Kristo Themelko, Pëllumb Dishnica, etc., se mostró particularmente activo en esta campaña antialbanesa y anti-soviética.

Estas actuaciones, independientemente de que nosotros las golpeáramos, se estaban haciendo continuas y llegó incluso un momento en que a los yugoslavos, empezando por los principales como el embajador Josip Djerdja y el «consejero» de Tito, Savo Zlatić, etc., se les ofuscó tanto la vista que tomaban por oficiales soviéticos a los oficiales nuestros que finalizaban los estudios militares y que regresaban a la patria,

y se quejaban a nosotros por el gran número de «consejeros soviéticos» que traíamos. Más tarde hicieron otra tentativa de conducirnos a senderos errados. Llamaron a Kristo Themelko, Mehmet Shehu y algunos otros a Belgrado para que asistieran a una reunión o seminario militar, donde Vukmanović Tempo (en aquel tiempo director político del ejército yugoslavo) planteó las «tesis militares del ejército yugoslavo». Después de esto se esforzaron por convencernos por medio de Shule de que adoptáramos también nosotros estas tesis antimarxistas y abiertamente antisoviéticas. Kristo Themelko, trabajado por Tempo, vino a mí entusiasmado, las glorificó y me propuso su adopción.

—¿Tienes escritas esas tesis? —le pregunté.

—Tengo notas abundantes —me respondió con desenvoltura—. Estaba junto con Mehmet Shehu en el seminario y hemos tomado nota exacta de todo.

—Bien —le dije—, formula por escrito lo que me has presentado y me lo traes para que lo veamos más tranquilamente.

Pocos días después Themelko me trajo las tesis. Eran las mismas ideas y pretensiones que habíamos escuchado hacía tiempo sobre la «particular experiencia del ejército yugoslavo en la Lucha de Liberación Nacional», «sobre la aplicación creadora» de la ciencia militar por parte de Tito, «sobre la importancia de esa experiencia en la lucha contra el espíritu de cliché de las revoluciones anteriores», etc., etc., sólo que ahora elevadas a la categoría de arte, de teoría. Según ellas, «en las condiciones de los Balcanes y de Europa en general», la experiencia de la Revolución de Octubre y del Ejército Rojo ya no tenía valor, porque «las nuevas condiciones son distintas de las de la Revolución de Octubre», pero también porque «al Ejército Rojo pertenece a un país que está treinta años por delante en la construcción del socialismo». De modo que las formas de organización y de funcionamiento del Ejército Rojo, según Tempo, ¡no eran adecuadas para nosotros!

Después de estudiar cuidadosamente las «tesis» de los

yugoslavos, llamé a Themelko y a Mehmet Shehu y les di mi opinión tajante:

—En estas tesis hay puntos de vista incorrectos, erróneos y de ninguna manera debemos adoptarlas. Nosotros no despreciamos ninguna buena experiencia —les dije—. Pero estas tesis no contienen nada parecido. Y además ¿por qué vamos a adoptar sus tesis cuando disponemos de las nuestras y de la experiencia soviética?

De modo que también fracasó esta intentona de los tístas.

Como consecuencia de estas posiciones nuestras, así como de las detalladas informaciones que obtenían de las fuentes que habían creado a su servicio, los yugoslavos se convencieron de que no podían utilizar a nuestro ejército como un instrumento ciego para la realización de sus planes secretos. Entonces cambiaron de táctica.

En julio de 1947 llegó a Albania una gran delegación militar yugoslava encabezada por Vukmanović Tempo y Koča Popović (el primero director político y el segundo jefe del Estado Mayor General del ejército yugoslavo) y entró en conversaciones intensivas con nuestros representantes, Kristo Themelko, Mehmet Shehu, y otros. En aquellos días yo me estaba preparando para ir a Moscú y, cuando volvimos, vinieron a informarme Mehmet Shehu y Kristo Themelko:

—Las conversaciones —me dijo Mehmet— han dado magníficos resultados. Los camaradas yugoslavos han considerado con seriedad la alarmante situación en los Balcanes y nos han propuesto grandes abastecimientos de material militar, ayuda de todo tipo y colaboración recíproca en todos los sectores de la defensa.

—¿Qué carácter tendrá esta colaboración? —le pregunté.

—Más o menos como en los demás sectores. «El espíritu del Convenio Económico, nos dijo Tempo, debe extenderse también al ejército». Propusieron medidas concretas para aumentar los efectivos del ejército, para ampliar las obras de ingeniería militar, respecto a los equipos, los enlaces, la vestimenta, etc. En pocas palabras que poseamos un ejército mayor, mejor

equipado técnicamente, mejor vestido, calzado y alimentado. Es decir un ejército moderno. Nosotros estamos determinando medidas concretas para esta gran empresa.

—Todo es necesario —le dije a Mehmet Shehu—, pero tened en cuenta las condiciones en que nos encontramos. ¿Podrá nuestra economía hacer frente de inmediato a todas esas demandas?!

—No debe inquietarse por eso. En el espíritu del Convenio, los camaradas yugoslavos han acordado ¡cubrir nuestros gastos en el ejército con su presupuesto!

Esto me pareció muy sospechoso. Los «amigos» no estaban cumpliendo prácticamente nada de lo que se habían comprometido en los sectores de la economía y ¡he aquí que ahora se nos transformaban en unos grandes filántropos con el ejército! Y cuando Kristo Themelko consideró «necesario» añadir algo a lo que había dicho Mehmet Shehu, se me reforzaron aún más las sospechas y las inquietudes.

—¡Los camaradas yugoslavos —señaló Shule—, tratarán a nuestro ejército como al suyo propio! Tempo dijo que en el espíritu del Convenio Económico, del mismo modo que son importantes las unificaciones en la economía, ¡tan importante es, si no más, la unificación de nuestros ejércitos!

—¿Cómo?! —le pregunté como si me hubieran dado una sacudida—. ¿Qué es eso de la unificación de los ejércitos?!

—¡Eso no lo dije, yo no lo he oído! —intervino rápidamente Mehmet Shehu que había percibido mi conmoción.

—El habló de extender el espíritu del Convenio Económico al ejército —le respondió tranquilo Themelko—, estábamos juntos en todas las conversaciones y estuvimos de acuerdo en todo. ¿Qué significa el Convenio Económico? Unificación de precios, paridad de la moneda, unificación aduanera. En el ejército este espíritu yo lo entiendo como unificación de los ejércitos.

—¿Lo dijo Tempo o así lo entiendes tú? —le pregunté clavándole la mirada con severidad.

—Quizás confundo el asunto —balbuceó Shule.

—«Quizás confundo el asunto», dices —estallé indigna-

do—. Por qué no dices mejor que has visto las relaciones entre nuestros ejércitos como entre el lek y el dinar.

Mehmet Shehu «declaró» nuevamente que esto «no se ha dicho». Que «sería un error», que «el camarada Shule no debe hacer paralelismos ingenuos», etc.

Se cerró este asunto considerándolo un lapsus de Shule. Pero, inmediatamente después de las acusaciones que nos comunicó Zlatić en noviembre, con amargura y conmoción escuchamos y nos convencimos definitivamente de que lo que «había pensado» Shule, pero «no había escuchado»(!) Mehmet Shehu en julio, era más que verdad. Los yugoslavos reclamaron de forma abierta la unificación de nuestros ejércitos, es decir la puesta de nuestro ejército bajo la dependencia del mando general del ejército yugoslavo.

Uno de aquellos días viene a verme Mehmet Shehu y me dice:

—¡Camarada Comandante, en el Estado Mayor nos estamos peleando porque se habla de la unificación de los dos altos mandos de nuestros ejércitos y los yugoslavos quieren arrinconarte!

Eran los momentos posteriores al suicidio de Nako Spiru, los momentos en que Koçi Xoxe había desenvainado la espada y daba mandobles a diestro y siniestro. En los análisis que hacíamos se planteaban entre otras cosas acusaciones por la situación «insatisfactoria en el ejército», particularmente en el Estado Mayor General, por el «espíritu de cliché» con que estábamos educando al ejército(!), por la «subestimación de la experiencia militar de los camaradas yugoslavos», etc.

Estos golpes se asestaban inicialmente «criticando» al jefe del Estado Mayor, Mehmet Shehu. En cierto número de gente de la Dirección Política del Ejército, con los que tenían contacto directo los yugoslavos, cristalizaba un sentimiento así no sólo contra Mehmet Shehu, sino también contra mí. Esto no se afirmaba todavía abiertamente, pero de forma indirecta se planteaba así, ya que resultaba como si yo hubiese propuesto a Mehmet Shehu como jefe del Estado Mayor y le apoyara, etc. Por otra parte, como yo era Comandante Gene-

ral y ahora se decía que «en el Estado Mayor no van bien las cosas», esto representaba un golpe directo ¡contra mí que «permitía» esta situación!

Mehmet Shehu sentía que sus posiciones se tambaleaban, por eso, para salvarse de esta situación, se «opuso» abiertamente a los yugoslavos (más adelante mostraré en qué consistía esta «oposición») y se esforzó por ganar mi respaldo y mi apoyo. En aquellos momentos no me sorprendió su expresión «los yugoslavos quieren arrinconarte», ya que nos encontrábamos en el momento culminante de los análisis en el Buró pero, de todos modos, le pregunté en qué sentido veía él esto.

—Ha llegado el general Hamović, el vice de Tempo, con un grupo de militares y reclaman no sólo la unificación de nuestros ejércitos, sino también la creación de un mando único que dirija las acciones y la preparación del ejército unificado —me aclaró Mehmet Shehu—. Me opuse a ellos abiertamente.

Valoré con toda seriedad la información que me había dado Mehmet Shehu, «informé» de ello a Koçi Xoxe y le dije que organizáramos una entrevista donde, en presencia de Mehmet Shehu y Kristo Themelko, Hamović nos «aclarara» mejor las ideas de la dirección yugoslava.

La entrevista se llevó a cabo, pero Hamović no tomó parte. ¡Había ido a inspeccionar personalmente las unidades y a tomar contacto con los distintos jefes de nuestro ejército!

—¡Mehmet Shehu se ha apresurado en la conclusión que extrajo y en toda la información que le ha dado! —se lanzó al ataque Shule—. Nosotros mismos le habríamos puesto al tanto de todo lo que se dijo en la entrevista, pero las cosas todavía no están maduras.

—¿Cómo? ¿Pensáis que a mí se me debe informar cuando ya lo habéis decidido todo vosotros? Esto no se permite en ningún sector y mucho menos en el ejército —le dije a Themelko.

—De acuerdo camarada Comandante, pero estamos en la fase de las discusiones. Usted está ocupado con otros asuntos y Mehmet Shehu maniobra para embrollarnos, lo mismo que

hizo su amigo, Nako Spiru. No se ha dicho que se le arrinconen a usted. Usted continúa siendo Comandante en Jefe.

—Continúe o no continúe, eso no lo decides ni tú, ni yo, ni tampoco Hamović —le dije—. ¡Eso lo decide el Partido, lo deciden los órganos representantes del pueblo en el poder!

—La puesta de nuestro ejército bajo el mando yugoslavo te conduce a mi conclusión —terció Mehmet Shehu.

—¿Quién dijo que el mando vaya a ser yugoslavo? —intervino Koçi Xoxe sin poder contenerse—. Será conjunto, único.

—¡¿También tú estás al tanto de esto?! ¿Cómo no me has informado? —le pregunté al instante a Xoxe.

Este vaciló un momento, pero ahora se había hecho todo un maestro en eludir los «jaques».

—¡No! Después de lo que me dijo usted ayer, me inquieté y pregunté aparte a Shule. Este me lo aclaró.

Era evidente que mentía, pero las mentiras y los engaños se estaban transformando ahora en sistema y era inútil que me esforzara en descubrir las raíces.

—Son tan sólo algunas ideas, camarada Comandante, y no se trata sólo de nosotros, sino también del ejército búlgaro —intentó aliviar la tensión Themelko—. Nosotros le presentaremos la plataforma de unificación cuando las opiniones maduren bien. Mehmet Shehu pretende dividirnos con el fin de encubrir sus errores. No nos ha traído más que daños desde que está al frente del Estado Mayor. No hay armonía entre el Estado Mayor y la Dirección Política. Mehmet Shehu quiere hacerlo todo solo, desplaza a codazos a los camaradas y los pone en vergüenza por cualquier cosa. Ahora le dice a usted que pretendidamente «se le está arrinconando», pero cuando estuvimos en Belgrado fue él mismo quien lo hizo.

—Kristo Themelko, contén la lengua— le amenazó Mehmet Shehu—. ¡Estás mintiendo ante el Comandante con malas intenciones!

—Recuerda lo que le dije al camarada Tito cuando le vimos en Belgrado —le respondió Shule sin turbarse—. «¡Bajo la dirección y el mando supremo del camarada Tito, nuestros ejércitos serán irresistibles!» ¡Esto es lo que dijiste!

A Mehmet Shehu se le subió el color y no sabía qué decir. Después añadió murmurando:

—¡Eso fue un brindis! En los brindis se dicen cosas excesivas. Pero también brindé por el camarada Enver...

—No nos hablen aquí de brindis —intervino Koçi Xoxe—. Y tú Mehmet Shehu piénsatelo bien. ¡Con lo que estás soltando por la boca quieres enemistarnos aún más con la Yugoslavia amiga! Cuando vas a Belgrado alabas a Tito y aquí alabas al Comandante. Actúas con los dos a traición. Te conozco bien yo a ti, te conozco hasta el cielo de la boca, lo mismo que a Nako Spiru.

Mehmet Shehu palideció y se quedó helado.

—Lo tuyo lo veremos con calma —prosiguió Koçi—, porque tenemos el Pleno por delante. En el Pleno lo solucionaremos todo.

Pocos días después, en una asamblea conjunta del Estado Mayor y de la Dirección Política del Ejército, Mehmet Shehu se encontró frente al golpe decisivo. Campo de errores donde aferrarse había de sobra en él, los reunieron todos, los ordenaron bajo la etiqueta de «antiyugoslavo» y se presentó al Buró Político la propuesta de que ¡se le destituyese de las funciones que ostentaba! En la situación que se había creado, la opinión del Buró sería, también respecto a este caso, algo formal. Todo estaba decidido previamente fuera del Buró. A finales de diciembre de 1947 Mehmet Shehu fue sustituido por Beqir Balluku.

Estaba claro que las cosas empeoraban en todos los sectores, y asimismo en el ejército. Estaba plenamente convencido de que la cuestión de la «unificación» y del «mando único» no era una «idea en elaboración», como se esforzaban por presentarla Koçi Xoxe y Kristo Themelko, sino una exigencia tajante. En aquel período fueron llamados a Belgrado Kristo Themelko y el nuevo jefe del Estado Mayor General, Beqir Balluku, pretendidamente para «discusiones y consultas previas», pero me parecía que todo esto era un juego que traía consigo nuevos peligros. Sentí la necesidad indispensable de discutir a fondo con nuestros camaradas, pero Koçi Xoxe y

Pandi Kristo no aceptaban que nos ocupáramos de un «proyecto», cuando teníamos pendientes cosas más «importantes, la profundización de los análisis para el Pleno»! Planteé que consultáramos con los camaradas soviéticos, pero Koçi Xoxe saltó como si le hubiese picado una avispa:

—¡¿Que consultemos con los soviéticos?! —gritó—. ¡De ninguna manera! ¡Todavía no nos aclaramos nosotros y vamos a liar al PC(b)US. ¡Que vuelvan los camaradas de Belgrado, esperemos a ver lo que nos dicen y después ya veremos lo que hacemos!

Los camaradas llegaron por fin. Sólo que esta vez no venían ni solos ni con las manos vacías. Había venido con ellos un general yugoslavo con un nombre cargante, que al oírlo te daba la impresión que deja el sonido de las botas claveteadas sobre el asfalto, «krup-krup». Se trataba del general Kuprešanin. Había traído consigo toda una corte de coroneles y mayores, y, dirigido a mí, un mensaje «muy urgente e importante» del propio Tito.

Por lo que recuerdo les recibí al día siguiente de su llegada a Tirana. Intercambiamos los saludos de rigor y el general fue directo al grano:

—Por orden especial de nuestro comandante supremo, el ministro de Defensa Popular, mariscal de Yugoslavia Josip Broz Tito, he venido como portador de una serie de propuestas de extraordinaria importancia. Sobre lo que voy a comunicarle, así como sobre mi identidad, se habla oficialmente con detalle en esta carta personal del camarada Tito. ¡Permítame que se la entregue!

Se puso en pie, se cuadró, dio un paso al frente y me alargó el sobre lleno de solemnidad, como si me presentase las cartas credenciales.

—Ahora permítame que le comunique verbalmente el objetivo de mi venida aquí de forma tan inesperada. La situación en torno nuestro se presenta más amenazadora que nunca. Disponemos de datos según los cuales en Grecia están finalizando los preparativos para un ataque, que inicialmente se dirigirá contra sus fronteras surorientales.

Calló un momento y después se dirigió a un militar yugoslavo que traía consigo.

—¡El mapa! —le dijo.

Al instante se desplegó un gran mapa de los Balcanes en el que se destacaban por encima de todo flechas, círculos, banderas y toda clase de líneas multicolores.

—Se prevé que el ataque comience en este territorio —dijo Kuprešanin y señaló con el dedo nuestra frontera en la zona Korça-Erseka—. Según nuestros datos al mismo tiempo podrán lanzar ataques desde el mar. Las fuerzas agresoras griegas, apoyadas por fuerzas y medios de los anglo-americanos, intentarán quebrar su defensa con un golpe rápido y generalizado, y penetrar después en profundidad... En estas condiciones nuestra dirección, enormemente inquieta y fiel a las obligaciones que le impone el Tratado de Amistad y Ayuda Mutua, considera que debe tomarse una serie de medidas urgentes. Como lo principal voy a citar textualmente lo que el camarada Tito les escribe en la carta —dijo Kuprešanin, abrió la cartera, extrajo una hoja de papel y comenzó a leer: «A causa de esta confusa situación, les ruego que nos entreguen una base en Korça para una división y las unidades técnicas auxiliares. De este modo se creará la posibilidad de que ustedes aseguren mejor el sector en dirección al mar y de que, en caso de provocación, nuestras unidades puedan intervenir con mayor rapidez.»*

Esta es la propuesta principal y urgente de la dirección yugoslava —prosiguió Kuprešanin—. Los camaradas Balluku y Themelko estuvieron de acuerdo en el encuentro que sostuvieron con el camarada Tito y, convencidos de que tampoco usted tendría nada que oponer, yo y el grupo que me acompaña hemos venido para comenzar inmediatamente el trabajo. Partiremos urgentemente hacia Korça donde estudiaremos el terreno en que se acantonará nuestra I división...

—Me veo obligado a interrumpirle, general —le dije—. La

* De la carta de J. B. Tito dirigida al camarada Enver Hoxha el 26 de enero de 1948. ACP.

propuesta del camarada Tito es, de una importancia tal que de ningún modo se la puede pasar con un comunicado de rigor.

—¡Todo lo que he dicho lo tiene escrito por el propio Tito! —me respondió Kuprešanin.

—Le creo —continué—. Pero nosotros acabamos de escucharlo. Debemos estudiarlo, discutirlo en la dirección del Partido y de nuestro Estado y después le daremos nuestra respuesta.

—¿Cómo es posible? —se «asombró» Kuprešanin—. Los camaradas suyos que se ocupan directamente del ejército se mostraron muy dispuestos y razonables.

—A nuestros camaradas —le interrumpí— nadie les ha autorizado a aprobar una propuesta, de la clase que sea, sin la opinión previa de la dirección de nuestro Partido y mía como Comandante en Jefe. Tanto más tratándose de una acción que, si no se sopesa bien, creará graves problemas.

—Puede seguirse el camino que usted dice, pero tenga en cuenta la situación —insistió Kuprešanin—. Nosotros podemos esperar a sus análisis, pero ¿esperará el enemigo a que se convenzan?!

—Que nosotros nos convenzamos o no —le dije—, eso lo trataremos al final. En cuanto al enemigo, primero pienso que en esta situación no es posible que nos ataque. Segundo, aun en el caso de que nos ataque, estamos en condiciones de hacerle frente solos.

—Yo les he traído la valoración de nuestra dirección, que dispone de datos abundantes sobre estos preparativos. ¿No lo cree usted?!

—Puede ser —le dije—. Pero ahora hay una cosa que se sabé bien: En Grecia acaba de desencadenarse la ofensiva general de las fuerzas patrióticas y el ejército gubernamental está comprometido en los combates con ellas.

—¡Pongamos por caso que sea así! ¿Qué hay de malo en que se tomen medidas de precaución? —intentó convencerme Kuprešanin.

—¡Hay de malo! —le dije tajante—. Primero, nosotros no podemos aprobar una acción semejante sin tratarlo bien en la dirección y además, yo, como Comandante en Jefe, no

estoy de acuerdo. Segundo, esta acción precipitada crearía gran inquietud en nuestro pueblo.

—Esto lo ha previsto el camarada Tito —me interrumpió el general—, fíjese en lo que dice en la carta: «Opino que todas estas acciones deben ser realizadas de forma apacible e inadvertida.» Tenemos el encargo de organizarlo todo en secreto, sin que el pueblo se entere.

—¿Y creen que eso es posible?! —le pregunté—, ¿no creerán que el pueblo se chupa el dedo! Incluso aunque nosotros aceptáramos su proposición, no podemos emprender ninguna acción sin aclarárselo y convencer previamente al pueblo. El pueblo tiene derecho a exigirnos cuentas y a rechazar una acción que no le parezca justa. Tercero —continué—, una acción semejante agravaría la situación en los Balcanes y en la arena internacional. Los enemigos empezarán a hablar según les convenga.

—También esto lo ha previsto el camarada Tito —intervino Kuprešanin—, escribe en su carta: «El enemigo se enterará de esto, pero cuando nuestras unidades se hayan establecido allí, no tendremos por qué mantener el secreto ya que ello mostrará que nuestra alianza no es algo formal, sino, por el contrario, que estamos definitivamente decididos a defender conjuntamente nuestras fronteras.» Incluso el camarada Tito —prosiguió Kuprešanin— piensa que una vez establecida la división en Korça, si la prensa le pregunta a usted o a él, se debe declarar que «esta base ha sido concedida según un acuerdo destinado a cubrir las necesidades de la seguridad no sólo de las fronteras albanesas sino también de las yugoslavas»¹.

—Camarada general, hemos discutido más de lo debido —le dije—. Escuchamos su comunicación y tenemos la carta de Tito. Ahora deje que la responsabilidad recaiga sobre nosotros. En el momento debido les daremos respuesta. Esto es por nuestro bien y por el suyo.

¹ Los pasajes entre comillas están tomados de la carta de Tito del 26 de enero de 1948. ACP.

—¡Lo mejor de lo mejor será que la división se establezca cuanto antes con el fin de que la reacción no tenga la posibilidad de emprender acción alguna para ocupar su país! —insistió Kuprešanin.

—¡Pero lo peor de lo peor sería que a causa de una acción precipitada, los enemigos o los amigos nos acusaran de que Albania ha sido ocupada por las tropas yugoslavas! —le respondí al general y observé que palideció al instante.

Sin más la entrevista terminó. Nos separamos de Kuprešanin con gran frialdad y mientras se marchaba me preguntó:

—¿Tardará mucho su respuesta?

—¡Confío en que se le dará en el momento debido! —le respondí fríamente.

Intervino Koçi Xoxe, quien durante todo el debate se había mantenido al margen como un monje negro, y me dijo:

—La situación es alarmante, camarada Enver y no debemos rechazar esa ayuda internacionalista de los hermanos yugoslavos.

A Kuprešanin se le iluminó la cara, se detuvo, me clavó los ojos en espera de mi respuesta.

—Si la situación es tan alarmante —le respondí a Koçi en voz alta de forma que me oyera bien Kuprešanin—, entonces que los yugoslavos aproximen su ejército al norte de Grecia, dentro de sus propias fronteras.

El general Kuprešanin se estremeció con una irritación incontenible, dijo algo entre dientes y se marchó. Koçi Xoxe, esforzándose por parecer «tranquilo» y muy «preocupado por la situación», me dijo:

—Me parece que te has apresurado. El camarada Kuprešanin informará al camarada Tito y se nos crearán problemas.

—Lo que piden es muy peligroso y delicado. Yo le di mi opinión, convencido de que el Buró opinará lo mismo.

—De acuerdo, ¡reunámonos y decidamos hoy o mañana! —añadió en tono de ruego Xoxe.

—¡No! La venida de la división yugoslava no es algo que se decida rápido y a la ligera. Se trata de una decisión importante para nuestros destinos y nuestra amistad con Yu-

goslavia —le dije en un tono que le convenciera de que no me movería de esta posición.

—Yo creo que también ellos se refieren a la amistad —añadió Koçi—. ¡Te parece poco que vengan los soldados yugoslavos y mueran por la defensa de nuestras fronteras! Es lo mismo que hicieron nuestras divisiones cuando marcharon en ayuda de Yugoslavia.

—Aquella era otra situación. Entonces íbamos siguiendo los pasos a los alemanes. ¿A quién perseguirán aquí los soldados yugoslavos? —le pregunté.

—Serán los primeros en recibir a los griegos, en caso de que nos ataquen —se lanzó Xoxe.

—Si nos atacan los griegos, deja que nosotros mismos esperemos el primer golpe. Los amigos tienen desde donde ayudarnos, si les duele la libertad y la independencia de Albania —le respondí, extendiéndole la mano.

—Bien, bien, pero yo digo que lo planteemos cuanto antes en el Buró —dijo Xoxe saliendo—. No podemos hacer esperar a Tito.

Convencido de que nos encontrábamos ante un gran peligro y de las más graves consecuencias, por vez primera decidí realizar una acción «por mi cuenta». A través de la embajada soviética puse en conocimiento de Stalin lo que nos pedía Tito y a la espera de la respuesta logré con mucho esfuerzo que por el momento no se planteara en el Buró la propuesta de la venida de la división yugoslava. Aproveché sobre todo para ello una circunstancia «favorable»: la decisión de convocar para comienzos de febrero la reunión del VIII Pleno del CC del Partido. Digo «circunstancia favorable» por el hecho de que tanto los yugoslavos como sus agentes entre nosotros, tras el suicidio de Nako Spiru, concedían una importancia extraordinaria a esta reunión. Habían hecho todos los esfuerzos posibles para que el Pleno legalizara la «justeza» de las acusaciones de Tito contra nosotros y adoptara la línea de la unión de Albania con Yugoslavia. No era casual que la propuesta en relación con la división nos llegará en vísperas de este Pleno. Se obraba así con el fin de que, situados bajo la

presión de las graves medidas que era claro que adoptaría el Pleno, aceptáramos sin rechistar la intervención militar yugoslava en Albania. Al mismo tiempo, la entrada urgente de las tropas yugoslavas en nuestro territorio, serviría como un medio abierto de chantaje para que el Pleno desarrollara sus trabajos tal como interesaba a los yugoslavos. De este modo nosotros nos encontraríamos entre dos grandes fuegos, las medidas del Pleno y la intervención del ejército yugoslavo, que nos crearían una situación insuperable; precisamente porque valoré así la situación, teniendo en cuenta todas las consecuencias, me esforcé porque uno de estos dos males se evitara. En la imposibilidad de evitar en aquellos momentos la celebración del Pleno, pensé y logré evitar la llegada de la división yugoslava.

La respuesta de Stalin nos llegó con gran rapidez, pocos días antes de que comenzaran los trabajos del Pleno. Stalin nos decía que no veía ninguna posibilidad o peligro de un eventual ataque del ejército griego contra nosotros y estaba de acuerdo con mi opinión de que la llegada de la división yugoslava a Albania no era necesaria.

Los yugoslavos se enfurecieron cuando les comuniqué que no sólo nosotros, sino también los camaradas soviéticos y personalmente Stalin, no consideraban oportuna la venida de su división, mas sin embargo «se retiraron» y momentáneamente no dijeron nada. Me hicieron esta «concesión» porque los yugoslavos, así como sus agentes, todavía creían que todo estaba encarrilado y que las cosas les marcharían tal como habían previsto.

Nos quedaba, pues, esperar los golpes llenos de veneno que asestaría sobre nosotros el VIII Pleno del CC del Partido.

Una mancha negra en la historia de nuestro Partido

La dirección de Belgrado y sus agentes en nuestras filas cifraban grandes esperanzas en el VIII Pleno del CC del PCA.

Pretendían coronar allí su viejo complot para someter definitivamente al PCA, para colocar a nuestro Partido en una posición en la que «él mismo», por su «propia boca», aprobara cuanto le dictaran Tito y compañía. Sobre todo, la dirección de Belgrado pretendía que el VIII Pleno del CC del PCA creara una situación en la que nuestro Partido, en cuanto se le diera la señal, se viera obligado a aceptar y firmar la «unión», o más correctamente la anexión de Albania por Yugoslavia. Después de esto, todo se resolvería fácilmente, según los titistas; nuestro Comité Central plantearía «por su propia voluntad» a la Asamblea Popular «su propuesta de unir Albania con Yugoslavia», los diputados «acatarían» la palabra del Partido, de buen o de mal grado las manos se levantarían, se desarrollarían ceremonias llenas de «entusiasmo» y «alegría» y el mundo conocería la gran noticia de que «Albania, por su propia voluntad y a insistente petición suya, se ha transformado en parte de Yugoslavia».

Que los demás se asombrasen, se alegrasen o diesen saltos a causa de esta noticia, eso ya no tendría importancia para Tito. Teniendo en la mano nuestras «decisiones», él sabía que con ellas se le ataba las manos a cualquiera que se opusiera.

Para que este «hermoso sueño» de Tito se hiciera realidad, previamente el VIII Pleno del CC del PCA debía a toda costa tirar por tierra la línea anterior, a sus defensores y ejecutores, y adoptar la «nueva» línea, proyugoslava, la línea de la ¡«unión y fraternización»! La dirección yugoslava ni envió ni solicitó que ningún representante suyo tomara parte en este Pleno. Dejó que lo hiciéramos todo nosotros «solos», con el fin de tener las manos «limpias» para lo que sucedería después. Pero la verdad es que, aun quedándose ellos en segundo plano, los dirigentes yugoslavos lanzaron a la acción a sus agentes, naturalmente instruidos y dirigidos a cada paso.

Una de las principales orientaciones que en aquellos momentos dieron los yugoslavos a Koçi Xoxe y compañía, fue que se mostrasen prudentes en la intensidad de sus ataques directos contra los principales camaradas de nuestra dirección. Esta es la razón por la que el ataque abierto se con-

centró inicialmente sobre Nako Spiru y dos o tres personas en torno a él, mientras que respecto a los demás y particularmente respecto a mí, se reservaron y no se me enfrentaron abiertamente. Se trataba de la diabólica táctica de la toma de la fortaleza albanesa paso a paso, por fases, e incluso, a ser posible, engañando a una parte para lanzarla al ataque contra la otra. Los yugoslavos, particularmente en la forma de actuar respecto a mí, se mostraron como consumados maestros del complot.

El propio desarrollo de los acontecimientos les había medido en un torbellino tal que ahora, para alcanzar su objetivo final, estaban obligados a «preservar» mi presencia en la dirección, incluso mi «amistad», ¡cuando para ellos ya debía haber sido eliminado en 1944! Sólo así podía realizarse su plan de usurpar Albania sin fisuras, sin sospechas, sin oposición ni antagonismo tanto de nuestro Partido y del pueblo albanés como del mundo exterior, comunista y no comunista. En caso contrario, es decir, si en las adecuadas circunstancias para cualquier clase de crimen creadas en noviembre-diciembre de 1947, se hubiese dirigido el golpe directamente contra mí y se me hubiese destituido de las funciones que tenía encomendadas o, en la imposibilidad de lograr esto, se me hubiese eliminado, el plan yugoslavo de usurpación se colocaría en el banquillo de los acusados. La anexión se ligaría inmediatamente con el golpe y la previa eliminación de la escena del Secretario General del Partido, del Primer Ministro y del Comandante en Jefe del Ejército Albanés, de forma que el crimen se haría evidente por sí mismo. La dirección de Belgrado se encontraría ante la grave e inafrontable acusación de que se había anexionado Albania por medio de un *coup d'Etat**, por medio del complot y del crimen. Esto les ocasionaría daños irreparables dentro y sobre todo fuera de Yugoslavia.

En Belgrado calcularon bien esto, por eso, en oposición al viejo deseo de eliminarme cuanto antes de la escena, en oposición a la impaciencia bestial de Koçi Xoxe por apode-

* Francés en el original.

rarse cuanto antes de todas las riendas, la dirección yugoslava se vio obligada por el momento a «no tocarme» a mí, a «no destituirme» de los puestos que ostentaba hasta que la unión con Albania fuese un *fait accompli**.

Pero incluso de este modo el problema presentaba numerosos peligros para los complotadores de Belgrado, como efectivamente resultó, por eso se centró toda la atención en mi vigilancia policiaca y aislamiento completos, en la creación de una situación tal en la que oficialmente fuera Secretario General del Partido, pero que de hecho no tuviera ningún poder tanto en la dirección del Partido como en todo el Partido, donde imperaría el secretario de organización, el agente yugoslavo Koçi Xoxe; en la que oficialmente fuera Primer Ministro, mientras que de hecho el poder fuera manipulado y dirigido en Belgrado por el Comité o Comisión de Coordinación; en la que oficialmente fuera Comandante en Jefe, mientras que de hecho nuestro ejército fuera dirigido por un mando único, con J. Broz Tito como comandante en jefe. En pocas palabras, a los cabecillas de Belgrado les hacía falta en aquellos momentos mi permanencia en los puestos anteriores como una máscara de gran eficacia para legalizar y encubrir el espantoso crimen que preparaban contra Albania. Después todo se solucionaría fácilmente: la UDB de Ranković, homólogo de Koçi Xoxe en Belgrado, se había hecho maestra en los crímenes más horrendos, comenzando por la eliminación sin rastros de las personas, hasta la imposición de una alta condecoración, precisamente en el mismo sitio donde poco antes las mismas manos se disponían a asestar un balazo o una cuchillada.

Jamás olvidaré aquellos difíciles momentos en que, completamente aislado, convencido de que era el blanco de los golpes, debía hacer frente, además de otras cosas, a las provocaciones sin fin de los enviados de Tito y de sus agentes.

En aquel período, de manera especial Koçi Xoxe puso en acción toda su capacidad de complotador para obligarme a actuar de acuerdo con los intereses de la dirección de Belgrado. Uno de aquellos días me viene Xoxe, renegrido, pequeño,

* Francés en el original.

atocinado y con ojos de sapo y me dice sonriendo cínicamente:

—Debemos publicar una revista de amistad con Yugoslavia, esto tiene mucha importancia sobre todo en estos momentos. Escribe un editorial caluroso sobre nuestras vitales relaciones con los amigos yugoslavos, sobre su ayuda, y en especial sobre la contribución del camarada mariscal.

Continuó algún rato dándome «orientaciones» sobre cómo debía ser la revista y lo que debía contener mi artículo y por todo lo que dijo comprendí qué era lo que les preocupaba a él y a quienes le habían dado las «orientaciones»: a los yugoslavos les hacía falta un artículo mío, como «certificado de reconocimiento» de Yugoslavia y de Tito.

Valorando fríamente la grave situación que se nos había creado, así como los problemas enormemente difíciles y delicados que debíamos resolver, «estuve de acuerdo» tanto en la publicación de la revista como respecto al artículo que se me pedía. El «boletín» de Xoxe salió por fin (si no recuerdo mal en diciembre de 1947) y salió en ella mi artículo, donde en términos completamente generales y con algún «hecho» relativo a los primeros años de la guerra, ponía de manifiesto los lazos y la amistad entre nuestros partidos y países.

Pero los yugoslavos y sus agentes incluso así quedaron satisfechos: lo que tenía importancia para ellos era que el Secretario General del PCA dijese una buena frase, aunque fuera completamente general, sobre la Yugoslavia de Tito, para disponer de ella como certificado adjunto para la anexión.

Entre tanto los problemas hervían en nuestro Buró Político y yo le decía una y otra vez a Koçi Xoxe, con cuidado pero con insistencia, que no nos limitáramos al Buró Político y al Consejo de Ministros, sino que informáramos también a los camaradas del Pleno del Comité Central y a los principales cuadros del Estado.

—¡De ninguna manera! —se oponía el «organizativo»—. No se debe informar a los camaradas porque nos embrollarán las cosas. Maduremos bien los asuntos en el Buró, consultemos con los camaradas yugoslavos y reunamos al Pleno cuando todo esté listo.

—Lo mejor sería —le dije— que habláramos ampliamente con los camaradas o, al menos, con una parte de ellos. Ellos tienen su opinión, conocen la situación donde trabajan y su juicio representaría una gran ayuda para llegar a conclusiones lo más exactas y justas posible.

—¡Organizativamente esto sería una violación! —se opuso Koçi Xoxe de modo tajante—. No debemos plantear las cosas antes de tiempo. En el Buró somos 7 u 8 personas y no nos entendemos, no vamos a meter también en la danza a los demás. El Pleno seguirá el compás del Buró únicamente cuando éste se ponga de acuerdo. De lo contrario el Pleno se transforma en un embrollo y nos manipula él en vez de manipularle nosotros.

Era imposible convencerle de que aquella forma de actuar era un error grave y con consecuencias. Del mismo modo que la propia dirección yugoslava, Koçi Xoxe tenía puntos de vista extraños, trotskistas y antipartido, sobre el Partido e incluso sobre su Comité Central. La base del Partido y el propio Comité Central eran también para él una «multitud», un «gallinero» que debía hacer lo que le dijera la «alta dirección», el Buró, y sobre todo la «mano dura» en el Buró Político, Koçi Xoxe en persona. Este modo de concebir el Partido se adecuaba mejor al plan titista de usurpación de Albania, ya que así, según ellos, ganándose al Buró, tendrían «consigo» a todo el Comité Central e incluso a todo el Partido.

La otra medida que tomaron en aquel período Koçi Xoxe, Pandi Kristo y otros, instruidos por su maestro Aleksander Ranković, fue en relación con el aumento de la presión psicológica por medio de la vigilancia policiaca, etc., en todos los eslabones del Partido y los órganos del poder. Aunque estos métodos trotskistas y antipartido eran utilizados en secreto por Koçi Xoxe hacía tiempo, ahora, en vísperas del Pleno, se transformaron en su única forma de «trabajo». La amenaza y el chantaje aparecían abiertamente. El suicidio de Nako Spiru, la violación de las reglas organizativas más elementales en el Buró Político y en el Comité Central, la destitución arbitraria de cierto número de camaradas por «espíritu antiyu-

goslavo», las sucesivas detenciones, la inundación de militares yugoslavos, las presiones y amenazas «desde arriba» incluso por la más pequeña manifestación de discrepancia por cuestiones de trabajo con los técnicos yugoslavos, la ruidosa propaganda que se hacía de todo lo yugoslavo, etc., etc., estaban creando por todas partes una gran presión psicológica y una atmósfera asfixiante. En este mismo espíritu, para preparar y trabajar aún más a los cuadros del Partido, Koçi Xoxe pronunció a finales de diciembre de 1947 un discurso en una reunión de activistas que convocó en la Escuela del Partido, donde pretendidamente iba a dar una lección, pero donde de hecho presentó toda la plataforma de la yugoslavización de Albania. Este repugnante discurso, preparado por la embajada yugoslava en Tirana, constituiría además la plataforma del VIII Pleno del CC del PCA.

Mientras tanto, entre bastidores, en secreto, se trabajaba intensamente con cierto número de elementos del CC del PCA, de los órganos del poder y del ejército como Xhoxhi Blushi, Nesti Kerenxhi, Pëllumb Dishnica y otros, con el fin de engranarlos plenamente también en el complot. Fueron detalladamente instruidos sobre lo que debían hacer y a comienzos de febrero de 1948 los yugoslavos juzgaron que todo estaba maduro: se convocó y comenzó sus trabajos el VIII Pleno del CC del PCA.

Desde el comienzo de las labores la mayoría de los camaradas del Comité Central se encontraron ante una «nueva regla»: Aunque el Pleno era convocado para tratar problemas de una gran importancia política, ¿no se había considerado «razonable» que se presentara ningún informe! Se leyó una denominada conclusión de una reunión del Buró Político y «asombrosamente» la lectura la hizo ¡el secretario de organización del Partido, Koçi Xoxe! Era evidente que el Secretario General del Partido había sido marginado. ¡¿Por qué?! Por sí solo todo enlazaba con las «conclusiones» que leía Koçi Xoxe. Aunque mi nombre no se mencionaba allí, quedó claro para todos que tras la «camarilla antiyugoslava» de Nakó, estaba yo.

No es necesario que hable aquí sobre el contenido de

aquellas «conclusiones», ya que repetiría todo lo que escribí antes acerca de la presentación que hizo Zlatić de las acusaciones de Tito¹. La única transformación consistía en el cambio de los pronombres y de la persona de los verbos: en vez de «ustedes han violado el espíritu de los acuerdos», resultaba «nosotros, bajo la presión de Nako Spiru, hemos violado el espíritu...», en vez de «su antiyugoslavismo» resultaba «el antiyugoslavismo de nuestros camaradas...», etc., etc.

Inmediatamente después de las «conclusiones», que desorientaron por completo y conmocionaron a los camaradas, dieron comienzo las intervenciones. Se habían tomado medidas para que todo funcionara como un reloj, incluso aparentemente, ¡sin «presiones» ni «imposiciones» del Buró! Tomó la palabra el «gallinero», Nesti Kerenxhi, Pëllumb Dishnica y otros. En dos palabras expresaron su indignación «frente a aquellos que han empeorado nuestras relaciones con los hermanos yugoslavos», «se solidarizaron con las medidas destinadas a fortalecer estas relaciones» después de lo cual, su «libre voluntad» les condujo a otros senderos: estallaron los ataques y las acusaciones desde posiciones exclusivamente personales contra Nako Spiru y la «camarilla en torno a él». Esta era precisamente la principal misión que Koçi Xoxe y Pandi Kristo habían encomendado a estos elementos. Debían orientar el espíritu de las intervenciones al margen de los problemas principales que se planteaban sobre las relaciones albanoyugoslavas, porque, si se insistía mucho en ellas, existía el peligro de que, queriendo o sin querer, saliera a la luz la verdad. De este modo, desde la primera sesión de intervenciones, en lugar de decirse si eran o no correctas las acusaciones de la dirección yugoslava hacia la dirección de nuestro Partido, si era o no «autárquico» nuestro proyecto de plan, etc., etc., el Pleno siguió otro camino: todo se centró en «investigaciones biográficas» sobre el uno o sobre el otro, en acusaciones y calumnias inauditas, en elucubraciones, en una competición por ver quién aportaba más datos sobre lo que habían dicho Na-

1 Véase las páginas 364-381 del presente libro.

ko, éste o aquél, en tal año, en tal lugar y con tal persona.

Para poner el sello de aprobación a este espíritu enfermo, se levantó también Koçi Xoxe y en sus intervenciones y peroratas sin fin contaba historias con el mismo celo con que se cuentan chistes en los cafés. Alguno de los oradores, para hacer «interesante» su intervención, estaba diciendo que no podía esperarse otra cosa de Nako porque «era hijo de burgués y actuaba con Albania como su padre con la «Stamless»¹ de Durrës». Inmediatamente después de esto saltó Xoxe dirigiéndose al Pleno:

—Exactamente así se comportaba, pero también tienen la culpa los camaradas que se lo han consentido. Conmigo esto no pasaba. ¿Sabéis lo que le hice una vez? Me lo encontré en los pasillos del Ministerio del Interior.

«¿Y tú qué buscas aquí?», le dije en voz alta.

«He venido a hablar contigo», me respondió.

«¡Lárgate y que no te vuelva a ver por aquí!», le arremetí. «¡No es asunto tuyo entrar en el Ministerio del Interior!»

«Soy miembro del Buró Político», me contestó el descarado sin pizca de vergüenza.

«¡Puedes ser lo que quieras!», le dije, «el Ministerio del Interior no es lugar para charlas, sino para otros asuntos. ¡Si has venido para esto, entonces quédate!». Esto es lo que hice con él —finalizó Xoxe, sonrió un instante y volvió nuevamente a su seriedad.

—Si le hubiesen cerrado la puerta en todas partes, no nos habría creado todos estos problemas. Que hablen los camaradas, que hagan críticas y autocríticas.

He citado aquí solamente un caso, pero el Pleno estuvo lleno de principio a fin de otros semejantes. Y todas las «historias» se encuadraban de manera absurda como manifestaciones «antipartido» y, sobre todo «antiyugoslavas». Este «antiyugoslavismo» fue vestido con el ropaje del «antimarxismo» y el «antisocialismo», incluso del «antisovietismo». Se dijo que

¹ Sociedad anónima comercial-industrial albanesa de tabaco y cigarillos creada en 1925.

estar contra las estrechas relaciones, contra los lazos con Yugoslavia, quiere decir ser «antisocialista, antimarxista, anti-partido, antialbanés», todos los «anti». Este infame modo de plantear la cuestión hizo que bastantes camaradas, que en el fondo no tenían nada malo, nada antipartido, se equivocaran en sus juicios, consideraran las cosas bajo este prisma. Incluso cuando algún camarada hablaba en general sobre el trabajo, Kōçi y su gente intervenían inmediatamente:

—¡Si tienes algo, habla en concreto! —le decían.

Naturalmente había mucho que hablar «en concreto» sobre Nako Spiru y su círculo, ya que éstos se habían permitido graves errores y violaciones en su vida y actividad. De manera especial la ambición enfermiza de Nako, su tendencia y sus esfuerzos por monopolizar los asuntos, por presentarse en todas partes el primero, por agrupar en torno suyo a una corte de gente «elegida», una «élite intelectual» dispuesta a hacer lo que Nako dijera, todo esto era conocido por nosotros y se lo habíamos criticado continuamente.

En sus intervenciones, bastantes camaradas aportaron nuevos hechos en esta dirección y muchos de ellos tenían consistencia. De este orden era el esfuerzo de Nako Spiru, incluso después de que abandonara sus tareas en la organización de la Juventud, por tratar a ésta como «su propio contingente», como «destacamento», al servicio de sus ambiciones. Los mismos esfuerzos había hecho para apoderarse de la organización de las Uniones Profesionales y la de las Mujeres. Por su propia cuenta les daba «directrices» y «orientaciones» que, al igual que sucedía con la organización de la Juventud, las conducían al camino de su separación del Partido.

—Nos venía Nako —dijo uno de los que intervinieron— y nos decía: «¡Ves lo que hace la Juventud?! Está proporcionando incluso ministros, mientras que el Partido y los sindicatos no proporcionan nada».

Las mismas manifestaciones de monopolización de los asuntos, de arrogancia y presunción se encontraban en abundancia en Liri Belishova y Mehmet Shehu.

Nosotros habíamos criticado frecuentemente a estos ele-

mentos por todo esto y hubiese sido algo más que normal que el VIII Pleno se hubiese reunido para examinar estos errores y manifestaciones extrañas. Pero el VIII Pleno no se había reunido para esto. Además, en este Pleno, no sólo se hincharon, se abultaron y se «maquillaron» de forma incorrecta estos defectos y debilidades, sino que fueron utilizados arbitrariamente para probar que allí radicaba el «antiyugoslavismo». Yo jamás podía transigir con esta «conclusión», establecida con prejuicios y entre bastidores. El hecho es que Nako y compañía habían tenido fricciones y discrepancias con los yugoslavos, pero en los casos que yo conocía, había estado de acuerdo con ellos. A fin de cuentas, como se confirmó claramente después y como afirmaron algunos en la reunión, no se habían opuesto a los yugoslavos partiendo de miras y fundamentos de principios, sino que se oponían a las presiones y actitudes erróneas de los yugoslavos por sus propios objetivos. En este distorsionado curso que habían adquirido los acontecimientos, quedó claro que tras el golpe contra la «camarilla» de Nako Spiru les tocaría el turno a otros camaradas sanos del Partido. Aunque no siempre de forma directa, Koçi insinuaba que toda la responsabilidad por lo que había hecho Nako la tenía yo. Dijo abiertamente que Nako hizo lo que había hecho porque contaba con el apoyo en el Buró del Secretario General. Lo que él mismo no dijo porque no le venía bien, lo dijeron sus cachorros Pandi Kristo, Kristo Themelko, Tahir Kadareja, Pëllumb Dishnica, Gjini Marku y otros.

Se estaba preparando el terreno para el golpe final. Varias veces se dijo en el Pleno con insistencia:

—No os centréis únicamente en el grupo de Nako. ¡Criticaad a la dirección, que tiene una gran responsabilidad!

Pero, desgraciadamente para Koçi Xoxe, no aparecían los golpes contra mí. Entonces se levantó Pandi Kristo e hizo una propuesta «personal»:

—Que no se repita lo que nos ha ocurrido ya antes por proteger a la dirección de las críticas. En la dirección hay camaradas con grandes errores y hay que zarandearlos bien aquí.

Propongo que interrumpamos uno o dos días los trabajos para que los camaradas reflexionen y se preparen.

Todos comprendieron que la petición se hacía en primer lugar contra mí. Pero en la forma en que se habían orientado las intervenciones, es decir, en acusaciones de arrogancia, brutalidad, megalomanía, murmuraciones, ambiciones enfermizas, etc., era difícil que incluso Koçi Xoxe y Pandi Kristo «espigaran» nada sobre mí, y mucho menos otros camaradas del Partido. Jamás en mi vida como comunista y como ciudadano había permitido manifestaciones semejantes. Con seguridad, incluso el dossier personal que me había abierto Koçi Xoxe estaba en este aspecto completamente en blanco. De modo que cuando se reanudaron las intervenciones los agentes de Belgrado esperaron en vano algún «hecho» contra mí.

En todo caso la insistencia de ellos hizo su trabajo. Se creó la sospecha de que no me andaban bien las cosas.

Durante todas las jornadas de desarrollo del Pleno, aunque *de jure* era Secretario General del Partido, no sé si intervine dos o tres veces. La atmósfera estaba cargada contra mí. El «general Koçi» como «salvador del Partido», parecía tener en el Pleno a uno de sus batallones y le daba órdenes de que hiciera lo que dijera y lo que quisiera el general. Evité intervenir y colocar a los camaradas ante diversos interrogantes y hechos tal como me daban vueltas en la cabeza. Pensé que no era ni el momento, ni la atmósfera adecuada. Un apresuramiento o un pequeño error táctico podían sacrificarlo todo y lo malo no era que me sacrificaría yo. Se trataba del destino del Partido y de Albania. Todo estaba sobre el filo de la espada.

Sin que sea necesario que nos extendamos más en el cúmulo de acusaciones, calumnias, «historias» que se vertieron en el Pleno, debo decir que finalmente triunfarón las tesis de los yugoslavos. Fue arbitrariamente cooptado al Buró Político y al Comité Central cierto número de elementos al servicio de los yugoslavos como Nesti Kerenxhi, Xhoxhi Blushi y otros. Se legalizó la vía de la «unión económica» con Yugoslavia, se rechazó el proyecto del plan quinquenal, se rechazó

la línea anterior del Partido. Se preparó el terreno para acciones posteriores. Al final de los trabajos se planteó la cuestión de la resolución. Manifesté mi opinión de que se creara un grupo que formulara la resolución, que se viera en el Buró y después se reuniera el Pleno para discutirla y aprobarla definitivamente.

—¿Cuándo se prevé que nos reunamos? —preguntó alguien.

—El trabajo comenzará inmediatamente, pero hace falta cierto tiempo —aclaré—, ya que como habéis visto los problemas son muy complicados.

—Dentro de algunos días, incluso dentro de pocos días, organizaremos el trabajo y nos reuniremos. No vamos a dejar las cosas sin solución —intervino con arrogancia Koçi.

El conflicto apareció aún más abiertamente. Los camaradas se fueron convencidos de que la lucha continuaba dentro de la dirección, sólo que ahora quedaba la batalla final. ¿Quién vencería?!

Inmediatamente después del VIII Pleno comenzaron las reuniones, asambleas y conferencias para «poner en conocimiento», «aclarar» y comprometer a la base en la lucha contra la actividad hostil de Nako Spiru, etc. A las asambleas de cuadros se había convocado premeditadamente a muchos de los elementos que tenían «cuentas» personales con Nako y los suyos. El fenómeno antipartido se hizo aún más pesado. Koçi y su banda iban como triunfadores a las reuniones que tenían lugar en Tirana y no me equivoco si digo que más que reuniones aquello se parecía a los malfamados procesos de la Inquisición. Todo se presentaba negro, grave. Mi nombre fue eliminado por completo. Cuando se me mencionaba en alguna ocasión, únicamente se aludía a que había sido sostenedor de Nako Spiru, incluso el cabecilla de la «camarilla antipartido».

El general Koçi gozaba los frutos que había cosechado. La cabeza hueca (a ello aludía su propio seudónimo), Xoxe, el intendente de nuestros almacenes en Panarit, el hombre oscuro del Buró y del gobierno, se hinchaba ahora como el sapo del cuento. Las reuniones y las asambleas de cuadros las

abría y las cerraba él. Estas asambleas se transformaban con frecuencia en conferencias parecidas a las reuniones-ferias de los cabecillas de la burguesía: preguntas desde abajo y respuestas inmediatas a cargo del «experto». ¡Se preguntaba desde por los problemas del «complot», la situación en Honolulu, hasta el cómo y el porqué del resultado de las elecciones en Italia!¹.

Xoxe devolvía todas las pelotas, e incluso establecía el porcentaje de italianos que votarían por la «democracia», etc., etc.

No voy a extenderme acerca de esta euforia, pero quiero subrayar que tanto en el Pleno como en las asambleas de cuadros Xoxe desarrolló aún más sus anteriores puntos de vista ideológicos y políticos hostiles:

—El partido político de las amplias masas del pueblo, esto es el Frente —declaró Xoxe en Tirana y prosiguió: el pueblo debe ver en el Frente a la fuerza que hizo la guerra, que hizo la unión, que está construyendo el país... y para ello el Frente debe realmente organizar, dotar de conciencia y preparar moral y políticamente al pueblo. Todo esto debe hacerse bajo la bandera del Frente, en el marco del Frente.

La repetición insistente de este punto de vista antimarxista tenía en aquellos momentos un objetivo claro: según Xoxe y quienes le habían enseñado, nuestro Partido había cumplido ya su cometido, ahora restaba que el Frente, es decir el pueblo, avanzara por el camino que se había abierto, es decir, por el camino del acatamiento silencioso de cualquier orientación que se diera desde «arriba».

Al mismo tiempo Koçi Xoxe encontró la forma de dar la señal para que estallaran las represalias contra quienes se opusieran. Enlazó esto especialmente con la intelectualidad, hacia la que siempre había alimentado un odio visceral.

—La cuestión de los intelectuales —dijo— se presenta

¹ Las respuestas que soltaba K. Xoxe en este tipo de «asambleas de activistas» y conferencias, así como sus intervenciones se encuentran reflejadas en las actas que se guardan en los ACP.

aún más difícil, porque hay profesores, doctores, ingenieros y otros que han ido a estudiar al exterior.

Estos intelectuales no han pensado nunca en el pueblo, no son hijos del pueblo y siempre han deseado dividir a nuestro país. ¡En el caso de Nako Spiru, que ha estudiado fuera y que consiguió llegar hasta la dirección del Partido, tenemos el mejor ejemplo de esto! —finalizó su perorata Xoxe.

En realidad la señal se había dado hacía tiempo. El Ministerio del Interior, bajo la dirección de Koçi Xoxe, Nesti Kerexhi y otros, había abierto dossiers no sólo para todos nuestros intelectuales revolucionarios y patriotas sino para todos aquellos que se atrevían a expresar alguna opinión que no coincidiera con la orientación yugoslava. Estos elementos eran calificados de «chupatintas», «gente con estudios» y sobre ellos debía golpear el garrote. Ignorancia y confianza ciega, esto es lo que necesitaban los yugoslavos y Koçi Xoxe en Albania.

Así fue, por tanto, en líneas muy generales, el VIII Pleno del CC del PCA, al que con razón pocos meses después calificaríamos de «mancha negra en la historia de nuestro Partido».

Por un momento este Pleno permitió que triunfara la línea trotskista de los titistas. Por un momento se echó por tierra la justa línea que había seguido y defendido nuestro Partido. Por un momento se desorientaron tanto el Buró Político como el Comité Central. Los maestros del taller de la UDB de Belgrado, los «enviados» militares y diplomáticos de Tito y sus cachorros, el clan de Koçi Xoxe, consiguieron marginar al Secretario General del Partido y descargar sobre él la «culpa» de numerosos errores.

Digo «por un momento», sin pretender de ningún modo subvalorar el gran daño que nos causó este amargo acontecimiento, ni minimizar la parte de la responsabilidad que nos corresponde a nosotros por ello. No, digo esto porque la verdad indiscutible sobre este Pleno es que desde el momento en que se estaba desarrollando, la mayor parte del Comité Central del Partido veía y sentía que se estaba cometiendo un error muy

grave, una deformación de fatales consecuencias, pero las cosas habían marchado de tal modo que en aquel momento los errores fueron elevados a la categoría de línea.

Inmediatamente después del Pleno, de una u otra manera, la mayoría de los camaradas expresaron abiertamente sus reservas y su oposición respecto a todo lo que se dijo y se decidió allí y, el hecho es que, a pesar de los febriles esfuerzos de los agentes de Belgrado, el espíritu y la línea antimarxista que «oficializó» el VIII Pleno no se introdujeron ni en el Partido ni en la vida del país. El otro hecho, que sólo tres o cuatro meses después del VIII Pleno, en junio de 1948, nuestro Partido denunciara públicamente la desviación antimarxista de la dirección yugoslava, prueba asimismo que el VIII Pleno del CC del PCA fue una maquinación diabólica impuesta al Comité Central desde fuera. Esto lo confirman todavía mejor el XI Pleno del CC del PCA, celebrado en septiembre de 1948, y el I Congreso del PCA, en noviembre de ese mismo año. Todo lo que se había dicho y decidido en el VIII Pleno fue rechazado unánimemente y con indignación. Se entiende que sólo algo que no ha tenido ninguna base real, algo extraño, impuesto, falso y hostil, puede ser rechazado tan rápidamente y con tanta indignación.

En cualquier caso, la verdad volvería a ser puesta en su lugar algunos meses más tarde. Inicialmente la situación se presentaba muy grave, complicada y frecuentemente sin salida.

Pero pronto observaríamos un asombroso apresuramiento en la actuación y los esfuerzos de la dirección de Belgrado y de sus agentes por acabar cuanto antes con la «cuestión albanesa». La presión y la insistencia porque se decidieran las cosas a toda prisa, de inmediato, nos causaría impresión, sentiríamos en este comportamiento las señales del miedo que acompañaba a sus portadores, pero aún no sabíamos de dónde provenía y en qué consistía esta prisa inesperada. Sólo sabíamos que quien se apresura tiene algún problema y que a causa del apresuramiento te puedes partir la crisma. Este fue, en bien de la libertad del pueblo y la independencia de

Albania, el destino y el final del complot antialbanés de Tito y de sus agentes Koçi Xoxe, Pandi Kristo y otros.

Los titistas se encaminan aceleradamente a su derrota

Con el curso que tomaron los acontecimientos inmediatamente después del VIII Pleno, existía la posibilidad de que nuestra Albania, aún convaleciente de las heridas de la guerra, cayera en las garras de una nueva esclavitud. Sólo que ahora esta esclavitud no llegaría por medio de la agresión, sino de los «ruegos», de las «peticiones oficiales». Y este acto vergonzoso, que no nos perdonarían jamás ni nuestros contemporáneos ni las generaciones futuras, no lo cometería ni lo firmaría ningún parlamento títere como el de Zogu, sino que existía el peligro de que lo hiciera, sometida a una presión y una demagogia desenfrenada, nuestra propia Asamblea Popular, «aprobando» la propuesta del «Comité Central del Partido».

Así conducía las cosas Koçi Xoxe, el instrumento ciego del PCY y de Tito, ¡esta fue la marcha que adquirieron los acontecimientos tras el tristemente célebre Pleno de febrero de 1948!

Mi posición en estas circunstancias era difícil. Estaba aislado y bajo vigilancia constante. Pero de ningún modo se me ocurrió nunca entregar las armas.

En primer lugar tenía confianza en el Partido y en su Comité Central. La primera ola de los desafueros de Xoxe pasaría, los camaradas verían las cosas con más sangre fría y objetividad, reflexionarían y mantendrían la posición debida. Esto sucedería particularmente en el momento en que los camaradas se dieran cuenta de que Xoxe y su gente se disponían a regalar a los «salvadores yugoslavos» no un pedazo de Vermosh o un Shën Naum¹, sino ¡los 28.000 kilómetros cua-

1 El rey servio, Karadjordjević, con la ayuda de las bandas

drados de Albania! Tenía la firme convicción de que esto les aclararía plena y definitivamente las cosas, ya que la gente vería adónde conducía al país el general traidor y bandido.

Esta sería la gran alarma. Los camaradas dirían «no», y yo junto con ellos y al frente de ellos, rechazaría las «propuestas» de la dirección titista. Este era el primer pilar al que me aferraba con la plena convicción de que nuestra causa no estaba perdida.

Segundo, aunque el Partido llegara a cometer el trágico error de aceptar las decisiones disparatadas de una dirección desorientada, **este error no lo aceptaría el pueblo**. Durante 7 u 8 años el Partido y su dirección habían dirigido, inspirado al pueblo, le habían convencido de que no existía para nosotros una causa más alta y más sagrada que la libertad, la independencia y el progreso de la patria. Este llamamiento se había hecho en los años de la guerra y se repetiría cuantas veces hiciera falta. Son conocidos los actos de valor y los combates de nuestro pueblo por la libertad y la independencia, aun cuando no tenía al Partido, con mayor razón daría pruebas de ello ahora que tenía un estado mayor dirigente, surgido de su propio seno y al que había conocido en medio de las llamas de la guerra por la liberación nacional y por una Albania Democrática y Popular. El pueblo se había levantado en numerosas ocasiones en defensa de sus derechos. Así, había apoyado de todo corazón la intervención del representante del nuevo Estado albanés en la Conferencia de Paz de París, en el verano de 1946. En esa intervención hay una buena parte dedicada a nuestras fronteras inviolables. Aquella advertencia apuntaba en numerosas direcciones. Se dirigía a los objetivos y a las provocaciones de los anglo-americanos y los monarcofascistas griegos, pero al mismo tiempo era un enérgico aviso para cualquier otro chovinismo, por tanto, también para los yugoslavos.

gran-rusas de Wrangel, trajo a Albania a su agente, el bandido Ahmet Zogu, quien, como gran traidor a la patria, entregó a Yugoslavia, en recompensa por esta ayuda, Shën Naum (Pogradec) y Vermosh.

Estaba convencido de que el pueblo, si resultaba necesario, haría gala una vez más con energía y con grandeza de sus maravillosas tradiciones patrióticas y combativas y no consentiría que en 1947 ó 1948 se repitieran las tragedias e injusticias históricas del pasado.

Eran éstos (el Partido y el pueblo) los dos factores fundamentales, los dos firmes pilares que me daban fuerza, me dictaban que actuara con cuidado, con paciencia y madurez, convencido de que junto a ellos y al frente de ellos no existía fuerza que nos sometiera. Muy pronto se confirmaría lo acertado de este juicio.

Los yugoslavos se equivocaron en Berat, se equivocaban ahora y se equivocarían también más tarde, precisamente porque ellos, como ya dije antes, tenían un concepto erróneo y antimarxista del partido y en primer lugar de dónde tiene sus raíces, dónde está la fuente de sus éxitos y victorias. Creían que con unas cuantas intrigas, con unos cuantos agentes en la dirección, con el aislamiento o la liquidación de uno u otro oponente, con algunos chantajes y amenazas, podían suprimir toda una lucha en la que el pueblo había derramado su sangre, en la que los obreros, los campesinos, los jóvenes, las mujeres, los intelectuales progresistas y amantes de la libertad vieron el camino de la salvación y apoyaron sus aspiraciones a un futuro mejor.

En estas notas y recuerdos me veo obligado a relatar y a describir lo que ocurría en torno mío, el hecho de que durante mucho tiempo me encontré solo en el Buró contra 4 ó 5, el hecho de que, como en Berat, también ahora el Pleno del Comité Central se desorientó en cierta medida como resultado de las intrigas entre bastidores y de las maniobras de los complotadores. No olvidemos que tanto en Berat como en el VIII Pleno, se hicieron cooptaciones de forma irregular para fortalecer la base de sustentación de los complotadores. Todo esto influía negativamente en nuestra lucha. Pero el hecho es que cuando las cuestiones pasaron al Partido, éste se mostró como un puño, exigió cuentas hasta la última y no consintió que se escupiera sobre su glorioso camino ni que se

descarriara el futuro. Con frecuencia gente sencilla de nuestro buen pueblo me atribuye a mí algunos méritos que no me corresponden tanto en el enfrentamiento con estos enemigos como en otros casos análogos más tarde. Debe quedar claro que si no consiguieron eliminarme en Berat ni después, ni más tarde aún, eso sucedió no tanto porque me tuvieran miedo a mí, como persona, sino porque temían al pueblo, al Partido, al Ejército de Liberación Nacional, con los cuales me había unido la lucha, sobre la base de una línea justa que era elaborada y aplicada no por una cabeza, ni por cinco o seis, sino por todo el Partido inspirado en el marxismo-leninismo, por todos aquellos cuadros, comunistas o no, que ni siquiera preguntaban para entregar la vida. Y no podía suceder de otro modo: decenas de miles de guerrilleros no habían combatido contra una esclavitud para someterse a otra; la clase obrera no podía renunciar a su función hegemónica después de haberla conquistado con sangre y sacrificios; los campesinos pobres no habían combatido para entregar de nuevo la tierra, el sudor y los votos a los agás, porque esto era lo que quería Sejfulla Malëshova u otros como él; los patriotas y nuestra intelectualidad no podían consentir los absurdos de la mente y el corazón «proletarios» de Koçi Xoxe, quien pretendía que los nombres y las gloriosas figuras de Skënderbeu, de Naim Frashëri y de otros como ellos fueran olvidados y eliminados.

No, nuestro Partido y nuestro pueblo no permitirían, como en efecto no permitieron, que se les escaparan de las manos las victorias vitales a las que habían aspirado durante siglos y que por fin habían logrado con la sangre y el sudor derramados a raudales.

Además de estos dos factores fundamentales, tenía asimismo en cuenta que vivíamos en otros tiempos. Vivíamos en el tiempo de Lenin y de Stalin, en el tiempo en que se levantaba el socialismo en una serie de países, cuando existía el Partido Comunista de la Unión Soviética dirigido por Stalin y los partidos comunistas de los demás países, cuando se había creado el Kominform, etc. Nosotros no éramos miembros de la

Oficina de Información, pero como Partido Comunista que éramos, reconocido por el Komintern como resultado de nuestra lucha y nuestros esfuerzos, estaba convencido de que llegado el caso **los partidos hermanos vendrían en nuestra ayuda**. Pensaba y no me equivocaba que no sólo nosotros captábamos y veíamos la verdad acerca de Tito. Es cierto que entre nosotros las posiciones y acciones de Tito se manifestaban de forma más abierta y brutal, ya que él nos consideraba «pequeños» y creía que nos devoraría más fácilmente, pero estaba seguro de que los demás ni podían dormir, ni estaban ciegos. Disponíamos de algunas señales e indicios sobre esto. La primera señal la recibí inmediatamente después de informar a Stalin sobre la cuestión de la venida de la división yugoslava. La respuesta de Stalin fue «no». No nos decía nada sobre Tito o sobre la dirección del PCY, pero de su respuesta, «no vemos ninguna amenaza inmediata del exterior y por tanto la llegada de la división yugoslava no nos parece razonable», deduje que debían existir desacuerdos entre el CC del PCUS y el CC del PCY. Y lo que es más importante, con la respuesta de Stalin comprendí que nuestra justa oposición no sería inútil.

Como ya he referido antes, convoqué a Savo Zlatić y a Kuprešanin y les dije que no considerábamos razonable la venida de la división, y que habíamos solicitado para ello la opinión de la dirección soviética. Ellos se incomodaron y se enfurecieron, pero, quisieran o no, «acceptaron» la negativa. No es difícil comprender por qué se produjo esta «retirada». Es la maniobra de los agresores de todos los tiempos. Hacen ciertas «concesiones» cuando les resulta conveniente, con el fin de, después de cegarte, arrojarse sobre ti llenos de furia. En el caso de que ellos insistieran con arrogancia en el establecimiento de su división en Korça, la idea de que «los yugoslavos quieren ocuparnos» se haría más evidente y esto sin duda alguna crearía resistencias y podía complicarles las cosas.

Tras el VIII Pleno, pensando que el terreno estaba preparado para ir más allá, dieron otro paso: decidieron que

rompiéramos todo lazo o posibilidad de consulta con los camaradas soviéticos.

Uno de aquellos días viene Zlatić, me «felicita» por el «éxito» del Pleno y me dice:

—Han hecho bien en rechazar el plan quinquenal autárquico. Ahora, con el plan anual, avanzarán más fácilmente. Nosotros les daremos de todo, ya que se trata de un plan conjunto.

Estaba convencido de que algo le inquietaba para haber venido hasta mí. Esperé a ver por dónde salía.

—Ahora —prosiguió— junto con el plan quinquenal se vienen abajo muchas otras cosas ligadas a él. Ya que Nako y sus ideas han desaparecido, ¡líbrense también de todo lo relacionado con su espíritu, con las sugerencias, los consejos y los consejeros que les enseñaron todo aquello!

—¿A qué se refiere? —le pregunté.

—Por favor no me interprete mal —me respondió—. Me refiero a que la amistad entre nosotros y la Unión Soviética debe ser lo más fuerte y larga posible, acerada, honesta, internacionalista. Esta es la recomendación de Tito. Pero ahora que ha sido justamente rechazado el plan autárquico de Nako, ¿qué van a hacer en Albania los camaradas consejeros soviéticos? Se sentirán heridos y con razón. Nako les metió en un callejón sin salida. . .

Siguió perorando y perorando largamente sobre el hecho de que «ya no tienen necesidad» de los consejeros soviéticos, «de los técnicos es posible, que se queden y trabajen», pero sin «enredarles nosotros a ellos, ni ellos a nosotros», etc.

—¿También esto es recomendación de Tito? —le pregunté en un tono que Zlatić tuvo dificultad para distinguir si contenía ironía o sinceridad.

—El camarada Tito da recomendaciones generales —me dijo de forma diplomática—. Lo general es la amistad. Pero en este caso concreto lo que yo digo está igualmente en el marco de la amistad.

Zlatić «protegió» a Tito en este caso, pero algunos meses más tarde, en la autocrítica que presentaría al XI Pleno,

Kristo Themelko testificaría entre muchas otras cosas lo siguiente:

—Cuando fui a Belgrado en el mes de marzo, en el recibimiento que me reservó Tito, me habló sobre los consejeros soviéticos y me preguntó «¿cómo os van las cosas con ellos?». Yo —continuó Themelko— influenciado como estaba por Koçi, Pandi y los yugoslavos, le dije «estamos discutiendo que se marchen, ya que se meten en nuestros asuntos». Tito dijo «Esto no marcha. Nosotros damos dinero y los demás meten la nariz»*.

Esto sucedía precisamente en los días en que Zlatić me pidió que despidiéramos a los consejeros soviéticos.

—Camarada Zlatić —le respondí—, no considero correcto su juicio. Si Nako «embraucó» a los consejeros soviéticos, como usted dice, nosotros sabremos encontrar un lenguaje común con ellos. Son muy necesarios para nosotros y no hemos notado que den ninguna señal de insatisfacción.

—A pesar de todo, consideren esta cuestión —me respondió Zlatić—. ¡Plantéenla en el Buró, escuchen la opinión de los camaradas...!

No hubo necesidad de que yo lo hiciera. Los hilos estaban coordinados previamente y en la primera reunión del Buró Político Koçi Xoxe, Pandi Kristo y Kristo Themelko hablaron con toda claridad: ¡Los consejeros soviéticos deben marcharse!

—No es que no les queramos, no es que no sean buenos, ¡pero no tenemos necesidad de ellos y basta! —dijo Pandi Kristo—. Incluso —argumentó «en profundidad» (hacia algún tiempo que se nos estaba transformando en orador)— mantener aquí sin trabajo a los valiosos consejeros soviéticos, no es un gesto de amistad y reconocimiento hacia el Partido Bolchevique y el querido país de los soviets. Su país tiene mucha necesidad de ellos, mientras nosotros les mantenemos aquí sin que nos hagan ninguna falta. Por tanto —finalizó— propongo que planteemos fraternalmente el problema a los camaradas soviéticos, que les expliquemos por qué damos este paso y les

* Del acta del XI Pleno del CC del PCA. ACP.

digamos que ¡es sólo por el momento! Más tarde... más tarde ya veremos...

—Más tarde —intervine mirándole directamente a los ojos— ¡quizás no tengamos necesidad del embajador soviético en Tirana!

—¡Ah!, ¡por favor! Si está usted en contra, entonces hable, ¡pero sin ironías! —se lanzó Koçi Xoxe—. Usted siempre con ironías. Y tenga en cuenta —se engalló— que el VIII Pleno puso las cosas en su sitio y señaló con el dedo a los enemigos. Usted nos ofende.

—No quiero ofenderos —le dije—, pero me parece que estamos dando un mal paso. Decir que no tenemos necesidad de los consejeros soviéticos quiere decir que no tenemos necesidad de los consejos de los soviéticos, de su experiencia, ¡de la gran experiencia del partido y del socialismo en la Unión Soviética!

—¡No generalices así cosas tan sencillas! —se «defendió» Koçi Xoxe—. ¡Nosotros nos referimos a una cuestión concreta, simplemente a la del plan!

Estaba convencido de que no era así. El problema era más profundo. La petición de Zlatić y de los agentes yugoslavos conducía al erróneo camino antisoviético en el que hacía tiempo habían penetrado los dirigentes titistas.

Ante mi oposición, la de Hysni y la de Gogo, la otra parte del Buró pareció «ceder», pero a condición de que «en los próximos días volvamos a plantear este problema y decidamos», como dijo Koçi Xoxe. Pero, cuando los yugoslavos necesitaban más que ninguna otra cosa tranquilidad y secreto en la realización de su plan anexionista, diversas circunstancias les hicieron apresurarse en su acción respecto a Albania. Nosotros no conocíamos todavía estas circunstancias, pero su apresuramiento comenzó a saltar claramente a la vista.

Viene a verme Kristo Themelko, que acababa de regresar de un viaje a Belgrado, y me dice:

—¡Incluso Tito me recibió, sin hablar de los camaradas Tempo y Popović! ¡Me hacían compañía todo el día! Se caldearon nuevamente las relaciones. Garantiqué todas las ayudas

para el ejército y la defensa. No podía ni imaginar que nos darían tanto: ¡armas, equipos, vestimenta! Me dijeron que incluso abastecerán a nuestro ejército con alimentos. Vendrán unidades yugoslavas de ingenieros a abrirnos caminos y a construirnos puentes y otros objetos estratégicos. Inundarán el país de hierro y hormigón, y lo que es más importante, me dijeron que todo esto «lo incluiremos en el presupuesto yugoslavo».

Levantó la cabeza de la lista de «ayudas» que tenía delante y se sorprendió al darse cuenta de que le escuchaba con una indiferencia absoluta.

—¿Cómo? —dijo—. ¿No lo crees? ¡Pregunta al general Kuprešanin y lo verás!

—¿Te plantearon alguna otra cosa? —le pregunté para darle a entender que habíamos acabado.

—¡Comidas y cenas a todo tren! —dijo—. No hablaron de otros problemas además de los que mencioné.

Me levanté de la silla para librarme del fastidio que me estaba causando, pero él me interpelló:

—Camarada Comandante, tenía también algunas cosas por mi parte. Me ha quedado oscura aquella respuesta de los soviéticos. Lo planteo por mi cuenta, ¿y si les preguntáramos por qué no están de acuerdo con que aceptemos la división yugoslava?

—La respuesta de Stalin es clara —le repliqué—. ¡No tenemos nada más que aclarar!

—Bien, hombre, pero me parece que a los camaradas yugoslavos se les ha quedado clavado este asunto. Podíamos dirigirnos a Moscú para que revisara la respuesta una vez más. A lo mejor nos dicen que admitamos la división.

—Nosotros ya les dimos nuestra respuesta. Si los yugoslavos no lo tienen claro, ¡que se dirijan ellos mismos a Stalin! —le dije de forma cortante.

—Me parece que eso no va, lo planteo por mi cuenta, ¡repetimos nosotros la consulta!

No me causó tanta impresión la petición de Themelko de que nos dirigiéramos nuevamente a Moscú, como su expresión,

soltada a tiempo y a destiempo, «lo planteo por mi cuenta». Me quedé a escuchar lo que vendría después.

«Por su propia cuenta» sacó a la luz propuestas muy «interesantes»: la creación de un mando único, «si no para todo el ejército, al menos para las fuerzas que actuarán junto con la división yugoslava, si la dejamos entrar en Korça», y sobre todo «su» gran deseo de que Albania se uniera cuanto antes con Yugoslavia en una federación(!), etc., etc.

—En Belgrado —añadió en voz baja— me enteré, de una fuente muy segura, de un gran secreto. Bulgaria está a punto de unirse con Yugoslavia. Su unión es cuestión de semanas o de meses. Me lo pide el corazón, camarada Comandante, no dejemos que Bulgaria se nos adelante. Lo digo por mi cuenta, tomemos nosotros la iniciativa los primeros. Digámosle a Tito que se unan con nosotros primero y después con Bulgaria.

Le han dado buena cuerda a Shule, pensé lleno de inquietud, pero me contuve y, con tranquilidad e ironía, le dije:

—¡¿Por ti mismo planteas todo eso?!

—¡Por nuestro ideal, por mi cuenta lo planteo! —me «juró».

—¡Las propuestas son muy «interesantes»! —le dije—, escríbelas tal como me las has presentado y las planteamos en el Buró Político. Allí las discutiremos.

—Haremos eso —me respondió Shule—, pero te lo dije a ti antes para contar con tu opinión. Serían más seguras si las presentáramos al Buró como propuestas y deseos conjuntos, tuyos y míos.

—¡De ninguna manera! —le dije—. A mí jamás se me han ocurrido deseos semejantes y, segundo, ¡no tengo por qué adjudicarme «méritos» que te corresponden a ti! ¡Escribe y plantéalo tú mismo!

No habían pasado ni tres o cuatro días cuando el general Kùprešanin me solicitó una entrevista. Le recibí y ya con las primeras frases comenzó a presentarme «por su cuenta» los mismos «deseos» y proposiciones que me había presentado Kristo Themelko.

Desde el inicio comprendí que todo esto era un asunto

organizado y dirigido desde lejos, pero me asombraba la inesperada prisa con que se insistía en que discutiéramos y aprobáramos estas propuestas. Todavía más crecieron mis interrogantes sobre este apresuramiento cuando, dos o tres días después del general Kuprešanin, vino a verme Savo Zlatić.

Comenzó también éste a hablar del «nuevo espíritu» en las relaciones entre nuestros dos países, sobre la «ampliación sin precedentes» de los intercambios económicos y culturales, de los proyectos y planes conjuntos (que no existían más que sobre el papel), etc., etc.

— Como puede usted ver —prosiguió—, se nos han creado muchos problemas que debemos afrontar recíprocamente. Pero para esto no basta ni la buena voluntad ni los deseos de ambas partes de que los asuntos marchen bien. Sin quererlas surgen muchas dificultades. Nosotros lo hemos pensado bien y juzgamos que han madurado las condiciones para dar un paso grande y decisivo. ¡Nuestros dos países deben unirse cuanto antes!

—¿Cómo unirse? —le interrogué.

—¡En el marco de una federación! —me respondió con toda tranquilidad—. Tanto ustedes, como nosotros y los camaradas búlgaros, hemos estado de acuerdo hace años en la creación de esa federación. Creemos que ahora ha llegado el momento.

—Se ha hablado alguna vez sobre una federación —le dije— pero siempre en principio y como un problema del futuro. Por nuestra parte, nosotros no hemos discutido este problema, porque ni ha sido el momento, ni hemos tenido posibilidad. Por mi parte le digo que, particularmente en nuestras condiciones, nuevamente no es el momento para plantear a discusión este problema y aún menos para decidir.

—Nuestra dirección juzga que ha llegado el momento —insistió Zlatić—. En confidencia quiero decirle una cosa de carácter muy interno: Los camaradas búlgaros han llegado al acuerdo de unirse con Yugoslavia y el asunto de nuestra unión es cuestión de semanas, como mucho de meses. Hace tiempo que soy amigo suyo y el corazón me pide que no de-

jemos a Bulgaria que nos tome la delantera. ¿Por qué no dan ustedes los primeros este paso? ¡Eso evidenciaría aún mejor en la arena internacional nuestros especiales lazos!

Me vino a la mente Shule y sonreí con ironía. Les han hecho aprenderse, pensé, no sólo las ideas, sino incluso las mismas palabras y expresiones. Entre tanto Zlatić me observaba atentamente y me preguntó:

—¿Qué opina usted?

—Le escucho —le dije—, ¡continúe!

—¡No lo tome con miedo y con reservas! Se trata de un paso, que si no es hoy, necesariamente se dará mañana. La unión de nuestros dos pueblos allanaría de inmediato todas las dificultades que surgen constantemente. El asunto es quién tomará el primero la iniciativa. El camarada Tito me encomendó que les dijera que es mejor que la propuesta venga de ustedes. Esto eliminaría cualquier duda sobre que nosotros pretendamos incluir a Albania en la federación.

—¿Por qué? ¿Esto que proponen no es inclusión? —le pregunté con calma.

—¡¿Por qué habla así?! —dijo haciéndose el ofendido—. ¡Quizás lo expresé mal! Nosotros queremos la unión, pero no queremos que nos acusen de que es cosa nuestra.

—¿Entonces cómo?, ¡¿que nos acusen a nosotros de que es cosa nuestra?! —le pregunté al momento.

Zlatić palideció y se le atragantaron las palabras. Le extendí un vaso con agua, bebió un trago y se esforzó por sonreír:

—Padezco algo de la garganta —dijo para «disculparse»—. Pero como se ve, nosotros no nos entendemos con facilidad. Usted se aferra a mis palabras. Aférrese al contenido, por favor. No es que nosotros no queramos, pero el asunto pasa mejor si son ustedes quienes hacen la propuesta. Nosotros se la aprobaremos inmediatamente y todo queda concluido sin problemas. A ustedes no tienen por qué acusarles; ya que como país pequeño que son a nadie se le ocurre pensar que han hecho a Yugoslavia parte de Albania. El asunto es distinto con nosotros.

—¿Han consultado con la dirección soviética este paso que nos sugieren? —le pregunté.

—¡No! —respondió con gran nerviosismo—. Este es un problema entre nuestros dos países, entre nuestras dos direcciones. Cuando todo esté listo, lo pondremos en conocimiento de los camaradas soviéticos. Pero hizo bien en preguntarme. Tengo el encargo del camarada Tito de que también ustedes mantengan la misma actitud. No está bien que inquietemos a los camaradas soviéticos con algo que aún no hemos madurado entre nosotros. Debo decirle que no estamos de acuerdo con su modo de proceder en relación con nuestra división. Pero cedemos en aras de la amistad con la Unión Soviética. Sólo que si sucede algo con los griegos, que asuma la responsabilidad quien la tiene. Tenga en cuenta aquí dos cosas y no me interprete mal: primero, es verdad que la Unión Soviética es nuestro gran amigo, pero está lejos de nosotros y en caso de agresión no puede venir de inmediato en su ayuda; segundo, la Unión Soviética, como gran país, debe hacer una gran política internacional. En aras de un interés mucho mayor, se puede ver obligada a no intervenir en un caso de ataque contra ustedes, ¡puede verse obligada a aceptar su sacrificio!

—¡Está claro! —le dije con seriedad y en tono cortante—. Lo que me ha planteado son opiniones de su dirección. ¿O no?

—¡Desde luego, de la dirección son! —contestó Zlatić.

—¡Y con seguridad nos las ha traído también por escrito!

—No, carece de importancia si es por escrito o de palabra. Se lo he transmitido con toda claridad. Entre amigos no tiene importancia si las cosas se presentan de palabra o por escrito. Lo que tiene importancia es que encontremos un lenguaje común.

Sentí que la situación estaba llegando al colmo. Los tres cruzados de Tito, aleccionados con las mismas «propuestas» y las mismas frases, podían ser sucedidos por otros y hacer sistemática la presión. Ahora tenía una importancia decisiva la posición de nuestro Buró Político. Tras lo sucedido en el VIII Pleno, el Buró, tanto en su composición como en su orientación, se inclinaba hacia Koçi Xoxe. Gogo, Hysni, y yo está-

bamos en minoría. Esta situación me obligaba a mantener la sangre fría, a maniobrar con cuidado, de modo que pudiéramos hacer frente al gran peligro que estaba llamando a nuestras puertas. En esta época surgieron algunos otros interrogantes y sospechas en relación con los yugoslavos. ¿Por qué insisten en no consultar con los camaradas soviéticos? ¿Pueden considerarse amistosas y normales las relaciones entre los partidos hermanos y los países socialistas cuando mantienen secretos entre sí?! Al parecer, pensé, algo no marcha bien entre ellos. Los monstruosos juicios que soltó Zlatić en relación con la actitud de la Unión Soviética en caso de una agresión contra nosotros, hicieron que aumentara aún más esta sospecha. No se trataba simplemente de suposiciones de Tito y su gente. Constituían por un lado presión y chantaje para atemorizarnos, pero en esencia expresaban también una valoración, una actitud hostil de Tito hacia la gran Unión Soviética y la política exterior staliniana. Sólo los enemigos podían hacer y manifestar tan infames consideraciones sobre la Unión Soviética. Pero se trataba todavía de un razonamiento mío. De la embajada soviética no teníamos ni una señal, ni para bien ni para mal. Debíamos afrontarlo todo solos. De modo que sin tardanza, sin dejar que las cosas se inflaran, reclamé la reunión urgente de nuestro Buró Político.

—Durante estos días —dije en substancia—, uno tras otro tres camaradas, Shule, el general Kuprešanić y Savo Zlatić nos han pedido que propongamos la unión de Albania con Yugoslavia. Se comprende, éste es un paso que no se puede dar tan a la ligera. Las cuestiones que se nos plantean no pueden decidirse a prisa y corriendo sin consultar al Partido, al gobierno, al pueblo, sin analizarlo y discutirlo al detalle y desde todo punto de vista. La petición que se nos hace de ningún modo puede ni debe ser considerada como el deseo de uno o de otro. Se trata de un gran problema de principios, político y estatal. He escuchado a los tres camaradas, pero por cuanto me han dicho ellos, quedan muchas cosas oscuras. Por ello yo opino que, antes de que lo discutamos en el Buró, nos dirijamos al camarada Tito por medio de una carta, para

que nos aclare por escrito y oficialmente, de forma más amplia, el porqué y el cómo considera posible este paso.

—Podemos escuchar una vez aquí a Shule e intentar aclararnos —dijo «sin intención» Koçi Xoxe—. Quizás no resulte necesario que enviemos una carta al camarada Tito.

—Lo que me dijo Shule era por cuenta propia —le respondí a Xoxe—. Nosotros no podemos tomar los deseos de Shule como un mensaje de la dirección yugoslava. ¿O no, camarada Kristo?

—Por mi cuenta, por supuesto —enrojeció Shule—, ¡pero estoy dispuesto a aclarar cualquier cosa que no esté clara!

—Yo te encargué que presentaras por escrito tus propuestas —le dije—. Has sido negligente con esto. Del mismo modo, ni Kuprešanin ni Zlatić nos han presentado nada oficial. Somos el Buró Político de un partido y representamos los intereses de un Estado soberano, no podemos basarnos para un problema así en las afirmaciones de uno u otro, por muy de confianza que sean los camaradas. Mandemos una carta al camarada Tito, pidámosle que nos aclare cómo ven ellos el asunto de la unión, que nos aclare asimismo por qué reclaman que la propuesta parta de nosotros, por qué debemos unirnos nosotros «independientemente de lo que haga Bulgaria», por qué no consideran necesario consultar con los camaradas soviéticos, etc. Yo —proseguí— considero esto una cosa más que normal y necesaria. ¡Creo que al propio camarada Tito le gustará que reclamemos su juicio personal para una cuestión así, y tenerlo como base para decidir!

Mientras hablaba las caras de Xoxe, Themelko, Pandi Kristo, Nesti Kerenxhi, etc., enrojecían y palidecían alternativamente a causa del furor que les hervía por dentro. Veían tras mis palabras una maniobra que les arrebatava la iniciativa de las manos. Pero no tenían cómo oponerse a lo que había planteado. Lo quisieran o no, «convinieron» en que la discusión se pospusiera hasta que nos llegara la respuesta de Tito.

Tras tantos meses de presiones y chantajes de los más brutales, me sentí por primera vez algo liberado de la angustia. Resultaba difícil que Tito se atreviera a hacernos por escrito

una petición tan delicada, con tanto peligro de descrédito como la de la unión de Albania con Yugoslavia. Podía enviarnos cien emisarios más, todos para convencernos de que la fuente era una, podían expresarse con las mismas palabras, pero éstas ya no servirían para nada. El punto de apoyo de Arquímedes había sido hallado y había adquirido carta de naturaleza: ¡sólo discutiríamos la cuestión en el Buró después de que nos llegara la respuesta oficial y por escrito de Tito!

Según mi convicción esto quería decir: ¡Nunca! La balanza comenzó a inclinarse de nuestro lado. Quince o veinte días después, cuando todo hacía prever que el peligro que nos amenazaba estaba siendo superado, una noticia inesperada me hizo pensar que todo se había ido al traste: Savo Zlatić había llegado a Tirana con un mensaje de gran importancia de la dirección yugoslava y solicitaba una entrevista urgente con nosotros.

Le recibimos tan pronto como vimos la posibilidad de hacerlo¹. Por nuestra parte, si no recuerdo mal, estábamos Hysni Kapo y yo, por la parte yugoslava Zlatić, Krajger, un «especialista» en planificación, a modo de secretario en la Comisión de Coordinación y, no me equivoco al sumarlos a la parte yugoslava, Koçi Xoxe y Pandi Kristo.

La cara de Zlatić, sombría como en raras ocasiones, y aún más, la mirada helada y arrogante que me lanzó en el momento de encontrarnos, hicieron que el corazón me diera un salto de alegría. Comprendí que Tito no se había atrevido a hacer la locura de reclamar de su puño y letra la unión de Albania con Yugoslavia. Me convencí aún más de que a los yugoslavos les iban mal las cosas cuando Zlatić sacó unos papeles y comenzó a comunicar:

—¡Tengo el encargo de presentarles los nuevos y más recientes juicios y proposiciones de la dirección yugoslava! Nuestra dirección insiste en que las formas organizativas de nuestras relaciones no responden al contenido y a la esencia de las relaciones creadas. En la práctica la vida nos ha conducido a una unión económica conjunta y las posteriores dificult-

¹ Esta entrevista tuvo lugar el 10 de abril de 1948.

tades en la construcción del socialismo serán más ligeras si establecemos sobre bases más sólidas la unión económica. Cualquier paso que demos en esta dirección facilitará no sólo las cuestiones económicas, sino todas las demás.

El disgusto y el nerviosismo evidente de Zlatić se reflejó enseguida en las caras de Koçi Xoxe y Pandi Kristo. El «delegado» de Belgrado, para desgracia suya, había rebajado el «rango» de las peticiones. De la «unión política», había descendido a la «unión económica». ¡¿Cuál sería el final?!

Entre tanto Zlatić continuaba presentando las «nuevas» propuestas: avancemos con un plan económico, mantengamos posiciones comunes ante los demás países, tengamos un sistema común en las cuestiones económicas, comerciales, financieras; tengamos la misma metodología de planificación; leyes comunes; apertura de fronteras, pasaporte común; el mismo sistema educativo, etc.

—¡Es decir que seamos como un único Estado! —se alentó inesperadamente Koçi Xoxe.

Zlatić le lanzó una mirada colérica y al instante Xoxe bajó la cabeza lleno de vergüenza y de miedo.

—¡No! —le respondió Savo—. Eso será para más tarde. Nuestra dirección no está satisfecha con las aclaraciones que ustedes reclaman en relación con la propuesta de unión. Parece que tienen reservas. Bien, nosotros no vamos a repetir más la petición. Las nuevas propuestas se relacionan con una situación intermedia. Es decir que por el momento aparezcamos como dos estados, pero actuemos como uno.

—El camarada Zlatić —me dirigí inicialmente a Koçi para «aclarárselo» mejor—, se refiere a que formalmente seamos estados separados, pero que en esencia seamos uno con Yugoslavia. ¡¿O no, camarada Zlatić?!

—¡Lo que consideré necesario, lo he dicho claramente! —me respondió éste enfurecido—. Escuchen a continuación el resto. Nuestra dirección piensa que el nuevo paso se concrete de forma organizativa con la creación de un comité en Belgrado y de la Comisión de Coordinación en Tirana. El comité de Belgrado estará encabezado por un ministro yugoslavo y

un viceministro albanés. La Comisión de Coordinación en Tirana estará encabezada por un ministro albanés y un viceministro yugoslavo. Se entiende que aquí lo nuevo y fundamental será el comité. Este será un órgano conjunto de nuestros dos gobiernos, que asumirá una parte de las competencias y responsabilidades de los dos países. Este comité será por tanto el embrión del futuro gobierno conjunto. La Comisión de Coordinación de Tirana estará enlazada con él, pero mientras la Comisión de Coordinación se ocupará sobre todo de las cuestiones de la economía conjunta, el comité se ocupará también de los demás problemas. Ahora, todo esto que acabo de plantear, debemos incluirlo en un protocolo conjunto con el fin de que todo lleve el sello oficial y esté en regla también desde el punto de vista del derecho internacional.

—¿Ha traído usted el proyecto para este protocolo? —le pregunté.

—No —dijo—. Lo formulamos aquí. Será una cosa sencilla. En él apareceremos como dos estados, pero los propios lazos y acuerdos que lo acompañarán transformarán en algo formal la existencia de los dos estados. Este es el futuro, es decir ¡la federación!

Estaba todo claro. Los yugoslavos querían meternos en la trampa, conducirnos mediante «protocolos» por el mismo sendero donde fracasaron con la propuesta de unión. Pero su nueva maniobra ya no mostraba la violencia y el chantaje. Se parecía más a una tentativa desesperada, a un golpe en el aire que tanto podía acertar como no. Era el momento de que levantáramos nosotros el tono:

—Camarada Zlatić —le dije—, escuchamos las nuevas proposiciones de su dirección y, naturalmente, reflexionaremos en torno a ellas, discutiremos y les daremos respuesta. Pero muchas de las cosas que ha dicho están oscuras, son incluso inquietantes y, perdone que se lo diga, incorrectas por su parte.

—Por favor —dijo—, ¿qué concretamente?!

—Ustedes piden que demos un paso tal, que en esencia significa la unión de nuestros dos países, la fusión de nuestros dos estados. Así lo ha dicho usted mismo. Quieren que elabore-

mos para esto un protocolo. Hace algo más de veinte días nos pidieron el mismo resultado, sólo que entonces por medio de una propuesta que debía hacerse «por parte nuestra», pero a petición suya. Ahora le pregunto: ¿Son normales en las relaciones entre estados soberanos semejantes actuaciones?! Envia mos una carta al camarada Tito para que nos aclarara cómo veía y juzgaba la cuestión de la unión de nuestros dos países. No nos han enviado respuesta.

—¿Las propuestas que he presentado son la respuesta! —se le escapó a Zlatić, quizás a causa de su loco apresuramiento.

—Si es verdad eso que dice entonces el problema es muy grave. Ustedes pueden llamarlo como quieran, pero nosotros tomamos esto como una tentativa de colocarnos ante el hecho consumado. No tenemos por qué engañarnos uno a otro. Nosotros pedimos aclaración sobre el por qué «debemos unirnos ahora» y no pedimos un protocolo para firmar la unión.

—¿No es un protocolo para la unión! —terció Sergej Krajger—. Es un protocolo para regular mejor las relaciones entre nuestros dos países, particularmente en el terreno económico.

—Hace tres o cuatro meses, usted recordará la conversación que mantuvimos sobre la Comisión de Coordinación —le dije a Krajger—, dijo que esta comisión allanaría cualquier desacuerdo, lo solucionaría todo. Después de todo la comisión se creó. Después vino usted a quejarse de que las cosas no marchaban bien, porque nuestros ministerios no les informaban de todo lo que ustedes les pedían. Yo le dije camaraderilmente que no estaba de acuerdo con sus peticiones, pero, tras su insistencia, encomendamos a los ministerios que también hicieran esto. ¿Con qué resultado?! Nuestra gente se perdió en estudios y proyectos inútiles. Se dedicaban más a hacer informes para ustedes que a analizar las cuestiones económicas. Ahora, si consentimos que se cree también el comité de Belgrado, tendremos que transformarnos todos relatores e informadores de ese comité.

—Todo se hace para mejorar —me replicó «suavemente» Krajger—, y nuestros objetivos son sinceros. Usted no debe

negar nuestra ayuda. Debe comprender que Yugoslavia está haciendo sacrificios por ustedes, que les trata, en la cuestión de las ayudas, lo mismo que a sus repúblicas. Pero, mientras con nuestras repúblicas todo se soluciona fácilmente, con ustedes, al continuar siendo un estado aparte, se quiera o no, surgen dificultades y divergencias.

—Nuestra orientación y nuestra preocupación —les dije—, ha sido cumplir, en primer lugar, los compromisos y los contratos con Yugoslavia. Incluso hemos aceptado eslabones y formas de organización que difícilmente puede consentir otro estado. Es el caso de la comisión que dirige usted. Y si las cosas nuevamente no marchan bien no busque la causa en nosotros.

—La cuestión es que al estar separados surgen divergencias —intervino Krajger—. Su departamento considera el problema de una forma y el yugoslavo lo considera de otra distinta. Cada uno barre para su casa. Vamos a darles algunos ejemplos —dijo e hizo una seña al tercer yugoslavo, que, como un robot, extrajo rápidamente de la cartera un pedazo de papel.

—Fíjese en lo que sucede —alzó la voz el yugoslavo—. Nos llegan de la parte albanesa peticiones inafrentables. Tomemos, por ejemplo, las pinzas. ¡Nos han pedido ustedes 70.000 pinzas para un año! ¡Esto es el colmo! ¡Se queda vacío el mercado yugoslavo!

—¡Puede haber peticiones injustas! —me dirigí a los yugoslavos—, pero respecto al instrumento en cuestión no puedo responderles. ¡¿En qué rama de la economía se utiliza?!

De repente la pesada atmósfera de la entrevista se tranquilizó durante un momento. Los traductores empezaron a hablar en corrillo con los yugoslavos para aclarar de qué instrumento se trataba. Koçi Xoxe había apoyado la cabeza sobre las manos, mientras que Zlatić hacía gestos de loco: con las puntas de los dedos se tiraba de los pelos de las cejas queriendo mostrarme algo. Finalmente el enigma se descifró:

—Se trata —comenzó a aclarar el traductor— de una pieza de hojalata elástica, doblada en dos, que es utilizada por las mujeres para depilarse las cejas.

No era momento de reír, sino de gritar:

—¡Vergüenza les debía dar mencionarme semejantes estu-
pideces!—les lancé a los yugoslavos—. ¡Nuestras mujeres y
muchachas no conocen ni el nombre de ese instrumento y
mucho menos se les pasa por la cabeza arrancarse los pelos
de las cejas! Todavía no tienen pan suficiente, no tienen ropa
ni calzado, y ustedes se vienen a quejar de que se les ha
desabastecido el mercado de pinzas para las cejas¹. ¡Quédense
con ellas, bajo mi responsabilidad les digo que no traigan a
Albania ni una sola!

—No debe usted irritarse. Nosotros lo hemos citado como
ejemplo de las irregularidades que se crean. Hay muchas
como ésta —continuaron los yugoslavos y comenzaron a enu-
merar: han pedido tantas toneladas de crema para el calzado,
tantos miles de estaquillas para zapatos, tantos millones (creo
que alrededor de 7 u 8 millones) de plumines(?!), tantos miles
de kilos de esencia para bebidas, etc., etc.

—¡Asombroso! Demasiado asombroso —les dije indignado
y me dirigí a Pandi Kristo que estaba en un rincón como una
liebre cagando: —¿Vosotros habéis pedido esto? ¿Para qué lo
queréis?

—Camarada Comandante, tiene usted razón, pero también
tienen razón los camaradas yugoslavos. No es que nosotros ten-
gamos tanta necesidad de todo eso, pero cuando solicitamos
algunos motores y equipos para el ferrocarril, los camaradas
yugoslavos del plan nos sugirieron también esto ya que tenían
exceso en el mercado. Nos dijeron «son una ganga, muy bara-
tos, pídanlos en el marco del crédito».

Asombrosamente, incluso después de esto los yugoslavos
ni siquiera se inmutaron. Por el contrario, Zlatić encontró la
«salida»:

—¡Carece de importancia quién lo incluyó en el plan!

1 En el libro *Las relaciones yugoslavo-albanesas (1939-1948)*, publi-
cado en Belgrado en 1949, la gente de Tito no ha olvidado «poner de
manifiesto» este detalle. En la página 205 (de la edición en lengua
albanesa) se quejan de que la parte albanesa «ha enviado a la Comi-
sión Federativa del Plan de la RFPY la petición de 70.000 pinzas de
depilar».

—explicó—. Lo que tiene importancia es que sepamos por qué se producen estas irregularidades. Se producen porque todavía actuamos como dos estados aparte. ¡Todo se resolverá si ustedes aprueban nuestras propuestas!

—¿Tenían alguna otra cosa que comunicarnos? —les pregunté.

—Nada. Si ustedes están dispuestos, podemos comenzar a elaborar el protocolo —se aventuró Zlatić, apresurándose.

—¡¿Y para qué quieren ese protocolo?! —le pregunté de forma inocente.

—¡Para estar en regla en el futuro! —respondió a toda prisa—. Pueden producirse fricciones, desacuerdos. Sin el protocolo ustedes pueden decir «entendimos esto» y nosotros podemos decir «entendimos lo otro». Mientras que el protocolo es un documento. Nos referiremos a él y asumirá la responsabilidad aquel a quien le corresponda.

—¡Fíjate por donde! —le dije—. Ustedes valoran muy bien la importancia del protocolo y yo estoy de acuerdo con ustedes. Pero ¡¿por qué no consideran correcto entregarnos también en un documento, por escrito, sus observaciones, opiniones y sobre todo sus propuestas?! Nos lanzó usted un buen fardo de ellas en noviembre. Le pedí que nos las entregaran por escrito, pero a estas alturas todavía no lo han hecho. Vino en diciembre, nos hizo un montón de propuestas, pero nuevamente de palabra. Vino en febrero y en marzo y ¡nuevamente lo mismo! Esperamos la respuesta del camarada Tito y no nos llega. Ahora lanza nuevamente nuevas propuestas, pero otra vez de palabra. ¡¿Cómo vamos a saber nosotros si éstas son exactas?!

—Yo transmito fielmente los encargos de nuestra dirección —dijo demudado—. Usted nos dice abiertamente que no nos cree. ¿No me cree a mí, o no cree en la dirección del PCY, en el camarada Tito?

—¡No es el momento para semejantes preguntas! —le dije frío y cortante—. No estamos discutiendo sobre el contenido de los problemas que se plantean, sino sobre la forma en que se plantean. ¡Nosotros únicamente los analizaremos cuando nos los entreguen por escrito!

Sin más la entrevista terminó. Mientras salía, Zlatić intentó decir algo más, pero al parecer se arrepintió. Tras él salieron los demás cabizbajos. Me quedé solo con Hysni.

—Es posible que tengamos una gran marimorena con ellos —me dijo—. Pero hiciste bien. Que lo midan bien, si piensan provocar otro noviembre. Que sepan que llega un momento en que incluso nuestra paciencia y nuestra ponderación se acaban.

—Puede ocurrir cualquier cosa —le dije—. Sólo que hace tiempo que noto un miedo y un desorden asombroso entre todos ellos. No comprendo por qué se apresuran con una impaciencia chovinista tan visible para conseguir a toda costa la unión. En todo caso debemos estar vigilantes. Para nosotros ahora todo está claro. Al ataque responderemos únicamente con el ataque. No queda otro camino.

El final vergonzoso

No habían pasado ni dos o tres días después de esta entrevista, cuando un importante acontecimiento aclaró e iluminó definitivamente todo: llegó a nuestras manos la primera carta¹ del CC del PCUS, dirigida a la dirección titista yugoslava.

Leí la carta en un suspiro y desde los primeros párrafos sentí una alegría y una satisfacción como nunca las había sentido en toda mi vida. Con agudeza y argumentos irrefutables el CC del PC de la Unión Soviética ponía al descubierto los graves errores y deformaciones de la línea de la dirección del PCY, su desenfrenado nacionalismo y megalomanía, el camino lleno de peligros y dañinas consecuencias por donde ésta conducía al pueblo yugoslavo. Aunque en ninguna parte de la carta se mencionaba a nuestro Partido, a nuestro país

1 Carta del 27 de marzo de 1948 a la dirección del PCY.

y nuestras relaciones con la dirección del PCY, me dio la impresión de que en cada párrafo se había tenido en cuenta precisamente todo lo que nos había ocurrido a nosotros durante años enteros con la dirección titista.

Toda la carta era además una confirmación indirecta de la justeza de la línea del PCA, echaba por tierra todas las observaciones, las acusaciones, las calumnias y las presiones sin fin que nos habían hecho durante 6 ó 7 años Tito y sus «enviados».

Me convencí definitivamente de que nuestra causa estaba triunfando. El agudo conflicto en que habíamos entrado con la dirección de Belgrado no sólo se resolvería correctamente, sino que, y esto era lo principal, se resolvería con más rapidez y sin tantas complicaciones, enfrentamientos y pérdidas que si hubiésemos tenido que combatir solos.

Llamé inmediatamente a Hysni, le di la carta para que la leyera y comprobé que también a él le invadían las mismas emociones, los mismos sentimientos que había experimentado yo poco antes. Había llegado el momento de respirar libremente, había llegado el momento de que el Partido y el pueblo se deshicieran de aquel espíritu enfermo, de aquella pesada carga que nos abrumaba y nos amenazaba desde hacía años.

—¡Se confirmó que teníamos razón! Triunfaremos. ¡Viva el Partido! —dijo Hysni con los ojos bañados en lágrimas en cuanto acabó de leer, y se lanzó a mis brazos.

—¡Esta histórica carta de Stalin nos lo aclara y esclarece todo! —le dije—. ¡¿Recuerdas lo que hablamos hace unos días?! Nos parecía sorprendente e incomprensible el apresuramiento de los yugoslavos y su insistencia en que se firmara la unión. Ahora está claro. Querían acabar con nosotros a toda prisa con maniobras y presiones infames, porque les consumía el conflicto con los camaradas soviéticos.

—¿La han leído Koci y Pandi? —me preguntó Hysni.

—No, no están aquí —le dije—. ¡Están por las regiones para difundir el VIII Pleno! En cuanto vuelvan se la daré a conocer.

—Veremos cómo la reciben.

—Como un mazazo —le dije—. Aunque todavía es pronto para analizar al detalle esta carta histórica. Informaremos a los demás camaradas del Buró, que la lean todos y después nos reuniremos y la discutiremos.

Aquel mismo día o al día siguiente vinieron alarmados Kristo Themelko y Beqir Balluku:

—Camarada Comandante —me dijeron—, el general Kuprešanin nos pidió una entrevista y nos ha comunicado acusaciones muy graves. ¡Nos encomendó que se las transmitiéramos a usted y vinimos inmediatamente!

—¿Por qué está descontento el general? —les pregunté.

—¡Por todo! —dijo Kristo Themelko—. En primer lugar por la economía. No está de acuerdo con su formulación de que «la economía albanesa se basa en sus propias fuerzas y se apoya también en la ayuda de Yugoslavia y de los países hermanos». Kuprešanin considera esto una violación de los acuerdos. Me dijo que no es necesario decir «economía albanesa», sino «planes económicos conjuntos albanos-yugoslavos».

—¡Sí!, ¡sí! —le «alenté»—, ¡continúa!

—Nos dijo que está descontento porque hace algún tiempo fue arrestado en Shkodra el director de una fábrica por actividad hostil. ¡Es de origen yugoslavo, de modo que no se le debía tocar!

A continuación Themelko me enumeró el resto de las «acusaciones» del general yugoslavo. La tercera «acusación» se relacionaba con nuestra política exterior: El gobierno austríaco había manifestado su intención de establecer vínculos con la República Popular de Albania y nosotros habíamos cometido un error «fatal»: ¡No habíamos protestado contra esa intención de Austria! Según Kuprešanin debíamos protestar y rechazarla porque, primero, Austria y Yugoslavia estaban en conflicto a causa de una minoría eslovena y, segundo, porque ¿cómo podía Austria establecer vínculos con Albania sin que ésta contara con la autorización de Yugoslavia?!

La cuarta «acusación» se refería a la política de la vivienda del Comité Ejecutivo de Durrës. Algunas familias de especialistas yugoslavos habían sido alojadas en viviendas nue-

vas, a causa de que la zona donde se encontraban las antiguas había sido puesta a disposición del ejército (!).

—¡Estaba muy airado! —finalizó Themelko—. ¡Nos las soltó todas una por una y nos comunicó que en estas condiciones no podíamos seguir colaborando en el terreno militar!

—¿Y vosotros habéis aceptado las «acusaciones»? —le pregunté.

—Nosotros tomamos nota —afirmó Themelko—. Nos inquietó mucho lo que dijo sobre nuestras relaciones militares. ¡Si abandonan la colaboración a medias, nos hacen polvo! ¡Cómo se van a cumplir todos esos planes del ejército sin su ayuda! Por eso le preguntamos también si había algo que no le gustara en el ejército. Nos dijo que no había nada.

—¡Había, había! —añadió Balluku—. ¡A los oficiales yugoslavos no se les reservan buenas entradas en el estadio de fútbol!

—¡Exacto, se me olvidaba! —se acordó Shule—. Algún irresponsable les ha dado a los oficiales amigos entradas de general. Puede haber sido hecho a conciencia, el enemigo se aprovecha de estas cosas.

—¡¿Incluso la cuestión de las entradas os planteó Kuprešanin?! —les pregunté.

—Por supuesto. ¡Incluso indignado! —aclaró Shule.

—¡¿Y cómo finalizó la entrevista?! —les pregunté conteniendo a duras penas la indignación.

—De este modo. Le rogamos que no lo tomara a mal, le dijimos que enmendaríamos los errores y vinimos corriendo aquí. ¡Es muy inquietante!

—¡Lo que es inquietante e incomprensible es vuestra posición! —les dije con severidad—. En primer lugar me dirijo a ti, Kristo, como miembro del Buró Político, pero también a ti Beqir Balluku como jefe del Estado Mayor General del Ejército. Vosotros no teníais por qué escuchar al general yugoslavo en cuanto os disteis cuenta de que os estaba hablando de problemas que no le competen. Pero después del primer error, caísteis en el segundo: en lugar de rechazar con indignación las ridículas «acusaciones» que os lanzó, las aceptasteis sin profundizar en absoluto en lo que hacíais.

Shule y Balluku abrieron los ojos asombrados por lo que estaban oyendo, pero cuando vieron la indignación y la decisión con que les hablaba, bajaron la cabeza y encogieron los hombros, como queriendo decir: «¡Allá tú si en esta situación te enfrentas de ese modo a las furias de los amigos!».

¡No resultaba difícil comprender ahora el porqué de este nuevo ataque de los yugoslavos! Incluso, más que un ataque se trataba de un plan procedente de Belgrado para tomarnos el pulso: «Vamos a dar a los albaneses un nuevo golpe y veremos cómo andan las cosas», habían pensado en Belgrado. «Si nos responden con indignación, eso quiere decir que Stalin les ha informado de lo que ocurre. Si no es así, en el marco de las nuevas acusaciones, que profundicen aún más el VIII Pleno, que se vean obligados por tanto a echarse en nuestros brazos». No en vano habían puesto en acción en este caso al general y no al diplomático Zlatić.

Sopesé bien la indigna provocación que nos habían hecho y pensé que se debía dar inmediatamente a Tito una respuesta adecuada.

Reclamé una reunión urgente del Buró Político (entre tanto habían regresado de «servicio» Koçi Xoxe y Pandi Kristo) y comenzamos.

—He convocado esta reunión extraordinaria del Buró —les dije a los camaradas—, para informaros de dos importantes problemas surgidos en estos cuatro o cinco últimos días.

El primero y principal se relaciona con una carta del CC del PCUS enviada a la dirección yugoslava a finales del mes de marzo. No voy a hablaros de la importancia y del extraordinario valor de esta carta, porque vosotros lo entenderéis en cuanto la leamos.

Por primera vez después de tantos años de disputas, debates y frecuentemente de altercados sin sentido, sobre nuestro Buró Político cayó una completa y profunda tranquilidad. Mientras leía podía incluso oír la respiración de los camaradas. Sabía que las impresiones y las reacciones que producía cada párrafo y cada frase de la carta eran distintas en cada caso.

Hysni y Gogo escuchaban llenos de seriedad y preocupación, pero percibí también la sonrisa y la iluminación de sus rostros y de sus ojos; Bedri y Tuk se habían quedado pasmados ante el prodigio que estaban escuchando. En cuanto a Koçi Xoxe, Pandi Kristo, Kristo Themelko, Nesti Kerenxhi y Xhoxhi Blushi, habían inclinado la cabeza y respiraban pesadamente como si hubiesen quedado sin aliento.

—Este es el contenido de la carta —les dije a los camaradas al terminar—. Ahora se plantea la pregunta: ¿Cómo actuaremos nosotros en adelante? Creo que es pronto para que discutamos. Cada uno de nosotros debe sentarse y estudiar la carta con toda seriedad, con el fin de que comprendamos bien su esencia y de que, cuando nos reunamos, cada uno hable libremente, según le dicte su convicción y su conciencia. Con frecuencia hemos padecido de un gran mal en los análisis que hemos hecho. Ha existido la tendencia de uno o de otro a imponer a los demás puntos de vista y posiciones con los que no están de acuerdo. Debemos poner fin a esta tendencia y yo creo que el ejemplo debemos darlo cuando analicemos esta carta. Segundo, yo opino que debemos analizar la carta de la dirección soviética en un plano más amplio. Creo que nosotros conocemos mejor que otros partidos comunistas a los dirigentes del PCY, su línea y sus posiciones, ya que durante años hemos tenido lazos, acuerdos y desacuerdos con ellos. Por eso lo que digamos en respuesta a la carta del Partido Bolchevique, debemos enlazarlo con nuestra experiencia, con nuestras relaciones con la dirección yugoslava. Tercero —dije a los camaradas—, recomiendo que particularmente en estos momentos seamos especialmente cuidadosos, vigilantes y prudentes. Debemos tener bien en cuenta que los problemas que han surgido entre la dirección soviética y la yugoslava son todavía de carácter muy interno y están en discusión entre ellos. Sería imperdonable si alguno de nosotros, a causa de las especiales relaciones que mantenemos con la dirección yugoslava, se apresurara e hiciera públicos, fuera de nuestro Buró, los problemas que se plantean en esta carta. Una acción así nos ocasionaría grandes daños y además agravaría

y complicaría aún más las relaciones que se han creado entre los camaradas soviéticos y los yugoslavos. Stalin, en aplicación de las normas sobre las relaciones entre partidos hermanos, nos envía la carta para informarnos y punto. Stalin no nos pide, pero tampoco nos niega, que nos solidaricemos o no con la carta. Esto dependerá de nosotros. Pero como dije no debemos pronunciarnos sobre esto hoy mismo y de modo apresurado. Cuando estemos listos nos reuniremos.

Este era el primer problema. La carta de la dirección soviética está desde este momento a disposición de cualquiera de los camaradas del Buró, y podéis venir a leerla cuando queráis y cuantas veces lo consideréis conveniente.

El segundo problema —continué— está relacionado con un grave incidente que ha provocado hace dos días el general Kuprešanin.

Les relaté con detalle todas las «acusaciones» del general y subrayé:

—Es evidente que lo que plantea Kuprešanin es ridículo, carente de base, completamente injusto. La causa por la que el general ha dado este paso es otro problema. Me inclino a pensar que se trata de una provocación.

—¿En qué sentido? —se apresuró a preguntar Koçi Xoxe.

—¡Fundamentalmente en dos sentidos! —le respondí al instante—. Primero, es posible que el general nos haga estas acusaciones, no me cabe duda de que ni él mismo las considera serias, con el fin de tomarnos el pulso, de comprobar si estamos o no enterados del conflicto soviético-yugoslavo. Esto lo medirán como resultado de nuestra actitud ante sus más recientes acusaciones. Segundo, es posible que nos hayan lanzado las «acusaciones» con el fin de que nosotros actuemos del mismo modo que hicimos con las «acusaciones» de Zlatić en noviembre, que organicemos un nuevo VIII Pleno, es decir, con el fin de obligarnos a aceptar todas las «propuestas» que nos han dirigido últimamente. Yo no veo otra posibilidad y precisamente por eso sospecho que la actitud del general yugoslavo es una provocación. Si tú camarada Koçi ves algún otro motivo, dínoslo, no vayamos a equivocarnos. . .

Koçi Xoxe no rechistó y después de esperar unos instantes, prosiguió:

—Independientemente de esto, no podemos permitirnos ni caer en la provocación, ni apresurarnos y sacar a la luz cosas de carácter muy interno y que están en discusión. Por eso yo opino que debemos dirigirnos inmediatamente al camarada Tito mediante una carta, en la que le aclaremos lo que nos ha dicho Kuprešanin, le argumentemos por qué sus «acusaciones» carecen de base y le pidamos que nos aclare qué es lo que empujó al general a dar este paso.

—¿No sería mejor que lo aclaráramos nosotros mismos con Kuprešanin? —preguntó esta vez Nesti Kerenxhi, vice de Koçi en el Ministerio del Interior.

—¡De ningún modo! —le respondí—. El es simplemente un militar y no tenemos por qué sentarnos con él a tratar semejantes problemas. Incluso pienso que esto se lo debemos subrayar bien a Tito en la carta.

Debemos decirle que no nos parece correcto que estos problemas, aunque se tuvieran en pie, venga a planteárnoslos un general. Si sus camaradas los consideran importantes, digámosle a Tito, nos los puede poner de manifiesto su embajador Josip Djerdja, o su «delegado» Zlatic, pero nunca el general.

Debemos asimismo decirle a Tito que nos resulta sorprendente que el general nos amenace con la ruptura de la colaboración en el terreno militar ¡únicamente porque no se han reservado buenos billetes para el estadio a unos cuantos oficiales yugoslavos! Digámosle también que no comprendemos el porqué de estas acciones y por fin repitamos que estamos a favor de relaciones amistosas, en el espíritu de las enseñanzas de Marx, Engels, Lenin y Stalin. Debemos subrayar esto, camaradas, porque hace tiempo que se ha introducido un slogan intolerable para nosotros. En lugar de al espíritu del marxismo algunos se refieren al «espíritu del Convenio Económico». Esto es absurdo. Esta es mi opinión. Discutámoslo y decidamos.

—¡Tengo un temor! —tiró la piedra Koçi Xoxe pero con voz temblorosa y apagada—. El camarada Tito puede rela-

cionar nuestra respuesta con la carta de Stalin y sospechará que hemos sido informados.

—Pues muy bien —se lanzó Hysni—, ¡que sospeche! No tiene por qué sentarle mal. Por el contrario, a ver si eso le empuja a informarnos de los puntos de vista yugoslavos, como hace justamente el camarada Stalin con los puntos de vista soviéticos. Si nos considera un partido hermano, incluso el más próximo, ¿¿por qué nos mantiene ocultas estas cosas?!

—No, ¡pero Tito puede pensar que nosotros nos enfrentamos con Kuprešanin bajo la influencia de la carta de Stalin!
—se atrevió Koçi Xoxe.

—¡No tienes por qué pensar tan mal del camarada Tito!
—le repliqué a Xoxe toreándole en «su propio terreno»—. Tito puede tener muchos defectos y, en mi opinión, los tiene a montones, pero de fragilidad de memoria no tienes por qué acusarle. No es la primera vez que nos oponemos a él. Sin referirnos a los años pasados, en estos tres o cuatro meses lo hemos hecho varias veces. Rechazamos su petición en relación con la división, rechazamos sus propuestas sobre el mando único, rechazamos su petición de unir Albania con Yugoslavia. ¡Y ahora a ti te disgusta que no aceptemos las bobadas del general Kuprešanin! ¿No pensarás que sobre la base de ellas debemos hacer otro VIII Pleno?

—No, me has malinterpretado —se replegó y enmudeció Koçi Xoxe—. A mí no me importa que escribamos la carta, aunque se me ocurrió que se pudiera sospechar que estamos influenciados por los soviéticos. Pero ahora me he convencido. Estoy de acuerdo en que enviemos la carta.

Al gallo Koçi se le estaban cayendo no sólo los espolones del VIII Pleno, sino hasta las plumas. Es poco decir que estaba aterrado. Estaba viviendo el comienzo de la agonía de la nefasta obra que había emprendido bajo las presiones y las maniobras de Belgrado, pero también a causa de sus ambiciones y de su mente enferma.

Esto sucedió, lo recuerdo bien, el 17 de abril de 1948. Recuerdo bien la fecha porque sólo un día después, el 18 de abril de 1948, quedó claro que, al menos en relación con

nuestro Partido y nuestro país, la partida de los yugoslavos había tocado a su fin. Yo tenía más que claro que este final llegaría un día, pero no se me había ocurrido que llegara tan pronto y en circunstancias tan inesperadas, puedo decir que ridículas. He aquí cómo sucedió:

Por aquellas fechas habían llegado a nuestro país dos o tres cineastas soviéticos para filmar un documental sobre Albania. Habían acabado las tomas y antes de que se marcharan a Moscú, se dirigieron a mí a través del embajador soviético, diciendo que les agradaría mucho si yo encontraba tiempo para ver la película que habían filmado. Acepté encantado. En la tarde del 8 de abril invité a los cineastas al Palacio de las Brigadas, junto con ellos al embajador Chuvakin y a los principales funcionarios de la embajada soviética, invité amistosamente también al embajador yugoslavo y a Savo Zlatić, al embajador búlgaro y a algún otro que no recuerdo. De nuestros camaradas estaban Hysni Kapo, Koçi Xoxe, Bedri Spahiu y Tuk Jakova.

Fue toda ella una velada cordial y sin ningún protocolo. Se entiende que el mayor honor se lo hicimos a quienes nos habían dado motivo para reunirnos, a los cineastas amigos. Estos, muy contentos de que nos entrevistáramos, después de brindar se levantaron para preparar los aparatos y proyectar la película. Hasta aquí todo marchaba de maravilla, charlábamos y nos hacíamos bromas unos a otros.

Entretanto observo que Savo Zlatić se levanta todo mohino, como si el burro se le hubiese comido el pan, da una vuelta a la mesa donde se sentaba Koçi Xoxe, se acerca a Hysni, está a punto de decirle algo, pero al parecer cambia de opinión, le hace una seña a Djerdja y se dirigen los dos hacia mí.

—¿Quieren sentarse aquí? —les dije relajadamente, haciéndoles sitio—. ¡Siéntense!

—¡No!, ¡nos vamos! —dijo Savo Zlatić.

Observé con asombro que había enrojecido por completo y apretaba las mandíbulas.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Tienen algún problema?!
¿No será que no se encuentran bien?

—Mañana por la tarde, a lo sumo pasado mañana, me marchó a Belgrado —me dijo secamente Zlatić—. Pero antes debo entrevistarme con dos camaradas de su Comité Central para transmitirles nuestras observaciones.

Hablaba con tal tensión e irritación que era inútil pedirle que me aclarara qué clase de tormenta se había apoderado de él.

—¿Con quiénes desearía entrevistarse? —le pregunté.

—¡Ya no tienen sentido las preferencias! —respondió con brutalidad y cinismo—. Con quien sea.

—Entonces vamos a encargar al camarada Xoxe —le dije para que resoplara un poco—, y... ¡al camarada Hysni Kapo!

Los yugoslavos salieron. El asombro ante lo sucedido con ellos fue grande, pero en cualquier caso yo hice caso omiso de ello. Nos habíamos reunido para otra cosa y no se debía ocasionar ninguna inquietud o duda a nuestros huéspedes. La única persona que después de esto no volvió a despegar los labios ni a levantar la cabeza fue Koçi Xoxe. Se puso más negro que las tinieblas que se crearon cuando comenzó a proyectarse la película.

Al día siguiente Hysni y Koçi Xoxe se entrevistaron con Zlatić y lo que me transmitieron fue de verdad insolente.

Según Zlatić y Djerdja la velada cordial que he descrito no había sido velada, sino una «manifestación antiyugoslava» (?!), ¡una «ofensa» de parte mía a Zlatić, al ejército yugoslavo y a toda Yugoslavia!

—¿Por qué? —le había preguntado con asombro Hysni.

—Porque Enver Hoxha había invitado a más soviéticos que yugoslavos, ¡cuando en Albania hay más yugoslavos que soviéticos! Porque no había invitado al general Kuprešanin, ni tampoco a especialistas yugoslavos...

Había soltado además otros disparates que no merece la pena citar, finalizando del siguiente modo:

—Con ustedes ya no se puede colaborar. Después de esta ofensa, el general Kuprešanin y todos los militares yugoslavos no tienen nada que hacer en Albania; revisaremos los acuerdos económicos, lo revisaremos todo. Nos vamos porque su amistad hacia Yugoslavia carece de base, nuestras relaciones

están en peor situación que en junio de 1947 (cuando nos hicieron la primera acusación), incluso peor que en noviembre (cuando nos hicieron la segunda); porque Enver Hoxha siempre se ha comportado así con nosotros y...

Los acontecimientos tomaron por sí mismos una nueva dirección, o más exactamente se precipitaron con un ritmo nuevo, más rápido.

Con la marcha tan inesperada y por razones completamente banales de los «enviados» yugoslavos y de su corte de consejeros y especialistas, la dirección yugoslava selló definitivamente una verdad indiscutible: sus objetivos y pretensiones hostiles y complotadores en relación con Albania. De otro modo no se puede explicar esta marcha repentina y vergonzosa. En todo aquel período nosotros no habíamos dado ocasión a ningún incidente o malentendido en nuestras relaciones con ellos. Nos habíamos mostrado demasiado correctos, incluso les estábamos aguantando y consintiendo actitudes y comportamientos que en otra situación habríamos repudiado con indignación y desprecio. Al mismo tiempo ellos no habían oído ni una sola palabra sobre nuestra reacción ante la carta del Partido Bolchevique y el conflicto soviético-yugoslavo en conjunto. No sin intención, un día antes, en la reunión del Buró Político, yo no expresé mi opinión sobre la carta de Stalin ni tampoco por casualidad planteé que no nos pronunciáramos de inmediato. Obré así para que los camaradas se preparasen tranquila y libremente, pero también con la convicción de que Xoxe y su clan transmitirían inmediatamente a sus patrones nuestras opiniones. De modo que no les proporcionamos esta arma. ¿Entonces por qué se iban? Porque con seguridad se enteraron por Xoxe de un solo hecho: la carta de Stalin había llegado a nuestras manos. Esto quería decir para los yugoslavos que su complot para la anexión de Albania había fracasado. No habían podido doblegarnos cuando no sabíamos nada acerca de su conflicto con el Partido Comunista de la Unión Soviética. mucho menos nos doblegarían ahora cuando veíamos que no estábamos solos en nuestros esfuerzos. Se convencieron por tanto de que no podían lograr

nada, encontraron un pretexto y se fueron. Presos de la rabia, envenenados por no haber podido lograr la séptima república para Yugoslavia, no se preocuparon más por sus agentes. Tal como me dijo Zlatić en el último momento, ahora ya no tenían «preferencias». Para los complotadores de Belgrado, como para los de todos los tiempos y países, esto era más que normal. Ellos no habían querido a Koçi Xoxe y a los demás por su cara bonita. Les querían para que sirvieran a la realización y el apoyo del complot «desde dentro». Como el plan fracasó, ¡al diablo también los medios, los instrumentos! ¡Que hicieran lo que quisieran, o lo que pudieran! Si con astucia lograban eludir nuestra justicia, sus patronos les pondrían de nuevo en acción, en situaciones convenientes. Si no se salvaban, la iglesia servía les encendería una vela, mientras que a la propaganda titista, ahora que el complot había fracasado, le resultaría más útil una condena severa de los agentes. Nos acusarían de «violar la democracia», etc., etc.

Para ser justos y correctos hasta el final, inmediatamente después del disparate de Kuprešanin y Zlatić, enviamos otra carta a Tito en la que expresábamos nuestro asombro e indignación por su marcha sin que les diéramos ningún motivo para ello. Tito nos respondió al cabo de dos días, defendiendo, naturalmente, con dos frases generales la actuación de sus enviados, e inmediatamente acusándonos de ser los causantes del empeoramiento de las relaciones. Y ¿por qué? Según Tito tres eran las razones:

Primero, «en ustedes (los albaneses) falta la debida confianza en nuestras intenciones respecto a Albania»¹.

Segundo, «nosotros (los yugoslavos) no podemos aceptar hacer en favor de Albania no pocos sacrificios materiales y en daño de nuestro pueblo y, a pesar de ello, no ver una mejora en nuestras relaciones».

Lo que Tito entendía por «mejora de relaciones» lo expresaba abiertamente en la tercera «razón»:

«Si deseamos verdaderamente un acercamiento, concluía el mariscal, entonces debemos revisar nuevamente nuestra

1 Los pasajes entre comillas han sido tomados de la carta de J. B. Tito dirigida al CC del PCA el 22 de abril de 1948.

colaboración... y aumentémosla sobre una base que responda a la etapa actual y a las circunstancias internacionales.»

Ya antes nos habían dicho claramente sus delegados qué significaban esta «etapa actual» y estas «circunstancias internacionales» a que se refería vagamente Tito: «La etapa de la unión federativa» para aparecer, en las «tensas circunstancias internacionales», como una «pequeña potencia». Después de esto no dejó de repetirnos la amenaza de que nos cortarían las ayudas, revisarían todas las relaciones con nosotros y ¡nos «aconsejaba» que encontráramos a los causantes en «una parte de su dirección» que no había estado de acuerdo con el dictado de los yugoslavos!

¡«Consejos» y órdenes muy gastados los del mariscal! Los conocíamos hacía tiempo, nos habían causado daños, pero ahora ya no colaban. Analizamos su carta y le dimos la respuesta que merecía. Para empezar le dijimos abiertamente que la dirección del PCY debía buscar y encontrar la causa, en primer lugar, en sí misma, en sus inadmisibles errores y posiciones respecto a nosotros durante años enteros. Subrayamos asimismo en la carta que era el momento de que también nuestro Partido analizara el asunto en profundidad, mediante la crítica y la autocrítica, para encontrar las verdaderas razones del empeoramiento de las relaciones.

Después de poner de manifiesto que nosotros habíamos trabajado con sinceridad desde los años de la lucha y después por el fortalecimiento de la amistad, subrayábamos cuál había sido nuestro principal error: «Nuestro Partido y su Comité Central, con convicción y gran confianza en el PCY, han aceptado más de una vez críticas severas y realizadas de manera verbal por el CC del PCY contra nuestro Partido, contra su dirección y sus militantes. Frecuentemente —le escribíamos—, las aceptamos de forma incondicional, lo que no es objetivo, sino que por el contrario se sitúa fuera de los principios marxista-leninistas y del marxismo-leninismo. Reconocemos que en esta dirección no hemos obrado correctamente...»*.

* De la carta del Buró Político del CC del PCA dirigida a J. B. Tito, 23 de mayo de 1948. ACP.

A continuación rechazábamos una por una y de forma argumentada todas las acusaciones de Tito, explicábamos por qué considerábamos injustas y lamentables sus posiciones y... les pasamos la pelota para que hicieran con ella lo que mejor les pareciera.

La respuesta nos llegó muy rápidamente, sólo que esta vez, como Tito «no se encontraba» en Belgrado, firmaba Djilas.

En tres líneas nos decía que nuestra carta no constituía una base para discutir y después levantaba amenazadoramente el dedo índice:

«Entretanto, nos decía, para que nuestras relaciones mejoren cuanto antes, les proponemos que envíen una delegación que discuta con nosotros todas las cuestiones y concluya el protocolo sobre nuestras relaciones económicas, en base a nuestras anteriores propuestas»*.

O tempora, o mores!

¡¿Cómo se explica esta costumbre de los revisionistas?! ¿Se copian todos unos a otros. o su maldad les hace encontrar los mismos caminos? ¿Quién puede olvidar el año 1960 y el comienzo de 1961 en nuestros enfrentamientos con Jruschov y su gente? ¡¿Quién puede olvidar sus insistentes peticiones, tras la gran ruptura de noviembre de 1960, de que enviáramos a toda costa una delegación a Moscú** para «firmar los acuerdos»?!

¡Exactamente lo mismo con los yugoslavos! Sólo que no en 1960, sino en 1948. En los dos casos el objetivo de los revisionistas era el mismo: ¡Llamarnos urgentemente a «Cannossa» para someternos! Pero nuestra posición fue también en los dos casos la misma. Deslindamos los campos con ellos.

Pero nos estamos refiriendo a nuestro enfrentamiento con la primera corriente del revisionismo moderno en el poder, con la yugoslava. He aquí cómo, en la primavera del año 1948, se terminaba todo con ellos.

* De la carta del CC del PCY dirigida al CC del PCA, 27 de mayo de 1948. ACP.

** Véase: Enver Hoxha. *Los jruschovistas* (Memorias). Ed. en español, págs. 492-493. Tirana, 1980.

NUESTRA RUPTURA DEFINITIVA CON TITO Y LOS TITISTAS

La denuncia pública del titismo ■ Sobre las relaciones del PCA con el PCUS y los partidos comunistas de otros países hasta 1948 ■ Viaje de incógnito a Rumania en relación con la traición de Tito. Encuentro con Andrei Vishinski. Reunión con Vishinski y Dej. Irrefutables argumentos del PCA sobre la actividad traidora de Tito. Vishinski: «El Partido Bolchevique aprueba las acciones y la justa lucha del PCA en defensa del marxismo-leninismo». Visita a Bucarest. Regreso a la Patria ■ Maniobras desesperadas de Koçi Xoxe y compañía para librarse del desenmascaramiento y de la rendición de cuentas ■ Profundos análisis en nuestro Buró Político. Los testimonios de Kristo Themelko y Pandi Kristo ■ Los X y XI Plenos del CC del PCA. «La línea del PCA ha sido justa. Ha sido atacada pero no ha cedido, ha sido amenazada pero no ha resultado afectada» ■ El histórico I Congreso del PCA. Koçi Xoxe y Pandi Kristo en el banquillo de los acusados ■ El final de nuestros lazos con Tito y los titistas.

La vergonzosa y repentina marcha de Albania de los enviados de Tito y su corte en la primavera de 1948 hizo que nuestros asuntos marcharan bien y con rapidez hacia adelante. Esto se reflejó tanto en el destino posterior de las relaciones entre nuestro Partido y el yugoslavo, como en las relaciones

en el interior de la dirección y de todo nuestro Partido. La derrota de los complotadores de Belgrado fue al mismo tiempo completa para sus agentes, quienes durante años habían actuado, unas veces abiertamente y otras en secreto, en el interior de nuestro Partido. Había llegado el momento de ajustar definitivamente las cuentas con ambas partes.

La denuncia pública del titismo

Las presiones que nos hizo Tito y compañía en abril y mayo de 1948 «para que reconsideráramos nuestras posiciones», su petición de que enviáramos una delegación de alto nivel a Belgrado para que «allanáramos los desacuerdos», etc., parecían más que nada los últimos manoteos que caracterizan al ahogado y al desesperado de todos los tiempos. Los dirigentes titistas estaban ahora más que convencidos de que su partida en Albania había terminado.

Es interesante observar una característica permanente de los titistas: Mientras en períodos «normales», «tranquilos», son astutos, maniobreros y consumados maestros en la utilización de mil y una máscaras, trampas y complots, sucede exactamente lo contrario cuando se les descubre el juego. Pierden por completo los papeles. En estos casos se adueña de ellos un desconcierto y un vértigo incontrolables, la rabia chovinista y megalómana les hace perder la razón, se hacen completamente brutales y se permiten a sí mismos acciones y actitudes que no hacen sino desacreditarles y poner más al descubierto sus maquinaciones. Así sucedió con ellos en 1948, y así sucedió también en 1981 y en 1982.

Cuando vieron que «habían perdido» Albania, sin ninguna causa ni razón, a comienzos de junio, llamaron a Belgrado a su embajador, el titista albanoparlante, Josip Djerdja.

Entretanto nos enviaron una invitación oficial para el V Congreso de su partido, sólo que ya antes de mandárnosla conocían de sobra nuestro tajante «No».

Al parecer Tito quería que escucháramos en Belgrado con nuestros propios oídos y de sus propios labios, de los de Tempo, etc., las indignas acusaciones e insinuaciones que lanzarían públicamente contra nuestro Partido. Pero nos llegó el olor pestilente de sus calumnias. Tito presentó al congreso la absurda pretensión «sobre el papel de Miladin Popović y de Dušan Mugoša en la creación del PCA», mientras que Tempo, para ganar puntos y la simpatía del público, ¡se invistió a sí mismo de los méritos de «crítico» y «orientador» de nuestro Partido y de nuestra lucha durante los años 1943-1944!

Para nosotros estaba claro por qué se hacía esto. Tito hacía un intento de «salirle al paso al mal». Sabía que tarde o temprano nosotros levantaríamos la voz y pondríamos públicamente al descubierto todos los males que él se había esforzado por lanzar (y los había lanzado) sobre nuestro Partido y nuestro país. Nuestros hechos y argumentos le dejarían como un trapo. De este modo arrojaba él primero una piedra para encontrar un pretexto y «defenderse»: ¡Los albaneses nos atacan porque hemos dicho algo sobre ellos en el congreso!

Pero tampoco estas «nuevas» maniobras nos paralizarían, ni nos harían bajar la cabeza. Por el contrario nos alzaríamos con mayor energía y espíritu de principios contra sus inmunidades. Nos correspondía a nosotros el turno de hablar. Había llegado el momento de denunciar públicamente a Tito y al titismo.

Entre tanto habíamos recibido también la segunda y la tercera cartas del CC del PCUS dirigidas a la dirección yugoslava (una fechada el 4 de mayo y la otra el 28), así como la Resolución de junio de 1948 de la Oficina de Información, donde, tras justos análisis marxista-leninistas, se denunciaba públicamente la desviación antimarxista de la dirección revisionista de Belgrado. La dirección y la totalidad de nuestro Partido, como todo el pueblo albanés, se solidarizaron unánimemente y de inmediato con estos importantes documentos y, en el momento debido, expresamos abierta y públicamente nuestras posiciones y decisiones sobre los traidores de Belgrado. El IX Pleno del CC del PCA, reunido del 27 al 30 de

junio de 1948, se detuvo particularmente en el análisis de las cartas del Partido Bolchevique y de la Resolución del Kominform y, con absoluta unanimidad, todos los camaradas manifestaron su solidaridad con la denuncia y el desenmascaramiento que se estaba haciendo del CC del PCY por tergiversar el marxismo-leninismo, por deslizarse al trotskismo, al nacionalchovinismo, etc. En estos mismos días decidimos denunciar y rechazar todos los tratados esclavizadores que habíamos establecido con Yugoslavia, de manera especial todos los acuerdos relacionados con el tristemente célebre Convenio Económico. Nuestra Asamblea Popular, al tomar estas decisiones, dejó únicamente en vigor el Tratado de Amistad y de Ayuda Mutua firmado en julio de 1946. Nuestra información pública acerca de estas importantes decisiones fue recibida con entusiasmo y alegría por todo el pueblo. El Comunicado del CC del PCA sobre nuestra solidaridad unánime con las cartas del Partido Bolchevique y con la Resolución del Kominform, que se publicó el 1° de julio de 1948, provocó de manera especial entusiasmo y profundas impresiones dentro y fuera de Albania.

Más adelante hablaré algo más ampliamente sobre cómo fueron recibidos y analizados estos documentos en nuestro Partido, pero aquí quiero subrayar otra cosa.

Tito y compañía nos acusaron, a causa de nuestra inmediata solidaridad con las cartas del Partido Bolchevique y con la Resolución del Kominform, de que «habíamos caído bajo la influencia de los soviéticos», mientras que otros, entre ellos algunos camaradas de los partidos entonces comunistas, expresaron junto con una gran alegría... ¡un gran asombro! Nosotros no podíamos estar de acuerdo con estas dos clases de reacción ante nuestra legítima y natural actitud, ya que ninguna de las dos correspondía a la verdad, por el contrario se trataba de valoraciones menospreciativas y ofensivas sobre nuestro Partido. ¿Por qué?

Por lo que respecta a la acusación de Tito sobre la «caída bajo la influencia de los soviéticos», esto era para nosotros, los comunistas albaneses, completamente absurdo y ridículo.

Incluso en nuestro caso, no sólo no podía hablarse de ninguna clase de ingerencia por parte de PCUS, sino de desatención.

Correcta, razonable, extremadamente cuidadosa, incluso cuidadosa hasta un cierto «abandono», tal había sido durante aquellos años la actitud del PCUS hacia nuestro Partido. A excepción de los inolvidables días que pasamos en Moscú en el verano de 1947 cuando nos encontramos con el gran Stalin, a excepción del recibimiento caluroso, fraternal e internacionalista que nos reservó, de las sabias palabras y consejos que nos dio, debe admitirse que en los demás casos, hasta la primavera de 1948, nosotros no sentimos, tanto como se debía y como esperábamos, la palabra y la mano del PCUS en relación con nuestro Partido y nuestros problemas. Me refiero aquí a la ayuda directa en cuestiones cardinales de la vida y de la línea central del Partido, sobre todo respecto a las relaciones con el PC de Yugoslavia.

Haciendo un detallado análisis a la luz de todos los importantes acontecimientos que se han producido durante estas décadas, podemos decir que los soviéticos, inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, no han mostrado un gran interés por Albania, no sabían mucho ni sobre la historia secular de nuestro pueblo, ni sobre nuestra Lucha de Liberación Nacional. Aunque cuando acababa la Lucha de Liberación Nacional de nuestro pueblo vino una misión militar soviética encabezada por el mayor Ivanov, éste, como dije antes, no estaba en condiciones de captar y comprender la grandeza y la profundidad de la lucha de nuestro pueblo y nuestro Partido. No hizo otra cosa que transmitir rumores recogidos aquí y allá y, finalmente, en el tiempo de los entre-bastidores de Berat se transformó en un buen aliado y colaborador de Vëlimir Stoinié.

Un hecho semejante no muestra simplemente falta de capacidad por parte de este mayor soviético, que había venido de Grecia junto con otro con una radio al hombro para enlazar con los guerrilleros albaneses, sino que en primer lugar habla de la falta del debido interés por parte de la dirección

soviética hacia nuestra lucha. Esta, como puede juzgarse, estaba interesada en la Guerra de Liberación Nacional de Yugoslavia y muy bien informada sobre ella; debe haber tenido confianza en ésta, en una época en que no confiaba en la Guerra de Liberación Nacional Griega, mientras que a nosotros no nos tenía en cuenta, no nos conocía en absoluto y nos defendía ¡únicamente porque debía atenerse a los principios! Al parecer, los titistas le habían puesto al corriente sobre nosotros no sólo poco, sino además según les venía en gana, y la dirección soviética parece que había llegado a la conclusión práctica: «Que se ocupen los yugoslavos de los guerrilleros albaneses». Esta opinión dominó incluso después de la Liberación, hasta el punto de que el propio Molotov manifestó que «nuestras ayudas económicas para Albania las concedemos a través de Yugoslavia». Y como la «ayuda yugoslava» no era gran cosa, podemos concluir que la soviética no existía hasta el momento en que se rompieron las relaciones con la Yugoslavia titista. Hasta entonces los soviéticos habían ignorado el trabajo de zapa de Tito contra nuestro país y nuestro Partido y no hicieron nada para frenar la actividad de los yugoslavos contra nosotros a excepción de las intervenciones directas de Stalin, cuando yo le pedí su opinión para rechazar la venida de la división yugoslava a Albania.

Hasta este momento nuestras relaciones con la Unión Soviética y el PCUS se realizaban principalmente a través de la embajada soviética. Los trabajadores de esta embajada eran para nosotros buena gente, pero en lo que a ellos respecta no eran más que «funcionarios» que no soltaban una sola palabra de la boca, y mucho menos actuaban, sin permiso de Moscú. No tenían ninguna iniciativa, no era posible ninguna discusión seria con ellos. Cuando digo seria, me refiero a importantes cuestiones de principios como, por ejemplo, numerosas posiciones incorrectas que nosotros observábamos en los yugoslavos. Huían de estas conversaciones como el lobo del fuego. ¿Por qué? ¡Debían recibir órdenes de Moscú! No daban un solo paso sin recibir estas órdenes, como verdaderos *chinovniks* que eran. Estaban dispuestos a escucharnos cuando

les decíamos algo y a transmitirnos la respuesta sobre lo que les pedíamos. En este marco giraban, en general, las cuestiones políticas e ideológicas entre nosotros y la gente de la embajada soviética. Incluso esto era valorado por nosotros como una gran ayuda y todo lo que nos decían considerábamos que llegaba ¡de Moscú, de la dirección soviética, de Stalin! Con los consejeros soviéticos que nos ayudaban en los sectores de la economía y la cultura la cuestión era distinta. Estos nos ayudaban mucho, nos daban consejos y ayuda concreta, discutían con nosotros y con nuestros especialistas, porque sabían que ayudaban a un país socialista, a un pueblo y a un partido que les querían. No tenían los complejos de los diplomáticos, ni el miedo de la «carrera», ni el espíritu de los burócratas y de los *chinovniks*.

Naturalmente ello nos causaba impresión y lo rumiábamos en nuestras cabezas, pero, partiendo de nuestra más alta e indiscutible consideración por el glorioso Partido de Lenin y Stalin, nunca concebimos reservas ni un ápice de insatisfacción hacia él. Por el contrario justificábamos esta actitud del PCUS con una serie de argumentos y razones que, en principio, no han sido erróneos entonces ni lo son hoy a la luz de los acontecimientos.

Aún más débiles, por no decir inexistentes, habían sido durante todos aquellos años nuestras relaciones con los demás partidos hermanos de los países de democracia popular. Nunca consideramos justa ni aceptable esta situación, aunque estábamos convencidos de que no se prolongaría largamente y trabajábamos para establecer contactos directos con los otros partidos hermanos y en primer lugar con el PCUS. Nuestra insistencia en enviar una delegación de alto nivel a Moscú (que se llevó a cabo en julio de 1947), a Bulgaria (en diciembre de 1947), etc., era justamente un paso bien pensado y sopesado por nuestra parte que hablaba de nuestra preocupación por establecer los más amplios lazos posibles, bilaterales y multilaterales, con los partidos comunistas y obreros hermanos, con los países hermanos de democracia popular.

Pero si hasta la primavera de 1947 no pudimos hacer más, la culpa no fue ni mucho menos nuestra. En primer lugar el culpable principal e intencionado de esto era la dirección de Belgrado con Tito a su cabeza. Estos, como se confirmó plenamente, pretendían mantenernos bajo su tutela, aislados de los partidos comunistas hermanos, de la Unión Soviética y el resto de los países socialistas, con la idea de que éramos «un apéndice del PCY», como mucho una pequeña parte de lo que más tarde ellos llamaron «Liga de los Comunistas de Yugoslavia». Aprovechándose de la escasa experiencia del PCA en sus relaciones con los partidos hermanos, aprovechando la petición que les hicimos en 1942 de que mediaran ante el Komintern, Tito y compañía transformaron esta petición nuestra en una especie de «mandato», para utilizarlo durante años de la forma más vil y antimarxista.

No disponemos de documentos detallados sobre cómo trataron Tito y compañía con los partidos hermanos el problema de nuestro Partido durante los años 1944-1947, pero de una cosa estamos convencidos: con astucia y con maldad los dirigentes de Belgrado, en unos sitios más y en otros menos, habían proyectado sombras de duda sobre la capacidad del PCA para ser un partido en sí mismo, independiente y en condiciones de establecer su propia línea, de aplicarla y de dirigir con capacidad y espíritu de principios al pueblo albanés en el camino del socialismo. Los yugoslavos habían creado pues la idea extraña y absurda de que eran ellos quienes nos mantenían en pie, de que eran ellos quienes nos alimentaban, de que ¡dependía de ellos la existencia o inexistencia del Partido Comunista de Albania! En qué medida prendía o había prendido en otros partidos esta propaganda rastrera y falsa ese es otro asunto, pero el hecho es que Tito y sus emisarios la habían desarrollado sistemáticamente. Sin que sea necesario detenerme en argumentos detallados, ni éste el lugar adecuado, mencionaré dos o tres casos. En 1946 se creó la Oficina de Información de los partidos comunistas de Europa en la que tomaron parte nueve partidos, incluyendo a todos los de los países entonces

socialistas, además del PC de Francia y el de Italia. Sólo quedó fuera un partido de un país socialista de Europa: ¡el Partido Comunista de Albania! No quiero expresar ninguna clase de insatisfacción por el hecho de que nuestro Partido no fuera incluido en este importante organismo, pero el hecho de que sólo quedaba fuera un partido comunista de un país socialista, te hacía dudar y pensar que en este asunto había algo que no andaba bien. Si ello tenía su origen en el desconocimiento o la mala información de terceros, este problema lo resolverá el tiempo. Nuestra convicción es que aquí está oculta la negra mano de la agencia titista. Ellos no querían que el PCA se afirmara en el movimiento comunista internacional como un partido en sí mismo, como el partido de un país soberano y de un pueblo valeroso e indoblegable, ya que en caso contrario ¡se quemaban sus planes y el trabajo de espionaje que venían haciendo con vistas a la anexión de Albania como una séptima república del Estado yugoslavo!

El hecho mismo de que durante todo el período comprendido entre 1945 y la primavera de 1947, no sintiéramos la iniciativa de los partidos hermanos sin hablar ya de esfuerzos visibles, para establecer lazos permanentes y sólidos con nuestro Partido, para llevar a cabo consultas, intercambio de opiniones y de experiencia, es un argumento más que habla de la sombra que habían proyectado los trotskistas yugoslavos sobre el prestigio de nuestro Partido en general. Asimismo el hecho es que en cierto número de dirigentes de algunos partidos hermanos, Tito y su gente habían creado, si no la opinión, al menos la duda de que ¡el PCA era una criatura sometida a la línea del PCY! Era ésta una constatación muy amarga para nosotros. Recuerdo bien cuando un camarada nuestro vino a verme con lágrimas en los ojos, nada más regresar de un festival (si no me equivoco organizado en Checoslovaquia) y me dijo:

—¡Nuestra bandera nacional era la única que faltaba entre los países participantes!

—¿Y vosotros qué hicisteis? —le interrogué—. ¿Pedisteis explicaciones a los anfitriones?

—¡Sí! —me dijo el camarada—. Les preguntamos y ellos, aturridos y sonrojados, nos respondieron pidiéndonos disculpas: «¡Creímos que la bandera de Yugoslavia representa también a Albania!».

No puedo olvidar tampoco las cartas de numerosos estudiantes y especialistas nuestros que se preparaban en los países de democracia popular, en las que hablaban con indignación de casos en que ministros o autoridades de uno u otro país, ante sus propios ojos, ¡«pedían permiso» al embajador yugoslavo si aceptaba o no que establecieran relaciones comerciales... directamente con Albania!

Nosotros nunca guardamos rencor a los amigos por esto, pero en todo caso, ¡la verdad es la verdad, ya sea amarga o dulce! El hecho de que el complot antialbanés de Tito no hubiera quedado sin efecto, en unos lugares más y en otros menos, explica precisamente también el «asombro» y el «júbilo» de cierto número de dirigentes de los partidos hermanos de aquel tiempo cuando... inesperadamente (!) se enteraron de la posición sana, marxista-leninista, valerosa e intrépida del PCA frente a los revisionistas yugoslavos (!). De forma abierta, como si nada, se preguntaban a sí mismos, entre ellos, e incluso a nosotros:

—¿Cómo es posible que el PCA mantenga posiciones tan decididas y de principios?! ¿Cómo es posible que vosotros denunciéis y desenmascaréis a la dirección del PCY?!

Sólo que en este caso, no eran ellos, sino nosotros quienes teníamos el legítimo derecho de asombrarnos de su «asombro». No eran ellos, sino nosotros quienes teníamos el legítimo derecho de preguntarles:

—¿Por qué os asombráis así camaradas?! ¿Por qué estas consideraciones sobre un partido comunista?!

Teníamos derecho a hacer estas preguntas porque, como se sabe, los verdaderos marxista-leninistas jamás valoran ni deben valorar a los partidos hermanos por lo que dicen de

ellos «los demás», «los terceros», los «mediadores». Menos aún debía suceder esto cuando nadie había autorizado a estos «mediadores», ni nadie les había encomendado este papel y, peor aún, cuando este papel se les adjudicaba erróneamente a tan malos mediadores como eran los dirigentes titistas.

En todo caso, ahora que las cosas habían resultado bien, nosotros teníamos el legítimo derecho de enorgullecernos por haber sabido salir airosos, aun estando solos, en condiciones tan difíciles y complejas, no sólo a nivel interno sino también exterior, por haber sabido superar los arduos caminos, las trampas y los complots con perspicacia y espíritu marxista-leninista de principios.

Llegamos, pues, a las mismas consideraciones y conclusiones que los partidos hermanos, enfrentándonos solos con la dirección revisionista del PCY, sin tener conocimiento de que otros, y en primer lugar el Partido Bolchevique con el gran Stalin a la cabeza, estaban empeñados en la misma lucha.

Esto fue y continuará siendo siempre un grande é incontestable mérito de nuestro Partido, un motivo de honor y de orgullo para nosotros.

Tras aquellos momentos la mano de los partidos hermanos se extendió de inmediato hacia nosotros y nosotros la estrechamos amistosamente porque hacía años que la esperábamos y la reclamábamos. Considerábamos esto no sólo un deber sino también un derecho legítimo.

Ahora, codo con codo junto a los partidos hermanos y en primer lugar junto al Partido Comunista de la Unión Soviética, trabajaríamos y lucharíamos mejor para hacer avanzar el socialismo en nuestro país, para fortalecer aún más el prestigio y la autoridad de nuestro Partido y de nuestro país en la arena internacional.

Codo con codo junto a los partidos hermanos aportaríamos ahora con mayor energía nuestra contribución al conocimiento más profundo, al desenmascaramiento y la denuncia del revisionismo titista hasta sus raíces. Era éste un terreno en el que nosotros, a causa de las especiales circunstancias de los

6 ó 7 años de relaciones con la dirección titista, teníamos mucho que decir y que argumentar.

Viaje de incógnito a Rumania en relación con la traición de Tito

Encuentro con Vishinski y Gheorghiu Dej

En el verano de 1948 se dio a conocer a todo el movimiento comunista y obrero y a la opinión pública mundial que Tito y sus compañeros habían traicionado al marxismo-leninismo y al campo socialista. En este período las contradicciones entre nosotros y los titistas yugoslavos eran tan grandes que podían llegar a transformarse en peligrosos conflictos. Los soviéticos, conociendo mejor a Tito y desde hacía tiempo, pensando que nosotros nos encontrábamos geográficamente aislados por ellos y rodeados por estados enemigos, desearon conversar con nosotros de la forma más próxima y directa posible sobre las medidas que debíamos adoptar en esta situación. Asimismo consideraron necesario escuchar directa y detalladamente nuestras opiniones e ideas sobre el prolongado conflicto que habíamos sostenido con la dirección yugoslava. Esto serviría a los posteriores análisis del Kominform sobre las posiciones y la línea antimarxista de los cabecillas de Belgrado.

Precisamente por estas razones, en el verano de 1948 se organizó una reunión en Bucarest en la que tomábamos parte Vishinski, Gheorghe Gheorghiu Dej y yo.

Acepté con gran satisfacción la invitación para viajar a Bucarest que me trajo el embajador soviético Chuvakin. Dimitri Stepanovich Chuvakin, el primer embajador de la Unión Soviética en Albania, era un hombre justo, con el que nos habíamos llevado en general bien aunque, como dije antes, el círculo de problemas que discutíamos dejaba bastante

que desear. Me entendía con Chuvakin en francés, lengua que también él entendía y hablaba. Muy raramente me he encontrado dirigentes soviéticos que hablaran en francés, porque incluso los que los sabían no lo utilizaban, ya que no querían utilizarlo. ¿Por qué? Se reservaban el derecho de escuchar cuando hablabas y ganaban tiempo para pensar en la respuesta hasta que el intérprete terminara la traducción al ruso. O se trataba de exactitud diplomática. Pero incluso en el caso de que fuera esta última la razón, a mí me parece que entre nosotros no debía existir una cosa así. Me he entrevistado muchas veces con Molotov, Gromiko, he conversado con ellos, yo en francés, y ellos siempre en ruso y nunca en francés. Conocían esta lengua, pero con seguridad, por las razones que he dicho no la utilizaban.

Partimos una mañana hacia Bucarest con un avión soviético. Atravesaríamos el espacio aéreo de Yugoslavia, a pesar de que nos habíamos enemistado con ellos. Pilotaba el avión un héroe de la Unión Soviética. Los soviéticos habían enviado a este piloto a que me recogiera, ya que conocía la ruta que seguiría el avión y esto era más seguro para mí en el caso de que la agencia yugoslava de espionaje se enterara de mi viaje. Viajábamos Chuvakin y yo solos. No estábamos obligados a detenernos en Belgrado, incluso en aquel tiempo no se permitía que el avión pasara por esta ciudad, sino que la dejaba al norte. Y no sólo eso sino que más tarde, durante muchos años (hasta que Jruschov llegó al poder), cuando las relaciones entre los titistas y la Unión Soviética y nuestros estados socialistas se agravaron mucho, los yugoslavos no permitían en absoluto que los aviones regulares soviéticos volaran sobre sus tierras, de modo que a nosotros nos parecía poco hacer ocho días de camino hasta Odesa, en buques soviéticos de mercancías y no de grandes dimensiones, que te sacudían bien, y otros dos días de tren y raramente de avión desde Odesa a Moscú.

El tiempo era bueno, con sol y sin nubes, y veíamos desde el avión las tierras de Yugoslavia, campos que no se colectivizaron nunca, tierras no reglamentadas, tal como

estaban en la primera época tras la Liberación tanto las nuestras como las de Rumania que sobrevolamos en avión.

En el aeropuerto de Bucarest nos esperaba Dej, Anna Pauker, el embajador soviético y algunos otros camaradas. Por lo que recuerdo nosotros todavía no teníamos embajada en Bucarest, ni tampoco los rumanos en Tirana. No se habían cumplido las formalidades y las relaciones entre nuestros países de democracia popular en la primera época después de la Liberación no habían sido plenamente sometidas aún a las reglas diplomáticas, continuaban desarrollándose al estilo guerrillero. En nuestro país todo estaba en regla, el poder popular se había establecido sobre sólidas bases constitucionales, pero en Rumania no. A ésta le hizo falta cierto tiempo para acabar con la monarquía y con el rey Miguel, las potentes relaciones capitalistas que aún existían, los residuos fascistas de la «Guardia de Hierro» de Antonescu, que todavía se movían cuando yo viajé a Bucarest, etc. El factor decisivo en la liberación de Rumania y en la liquidación de estos peligrosos residuos era el Ejército Soviético. Todo lo demás eran fanfarronadas y jactancias de Gheorghiu Dej, como mostraré más adelante, en las conversaciones que mantuve con él durante mi estancia allí.

Abrazamos a Dej, Anna Pauker y otros camaradas. Mi primera impresión al encontrar a Gheorghiu Dej en el aeropuerto fue buena, no sólo porque había oído a los soviéticos hablar bien de él, sino también porque tenía fama de viejo comunista que había «padecido» en la cárcel «Doftana». Más tarde conocimos un suceso de su vida. Durante el tiempo que permaneció encarcelado en la «Doftana», se produjo un terremoto en Bucarest¹ y guardianes y detenidos, comunes y políticos, salieron huyendo presas del miedo. Sólo Gheorghiu Dej no se movió de la cárcel y cuando volvieron los guardianes y le encontraron dentro le preguntaron asombrados: «¿Tú no te largaste?». «No, les respondió Dej, yo respeto la ley».

Dej era un hombre de elevada estatura, ojos, cejas y

1 El 10 de noviembre de 1940.

pelo negros, bien vestido, sonriente y que daba la impresión de ser un «*perifan*» como llamamos en Gjirokastra a la gente que es enérgica en los gestos y en las palabras, con una cierta presunción y orgullo por su persona, satisfecha de sí misma por lo que dice y lo que hace. Anna Pauker por su parte era una persona de naturaleza más tranquila que la de Dej, aunque parecía enérgica. Era una mujer corpulenta, de facciones gruesas, y parecía haber sufrido en la cárcel más que Dej, tenía los cabellos encanecidos y cortados, como dicen, *á la garçonne**.

Subí junto con Dej a un gran automóvil soviético ZIS. También los demás subieron a los coches. Cuando lo hice yo el chófer me abrió la puerta y no me di cuenta de que el automóvil era blindado. Lo vi al salir y abrir la puerta desde dentro. No había tenido ocasión de ver nunca una cosa así, sólo había leído en revistas y libros que estos automóviles eran utilizados por los reyes y dictadores para defenderse de los atentados, así como por los gangsters para protegerse de los ataques de la policía. Cuando penetré en él, no me pareció encontrarme en un coche, sino en un verdadero arsenal: tanto a mi lado como al de Dej teníamos sendas automáticas alemanas con dos cargadores de reserva cada una, a mis pies y a los de Dej otras dos automáticas alemanas con sus respectivos cargadores y, con toda seguridad, el guardia y el chófer llevaban lo mismo.

Le dije a Dej bromeando:

—Podemos combatir veinte días con estas armas, es como si estuviéramos en la torre de Oso Kuka¹ —y le expliqué en un momento quién era Oso Kuka. Pero me dije a mí mismo:

* Francés en el original.

¹ Comandante de un destacamento de voluntarios albaneses en los años 60 del siglo XIX. Luchando en defensa de las tierras albanesas en una torre cerca del lago de Shkodra, cercado por bandas montenegrinas, voló la torre para no caer en sus manos, sacrificándose junto con sus 23 compañeros y causando graves pérdidas a los enemigos montenegrinos.

«Ya quisieran ser como Oso Kuka, que combatió como los hombres y no se entregó». Mi impresión no era buena, no porque Dej hubiese pensado en tomar medidas defensivas sino porque eran excesivas. Mostraban o que los camaradas rumanos eran tan cobardes que no les llegaba la camisa al cuerpo, o que la situación en su país no era ni mucho menos tranquila, como querían aparentar.

Cuando le hice a Dej la observación «sobre el arsenal», me respondió:

—¡Debemos ser vigilantes!

«De acuerdo que debemos ser vigilantes, me dije, pero no temer al enemigo. Somos nosotros quienes debemos atemorizarle a él y hacerle temblar.» Según parecía, en Rumania el enemigo no había recibido leña como en nuestro país.

En el trayecto del aeropuerto a Bucarest, Dej me dijo:

—No entraremos en la ciudad, iremos a una casa en el campo, fuera de Bucarest, donde hemos tomado medidas para establecerles ya que están de incógnito y Vishinski no ha llegado aún. Le esperamos mañana o a lo sumo pasado mañana. Donde nos dirigimos —prosiguió Dej— es una familia muy segura, una antigua base en la que yo he estado antes de la liberación. El hijo es comunista y la abuela una vieja muy cariñosa y callada. Estará allí muy bien.

—Para mí no tiene ninguna importancia —le dije—. Donde hayan decidido que me quede, estaré muy bien.

A pesar de ello el asunto me sorprendió y me pregunté a mí mismo: «¿Tan mal están éstos en la ciudad que no me llevan allí a algún apartamento? ¿Tan inseguros están que no me pueden proteger a mí que no me conoce nadie, o acaso quieren mantener riguroso secreto sobre la reunión?» Pero tampoco estos últimos interrogantes me resultaban convincentes.

Llegamos a la casa. Se trataba en efecto de una casa de campo, en medio del llano, pequeña pero agradable tanto por fuera como por dentro y rodeada de árboles y flores. En la puerta nos esperaban el hijo y la madre, ambos muy simpáticos, ella de alrededor de 60 años y el hijo en torno a los

cuarenta. Entramos, dentro todo estaba limpio, las paredes encaladas, todo amueblado con gusto, a la rumana. Dej les dijo a los dueños de la casa que yo era un camarada suyo muy próximo, que sería su huésped por un tiempo muy breve, etc. Ellos, contentos, le respondieron en su lengua que yo comprendía algo por el italiano y el francés. Al marcharse Dej, Chuvakin se dispensó diciendo que debía ir a la embajada soviética a tratar con el embajador sobre lo que debía hacer y que regresaría a ponerme al corriente.

De modo que me quedé solo con los dueños de la casa y con un traductor de francés que me dejó Dej.

Después de comer junto con mis anfitriones me fui a descansar. Todo en aquella casa de campo era limpio, tranquilo, simpático. Esto me quitaba el mal humor por haberme quedado solo, pero además me permitiría que en la tranquilidad de la noche clasificara los materiales y las ideas que presentaría en la reunión con Vishinski y Dej. Durante la comida y después de la siesta aproveché la conversación de los dueños de la casa para enterarme de la situación en el país, en la medida en que ellos la conocían y pudieran responder a mis preguntas.

—La situación no está todavía completamente clara —dijo la mujer—, pero la dominamos nosotros. Expulsamos al rey y liberamos el país gracias al Ejército Rojo de Stalin. Ganamos además otra cosa, que no se nos quemó ni se nos asoló el país, a excepción de unas cuantas cosas; nuestra industria está en pie. Nuestro país es fértil, y de ahora en adelante será aún más fértil y floreciente. A decir verdad —continuó la anciana—, la economía no está aún en manos de nuestro estado, los capitalistas continúan estando en pie, los grandes y medianos comerciantes poseen y explotan libremente sus riquezas y se mantienen bien, independientemente de que nuestro estado les ha establecido impuestos.

«Vamos, le digo a Dej —prosiguió la anciana— cuando tengo ocasión de verle, ¿qué estáis haciendo? ¿Todavía dejáis actuar a éstos y a los propietarios de las tierras que nos han chupado la sangre, que eran el sostén de los alemanes y de

Coderanu¹ y el *conducător** (Antonescu)², que mandaron a nuestros muchachos a Rusia, asesinaron a los rusos e incendiaron ese país?»

«Ten paciencia, me responde Dej, todo llegará a su tiempo.»

Así transcurrió una parte del tiempo hasta el día siguiente al anochecer cuando llegó Dej y me recogió para marchar a Bucarest. Los dueños de la casa y yo nos separamos como buenos amigos. La anciana me besó, me regaló un pequeño jarrón de madera labrada por ella misma durante el invierno y me dijo:

—¡Vuelve alguna vez, no nos olvidéis!

Aún hoy, después de tantos años, no he olvidado a esta buena y sencilla gente del campo rumano, sólo que desconozco sus nombres, ellos no me los dijeron y yo no pregunté, respeté las «reglas» del incógnito que había establecido Dej.

En el automóvil, éste me dijo que Vishinski llegaría al día siguiente y que yo junto con Chuvakin me alojaría en el que había sido palacio del rey.

—Me ha sucedido como a los personajes de los cuentos de los hermanos Grimm, ¡de la choza del campesino al palacio del rey! —le dije a Dej—. Por favor no me lleve allí, no me gusta, no es para mí ese lugar, deseo establecerme en un apartamento en medio de la ciudad, en medio del pueblo, nadie me conoce y no existe ningún peligro para mí.

—No —dijo Dej—, te quedarás allí, ayer fue una vergüenza para nosotros dejarte fuera de la ciudad, además la reunión se celebrará allí, tiene todas las comodidades.

Protesté nuevamente y le dije:

—Para mí fue un gran honor alojarme con aquella sencilla y simpática familia y no tienen ustedes por qué avergonzarse. A pesar de todo, quisiera o no, debía ir.

Llegamos a uno de los «famosos» palacios de los reyes

1 Codreanu Corneliu — Zelea, político fascista rumano.

* Rumano en el original.

2 General, dictador fascista de Rumania de 1940 a 1944.

rumanos. Este no era uno de los grandes. Se trataba de una construcción de considerables dimensiones, con grandes galerías con columnas, rodeada de muros, con algunos pequeños parterres de césped entre los cuales, aquí y allá, asomaban algunas flores, como si hubieran sido sembradas por una mano que no se había ocupado nunca de ese trabajo. Nos condujeron a algunas habitaciones desnudas a las que no se podía calificar ni de grandes ni de pequeñas; para ir al baño había que salir al corredor. Resultaba evidente que se trataba de un palacio abandonado, sobre todo las habitaciones altas. A la construcción no sólo no le daba apenas el sol, sino que además faltaba la luz eléctrica y el agua. En la planta baja había salones algo mejor arreglados, al parecer habían cuidado mejor de ellos porque allí se alojaría Vishinski y se celebraría la reunión.

No tuvimos nada que hacer durante todo el día. Le planteamos a Dej salir a ver la ciudad de Bucarest. El estuvo de acuerdo y nos propuso dar un paseo por la ciudad e ir a la sede del Comité Central.

—Allí le presentaré a un camarada del Buró Político —dijo Dej—, uno de nuestros mejores camaradas, Kishinieviski. Es un soviético de Bucovina, combatió en Rumania y nos ayudó, y después de la liberación yo le pedí a Stalin que permitiera que Kishinieviski abandonara la ciudadanía soviética, adquiriera la rumana y le retuviéramos aquí. Stalin aceptó y así se hizo.

Según atravesábamos las calles de Bucarest, en parte a causa de la velocidad del automóvil, y obligado por otro lado a escuchar lo que decía el traductor de Dej, no pude ver muchas cosas, aunque por lo que pude observar las calles parecían limpias, con verdor, ninguna ruina, ninguna destrucción de la guerra, las tiendas llenas, los escaparates repletos. Y tal como me sucedía siempre que estaba lejos de la patria, también esta vez pensé en mi país incendiado y asolado por la guerra; según veía los comercios repletos de Bucarest, pensaba en las tiendas vacías de nuestras ciudades, pero nunca caí en la desesperación. «También nosotros tendremos de todo, lo crearemos nosotros mismos, nuevo, hermoso, nosotros

estamos orgullosos de haber luchado con heroísmo contra los enemigos, de conquistar la libertad derramando sangre sin esperar a que nadie nos la regalara.»

Cuando llegamos a la sede del Comité Central Dej abrió una puerta sin llamar y nos introdujo en una habitación. En un ángulo había una pequeña mesa en la que escribía sentada una persona, que se levantó, se dirigió a nosotros, nos dio la mano y se presentó. Era Kishinievski. Se trataba de un hombre de pequeña estatura, de cuerpo y rostro enjutos, con unas gafas negras que, al quitárselas, dejaron al descubierto dos ojos brillantes, inteligentes. Apenas encontró espacio en la habitación para disponer algunas banquetas para nosotros, no porque la habitación fuera pequeña sino porque estaba llena de paquetes apilados en grandes montones, tirados por el suelo como los ladrillos que descargan los camiones ante los edificios en construcción. Eran billetes de banco. Bromeando le dije a Dej:

—Continuo viviendo entre maravillas de cuento. Al parecer nos encontramos ahora en la cueva de Alí Babá y no en la sede del Comité Central.

Dej nos explicó que los billetes habían sido retirados del Banco porque allí no estaban seguros, podían ser robados por los funcionarios, quienes, según dijo, eran de los viejos y no ofrecían ninguna garantía. Por tanto, a pesar de su vanagloria, en el país proseguía la inseguridad aunque Kishinievski no dejara de hablarnos sobre el «heroísmo» de los comunistas rumanos, y nos dijera que el partido lo tenían bien organizado y «fuerte». Respecto a las «grandes hazañas» de Dej, después de la cena nos las relataría él mismo.

Tras cenar con Dej en nuestra nueva «residencia», nos contó entre otras cosas como obligaron a abdicar al rey Miguel. Sabía que el rey en cuestión era uno de los más infames y fracasados de Europa. Era hijo de Carlos II, que no fue más que el rey de los escándalos, opresor del pueblo, proitaliano y proalemán. Esta especie de rey no tenía nada de rumano, ni en la sangre, ni en las vestiduras. No tenía más que el respaldo de los fascistas y de los grandes latifundistas ru-

manos y una de sus principales mantenidas era Lupescu.

Su hijo Miguel era exactamente igual que el padre, se le ajustaba perfectamente la expresión «de tal palo tal astilla». A pesar de ello esta especie de rey de carnaval hizo lo que hizo y recibió la más alta condecoración soviética de guerra, la Orden de la Victoria, que sólo Eisenhower y Tito tenían entonces entre los extranjeros. Tito al menos había combatido en aquel tiempo y los guerrilleros yugoslavos se habían distinguido en la lucha. Pero los rumanos ¿qué hicieron? Quemaron Ucrania, Odesa y otras ciudades soviéticas junto con los hitlerianos. Y Miguel ¿qué hacía entonces? Se divertía en sus palacios.

Se trataba de un oportunismo inadmisibles por parte de los soviéticos. A este despojo no sólo no se le debía dar la Orden de la Victoria, sino que no se debía pensar en darle medalla alguna, incluso la más insignificante. ¿Se le concedió la medalla por no resistir el ataque del Ejército Rojo? Pero ¿qué podía hacer este canalla? Levantar las manos, como lo hizo. ¿Por eso debía dársele la Orden de la Victoria? ¿Porque levantó las manos? Esto no se podía tragar.

Le expresé a Vishinski estas ideas que me golpeaban en la cabeza como martillazos tras la reunión, en conversación libre con él, cuando nos contó cómo había sido recibido en audiencia por Miguel, cómo Vishinski fue vestido de frac con «faldones», y cómo el rey le condecoró y él (Vishinski) había cogido la medalla y se la había puesto... por detrás, en los faldones del frac.

Por la tarde, en el pequeño jardín del palacio del ex rey Miguel, hablando sobre su «lucha» contra este rey, Dej nos contó la historia de cómo él y Petru Groza, entonces primer ministro, prepararon la abdicación de aquél y el derrocamiento de la monarquía rumana.

Nos dijo que el rey disponía de una parte del ejército mandado aún por generales adictos a él. Vivía en su palacio real en Bucarest junto con la reina madre y una serie de mantenidas. El palacio era guardado por soldados y altos oficiales, fieles a él.

—Aunque no tenía nada en sus manos —dijo Dej—, continuaba siendo un gran obstáculo para nosotros, ya que debíamos atenernos a los preceptos de la Constitución en relación con él, así como a los artículos del acuerdo que se firmó con los soviéticos. Pero finalmente lo asumimos todo y decidimos imponerle la abdicación. Hablé antes con Groza, quien lo aceptó, sólo que se inclinaba hacia la idea de que no debíamos agravar la situación, sino hacerlo «por las buenas». Yo elaboré el texto de abdicación —relataba Dej—, Groza introdujo algunos cambios formales, y él como primer ministro y yo como secretario del Partido Comunista Rumano, solicitamos audiencia al rey, que nos la concedió.

Me dirigí con Groza al palacio en automóvil. Estaba rodeado por oficiales flamantemente uniformados. Penetramos en el interior y subimos las escaleras, a ambos lados de ellas se habían alineado altos oficiales vestidos con correaes, adornados con filigranas, condecoraciones, el cabello lleno de brillantina, que resplandecía a causa de los candelabros y las lámparas del palacio. Se mostraban arrogantes y nos miraban sombríos, pero estaban obligados a respetarnos porque sabían que teníamos el poder. Nosotros ascendimos las escaleras con aire grave, Groza llevaba en la mano la cartera con el documento en cuestión.

El general ayudante del rey —continuaba Dej— nos introdujo en un salón y nos pidió que esperáramos, después, tras cierto tiempo, nos condujo a la sala del trono, según la llamaban. No estaba el rey, sino la reina madre que se puso en pie y nos saludó. Groza le besó la mano, yo no —dijo Dej—. Comenzamos hablando de la lluvia y del sol hasta que se dignara a venir el rey, cuyo sillón estaba a mayor altura que el de la madre, que a su vez era más alto que el nuestro. La madre del rey era una vieja puta —dijo Dej—, pero también astuta como una zorra, sabía maniobrar.

Entró Miguel y nos dio la mano. Era como una ternera perfumada que cuando hablaba resoplaba como un toro. Groza comenzó la conversación con preámbulos. Yo —contaba Dej— apenas me podía contener, pero qué le iba a hacer. Al

fin y al postre Groza entró en el tema y le soltó la «bomba». Miguel escuchaba y cuando Groza acabó, dijo con brutalidad: «No pienso abdicar de ninguna manera, yo soy rey por la voluntad del pueblo y sólo el pueblo tiene derecho a deponerme», etc., etc. La reina escuchaba y movía la cabeza en dirección a su hijo, aprobando su decisión.

Groza comenzó nuevamente con su «política», pero el «toro» resoplaba y no aceptaba. La madre propuso que descansáramos un rato y que ambas partes reflexionáramos. Así lo hicimos, nos reunimos de nuevo y de nuevo los mismos argumentos. La madre de Miguel, con su zorrería, intentó imponernos algunas concesiones para posponer aún durante algún tiempo este hecho inesperado. Nosotros no aceptamos, pero tampoco ellos lo hicieron y el rey, después de pedirnos excusas, salió. Le dábamos vueltas a la sesera pensando por qué había salido y teníamos razón al hacerlo, porque había telefoneado a la guardia para que nos arrestara cuando saliéramos y con el fin de que las fuerzas situadas en torno al palacio y en la ciudad dieran un golpe de mano. Pero nosotros —continuó Dej— habíamos previsto esto y habíamos establecido un cerco al cerco.

Cuando el rey volvió al salón le indiqué con una seña a Groza que le alargase el documento y se lo presentase para firmar. Entonces tomé la palabra yo y en tono grave le dije que debía firmar porque de lo contrario le derrocaríamos por la fuerza.

No debes tener ninguna ilusión —relataba Dej—, no debes dar ninguna orden, le subrayé al rey, todo será inútil para ti porque hemos tomado todas las medidas necesarias en torno al palacio y a tus adeptos.

Se retorció un rato y finalmente se sentó y firmó la abdicación. Así terminó la monarquía. El rey, como un toro herido volvió a salir, seguramente para anular la orden que había dado, y cuando nosotros salimos del palacio, por las escaleras vimos nuevamente a los mismos oficiales, sólo que ahora no arrogantes sino desesperados, algunos estaban sentados en los escalones, otros se habían quitado los uniformes, otros aún, sostenían la cabeza entre las manos. Nosotros —dijo Dej—

pasamos a través de ellos con la cabeza alta y el documento en la cartera.

«Brillante victoria sobre un rey fracasado», me dije cuando Dej pronunció estas palabras lleno de orgullo. Pero aún no había acabado con la historia del rey de la reacción.

—Acordamos con él el día de su marcha de Rumania —continuó relatando Dej— y, según su deseo, le permitimos que se llevara consigo su riqueza personal y algunas personas que le servían, entre ellas dos o tres de sus queridas. Antes de marcharse solicitó ir al palacio de Sinaya a recoger algunos objetos personales. Se lo permitimos. Había acumulado allí un gran número de relojes de los que se llevó las cajas de oro y los rubíes. Les hicimos partir en tren hasta fuera de nuestras fronteras, escoltados por nuestros guardias. En territorio rumano ni él ni su séquito hablaban, pero cuando el tren salió a territorio extranjero, él comenzó, en presencia de nuestros guardias, a insultarnos a nosotros, a nuestro régimen, a los guardias, etc. Pero allí —dijo Dej— ya no podíamos hacerle nada.

—Habérselo hecho cuando estaba dentro —le dije yo—, pero dejasteis que el «pájaro» se os escapara de las manos.

—Pero también nosotros —dijo Dej con presunción— le hicimos de todo, a él y a la reacción. A él le obligamos a abdicar y a que se marchara vencido y avergonzado (!). También a la reacción le hemos dado lo suyo. Era arrogante, pero también nosotros hemos sido arrogantes con ella. Incluso cuando todavía era poderosa la desafiábamos. Yo iba solo, junto con un guardia —se envaneció Dej—, a todos los locales (cafés) donde tenían su centro y me sentaba con la pistola al cinto para decirles: «Los dueños del país -somos nosotros, los comunistas, y no vosotros».

Escuchando a Dej comparaba entre ellos y nosotros. ¡Qué lejos estábamos de ellos! Allí la lucha de clases aún no había comenzado. La historia del rey Miguel, que tan largamente nos contó Dej, mostraba con claridad esta situación. Pero lo observaríamos nosotros mismos aún mejor y más concretamente cuando visitáramos a pie algunas calles de Bucarest.

Le di las buenas noches a Dej y junto con Chuvakin subí a dormir a las habitaciones que nos habían asignado, ya que al día siguiente vendría Vishinski y comenzaría la reunión.

La habitación donde dormía comunicaba con otra a través de una puerta. La abrí para averiguar qué había al otro lado. Era una gran habitación vacía, completamente desnuda, sólo en un rincón había una mesa, encima de la cual un libro grande y lujoso. Me acerqué y hojeé el libro con cubiertas doradas. ¡Era un álbum real! Toda la dinastía de los reyes, reinas y príncipes rumanos estaba allí. Tomé el álbum bajo el brazo y llamé a la puerta de Chuvakin.

—Te he traído un libro —le dije— por si no tienes qué leer para conciliar el sueño. El rey de Dej se llevó los relojes, pero olvidó esto, míralo y dáselo mañana a Dej para que se lo envíe por correo a Miguel que es a quien le hace falta, a nosotros no nos vale ni como papel higiénico, no es adecuado.

Reí a carcajadas con Chuvakin. Junto con el álbum se cerró la historia del rey Miguel de Rumania. Un día después comenzaría la historia de otro rey, nuevo, que se estaba erigiendo, el rey Tito de Yugoslavia.

Al día siguiente llegaría Vishinski desde Moscú. Para todos nosotros el nombre y la personalidad de Vishinski eran grandes y conocidos por el importante papel que había jugado como procurador general en los procesos de Moscú contra los trotskistas, bujarinistas, derechistas y otros traidores a la Unión Soviética. Durante la guerra había caído en mis manos una traducción francesa del desarrollo de los procesos de Moscú y había tenido la posibilidad de estudiar la actividad criminal y la traición de estos enemigos jurados del comunismo. Allí se reflejaba cabalmente y se desenmascaraba por completo su culpabilidad y su colaboración secreta con los enemigos exteriores de la Unión Soviética. Todo era convincente y las afirmaciones de los enemigos externos acerca de que las declaraciones de los criminales habían sido supuestamente extraídas por la fuerza y mediante torturas, son calumnias. Nuestra lucha contra los enemigos internos, los procesos judiciales que se desarrollaron en nuestro país después

de la guerra contra los enemigos del pueblo, la lucha que había desarrollado nuestro Partido contra los elementos trotskistas, todo ello fortalecía aún más nuestra confianza en la lucha justa e implacable que había emprendido el poder en la Unión Soviética contra estos criminales.

Los enemigos externos e internos de nuestros pueblos han utilizado las formas y métodos más inhumanos cuando detentaban el poder. Naturalmente los enemigos externos defenderían a sus amigos en el interior de nuestros países, y nuestra tarea ha sido y continúa siendo aplastar a los enemigos del pueblo y privarles de toda posibilidad de acción contra la obra constructora del pueblo.

Esto es lo que hizo el poder soviético por medio de los procesos de Moscú. En ellos Andrei Vishinski, jurista y marxista-leninista destacado, jugó un importante papel. Demostró capacidad, agudeza, inteligencia, valor y firmeza en esta importante tarea. Con su perspicacia y su lógica vigorosa, sobre la base de un profundo análisis dialéctico marxista-leninista, desentrañó todos los aspectos oscuros de los problemas, las intrigas, los planes de los enemigos que se sentaban en el banquillo de los acusados, pero también de los que desde el exterior manipulaban los hilos de esta terrible y peligrosa red de agentes. Era precisamente este método infalible de desentrañar las cuestiones el que asombraba a los enemigos externos y a sus agencias de espionaje al ver descubiertos sus planes secretos y les obligaba a calumniar y a afirmar en su propaganda que todo, cada afirmación, cada declaración de los acusados, había sido arrancada «por medio de las torturas, de las drogas», etc.

Estábamos reunidos en una de las salas del palacio en que nos alojábamos y esperábamos a Vishinski. Finalmente llegó. Yo estaba emocionado por encontrarme con él por primera vez. (Cuando fui a Moscú en julio de 1947, Vishinski no se encontraba en la Unión Soviética.) Era tal como había escuchado, un hombre con vitalidad, no muy alto, con gafas de montura negra, de ojos negros, brillantes y vivos. Vestía traje azul. Nos dio la mano a todos uno por uno y cuando me

llegó el turno a mí, al parecer a causa de que era el único al que no había visto nunca, se dio cuenta de quién era, ya que cuando me dio la mano me preguntó en ruso:

—¿Cómo estás de salud camarada Enver Hoxha?

—*Harasho!** —le respondí.

Intervino Chuvakin y le dijo:

—El camarada Enver habla bien el francés—. Entonces Vishinski me respondió en francés y yo le hablé más libremente.

Comenzamos la reunión, que fue abierta por Dej con una breve intervención. Nos dio la bienvenida a Bucarest y concedió la palabra a Vishinski.

Este nos saludó cordialmente, nos transmitió asimismo los saludos de Stalin y de los demás camaradas del Buró Político del CC del PC(b)US.

—El objeto de esta reunión —dijo en líneas generales Vishinski— es intercambiar nuestra experiencia y manifestar nuestros conocimientos comunes sobre la traición de los titistas yugoslavos, sobre su actividad de zapa contra nuestros países y partidos y contra el socialismo, así como determinar la forma de lucha y de desenmascaramiento de esta desviación peligrosa para el comunismo en general y para el Partido Comunista de Yugoslavia y el socialismo en Yugoslavia, en particular.

Mediante el análisis que hizo de la actividad enmascarada y abierta del grupo renegado de Tito, Vishinski nos desenmarañó detalladamente el contenido teórico y político de las cartas del Partido Bolchevique dirigidas al PCY y de la Resolución de la reunión de la Oficina de Información acerca de esta importante cuestión. Nuestros partidos estaban al corriente de estos documentos, que habíamos estudiado con detalle y decidido aprobar plenamente.

Con su estilo agudo, con la capacidad de argumentación y la claridad asombrosa que le caracterizaban, Vishinski nos aclaró aún mejor su contenido como verdadero procurador bolchevique que era. Esta vez no teníamos a los acusados

* Ruso en el original — bien.

delante, en el banquillo, pero el hecho es que su proceso se estaba llevando a cabo y se trataba de un proceso justo, fundamentado, argumentado, un proceso histórico, cuya justeza sería categóricamente confirmada por el tiempo.

Vishinski nos demostró con convincentes hechos históricos que la actividad política del grupo renegado de Tito no era algo casual ni espontáneo. Los puntos de vista de Tito y de sus principales camaradas no estaban formados desde el punto de vista marxista a pesar de su engañoso aspecto. Se presentaban como marxistas, aparentaban solidarizarse con la Unión Soviética y con Stalin y con ello engañaban a los pueblos de Yugoslavia y a los comunistas yugoslavos. Pero ya durante la guerra mostraron en numerosos casos visibles señas de una acusada megalomanía, tendencias nacionalistas burguesas y una concepción incorrecta de la lucha de la Unión Soviética y de la ayuda que esta lucha prestaba a todos los pueblos y particularmente a los de Yugoslavia.

El Partido Bolchevique —continuaba diciendo en esencia Vishinski— tenía suficiente experiencia para detectar tendencias semejantes, pero no las consideró incorregibles. En aquel tiempo la cuestión principal era la guerra contra los nazis alemanes y nosotros comprendíamos que durante ella, ante las innumerables dificultades existentes, se producirían también actuaciones imprudentes, algunas veces incluso confusas, pero que serían aclaradas por el tiempo, la experiencia y la lucha.

Era seguro que con la victoria —subrayó— nuestras relaciones con los yugoslavos serían más estrechas y todo se aclararía de la forma más camaraderil, aun cuando la dirección yugoslava había introducido dudas en nuestras relaciones. Y así sucedió. Tras la victoria sobre la Alemania hitleriana, se establecieron las más fraternales relaciones entre la Unión Soviética y Yugoslavia, se adoptaron importantes decisiones para ayudar económica, militar y políticamente en la arena internacional a Yugoslavia, a quien nosotros consideramos entonces como uno de nuestros más fieles aliados políticos e ideológicos. Ninguna nube se percibía en el horizonte de nuestras relaciones. Las nubes fueron acumuladas una tras otra por

el grupo de Tito cuando comenzó la edificación política, económica, ideológica y militar de la RPF de Yugoslavia. Entonces aparecieron con más claridad las tendencias burguesas, nacionalistas y antisoviéticas del grupo renegado de Tito.

A continuación Vishinski nos demostró cómo los renegados dirigentes yugoslavos atacaron, tergiversaron los principios básicos, universales, del marxismo-leninismo y cómo enmascararon estas desviaciones con el pretexto de estar aplicando los principios marxista-leninistas «a las condiciones concretas de la postguerra» en Yugoslavia.

La cuestión no era que se debiera copiar todo de la Unión Soviética —nos dijo Vishinski—, pero ellos tomaron esto como base para atacar los principios, para desviarse de ellos. Naturalmente ello provocaría discusiones y finalmente discrepancias entre nosotros.

Nosotros defendíamos los principios —continuaba diciendo Vishinski—, ellos los violaban continuamente y cada vez de forma más abierta y se aferraban a pequeñas cosas intentando probar que nuestro país se inmiscuía en sus asuntos internos, que la Unión Soviética no les ayudaba económicamente cuanto debía, que no defendíamos en la medida necesaria sus demandas políticas y territoriales en la arena internacional. Naturalmente todo esto carecía de base y nosotros lo refutábamos con gran paciencia y mediante hechos. Pero ellos no prestaban oídos ni a los principios ni a los hechos. Los renegados yugoslavos caminaban hacia una línea ideológica y política opuesta a la nuestra, habían penetrado en los rieles del antimarxismo. Esto obligó al PC(b)US a escribir la primera y las posteriores cartas dirigidas al CC del PCY, que hace tiempo le hemos enviado. El objetivo era salvar al Partido Comunista de Yugoslavia de la catástrofe, lograr que abandonara el erróneo camino donde lo estaba introduciendo Tito, que Yugoslavia construyera el socialismo y evitara la restauración del capitalismo hacia la que marchaba. El camino utilizado por el Partido Bolchevique era de lo más correcto, marxista-leninista, de lo más camaraderil. Pero los renegados lo rechazaron.

La cuestión de Yugoslavia es una cuestión interna de los pueblos de Yugoslavia, de los comunistas yugoslavos —prosiguió Vishinski— y nosotros ni nos hemos inmiscuido ni nos inmiscuiremos en sus asuntos internos. No tenemos derecho a hacer esto, pero tenemos el deber de desenmascarar política e ideológicamente la actividad de esta camarilla que lucha contra el marxismo-leninismo y sirve al capitalismo mundial. Los titistas —prosiguió Vishinski— aparecen desde ahora a nivel internacional y en el plano interno como enemigos declarados de la Unión Soviética y sus acciones en este sentido se intensificarán no sólo contra nosotros, sino contra todos los países de democracia popular, contra el campo socialista. Su actividad se asemeja, como una gota de agua a otra, a las actividades de los trotskistas, los bujarinistas y los agentes del capital internacional, que nosotros hemos desenmascarado con nuestros procesos judiciales.

El desenmascaramiento del enemigo tiene una gran importancia —subrayó Vishinski—. Los pueblos soviéticos debían estar convencidos del carácter traidor de la actividad de los trotskistas, los bujarinistas y los derechistas, por eso nosotros le dimos importancia a esto y logramos que nuestros enemigos pusieran ellos mismos de manifiesto hasta los más pequeños detalles, que en muchas ocasiones tienen importancia ya que aclaran grandes cuestiones. La verdad probada por su traición fue puesta al desnudo ante los tribunales y ante nuestros pueblos. Esto tenía una importancia decisiva. Lo importante es que se logre esto —dijo Vishinski—, después los años de cárcel con que se condene al enemigo tienen una importancia secundaria. El pueblo debe aprobar la decisión, debe convenirse. Esto es lo que debemos hacer nosotros con el grupo renegado de Tito. Este grupo está en el poder y se defenderá, montará provocaciones de todo tipo contra nuestros estados socialistas, pero nosotros debemos ser prudentes, vigilantes y no caer en sus provocaciones! —finalizó.

En su intervención, Dej puso de manifiesto entre otras cosas la gran peligrosidad de esta agencia de criminales y asesinos, hizo una interpretación de las decisiones conjuntas

que habían adoptado en la Oficina de Información, mostró la arrogancia de los «camaradas» yugoslavos en esta reunión contra el PC de Francia y el de Italia, etc. Además de otras cosas mencionó algunos episodios de su primer viaje oficial a Yugoslavia y su primera entrevista con Tito.

—Tito —dijo Dej— se comportó con nosotros de forma despreciativa y evidenciando esto desde los primeros encuentros. Pretendía menospreciar nuestra lucha de liberación nacional, nos recibió adoptando una gran pomposidad para imponerse a nosotros con sus trajes, sus condecoraciones, sus anillos en los dedos y sus palacios. Al ver esta situación —dijo Dej— yo «me armé de coraje» y en una conversación le dije a Tito: «Tanto tú como yo somos obreros y comunistas, hablemos sencilla y directamente sobre los problemas que nos preocupan», etc., y él —continuó Dej— aparentó estar de acuerdo, pero su vida lujosa de antimarxista megalómano y burgués era ya una realidad viva y él no podía separarse de esta forma de vivir. A tal punto llegaron las cosas, que Tito nos llevó a mí y al ministro de Asuntos Exteriores de Rumania (que era un burgués y más tarde fue destituido y condenado), a que visitáramos los establos de los caballos. Nos condujo el mismo Tito vestido con uniforme negro y botas y el pecho lleno de condecoraciones. Cuando nos acercamos a las cuadras —señaló Dej— le gritó a uno de sus oficiales «šecer, šecer*» y el oficial le trajo un gran cuenco con azúcar donde Tito metía la mano, dando seguidamente de comer a los caballos.

Cuando nos separamos de Tito y nos marchamos de su país, tras subir al automóvil, mi ministro del Exterior —prosiguió Dej— me dijo confidencialmente: «Camarada Dej, Dimitrov es un comunista y un buen hombre, pero con Tito se puede ir al comunismo hasta el fin». Tasó a Tito el burgués —finalizó Dej.

Tomé también yo la palabra. Tenía cosas que decir sobre los titistas. En nuestras relaciones con el grupo traidor de

* -En servocroata —azúcar, azúcar.

Belgrado había montañas enteras de hechos y de datos que confirmaban su traición al marxismo-leninismo y las tendencias manifiestas a las relaciones estatales capitalistas y colonialistas que intentaron establecer con nuestro país.

Entre otras cosas puse de manifiesto a los camaradas que nuestros lazos y relaciones con los yugoslavos, comenzaron durante la Lucha de Liberación Nacional, en un principio a nivel político y de partido, más tarde, sobre todo a partir del fin de la guerra y después de ella, se desarrollaron en todas las direcciones, teniendo en cuenta además las circunstancias que se habían creado a causa de la lucha común contra el enemigo y con la creación de nuestros estados de democracia popular. Evoqué correctamente y con objetividad la participación de nuestro Ejército Guerrillero de Liberación Nacional en la guerra por la liberación de Yugoslavia, como una acción honrosa, justa e innegable que tenía verdaderamente carácter libertador, pero que era en cualquier caso una ayuda, al lado de Ejército de Liberación Nacional de Yugoslavia, que por su parte combatió heroicamente. Esto no debía ni negarse ni menospreciarse, independientemente de que el grupo de Tito hubiera traicionado la sangre derramada por este ejército heroico que cargó sobre sus espaldas la tarea de liberar a los pueblos de Yugoslavia.

Después de hablar sobre el verdadero papel de Miladin Popović y de Dušan Mugoša, refuté con argumentos teóricos y prácticos la pretensión absurda y antimarxista de que eran los yugoslavos quienes habían creado nuestro Partido y «habían encendido nuestra Lucha de Liberación Nacional».

Naturalmente, estos puntos de vista «dominadores» antimarxistas, nacionalistas, habían aparecido entre ellos durante la guerra, pero adquirieron proporciones provocadoras particularmente en vísperas de la Liberación y después de ella.

Puedo subrayar —les dije a los camaradas— que nuestras entrevistas con los yugoslavos durante la guerra fueron escasas, e incluso, cuando llegamos a encontrarnos —y les hablé sobre las entrevistas con Vukmanović Tempo y Blažo Jovanović—, surgían divergencias de principios con ellos acerca de bastan-

tes cuestiones, pues ya en aquel tiempo se apreciaban las tendencias yugoslavas a considerar y utilizar a nuestro Partido como un apéndice del suyo y a Albania como una región yugoslava. Naturalmente estos puntos de vista antimarxistas asomaron poco después las orejas.

Por nuestra parte siempre hemos considerado nuestra lucha en unidad con la de los pueblos de Yugoslavia. Era ésta una gran tarea nuestra como marxista-leninistas, no sólo porque luchábamos por la liberación contra el mismo enemigo, sino también porque a través de la amistad combativa entre nuestros dos pueblos, nosotros deseábamos de todo corazón eliminar para siempre los sentimientos que habían creado las circunstancias del pasado, como el desmembramiento de Albania, la entrega de Kosova a Servia, el terror y las intrigas innumerables y permanentes de los servios contra nuestro país, etc.

Nosotros hicimos todo lo que pudimos, pero los yugoslavos en cada etapa del desarrollo de esta amistad, falsa por su parte, tramaron complots y tramoyas para dominar Albania inmediatamente después de la guerra.

Expuse argumentadamente a Vishinski y a los otros camaradas los preparativos del fracasado putch en el Pleno de Berat, sus esfuerzos sin fin en la primera época después de la Liberación por desacreditar a la dirección de nuestro Partido y nuestra línea de lucha, creando su red de agentes en el seno de nuestra dirección con Koçi Xoxe, a quien plantearon como tarea, apoyándole con todas sus fuerzas, que tomara en sus manos el poder y pusiera en práctica la «línea» de los titistas yugoslavos en nuestro país. Aclaré a los camaradas en qué consistía esta línea yugoslava, que confirmó claramente que la dirección yugoslava era antimarxista, burguesa, nacionalista, chovinista, antisoviética y antialbanesa. A continuación les di a conocer detalladamente, con numerosos argumentos y en todos los campos, su actividad hostil en nuestro país, demostrándolo con hechos concretos, indiscutibles y en modo alguno equívocos.

En las cuestiones ideológicas y en la organización de

nuestro Partido —les dije a los camaradas—, los titistas, ya durante la guerra, pero sobre todo después de ella, se esforzaron por todos los medios por imponernos sus formas de organización del partido y por apartarnos de la línea marxista-leninista de construcción del partido, de su justa línea de pensamiento y acción. Hicieron lo imposible porque abandonáramos la experiencia del Partido Bolchevique, que nosotros conocíamos por medio de los documentos que habían caído a nuestras manos y de las opiniones que intercambiábamos con los diplomáticos soviéticos, ya que —le dije a Vishinski— aún no habíamos establecido relaciones directas con el CC del PCUS para intercambiar experiencia de partido. Esto no sucedía por nuestra culpa o por nuestra falta de deseo, pero la realidad era ésta en líneas generales. A pesar de esta carencia, nuestro Partido no se movió de aquella orientación. Los yugoslavos, que la juzgaban muy peligrosa y dañina para su diabólico plan, y en la imposibilidad de hacer entonces una propaganda abierta contra los principios marxista-leninistas que regían a nuestro Partido, contra los estrechos lazos ideológicos y organizativos de principios con el Partido Bolchevique, emprendieron el ataque contra la correcta línea general de nuestro Partido. Koçi Xoxe, como dirigente del grupo anti-partido, se transformó en sostén incondicional de los titistas yugoslavos. Fue inflado por ellos con términos ultraizquierdistas y trotskistas, calificado de «conciencia proletaria» de nuestro Partido, por tanto el «dirigente de más confianza, más fiel y proletario del Partido». Con estas acciones los titistas yugoslavos y el grupo titista de Koçi Xoxe pretendieron hacer creer que nuestro Partido estaba ahora en los «verdaderos rieles marxista-leninistas», ya que no sólo estaba dirigido por «elementos proletarios», sino además inspirado por el PCY. Por medio de este grupo y con Koçi Xoxe a la cabeza, quien en Berat con la insistencia de los yugoslavos, además de las funciones de secretario de organización del Partido, asumió también las de ministro del Interior, se creó una grave situación en nuestro Partido y nuestro Estado.

¡Nosotros —continué diciendo a los camaradas— leímos

cuidadosamente como todo lo demás, los pasajes de las cartas del Partido Bolchevique donde se criticaban las prácticas anti-marxistas yugoslavas de que el secretario de organización del partido fuese a la vez ministro del Interior, de mantener al partido en una situación de semiclandestinidad, etc. Estas prácticas y métodos extraños nos han sido impuestos también a nosotros por la dirección yugoslava y, en los análisis que estamos realizando, están apareciendo nuevos y graves hechos en torno a las peligrosas consecuencias que han traído consigo estas prácticas en nuestro Partido y en nuestro Estado. Esta situación terminará muy pronto, tal como está desapareciendo cualquier brizna de influencia que han podido imponer Tito y sus sostenedores en nuestras filas. Nosotros hemos combatido sin descanso contra todas estas desviaciones de los titistas yugoslavos y de su agencia en nuestro Partido —proseguí—, pero, se comprende, en la medida en que podíamos, porque sólo contábamos, como apoyo, con nuestras fundadas valoraciones, con nuestra convicción de que estábamos en el camino correcto. Defendimos con fanatismo lo que sabíamos del marxismo-leninismo y no abandonamos jamás la experiencia del PC de la Unión Soviética.

De algún modo di a entender a Vishinski que el PCUS no nos había prestado ayuda directa, hice asimismo alusión a otros problemas, al hecho de que los camaradas soviéticos con los que teníamos contacto directo, a quienes informábamos de todo, nos escuchaban, nos ayudaban en los terrenos en que eran especialistas, pero jamás expresaban opinión alguna cuando se trataba de nuestras contradicciones con los yugoslavos. Respecto a estas cuestiones se presentaban ante nuestros ojos como neutrales y no sabemos lo que informaban a Moscú.

La otra cuestión que nos complicó algo las cosas —sustrayé— era que nuestras sospechas sobre la actividad hostil de los yugoslavos no incluyeron durante mucho tiempo a la cabeza, a Tito y a toda su dirección. Se debe aceptar en ese sentido que no se nos dio ninguna información sobre si los partidos hermanos habían llamado o no la atención a la dirección yugoslava por sus posiciones erróneas. Esta situa-

ción se prolongó incluso hasta las últimas semanas o meses, hasta el momento en que nos llegaron las cartas del Partido Bolchevique que criticaban a la dirección yugoslava. La única señal anterior a estas cartas de que las cosas no andaban bien —les dije— se nos dio cuando informamos al camarada Stalin sobre la cuestión de una división yugoslava que Tito reclamó introducir en nuestro territorio. Nosotros nos habíamos opuesto a la petición de Tito y cuando nos llegó la respuesta soviética nos convencimos de que habíamos actuado correctamente.

—Stalin —dijo Vishinski— ha criticado al propio Tito por esta inaceptable acción que pretendía llevar a cabo con ustedes.

—Eso nos alegra extraordinariamente —le dije a Vishinski—, pero a través de la embajada soviética sólo se me dijo que Stalin estaba de acuerdo con nuestra opinión y no con la de Tito, y nada más. Sin embargo yo creo que a mí y a los camaradas de nuestra dirección se nos podía y se nos debía decir algo más, decirnos por qué Tito obraba así.

Otro tanto ha sucedido —les subrayé a los camaradas— con la otra cuestión, con la denominada «federación» o «confederación balcánica», supuestamente propuesta y acordada entre Tito y Dimitrov, acerca de la cual nunca se nos informó.

Todavía hoy —proseguí— no podemos decir con exactitud en qué consistía esto, cómo se planteó, ni fuimos consultados ni se recibió de nosotros ninguna aprobación. Sólo a comienzos de este año supimos que el periódico *Pravda* criticó esta «idea» de Dimitrov y que éste respondió a Stalin y a *Pravda* que tenían razón, que la idea de una «federación balcánica» en las condiciones actuales era irrealizable e incorrecta.

Poniendo de manifiesto que tras los esfuerzos en pro de una «federación balcánica» se ocultaban los objetivos chovinistas de la camarilla de Tito de dominar los Balcanes, hice a los camaradas una exposición de la política chovinista y antimarxista aplicada por la dirección de Belgrado hacia Kosova y el resto de las tierras albanesas de Yugoslavia, tanto durante como después de la guerra.

Después de hablar sobre nuestra posición justa y de

principios ante este doloroso problema de nuestra nación, proseguí relatando a los camaradas las presiones que ejercieron sobre nosotros los yugoslavos y Koçi Xoxe para que aceptáramos la unión de Albania con Yugoslavia, así como nuestra categórica resistencia ante esta propuesta.

—Pero —subrayé nuevamente— nosotros actuamos por propia iniciativa en relación con estos problemas capitales de importancia tan grande para el destino de nuestra patria y de nuestro pueblo. Con nuestra firme confianza defendimos heroicamente la libertad y la independencia de la patria —dije y di a entender a Vishinski que en aquellos importantes momentos no se nos ayudó en la medida debida, es decir, nos encontramos solos.

Recuerdo que en aquel momento Vishinski me interrumpió y me dijo:

—¡La gente se temple en la lucha!

A continuación hablé sobre nuestro ejército, sobre cómo lo creamos y sobre la «ayuda» que nos dieron los yugoslavos para ello y me detuve algo más ampliamente en las «ayudas económicas» yugoslavas.

—El colmo de toda la política chovinista, colonialista y anexionista de los revisionistas yugoslavos hacia nuestro país —les dije— eran los tratados sobre la «economía planificada y conjunta», las «sociedades conjuntas», la «paridad monetaria», etc., etc.

Hablé a los camaradas sobre este diabólico mecanismo y sobre los objetivos de los antimarxistas yugoslavos, sobre nuestra resistencia y nuestra lucha contra ellos y por fin sobre nuestro triunfo y el fracaso de la obra complotadora de Tito y compañía.

Mi intervención, que fue bastante prolongada, y todos los hechos que presenté a los camaradas confirmaban a la perfección la traición de los titistas y la justeza de los puntos de vista de Stalin, expresados en las cartas dirigidas al PCY. Por otra parte hablaban con veracidad de la justa lucha de nuestro Partido, de la defensa de los intereses de la patria, del internacionalismo, de la amistad con la Unión Soviética y

la fidelidad a Stalin. Di a entender claramente a los camaradas participantes en la reunión que en esta lucha nuestro Partido se había encontrado solo en numerosas ocasiones y por ello tenía necesidad de que se le ayudara más, más francamente y con mayor confianza.

Al acabar yo hicimos un descanso y después Vishinski planteó las conclusiones de la reunión. La calificó de muy positiva, necesaria y valiosa.

—Nos hemos enterado de muchas cosas que nos servirán en la lucha posterior para desenmascarar a esta camarilla de renegados —dijo en esencia.

Seguidamente Vishinski dijo entre otras cosas:

—La presentación clara y con hechos de estas cuestiones por parte del camarada Enver Hoxha, nos ha esclarecido muy bien una serie de infames acciones de los antimarxistas yugoslavos y los hechos y acontecimientos que nos ha relatado en esta reunión confirman que lo que han hecho los yugoslavos con el Partido Comunista de Albania y la República Popular de Albania son acciones conscientes contra el socialismo y nuestra ideología común.

No nos equivocamos en la valoración que hacemos de la actividad de estos renegados y extraemos la conclusión de que esta lucha política e ideológica será larga. El Partido Bolchevique —dijo Vishinski— aprueba las acciones y la justa y perseverante lucha del Partido Comunista de Albania y su Comité Central y del camarada Enver Hoxha en defensa del marxismo-leninismo. Nosotros —prosiguió— debemos tener en cuenta que esta camarilla llegará aún más lejos en sus acciones hostiles contra nuestro campo socialista. Los titistas llevarán a cabo provocaciones numerosas y de todo tipo para justificarse y para culparnos a nosotros. Montarán estas provocaciones con el fin de engañar a la opinión pública tanto dentro como fuera de Yugoslavia y para justificar su línea de traición y su política de establecer lazos con los estados capitalistas.

Esto exige de nosotros —subrayó Vishinski— que seamos siempre vigilantes, que preservemos y fortalezcamos nuestra unidad marxista-leninista, nuestro cariño y fidelidad a Stalin.

Nosotros no tememos a estos desperdicios de nuestra sociedad destinados a desaparecer en el basurero de la historia. Debemos fortalecer aún más y mejor las relaciones entre nuestros partidos y nuestros estados socialistas y ayudarnos más unos a otros. Subrayo —dijo Vishinski finalmente— que es tarea nuestra como amigos, como camaradas y como internacionalistas ayudar más a la RP de Albania, de modo que recupere el tiempo perdido, que mejore su situación económica, no olvidemos asimismo que ahora está cercada por los cuatro costados por estados enemigos. La República hermana de Albania es un digno miembro de nuestro poderoso campo socialista, por ello no debe sentirse nunca ni estará nunca aislada ni política, ni económica, ni ideológica, ni militarmente. Esta es también la recomendación del camarada Stalin.

Por lo que respecta a nuestra futura actitud ante la dirección de Belgrado —finalizó Vishinski—, debemos mostrarnos muy cuidadosos y, mediante actitudes maduras y de principios, hacer que fracase cualquier tentativa o provocación de Tito, para no darle en ningún caso la posibilidad de acusarnos de posiciones y acciones extrañas a nuestra ideología y nuestra política socialistas. Las provocaciones de Tito pueden ser particularmente mayores y brutales en relación con Albania, porque como dijo el camarada Enver, entre los dos países existe entre otras cosas el problema no resuelto de Kosova y del resto de las tierras albanesas de Yugoslavia. Desde allí Tito puede tramar toda clase de trampas, por eso, con vigilancia y madurez, se le deben quemar en las manos como hasta ahora.

Más tarde, durante mi segunda y tercera visitas a la Unión Soviética¹, el gran Stalin en persona expresaría su preocupación por la necesidad de ser vigilantes y cuidadosos frente a cualquier provocación de los titistas, particularmente en relación con Kosova.

¹ Se desarrollaron respectivamente en marzo-abril y en noviembre de 1949.

En una de mis inolvidables conversaciones con él, después de hablar sobre nuestro prolongado enfrentamiento con la dirección de Belgrado en relación con muchos problemas, incluyendo el de Kosova, le dije entre otras cosas:

—Nosotros, por nuestra parte, sin intervenir de ningún modo en los asuntos internos de Yugoslavia, jamás dejaremos de respaldar los derechos de nuestros hermanos de sangre en Yugoslavia, levantaremos la voz contra el terror y la política de exterminio que aplica hacia ellos la camarilla de Tito-Ranković*.

Stalin, que me escuchaba con atención, cuando acabé me dijo:

—En el futuro, como marxista-leninistas, deberemos continuar golpeando las acciones y puntos de vista antimarxistas de Tito y de la dirección yugoslava, pero, lo subrayo, de ningún modo debemos intervenir en sus asuntos internos. Esto no sería marxista. Esto es asunto de los comunistas yugoslavos y de los pueblos de Yugoslavia, es a ellos a quienes corresponde solucionar los problemas del presente y del futuro. En este marco considero yo también el problema de Kosova y del resto de la población albanesa que habita en sus tierras en Yugoslavia. Nosotros no debemos dejar ningún sendero libre para que el enemigo titista nos acuse después de que llevamos a cabo nuestra lucha con el objetivo de destruir la Federación Yugoslava. Este aspecto es delicado y exige que se le trate con sumo cuidado...**.

Pero volvamos a la reunión con Vishinski y Dej en Bucarest que, como dije, se desarrolló y finalizó con éxito.

Yo quedé muy satisfecho, primero porque esclarecimos las cosas, pero también por la positiva valoración que hizo Vishinski del trabajo de nuestro Partido.

Después de comer, a los brindis, Vishinski, que era muy

* Enver Hoxha. *Con Stalin* (Memorias). 2ª ed. en albanés, pág. 136. Tirana, 1982.

** *Ibid.* pág. 138.

despierto y con gran sentido de humor, hizo bastantes bromas. Cuando nos abrazamos para separarnos, me dijo:

—¡Hasta la vista en Moscú! (Y en efecto me encontré más tarde con Vishinski en Moscú, otras dos o tres veces, cuando viajé oficialmente o de vacaciones a la Unión Soviética.)

Conservé muy buenos recuerdos y tenía una especial admiración por su inteligencia, por su gran agudeza, por su firmeza bolchevique y su fidelidad al gran Stalin. Quería a Albania, se interesaba por nuestra situación y me preguntaba cuantas veces nos encontrábamos. En una cena que ofreció a nuestra delegación nos creó una atmósfera de gran intimidad y alegría. Habían venido muchos camaradas del Buró Político del PCUS con Molotov al frente y, en medio de la alegría, los camaradas de nuestra embajada vinieron a entregarme el feliz telegrama que me comunicaba el nacimiento de mi primer hijo y que, madre e hijo, se encontraban muy bien. Naturalmente aquella noche bebimos algo y no podía ser de otro modo con los soviéticos ya que les gusta la bebida. Hablaron a Vishinski del nacimiento de mi hijo e inmediatamente se me acercó, me dio la mano y me cumplimentó diciendo: «Te felicito de corazón por el nacimiento de tu hijo, que viva muchos años». Al día siguiente le dieron también a Stalin la noticia en la inolvidable recepción que nos organizó*.

En otra ocasión mientras mantenía una entrevista con Vishinski para tratar sobre la situación internacional y sobre las posiciones que mantendrían nuestras delegaciones en la ONU acerca de distintos problemas, en un momento de la conversación me ofreció de beber diciéndome:

—Ya sé que tú bebes poco, te vi en la recepción.

Le respondí que no me gustaba nada el alcohol, aunque fumaba, y que en aquella recepción había bebido algo porque

* Enver Hoxha. *Con Stalin* (Memorias). 2ª ed. en albanés, pág. 119-120. Tirana, 1982.

estaba muy contento. Me di cuenta de que no insistía en que bebiera como los demás soviéticos, pero tampoco él bebía.

—Los rusos —dijo Vishinski— no acostumbran a brindar con *borzhom**, yo soy ruso pero estoy diabético y tengo prohibido beber.

—Como para cualquier otra cosa —le dije— es usted ordenado, pero en cualquier caso, le deseo que se mejore y que viva muchos años.

Cuando más tarde tuve noticia de la muerte de Vishinski, lo sentí mucho. No olvidaré nunca a este gran hombre del Estado staliniano, que no sólo como procurador, no sólo como jurista, sino también como diplomático mostró poseer un gran calibre. Sus discursos en la ONU como ministro de Asuntos Exteriores y representante de la Unión Soviética constituyen hechos memorables en la historia de las relaciones internacionales. Constituyen obras maestras de defensa de la línea staliniana y un implacable desenmascaramiento político e ideológico de la política imperialista con una fuerte y ejemplar lógica marxista-leninista. Vishinski era un brillante polemista. Los enemigos temblaban ante sus palabras porque eran justas, porque aducía hechos innumerables y los hechos son testarudos. Sabía utilizar los hechos y los documentos con una maestría poco común porque era bolchevique, era fiel alumno de Lenin y de Stalin. Pero volvamos al encuentro de Bucarest para dar el «adiós» a Dej.

Al día siguiente de finalizada la reunión, Chuvakin y yo le pedimos permiso a Dej para visitar en automóvil y a pie la ciudad de Bucarest. Dej aceptó con satisfacción nuestra solicitud. Al parecer se había levantado la «clandestinidad» de mi visita. Subimos a los automóviles después de desayunar y emprendimos la excursión. Cruzamos de punta a punta Bucarest, nos detuvimos junto a algunos lagos de gran belleza, llenos de árboles y flores en sus orillas, que la ciudad poseía en gran número. En los alrededores de uno de ellos había

* Ruso en el original — agua mineral.

bonitas villas, palacios y entre ellos otro palacio real. La burguesía rumana oprimía al pueblo y se divertía llevando una vida opulenta a costa de la sangre de éste. Rumania era un país rico, exportaba cereales mientras el pueblo no tenía pan para comer. Poseía yacimientos petrolíferos y se distinguía por la famosa zona petrolífera de Ploesti, pero esta riqueza pertenecía a la burguesía rumana y a los consorcios extranjeros del petróleo.

Rumania poseía en el pasado un comercio bastante desarrollado con diversos países capitalistas y amplias relaciones con ellos, la influencia del capitalismo, del modo de vida capitalista, había introducido en el país la degeneración política y moral. Reinaba en él la corrupción, el soborno, los cabarets, las componendas. Los comerciantes albaneses de antaño, sobre todo korçares, habían encontrado también sus rincones en Rumania. Lograron hasta cierto punto enriquecerse. Familias procedentes de Korça habían emigrado en busca de trabajo o perseguidos por los griegos. Esta pequeña colonia de albaneses, muy activa y con sentimientos patrióticos y combativos en pro de la causa de la liberación de Albania, se transformó en uno de los centros más ardientes de la causa nacional y de allí surgieron destacadas personalidades, progresistas y de excepcional talento como Victor Eftimiu y otros.

Los rumanos llamaban a Bucarest el «pequeño París». Yo había leído el libro de Paul Morand¹ sobre la capital rumana. Como ya dije antes, cuando se veía esta ciudad daba la impresión de que no supiera lo que era la guerra, de que ni la más pequeña bomba la hubiera golpeado durante la Segunda Guerra Mundial. No se veía ninguna ruina, ningún escombros, ningún daño. ¡Qué diferencia con nuestras pobres ciudades! Estas habían sido bombardeadas e incendiadas por los italianos, los alemanes e incluso por los «aliados» ingleses. Parecía que aquí, en Bucarest, no se había dado un solo tiro, que sólo se habían puesto las manos en alto.

¹ Escritor francés.

Cuando salimos a la calle más bonita y con más movimiento de Bucarest, donde hervía el comercio, dejamos los automóviles y caminamos a pie. Nos acompañaba un miembro del Comité Central y unos cinco o seis camaradas del servicio de seguridad.

¡Qué es lo que no había allí! Las tiendas estaban llenas de mercancías que saltaban inmediatamente a la vista, tan lujosas eran; cada una contenía productos de una especialidad concreta como pieles de martá, de zorro y toda clase de pieles de lujo; había suntuosas tiendas de zapatos, de maravillosas porcelanas, de telas, de ropa confeccionada, librerías. Todos los escaparates resplandecían a causa del lujo y los anuncios llamativos. Parecía que estuvieras no en una ciudad que hubiera salido de la guerra, sino en los Campos Eliseos parisinos antes de ella. Y todo aquello era todavía propiedad de la burguesía rumana, estaba en sus manos, era ella quien hacía la ley en el comercio. Chuvakin y yo mirábamos los escaparates con curiosidad y asombro. Yo, como siempre, pensaba en las tiendas vacías de Tirana, pero también Chuvakin pensaba en las de Moscú que, con seguridad, no estaban repletas como aquí. Preguntamos al camarada rumano que nos acompañaba:

—¿Son del estado estos comercios?

—No, éstos aún no están nacionalizados —nos respondió—. Pero por favor entren en alguno de ellos y veámoslos por dentro.

Nos rogaba que entráramos cuando nos deteníamos ante algún escaparate, pero nosotros no cumplíamos su deseo. Más tarde comprendimos la causa de la preocupación del camarada rumano. Había recibido la orden de Dej de que eligiéramos lo que quisiéramos en las tiendas en que entráramos y de que no nos dejara pagar. Serían regalos del CC del PO Rumano. Finalmente entramos en una tienda que, según nos dijo nuestro acompañante, estaba asociada con el estado. Se trataba de un establecimiento grande y lujoso. Nosotros entramos, naturalmente para ver, para complacer al camarada rumano que se había cansado pidiéndonoslo, y no para com-

prar. Observamos que hablaba aparte con el director del almacén y con seguridad le encargó que nos sirviera. Entonces él y el vendedor se desvivieron por darnos gran cantidad de cosas, pero nosotros no aceptamos todo lo que nos ofrecían. Yo elegí un cuchillo y unas tijeras para abrir libros y una carpeta de piel para el escritorio. Chuvakin eligió también algo parecido. ¡Cumplimos el deseo del camarada rumano!

Al salir de la tienda nos sentamos a descansar en una gran cafetería. Había allí mucha gente que se hacía notar por el lujo de su indumentaria. Nos miraban con curiosidad, con el rabillo del ojo; a nosotros no nos conocían, pero conocían sin duda a la gente del servicio de seguridad que nos acompañaba. Se trataba de una de aquellas cafeterías sobre las que Dej nos dijo que eran frecuentadas por los burgueses y donde él «con la pistola al cinto y rodeado de agentes de seguridad, entraba y les provocaba dentro de sus propias guaridas».

¡¿Iba a «provocarles» al café?! ¡¿Pero qué les importaba a ellos esto cuando tenían en sus manos la economía, el mercado, la riqueza? Esto me escandalizaba y me hacía pensar: ¿Qué clase de comunistas son éstos? ¿Qué clase de socialismo es éste?

Pocos años después mostrarían plenamente lo que eran: Dej, este «riguroso combatiente» contra Tito, en cuanto Jruschov cambió de camisa, fue el primero en hacerse defensor y sostenedor del primero.

Cuando regresamos al palacio, en la cena de despedida con los camaradas rumanos (al día siguiente regresaríamos a la patria), les hablé de las muy buenas impresiones que teníamos sobre Rumania, el pueblo, la gente. Pero hablé también sobre nuestra experiencia y puse de manifiesto mi asombro en forma de preguntas:

—¿Por qué no expropiaban a los burgueses, sino que permiten que exploten al pueblo? Dej me explicó que «todo se hará en su momento, porque la situación aquí es distinta de la de ustedes» y otras teorías.

Al día siguiente nos separamos de Dej, Anna Pauker y

otros camaradas rumanos que nos despidieron en el aeropuerto.

Nos esperaban nuevas batallas. Con la experiencia de una larga lucha de años, con lo que habíamos aprendido y aclarado en esta reunión, debíamos llevar hasta el fin la lucha contra la desviación trotskista de Tito y contra sus agentes en nuestras filas.

El fin de los titistas entre nosotros

La inmediata y vergonzosa marcha de nuestro país de los enviados de Tito tras la llegada de la primera carta del Partido Bolchevique, trajo consigo entre otras cosas para nuestro Partido dos importantes consecuencias. La primera era positiva: Koçi Xoxe y su clan titista (hasta ayer predominante en el Buró), cuando vieron que los patrones les dejaban plantados y a merced de los acontecimientos, cambiaron inmediatamente de camisa y se hicieron «prosoviéticos», ¡«se solidarizaron» unánimemente con la carta del CC del PCUS dirigida a la dirección titista! Esto redundaba en nuestro interés, ya que aunque en verdad la mayoría de la dirección del Partido y el propio Partido (cuando se le dijera) se solidarizaría de todo corazón con la primera carta de Stalin (así como con las demás), no sería nada bueno para nuestro Partido que aparecieran aunque sólo fueran tres o cuatro voces contra esta posición general.

Sin embargo, junto con esta primera consecuencia positiva, vendría la segunda, que sería enormemente negativa para nuestro trabajo: viéndose obligados a «solidarizarse» con las cartas del CC del PCUS y con todos los análisis marxista-leninistas que nosotros llevaríamos a cabo a la luz de los acontecimientos en nuestro país, Koçi Xoxe y su banda se esforzarían por camuflarse, por ocultar las garras, por presentarse, como mucho, como «equivocados», «influenciados»,

y no como realmente eran, agentes reclutados por el revisionismo titista.

Pero nosotros no podíamos permitir de ningún modo que el mal continuara viviendo en el cuerpo sano de nuestro Partido. Se lo debía descubrir, arrancarlo de raíz y arrojarlo lejos, no sólo por los grandes daños que nos había producido en el pasado, sino también en aras del futuro. Si nos mostrábamos liberales, ciegos y blandos con ellos, este mal se esforzaría en el futuro por tomarse la revancha y derrocar al Partido en cuanto se crearan las condiciones adecuadas.

Dio comienzo así el prolongado proceso de trabajo, de profundos análisis y discusiones, que nos ocupó durante todo el período entre abril-mayo y noviembre del año 1948. Durante este período se desarrolló una lucha intensa, durante días y noches enteras se celebraron reuniones y debates incesantes. Frecuentemente, cuando parecía que la situación se aclaraba, inesperadamente, aparecían nuevos hechos y argumentos que nos obligaban a comenzar los análisis desde el principio. No era fácil desenmascarar de inmediato a los enemigos en la dirección del Partido; habían hecho la «escuela» de Tito-Ranković y su participación directa en el complot les había transformado en maestros de la mentira y el engaño.

De manera especial, el agente en jefe Koçi Xoxe se esforzaría por serpentear y maniobrar de mil y una maneras para salvar, si no todo, al menos lo que pudiera salvar de su negro pasado.

Cuando leyó las cartas, tras una fase de vacilaciones y aturdimiento, una vez que hubo comprendido que las cosas llegarían hasta el fondo, cambió de táctica, ¡comenzó a «asombrarse» y a «indignarse» también él con lo que nos habían hecho Tito y compañía! Se había transformado en una fiera aturdida tras el primero e inesperado golpe que recibieron sus patrones, aunque él mismo no había sido golpeado todavía e incluso al principio ni siquiera mencionamos su obra mafiosa. La gran conmoción que sufrió en aquellos momentos, su desconcierto y aturdimiento eran para nosotros una gran prueba más de que teníamos que habérmolas con un enemigo

de lo más peligroso. Precisamente cuando esperaba apoderarse por entero del poder, cuando creía que no había quedado ningún obstáculo serio que se le opusiera, entonces, es decir, en el momento en que esperaba recibir la corona, como un rayo en medio del cielo sereno, recibió el golpe inesperado y contundente que le arrancaba definitivamente de las manos todo lo que había soñado y preparado, abierta o secretamente, durante mucho tiempo. En casos semejantes, los elementos enemigos y complotadores caen inicialmente en un aturdimiento y desconcierto verdaderos, hasta que poco a poco se reponen y hacen lo imposible por aferrarse a un clavo ardiendo para salvarse del pantano de inmundicia en que se han sumido caminando con sus propios pies y por su propia voluntad.

Así estaba ocurriendo también con Xoxe, el «héroe» del VIII Pleno, que cambió de táctica y «se solidarizó» con las cartas del Partido Comunista de la Unión Soviética, pero que se esforzó por maniobrar, propuso que nos limitáramos simplemente a solidarizarnos con ellas, que «aprobáramos» unánimemente sólo lo que se decía en las cartas. Pero no le dejé que se engañara a sí mismo con vanas esperanzas.

—Las cartas de Stalin representan una gran ayuda para nosotros —le dije tranquilo pero cortante—. Las estudiaremos a la luz de los problemas que se plantean allí, pero lo más importante que debemos hacer es considerarlas en relación con nuestros asuntos, con nuestras relaciones, con nuestras heridas. Porque aún tenemos abiertas en la espalda las heridas causadas por las puñaladas de Tito y compañía. No olvides en qué situación nos encontrábamos —subrayé intencionadamente—. No ya calificarles de enemigos, sino una pequeña objeción que se le hiciera a un técnico yugoslavo bastaba para que inmediatamente se nos dijera en el Buró: «veamos esta cuestión que aquí hay antiyugoslavismo». ¡¿O no?!

—¡Exacto! ¡Hasta ese punto llegaron las cosas! —dijo con un hilo de voz mientras un color se le iba y otro se le venía.

—Todo lo que ha ocurrido en estos cuatro o cinco últimos años en nuestro Partido y en su dirección —le dije— muestra que ha habido no sólo presiones y chantajes por parte

de la camarilla de Tito sino también respuestas, incluso enérgicas, ante esos chantajes.

—No digo, no digo que no nos hayamos opuesto cuando se ha dado el caso, pero tal como son, enemigos y traidores, no les hemos considerado. Las cartas del PC(b)US... nos han abierto los ojos... veamos, veamos los problemas más ampliamente —dijo—, ¡hay cosas que les serán útiles al Kominform y al PC(b)US!

—Sí —le corté de inmediato—. Desde luego que les servirán a ellos pero en primer lugar nos servirán a nosotros, a nuestro Partido, al camino que hemos seguido, a los enfrentamientos que hemos tenido, a los aciertos y a los errores, al pasado, al presente y al futuro. Y tenemos muchas cosas que reconsiderar, que decir, que analizar y decidir. Debe volver a ser puesto en su sitio todo lo que ha sido violado y tergiversado por los yugoslavos, bajo la influencia de los yugoslavos o de acuerdo con los yugoslavos, se deben encontrar las causas; descubrir las raíces, se debe arrancar con energía y decisión el mal y arrojarlo lejos.

—Una cosa está más que clara —le acentué clavándole la mirada—. Ellos no han trabajado solos en su obra antibanasa. Hace tiempo que han creado sus propias bases, incluso de espionaje, en el interior de nuestras filas. Esto debemos tenerlo bien en cuenta en los análisis que vamos a iniciar.

Ennegreció por completo y comenzó a tartamudear.

—Así es, se han cometido errores —dijo poco después reponiéndose de nuevo—. Si miras a fondo, a fondo este asunto —continuó con los ojos bajos—, nos hemos infectado algo de este mal, pero... a causa de la gran confianza que teníamos en esos perros. Les creíamos como si ellos lo fuesen todo. En esto nos equivocamos y estoy de acuerdo en que lo veamos como Partido y como dirección.

—Lo veremos en el Partido y en la dirección —le dije—, ¡pero sin mezclar nunca ni al Partido ni a toda su dirección en lo que tú llamas infección! Que salgan los infectados y que expliquen las cosas. Que rindan cuentas, y si no lo hacen, se las exigiremos de la forma en que se exigen las cuentas.

No podemos confundir con ellos ni al Partido ni a su dirección.

Estas conversaciones «libres» con Koçi Xoxe tenían gran importancia y las realicé cuidadosamente, ya que nos encontrábamos en vísperas del comienzo de las discusiones y los análisis en el Buró Político. Como he escrito antes, el Buró Político, particularmente tras el VIII Pleno, apenas funcionaba como alto órgano del Partido. Predominaba en él el ala de Koçi Xoxe, lo que ahora podía constituir un peligro de confusión o de orientación errónea, especialmente en los primeros momentos. Tenía importancia por tanto que el propio Xoxe se mostrara «solidario» con las cartas del Partido Bolchevique, independientemente de los oscuros objetivos que encubriera tras esta «solidaridad». Pandi Kristo, Kristo Themelko, Nesti Kerenxhi y otros marcharían tras su maestro y después el ovillo se desenredaría solo. También quienes en este nuevo giro de los acontecimientos se veían a sí mismos en peligro, no podían pronunciarse contra la posición general. Se solidarizarían, como efectivamente sucedió, con las cartas, manotearían para salir lo mejor librados posible y para dispersar su grave culpa entre los demás, pero finalmente, sobre la base de todas las reglas de la democracia restablecida en el Partido, se descubriría con todo detalle el pastel.

Desde el comienzo de los análisis en el Buró consideré necesario que el espíritu de las discusiones se orientara lo más correctamente posible.

—Nuestro Partido —les dije a los camaradas— es uno de los partidos que puede y debe testimoniar con energía y numerosos argumentos la existencia de graves desviaciones y errores en el CC del PC de Yugoslavia. Yo personalmente, y creo que también vosotros, sentimos profundamente y consideramos correctamente las críticas de principio del Partido Bolchevique y, aunque estas críticas no se dirigen a nosotros, pienso que debemos considerar seriamente y analizar a fondo nuestros problemas. Debemos ser conscientes de que muchos de los errores y tergiversaciones que evidencia el Partido Bolchevique, los trotskistas de Belgrado con Tito a la cabeza se han esforzado por transmitírnoslos e imponérnoslos también

a nosotros. Es un hecho que la dirección yugoslava se ha esforzado por introducir en nuestro Partido los métodos militares de dirección, por dividir la dirección, por transmitirnos formas de oportunismo que pretendían debilitar el Partido y nuestra República Popular, transmitirnos formas de organización que asfixiaban la democracia interna del Partido, que ahogaban la crítica y autocrítica, etc. Llegó hasta los planes de ocupación militar, es decir, hasta el intento de imponérsenos *manu militari*. Es verdad que estos puntos de vista antimarxistas no han echado raíces en nuestro Partido, pero algunos de ellos, sobre todo de carácter organizativo, nos han sido impuestos en una u otra medida. No tenemos por qué ocultar esto, por el contrario debemos reconocerlo con honestidad, determinar con exactitud en qué medida han penetrado tales puntos de vista y combatir por eliminarlos de inmediato así como las causas y factores externos, pero sobre todo internos que han hecho posible su penetración.

Esta debe ser una de las orientaciones de nuestros análisis —les dije a los camaradas—. Pero no debemos limitarnos a esto. La actividad dañina y antialbanesa de los dirigentes yugoslavos se ha ejercido sobre nosotros durante años enteros también en otros campos y por medio de numerosas formas y métodos antimarxistas, que, es comprensible, el Partido Bolchevique puede que no haya conocido ni conoce. En nuestros análisis debemos ponerlo todo en la balanza del marxismo-leninismo. Ha llegado el momento de que la verdad salga a la luz, de reexaminar muchas cosas desde el principio, de restablecer la justicia en todas partes donde ha sido violada. No tenemos por qué temer a estos análisis, no tenemos por qué temer a la crítica ni a la autocrítica. El Partido saldrá de todo esto mil veces más fuerte y más sano, nuestra sagrada causa marchará más segura hacia delante.

De este modo, las reuniones del Buró Político consagradas a este problema en abril, mayo y junio de 1948 se desarrollaron en el espíritu de la solidaridad con las cartas del Partido Bolchevique, así como aportando numerosos hechos y argumentos sobre la actividad antimarxista y antialbanesa de los

cabecillas de Belgrado en relación con nuestro Partido y nuestro país.

Esto hizo que, tras el IX Pleno del CC del PCA, cuando denunciábamos abiertamente a la dirección antimarxista de Belgrado, estuviéramos plenamente preparados para responder oportunamente y con la energía debida a la campaña calumniosa y denigratoria que desataron contra nosotros Tito y su gente.

Pero esta primera fase de nuestra ofensiva general contra el revisionismo titista preparó plenamente las condiciones para avanzar más allá en el descubrimiento y desenmascaramiento definitivos de los agentes de Belgrado en el interior de nuestras filas.

Estos, según dije antes, tras «solidarizarse» *en bloc** con las cartas del Partido Bolchevique, se engranaron quisiéranlo o no en todos los análisis que hicimos. La completa derrota que habían sufrido, el miedo ante el descubrimiento de la verdad que ocultaban, los esfuerzos por encubrir sus huellas hicieron que Koçi Xoxe y compañía, desde la primera fase de la ofensiva, hicieran por sí mismos «un servicio» a nuestro futuro: sacaron a la luz numerosos hechos y argumentos que probaban todavía con mayor claridad las ingerencias y presiones hostiles de Tito y sus enviados contra nuestro Partido y nuestro país. Se trataba de hechos enormemente graves y que nosotros no conocíamos antes en su totalidad, ya que sólo tenían conocimiento de ellos los agentes de Belgrado. En el marco de la «reflexión», de la «valoración del pasado a la nueva luz», éstos se esforzaron ahora hábilmente por camuflarse y, a causa de la desorientación y el miedo, ¡he aquí que se hicieron «antititistas»! Al escucharles en la carrera por «descubrir las raíces del titismo», ¡resultaba difícil pensar que hubiera «antititistas más devotos»! ¡Lástima que esta especie de individuos «se acordara» tan tarde «de ver correctamente la verdad»!

Era para gritarles a la cara su verdadero nombre, pero en la primera fase ¡era mejor dejar que se expresaran libre-

* Francés en el original.

mente! ;Que descargaran en esta fase el pesado fardo de sus errores y deformaciones imperdonables sobre las espaldas «de todos»! Por el momento lo principal era que este fardo se pusiera bien de manifiesto, que apareciera ante cada uno con todo su enorme bagaje de inmundicia titista, que cada uno se convenciera con el mayor número posible de argumentos de ;hasta qué peligrosa y amenazadora fase llegó la actividad hostil de los cabecillas de Belgrado contra nosotros!

Fue precisamente este trabajo inteligente y cuidadoso realizado por nosotros en el Buró Político durante los meses de abril, mayo y junio, el que condujo a que el IX Pleno del CC del PCA se desarrollara con un elevado espíritu de partido, a que brillara allí la unidad de pensamiento y acción de todo nuestro Comité Central. Este mismo espíritu caracterizó a todo el Partido y el pueblo cuando el 1° de julio de 1948, a través del comunicado del CC del PCA, conocieron la denuncia y el desenmascaramiento de los cabecillas de Belgrado.

Nuestra lucha contra el titismo, contra sus presiones e influencias dentro de nuestras filas pasó a una nueva fase. El sinfín de datos que aflúan de todas partes tenía aún su importancia, pero lo principal era ahora descubrir y desenmascarar definitivamente a los elementos complotadores, que éstos rindieran cuentas de los crímenes que habían cometido a costa del Partido y del pueblo.

En el mes de julio planteé el problema con toda claridad:

—La inmediata solidaridad y el entusiasmo con que el Partido y el pueblo han recibido el comunicado del Comité Central, la indignación general ante la intensa y desenfrenada actividad antialbanesa de los cabecillas de Belgrado, deben ser justa y profundamente valoradas. Por lo que a nosotros respecta muestran sobre todo dos verdades: **primero**, que también en nuestro país, como resultado de la actividad; de los chantajes y las presiones de los yugoslavos, se han consentido errores y deformaciones y, **segundo**, estos errores y deformaciones que se han consentido, no son en modo alguno atribuibles ni a todo el Partido ni a toda su dirección. De otro modo no se pueden explicar el entusiasmo general que se ha desa-

tado ni la indignación que se está mostrando ante la dañina actividad de Tito y compañía. Ha llegado el momento, camaradas, de detenernos concretamente en la responsabilidad de cada cual. Sería imperdonable que dejáramos caer el peso de los errores sobre las espaldas de todos.

Es evidente, ésta era también la fase más delicada y difícil del descubrimiento y depuración del mal. Los complotadores estaban en verdad a la defensiva y aturridos, pero continuarían defendiéndose, ocultando sus huellas, se esforzarían por desorientarnos.

Al principio, como resultado de los argumentos y los hechos que presentamos yo, Hysni Kapo, Gogo Nushi y hasta cierto punto también Bedri Spahiu y Tuk Jakova ante Koçi Xoxe, Pandi Kristo y Kristo Themelko, éstos, puestos entre la espada y la pared, se vieron obligados a aceptar únicamente un error.

—Nosotros —dijo Pandi Kristo— hemos sido «los más influenciados», pero no sabíamos que los dirigentes yugoslavos fueran enemigos.

Presentamos nuevos hechos y argumentos (relacionados con todo el cúmulo de problemas que he descrito antes), pero ellos continuaban en sus trece:

—Aceptamos que nos hemos dejado influenciar fácilmente y más que los demás —balbuceaba Xoxe—, incluso aceptamos que no profundizábamos mucho en lo que nos endosaban los yugoslavos, pero lo hacíamos inconscientemente. Nos equivocamos y punto.

¡Pero llegó un momento en que el bloque se rompió. Kristo Themelko, tras una serie de vacilaciones y titubeos, se convenció de que era inútil ocultar la verdad. Testificó con toda claridad ante el Buró Político que su actividad y la de los demás «influenciados», no era cuestión de «influencia», sino trabajo de agentes, llevado a cabo con sistema, organizado y dirigido desde Belgrado, o por Savo Zlatić, Josip Djerdja, Kuprešanin, Serzentić y otros desde Tirana.

De manera especial, sus declaraciones afirmando que todo lo que nos había predicado algunos meses antes (sobre la

«unión federativa», la «venida de la división», etc.) no era de su cosecha, sino de la de los yugoslavos, fueron muy útiles para profundizar aún más los análisis en el Buró Político.

—El propio Tito, en presencia de Tempo y de Koça Popović —declaró entre otras cosas Themelko— me dijo: «ve y preséntaselas a Enver Hoxha como tuyas e insiste para que se convenza».

De grado o no comenzaron a desembuchar también los demás, sobre todo Nesti Kerenxhi y Xhoxhi Blushi, mientras que Koçi Xoxe y Pandi Kristo, como «decanos» de los complotadores, continuaron (naturalmente en perjuicio suyo, ya que el Partido lo tenía todo claro) mintiendo y negándose a sacarlo todo a la luz.

Pero ahora todo estaba maduro para ser planteado en el Pleno del Comité Central del Partido.

Para empezar, del 6 al 7 de septiembre desarrolló sus trabajos el X Pleno del CC del PCA, en el que se discutió y se decidió convocar el I Congreso del PCA en noviembre de 1948. Discutimos y aprobamos el orden del día del Congreso, la forma de organización de las conferencias del Partido en las regiones, el procedimiento de elección de los delegados al Congreso, etc.

Todo esto tenía importancia porque no sólo marchábamos por primera vez a un acontecimiento histórico así, como era el Congreso del Partido, sino además por el hecho de que, en el aspecto organizativo, los yugoslavos nos habían impuesto en el pasado formas y métodos antidemocráticos.

Ahora esto acabaría de una vez y para siempre y la propia forma de organización, de preparación y desarrollo del Congreso, representaría el restablecimiento práctico de todas las normas y reglas internas en el Partido: Después de que discutiéramos sobre el proyecto de los estatutos del Partido, clausuré el X Pleno subrayando:

—El tiempo no espera, debemos movilizarnos para poner en marcha las instrucciones y orientaciones de este Pleno en el espacio de pocos días. Debemos transmitir inmediatamente estas orientaciones a los comités regionales del Partido, para

que todos los camaradas se instruyan y se integren en el trabajo de preparación de las conferencias, después de lo cual nosotros nos reuniremos nuevamente. Tenemos ante nosotros un trabajo grande y difícil: además de la formulación y discusión de los planes para el desarrollo económico y cultural, analizaremos con detalle toda la historia de nuestras relaciones con los trotskistas de Belgrado, su actividad antimarxista contra nosotros, pero además la forma en que hemos respondido a esa actividad durante los 6 ó 7 años en que hemos mantenido lazos con ellos.

Este análisis se llevó a cabo con pleno éxito y espíritu marxista-leninista de principios en el XI Pleno del CC del PCA, que desarrolló sus tareas del 13 al 24 de septiembre de 1948.

En el informe que presenté al Pleno en nombre del Buró Político, hacía un profundo y detallado análisis de toda la historia de nuestras relaciones con el PCY y con el Estado yugoslavo, de la línea política y organizativa de nuestro Partido, particularmente a partir del Pleno de Berat (noviembre de 1944) en adelante, descubría las causas de los errores verificados en nuestro país y determinaba las medidas para operar el giro dictado por las nuevas circunstancias.

No tendría valor que nos detuviéramos aquí en la exposición de las ideas, hechos y conclusiones de dicho informe, ya que repetiría de una u otra manera todo lo que he escrito hasta aquí. Quiero subrayar únicamente algunos momentos del Pleno.

Por encima de todo ha permanecido imborrable en mi memoria el sano espíritu marxista-leninista que caracterizó el desarrollo de los trabajos del Pleno de principio a fin. Por vez primera después de tantos años (puedo decir que desde la I Conferencia Nacional del PCA, de marzo de 1943), los camaradas se levantaban y hablaban libremente, con madurez y elevada preocupación por los agudos problemas que se habían planteado a discusión. Se hablaba sin *parti pris*, sin imposición ni retraimiento ante nadie ni por nada. La solidaridad de todos los camaradas con el informe que presenté no se

expresaba simplemente con palabras, sino con numerosos argumentos y hechos que cada uno extraía de su propia experiencia.

Tanto en el informe como en las numerosas intervenciones (hubo camaradas que por su propio deseo hablaron dos o tres veces) se puso aún más al descubierto la actividad antimarxista de la dirección yugoslava, sus febriles esfuerzos para meternos en un callejón sin salida y para someternos, su infame complot para devorar Albania. Enlazando esto con todo lo que se decía en las cartas del Partido Bolchevique y en la Resolución del Kominform, el Pleno llegó justamente a la conclusión de que en el caso de la línea de la dirección del partido yugoslavo estábamos ante una línea antimarxista, que se estaba concretando como una peligrosa corriente en el seno del movimiento comunista internacional.

—Es mérito del Partido Bolchevique, del gran Stalin, pero también de nuestro Partido —dijo uno de los camaradas— el haber descubierto y haberse opuesto enérgicamente a esta peligrosa línea. En caso de que se la dejara tranquila y no se la golpeará, traería consigo graves y sensibles consecuencias para el campo socialista.

Prosiguiendo el debate, otro camarada, aunque golpeó la desviación titista, manifestó la idea de que la traición de los dirigentes yugoslavos «debilitará al movimiento comunista y al campo socialista, ya que ¡quedamos con un partido comunista y un país socialista menos!».

Tomó la palabra Hysni Kapo y en su madura y concreta intervención, llena de argumentos y de generalizaciones valiosas, se opuso al que había intervenido antes:

—¡No es en absoluto verdad que el movimiento comunista y el campo socialista se vayan a debilitar por la traición de los dirigentes yugoslavos! —subrayó entre otras cosas Hysni—. Por el contrario, el descubrimiento de la traición, su denuncia y merecida condena nos harán más fuertes, más compactos, más decididos para marchar adelante. La fuerza del movimiento comunista y del campo socialista no la determina el número de los partidos y de los países integrantes, sino la

calidad de estos partidos y países, su decisión para aplicar y defender el marxismo-leninismo*.

En aquellos 10 ó 12 días de discusiones y debates, el análisis de la línea seguida por nuestro Partido ocupó un gran espacio. Tanto en el informe como en las intervenciones se subrayó y se argumentó con razón que independientemente de las ingerencias, presiones y chantajes de los titistas, la línea política del PCA había continuado siendo en todo momento justa y consecuente. Esta línea, se dijo, ha sido atacada pero no ha cedido, ha sido amenazada pero no ha resultado afectada.

Algunas deformaciones concretas que se han manifestado —se subrayó en el Pleno— no son resultado de nuestra línea. Nos han sido dictadas e impuestas por medio de la fuerza y la astucia, en especiales circunstancias, por los enviados de la dirección yugoslava. Pero de ningún modo estas deformaciones ocasionales e impuestas, como ocurrió por ejemplo en el VIII Pleno del CC del PCA, pueden representar la justa línea política aplicada y defendida por nuestro Partido, ni tampoco mancharla. Tiene importancia el hecho, se subrayó, de que incluso las graves deformaciones del VIII Pleno no encontraron nunca eco ni echaron raíces en nuestro Partido. Nosotros las deseamos con indignación y ahora estamos sellando su merecida condena.

Por lo que respecta a la línea organizativa del Partido, el asunto se presentaba distinto y más complicado. Aquí, tanto las presiones e ingerencias exteriores como su escala de difusión habían sido mayores y, por ello, se habían permitido tales violaciones que habían transformado la línea organizativa del Partido en una línea en general no justa. En este peligroso giro habían jugado un gran papel negativo el II y el VIII Plenos del CC del PCA. El análisis que se hizo de estos dos plenos puso a la luz nuevos y numerosos hechos y argumentos que confirmaban, no sólo el papel dirigente que habían jugado en su organización los enviados de Tito, sino también el tra-

* Del acta del XI Pleno del CC del PCA. ACP.

bajo antipartido, de espionaje y complotador del secretario de organización, Koçi Xoxe, y compañía.

Además de los incontestables hechos y argumentos que presentaron al Pleno los camaradas Gogo Nushi, Manush Myftiu, Haki Toska, Petro Papi, etc., los elementos que estaban implicados con los yugoslavos jugaron un papel especial en el esclarecimiento del complot de Berat y del VIII Pleno, aunque aún se presentaban de forma camuflada, como «ajenos a la red de agentes», como «sin tacha». Entre estos elementos se destacaron Naxhie Dume, Nesti Kerenxhi, Pëllumb Dishnica y otros.

—Antes de que se celebrara el Pleno de Berat —declaró Naxhie Dume— yo estaba al corriente de lo que se tramaba, sabía que se preparaba el golpe contra el Comandante y su eliminación, sabía incluso quiénes eran los nuevos camaradas que entrarían en el Buró. Me lo decía todo Nako. Naxhie habló mucho y la verdad es que, con su «celo», expuso hechos que, aunque muy tardíos, tenían valor para el descubrimiento y desenmascaramiento de los complotadores que aún permanecían en el seno del Partido. Entre otras cosas Naxhie Dume descubrió por primera vez la afirmación de Nako «si el Comandante no se convence, le convencerá la pistola».

—Esto —testificó— me lo ha dicho Nako. Estaba junto con Pandi cuando me lo dijo.

Pandi Kristo que estaba ya como una boñiga mojada no por la lluvia, sino por un aguacero, «se acordó» finalmente y declaró:

—Es verdad, Nako dijo eso. Cuando nos lo dijo estábamos inicialmente él, Koçi y yo. Estaba también Velimir Stoinić. Me metieron en un atolladero.

El ovillo se desenredaba cada vez más. Particularmente las deposiciones de Pandi, producto sobre todo del miedo de que estaba preso, así como la autocrítica, en general franca y sana, de Kristo Themelko, hicieron que se «tambaleara» también el «general Xoxe». Le habían abandonado toda su gravedad y cualquier señal de megalomanía. Parecía un gallo desplumado.

—Yo he sido el más influenciado por los yugoslavos porque confiaba mucho en ellos. Aquí está mi mal —puntuálizaba cuando se encontraba entre la espada y la pared, y se sentaba.

Los camaradas presentaron nuevos argumentos cada vez más contundentes. Se vio obligado a confesar otras cosas:

—Yo personalmente, por mi parte... he dicho que Albania no puede mantenerse sin Yugoslavia. Esto lo he dicho porque así se me había metido en la cabeza. Pensaba que Yugoslavia y Albania estaban en el campo con la Unión Soviética a la cabeza, pero Albania no codo con codo, sino bajo la férula de Yugoslavia. Era la influencia del trabajo de Tito. Después la cosa llegó a la unión completa, pero cómo se realizaría esta unión, no estaba claro para mí. Pensaba y repetía federación, confederación, pero hoy está claro que ellos querían a Albania como una séptima república.

—Pero tú, ¿cómo la querías?! —le preguntó irónicamente alguien al «general».

Este enmudeció.

—Yo, ya lo he dicho, es un grave error, pero no podía verla sola. ¡Del brazo de Yugoslavia sí! Tito y Ranković me han influenciado mucho.

Aún más desarmado se encontró Koçi Xoxe cuando sus «ayudantes» Nesti Kerenxhi, un tal Vaskë Koleci (digo ahora un tal Vaskë, pero en aquel tiempo era todo un viceministro del Interior que quiso hacer estragos entre nosotros), etc., para salvar la cabeza, sacaron a la luz acciones monstruosas realizadas a espaldas del Partido y de su dirección. Pero hay que decir que inicialmente no descubrieron estas monstruosidades ellos solos, por su propia «iniciativa». No, se vieron obligados a «confesarse» cuando la verdad salió al descubierto. Por lo que recuerdo, estaba interviniendo el camarada Adil Çarçani y éste, con cordura e indignación combinadas, criticaba las «orientaciones» antipartido que el «secretario de organización del Partido», Koçi Xoxe, enviaba a las regiones. Entre otras cosas Adil adujo el siguiente hecho.

—Cuando era secretario en el Comité Regional de Shkodra,

no sólo nos llegaban «orientaciones» que violaban abiertamente la democracia en el Partido, sino que una vez vino a verme Zoi Themeli enviado por el Ministerio del Interior y me dijo: «Tengo el encargo de controlar el Comité del Partido». «¿Cómo vas a controlar?», le pregunté. «Tú eres del Ministerio del Interior, ¿qué tienes que ver con el comité!». Zoi me dijo: «Así es la regla, ¿es que el secretario de organización va a ser en vano simultáneamente ministro del Interior?», e insistiendo me dijo que «se trata de una orden categórica del propio general, del Comité Central».

Precisamente después de esto se levantaron Nesti Kerenxhi y Vaskë Koleci y revelaron con sus propias bocas cosas que jamás había imaginado que podían suceder en el seno de nuestro Partido.

—La cosa había llegado hasta tal punto —dijeron éstos— que para aceptar o para expulsar a un camarada del Partido, primero había que recibir la autorización de los órganos de Seguridad; todos los carnets de los expulsados se guardaban en el Ministerio del Interior; en cada organización de base del Partido debía necesariamente haber un camarada de los órganos de Seguridad, que debía formar parte del buró, incluso ser secretario o vicesecretario; en los comités del Partido y en los burós de éstos debía figurar asimismo un «representante» de los órganos de Seguridad, etc., etc.

—¿Cómo es posible que haya ocurrido esto sin el conocimiento del Buró Político o al menos sin haberme informado a mí, como Secretario General del Partido? —le pregunté de inmediato a Koçi Xoxe.

—He creído que usted lo sabía —me respondió éste con media voz—. Yo no he impuesto por mi cuenta estas reglas. Nos las han dado los camaradas..., es decir, los enemigos yugoslavos. Así actúan ellos en su partido y yo... ya lo dije al Pleno, estaba muy influenciado por ellos.

En este preciso momento, Vaskë Koleci, para aparecer como «no implicado» en los asuntos negros, decidió darle un buen sopapo a su «general»:

—Te lo han transmitido los yugoslavos, pero también a

ti te ha gustado todo eso —le dijo a Xoxe—. El año pasado nos comprometiste a hacer el «reglamento de acción y de control», y se lo enviamos a todas las secciones de nuestro ministerio, a mí me parece que esto lo desborda todo.

—¿Qué es ese «reglamento»? —pregunté.

—¡Encomienda a los órganos del Interior la tarea de vigilar y controlar a cada comunista y a cada cuadro de una punta a otra del país! —respondió Vaskë con desfachatez, convencido de que con esta «revelación» había salvado el precipicio.

—¿Cómo?, ¿cómo? ¡¿Y ha sido enviada?! —pregunté lleno de conmoción y asombro.

—¡No para vigilar! —quiso «suavizarlo» un poco Xoxe—. Encomendamos a los camaradas de la Seguridad que se interesaran por la vida de los camaradas, por sus problemas, preocupaciones personales, familiares. Este era nuestro objetivo, no vigilar.

En la sala estalló la hilaridad, sólo que se trataba de una hilaridad excesivamente amarga.

—¡«Interesarse» en secreto, quiere decir vigilar! —le embistió Vaskë—. Y después, ¿qué hacíamos nosotros con los informes que nos llegaban? ¿Es que le resolvimos a alguien sus problemas? ¡No, llenábamos ficheros personales!

No vale la pena que me extienda en la infinidad de barbaridades antipartido y de espionaje de Koçi Xoxe y compañía. El Pleno se ocupó durante días enteros de ello (además de varios meses antes el Buró Político) y, tras el XI Pleno, todavía salieron a la luz más hechos sobre la amarga verdad de lo ocurrido, cuando sus conclusiones y decisiones fueron discutidas en el Partido y entre el pueblo.

Lo importante es que como resultado de todos estos largos y agotadores análisis, pero a la vez profundos y de principios, quedó plenamente al descubierto la actividad antipartido y antialbanesa de estos elementos corrompidos, que durante años enteros se habían lanzado a la acción para cavar la tumba al Partido, a la libertad y la independencia de la patria. Todo el Partido y el pueblo se convencieron de los infames

designios de esta gente y esto era lo más importante de nuestros análisis. En cuando a la condena, eso era ahora una cosa sencilla.

Así terminaron y fueron barridos de nuestras filas estos agentes de los yugoslavos. Finalizaron también las deformaciones que se habían producido a causa de su actividad abierta y secreta.

El XI Pleno decidió la plena e inmediata legalización del Partido y calificó de grave error, que debía ser corregido cuanto antes, el hecho de que el programa del Partido se hubiese ocultado bajo el del Frente Democrático, condenó y anuló como antimarxistas y antipartido, la mayoría de las decisiones del Pleno de Berat y todas las decisiones del VIII Pleno del CC del PCA, incluyendo aquí la anulación de todas las condenas y cooptaciones que, como dije, se habían llevado a cabo por vía antidemocrática, bajo la presión de la dirección yugoslava y de sus agentes, Koçi Xoxe y compañía.

Uno de los principales rehabilitados en el XI Pleno del PCA era Nako Spiru. La decisión de rehabilitarle se adoptó porque, como he aclarado antes, el XI Pleno rechazó como inexistentes y planteadas con objetivos antialbaneses y antimarxistas todas las «acusaciones» que nos había lanzado la dirección yugoslava, como era el caso de la relacionada con la denominada «línea antiyugoslava en la dirección del PCA», o la otra acusación que calificaba a Nako de «agente del imperialismo». En ausencia completa de hechos, no teníamos por qué considerar fundada esta acusación, que había sido lanzada por quienes no eran otra cosa que una agencia del imperialismo. Por lo que respecta a las «culpas» de Nako en el sector económico, como ya aclaré, él no era responsable de ellas y todavía más, fue en vano acusado por los yugoslavos de ser el autor del así llamado plan quinquenal autárquico. Todos nosotros éramos autores de este plan, que era verdaderamente audaz, pero ni mucho menos «irreal» o «autárquico». Asimismo, en la decisión de rehabilitar a Nako Spiru, influyó sobre todo el hecho de que, en aquellas condiciones, no conocíamos muchas de sus posiciones, culpas y actuaciones ocultas, lleva-

das a cabo particularmente desde el Pleno de Berat en adelante. Sobre todo no sabíamos entonces que Nako había establecido lazos en calidad de agente con la dirección yugoslava y que, más tarde, en el sucio juego por el poder, particularmente en su rivalidad con Koçi Xoxe, se encontró abandonado por los yugoslavos y a causa de esto se ligó (sólo que en calidad de agente) con los soviéticos. Nosotros no conocíamos tampoco estas últimas relaciones y no se nos podía ocurrir que se hubiesen podido llevar a cabo semejantes acciones. Veíamos únicamente que defendía los puntos de vista soviéticos, que hablaba bien de la Unión Soviética, y teniendo en cuenta la muy positiva opinión que nosotros mismos teníamos sobre la Unión Soviética, necesariamente, consideraríamos positivas estas posiciones de Nako. Asimismo el hecho de que él, especialmente durante los años 1946 y 1947, se aproximara más a mí y a la parte sana de nuestra dirección, influiría en la decisión que adoptamos. Por tanto, lo que sabíamos entonces, considerado indisolublemente ligado a todas las circunstancias y condiciones de aquel período, influyó en la decisión que tomó el XI Pleno del CC del PCA de rehabilitar a Nako Spiru.

El XI Pleno del CC del PCA adoptó asimismo todas las medidas necesarias para restablecer la democracia interna en el Partido, y, de manera especial, para elaborar cuanto antes los Estatutos del Partido, etc., etc.

Poco después del XI Pleno del CC del PCA, en noviembre de 1948, se reunió el histórico I Congreso de nuestro glorioso Partido.

El informe político que había preparado para el Congreso, con el cúmulo de ingentes e interminables trabajos que había en aquel período y sobre todo teniendo en cuenta que todavía nos estorbaban Xoxe y los «xoxistas», me exigió mucho tiempo y esfuerzo. Entonces todavía no habíamos organizado los aparatos del Partido y el original se encuentra en el Archivo del CC tal como lo escribí, directamente en mi máquina de escribir, con tipos pequeños. Es sabido que se trata de un informe muy voluminoso y para leerlo en el Congreso me

hicieron falta dos días, aproximadamente 15 horas en cuatro sesiones. Pero debo decir que el trabajo agotador y lleno de dificultades e «incógnitas» que necesité para elaborarlo, me proporcionó una particular satisfacción y alegría, que han permanecido imborrables en mi memoria.

Por medio de este informe, se hacía por primera vez el esfuerzo serio de dar un reflejo científico lo más justo y exacto posible de todo un período histórico de nuestro pueblo, particularmente desde principios de los años veinte de este siglo en adelante. Consideré necesaria esta extensión «más allá de las fronteras» históricas de la vida de nuestro Partido (es decir, antes del 8 de Noviembre de 1941), partiendo de la premisa básica de la dialéctica materialista de que nada nace del vacío, de que todo fenómeno, todo acontecimiento tiene su propia historia, tiene sus propias causas, raíces y condiciones, en primer lugar internas, de nacimiento y de desarrollo. Así había ocurrido también con nuestro Partido Comunista. El análisis que hice del período entre los años veinte y el 8 de Noviembre de 1941, constituía, por decirlo así, la prehistoria de nuestro Partido y argumentaba de manera irrefutable que fueron las condiciones y causas económicas, sociales, políticas, históricas, etc. de Albania en aquel período, los factores decisivos que condujeron a la creación del PCA y en modo alguno como peroraban los renegados de Belgrado, quienes, ahora con toda desvergüenza y abiertamente, ¡se atribuían el papel de «creadores» de nuestro Partido!

Tras esta mirada histórica, el informe analizaba con detalle toda la actividad del Partido desde su creación, valoraba correctamente las grandes victorias alcanzadas durante la guerra y después de ella, es decir, en todas las etapas por las que habían atravesado nuestro Partido y nuestro país durante los siete últimos años, descubría las circunstancias y las causas de los errores que se habían observado en la puesta en práctica de la línea del Partido y determinaba las principales tareas y orientaciones según las cuales nuestro glorioso Partido orientaría al país.

El elevado espíritu de partido que atravesaba el informe,

que fue unánimemente aprobado por el Buró Político del Comité Central, orientó correctamente a los delegados en sus intervenciones.

De este modo, durante 15 días consecutivos, del 8 al 22 de noviembre, los mejores representantes de nuestro Partido, elegidos del modo más democrático en las conferencias regionales, con los pareceres y opiniones justos y audaces que expusieron, hicieron del I Congreso uno de los más señalados acontecimientos no sólo del Partido, sino de toda la historia de nuestro pueblo.

En el Congreso ocupó un importante lugar entre otras cosas el análisis de nuestras relaciones con el PCY y el Estado yugoslavo. Allí, por vez primera abierta y ampliamente, denunciarnos y desenmascaramos toda la actividad hostil de Tito y compañía. Los hechos, argumentos y conclusiones que presentó el Congreso acerca de este problema eran irrefutables y abrumadores para los renegados de Belgrado. Se confirmó aún mejor que todos los errores y deformaciones verificados, especialmente en la línea organizativa de nuestro Partido, tenían su fuente principal en la dirección del PC de Yugoslavia. Esta había hecho lo imposible por imponernos puntos de vista y prácticas extraños y antimarxistas, tanto por el hecho de que se equivocaba teóricamente (en el fondo toda su línea era errónea, revisionista), como porque partía de objetivos sencillamente de espionaje, chovinistas y pragmáticos respecto a nuestro Partido y nuestro país. Asimismo el Congreso decidió del modo más justo y democrático sobre el destino futuro de Koçi Xoxe y compañía. A pesar de haberles desenmascarado duramente en el XI Pleno y en las reuniones de cuadros del Partido en las regiones y ministerios, y a pesar de las primeras medidas que habíamos adoptado, nuevamente les permitimos que tomaran parte en el Congreso y les concedimos incluso la palabra. Naturalmente, para el Comité Central y el Buró Político estaba todo claro respecto a ellos, pero tenía importancia que el propio Congreso del Partido expresara ahora a fondo y sellara la opinión y el juicio acerca de ellos. Ya en el momento en que yo leía la parte del informe

en que se hablaba sobre el trabajo consciente de espionaje de Koçi Xoxe, Pandi Kristo y otros, en la sala estallaron los gritos:

—¡Fuera de nuestras filas los enemigos del Partido y del pueblo!

Este espíritu invadía a todo el Partido y el pueblo que seguían con gran interés el Congreso. Nos llegaban miles de cartas y telegramas de las organizaciones del Partido, del resto de las organizaciones e instituciones regionales; miles de trabajadores, hombres, mujeres, jóvenes, comunistas o no, esperaban nuestra entrada y salida de la sala del Congreso. Su grito era también el mismo: «¡Viva el Partido! ¡Abajo los enemigos!». De forma particular ha permanecido para mí imborrable el momento en que se presentaron ante nosotros las madres de los mártires; las madres de aquellos que con seguridad hubiesen sido delegados a este Congreso, me rodearon, y encabezadas por la valerosa madre de Mihal Duri, con el puño en alto, nos encomendaban, puedo decir «nos exigían», que en nombre de la sangre de sus hijos nos mantuviéramos fuertes, mantuviéramos alta la bandera del Partido, defendiéramos el poder popular y finalmente terminaban: «¡Abajo los enemigos!».

Las numerosas y maduras intervenciones de los delegados desacreditaron por completo a los agentes de Belgrado. Situados ante los abrumadores hechos y argumentos, Koçi Xoxe y Pandi Kristo intentaron maniobrar incluso en el Congreso. Koçi Xoxe, por ejemplo, se vio obligado a aceptar con sus propias palabras que en Berat «me he opuesto a la línea del Partido y al Secretario General», que «nuestra actividad se desarrolló allí a espaldas del Partido», etc., pero, «todo esto lo hicimos, intentó disculparse Xoxe, porque no comprendíamos que estuviésemos cometiendo un error», «lo hicimos sin consciencia», «nos metió en un atolladero Stoinié»*. En este espíritu había «construido» (o se la habían preparado) Xoxe toda la «autocrítica»: aceptaba que había cometido mil y una

* De la «autocrítica» de Koçi Xoxe en el I Congreso del PCA. ACP.

bajezas, pero tras cada hecho subrayaba «lo he hecho inconscientemente», «no sabía que estaba actuando contra el Partido y el pueblo», «me embaucaron los yugoslavos», etc.

Los delegados rechazaron y desenmascararon a fondo también esta maniobra. Se confirmó con hechos y argumentos que todo había sido hecho con plena conciencia y según el guión preparado y aprobado en Belgrado¹. A partir de ese momento los delegados exigieron con insistencia que Koçi Xoxe y su gente no respondieran ya ante el Partido por su actividad de espionaje y antialbanesa, sino ante los órganos de la dictadura del proletariado.

El I Congreso del Partido, de este modo, profundizó aún más y selló definitivamente el viraje que había señalado el XI Pleno del CC del PCA. El Partido se armó con una justa línea general marxista-leninista. El Congreso condenó una vez más como injusta y dañina la práctica anterior impuesta por los yugoslavos de mantener al Partido en situación semilegal y, de una vez y para siempre, consagró a nuestro Partido su papel dirigente e insustituible en toda la vida del país. Los Estatutos del Partido que aprobó el Congreso jugarían un importante papel en el pleno restablecimiento de la democracia en el Partido y en toda la vida del país, en el conocimiento y aplicación de los principios y normas marxista-leninistas que regulan la vida interna del Partido.

Mientras discutíamos en el Congreso cada párrafo de los Estatutos, los camaradas comparaban con madurez y preocupación las numerosas prácticas y posiciones dañinas del pasado con la verdad marxista que se expresaba en los Estatutos. Por sí solo se amplió aún más el cuadro de nuestro

¹ Precisamente de este desenmascaramiento querían librarse los cabecillas de Belgrado. Hicieron lo imposible porque Koçi Xoxe se fugase a Yugoslavia antes del I Congreso del PCA. Con este fin enviaron varios radiogramas al representante yugoslavo en Tirana, en uno de los cuales se le decía que organizara a toda costa un contacto con Koçi Xoxe y se llevara a cabo su huida a Yugoslavia. A la persona que consumara su huida se le entregarían 100 mil leks, etc. (*Archivos del Ministerio del Interior*).

conocimiento sobre los renegados de Belgrado y sus agentes dentro de nuestras filas. El Congreso afirmó nuevamente la justa conclusión de que en el caso de la dirección del PC de Yugoslavia no teníamos que vérnoslas únicamente con una dirección antialbanesa, nacionalista y chovinista, sino por encima de todo con una agencia del imperialismo, con una camarilla de renegados conscientes que luchaban por revisar la teoría y la práctica de la revolución y del socialismo en todos los campos. El cúmulo interminable de hechos que nunca han dejado de producirse, así como nuestros posteriores análisis destinados a desenmascarar política e ideológicamente al revisionismo yugoslavo, han confirmado y confirman hasta qué punto era correcta y clarividente la conclusión a que llegó el I Congreso del PCA sobre los renegados de Belgrado.

Tras el I Congreso del Partido, a la luz de los nuevos hechos que aparecieron, el Partido y el pueblo exigieron justamente que los cabecillas complotadores fueran entregados a la justicia popular, para que les juzgara por alta traición a la patria, al Partido y al socialismo¹. Ante el tribunal, los agentes de Belgrado afirmaron por su propia boca que en todo lo que habían hecho habían sido preparados y dirigidos por Tito y sus enviados. Publicamos en la prensa sus declaraciones ante el tribunal con el fin de que las leyera el pueblo, pero también para que cayeran sobre la mesa de Tito como un golpe demoledor por lo que había hecho en el pasado y como una advertencia para el futuro.

Es evidente que por lo que a nosotros respecta tocó a su fin cualquier clase de lazo con Tito y el partido titista. El amargo pasado con ellos lo mantuvimos como una valiosa lección para el futuro, porque sabíamos que de cerca, directa o

1 El proceso contra Koçi Xoxe, Pandi Kristo y tres de sus colaboradores más cercanos, se desarrolló en la ciudad de Tirana del 11 de mayo al 10 de junio de 1949. El tribunal sólo condenó a muerte por fusilamiento, a K. Xoxe, mientras que a P. Kristo a 20 años de privación de libertad, y a los otros tres de 15 a 5 años de privación de libertad.

indirectamente, jamás mantendríamos ni aceptaríamos ningún lazo con ellos, por el contrario la lucha contra sus puntos de vista y sus posiciones antimarxistas y contra su ininterrumpida actividad antialbanesa no cesaría jamás.

Nosotros continuaríamos esta lucha con espíritu marxista-leninista de principios, para llevarla de forma consecuente hasta el fin, hasta la victoria.

EN LUCHA ABIERTA CON LOS TITISTAS

La lucha contra el titismo, una necesidad histórica ■ Nuestra primera confrontación con los jruschovistas por la «cuestión yugoslava» ■ Sobre la «democracia» de los Tito-Ranković ■ La dirección de Belgrado lanza a la acción a la basura antialbanesa, a los criminales y agentes subversivos ■ La traición jruschovista en ayuda de la traición titista. Desarticulación del complot titista-jruschovista en la Conferencia del Partido de Tirana (abril de 1956) ■ Mehmet Shehu, un poliagente de los servicios secretos imperialista-revisionistas ■ Los juegos acrobáticos de Mehmet Shehu desde el Pleno de Berat (noviembre de 1944) hasta el I Congreso del PCA (noviembre de 1948) ■ Año 1960. Mehmet Shehu con Tito, Randolph Churchill y Fultz a bordo del transatlántico «Queen Elisabeth». ¿A quién complacería y a quién no este servidor de cien señores? ■ En los años 70. Las agencias occidentales y la titista dan a Mehmet Shehu la orden de lanzarse a la acción. Tres grupos complotadores fracasados ■ Las manifestaciones de Kosova obligan a la UDB a sacrificar la carta de la «gran esperanza» en Albania. ¿Por qué se suicidó Mehmet Shehu? ■ Esperanzas en bandas de terroristas ■ Albania socialista ha sido y es una roca de granito.

Los 35 años que han transcurrido desde el momento en que fue denunciada y desenmascarada públicamente la traición titista hasta hoy, son testigos de que, a pesar de que a partir de 1948 los lazos entre nuestro Partido y el PCY se

interrumpieron de una vez y para siempre, la lucha entre nosotros no se detuvo ni se interrumpió en ningún instante. Dos son, entre otros, las causas y factores principales que han hecho para nosotros imprescindible y vital esta lucha:

Primero, nuestro Partido ha visto y ve en el titismo una de las variantes más peligrosas del revisionismo moderno y por eso hemos considerado y consideraremos como un derecho y una tarea de primera importancia el empeñarnos en la lucha por su desenmascaramiento y desbaratamiento político e ideológico.

Segundo, la actividad antiálbanesa de la dirección de Belgrado no se interrumpió nunca durante todo este período y por ello nuestro Partido y nuestro Estado se han visto obligados a desarrollar una lucha aguda, a ultranza para descubrir, golpear y convertir en polvo los propósitos y las continuas actividades complotadoras y de espionaje de Belgrado.

Sin que sea necesario entrar en detalles sobre el modo en que se ha desarrollado en concreto esta lucha (en todos los documentos teóricos del Partido está analizada con detalle), quisiera evidenciar algunos de sus aspectos y momentos más importantes.

La lucha contra el titismo, una necesidad histórica

El revisionismo yugoslavo, la primera corriente que representa al revisionismo en el poder, surgió en un momento clave de la lucha entre el socialismo y el imperialismo. Desde el principio el imperialismo norteamericano y toda la reacción mundial vieron en el titismo el camino, la ideología y la política que conducían a la degeneración de los partidos comunistas de los países socialistas, a la escisión y la destrucción de la unidad del movimiento comunista internacional, al sabotaje de la revolución y de las luchas de liberación nacio-

nal. A causa de ello el imperialismo y la reacción apoyaron con todas sus fuerzas y medios a los renegados de Belgrado, les mantuvieron vivos y les orientaron para que, conservando algunos remiendos «socialistas», sirvieran como medio de diversión para la destrucción de los demás.

Tito y compañía aceptaron esta misión con plena conciencia y transformaron el partido y el estado yugoslavos en una agencia del imperialismo. Ante este mal nuestros partidos comunistas no podían ni debían de ningún modo permanecer indiferentes. De manera especial ante los partidos de los países entonces socialistas se planteaba la urgente tarea de no dormirse sobre los laureles y pensar con ligereza que, ya que estaban en el poder y la dirección yugoslava había sido denunciada y había quedado aislada, ésta ya no representaba ningún peligro. No, la constante lucha de clases, lucha por la aplicación y defensa de la pureza del marxismo-leninismo, por el temple de cada comunista y de todo el partido con la ideología revolucionaria, era una necesidad sine qua non para todo partido, con el fin de no consentir que se repitiera en ninguna parte lo sucedido en Yugoslavia.

Consciente de todo esto, nuestro Partido (a pesar de ser relativamente joven y sin la debida experiencia en el terreno de la teoría) se alineó a partir de 1948 entre los primeros en la lucha abierta, política e ideológica contra el revisionismo yugoslavo. Paralelamente a los demás partidos comunistas, miembros o no del Kominform, nuestro Partido aportó su contribución al descubrimiento y desenmascaramiento ulterior de esta corriente revisionista, de las raíces y causas sociales y de clase que hicieron posible su surgimiento, de los daños que produjo tanto al partido, al estado y al pueblo yugoslavos, como al movimiento comunista y obrero internacional.

Por su parte, Tito y compañía, enfurecidos a causa de la derrota que habían sufrido y el desenmascaramiento que les estaba desacreditando de continuo, desataron, junto a la lucha por propagar las teorías revisionistas, una campaña sin escrúpulos de calumnias y acusaciones contra el PC de la Unión Soviética y J.V.Stalin, contra el Kominform y también contra

nuestro Partido. Colocados entre la espada y la pared por la voz valerosa y argumentada de nuestro Partido, no les quedó otra salida que dar alaridos afirmando que si el Partido del Trabajo de Albania se había separado de ellos y les atacaba era porque prefería someterse a un partido más grande (!), al PCUS, y que ¡nosotros actuábamos según nos «decían» y según nos «dictaban» Moscú y el Kominform!

Nosotros ni siquiera prestamos oídos a esta infame acusación, conscientes de que no podíamos esperar otra cosa de los traidores de Belgrado. Proseguimos, pues, nuestro trabajo y, se entiende, considerábamos una gran suerte encontrarnos junto al PCUS, dirigido por el glorioso Stalin, y a los demás partidos comunistas de los países entonces socialistas y de los capitalistas, en este agudo enfrentamiento entre el marxismo-leninismo y el revisionismo moderno.

La solidaridad general en la lucha contra los renegados de Belgrado (en aquel período, al menos en apariencia, esta solidaridad no presentaba fisuras), nos alentaba y nos daba coraje, y nosotros, combatiendo, nos preparábamos mejor y nos templábamos más para las batallas futuras.

Pero no pasarían muchos años y la acusación pregonada a bombo y platillo por los cabecillas de Belgrado acerca de los motivos de que partía nuestro Partido en la lucha contra ellos, se encontraría ante una verdadera prueba. Fue ésta una prueba difícil y amarga que nosotros ni habíamos deseado ni desearíamos nunca. Pero el hecho es que nos encontramos ante ella tras la muerte de J.V.Stalin. El equipo jruschovista que tomó el poder, inicialmente puso sordina a la lucha contra el revisionismo yugoslavo y muy pronto la cesó por completo. Según la lógica de la acusación titista, también nosotros debíamos cambiar de disco, ya que «así lo había hecho Moscú». Pero para sorpresa de Tito (naturalmente, también de Jruschov), nosotros proseguimos el camino anterior: ninguna concesión, ninguna señal de conciliación con los revisionistas yugoslavos.

Obramos así porque estábamos más que convencidos de la traición de la dirección yugoslava, porque veíamos que

estaba metida de pies a cabeza en el camino de la revisión general de la teoría y la práctica del marxismo-leninismo. Aún más, en el período que va de 1948 a 1954, Tito, Kardelj y otros habían proclamado y estaban aplicando consecuentemente semejantes teorías y formas de organización del partido y del estado yugoslavos, que testimoniaban con toda claridad su completo abandono y tergiversación de los principios del marxismo-leninismo. (A este período corresponden, entre otras, «obras» titistas como el cambio de nombre del partido de «Partido Comunista» a «Liga Comunista»; la transformación de esta «Liga» en una especie de asociación educativo-propagandística; la toma como modelo de la «democracia americana» para la construcción del sistema político de Yugoslavia; la proclamación del denominado socialismo autogestionario, que no era más que una máscara del orden capitalista; las prédicas sobre la extinción del estado ya en el socialismo, negando la tesis marxista-leninista acerca de la necesidad de la existencia de la dictadura del proletariado durante todo el período de tránsito del capitalismo al comunismo, etc., etc.)

Precisamente cuando sucedía esto, es decir, cuando Tito proclamaba abiertamente con su actuación que era un renegado y un revisionista consumado, Jruschov intentaba «aclararnos» que Tito era «marxista», incluso «destacado» y que en Yugoslavia se construía el «socialismo», que la culpa por lo que sucedió en 1948 ¡no la habían tenido Tito y compañía, sino el Kominform y Stalin!

No estábamos de acuerdo con tal modo de considerar y valorar las cosas, por ello obramos no según «irradiaba» Moscú, sino como irradiaba el marxismo-leninismo.

Pero, como en todos los campos, tampoco en la actitud hacia la camarilla de Belgrado limitó Jruschov su negra obra a dar «ejemplo personal». Pronto llegó el momento en que mediante órdenes y dictados cortantes Moscú nos exigió que interrumpiéramos nuestra lucha de principios, nos sometiéramos y nos abrazáramos con Tito. Rechazamos esto con indignación y no aceptamos ni por un solo instante actuar al margen de la verdad. Incluso, tal como he aclarado detallada-

mente en el libro de memorias *Los Jruschovistas*, la actitud ante los renegados de Belgrado se transformó para nosotros en una de las piedras de toque para distinguir quiénes eran los nuevos dirigentes que habían tomado el poder en la Unión Soviética después de la muerte de Stalin, quiénes eran también los dirigentes de los demás partidos que cambiaron de camino inmediatamente después de que el revisionismo jruschovista saliera a la luz*. Los acontecimientos rodaron velozmente y las dos partes, los jruschovistas y los titistas, en colaboración y unidad, tramaron planes y comenzaron su actividad para transformar la situación en el movimiento comunista y obrero internacional y sobre todo en los países de democracia popular, en favor de los objetivos revisionistas de Jruschov y del agente del imperialismo, Tito. Desgraciadamente esta febril actividad antimarxista dio sus amargos frutos en los partidos de los demás países. Se confirmó que no habíamos sido nosotros, sino los demás partidos quienes se habían dejado llevar por la corriente en 1948 cuando también ellos «desataron» el ataque contra Tito y su gente, junto al PC Bolchevique. El mismo Dej que tiempo atrás se ufanaba de su «valentía» con la pistola al cinto con un rey caído de la higuera, el mismo Dej que presentaba informes en el Kominform para desenmascarar a la dirección revisionista yugoslava, fue uno de los primeros que corrió a pedir disculpas a Tito. Lo mismo hicieron los polacos, quienes, entre otras cosas, sacaron de la cárcel al viejo titista, al tristemente célebre Vladislav Gomułka y le colocaron directamente en el puesto de secretario general del POU Polaco, para introducir a toda prisa a Polonia en el camino del caos completo y dramático; lo mismo hicieron los húngaros, por supuesto los búlgaros, y por turno todos los demás. Se confirmó así muy pronto la conclusión de nuestro Partido de que, si no se combatía al revisionismo con todas las fuerzas y de modo constante, la plaga yugoslava se abatiría también sobre los demás, como en efecto sucedió.

* Véase: Enver Hoxha. *Los jruschovistas* (Memorias). Ed. en español, pág. 107. Tirana, 1980.

Pero me estaba refiriendo a nuestro camino. Nosotros continuamos la lucha contra los renegados de Belgrado, golpeamos en todo momento sin piedad sus puntos de vista y sus posiciones hostiles, les desenmascaramos públicamente y no nos amedrentamos ni retrocedimos nunca ante nadie. Entre tanto las presiones y maquinaciones de Tito y de Jruschov contra nosotros no pararon. Al igual que en Polonia, Hungría, Bulgaria, Checoslovaquia, Rumania, etc., intentaron rehabilitar también en Albania a su grupo de espías, a Koçi Xoxe y compañía. Tanto la dirección yugoslava como la soviética (oficialmente por medio de Suslov), reclamaron la rehabilitación de Koçi Xoxe, es decir que retornáramos al Pleno de Berat del CC del PCA, que aceptáramos los denominados «errores» de nuestro Partido en la línea y en las relaciones con los yugoslavos, cosa que ya en 1944, tal como he puesto de manifiesto con anterioridad, no puede decirse que se hiciera sin el conocimiento del jefe de la misión soviética en Albania, mayor Ivanov, amigo íntimo del tristemente célebre coronel Velimir Stoinić. Pero todos estos esfuerzos fracasaron. Nuestro Partido del Trabajo se mantuvo inamovible en su punto de vista anterior de que el grupo titista era y seguía siendo traidor, renegado, trotskista, subversivo y una agencia de los americanos y que ni nuestro Partido, ni el Kominform, ni Stalin se habían equivocado respecto a ellos. En numerosas ocasiones le repetimos a Jruschov y a sus lacayos este punto de vista: por carta y en entrevistas oficiales, les presentamos infinidad de argumentos sobre las obras «teóricas» y prácticas de los renegados yugoslavos, pero la verdad entraba en oídos sordos. Nos convencimos así de que la gangrena revisionista había invadido la cabeza y el cuerpo del CC del PCUS, así como la dirección de los otros partidos. Y aunque nos veíamos solos en la lucha, tampoco esta vez desistimos.

Tras finalizar la fase de la «piedra de toque», es decir, después de que nos convenciéramos de lo que eran Jruschov y los jruschovistas en relación con los titistas, decidimos dar un paso superior en la lucha contra el revisionismo moderno. El hecho es que durante un período de varios años, particu-

larmente desde comienzos de 1956 hasta mediados de 1960, utilizamos la puerta abierta de la lucha contra los traidores titistas para golpear a la nueva traición que había surgido y se fortalecía de día en día, la traición jruschovista.

Se trataba, como he tenido ocasión de subrayar otras veces, de una táctica inteligente y clarividente de nuestro Partido que utilizamos con gran éxito. Si se examinan con cuidado todos los documentos del Partido correspondientes a ese período, dan a entender a cualquiera que nosotros, no ya en 1960 y 1961 cuando denunciábamos abierta y públicamente a los jruschovistas, sino desde 1954, 1955 y particularmente después de este año, estábamos empeñados en la lucha contra la traición jruschovista que se desarrollaba al galope paralelamente a la traición titista. Pero como en aquel período aún no estaban maduras las condiciones ni había llegado el momento de denunciar abierta y públicamente por su nombre a Jruschov y los jruschovistas, golpeábamos y desenmascarábamos sus puntos de vista y posiciones revisionistas, enlazando éstos, en la prensa y ante el público, con los revisionistas de Belgrado, con la actividad antimarxista de Tito, de Kardelj, etc. Esto no quiere decir ni mucho menos que cargáramos sobre las espaldas de Tito y de su gente algo que no les correspondía. Tito era tan jruschovista como Jruschov, del mismo modo en que este último era tan titista como el propio Tito. Ambas variantes eran ramas de un mismo tronco, del revisionismo moderno, ambas eran corrientes hostiles, peligrosas y merecían el desenmascaramiento y el ataque enérgicos. Pero, como dije, en este caso Tito además de recibir lo que le correspondía, era utilizado por nosotros en el papel de «cabeza de turco» o, más claro, de cabeza de Jruschov.

Las dos partes percibían dónde golpeaba el filo de nuestra lucha, por eso fortalecieron aún más su colaboración y lo que Jruschov, por cuestión de táctica y para guardar las apariencias, no podía decir contra nosotros, Tito lo proclamaba con toda claridad. Es bien conocido, entre otras cosas, el tristemente célebre discurso de Tito en Pula, en noviembre de 1956. No sólo se desató allí un ataque antimarxista desenfre-

nado contra la teoría y la práctica del orden socialista, sino que Tito condenó directamente el «culto a Enver Hoxha» e hizo un llamamiento a derrocar a la dirección de nuestro Partido. Con toda seguridad, con este ataque antialbanés y el llamamiento descarado al derrocamiento de nuestra dirección, Tito expresaba no sólo su propio deseo sino también el de la dirección soviética. No es casual que muy pocos días después de este malfamado discurso viniera a verme el embajador soviético en Tirana, Krilov, y solicitara con gran insistencia, por encargo de la dirección soviética, «que no respondamos duramente a Tito, ya que se encienden los ánimos y se nos crean problemas». Respondimos a Jruschov y a Tito medida por medida: denunciarnos y desenmascaramos el discurso ultrarrevisionista de Tito con todas las baterías, sin preguntar si «se le encendía la sangre» a Tito o si «se le creaban problemas» a Jruschov. Verdaderamente nuestras posiciones tajantes y de principios le creaban problemas a Jruschov. Cuando los revisionistas soviéticos vieron que fracasaban en Hungría y en otros lugares y que se les escapaba de las manos la situación en el movimiento comunista y en el campo socialista, se replegaron algo de la lucha subversiva en colaboración con Tito, ya que éste, con sus acciones y «teorías», no sólo ponía abiertamente al descubierto el pantano revisionista en que estaban sumidos, sino que además se esforzaba por mantener bajo su ala a la corriente jruschovista y maniobrar con ella según sus intereses y los de sus patrones imperialistas. En aquellos momentos Jruschov se vio obligado a apoyar durante cierto tiempo las posiciones del Partido del Trabajo de Albania, publicaba nuestros artículos en la prensa soviética, en la reunión de los partidos comunistas y obreros del año 1957 se vio obligado a aceptar nuestra decidida posición contra el titismo como agencia del imperialismo, posición ésta que se incluyó en la declaración, etc. Pero como ya he dicho en otras ocasiones, esto era sólo una retirada temporal de Jruschov. En el fondo él estaba contra la lucha de principios que nosotros librábamos contra el titismo, hasta tal punto que, en una de las confrontaciones que tuve con él y con

Suslov respecto a la posición ante el revisionismo yugoslavo, Jruschov se irritó tanto que nos dijo con rabia: «¿Dónde quieren llevarnos, al camino de Stalin?!».

Paso a paso nuestras contradicciones de principios con la dirección soviética crecían, nos encaminábamos hacia la confrontación de Bucarest.

Es sabido que en 1960 nos lanzamos abiertamente contra la traición jruschovista y, después de ello, intensificamos nuestra lucha de principios contra ella, tal como habíamos hecho y hacíamos desde 1948 con la corriente titista. En este período el PC de China dio la impresión de estar comprometido junto a nosotros en esta lucha, tanto contra una como contra la otra corriente del revisionismo moderno. Nuevamente hubo voces en este período, sólo que ahora no sólo procedentes de Belgrado sino también de Moscú, que pretendían que nosotros nos habíamos lanzado a esta lucha porque así lo hacía Pekín(!), ¡porque así nos era dictado por Mao Tse-tung! A nosotros nos hacían sonreír estas acusaciones rastreras y continuábamos nuestro trabajo. Ahora sabíamos bien que estas voces no tenían su origen en que los acusadores no conocieran bien al Partido del Trabajo de Albania. No, se trataba de los aullidos del lobo que, incluso estando herido de muerte, intenta amenazarte y atemorizarte. Los revisionistas titistas y jruschovistas intentaban propagar niebla y humo para menoscabar por poco que fuera la imagen de nuestro Partido.

El tiempo confirmaría pronto que también esta vez, de igual modo que siempre, nosotros no nos habíamos empeñado en la lucha contra el revisionismo ni por el dictado de Pekín ni por el de Mao Tse-tung, sino por el dictado supremo del marxismo-leninismo. Nuestro heroico Partido había desarrollado, desarrollaba y llevaría aún más lejos su lucha de principios, por orden de nuestra ideología rectora, en favor de ella, en defensa por tanto de la teoría y de la práctica de la revolución frente a los ataques de los revisionistas modernos. Cuando llegó el día en que Mao Tse-tung cesó la lucha contra el revisionismo yugoslavo, nosotros la proseguimos como antes. Es preciso decir que también esta vez utilizamos la «puerta

abierta» de la lucha contra el revisionismo yugoslavo y soviético para golpear los puntos de vista del Partido Comunista de China y de su estrafalario líder Mao Tse-tung y sus tergiversaciones del marxismo-leninismo. Sólo que, como he argumentado ampliamente en una serie de materiales, sobre todo en *Reflexiones sobre China*, la causa de la traición del PC de China no radica ni en la chochez senil de Mao ni en la decrepitud del resto de los viejos de Pekín. No, éstos habían sido revisionistas, y de la más pura raza, desde su juventud, pero habían adoptado una fraseología supuestamente de principios, marxista-leninista en períodos concretos (como era sobre todo el caso del año 1960), para ocultar tras ella sus objetivos a largo plazo y sus planes antimarxistas, contrarrevolucionarios. Cuando finalmente se convencieron de que sus astucias «marxistas» no les llevaban donde pretendían, se deshicieron del manto «marxista-leninista» y aparecieron tal como eran en realidad: titistas, eurocomunistas y jruschovistas consumados. Los acontecimientos se precipitaron rápidamente y cuando la dirección de Pekín cayó de rodillas ante el renegado de Belgrado nosotros no sólo no obramos como obraron y como nos dictaron Mao y Chou En-lai, sino que por el contrario ¡no vacilamos en lanzarnos al mismo tiempo al ataque contra la otra variante del revisionismo moderno, la variante china, el pensamiento Mao Tse-tung!

Estos y otros argumentos prueban cabalmente que tanto en la lucha contra los renegados de Belgrado como contra todas las demás corrientes revisionistas, nosotros no partimos de ningún factor externo, nunca obramos a ciegas ni nos dejamos llevar por la corriente, no nos dejamos influenciar por nadie. Convencidos de que desde el inicio desarrollábamos una lucha justa, conscientes de que cumplíamos nuestro deber como partido marxista-leninista, avanzamos pues en dicha lucha, transformando todo este proceso no sólo en uno de los capítulos más gloriosos de la historia de nuestro Partido, sino también en una gran escuela de temple y preparación revolucionaria, en una universidad sin precedente para el

conocimiento y la asimilación profundos del marxismo-leninismo.

Hubo un momento en que Jruschov, incapaz de cerrarnos la boca, nos acusó de que desarrollábamos esta lucha abierta y de principios contra el revisionismo yugoslavo porque pretendíamos hacernos los «abanderados» de la lucha contra el revisionismo moderno, es decir, colocarnos por encima de los demás. En esencia también esta infame acusación manifestaba claramente el bagaje hostil, megalómano y antimarxista del propio acusador. Nosotros jamás habíamos pensado en «destacar», ni en colocarnos por encima de los demás, o colocar a los demás bajo nuestro mando, bajo nuestro dictado, ni nos habíamos empeñado en la lucha para esto. No, al luchar contra el revisionismo yugoslavo nosotros cumplíamos simplemente nuestro deber, deber que se planteaba del mismo modo ante todo partido verdaderamente marxista-leninista. Y cuando los demás abandonaron este deber sagrado, ¿debíamos también nosotros abandonarlo y callar para no dar «ocasión» de que nos acusaran de «abanderados», de megalómanos?! Si nuestro Partido hubiese obrado así, ello hubiese sido una falta imperdonable. Nosotros no caímos ni un solo instante en el abismo donde querían precipitarnos los jruschovistas y, más tarde, los maoístas. Continuamos pues la lucha contra el titismo sin más motivo que el de cumplir una de las tareas fundamentales que se planteaba y se plantea ante cualquier partido.

Pero aquí debe evidenciarse con toda claridad una verdad indiscutible: por todo lo que ha sucedido en el movimiento comunista y obrero internacional en estas tres o cuatro últimas décadas (particularmente después de la traición jruschovista), al Partido del Trabajo de Albania le corresponde el gran mérito histórico de ser el único entre los partidos en el poder que no sólo no se dejó engañar ni interrumpió un solo instante la lucha contra el revisionismo yugoslavo, sino que además ha hecho el análisis del titismo, o más exactamente, su autopsia completa, profunda y general.

Orgullosos de la contribución que hemos aportado al desen-

mascaramiento de esa variante del revisionismo, convencidos y conscientes de la necesidad de profundizar la lucha contra él, codo con codo junto a los demás partidos marxista-leninistas, continuaremos avanzando en el futuro por el mismo camino. Con el titismo, como con todas las demás variantes del revisionismo moderno, no nos hemos conciliado ni nos conciliaremos jamás. Con ellos nos «une» únicamente la lucha política e ideológica, que proseguiremos hasta su liquidación total y definitiva.

En el camino de los complots

A partir de mayo-junio de 1948 éramos más que conscientes de que Tito y los titistas, como traidores al marxismo-leninismo, eran y continuarían siendo dañinos y peligrosos para todos los partidos comunistas, para los movimientos revolucionarios y las luchas de liberación nacional en todas partes del mundo, pero para nosotros, los comunistas y el pueblo albanés, además de lo anterior, eran y seguirían siendo también enemigos directos, antialbaneses brutales y jurados. Estábamos convencidos de que no renunciarían a sus planes y sus objetivos de apoderarse de Albania y de que, para ello, no abandonarían las armas de la subversión, de la ingerencia y de los complots contra nuestro Partido y nuestro país.

Estaríamos en todo momento vigilantes y con el puño dispuesto ya que la agencia titista en Albania, aunque gravemente golpeada, no dejaría de trabajar para el futuro, con planes y variantes a largo plazo. En este marco, Tito y compañía, de mil y una maneras, harían lo imposible por reconquistar las posiciones perdidas, por crear las condiciones y el terreno adecuado para infiltrarse entre nosotros y destruirnos. Ellos no podrían aceptar jamás el hecho de que Albania se les «escapara» de las manos, jamás podrían conciliar tranquilos el sueño mientras vieran que en Albania trabajaba y dirigía

un partido al que habían pretendido transformar en un instrumento dócil, pero que para desgracia suya les había respondido continuamente como merecían, haciendo, finalmente, polvo y cenizas sus viejos sueños paneslavos. Mientras estuviéramos en el poder los titistas serían por tanto enemigos reales y peligrosos para nuestro Partido y nuestro país.

Para que los propios titistas probaran esta verdad no hubo necesidad de que pasaran meses o años. Por el contrario, cuando aún no les habíamos denunciado pública y abiertamente, ellos, «para salirle al paso al mal», desataron toda una campaña de calumnias y acusaciones contra nuestro Partido y su dirección e, inmediatamente después del I Congreso de nuestro Partido, la campaña antialbanesa de Belgrado adquirió proporciones e intensidad desconocidas. Los periódicos, las estaciones de radio, los panfletos, las editoriales, todos los medios de la propaganda titista fueron lanzados a esta vil campaña, calumniando y vomitando monstruosidades contra nosotros. Entonces nos acusaron entre otras cosas de «violiar la democracia» en el Partido y entre el pueblo(!), de asesinar «comunistas» y «patriotas honestos»(!) y, más tarde, continuaron con la acusación de que estábamos transformando a Albania en un «cuartel cercado de alambre de espinos», pisoteada por la «bota militar», etc., etc.

Según esta alarma propagandística que resonaba desde Belgrado, debías pensar que en Albania se estaban cometiendo estragos, pero cuando llegaba el momento de que presentasen hechos y argumentos, los «defensores de la democracia» de Belgrado se colocaban en una posición miserable: ¡sólo tenían un nombre que mencionar, el de Koçi Xoxe!

Pero ¿quiénes eran estos «defensores ideales» de la «democracia pura», que sólo porque los órganos de nuestra dictadura habían condenado a muerte únicamente a Koçi Xoxe, un enemigo y agente declarado, llegaban «horrorizados» a la conclusión de que éramos «asesinos» y «violábamos la democracia»?!

No voy a mencionar aquí los asesinatos, las eliminaciones y el exterminio en masa que, durante el período 1945-1948 y

por orden de los Tito-Ranković, llevaron a cabo el ejército titista y los órganos de la UDB bajo la máscara de la lucha por la «liquidación de los elementos ustaš y četnik», de las «bandas criminales», de los «restos del antiguo régimen», etc., no voy a mencionar tampoco el terror negro que desataron en este período (particularmente a finales del año 1944 y durante todo 1945) sobre el pueblo de Kosova y la población albanesa que habitaba en sus propias tierras en Montenegro y Macedonia, bajo la máscara de la lucha contra las «bandas ballistas», «nacionalistas», «gran-albanesas», etc. Voy a detenerme sólo a comparar la forma en que actuó la «democracia titista» con la actuación de nuestra democracia en 1948 ante los respectivos opositores y enemigos.

Como relaté detalladamente más arriba, particularmente en los primeros meses de 1948, para nosotros quedó más que claro todo el cuadro de la actividad traidora y de espionaje al servicio de los yugoslavos de la banda de Koçi Xoxe, Pandi Kristo y otros. Y, aunque no eran acusados simplemente de mantener puntos de vista extraños, sino sobre todo de alta traición al Partido y a la patria, nosotros incluso consentimos a Koçi Xoxe, Pandi Kristo, etc., que tomaran parte en todas las reuniones del Buró Político, en los IX, X y XI Plenos del CC del Partido, en las reuniones de cuadros que se desarrollaron después y hasta en el I Congreso del PCA. No sólo les permitimos que tomaran parte sino que incluso les concedimos el derecho a intervenir cuantas veces lo consideraran necesario.

¿Qué clase de «democracia» especial ofrecieron en Yugoslavia Tito y Ranković a los miles de elementos del PCY que se solidarizaron con las cartas del CC del PCUS y con la Resolución del Kominform?! ¡Les cargaron de cadenas en cuanto abrieron la boca! Y cuando varios cientos más solicitaron simplemente que se discutiera en el Partido sobre lo que se decía en las cartas del CC del PCUS, es decir, cuando todavía no se habían manifestado ni a favor ni en contra, la «democracia» titista les puso los grilletes, les encerró en las cárceles y les asesinó por la espalda. Nosotros, por tanto,

analizamos en el Partido la obra criminal de la banda de Koçi Xoxe durante 5 ó 6 meses (estando presentes incluso los propios traidores), y los titistas no permitieron a sus propios adversarios que hablaran ¡ni en la reunión de la organización de que formaban parte! Nosotros, de toda la red de la agencia antiestatal que descubrimos, entregamos tan sólo a los tribunales a 4 ó 5 personas, ¡la camarilla de Tito llenó las cárceles con miles y miles de adversarios simplemente ideológicos! Y, después de todo esto, ¡aún tenía la desvergüenza de acusarnos a nosotros de «violiar la democracia»!

De los 4 ó 5 elementos que a finales de 1948 entregamos a procedimiento judicial, el hecho es que sólo uno, Koçi Xoxe, fue condenado a la pena capital como traidor declarado al Partido y al Estado, ¡como cabecilla de la banda que había hecho de todo por postrar a Albania bajo el yugo de Yugoslavia! Los otros 3 ó 4 fueron condenados a penas de 20 a 5 años de privación de libertad, según su grado de culpabilidad y la actitud que mantuvieron cuando el complot les estalló entre las manos. Los titistas, de aquellos miles de comunistas yugoslavos que encerraron en las cárceles como kominformistas, asesinaron o hicieron desaparecer sin dejar rastro a la mayor parte. ¡Y a pesar de todo esto, se atrevían a acusarnos a nosotros de «asesinos»!

Los campos de concentración del tipo del tristemente célebre Goli-Otok, una especie de Mauthausen adecuado a las condiciones del «socialismo yugoslavo», no se construyeron en Albania, sino en Yugoslavia. En ellos no padecieron, no fueron mutilados ni exterminados nuestros comunistas y patriotas, sino los yugoslavos, y entre ellos, cientos y miles de kosovares y otros albaneses que habitaban en sus tierras en Montenegro y Macedonia. No fuimos pues nosotros quienes llenamos Albania de Goli-Otoks, fue la dirección de Belgrado quien inundó Yugoslavia de estos campos tristemente famosos. ¡Y se atrevía aún a acusarnos a nosotros de que habíamos transformado a Albania en un «cuartel donde imperaba la bota militar»!

He aquí, pues, la «democracia titista», he aquí a los «evangelistas» Tito-Ranković que, mientras ni siquiera se in-

mutaban con los monstruosos crímenes que perpetraban contra el partido y los pueblos de Yugoslavia, les «temblaban las carnes» ¡porque nosotros habíamos condenado a muerte a un declarado enemigo nuestro y agente suyo igualmente declarado! Es la misma «democracia rankovichiana» la que durante 35 años ha hecho estragos en Yugoslavia, es la misma «democracia titista» la que recientemente lanzó sobre las pacíficas manifestaciones del pueblo kosovar, que reclamaba el respeto y el cumplimiento de sus derechos constitucionales, a las centurias y cohortes negras de los Ranković, Lubičić, Stambolić y Herlević.

Pero Tito, a partir de 1948, como antialbanés furibundo que era, no podía contentarse ni se contentó con ataques propagandísticos contra nosotros.

Igual que los gobiernos reaccionarios de los países occidentales, la dirección titista creó en tierra yugoslava campos enteros donde se agrupaban criminales y otros agentes, enemigos del nuevo orden socialista en Albania, y se entrenaban y preparaban para lanzarse sobre nuestro territorio con el fin de organizar el sabotaje y la subversión. Llegó así el tiempo en que Tito y su gente, en lugar de los anteriores enviados «de partido» y estatales, comenzó a enviarnos por docenas bandidos, criminales, ladrones, gente inmoral, huidos de Albania junto con los ocupantes en 1944, o más tarde como resultado de los crímenes que habían cometido y de la hostilidad que alimentaban hacia el nuevo orden de dictadura del proletariado. En colaboración con las agencias imperialistas y chovinistas extranjeras, sobre todo con las de los países vecinos, los renegados de Belgrado agruparon a la vez anti-albanesa de los agentes, los criminales y de los fugitivos políticos y comunes, los trasladaron a Yugoslavia desde todas partes para prepararlos como fuerza mercenaria contra el Partido del Trabajo de Albania y el Estado socialista albanés. Naturalmente, nosotros esperaríamos a los bandidos «huéspedes» procedentes de Yugoslavia de la forma que se recibe a los bandidos y criminales, con el dedo en el gatillo.

Estas tenebrosas fuerzas constituían por decirlo así el

«destacamento exterior» que la dirección yugoslava azuzaría contra nosotros, como efectivamente hizo. Pero al mismo tiempo los yugoslavos no se olvidaron del «destacamento interno». Aquí se incluían no sólo los elementos reclutados hacia tiempo por la UDB y que nosotros aún no habíamos descubierto, sino todos los deshechos del viejo orden que habíamos derrocado. Todos estos elementos estaban predispuestos a recoger y aceptar las orientaciones y señales que les llegaran de Belgrado. Esto es comprensible: las clases derrocadas, los traidores, los elementos descontentos, los enemigos del poder popular, todos los que no podían soportar la justicia del Partido y de nuestro poder popular, depositaban todas sus esperanzas en el exterior. Y, si hasta 1948 las tenían depositadas en los americanos y en los ingleses, no les venía nada mal que se les sumara un nuevo aliado y patrón. Se esforzarían por activarse, por establecer lazos y actuar al amparo de la red de los titistas, y esto fue lo que efectivamente hicieron.

Pero también éstos serían descubiertos y golpeados con el tiempo. Las esperanzas de Tito y su gente de suscitar el descontento, el pánico, la desesperación, la confusión y el desorden en Albania no se justificaban. Como el ratón en la ratonera cayeron uno tras otro en nuestras manos tanto los bandidos y los agentes subversivos como los agentes secretos que lanzaron a la acción en nuestro país en este período.¹

Tampoco ahora nos dormimos. El tiempo probaría que la dirección yugoslava, tanto con sus «propias fuerzas», como de acuerdo con los servicios secretos imperialistas, mantenía otras «piezas de reserva» para lanzarlas a la acción en los momentos que le parecieran más oportunos y cuando conviniera a sus intereses. Sería la marcha de nuestra revolución

1 Desde 1948 a 1955 la agencia yugoslava introdujo u organizó en Albania 307 bandas de agentes subversivos y criminales, todos los cuales fueron capturados o liquidados. Durante este mismo período, fueron descubiertos y liquidados los grupos y organizaciones secretos de espionaje, organizados y dirigidos por los servicios secretos yugoslavos en colaboración con los occidentales.

la que pondría al descubierto quiénes eran estas «piezas de reserva». Lo principal es que nosotros permanecemos siempre vigilantes, conscientes de que no tendríamos tranquilidad en nuestro avance, porque, además de otras cosas, nuestros numerosos enemigos jamás nos dejarían trabajar y vivir en calma.

De este modo llegó a su fin la primera fase de los esfuerzos de Tito por transformar la situación en Albania por medio de los elementos subversivos y los agentes. Nada conmovió nuestra fortaleza socialista, sus cimientos eran incommovibles. Paso a paso, a la vez que avanzábamos en todos los terrenos de la vida, a la vez que liquidábamos las bandas y las redes de espionaje imperialistas, titistas e imperialista-titistas, nos hacíamos más fuertes, más decididos en nuestro camino.

A principios de la década de los 50 se comprobó con claridad que Tito no podía conseguir nada contra nosotros con el método de los agentes subversivos, de los espías y de la vieja escoria antialbanesa y antisocialista. Pero precisamente cuando sus esperanzas sobre un vuelco de la situación en Albania se esfumaban, Tito recibió, como un «regalo de dios», la ayuda de otro renegado, Nikita Jruschov.

La traición jruschovista, uno de los más grandes traumas que ha sufrido nunca el movimiento comunista y obrero internacional, proporcionó a Tito nuevas posibilidades y medios, y junto con ellos grandes esperanzas en la transformación de la situación en Albania. La vieja avidéz chovinista de devorar Albania, se entrelazaba ahora con otros dos factores esenciales: con el odio de los renegados de Belgrado hacia el socialismo que se construía en Albania y, segundo, con el ansia de venganza por el desenmascaramiento y los sucesivos golpes que nuestro Partido y nuestro pueblo les habían asestado y les asestaban durante años.

Los titistas no esperaron mucho y nos lanzaron el primer ataque por medio de Tuk Jakova. No es algo casual que precisamente cuando se sincronizaban los relojes de Tito y Jruschov, uno o dos meses antes de que el segundo viajase a Belgrado para abrazarse con Tito, Tuk Jakova se alza y nos repite la tesis hostil de los yugoslavos de que eran ellos

quienes habían creado el Partido Comunista de Albania(!) y que a ellos correspondía el «mérito» por todas las victorias logradas en la Lucha Antifascista de Liberación Nacional(!).

Ya he hablado detalladamente acerca del contenido de esta «tesis» y la razón por la que se planteó. Aquí pretendo únicamente evidenciar algo más: Tuk Jakova era uno de los participantes en la Reunión Fundacional del PCA, en noviembre de 1941; durante los años de la guerra y hasta 1955, al igual que todos nosotros, había escuchado en numerosas ocasiones esta tesis y no la había aceptado, por el contrario la había rechazado con energía. Entonces ¡¿cómo cambió de opinión y escupió sobre su propia cara en abril de 1955?! Con seguridad Çalamani (Dušan Mugoša) que, según el santo y seña de la UDB, «recordaba y no olvidaba» a sus reclutas, dio la señal a Tuk de que se lanzara a la acción. Las demás «tesis» de Tuk eran todas las que el equipo jruschovista había lanzado al mercado al por mayor preparando el terreno para el XX Congreso del PCUS: extinción de la lucha de clases; revisión de la línea seguida por el Partido y sobre todo rehabilitación de los enemigos que habían sido condenados por oportunismo y trotskismo; cambio de la composición del CC del Partido y ascenso a la dirección de los elementos condenados, etc., etc.

Nuestro Partido golpeó inmediatamente con energía y sin piedad las «tesis» y objetivos de Tuk y de aquellos que se los habían dictado. Con Tuk Jakova se unió tan sólo un elemento, Bedri Spahiu, conocido hacía tiempo como oportunista, megalómano, partidario de la tesis de la extinción de la lucha de clases, etc. El Pleno del CC del PCA, celebrado en junio de 1955, al condenar a estos dos elementos capituladores y antipartido, no sólo expresó la decisión del PTA de no caer en la ciénaga en que habían empezado a hundirse los otros partidos de los países entonces socialistas, sino que al mismo tiempo dio una buena lección a Tito y compañía. La primera tentativa de los titistas contra nosotros, en el período en que se había desatado la epidemia jruschovista, fracasó. Pero a pesar de este amargo fracaso la dirección yugoslava

ni perdió las esperanzas, ni escatimó esfuerzos para llevar a cabo nuevas tentativas de intervención y subversión en Albania.

Fue precisamente el momento en que se coronó en Belgrado la ruidosa y vergonzosa conciliación de Tito y Jruschov, a finales de mayo y comienzos de junio de 1955. Es bien conocida nuestra enérgica posición de rechazo a esta tristemente famosa acción.

En cuanto Jruschov nos informó, a última hora, que viajaría a Belgrado, se conciliaría con Tito, le pediría «perdón» por los «errores que se habían cometido con él» en 1948 y 1949 (!) y proclamaría en la prensa la «decisión» (tomada por el propio Jruschov) de anular las resoluciones del Kominform, nosotros, mediante una enérgica carta, expresamos a Jruschov nuestra desaprobación por sus actos y, sobre todo, por el hecho de que él anulara las resoluciones del Kominform¹. En algunas entrevistas que mantuve aquellos días con el embajador soviético en Tirana, Levichkin, argumentamos más amplia y enérgicamente a la dirección soviética nuestra justa actitud ante esta cuestión. Pero la componenda Tito-Jruschov se llevó a cabo. Pocos días después de esta acción traidora, el 17 de junio de 1955, con las medidas que adoptó el Pleno de nuestro Comité Central respecto a Tuk Jakova y Bedri Spahiu, de forma directa o indirecta,

1 «La experiencia diaria de nuestro Partido en las relaciones con los yugoslavos —le decíamos entre otras cosas en la carta a Jruschov— tanto antes de la ruptura con ellos en 1948, como después y hasta hoy, confirma de manera clara y completa, con hechos numerosos y evidentes, que el contenido principal de todas las resoluciones del Kominform en relación con la cuestión yugoslava ha sido plenamente justo. . . Según nuestra opinión, una decisión tan rápida (y precipitada) sobre una cuestión de gran importancia de principios, sin realizar antes un análisis profundo junto con todos los partidos interesados en esta cuestión y aún más su publicación en la prensa y su legalización en las conversaciones de Belgrado no sólo serían prematuras, sino que ocasionarían serios daños a la orientación general. . . Nosotros estamos convencidos de que esta línea general de nuestro Partido en sus relaciones con Yugoslavia es justa. (De la carta del CC del PTA dirigida al CC del PCUS el 25 de mayo de 1955. ACP).

dábamos a entender a Tito y Jruschov que nosotros no sólo no transigiríamos con sus planes, sino que golpearíamos sin piedad, como efectivamente hicimos, cualquier tentativa suya y de sus agentes por someternos. Pero debe decirse que a pesar de que no aceptamos de ningún modo la línea que nos dictaba Moscú, por el contrario nos opusimos a esa línea, no podíamos salir «incólumes», es decir sin ser alcanzados por la oleada que desató. Tanto Jruschov como Tito, unas veces unidos y otras por separado, trabajarían para hacer lo más contundentes posible los efectos del golpe, para crear una situación que condujera a Albania a la «sumisión».

Entre los acontecimientos más graves de este proceso debe mencionarse la Conferencia del Partido de Tirana de abril de 1956. En ella, en el marco de la primera fase de la salida a luz del revisionismo jruschovista, se produjo sin duda el esfuerzo principal de Tito y de Jruschov para lograr un vuelco de la situación en Albania. La Conferencia de Tirana de abril de 1956 se celebró muy poco tiempo después del tristemente célebre XX Congreso del PCUS, y lo sucedido en ella fue desde el punto de vista ideológico un reflejo de aquel congreso y de la plataforma revisionista que él codificó, mientras que desde el punto de vista organizativo fue simplemente un complot tramado por la dirección titista por medio de su embajada, en colaboración, como se supo después, con la embajada soviética.

Es conocido el hecho de que Jruschov, particularmente tras el XX Congreso celebrado en febrero de 1956, hizo lo imposible en colaboración con Tito por dar la vuelta a la situación en todos los países de democracia popular. Como ya dije antes, una de las primeras medidas que emprendió Jruschov fue la rehabilitación de los condenados en la época del Kominform y su ascenso a la dirección de los partidos y los estados de democracia popular. Sucesivamente fueron rehabilitados Raik en Hungría, Gomulka en Polonia, Kostov en Bulgaria, se desató el denominado movimiento por la democratización, por la «revisión de las decisiones adoptadas bajo la influencia de Stalin y del Kominform», etc. Se lega-

lizó en muchos de los países la «nueva línea» de conciliación con los antiguos enemigos, de «coexistencia pacífica» con el imperialismo, etc. En toda esta carrera no se quedaron atrás ni los demás países de democracia popular de Europa ni la China de Mao Tse-tung.

Tito observaba con satisfacción este proceso y hacía todo lo posible por darle nuevos impulsos y desarrollarlo en su interés. Creyendo que había llegado el momento de pasar a ser el abanderado, declaró más de una vez que el «culpable» de todo lo que había ocurrido era el propio régimen socialista y que, como consecuencia, debía ser derrocado el socialismo «dogmático», «stalinista» y establecerse el régimen yugoslavo, la «autogestión humana», «vital».

Muchos fueron los engañados o los que esperaban impacientemente esta traición que ahora se codificaba y se transformaba en ideología oficial. Únicamente nuestro Partido y nuestro país permanecieron inamovibles en la línea anterior. Esto no podía sino irritar a los adalides del revisionismo moderno, como Tito y Jruschov. Al ver que en nuestro país no les salían las cosas como en los demás países, decidieron seguir el viejo camino. El de los complots. Tito era maestro en ello.

La Conferencia de Tirana era precisamente una parte del complot Tito-Jruschov destinado a operar un giro de la situación en nuestro país. Digo una parte, porque su plan o su complot era mucho mayor y más amplio. En la Conferencia de Tirana se daría únicamente el primer paso, se tomaría el pulso, se prepararía el terreno y, más tarde, se continuaría aún más allá, particularmente en el III Congreso del PTA que se celebraría poco después de la Conferencia de Tirana¹.

¿Qué sucedió de hecho en la Conferencia de Tirana?

Inicialmente, en Tirana como en todo el país, se habían desarrollado reuniones de las organizaciones del Partido, que se caracterizaron por la madurez política, ideológica y organizativa de toda la organización, por el cariño de los comunis-

¹ El III Congreso del PTA desarrolló sus labores en Tirana del 25 de mayo al 3 de junio de 1956.

tas hacia el Partido, su dirección y la línea que se había seguido, por la decisión de llevar aún más lejos y defender esta línea, etc. En estas reuniones fueron además elegidos los delegados para la Conferencia del Partido de Tirana. Hasta aquí, pues, todo marchaba con plena normalidad, la organización del Partido de Tirana, como las de todo el país, confirmaba una vez más su madurez y la justeza de la línea general del Partido. Pero justo cuando los delegados habían sido elegidos y se preparaban para la Conferencia, la embajada yugoslava en Tirana recibió la orden urgente de poner en acción a los agentes secretos preparados con tiempo, a los elementos descontentos, etc. Se entiende fácilmente la causa de este apresuramiento de Belgrado: se acababan de publicar las tesis y decisiones revisionistas del XX Congreso del PCUS y la dirección yugoslava había juzgado que no había tiempo que perder. Una acción rápida, secreta e intensiva en Albania podía, según ellos, enturbiar y embrollar por completo la situación, en caso contrario, no se podía derribar a la «dirección stalinista de Enver Hoxha». Y comenzaron a tramarse los hilos del complot.

Bajo el pretexto de «dar a conocer» y «popularizar» las decisiones y tesis del XX Congreso del PCUS, que el mundo entero propagaba con escándalo, los agentes de los yugoslavos y otros elementos condenados por el Partido, instruidos por la embajada yugoslava, comenzaron a trabajar secretamente a los delegados que iban a la Conferencia. Se siguió incluso un camino «legal»: Explotando el cariño que había cultivado nuestro Partido por el PC de la Unión Soviética, se «orientó» a numerosos delegados para que reclamaran de las organizaciones donde habían sido elegidos que se «discutiese» una vez más, según el ejemplo del «partido hermano soviético», que aseguraran «observaciones» y «críticas» contra la dirección de nuestro Partido, de acuerdo con el «nuevo espíritu»; que se hiciese un llamamiento a los comunistas para que lo dijese «todo», «sobre el presente y sobre el pasado»; que se hiciesen esfuerzos por «enderezar los errores y deformaciones», bajo la máscara de la «democracia», de «escuchar la voz de las masas»,

de «llevar a la Conferencia la opinión de abajo», etc., etc.

Desde el primer día de la Conferencia y, particularmente, en las primeras sesiones del segundo, se sintió abiertamente este «espíritu crítico», incluso muy pronto las acusaciones llegaron tan lejos que la situación se hizo grave e inquietante para los propios organizadores ocultos del complot.

Exactamente a mediodía de la segunda jornada de la Conferencia llegó Nexhmije a Vlora de forma por completo inesperada. Llevaba alguna semana en Vlora de vacaciones, aunque de hecho trabajaba en la preparación del informe para el III Congreso del Partido que tendría lugar en mayo de aquel año. Nexhmije me dijo que aquel día (lo recuerdo bien, era domingo, 15 de abril) Mehmet Shehu y Beqir Balluku la habían convocado a una entrevista. Mehmet Shehu le había dicho que «la situación en la Conferencia es grave», «se está reclamando la rehabilitación de Koçi Xoxe, Tuk Jakova y Bedri Spahiu», el «establecimiento de lazos con Tito y el partido yugoslavo», etc. «Te digo esto, había finalizado Mehmet Shehu, para que vayas a Vlora y pongas al corriente al camarada Enver, nosotros creemos que es necesario que venga él mismo a la Conferencia.»

Explicaré más adelante por qué informó de esto Mehmet Shehu, por qué consideró «necesario» que fuera yo a la Conferencia y cuál era su verdadero papel en este complot. Aquí quiero poner de relieve que, después de lo que me dijo Nexhmije, incluso sin la «petición» de Mehmet Shehu, no se podía permanecer un momento más en Vlora. De modo que di la orden de que trajeran el coche y a las dos horas me encontraba en Tirana.

Llamé de inmediato a Mehmet Shehu y a Beqir Balluku (éste *de jure* era el delegado del Comité Central en la Conferencia, pero *de facto*, según se confirmó después, era el «delegado» del servicio secreto yugoslavo). Hysni Kapo asistía también a la entrevista. Pedí particularmente a Beqir Balluku que me informara detalladamente sobre lo que se hacía y se decía en la Conferencia y éste, enrojeciendo y palideciendo alternativamente, comenzó:

—Ayer, en cuanto Fiqret terminó el informe, nos bombardearon a preguntas. Las preguntas son... fuertes, desconcertantes: «¿Por qué el Comité Central no está actuando rápida y ampliamente para popularizar el XX Congreso del partido soviético?», «¿Vamos a adoptar sus tesis y decisiones como han hecho los partidos hermanos?!», «¿Cree el Comité Central que deben revisarse las decisiones tomadas contra Koçi Xoxe, Tuk Jakova, Bedri Spahiu, a la luz del XX Congreso?», «¿Por qué ha prohibido nuestro Comité Central la publicación de los artículos y materiales de los partidos hermanos escritos en el espíritu del XX Congreso?», «¿Por qué la dirección de nuestro Partido no ha condenado como los demás el culto a la personalidad de Stalin y hay o no manifestaciones de él en nuestro país?», «¿Cómo juzga la dirección de nuestro Partido la cuestión yugoslava?», «¿Por qué no establecemos nosotros, como los demás, relaciones con el PCY...?».

Después de continuar citándome cierto número de preguntas semejantes (podían variar en la formulación, pero en esencia eran idénticas a las que he mencionado), Balluku finalizó:

—Esta clase de preguntas se plantearon ayer, y las intervenciones de los delegados se desarrollan en este mismo espíritu.

—¿Todos los delegados hacen esa clase de preguntas y todos hablan en ese espíritu?! —le pregunté de inmediato.

Balluku calló durante un instante, enrojecido miró hacia Mehmet Shehu, pero como éste permanecía como congelado, carraspeó y respondió:

—¡No! Sólo algunos camaradas hablan acerca de estos problemas y en este espíritu, pero son ellos los que están dando el tono a la Conferencia.

—¿Y vosotros, les disteis la debida respuesta a estas preguntas y acusaciones lanzadas contra el Partido y su línea?

—Lo hice, pero tal como parece el problema se ha agravado mucho. No se tranquilizan. Por eso el camarada Mehmet Shehu y yo pensamos en informarle y pedir que viniera usted mismo a la Conferencia a darles respuesta...

—¡Está claro! —interrumpí a Beqir Balluku—. Hicisteis bien en informarme y en pedir que viniera. Iremos inmediatamente a la Conferencia y no somos nosotros, sino los elementos que pretenden ponernos cuñas en las ruedas y tergiversar nuestra justa línea, quienes deben temblar ante el enfrentamiento. Pero antes de que vayamos debo deciros a vosotros unas cuantas cosas.

Primero, por lo que he oído de vosotros está claro que nos encontramos ante un ataque hostil, que, con seguridad, no está sólo inspirado sino también organizado. Cómo y por quién, eso ya lo sabremos, incluso muy pronto, pero en mi opinión aquí está no el dedo sino el brazo de los yugoslavos. También esto lo veremos. Sin embargo yo creo que tú, Beqir Balluku, como delegado del Comité Central del Partido, no debías haber permitido que la situación llegara a este punto. Conoces la línea del Partido. Nuestra posición ante todos esos problemas con que ahora nos salen algunos «valientes» reclamando «revisiones», está más que clara. En su momento hemos discutido y decidido respecto a esos problemas de forma colegial y que yo sepa ninguno de vosotros se ha quedado sin tenerlos claros, y menos aún en contra.

—¡Así es! —intervino Mehmet Shehu con media voz—. Hemos estado y nos hemos manifestado de acuerdo.

—Entonces —me dirigí a los dos— ¿por qué hacía falta que viniese yo para hacer frente a la situación y para dar respuesta a cuestiones que vosotros conocéis de sobra?! Esto es desde cualquier punto de vista no sólo incorrecto sino inadmisibles para dirigentes principales de un partido. Lo que hemos solucionado y decidido todos debemos defenderlo igualmente todos. De cualquier modo lo principal ahora es afrontar la situación y ya que vosotros juzgasteis oportuno que lo hiciera yo, por supuesto que lo haré.

La segunda cosa que quería deciros es en relación con la táctica que se debe seguir. He pensado obrar así: pediré la palabra inmediatamente y, con tranquilidad, sin atacar de momento a los acusadores, aclararé a los delegados la esencia de la verdad acerca de las preguntas y las indignas acusacio-

nes que se han lanzado. Explicaré cuál ha sido y es la posición de nuestro Partido respecto a estos problemas, cómo hemos actuado y desde qué posiciones se lanzan las acusaciones y a dónde conducen, si se permite que se mantengan. Estoy convencido de que la mayoría abrumadora de los delegados son elementos sanos y fieles al Partido y, si alguno de ellos está desorientado, se aclarará enseguida. Por lo que se refiere a los «valientes» que quieren revisiones, me ocuparé de ellos concretamente en la segunda fase, cuando los delegados tengan clara la verdad. Reclamaré ante la Conferencia que cada uno de esos elementos nos aclare desde qué posiciones lanza sus inmundas acusaciones, en nombre de quién habla y quién le ha inspirado. Estoy seguro de que se desmascararán y se desacreditarán frente a la verdad.

Fui, pues, en la tarde del 15 de abril a la Conferencia de Tirana y apliqué la táctica que he explicado. Debo decir que en cuanto penetré en la sala donde se desarrollaban los trabajos de la Conferencia, me rodeó una atmósfera que aumentó aún más mi confianza y mis fuerzas: nada más verme los delegados se pusieron en pie y estallaron en aplausos y ovaciones al Partido y a nuestro Comité Central. La vitalidad y la alegría comenzaron a aparecer en sus caras. Estaba claro, los camaradas se liberaban de la angustia que les había perturbado e inquietado durante cerca de dos días. Todavía me convencí aún más de esta verdad después de tomar la palabra. La aclaración de los problemas que comencé a hacer con espíritu camaraderil, la argumentación de la justeza de la línea general seguida por el Partido, electrizó rápidamente a la sala. Una y otra vez los delegados gritaban desde sus asientos: —¡Esta es la verdad! ¡Viva el Partido!

Sólo unos cuantos desentonaban aquí y allá de la generalidad: cuando la sala se ponía en pie, se levantaban también ellos, forzados por la mayoría, pero parecían no tener manos ni boca. Naturalmente no queríamos sus aplausos aunque nos los regalaran. Debíamos apretarles bien los tornillos, que aceptaran ellos mismos que en todo lo que habían lanzado partían de posiciones hostiles, antialbanesas y antipartido,

que cumplían las órdenes y «directrices» de la dirección trotskista yugoslava, además deberían rendir cuentas por toda esta negra obra. Particularmente al día siguiente, 16 de abril, hube de ocuparme en especial de estos elementos. Como dije, la fase de aclaración de los problemas en principio y con tranquilidad, había finalizado con éxito. Le correspondía el turno al ataque, que sería demoledor para los complotadores y sus instrumentos en la Conferencia. Me dirigí a uno de ellos por su nombre y le exigí que nos «aclarara» al instante ¡qué es lo que le había movido en sus acusaciones!

Comenzó a parlotear, al principio como con «audacia», pero después musitando que expresaba la «opinión de la organización de base».

—¡Deja la organización de base! —le dije—. Acláranos antes qué hacías tal día en el coche de la embajada yugoslava, ¿dónde fuiste y qué instrucciones recibiste?!

Al momento, la sala se llenó de vivacidad y movimiento.

—No me di cuenta —tuvo el valor de «defenderse» el instrumento de los yugoslavos—, me pareció un coche albanés.

—Aceptemos que en principio te equivocaste —añadí siguiendo con su «lógica»—, pero cuando entraste y oíste que se hablaba en servio, ¿no te parecería el servio albanés?!

Estallaron las risas en la sala. El agente de los yugoslavos se quedó como muerto, no sabía dónde sostenerse ni qué decir. Continuamos así con otros dos o tres, que hasta el día anterior habían sido «incontenibles» y «grandes valientes»; pero ahora quedaron completamente aislados y desacreditados.

Después de esto casi no tuve que intervenir más. Tomaron la palabra los delegados, quienes, con la madurez, el valor y el espíritu de crítica y autocrítica que han caracterizado siempre a nuestros comunistas, hicieron que la Conferencia del Partido de Tirana prosiguiera y llevara a término con pleno éxito sus trabajos.

La tentativa de transformarla en la primera acción para derrocar a la sana dirección del PTA y transformar la situación en Albania, fracasó desde el embrión.

Tanto durante la Conferencia, como sobre todo después

de ella, analizamos con sangre fría lo sucedido y, como he dicho, sobre la base de montones de hechos, llegamos a la conclusión de que todo había sido organizado por la dirección titista por medio de la embajada yugoslava en Tirana. Asimismo, ya en aquellos mismos días llegamos a la justa conclusión de que la plataforma revisionista del XX Congreso del PCUS había sido lo que había inspirado e incitado tanto a la dirección yugoslava como a sus agentes en nuestro seno en esta tentativa hostil.

Después de que el grupo de complotadores de la Conferencia de Tirana fuera desbaratado, algunos de sus integrantes fueron expulsados del Partido, algunos otros, los que resultó que estaban en contacto con la embajada yugoslava (sobre la embajada soviética no teníamos entonces datos), fueron entregados a los tribunales.

Pero entonces, por nuestro propio nivel de conocimiento, no llegamos a descubrir y golpear al instrumento más fuerte de las agencias extranjeras que, esta vez, puesto en acción por la UDB yugoslava, jugaba secretamente el papel principal en el complot. Se trataba de Mehmet Shehu. Los hechos relacionados con su actitud en la Conferencia no nos permitieron llegar a esta conclusión. Ahora, a partir del análisis de los acontecimientos anteriores y posteriores, particularmente a partir de los hechos que se descubrieron tras su suicidio el 18 de diciembre de 1981, el Partido ha llegado a conclusiones exactas y enteramente argumentadas.

Pero, antes de hablar sobre el papel y los fines complotadores de Mehmet Shehu y de su grupo hostil en la Conferencia de Tirana de 1956 y más tarde, hasta el momento en que se suicidó, considero necesario realizar un retorno al pasado para mostrar quién era en verdad Mehmet Shehu, de dónde venía y a quién servía.

De las investigaciones realizadas tras el suicidio de Mehmet Shehu y de los documentos que el Partido tiene en sus manos resulta que ha sido reclutado como agente de los americanos cuando estudiaba en la escuela de Fultz en Tirana. Por orden de éste, Mehmet Shehu marchó

a estudiar a una escuela militar en Italia, igualmente por orden de la agencia americana fue enviado a España, para que penetrara en las filas de las brigadas internacionales. El objetivo de la agencia de espionaje americana era dar a su agente la «patente» de «combatiente internacionalista» con el fin de utilizarle para objetivos a largo plazo, posteriormente en Albania.

Tras el revés de la guerra antifascista en España, Mehmet Shehu marcha a un campo de refugiados en Francia, donde permaneció durante tres años cuando muchos de sus compañeros se fugaron. En el campo fue reclutado también como agente del Intelligence Service inglés. Le retiraron de allí un oficial de la Gestapo y otro del SIM italiano, pasó por Italia, donde fue retenido durante dos meses antes de ser entregado en Durrës al tristemente famoso espía albanés Man Kukaleshi, al servicio de los ocupantes italianos, quien 20 días después le puso en libertad, marchando Mehmet Shehu a Mallakstra y enlazando con la organización de nuestro Partido.

Durante la Lucha de Liberación Nacional, Mehmet Shehu y su mujer, Fiqret Sanxhaktari, fueron reclutados también como agentes de los yugoslavos por Dušan Mugoša. Este comenzó su trabajo con Mehmet Shehu en la primavera y el verano de 1943 en Vlora y lo intensificó aún más cuando los dos se las «arreglaron» para encontrarse juntos en la I Brigada de Choque, creada por nosotros en agosto de aquel año. Ya en la brigada, Mugoša encontró la tapa a la cazuela: reclutó a Fiqret Sanxhaktari y, con los mismos fines de espionaje, se transformó en alcahuete para casar a ésta con Mehmet Shehu. Como cualquier agencia extranjera, la agencia titista, que comenzaba a nacer y a formarse «en el fuego de la guerra», actuó con sus reclutas siguiendo planes a corto y a largo plazo: en primer lugar, a nivel inmediato, Mugoša exigió de su agente Mehmet Shehu que llevara a cabo la mayor cantidad posible de actos y acciones sectarios y le estimuló para ello, con el fin de que este sectarismo que los propios yugoslavos sembraban y estimulaban, más tarde, cuando lo precisaran, les sirviera para acusar a la dirección de nuestro Partido de

«sectarismo», como en efecto hicieron (esto, según he relatado ya, se consumó en Berat, en noviembre de 1944). Al mismo tiempo la agencia titista, en el marco de su «colaboración con los aliados», aprendió mucho de la experiencia del Intelligence Service. Además de lo que señalábamos arriba, aquélla preveía el fracaso que podía sufrir en Albania, por eso preparó a Mehmet y Fiqret Shehu como agentes para los tiempos difíciles, para el futuro. Con este fin, al primero le dio el seudónimo MISH (Mehmet Ismail Shehu) y a ella el de FISARI, (Fiqret Sanxhaktari).

Por los propios documentos escritos de Mehmet Shehu que han sido encontrados ahora, se confirma que formaba parte del complot de Berat junto con Koçi Xoxe y Nako Spiru, independientemente de que no se encontrara en Berat en noviembre de 1944.

Así, en una carta dirigida al Comité Central del Partido [a Koçi Xoxe] en diciembre de 1944, Mehmet Shehu acusa a la línea del Partido de «sectaria» y «localista» y califica a su sana dirección de «camarilla en el interior del Partido». Y para no dejar ninguna duda respecto a lo que se refiere, Mehmet Shehu, entusiasmado por el giro antipartido de Berat, escribe por su propia mano que «si el Partido... no hubiese dado el giro que está dando, marcharíamos con seguridad hacia un precipicio»*.

Naturalmente, Mehmet Shehu, como agente reclutado por los yugoslavos, adoptaría una posición antipartido y se uniría a los complotadores. Al mismo tiempo, en esta carta de solidaridad, encontraba ocasión de escupir su descontento personal contra la dirección del Partido, sobre todo contra mí, y reclamaba de Koçi Xoxe y de quienes dirigían a Koçi Xoxe, compensación por los servicios que había prestado y estaba prestando.

Ya durante la guerra Mehmet Shehu había manifestado señales de descontento a consecuencia de que en la I Confe-

* De la carta de Mehmet Shehu dirigida al CC del PCA [a Koçi Xoxe], el 10 de diciembre de 1944. ACP.

rencia Nacional del Partido Comunista de Albania celebrada en Labinot, en marzo de 1943, fue elegido simplemente candidato al Comité Central y en Përmet, en el Congreso Antifascista de Liberación Nacional, en mayo de 1944, no se le dio el grado de general, como a otros que él menospreciaba.

Mehmet Shehu quería que se olvidaran los errores que había cometido y cometía violando la línea del Partido y negándose a ejecutar las órdenes del Estado Mayor General, por lo que había sido criticado en varias ocasiones, y ahora se entiende claramente que no lo hacía sin intención. Así, utilizó el terror en las aldeas por donde pasaba la I Brigada con el fin de desacreditar al Partido y a las fuerzas guerrilleras, elevó a leyenda la «incursión» de dos batallones de la I Brigada para salvar al Estado Mayor General del cerco germano-ballista, al que no sólo no salvó (el Estado Mayor rompió el cerco con sus propias fuerzas), sino que M. Shehu perdió intencionadamente dos semanas, en lugar de dos días, introduciendo a las fuerzas de la brigada en senderos peligrosos y ocasionando de este modo que muchos valientes de ella cayeran heroicamente.

Durante la guerra Mehmet Shehu se opuso a la orden del Estado Mayor General de que la I División atravesara el río Shkumbin para pasar al Norte. Esta oposición de Mehmet Shehu no era algo casual. Coincidió con el plan anglo-americano de no permitir el paso de las formaciones del ELNA desde el Sur hacia Albania Central y del Norte y con las grandes presiones que ejerció el mando anglo-americano del Mediterráneo sobre el Mando General de nuestro Ejército para que se detuviera el traslado al Norte¹ de la División y no fueran golpeadas las fuerzas de Abaz Kupi, considerando este traslado y este impetuoso desarrollo de nuestras operaciones de combate como «ingerencia en sus planes estratégicos». Pero nuestro Partido y el Estado Mayor General tenían

* Véase: Enver Hoxha. *Las tramas anglo-americanas en Albania* (Memorias). Ed. en español, pág. 274. Tirana, 1982.

sus propios planes estratégicos que consistían en liberar cuanto antes toda Albania. Nuestra orden tajante de que la I División se desplazase inmediatamente al Norte hizo que saltaran por los aires tanto el plan anglo-americano como los servicios de Mehmet Shehu a sus patrones.

Mehmet Shehu vino pues a Albania y combatió no como comunista y guerrillero, sino como mercenario y enviado de los anglo-americanos para servir a los planes de éstos respecto al futuro de Albania¹. Tras el suicidio, en su caja fuerte se encontró un programa escrito de su puño y letra en 1942, en la época en que llegó a Albania. No se trata sino de un programa democrático-burgués, en el que no se habla en absoluto ni de socialismo ni de partido comunista, sino de numerosos partidos, tal como se esforzaron por lograr las misiones anglo-americanas y los grupos reaccionarios que apoyaron a éstas en el período inmediatamente posterior a la Liberación. Ahora tenemos en nuestras manos documentos según los cuales se confirma plenamente la condición de Mehmet Shehu igualmente como agente del Intelligence Service. En estos documentos se da su nombre y varios seudónimos en clave como BAB-008, etc. De ellos resulta que Mehmet Shehu había recibido también dinero por sus servicios, y el centro recomendaba que no le molestaran, lo que quería decir que era un agente potencial, de los que se dejan, según se dice en lenguaje de

1. Sobre la condición de Mehmet Shehu de agente de los americanos y sobre sus servicios a ellos, testifica entre otras cosas la carta del 6 de febrero de 1944 que el agente de la CIA, Larry Post (más tarde enviado a Albania por los servicios de espionaje americanos), escribía al otro agente de los americanos, Hasan Reçi: «Le he repetido varias veces que nosotros queremos hechos, hechos y hechos en torno a cada situación u objeto, subrayaba Larry Post en la carta y proseguía: a Mjekrra —Mehmet Shehu—, dele muchos recuerdos míos. ¡¿Es posible que me envíe algún informe también sobre su situación y su actividad?! ¡No me ha escrito usted si le ha contactado...! P.S. Esta carta puede verla también Mjekrra». (Extraído del original depositado en los ACP.)

espionaje, «en letargo», para utilizarlos cuando son necesarios¹.

De este modo, este agente secreto de los servicios secretos americanos, preparado más tarde por el Intelligence Service en los campos de refugiados de los ex-integrantes de las brigadas internacionales en Francia, para sabotear la Lucha de Liberación Nacional Albanesa, ligado como he dicho antes, durante la guerra, al OZNA (UDB) yugoslavo, no podía dejar de avanzar por el camino de la traición: inmediatamente después de la Liberación, por orden de su patrón Fultz, que ahora era representante oficial de la misión americana en Tirana, no tardó en infiltrarse en el servicio secreto soviético. Tenemos en nuestras manos la carta de Mehmet Shehu dirigida al mayor Ivanov inmediatamente después de la Liberación, en la que hay numerosas injurias sobre la línea del Partido y odio hacia los cuadros sanos que defendían esta línea, sobre todo contra el Secretario General, Enver Hoxha, contra Hysni Kapo, etc. Esto prueba que Mehmet Shehu, además de sus lazos en calidad de espía con los yugoslavos, estableció también otros con una potencia mayor, con los

1 Por las valoraciones que hacían de la situación en Albania a finales de 1944, los servicios ingleses de espionaje preveían la organización de una posible oposición al nuevo Estado de democracia popular que se había creado. Mehmet Shehu era considerado por ellos como uno de los principales elementos de esa oposición. Esto es probado además por un documento fechado el 10 de noviembre de 1944, del que ha sido tomada una fotocopia en los archivos de Foreign Office en Londres, donde entre otras cosas se subraya acerca de Mehmet Shehu: «...es comunista, pero su ambición personal sobrepasa su fidelidad hacia el Partido». (FO 371/43554. PRO.) En otro documento fechado el 10 de febrero de 1945, la sección del espionaje inglés para Albania (Fuerza Nr. 399), califica a Mehmet Shehu «como el único hombre con suficientes sostenedores y que resultará un peligro para Hoxha en caso de que no se pongan de acuerdo» (entiéndase: con el programa de los ingleses que trajo Mehmet Shehu cuando regresó a Albania en 1942 y que fue encontrado en su caja fuerte tras su suicidio. Véase en este libro pág. 610) WO-204.

servicios secretos de la Unión Soviética. He aquí lo que le escribe entre otras cosas al mayor de estos servicios, Ivanov, jefe de la misión militar soviética en Tirana:

«...Siento como un deber decir mi opinión sobre lo que veo y expresar lo que pienso. Sé bien que esta acción mía, en este caso, está en oposición a las reglas de la línea organizativa de nuestro Partido, pero teniendo confianza en ti... asumo la responsabilidad de dirigirme directamente a ti.»*

A continuación, en la carta a modo de informe que le escribe a Ivanov, ataca en todos los sentidos a la línea del Partido, que había dirigido la Lucha de Liberación Nacional y había triunfado. Ataca los períodos y acontecimientos históricos que atravesaron la lucha y el Partido, como la Conferencia de Peza, el Congreso de Përmet, la I Conferencia Nacional del Partido y acepta plenamente los puntos de vista antimarxistas y antialbaneses de Velimir Stoinić y de Koçi Xoxe. También Mehmet Shehu, al igual que Velimir Stoinić, califica a Enver Hoxha y a los otros camaradas como «una CAMARILLA»¹ que debe ser purgada más allá de las decisiones adoptadas en Berat. «Para que se produzca el giro, escribe Mehmet Shehu, es necesaria una revolución total en nuestro Partido» (entiéndase purga total).

Calificando a Tito de «cabeza de valor INTERNACIONAL» y para satisfacer sus ambiciones personales, cosa que no consiguió durante su lucha llena de vacilaciones y errores sectarios y anarquistas, Mehmet Shehu termina la carta dirigida al mayor Ivanov con algunas «conclusiones» y llamamientos, escritos en grandes caracteres.

«Entre nosotros, los comunistas albaneses, escribe, no hay **ninguno apto como Tito** en Yugoslavia... Si se quiere ayudar para marchar bien, es necesaria una ayuda **directa e inmediata** de la I.C. [Internacional Comunista] o del PCY [Partido Co-

* De la carta de Mehmet Shehu dirigida al mayor Ivanov. ACP.

1 Las palabras en letras mayúsculas que se citan son del original de la carta.

comunista de Yugoslavia]¹ y esto debe ser rápido, pues la situación ha planteado problemas de gran importancia». (Tras su suicidio, en la caja fuerte de Mehmet Shehu se encontró también una nota manuscrita, en la que dice que había escrito una carta a Ivanov.)

En este contexto se entienden con claridad los juegos acrobáticos y las actitudes contradictorias de Mehmet Shehu durante la Lucha de Liberación Nacional y después de la Liberación, antes y después de los VIII y XI plenos (de 1948) del Comité Central, unas veces defendiendo las tesis yugoslavas, otras oponiéndose a ellas, protegido a la sombra de los consejeros militares soviéticos.

En el VIII Pleno Nako Spiru fue condenado y denunciado por los yugoslavos y por Koçi Xoxe como enemigo, mientras que Mehmet Shehu, según he referido antes, fue calificado de «antiyugoslavo» y se intensificaron los «golpes» y las «presiones» de los enviados de Tito y de Koçi Xoxe para alejarle del ejército. Sin embargo estos mismos «críticos», desde Belgrado, incluso en nombre de Tito, insistían en que no se eliminara por completo a Mehmet Shehu, sino que por el contrario se le concediera una cartera ministerial(!). Fue nombrado ministro de Comunicaciones, es decir, miembro del Gobierno².

Tras las cartas del PC(b) de la Unión Soviética dirigidas al CC del PCY, tras el XI Pleno del CC de nuestro Partido,

1 Las negritas y corchetes de este fragmento de la carta son de la Redacción.

2 Kristo Themelko declaró en el XI Pleno: «Los yugoslavos han querido a Mehmet». Incluso en un determinado momento se dirigió a Mehmet Shehu y le dijo: «Bien, yo he cometido un montón de errores, pero no olvides que cuantas veces hemos ido a Belgrado, ¡Tito te recibía a ti el primero y no a mí!» «En cuanto a las críticas de diciembre de 1947, prosiguió Kristo, es verdad que los yugoslavos lo criticaron, pero a mí me dijeron que presionara en la dirección ¡para que lo nombráramos ministro! ¡Querían llevarse bien con Mehmet porque le tenían miedo!». (De las actas del XI Pleno del CC del PCA. ACP.)

Sobre los «especiales» lazos de Mehmet Shehu con los titistas testimonian, entre otras cosas, varias cartas «confidenciales» dirigidas a

Mehmet Shehu se adaptó a la línea del Partido defendiendo a la Unión Soviética y a Stalin, «desenmascarando» a Tito y su camarilla como agentes del imperialismo, tal como hacía todo nuestro Partido. A pesar de los aspavientos de Mehmet Shehu contra la camarilla de Tito, Belgrado calló. La UDB yugoslava, en colaboración con la CIA americana y el Intelligence Service inglés, no le denunciaron porque era su agente potencial, infiltrado en el servicio secreto soviético, y que gozaba de la confianza de éste.

Tras la muerte de Stalin, el equipo que llegó al poder condenó a Beria, jefe del KGB soviético, por numerosas violaciones de la legalidad. Nosotros encargamos a Mehmet Shehu que comprobara si no se habían cometido también errores en los organismos de nuestro Ministerio del Interior, que él dirigía. A Mehmet Shehu le hizo temblar la posibilidad de que se hubiesen descubierto sus lazos con el KGB soviético o con las agencias occidentales y de que le ocurriera lo que a Beria. Fue a ver al embajador soviético Levichkin, le garantizó su fidelidad al nuevo equipo jruschovista que había alcanzado el poder y reclamó la defensa de los soviéticos, ya que, según sus afirmaciones, «Enver Hoxha le miraba con recelo» y estaba muy inquieto a causa de ello. Levichkin aconsejó a Mehmet Shehu que viniera a verme a mí y aclarara su posición, asegu-

Dušan Mugoša. Así en la carta que le enviaba el 9 de febrero de 1944, escribía entre otras cosas: «La carta que me has enviado es un consuelo para mí. . . allí se pone de manifiesto el interés personal, especial, que muestras [por mí]. La carta me reconforta, me halaga, me aconseja, me ayuda, me enseña. Voy a conservarla y me servirá como una fotografía tuya, como un recuerdo. . . ¡Ah! Si desertaras y vieras de nuevo con nosotros, ¡te mantendríamos como un *comitadchi*, de contrabando!»

Mientras que en la carta del 22 de abril de 1944, con motivo de la marcha de Mugoša de Albania, Mehmet Shehu, después de entonarle ditirambos y considerarle sumisamente «nuestro maestro», califica a los comunistas albaneses de «bandoleros comunistas», un «potaje de verduras amargas» y finalmente le dice: «¡Oh, Sala! [seudónimo de Dušan Mugoša] . . . ¿A quién le confiarás esa especial misión. . . ?». (*Las cartas están depositadas en los ACP.*)

rándole que también él le defendería. Vino el propio Levichkin, me planteó las inquietudes de Mehmet Shehu y me dijo que le había aconsejado que viniese a verme. Mehmet Shehu no lo hizo durante dos o tres semanas. En otra entrevista con Levichkin éste me preguntó:

—¿Habló con Mehmet Shehu?

—No ha pedido ninguna entrevista conmigo —le respondí.

—¿No deberá quizás llamarle usted? —me preguntó Levichkin.

—¡De ningún modo! —le dije—. No tengo por qué llamarle yo, por el contrario él debe presentarse por sí mismo y hacer una profunda autocrítica. Es verdad que nosotros somos sus amigos, pero considero un grave error que él fuera a hablar con usted sobre un problema relacionado con nosotros sin hablar antes conmigo, como Secretario General del Partido.

Levichkin se inquietó y «ordenó» a Mehmet Shehu que viniera a verme. Este envió primero a Figret Shehu para que me tomara el pulso. Ella vino para saber qué es lo que le pasaba a Mehmet Shehu que «estaba extraordinariamente inquieto» (¡como si no supiera nada!).

—Nosotros no tenemos nada con él —le respondí—, ¡de modo que pregúntale a él si tiene algo con nosotros!

Mehmet Shehu se aseguró así de que no habíamos hecho ningún descubrimiento ni teníamos ninguna sospecha contra él. Impulsado también por Levichkin, vino a verme, se autocrítico, se autocrítico asimismo en el Buró Político y en el Pleno del Comité Central, afirmando que había cometido un grave error yendo a quejarse al embajador soviético del Secretario General del Comité Central sin hablar con éste y sin plantear el asunto ante la dirección del Partido.

Más tarde sucedió algo que asustó e inquietó mucho a Mehmet Shehu: Sokrat Bufi, un cuadro del Partido que estudiaba entonces en Moscú, envió una carta al Comité Central en la que decía entre otras cosas «Mehmet Shehu es un provocador...». Mehmet Shehu se enfureció por ello y reclamó con insistencia ante el Secretariado y el Buró Político del Comité Central, varias veces también a mí, que Sokrat Bufi

fuera arrestado y condenado. Nosotros no aceptamos su proposición, porque estaba en oposición con las normas del Partido obrar así con una persona sólo porque hubiese hecho una crítica a un dirigente del Partido. Como Sokrat Bufi fue nombrado vicepresidente del comité ejecutivo de una región, a Mehmet Shehu le atormentó aún más el gusano de la duda de que hubiésemos descubierto algo sobre sus culpas y continuó estando como sobre ascuas, viviendo y trabajando angustiado.

Sobre estas ascuas encontró a Mehmet Shehu la llegada de Jruschov al poder y el XX Congreso del PCUS que trajeron consigo la reconciliación entre los revisionistas soviéticos y los titistas.

Tras la intentona fracasada de dar un giro a la situación en Albania con Tuk Jakova y Bedri Spahiu, las agencias extranjeras juzgaron que se debía poner en acción a Mehmet Shehu. Digo las **agencias extranjeras** ya que hacia la degeneración y desbaratamiento de los países socialistas por medio de la «línea de Jruschov», apuntaban en aquellos momentos tanto los objetivos de los soviéticos y los titistas, como los de los imperialistas, encabezados por el imperialismo americano. Después de aquello, es decir, después de que la dirección sana de nuestro Partido y nuestro Estado fuera sustituida por un equipo revisionista, entonces sí, las agencias extranjeras comenzarían sus trifulcas habituales para decidir quién de ellas colocaba a Albania bajo su tutela.

De forma que Mehmet Shehu recibió la orden de los soviéticos y los yugoslavos (pero con la aprobación de las agencias inglesa y americana) de lanzarse a la acción con todo su grupo, para llevar a cabo en Albania lo que ya se había hecho o se estaba haciendo en los demás países de democracia popular. Precisamente en este punto comienza la implicación de Mehmet Shehu en la Conferencia del Partido de Tirana, donde su mujer, la vieja agente de los yugoslavos Fiqret Shehu, ejercía la función de primer secretario del Comité del Partido. La casualidad (aunque también las maquinaciones ocultas de Mehmet Shehu) hizo que el otro agente de su grupo, Beqir Balluku, fuera designado como delegado del CC

del Partido a la Conferencia. Por lo que se refiere a los demás, por decirlo de algún modo el «gallinero» del grupo complotador, no surgía la necesidad de que MISH, FISARI o Balluku se ocuparan de orientarlos. No, los cabecillas del complot, particularmente Mehmet Shehu, debían obrar en el anonimato, en los entre-bastidores más oscuros, con el fin de poder salvarse si surgía cualquier imprevisto. Del «gallinero» se ocuparían, como hicieron efectivamente, los funcionarios de la embajada yugoslava y la gente suya conocida y condenada hacía tiempo por nuestro Partido, como Liri Gega, Dali Ndreu, Hulusi Spahiu y otros.

La tarea que se les planteaba a los cabecillas del complot en este caso era inicialmente crear las condiciones y posibilidades a los elementos de la sala, ocultos tras el mandato de «delegados», para que vomitaran todo el veneno que tenían y dieran el tono a la Conferencia. Sólo cuando se hubiesen asegurado de que todo marchaba normalmente podrían dar otros pasos, más evidentes y decisivos. Beqir Balluku y Fiqret Shehu cumplieron esta tarea de espías. El hecho es que desde el primer día de la Conferencia crearon todas las posibilidades para que los elementos hostiles derramaran todo el cieno de las preguntas antipartido y, cuando llegó el turno de las intervenciones, se las arreglaron para que se concediera la palabra uno tras otro a dichos elementos hostiles. Con su «inactividad», con su supuesta «estupefacción a causa de la sorpresa» y su «incapacidad» para «aclarar» las cosas a los enemigos, lograron que la primera parte del complot marchara según habían previsto y planificado entre bastidores.

Precisamente cuando se inflamaron las intervenciones antipartido en la Conferencia, Mehmet Shehu y Beqir Balluku «consideraron conveniente» solicitar que yo fuera a la Conferencia. ¿Por qué? Dos eran sus principales objetivos al hacer esta premiosa solicitud:

Primero, colocarme personalmente a mí ante el ataque antipartido, enardecer aún más los ánimos, y si yo me encontraba ante un ataque inabordable o me replegaba, entonces, en medio del río revuelto a que se daría lugar, Mehmet

Shehu maniobraría para degradar aún más la situación, tomar las riendas del país y, apareciendo abiertamente, pondría en escena hasta sus últimas consecuencias el guión elaborado por sus patrones.

Segundo, Mehmet Shehu había calculado también la posibilidad de que el complot fracasara, incluso se atemorizó al ver que se le escapaban las riendas de las manos. Los elementos hostiles, el «gallinero», al no saber que su cabeza era el propio Mehmet Shehu, no ahorraron tampoco las píldoras contra él y su mujer, ya que les identificaban con dirigentes sanos. En un caso así consideró conveniente que asistiera yo, que me enfrentara solo y si veía que la partida complotadora se perdía, obraría como era habitual en él: se lanzaría «en apoyo mío», desataría el «ataque» contra los elementos sin importancia, contra los peones de brega e, indudablemente, contra Tito, y continuaría como antes esperando en la oscuridad y la angustia momentos más adecuados.

Pero sus propios patrones, tanto los nuevos (Jruschov y compañía), como los viejos (los anglo-americanos y los titistas) percibían y sabían que en Albania la situación no era la misma que la de los demás partidos y países de democracia popular. La unidad del PTA era vigorosa. Durante sus más de 15 años de vida el PTA había confirmado que no toleraba los errores, los deslizamientos y las desviaciones, poseía un pasado político e ideológico limpio, sólidos lazos con las masas, gozaba del cariño y el respeto ilimitado del pueblo. En una situación de esta solidez, a los enemigos no les resultaba en absoluto fácil desencadenar el torbellino antipartido y salir victoriosos. Había más posibilidades de que todo reventara como una pompa de jabón, tal como sucedió.

Esto lo calculaban bien los enemigos y, se entiende, no eran tan deficientes mentales como para quemar por las buenas a su principal agente. Por el contrario, hicieron todo lo posible porque éste quedara lo más «limpio» posible, intentaron en una u otra ocasión lanzarle al ataque, pero en cuanto veían que podía peligrar, le daban la señal de que cambiara de posición y se situara «del lado» de la dirección sana.

Así sucedió esta vez y así sucedería también más tarde. En cuanto vieron que el Partido no caía en la trampa que le habían tendido, Mehmet Shehu y Beqir Balluku se replegaron a la sombra, «condenaron» a los complotadores, mientras Fiqret Shehu juraba que no había recibido ninguna indicación, que se había obrado a «sus espaldas», que ella se había encerrado en casa para elaborar el informe, etc. Fiqret Shehu fue destituida como primer secretario y se le hizo una amonestación anotada en la tarjeta de registro. Entonces nosotros no sabíamos tampoco nada sobre Feçor Shehu¹, quien, como se aclara ahora, era un agente reclutado por la UDB y enlace entre la embajada yugoslava y Mehmet Shehu. El contacto con la embajada soviética lo mantenía directamente el propio Mehmet Shehu, aprovechándose con facilidad de las buenas relaciones que teníamos entonces con la Unión Soviética.

En la situación que se creó tras el fracaso del complot jruschovista-titista en la Conferencia de Tirana y el decidido y abierto desenmascaramiento que hizo nuestro Partido de los acontecimientos de Polonia y sobre todo de los de Hungría, la UDB de Tito y Ranković dio la orden a sus agentes Liri Gega, Dali Ndreu y Panajot Plaku de que se fugaran a Yugoslavia con el fin de crear una oposición en el exterior y combatirnos por boca de éstos. Los dos primeros no lograron atravesar la frontera y fueron detenidos, mientras que Panajot Plaku, con la ayuda de Mehmet Shehu y de los colaboradores de éste en el ejército y en la Seguridad, como el ex ministro de Defensa, Beqir Balluku, y el ex ministro del Interior, Kadri Hazbiu, cruzó nuestra frontera estatal y trabajó durante algún tiempo en una radio supuestamente clandestina, que transmitía desde el territorio de Yugoslavia la

1 Elemento antipartido y enemigo jurado de la RPSA. A propuesta de Mehmet Shehu, fue designado ministro del Interior. Tras el descubrimiento de la actividad de espionaje de M. Shehu, quedó al descubierto también la verdadera catadura de Feçor Shehu y, por su actividad hostil, ha sido entregado a la justicia.

vieja bilis de los titistas contra nuestro Partido y nuestro país.

Tiene importancia subrayar aquí que en la actitud frente a Dali Ndreu, Liri Gega y Panajot Plaku se manifestó claramente no sólo la persistente posición antialbanesa de la dirección titista, sino también la colaboración entre los yugoslavos y los soviéticos. Cuando nuestros órganos de Seguridad capturaron flagrantemente a Dali Ndreu y Liri Gega y se les sentó en el banquillo de los acusados, los yugoslavos protestaron, pero también lo hizo Jruschov. Este envió con urgencia un radiograma al embajador soviético en Tirana, Krilov, para que interviniera ante mí con el fin de que no se condenara a los enemigos y traidores. Eran precisamente aquellos días de noviembre de 1956 cuando, como dije antes, Tito pronunció en Pula su discurso de triste memoria, en el que entre otras cosas hacía un llamamiento abierto al derrocamiento de la dirección del PTA y a mi condena. Jruschov envió a Krilov con dos encargos principales: que no respondiéramos con dureza al discurso de Tito y que no condenáramos a los agentes capturados que estaban rindiendo cuentas ante el tribunal del pueblo. Respondimos enseguida a Jruschov y a Tito: respecto a la primera proposición, publicamos artículos en la prensa en los que se disparaban todas las baterías contra Tito, el titismo y el discurso de Pula; en relación con la segunda, impusimos a los agentes y traidores la condena que merecían.

Jruschov y Tito se tragaron la bilis pero no detuvieron las acciones antialbanesas. Poco después de aquello se produjo la huida de Panajot Plaku a Yugoslavia. Pero los titistas se convencerían pronto de que **desde fuera** no podían hacernos nada, ni con la «oposición» que se esforzaron por crear los Dušan Mugoša con la emigración reaccionaria, ni con la bilis que vomitaba el infame traidor Panajot Plaku contra nosotros por medio de la denominada radio clandestina, de modo que reclamaron la ayuda de Jruschov. Los yugoslavos esperaban que éste nos presionaría e influenciaría para que aceptáramos a Panajot Plaku en Albania con el fin de que, en colaboración con los demás agentes y enemigos ocultos, intentara

desde dentro poner en práctica los complots y los planes subversivos de los yugoslavos y de los soviéticos. Jruschov captando la utilidad de este asunto se mostró dispuesto a colaborar con Tito, tal como hizo respecto a la cuestión polaca, la húngara, la desviación de la Conferencia del Partido de Tirana (1956), etc., por eso no dejó de intervenir para «conciliarnos» con el traidor. Como primer paso nos dijo que pensaba aceptarlo en la Unión Soviética, ya que éste era el deseo que le había expresado el propio Plaku en una carta que le había enviado.

—Ese individuo es un traidor —le dije a Jruschov— y si le aceptan en su país, romperemos nuestra amistad con ustedes. En caso de que le dejen entrar deben entregárnosle a nosotros para que le colguemos en medio de la plaza de Tirana*.

De este modo acabaron aquellos viejos agentes de la camarilla titista y, está claro, junto con ellos, las esperanzas que habían depositado en ellos tanto los titistas como los jruschovistas.

Pero esto no quiere ni mucho menos decir que de ahora en adelante ya no tendríamos más intentonas, tramas y complots. Por eso no consentimos en ningún momento que se relajara la vigilancia. Por el contrario, nuestro Partido del Trabajo prosiguió con insistencia la lucha ideológica y política contra el titismo, al tiempo que aumentaban de modo constante nuestras contradicciones con la dirección revisionista soviética. Nos encaminábamos hacia la confrontación de Bucarest de junio de 1960.

Como había ocurrido siempre con los titistas, tampoco los jruschovistas ahorraron en vísperas y después de esta gran confrontación ni los medios, las presiones y el chantaje, ni a sus agentes reclutados tiempo atrás. Liri Belishova fue el peón que pusieron en movimiento inicialmente. En el verano de aquel año, Belishova se encontraba en Pekín con una delegación parlamentaria en el mismo momento en que se desarrollaba allí la reunión de la Federación Mundial de Sindi-

* Véase: Enver Hoxha. *Los jruschovistas* (Memorias). Ed. en español, pág. 385. Tirana, 1980.

catos. Las profundas contradicciones que se habían recrudecido en el seno del movimiento comunista y obrero internacional, salieron a la luz en aquella reunión, al margen de toda regla o norma partidaria, entre los chinos y los soviéticos. En oposición a la actitud de la dirección de nuestro Partido que no quería pronunciarse prematuramente acerca de estas contradicciones, Liri fue a la embajada soviética e informó sobre todo lo que le habían dicho los chinos. Tanto durante su estancia en Pekín como durante el viaje, antes de que llegara a Moscú, enviamos a Liri Belishova dos cartas llamándole la atención por la posición que había adoptado en Pekín y explicándole la que debía adoptar en Moscú. Pero Liri Belishova, como agente de los soviéticos, no sólo no siguió los consejos de la dirección del Partido, sino que se entrevistó con Kozlov, habló, le escuchó e incluso entregó a los jruschovistas nuestras cartas (radiogramas), y cuando se las reclamamos, nos dijo que «las había quemado».

Cuando regresó a Albania, Liri Belishova cogió aparte al camarada Hysni y le dijo: «Dejemos al camarada Enver al margen de estos enfrentamientos», pero Hysni denunció a Liri. Esta había ido a ver también a Mehmet Shehu y le había dicho: «No hables de Jruschov, que todo lo que dices llega a sus oídos». Esto lo señaló Mehmet Shehu mucho después, forzado, cuando vio que la dirección del Partido condenaba a Liri Belishova. Qué otras presiones le hizo Liri Belishova, eso no se sabe.

Asimismo no se sabe, no lo sabemos nosotros qué es lo que le dijo Kosiguin a Mehmet Shehu cuando éste estuvo hospitalizado en Moscú. Mehmet Shehu nos contó que Kosiguin había intentado convencerle de que se debía condenar a China y que él, «indignado», se había marchado y regresado a Albania. Ahora resulta que Mehmet Shehu, junto con Figret, había sido convocado a una reunión con Mikoyan, a la que asistían también Andropov y creo que el jefe de los órganos de seguridad, Shelepin, y que habían conversado durante cuatro horas.

Al parecer los soviéticos se habían decidido finalmente

a poner a Mehmet Shehu en acción para someter a la dirección de nuestro Partido. Digo «finalmente», porque algunos meses antes, en febrero de aquel año, no sólo vacilaban, sino que ni siquiera querían poner en conocimiento de Mehmet Shehu las disputas que tenían con los chinos.

Según he escrito en el libro de memorias *Los jruschovistas*, cuando nosotros llegamos a Moscú para tomar parte en una reunión de alto nivel en el marco del COMECON y del Tratado de Varsovia, me avisaron de que Mikoyan solicitaba una entrevista urgente «a solas con Enver Hoxha». Yo insistí en que asistiera también Mehmet Shehu y los soviéticos, después de que me le llevara conmigo en contra del deseo de ellos, vacilaron, fruncieron el ceño, pero se encontraron «ante un hecho consumado»*. Para no irritar a Mehmet Shehu, se justificaron diciendo que no le habían convocado a la entrevista porque habían decidido hablar «únicamente con los primeros secretarios de los partidos hermanos». Ahora resulta que esta «razón» era un bluf. Ellos no querían que Mehmet Shehu se enterara de lo que sucedía, porque sabían que trabajaba para muchas agencias y podía contárselo todo a los americanos y los ingleses. Pero los acontecimientos evolucionaron y en mayo-junio los soviéticos cambiaron de táctica.

Entre tanto, Mehmet Shehu observaba que la dirección de nuestro Partido no soportaría por más tiempo los planes de Jruschov contra el marxismo-leninismo y el movimiento comunista y obrero internacional. Nuestro Partido elaboró la plataforma de la posición que mantendría en Bucarest, reservándose el derecho de plantear sus puntos de vista en la conferencia regular de todos los partidos (en noviembre de 1960 en Moscú). Mehmet Shehu se encontró entonces en una encrucijada: ¿qué camino tomar? Oponerse a la dirección del Partido no le convenía, ya que le pasaría como a Liri Belishova y a todos los demás enemigos antipartido. Pero como individuo que servía a numerosas agencias extranjeras debía

* Véase: Enver Hoxha. *Los jruschovistas* (Memorias). Ed. en español, págs. 407-408. Tirana, 1980.

tener en cuenta, además de a nosotros y a los soviéticos, a los americanos, a los ingleses y a los yugoslavos.

¿Hacia dónde se inclinaría este poliagente en aquella complicada situación?!

Pero las cosas rodaron de tal modo que encontró la salida. En aquel momento Mehmet Shehu partió hacia Nueva York encabezando una delegación gubernamental a la ONU. Viajó en el lujoso transatlántico inglés *Queen Elisabeth*. Nosotros sabíamos que en aquel barco viajaba también Tito, pero ni siquiera se nos ocurría que Mehmet Shehu pudiera entrevistarse con él. Ahora hemos sabido a través de acompañantes suyos que eran sus colaboradores y que en la actualidad están encarcelados, que en el barco se encontraba también Harry Fultz, de la CIA americana, y Randolph Churchill, una personalidad del Intelligence Service que allí se presentó como periodista. Mehmet Shehu, como agente suyo, desarrolló durante varios días entrevistas y conversaciones secretas con Tito, Fultz y R. Churchill, les expuso la situación y las posiciones de nuestro Partido, las fricciones que estaban surgiendo con la Unión Soviética y la posición que pensaba adoptar la dirección de nuestro Partido en Moscú.

La estrategia de las tres centrales de espionaje, la yugoslava, la americana y la inglesa, coincidía, y sugirieron a su superagente que «apoyara» sin reservas las justas posiciones de la dirección del Partido, que llevarían a la gran ruptura y a la separación de la Unión Soviética. Para ellos no representaba ninguna pérdida que nosotros apoyásemos a China, por el contrario, esta «amistad» con sus secretos amigos proamericanos, protitistas (como Chou En-lai, Liu Shao-chi y Teng Siao-ping), servía a sus planes estratégicos a más largo plazo (para atraernos a nosotros a la política liberal de China, como sucedió más tarde con el encuentro Nixon-Chou En-lai, o cuando este último incitó a Beqir Balluku a que actuara apoyándose en una alianza Yugoslavia-Rumania-Albania, etc.).

Mehmet Shehu regresó de los Estados Unidos de América lleno de «coraje» y se hizo más papista que el papa, se mostraba incontenible «en defensa» de la línea de nuestro Par-

tido contra los planes y las posiciones de Jruschov y de la dirección revisionista soviética. Incluso, escenificó «pantomimas» para ensalzarse a sí mismo y para cimentar bien nuestra confianza en él. Cuando estábamos en la Conferencia de los 81 partidos en Moscú, en noviembre de aquel año, propuso que nos marcháramos de la casa donde nos habían alojado los soviéticos, porque «éstos son capaces de envenenarnos». (Temía más por sí mismo.) Cuando fuimos a la sede de nuestra embajada en Moscú, por medio de los micrófonos que descubrimos instalados por los soviéticos, les «transmitió» un encendido mensaje ensalzando a nuestro Partido y a su Primer Secretario, sin olvidarse de utilizar los más graves insultos por el hecho vergonzoso de que espíaran a tan íntimos amigos suyos como eran el Partido del Trabajo de Albania y sus dirigentes. Mehmet Shehu se opuso insistentemente a nuestro viaje de vuelta en barco por el Mar Negro y lo organizó en tren a través de Austria e Italia. Nosotros estábamos de acuerdo con estas medidas ya que tampoco teníamos confianza en los soviéticos, pero con el celo que mostraba fortalecía nuestra confianza hacia él y se protegía a sí mismo. En todo caso Mehmet Shehu debía necesariamente estar inquieto porque como agente desobediente podía pagar con la cabeza la «traición» que estaba haciendo a sus patrones soviéticos.

No faltaron algunas insinuaciones y punzadas. En el libro *Los jruschovistas* he escrito lo que dijo Kosiguin: «tienen enemigos en su dirección»*. Pero cuando llamé a Mehmet Shehu para que me tradujera mejor, ya que a pesar de que entendía el ruso no había logrado hincarle el diente a aquellos signos cirílicos que dificultaban que leyera y aprendiera bien, Kosiguin cerró la boca y me dijo que «no le había entendido bien». He escrito allí asimismo sobre las presiones que nos hicieron los militares soviéticos, quienes también mantuvieron un debate con Mehmet Shehu. Ahora puede explicarse de otro modo por qué Jruschov en la última entrevista nos dijo:

* Véase: Enver Hoxha. *Los jruschovistas* (Memorias). Ed. en español, pág. 453. Tirana, 1980.

«Así quiso hablar conmigo Macmillan», ante lo que Mehmet Shehu dio un respingo, e interrumpimos la reunión. Al parecer, Jruschov mencionó al inglés Macmillan y Mehmet Shehu creyó que aquél iba a hurgar en una herida muy dolorosa.

Tras la Conferencia de los 81 partidos, Jruschov y su gente intentaron restaurar lo que se había quebrado en nuestras relaciones. Probaron a hacerlo en nuestro IV Congreso, probaron con las cartas que nos enviaban así como por medio de los chinos, etc. Ensayaron también con presiones económicas y militares con el fin de hacernos girar hacia su camino, pero fracasaron en toda la línea. Nosotros mantuvimos una posición inamovible. Expulsamos de la base de Vlora a los soviéticos y éstos cortaron las ayudas económicas y militares, e incluso interrumpieron las relaciones diplomáticas.

Precisamente en los momentos extraordinariamente difíciles y delicados que atravesaban nuestro Partido y nuestro país durante el año 1960, descubrimos el peligroso complot de Teme Sejko, tramado y apoyado por la VI Flota Americana, los renegados de Belgrado y los círculos chovinistas griegos. Estas fuerzas tenebrosas habían puesto en acción, colaborando entre ellas, a su viejo agente Teme Sejko y a cierto número de agentes en torno suyo para que prepararan e hicieran estallar disturbios «internos» en Albania, lo que proporcionaría el pretexto para la intervención militar extranjera contra nuestro país. Pero nosotros, independientemente de que estuviéramos muy comprometidos en la lucha contra los nuevos enemigos jruschovistas, no habíamos bajado ni un momento la vigilancia ante nuestros viejos enemigos, los imperialistas, los chovinistas y los renegados de Belgrado. Descubrimos su complot, lo eliminamos y en el IV Congreso del Partido¹ hablamos sobre él denunciándolo públicamente junto a sus organizadores. En aquellos momentos los soviéticos aparentaron no saber nada y alarmarse, incluso Gomulka nos solicitó permiso para enviar una comisión del Tratado de Varsovia con

1 El IV Congreso del PTA desarrolló sus trabajos del 13 al 20 de febrero de 1961.

el fin de hacer una «verificación», cosa que nosotros rechazamos. Entonces quedó para nosotros en la obscuridad en qué consistía toda aquella alarma de los soviéticos.

Ahora se confirma plenamente que en el momento en que los americanos, los chovinistas yugoslavos y los griegos preparaban en secreto contra nuestro país el complot de Teme Sejko y Cía., los soviéticos tomaron conocimiento a través de diversas vías de espionaje sobre este complot y consideraron que la ocasión era muy favorable para mantener y fortalecer sus vacilantes posiciones en Albania.

No olvidemos que en ese momento se encontraba en Vlora la flota soviética. No olvidemos que eran los tiempos en que andábamos con los soviéticos con la espada desenvainada. Los soviéticos presentían su final en Albania y temían la expulsión de su flota militar de Vlora. Nosotros acabábamos de desencadenar el ataque en Bucarest y preparábamos la ofensiva principal y general para la Conferencia de los partidos comunistas y obreros que tendría lugar en Moscú en el mes de noviembre de aquel año. Los soviéticos, para prevenir el mal, nos amenazaron de muchas formas, incluso nos escribieron en una carta que apagáramos la «chispa» que se había encendido en Bucarest*. Proseguimos nuestro camino con decisión. Entonces ellos intentaron encontrar la vía de salida por otro medio, más «poderoso» y «amenazador»: Con su red de agentes, Mehmet Shehu, Beqir Balluku y Kadri Hazbiu, intentaron explotar la verdad sobre el complot de Teme Sejko como un medio de presión y chantaje contra nosotros, con el fin de hacernos bajar la cabeza ante los soviéticos. Estos incluso entregaron a Mehmet Shehu, Beqir Balluku y Kadri Hazbiu datos complementarios, proporcionados por el KGB, que testimoniaban acerca de la peligrosidad del ataque que Occidente y los yugoslavos estaban preparando contra nuestra patria. Después de ello, los soviéticos y sus agentes esperaron a que nosotros cayéramos en la trampa y viéramos el modo de «salvarnos del peligro» apoyándonos en

* Enver Hoxha. *Obras*, t. XIX. Ed. en albanés, pág. 128.

los soviéticos, en su flota de Vlora. Es decir, con la carta del complot imperialista-yugoslavo los soviéticos nos decían: ¡No lo toméis a broma, el ataque está preparado, el imperialismo os devorará, de modo que pensároslo bien que tenéis necesidad de nosotros! ¡Qué mascarada! Estos infames planes y cálculos de los jruschovistas en 1960, en relación con el complot de Teme Sejko, se parecen enormemente a los que tramaron los titistas con Koçi Xoxe y Beqir Balluku a fines de 1947 y principios de 1948 acerca de que estábamos supuestamente amenazados por un ataque griego y por ello debían venir las divisiones yugoslavas «¡para defendernos y salvarnos!».

Pero del mismo modo en que habíamos quemado los complots y planes secretos de los titistas en 1947 y 1948, quemamos también en 1960 los complots de los imperialistas, de los yugoslavos y de los soviéticos. Sobre la base de numerosos hechos y documentos que descubrimos, entregamos a Teme Sejko y a su red de espionaje al tribunal del pueblo; donde ellos aceptaron por su propia boca no sólo su participación en el complot sino también los demás servicios de espionaje que habían prestado a los servicios secretos yugoslavos, griegos y americanos.

Necesariamente, la desarticulación y la denuncia pública del complot imperialista-yugoslavo debía alarmar y alarmó a los soviéticos. La desarticulación del primer complot, americano-yugoslavo-griego, hizo saltar por los aires el segundo complot, tramado en secreto por los jruschovistas y sus agentes Mehmet Shehu, Beqir Balluku, etc. Los soviéticos se dieron cuenta de que después de esto estaban contados sus días en Albania. Y en verdad expulsamos muy pronto a la flota soviética de Vlora sin que se nos ocurriera en ningún momento que podíamos apoyarnos en ella para «salvarnos». Ahora esta flota de los jruschovistas se había transformado en algo idéntico a la VI Flota Americana del Mediterráneo y sabíamos que no obtendríamos la salvación apoyándonos en ella, sino expulsándola como hicimos en efecto.

El hecho de que nosotros descubriéramos y desbaratáramos

mos desde el inicio este complot, hizo que Mehmet Shehu escondiera las garras.

Entre tanto nuestro Partido seguía el camino del marxismo-leninismo y Mehmet Shehu «aprobaba» su línea, incluso hacia destacar en gran medida su papel en esta situación y ciertamente se presentaba ante los ojos de los americanos y de los yugoslavos como si fuese él quien inspiraba ese camino. Los americanos y los yugoslavos conocían la causa de esto por los planes que habían hecho y por los lazos secretos que mantenían, y todas las agencias occidentales estaban de acuerdo en que su «muchacho» arrojara contra ellos rayos y centellas como éstos: «Bailamos en las fauces del lobo», etc., etc. Aceptaban cualquier insulto, bastaba con que su agente ascendiera más y más y pudiera girar el timón de nuestro Partido y nuestro Estado hacia Occidente.

Mehmet Shehu continuaba pues celosamente la «lucha» contra los revisionistas soviéticos, pero partiendo de otras miras y objetivos, completamente opuestos a los elevados objetivos del Partido, quien trabajaba por la defensa del marxismo-leninismo y de los elevados intereses del pueblo y de nuestra patria socialista.

Llegaron los acontecimientos de Checoslovaquia de agosto de 1968 y el Partido decidió denunciar el Tratado de Varsovia, separar también *de jure* a nuestro país de este tratado tristemente famoso, que habíamos abandonado *de facto* ya a finales de 1960. Los discursos pronunciados con este motivo los hizo Mehmet Shehu, como primer ministro, y con seguridad presentaba esto ante sus patrones como una victoria suya. La agencia americana (y las ligadas a ella, en primer lugar los titistas) creyó que Albania había quedado aislada y sin defensa. China estaba lejos y aquélla juzgó que había llegado el momento de que nuestro país volviera la cara hacia Occidente.

Se puso en juego la carta número uno de las agencias occidentales y de la titista, Mehmet Shehu. Este viajó a París en 1972 para operarse, acompañado por el mismo equipo que fue con él a la ONU, además de su mujer Fiqret Shehu. Allí

tomó contacto con una personalidad de la CIA americana, que le dijo: «¡Qué haces, te has hecho viejo, debes actuar!».

Mehmet Shehu le informó sobre la situación y los complots que se preparaban (a cargo de Beqir Balluku y Abdyl Këllezi y compañía). La CIA le recomendó actuar, pero sin comprometerse él mismo. Le dio tres variantes para la eliminación de Enver Hoxha: 1) un accidente automovilístico; 2) un atentado con fusil desde lejos; 3) con veneno de efecto retardado. Dejó en manos de Mehmet Shehu que pusiera en acción la variante que encontrara más factible.

Por medio de Feçor Shehu le llegaron a Mehmet Shehu las mismas instrucciones de la UDB yugoslava, que estaba plenamente compinchada con la CIA.

Mehmet Shehu recibió además en París un aparato de radio sofisticado, transmisor-receptor, que fue instalado en su casa y puesto en funcionamiento por su hijo mayor que era ingeniero electrónico.

De hecho Mehmet Shehu había transformado y transformaría a toda su familia en un nido de agentes, en una familia de serpientes. Como dije, Fiqret Shehu había sido reclutada durante la guerra por Dušan Mugoša y ostentaba el seudónimo de FISARI, sin hacer otras suposiciones sobre lo que puede haber hecho antes cuando viajó a Italia para realizar un curso de uno o dos años durante la ocupación; sobre lo que pueden haber hecho con ella Liri Gega (y Smith)¹, cuando trabajaban juntas en el I Cuerpo de Ejército. Con el tiempo Mehmet Shehu había hecho colaborador a su segundo hijo, y cuando éste viajaba al extranjero (sobre todo cuando fue a estudiar a Suecia), le puso en contacto con la CIA y le utilizó como enlace. Mientras que al hijo menor, le puso en movimiento junto con su mujer en relación con una embajada extranjera en Tirana.

¹ Oficial de la misión militar británica en Albania, agente del Intelligence Service, amigo de Liri Gega y de Mustafa Gjinishi. Durante la Lucha de Liberación Nacional estuvo adjunto al estado mayor de la I División del ELNA. Véase: Enver Hoxha. *Las tramas anglo-americanas en Albania* (Memorias). Ed. en español, pág. 230. Tirana, 1982.

Naturalmente a Mehmet Shehu no le bastaría con los elementos reclutados por él tiempo atrás ni con los elementos enemigos e inmorales de su familia para llevar a cabo la negra obra que le exigían la CIA y la UDB. Intentaría extender a todas partes su red de espionaje y complotadora. Para ello, en 1972, la CIA americana le orientó y le ordenó que tramara planes concretos para lograr un giro en la situación en Albania a favor de Occidente, que lanzara a la acción o que azuzara en este sentido a los agentes conocidos o desconocidos por él, independientemente de quién lo fueran, de los yugoslavos, los griegos, los ingleses, los italianos, etc., pero sin comprometerse él mismo.

Comenzó así la aplicación del plan complotador ramificado, organizado bajo cuerda por Mehmet Shehu:

I. La actividad hostil de Fadil Paçrami y su grupo en el campo de la cultura, las artes y la radiotelevisión orientada a degenerar la línea en estos terrenos. Pero como se sabe el Partido golpeó enseguida a este grupo y su actividad. Mehmet Shehu se apresuró a lavarse las manos, incluso tronaba contra la gente del arte y contra la juventud para realizar así sus objetivos antipartido, tal como había hecho durante la guerra, esto es para dañar las relaciones y los lazos del Partido con estas capas.

II. En 1973 se lanzó a la acción el grupo de Beqir Balluku que preparaba un putch militar con las tesis negras, la «teoría del deslizamiento», el abandono de la costa y de las ciudades a los agresores imperialistas, a los patrones de Mehmet Shehu. Beqir Balluku fue completamente desenmascarado. Le abandonaron incluso Petrit Dume y Hito Çako, que figuraban en el complot. Mehmet Shehu que estaba a la cabeza de él y movía los hilos entre bastidores (ahora resulta que todos los planes estratégicos y tácticos habían sido elaborados en oposición a los planes del Consejo de Defensa y que estos materiales negros, según se les denominó cuando fueron descubiertos, estaban aprobados por él), se esforzó por salvar a Petrit Dume y Hito Çako. Estos depositaron grandes esperanzas en Mehmet Shehu para que «no se les cortara la

cabeza», tal como les dijo él en el Pleno del Comité Central que se reunió entonces para tratar estos problemas, y no denunciaron a Mehmet, aunque tampoco éste logró salvarles del peligro, por no resultar dañado él mismo.

III. Mehmet Shehu (y aquí de forma más directa) puso entre tanto en movimiento a su gente, Abdyl Këllezi, Koço Theodhosi y Kiço Ngjela, con el fin de sabotear en el terreno económico, particularmente en el petróleo y en la agricultura, desorganizar la economía del país, iniciando la organización y la introducción de las formas autogestionarias yugoslavas.

Pero como se sabe Mehmet Shehu fracasó en estos tres intentos.

Durante todo aquel período, Tito, que seguía con atención la situación, pensó que teniendo en la dirección de nuestro Partido y nuestro Estado a su agente, tras la caída de Ranković en Yugoslavia y el desenmascaramiento de las barbaridades que éste había cometido en Kosova, así como con la situación que se creó con nuestra salida del Tratado de Varsovia, podía aflojar un poco la cuerda en Kosova y en las relaciones de ésta con nosotros. Kosova tomó algo de aliento, se abrieron escuelas en albanés, se creó la Universidad de Prishtina, se dio comienzo a las relaciones culturales, a las visitas recíprocas, etc. Tito y sus compañeros acariciaban el viejo sueño de influenciar a través de Kosova a las fuerzas liberales en Albania y hacer posible así la unión de Albania con Kosova en el marco de Yugoslavia. Cuando dirigentes de Kosova le decían a Tito que «los albaneses están encendiendo los sentimientos nacionalistas y hablan contra usted», él les respondía: «Qué os pasa, me injurián a mí, dejad que lo hagan. . .». Tito decía esto porque sabía que contaba en Albania con Mehmet Shehu, quien después de los tres fracasos estaba reagrupando a otros complotadores, sobre todo en el Ministerio del Interior, con Kadri Hazbiu, Feçor Shehu y algunos otros. En todo caso a Mehmet Shehu le hacía falta tiempo para tramitar nuevos complots.

Entre tanto Tito murió. En Yugoslavia se creó una situación de inseguridad política y económica. La crisis capitalista

mundial sacudía también a Yugoslavia, hundida en las deudas. En Kosova la situación hervía más que en ninguna otra parte a causa de la opresión de los gran-servios, del paro y de las oscuras perspectivas de los trabajadores, quienes veían que en su madre patria, en Albania socialista, la situación era radicalmente distinta. De modo que Kosova no sirvió como puente para que la autogestión y la degeneración ideológica titista penetrara en Albania, sino que fue Albania la que mostró a aquélla el verdadero rostro luminoso del socialismo en nuestro país. Y lo hizo mediante relaciones y contactos bilaterales oficiales y normales con Kosova y no por medio del espionaje, porque, primero, ésta no era la línea de nuestro Partido y, segundo, porque a la cabeza de los órganos del Ministerio del Interior estaba la propia red de agentes yugoslavos (Feçor Shehu). Por eso las «tesis» de los yugoslavos sobre la supuesta intervención de Albania por medio del espionaje para organizar las manifestaciones de Kosova carecen por completo de base. La agencia americana y la yugoslava comenzaron a inquietarse ante la posibilidad de que Kosova escapara a su control, de que Albania interviniera quizás en colaboración, según pensaban ellos, con Bulgaria y la Unión Soviética.

Entre tanto la situación en Kosova se hacía cada vez más difícil y complicada. Los kosovares y toda la población albanesa que habita en sus propias tierras en Montenegro y Macedonia, veían cada día con mayor claridad que en la realidad titista se les negaban y atropellaban sus legítimos derechos, incluso los derechos que estaban escritos en la Constitución yugoslava.

La profunda crisis económica y política que había inundado toda Yugoslavia, se manifestaba en Kosova en los tonos más dramáticos. El nivel de vida no sólo era varias veces más bajo que la media de Yugoslavia, sino que la diferencia se ampliaba constantemente en disfavor de los kosovares; el paro hacía estragos, particularmente entre la juventud albanesa de aquellas tierras. Si 10 ó 15 años antes el demagogo Tito había echado la culpa a Ranković de las expulsiones y

desalojos en masa de los kosovares hacia Turquía y los países occidentales, los kosovares veían ahora que al igual que en el «tiempo de Ranković» estaban obligados a abandonar sus tierras e ir a parar a los mercados de Occidente. Entonces los expulsaba Ranković, ahora, del mismo modo, incluso en proporciones todavía mayores, los expulsaba el paro. No tenían pues la culpa uno o cinco Ranković, la culpa era de la realidad yugoslava, del «socialismo autogestionario» titista. Los kosovares se harían conscientes de esta verdad, como en efecto sucedió. Pero no eran sólo éstas las razones que hacían hervir la olla. Por encima de todo, los kosovares y toda la población albanesa que habitan en sus propias tierras en Yugoslavia, veían y sentían hasta en la médula de los huesos que en la Yugoslavia titista se les trataba como a ciudadanos de la escala más baja, que se atropellaban sus legítimos derechos, que eran ofendidos y despreciados por los titistas en lo que el albanés ha tenido como lo más sagrado: en su orgullo y su dignidad nacional.

Precisamente en esta situación que venía hirviendo desde tiempo atrás, se produjeron en Kosova las manifestaciones de principios de 1981. Los gran-servios y la UDB yugoslava se alarmaron, enviaron al ejército y aplastaron las manifestaciones con los tanques. Cientos de personas resultaron muertas o heridas. Estalló un incendio peligroso para la situación interna de Yugoslavia, ahora conmocionada tanto por las crisis económicas como por las políticas. Entre la opinión pública internacional se originó un gran escándalo a causa de estas brutales medidas represivas. Albania mantuvo una actitud abierta, tan decidida como sensata.

Los yugoslavos, además de verter calumnias en torno a que estas manifestaciones habían sido pretendidamente estimuladas por Albania, se vieron obligados a adoptar medidas inmediatas para «desacreditar» a la dirección «stalinista» albanesa y para enturbiar y dar un vuelco a la sólida situación de Albania, así como para desorientar a las fuerzas patriótico-revolucionarias de Kosova.

Exigieron a su agente Mehmet Shehu que actuara. La

UDB yugoslava actuaba en colaboración con la CIA y conocía las directrices de ésta para liquidar a Enver Hoxha. Por ello pidieron a Mehmet Shehu que enviara con urgencia a París a su mujer. Las manifestaciones tuvieron lugar en marzo y ella viajó a París en abril de 1981. Se le presentó allí un enviado de Çalamani (el propio Mugoša había muerto, pero «vivía» su misión de espionaje), y le entregó el veneno que debían utilizar inmediatamente con Enver Hoxha.

Fiqret Shehu y Mehmet Shehu habían discutido juntos sus opiniones sobre cuándo, dónde y cómo actuarían con las variantes que les había sugerido la CIA y habían encontrado como más factible el envenenamiento de efecto retardado, que podían llevar a cabo durante las visitas que nos hacíamos el uno al otro. El accidente automovilístico quedaba descartado por las condiciones en que viajaba, mientras que el atentado con fusil entrañaba mucho escándalo y peligros inesperados.

La variante que entregaron los yugoslavos a Mehmet Shehu, de que actuara de forma inmediata, encontró a éste desprevenido. Tuvo miedo, no le gustó este apretón de tornillos. Por eso se dirigió al gran patrón, a la CIA americana. Fiqret Shehu comenzó a visitar las capitales de Europa, Viena, Estocolmo, Copenhague. Se entrevistó, tanto en Estocolmo como en Dinamarca, con representantes de la CIA, a los que planteó la opinión de Mehmet Shehu de que no debía actuar como reclamaban los yugoslavos, aprisa, ya que no estaban bien preparados; debían dejar el envenenamiento o la liquidación física de Enver Hoxha para marzo de 1982 (durante las vacaciones de invierno) y hasta entonces podían emprender alguna acción que produjera una brecha en el Partido y estimulara a los elementos liberales. El representante de la CIA consultó con sus jefes y en el segundo encuentro, ahora en Dinamarca, se dio la aprobación a la variante de Mehmet Shehu.

En este marco Mehmet Shehu llevó a cabo el compromiso de su hijo con la hija de una familia en el círculo de la cual había 6 ó 7 criminales de guerra, fugados, entre ellos incluso el conocido agente de la CIA, Arshi Pipa. Un noviazgo

así no podía sino atraer la atención de la opinión pública, y se hacía con el objetivo de lograr precisamente esto, de armar escándalo y, si era tolerado por el Partido, llegaría la brecha: el liberalismo también en otros, en el Partido, en la juventud, etc. Si no era tolerado por el Partido, se tomarían medidas con Mehmet Shehu, naturalmente no encarcelándole sino rebajándole de responsabilidad, marginándole o expulsándole del Partido. Esto daría lugar a escándalo y los yugoslavos podrían utilizarlo, tal como les hacía falta, para sus objetivos propagandísticos, para desacreditar a la dirección del Partido del Trabajo de Albania y sobre todo a Enver Hoxha, el cual, según han repetido continuamente, al igual que Stalin, «está eliminando» a sus propios colaboradores.

Pero los planes no pudieron cumplirse tal como había pensado Mehmet Shehu. El Partido intervino inmediatamente, se rompió el noviazgo, Mehmet Shehu fue criticado por los camaradas a causa de este grave error político, se le exigió que hiciera profunda autocrítica para encontrar las fuentes de un error así y se dejó esto para después del VIII Congreso del Partido¹. El no se esperaba esto. Se esforzó por cometer «algunos otros errores»: dejó completamente abandonado su informe para el VIII Congreso del Partido, lo presentó tarde y con flagrantes errores políticos de modo que el Buró Político lo rechazó. Mehmet Shehu solicitó «autocriticarse» en el Congreso por el compromiso de su hijo (su objetivo era ocasionar disturbios en él), pero también esto fue rechazado. En el Congreso apareció intencionadamente como «herido y culpable», lo que saltó a la vista de los delegados y los telespectadores, hasta el punto de que comenzaron a preguntarse unos a otros.

Entre tanto la cuestión de Kosova se tornaba peligrosa. Los yugoslavos se estaban desenmascarando ante la opinión pública internacional, mientras que la autoridad de nuestro país aumentaba. Los yugoslavos vieron que no sucedió nada

¹ El VIII Congreso del PTA desarrolló sus trabajos del 1º al 8 de noviembre de 1981.

ni antes del Congreso ni más tarde. Mehmet Shehu presentó el informe ante el Congreso, fue elegido miembro del Buró Político, no se tomó ninguna medida contra él, como esperaban los yugoslavos, rebajándole o destituyéndole de la función que desempeñaba en el Estado. Quizás cuando finalizó el Congreso Mehmet Shehu notificó a los yugoslavos que incluso tras la presentación de su autocrítica se le continuaba tratando igual. Por lo que había entendido de nuestras conversaciones con él, la condena tendría carácter interno de partido. Esto no convenía a los titistas, a los gran-servios y a la UDB yugoslava, quienes esperaban y exigían que se produjeran a toda costa disturbios en Albania. Por eso, en vísperas de la reunión del Buró Político en que se discutiría el grave error político de Mehmet Shehu, la embajada yugoslava en Tirana, siguiendo las órdenes que había recibido de Belgrado, envió a su agente de enlace Feçor Shehu a que fuera a ver a Mehmet Shehu y le transmitiera el «ultimátum» de la UDB de que «se matase a Enver Hoxha a toda costa incluso en la reunión, incluso aun matándose él mismo». Tan apurada se encontraba la UDB, la camarilla titista y gran-servia con la situación de Kosova, tan negra les parecía la perspectiva, que decidieron quemar su gran carta, su superagente, con tal de que sucediera algo espectacular que «hiciera que se tambalearan los cimientos» de Albania socialista y del Partido del Trabajo de Albania (!).

El 16 de diciembre de 1981, a las 10 de la noche, Feçor Shehu fue a casa de Mehmet Shehu y le transmitió la orden de su centro de espionaje.

El 17 de diciembre comenzaron las intervenciones en la reunión del Buró Político. Todos los camaradas, viejos y jóvenes, intervinieron y condenaron con decisión el noviazgo del hijo de Mehmet Shehu con una muchacha en cuya familia había 6 ó 7 criminales de guerra. Expresaron su insatisfacción por la autocrítica de Mehmet Shehu, exigieron que éste la profundizara y descubriera dónde tenía su fuente un error así, le hicieron numerosas preguntas, le recordaron que había cometido errores desde la época de la Lucha de Liberación

Nacional, que se había colocado por encima del Partido, hablaron sobre su envanecimiento y su arrogancia irrefrenable ante los cuadros y prácticamente ante todos sus más próximos colaboradores de trabajo en el gobierno, en el Buró Político, etc. (Todas estas intervenciones fueron escuchadas desde el día siguiente al suicidio tal como se habían producido, registradas en cinta magnetofónica, por todo el Pleno del Comité Central y por las reuniones de cuadros del Partido.)

La crítica de los miembros del Buró Político fue enérgica, franca, bolchevique, pero como condena sólo se solicitó «amonestación grave anotada en la tarjeta de registro». En este espíritu había preparado también yo mi intervención, en la que hacía un recuento de los errores de Mehmet Shehu desde la época de la guerra (también esta intervención fue escuchada por el Pleno del Comité Central y por las reuniones de cuadros del Partido tal como iba a ser presentada después de las intervenciones de los demás camaradas). Pero no se presentó aquel día a causa de que se hizo tarde. De este modo se dejó la reunión para el día siguiente, aunque, al finalizar las intervenciones del primer día, le dije a Mehmet Shehu:

—Reflexiona profundamente toda la noche y dínos mañana en el Buró Político de qué motivos has partido. La coartada del compromiso no se tiene en pie, alguna otra cosa te ha impulsado a esta acción condenable.

Esto alarmó a Mehmet Shehu, pensó en la posibilidad de que se hubiera descubierto el crimen que preparaba. El «valiente» Mehmet Shehu pensó durante toda la noche en cómo librarse de esta tenaza y concibió por sí mismo y puso en práctica un plan. Al parecer juzgó de la siguiente manera: «Ya que estoy muerto, mejor será que salve lo que pueda salvar» y decidió actuar como su camarada Nako Spiru, suicidarse pensando que el Partido enterraría con honores a esta especie de «hombre de Estado», «dirigente legendario», «guerrillero y combatiente en España», le exculparía diciendo que «se le había disparado el arma» (tal como nos sugería en la carta que dejó), y así al menos no perdería su pasado ni le sucedería nada a su familia.

Junto con su mujer arrojó el veneno al WC y encargó al hijo mayor que desmontara e hiciera desaparecer las piezas comprometedoras de la radio que había instalado.

Figret Shehu, como agente que era (ella que lloraba y temblaba por cualquier cosa), aceptó con sangre fría y cinismo el suicidio del marido, con tal de salvar su pasado «histórico» y ella misma con sus hijos.

Pero habían echado las cuentas sin el huésped. En cuanto me informaron del último acto de Mehmet Shehu propuse al momento que se condenara su suicidio, ya que había obrado como un enemigo, y el Buró Político se manifestó unánimemente contra la acción de este enemigo. No sólo la dirección del Partido sino todo nuestro pueblo consideró esto como una acción hostil y adoptó una posición revolucionaria. El Partido y el pueblo prosiguieron con entusiasmo, incluso con mayor decisión y unidad, el trabajo para aplicar las decisiones del VIII Congreso del Partido.

La UDB y la CIA quedaron con un palmo de narices. Las agencias de noticias extranjeras relataron el hecho tal como habíamos dicho nosotros, esto es que Mehmet Shehu «se suicidó en una crisis nerviosa». Aquí y allá se hizo algún comentario, pagado bajo mano por los yugoslavos. Pero ni siquiera éstos pudieron explotar este acto en su prensa oficial, sólo que encargaron a un periódico de estudiantes de Zagreb que escribiera el «drama» que había sucedido en la reunión de la dirección albanesa (según la versión que había planificado la UDB). «... Mehmet Shehu, según este periódico, había disparado con un revólver de marca china, de este o aquel calibre (!), pero los camaradas de Enver Hoxha le habían matado a él. No se conoce la suerte de Enver Hoxha...».

¡Como en las películas del FAR-WEST y los tiroteos en los *saloons* de aquel tiempo! ¡Qué le vas a hacer! ¡Deseos! Pero la carta del superagente de la CIA y la UDB en Albania se quemó, como quien dice, sin pena ni gloria.

Albania ha respaldado siempre a Kosova y a la población del resto de las tierras albanesas de Yugoslavia en sus legítimos derechos, pero Kosova, todos los albaneses que se lan-

zaron a las manifestaciones, no saben qué colosal ayuda prestaron ellos a Albania, obligando a la UDB yugoslava a que quemara la carta de «su gran esperanza», la última de derrocar a la dirección marxista-leninista de Albania, que había desenmascarado continuamente y desenmascaraba paso a paso a la traición titista, a la autogestión, al no alineamiento, a esta vil agencia del imperialismo americano, inglés, de la reacción internacional, de la socialdemocracia y de cualquier otro.

Junto con Mehmet Shehu las agencias de los imperialistas y de los socialimperialistas, así como las demás, como es el caso de la UDB yugoslava, recibieron un golpe que sentirán durante mucho tiempo. Su red de agentes, que tenía como epicentro a Mehmet Shehu, fue descubierta hilo por hilo, fue golpeada en todas sus articulaciones y canales y ahora tenemos en nuestras manos todo lo relacionado con esta terrible red de agentes y complotadores urdida durante largos años.

Debo poner aquí de manifiesto que el peligroso complot de Mehmet Shehu al igual que los demás complotadores y grupos de complotadores anteriores, han sido descubiertos por la fuerza y la vigilancia del Partido y su dirección, y ninguno por los organismos de la Seguridad del Estado. ¿Por qué? Porque, como se sabe, hasta 1948 fue ministro del Interior Koçi Xoxe, agente conocido de Tito-Ranković, que fue condenado como tal por las culpas que han sido largamente expuestas en este libro. Más tarde fue ministro del Interior Mehmet Shehu, tras éste Kadri Hazbiu y en los últimos años Feçor Shehu. Por desgracia para el pueblo y el Partido no se sospechaba que ninguno de ellos fuera un agente, aunque los tres, al igual que Koçi Xoxe, eran agentes activos principalmente de la UDB yugoslava, que se encubrían mutuamente sus bajezas y crímenes así como los de algunos de los colaboradores que tenían en torno suyo y, durante casi cuatro décadas, han ocultado al Partido los datos sobre su respectiva actividad de espionaje. Ninguno de estos complotadores, incluyendo a Mehmet Shehu, se han opuesto abiertamente a la

línea del Partido porque tenían miedo de él, de su unidad y de la unidad entre el Partido y el pueblo. Todos los complots descubiertos, sobre todo el complot criminal de Mehmet Shehu, así como los datos y documentos que tiene ahora el Partido en sus manos y sobre algunos de los cuales se habla en estas notas, confirman que Mehmet Shehu y sus colaboradores obraron simplemente como agentes, a espaldas del Partido y de su dirección, no como francos adversarios de la línea o de la política del Partido, sino como complotadores al servicio de las agencias extranjeras. Su misión ha sido actuar y complotar en secreto para dar un vuelco a la sana situación existente en Albania, para derrocar el poder popular y abrir el camino a sus patronos extranjeros, quienes durante más de 40 años, para no hablar del pasado, han tramado de forma constante tenebrosos planes y han perseguido objetivos criminales, para violar la independencia de Albania, arrebatarse al pueblo albanés la libertad y los derechos que ha conquistado con tanta sangre y sudor.

Tras el último y traumático golpe que les dimos, las agencias extranjeras y entre ellas también la UDB titista, a causa del resentimiento y la desesperación, volvieron a las formas y los métodos que nosotros conocíamos de sobra desde hacía tiempo y en los que ellos nunca habían encontrado provecho: intentaron tomarnos el pulso y provocarnos una sacudida ¡mediante un grupo de mercenarios y bandidos a sueldo! ¡Al parecer olvidaron las «victorias» que cosecharon con los agentes subversivos y los criminales que nos enviaron durante los primeros años posteriores a la Liberación! Pero también nosotros les dimos una rápida respuesta: si en los años 50 había casos en que precisábamos 4 ó 5 días y a veces aún más para descubrir y liquidar a las bandas subversivas, ahora no precisamos ni 5 horas para descubrir y liquidar a la banda terrorista de Xhevdet Mustafa, enviada por la UDB. Esto debe servir como lección a los enemigos exteriores de Albania, deben saber que semejantes bandas de criminales, pequeñas o grandes, procedentes de Oriente o de Occidente, serán liquidadas implacablemente por un pueblo

entero en pie y armado. ¡Así ha sucedido y así le sucederá a cualquiera que se atreva a cumplir las órdenes aventureras de los imperialistas y revisionistas! Sabemos perfectamente que incluso después de esto las agencias extranjeras, y junto con ellas la UDB, no se cruzarán de brazos. Pero no nos encontrarán nunca dormidos. A nosotros no nos faltará jamás la vigilancia. Que lo tengan todos bien claro: los muros de nuestra fortaleza son inexpugnables, son de granito.

Así es, por tanto, en líneas generales, la historia de nuestras relaciones con el PCY y con el Estado revisionista yugoslavo: por una parte es la historia de sus intervenciones y trampas, de sus ininterrumpidos complots en perjuicio de nuestro Partido y de nuestro Estado socialista, por otra parte es la historia de la lucha justa y consecuente de nuestro Partido y nuestro pueblo por no caer nunca en las trampas y los complots que nos han tramado, por descubrirlos y desbaratarlos, sin consentir que nos causaran daños serios.

Nosotros establecimos y aplicamos de forma consecuente el camino que nos pareció más justo para el desarrollo y el avance de Albania socialista: el camino que se basa en las enseñanzas de Marx, Engels, Lenin y Stalin y que ha satisfecho y satisface los deseos y las más altas aspiraciones de nuestro pueblo valiente, trabajador y revolucionario. Este ha sido y es el camino de la consolidación constante del papel dirigente del Partido y de la participación activa de las masas en toda la vida del país, de la defensa de la independencia de la patria, de la profundización de la revolución general en todos los campos, de la elevación gradual y permanente del bienestar de las masas, etc. Durante todo ese tiempo nuestros numerosos enemigos, y entre ellos sobre todo los titistas yugoslavos, no han dejado medio ni presión sin utilizar para apartarnos de este camino, a veces con amenazas, a veces «compadeciéndonos» o acusándonos de que estábamos «en un camino errado», «dogmático», «stalínista», etc., etc.

Nosotros no escuchamos jamás estos «consejos» y «observaciones» de los enemigos, sino que, conscientes de la justeza

del camino establecido, lo seguimos de forma consecuente. Sólo el tiempo probaría, sólo nuestro pueblo nos juzgaría si habíamos caminado bien o mal. Y el tiempo, la realidad de años, han probado y prueban con la mayor claridad quién tenía razón y quién no.

La tan pregonada criatura de Tito, la Yugoslavia del «socialismo específico» y «autogestionario», está presa de la más profunda crisis de su historia y se encuentra ahora en una situación muy grave y sin salida.

El sistema yugoslavo está en una situación lamentable, la marcha de las cosas ha desechado las máscaras y las ilusiones. El falso brillo, los ruidosos pregones acerca de un «bienestar» inigualado (!), de una «Yugoslavia de la libertad y la abundancia» (!) han dejado su lugar a la crisis general, a la pobreza y el desempleo en ascenso, a la inflación galopante, a la creciente falta de los productos más indispensables para la vida, etc.

Del mismo modo que con el propio Tito en sus últimos estertores, los imperialistas y los socialimperialistas hacen todo lo posible por prolongar la vida del sistema yugoslavo, por mantenerle en pie, aunque esté gangrenado de pies a cabeza. Ninguna clase de transfusión de sangre, ni de Washington, ni de Moscú, ni de cualquier banco o fondo internacional puede sanarle. Este es el final lógico de toda teoría y práctica revisionista. Los prestamistas imperialistas y socialimperialistas no sacan los fondos de sus cajas fuertes porque les apene la desgracia de los pueblos de Yugoslavia, sino por sus intereses políticos y económicos en Yugoslavia, para extender y consolidar los dominios que Tito les vendió hace tiempo a cambio de los créditos que recibió. Pero si durante un cierto período pareció que era Yugoslavia la que se beneficiaba con este peligroso juego, ahora ha llegado el momento en que Yugoslavia está a punto de ser puesta a subasta por los imperialistas y socialimperialistas. Deudora de primera clase, con los cimientos resquebrajados desde todo punto de vista, sin ninguna perspectiva clara, sin los necesarios medios y fuerzas para encontrar el camino de la salva-

ción, en esto se ha transformado la Yugoslavia titista y autogestionaria.

Nosotros no podemos observar sin inquietud esta situación considerablemente grave y peligrosa no sólo para los pueblos hermanos de Yugoslavia sino también para la paz y la seguridad en los Balcanes y más allá de ellos. Jamás hemos deseado el mal a estos pueblos, por el contrario siempre hemos deseado la buena vecindad con ellos y nos hemos manifestado en pro de ello. Inútilmente Tito y sus actuales herederos nos han acusado y nos acusan de ser quienes enturbiamos su situación e intervenimos en sus asuntos internos. No, el mal lo tienen dentro, lo han sembrado y hecho crecer con sus propias manos, por tanto, que lo vean y lo combatan allí donde lo tienen.

Todo lo contrario ha sucedido y sucede en nuestro país, con la vía de la construcción del socialismo. Aplicando de forma consecuente los principios marxista-leninistas en la construcción y dirección de toda la vida del país, Albania socialista ha marchado adelante paso a paso y con firmeza, sin extender la mano a nadie. Nos hemos encontrado con numerosas dificultades y obstáculos, nos hemos enfrentado sin miedo a ellos, hemos asumido con plena conciencia privaciones y sacrificios, pero siempre, como una familia bien avenida, nos hemos regido por el principio de construir y disfrutar no sólo nosotros y únicamente hoy, sino construir de forma que la vida de nuestras generaciones sea cada día mejor y al mismo tiempo, que el mañana, la vida de las generaciones futuras sea cada vez más segura, más feliz y próspera. Nuestro maravilloso pueblo ha comprendido que el Partido le indicaba la justa vía, se ha hecho consciente de esta realidad y ha movilizad todas sus fuerzas físicas y mentales para materializar las enseñanzas y las directrices del Partido. En nuestro país, cada generación combate y trabaja para dejar en herencia a las generaciones futuras una Albania cada vez más sólida, una Albania eternamente libre, independiente, con un hermoso presente y perspectivas claras y luminosas.

De este modo, con el Partido al frente, con su línea marxista-leninista como brújula, continuaremos siempre, trabajando, vigilando, templando aún más nuestra unidad, avanzando Partido y pueblo como un solo hombre para mantener siempre honrado el nombre de nuestro heroico Partido, para elevar cada vez más el prestigio de Albania socialista, para mantener inviolable la sagrada independencia de nuestra patria. Esta ha sido y es la elevada misión de nuestro Partido del Trabajo. A esta misión le hemos dedicado y le dedicaremos toda nuestra vida, todas nuestras fuerzas y energías por el bien del pueblo y del socialismo.

1981-1982

INDICE

SOBREPONIENDOSE A LAS VIEJAS ENEMISTADES 3—20 (A modo de introducción)

Una breve mirada a la historia ■ La decisión de los comunistas albaneses de establecer lazos con el PCY ■ Los reyes y príncipes de Serbia y Montenegro, principales culpables de las amargas relaciones entre el pueblo albanés y los pueblos serbio, montenegrino, etc., en el pasado ■ Una de las más grandes injusticias de este siglo en Europa: en 1913 Albania es arbitrariamente dividida en dos ■ El genocidio gran-serbio en las regiones albanesas de Yugoslavia en el período entre las dos guerras ■ ¿Por qué los comunistas albaneses establecieron contactos con el PCY en la época de la Lucha de Liberación Nacional?

I

DE LOS PRIMEROS CONTACTOS A LAS PRIMERAS DUDAS Y FRICCIONES 21—132

LA VERDAD SOBRE UNA PRETENSION ABSURDA	24
EL «EMBAJADOR AMBULANTE» DE TITO TIENDE	
LOS HILOS DE LA RED POR LOS BALCANES	43
NUBES NEGRAS SOBRE UNA VIEJA HERIDA	76

La primera carta de Tito, carta de los «consejos tardíos» ■ La verdad sobre la pretensión titista de que el PCA «ha sido creado por el PCY» ■ Svetozar Vukmanović Tempo en Albania: «Tengo una idea en mente que incluye a Yugoslavia, Albania, Bulgaria y Grecia». Aspera disputa con Tempo en el verano de 1943. Koçi Xoxe, el primer «recluta» de Tempo ■ Tito pretende conservar los dominios de la vieja Yugoslavia. La cuestión de Istria y la cuestión de Kosova ■ La reunión de Bujan de diciembre de 1943 ■ Dušan Mugoša recorre de punta a punta la base y comienza el reclutamiento al servicio de los yugoslavos.

II

LOS ENTRE-BASTIDORES DE BERAT

133—226

LA «MISION STOINIĆ»	136
EN VISPERAS DEL COMLOT	167
EL COMLOT DE BERAT	186

La «misión Stoinić» en Albania. Nijaz Dizdarević, la «éminence grise» de Nako Spiru. El mayor soviético Ivanov «nos conoce» a través de Stoinić ■ El establecimiento de nuestra más alta dirección en Berat liberado ■ Nako Spiru, Koçi Xoxe, Sejfulla Malëshova y Pandi Kristo engranados en el complot titista. Liri Gega en el papel de «cabeza de turco» ■ Los tres pasos de la «misión Stoinić»: el primero, alejar de Albania a Miladin Popović; el segundo, dividir a nuestro Buró Político; el tercero, dividir al CC del PCA y condenar a nuestra más alta dirección ■ Tras la «unidad» de los complotadores germina la semilla de su división y su

autodesenmascaramiento ■ La intervención de V. Stoinić, plataforma titista para el sometimiento del PCA y la anexión de Albania ■ Tito, intermediario de los ingleses ■ Revueltas populares en Kosova ■ Stoinić nos sirve la idea de la «Federación Balcánica» encabezada por Yugoslavia ■ Los amargos frutos del Pleno de Berat.

III

LA AGENCIA DE TITO EN ACCION

227—274

«DEFENSA» DE JURE DE ALBANIA PARA SU ANEXION DE FACTO	228
LOS AGENTES DE BELGRADO EN NUESTRAS FILAS	248
EL FINAL DE SEJFULLA MALËSHOVA PONE AL DESCUBIERTO EL COMplot TRAMADO POR LOS YUGOSLAVOS	259

Belgrado sustituye a Stoinić por el titista albanoparlante Josip Djerdja ■ El 7° gabinete para... Albania en la cancillería de la Federación Yugoslava ■ ¡¿Por qué Tito está «contra» el desmembramiento de Albania?! ■ La verdad sobre el regateo Pijade-Tsaldaris en agosto de 1946 ■ Una «broma» entre Tito y el rey Pablo sobre el reparto de Albania ■ Debate en torno a la política sobre las elecciones a la Asamblea Constituyente — S. Malëshova: «Dejemos libre a la oposición para que tome parte de forma independiente en las elecciones»; K. Xoxe: «A los camaradas yugoslavos no les dio miedo ponerse de acuerdo con los burgueses»; N. Spíru: «No tenemos por qué temer ahora a nuestros adversarios». El pueblo: «Antes

nos comemos los votos que dárseles a los reaccionarios» ■ Estallido de las reyertas entre los propios complotadores ■ El V Pleno del CC del PCA de febrero de 1946 ■ Las tesis para la revisión del Pleno de Berat ■ Belgrado en ayuda de sus agentes.

IV

CON TITO

275—304

Inesperada invitación de Tito para viajar a Belgrado ■ Las conversaciones oficiales entre la delegación albanesa y la yugoslava. Examen de la cuestión de Kosova y del resto de las tierras albanesas de Yugoslavia ■ Tito pretende anexionarse todos los Balcanes ■ Política de exterminio hacia Kosova ■ Presunción y lujo escandalosos de Tito ■ En torno a las visitas a Croacia y Eslovenia ■ La ceremonia en el Presidium de la Skupština yugoslava ■ Un encuentro con Tito en Bled. ¿«Naš Tito» o «Duce a noi»? ■ Sobre el Tratado de Amistad y Ayuda Mutua ■ «Ayuda» con cuentagotas.

V

LA AYUDA TITISTA, CADENA PARA LA ESCLAVIZACION ECONOMICA Y POLITICA DE ALBANIA

305—360

¿AMIGOS O SAQUEADORES?!

306

BAJO LA ACUSACION DE TITO SOBRE LAS «DOS LINEAS» Y EL «ANTIYUGOSLAVISMO» EN LA DIRECCION DEL PCA

334

Grave situación en nuestra economía después de la Liberación ■ Los amigos nos dejan que nos guisemos en nuestra propia pobreza ■ Saqueadores del mercado, generosos en «consejos» y «orientaciones» ■ La amarga historia del Convenio Económico Albano-Yugoslavo. Sobre la cuestión de la paridad de las monedas, la eliminación de las fronteras aduaneras, las sociedades conjuntas, la unificación de los precios. Nuestras discrepancias sobre la verdadera naturaleza de los tratados suscritos ■ El tristemente célebre Savo Zlatić en Albania ■ La acusación de Tito acerca de las «dos líneas en la dirección del PCA» ■ Sobre la visita a Moscú de nuestra delegación de alto nivel. Belgrado nos acusa de «antiyugoslavismo» ■ Tito y su gente pretenden desacreditar a nuestra dirección ante Stalin ■ Los yugoslavos nos espían y sabotean ■ Nuevo empeoramiento de las relaciones mutuas.

VI

TITO PONE EN MARCHA EL PLAN PARA USURPAR ALBANIA

361—398

LA SEGUNDA ACUSACION DE TITO CONTRA EL PCA

364

LA RÉVANCHA DE LOS AGENTES YUGOSLAVOS

381

La segunda acusación de Tito... «El CC del PCY no está satisfecho de las relaciones con ustedes» ■ Fuerte debate con el enviado de la dirección yugoslava. Tito pretende transformar los «Balcanes federados» en una «potencia» en sus manos. La petición de que hagamos marchar a los consejeros soviéticos ■ En torno a la tristemente célebre Comisión de Coordinación ■ Tito decide que-

mar a su propio ex agente, Nako Spiru. Koçi Xoxe se toma la revancha. Nuevo empeoramiento de la situación en nuestro Buró Político ■ ¿Por qué se suicidó Nako Spiru? Belgrado reclama la eliminación del Secretario General del PCA ■ El desencadenamiento del brutal ataque contra el PCA, su dirección y la línea seguida. Koçi Xoxe y Pandi Kristo en acción para realizar los planes de Tito.

VII

NUESTRA PRIMERA VISITA A LA RP DE BULGARIA 399—426
(Koçi Xoxe es encargado por Ranković de controlar nuestra actividad)

Invitación de Dimitrov para visitar la RP de Bulgaria ■ Una breve escala en Belgrado. Visita a Tito ■ Ranković convoca a Koçi Xoxe a un encuentro secreto. Se le encomienda controlar nuestra actividad ■ Emocionante recibimiento en Sofía ■ Las conversaciones oficiales ■ Cena junto a Jorge Dimitrov. Incidente a medianoche ■ Finalización de las conversaciones oficiales en Kritchim. Jorge Dimitrov: «Mantened limpio el Partido. Que sea revolucionario, proletario, y todo os marchará bien» ■ El paso por Belgrado — Tito en Rumanía ■ Regreso a la patria.

VIII

LOS TITISTAS HACIA EL DESENMASCARAMIENTO Y LA DERROTA INEVITABLES 427—506

OFERTAS ESCLAVIZADORAS 429

UNA MANCHA NEGRA EN LA HISTORIA DE

NUESTRO PARTIDO	454
LOS TITISTAS SE ENCAMINAN ACELERADAMENTE A SU DERROTA	470
EL FINAL VERGONZOSO	492

Oferta esclavizadora. Sobre la Comisión de Coordinación ■ Inundación de militares yugoslavos en Tirana: «¡Albania está amenazada por un peligro inminente!». Nako Spiru insiste en poner a Mehmet Shehu a la cabeza del Estado Mayor General del Ejército. Las tesis militares de Tempo ■ El general Hamović solicita la creación de un mando único ■ El general Kuprešanin en Tirana. Tito: «Por favor, entréguennos una base en Korça para una división». Notificación a Stalin sobre el asunto de la división yugoslava ■ El VIII Pleno del CC, una mancha negra en la historia del PCA. Triunfo temporal de las tesis yugoslavas ■ Monstruoso ataque de Koçi Xoxe y otros contra el Partido y sus cuadros sanos ■ Kuprešanin, Zlatić y otros: «Tito quiere que sean ustedes mismos quienes soliciten la unión con Yugoslavia» ■ Sorprendente apresuramiento de los titistas ■ La histórica carta de Stalin ■ La vergonzosa marcha de Albania de los enviados de Tito.

IX

NUESTRA RUPTURA DEFINITIVA CON TITO Y LOS TITISTAS	507—576
LA DENUNCIA PUBLICA DEL TITISMO	508
VIAJE DE INCOGNITO A RUMANIA EN RELACION CON LA TRAICION DE TITO	518
EL FIN DE LOS TITISTAS ENTRE NOSOTROS	552

La denuncia pública del titismo ■ Sobre las relaciones del PCA con el PCUS y los partidos comunistas de otros países hasta 1948 ■ Viaje de incógnito a Rumania en relación con la traición de Tito. Encuentro con Andrei Vishinski. Reunión con Vishinski y Dej. Irrefutables argumentos del PCA sobre la actividad traidora de Tito. Vishinski: «El Partido Bolchevique aprueba las acciones y la justa lucha del PCA en defensa del marxismo-leninismo». Visita a Bucarest. Regreso a la Patria ■ Maniobras desesperadas de Koçi Xoxe y compañía para librarse del desenmascaramiento y de la rendición de cuentas ■ Profundos análisis en nuestro Buró Político. Los testimonios de Kristo Themelko y Pandi Kristo ■ Los X y XI Plenos del CC del PCA. «La línea del PCA ha sido justa. Ha sido atacada pero no ha cedido, ha sido amenazada pero no ha resultado afectada» ■ El histórico I Congreso del PCA. Koçi Xoxe y Pandi Kristo en el banquillo de los acusados ■ El final de nuestros lazos con Tito y los titistas.

X

EN LUCHA ABIERTA CON LOS TITISTAS

577—645

LA LUCHA CONTRA EL TITISMO, UNA NECESIDAD HISTORICA
 EN EL CAMINO DE LOS COMLOTS

578
 589

La lucha contra el titismo, una necesidad histórica ■ Nuestra primera confrontación con los jruschovistas por la «cuestión yugoslava» ■ Sobre la «democracia» de los Tito-Ranković ■ La dirección de Belgrado lanza a la acción a la basura antialba-

nesa, a los criminales y agentes subversivos ■ La traición jruschovista en ayuda de la traición titista. Desarticulación del complot titista-jruschovista en la Conferencia del Partido de Tirana (abril de 1956) ■ Mehmet Shehu, un poliagente de los servicios secretos imperialista-revisionistas ■ Los juegos acrobáticos de Mehmet Shehu desde el Pleno de Berat (noviembre de 1944) hasta el I Congreso del PCA (noviembre de 1948) ■ Año 1960. Mehmet Shehu con Tito, Randolph Churchill y Fultz a bordo del transatlántico «Queen Elisabeth». ¿A quién complacería y a quién no este servidor de cien señores? ■ En los años 70. Las agencias occidentales y la titista dan a Mehmet Shehu la orden de lanzarse a la acción. Tres grupos complotadores fracasados ■ Las manifestaciones de Kosova obligan a la UDB a sacrificar la carta de la «gran esperanza» en Albania. ¿Por qué se suicidó Mehmet Shehu? ■ Esperanzas en bandas de terroristas ■ Albania socialista ha sido y es una roca de granito.